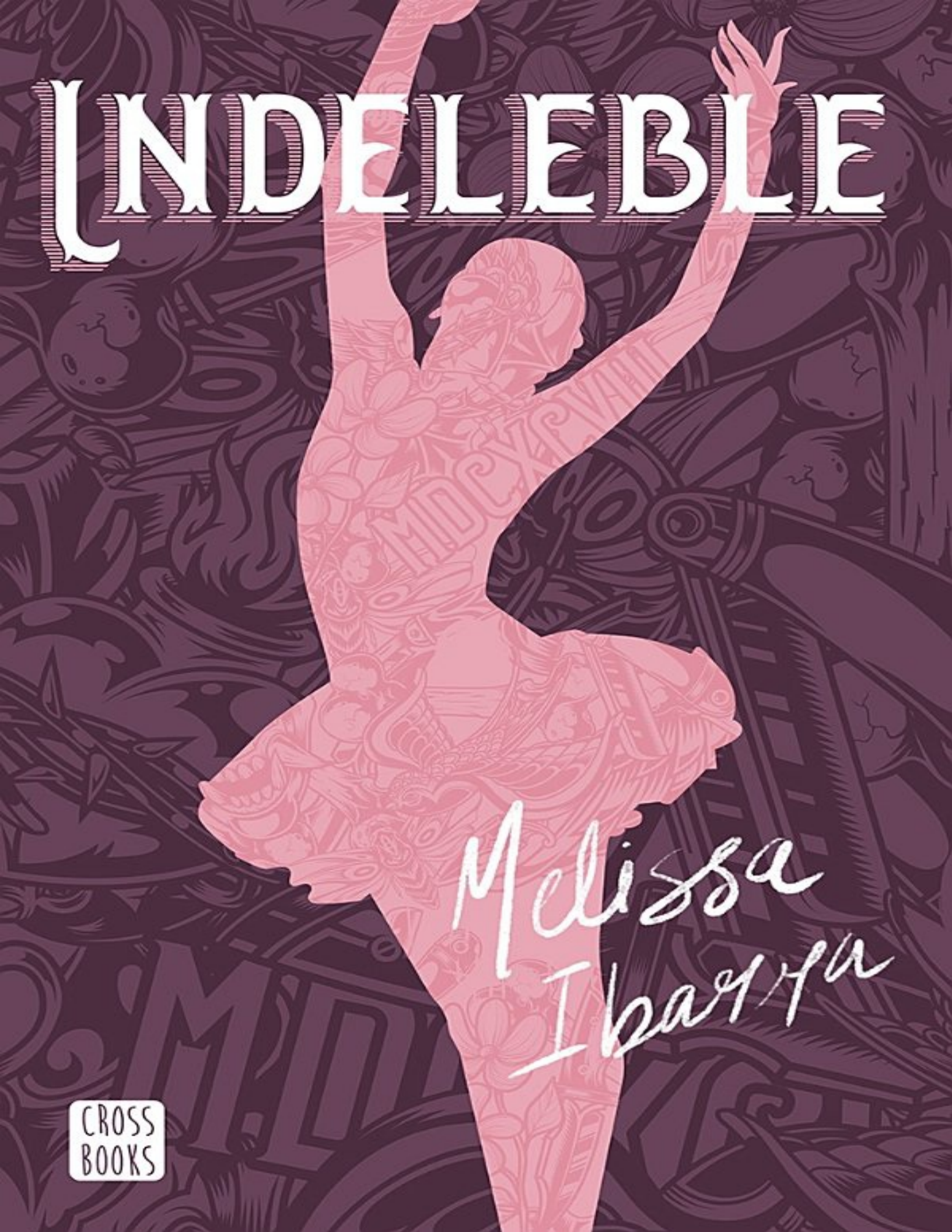
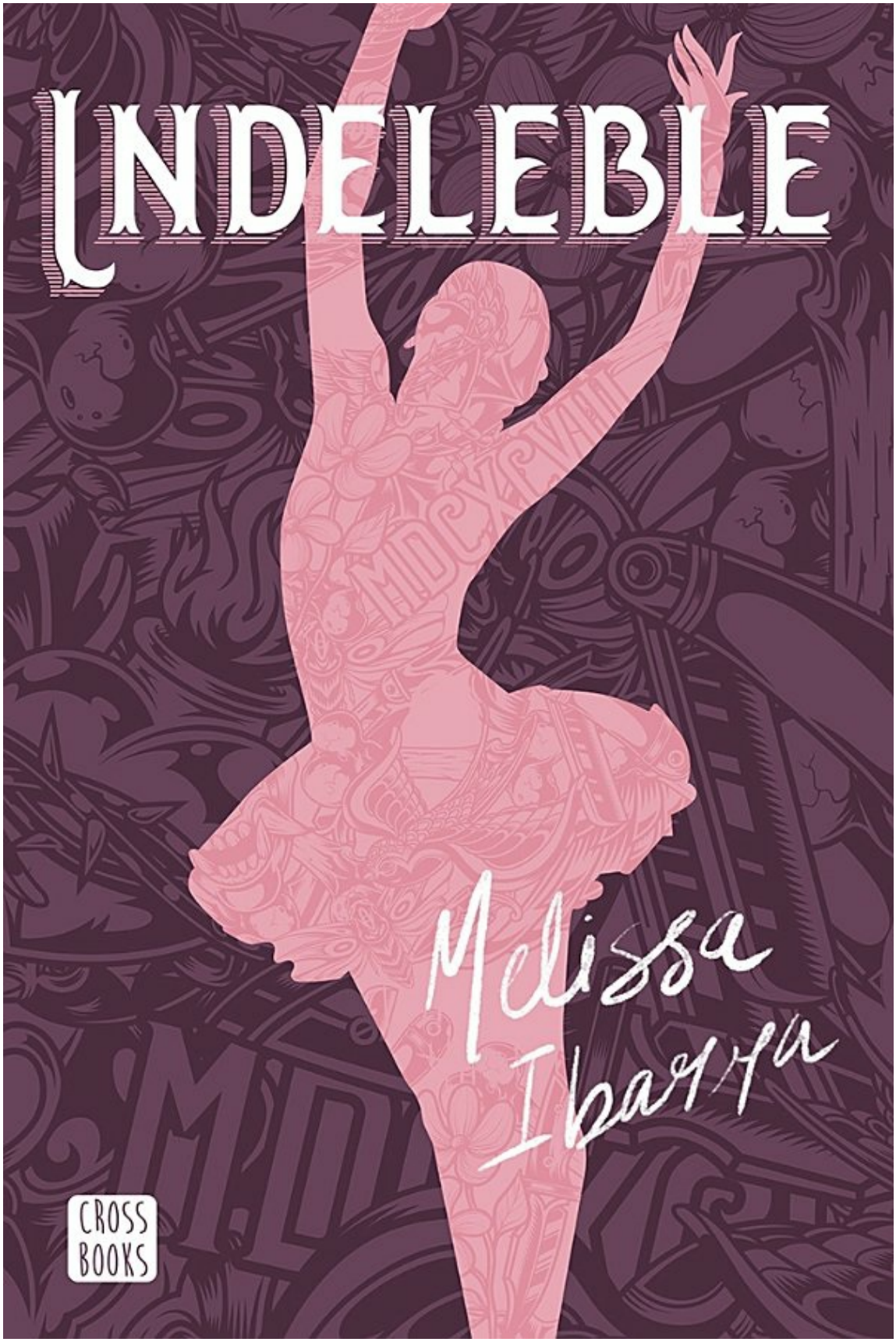

INDELEBLE
Melissa Ibarra
CROSS BOOKS


INDELEBLE
Melissa Ibarra
CROSS BOOKS

INDELEBLE

Melissa Ibarra

CROSS BOOKS

© Melissa Ibarra, 2024

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2024
Calle 73 n.º 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co

© Ilustración de portada:
© Foto de la autora:

Primera edición en Colombia: mayo de 2024
ISBN 13: 978-628-7575-26-4
ISBN 10: 628-7575-26-3

Primera edición en formato epub (Colombia): Abril de 2024
ISBN: 978-628-7575-27-1
Libro convertido a Epub por: Digitrans Media Services LLP
INDIA

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Para todos aquellos que nos creemos insuficientes cuando nos miramos al espejo, sin darnos cuenta de que en realidad vemos el reflejo de los seres extraordinarios que somos.

PREFACIO

Segundo lugar.

El segundo lugar es el primer perdedor.

No es para lo que entrené. No es para lo que practiqué tan duro, pero es lo que me llevo a casa en la primera competencia interescolar de la temporada. El segundo lugar y la horrible cara de reprobación de la señorita Winslet.

No obtuve el primer lugar por veinticinco centésimas. Fue peor que quedar en el último puesto. Había estudiado la rutina, la había practicado y esculpido en mi cerebro, pero un desliz me costó la victoria.

De nuevo, no fui suficiente, por poco, por veinticinco centésimas de segundo.

Siento que el peso de las inseguridades me cae sobre la espalda. La frustración me llena y forma un nudo en mi garganta. Siempre duele más perder cuando es por tan poco.

Me contemplo en el espejo de cuerpo completo y el reflejo me regresa una mirada desdeñosa. El espejo es mi peor enemigo. Es el que me recuerda que no soy bella, talentosa o digna de admiración. No importa cuánto lo intente, nunca me mirará con orgullo o aprobación.

«¿Cuándo seré suficiente para ti, chica en el espejo?».

Lo peor es que sé exactamente cuándo se fue todo a la mierda: olvidé un giro. Debía dar cinco giros y solo di cuatro. Cuatro malditos giros. Para el ojo poco entrenado, no cometí ninguna equivocación, y me hubiera encantado que mi instructora, Victoria Winslet, tuviera ese ojo y no uno casi robótico que detecta hasta el más mínimo error.

El camino de vuelta al campus es silencioso, pero mi mente es un caos constante de preguntas que claman respuestas: «¿Y si hubiera entrenado más? ¿Y si lo hubiera hecho mejor? ¿Y si me hubiera esforzado lo suficiente? Y si… Y si…».

Cada nueva posibilidad de lo que pude haber hecho es una piedra que me aplasta, hasta que estoy cubierta de ellas y me impiden respirar.

La señorita Winslet se mantiene impasible en el asiento junto al conductor mientras mis compañeras me felicitan por haber obtenido un lugar en los primeros tres puestos. Sonrío recibiendo los halagos, pero el gesto se siente vacío y forzado, como el resto de mis expresiones, como todo lo que hago, como todo lo relacionado con el *ballet*. Tres años atrás, habría saltado de felicidad, cuando el *ballet* era lo que amaba. Ahora es solo una jaula creada por mi ambición que me mantiene cautiva.

El conductor se detiene justo a la entrada de la academia y me apresuro a bajar junto a las chicas en un fútil intento por escapar de lo inevitable.

—Hess. —La férrea voz de la señorita Winslet me detiene y sé que he fallado en mi huida.

La espalda se me tensa y giro el cuello para encontrarme con su mirada escrutadora.

Su rostro luce mucho más siniestro por las luces que iluminan el camino de entrada. Trago grueso porque sé lo que está por venir: una nueva reprimenda que me obligará a esforzarme más de la cuenta para cumplir sus exigencias y una nueva inseguridad que me robará el sueño por las noches.

—Señorita Winslet. —Asiento a modo de reconocimiento.

Mi instructora se alisa su traje oscuro de licra, lo suficientemente suelto para permitirle movilidad sin restarle elegancia y profesionalismo.

—Olvidaste dar una vuelta.

—Lo siento —hablo sin que el pinchazo de la frustración se vaya—. No tomé el impulso suficiente. No volverá a repetirse. Entrenaré más duro la próxima vez.

Emite un resoplido desdeñoso por la nariz y se acerca cruzando los brazos.

—Dudo que exista una próxima vez si continúas con este rendimiento tan bajo. —Me escanea con sus ojos oscuros de la cabeza a los pies, sin ocultar su aversión—. Hay chicas con mucho más potencial que tú que desean ocupar tu lugar.

Un quejido sale de mi garganta, impresionada por su crudeza.

—Necesitas un incentivo si lo que quieres es permanecer en esta prestigiosa academia, Hess —ataja severa—. Mañana mismo hablaré con el comité para que retire tu beca parcial; no podemos seguir desperdiciando recursos en alguien que no los aprovecha.

La noticia me cala y me retuerce las entrañas igual que un cuchillo. No quiero perder mi lugar. No quiero perder mi sueño.

—Señorita Winslet, no lo haga, por favor —suplico patética, pero es lo único que me queda —. Mis padres apenas pueden pagar el programa con la mitad de la beca. Si la retira por completo, no podrán costearlo.

—Debiste pensar en eso antes de hacer una presentación tan deplorable. Ya te lo he dicho: llevas meses así y no mejoras. Si quieres tu beca de vuelta, gánatela. Todo se gana en esta industria.

—Lo hago, lo intento. —Subo el tono una octava, desesperada—. Me esfuerzo.

—En este mundo el esfuerzo no es suficiente, niña. Si quieres ser alguien aquí, debes ser la mejor, porque nosotras somos la personificación de la perfección, no más y no menos, grábatelo bien…

Sigue hablando, pero apenas escucho sus palabras. Lo único que registro es la sangre que corre por mis oídos y el horrible sabor del miedo que se extiende por mi boca. La barbilla me tiembla por la impotencia y un nudo se me forma en la garganta. No puedo perder mi beca. No puedo perder lo único en la vida para lo que sirvo.

El último pensamiento me da la valentía suficiente para hablar.

—Señorita Winslet, se lo suplico —insisto y doy un paso más cerca de ella—. Por favor, no me retire la beca, entrenaré más horas, más días, bajaré más de peso para lograr mayor impulso, yo…

—Guárdate tu palabrería, niña —me corta, hastiada—. Con eso no consigues nada. Ya te lo dije: si quieres tu beca de vuelta, gánatela. Mientras tanto, averigua cómo pagar este semestre. Yo no entreno bailarinas que no estén al nivel.

El nudo se tensa más y me aprieta también la caja torácica, sometiéndola a una presión destructiva. La señorita Winslet me pasa por un lado, inundándome las fosas nasales con su aroma suave, y hace su camino por el sendero de piedra del campus con parsimonia.

Las puertas del autobús se cierran frente a mí y mi dramática interior lo interpreta como una

señal del destino: ahora mis puertas en la industria del *ballet* se han cerrado para siempre. Por un segundo lugar.

Por no ser suficiente.

Por *nunca ser* suficiente.

¿Cómo les diré a mis padres que necesito más dinero? ¿Cómo les explicaré que me quitaron la beca por no dar la talla? Me colgarían viva, me regresarían a Texas y terminaría trabajando en una granja de mandarinas.

Los ojos me arden, anunciando la llegada de las lágrimas.

Vaya manera de iniciar el nuevo semestre.

1 | Brisé

Niza

Diane dice que soy un robot. Yo digo que ella es una entrometida.

Es mi mejor amiga.

—Sigo jodiendo mi *brisé* —mascullo, y continúo desahogando mi frustración y quemando lo que me queda de energía sobre la elíptica.

—Lo que vas a joderte, si sigues así, serán las piernas. Un poco más fuerte y a la máquina le saldrán chispas —me reprende sin perder su ritmo tranquilo a mi lado.

Después de abandonar el estudio, me encontré con ella en el gimnasio del campus para entrenar juntas, como siempre. Sabe que he estado practicando durante casi seis horas, sabe que lo más sano sería poner algo de comida en mi cuerpo y dormir un poco para comenzar de nuevo este retorcido ciclo de tortura —quiero decir, de trabajo— mañana, pero ya no habla de ello conmigo. Ya no intenta hacerme entrar en razón porque sabe que no la escucharé.

«Debes ser la mejor, porque nosotras somos la personificación de la perfección, no más y no menos». Las palabras de la señorita Winslet calan hondo y son el incentivo que necesito para imprimir más fuerza en el uso de la elíptica.

—Es un maldito error tras otro maldito error. No hay manera de que me acepten en Rennart International este año si sigo así.

—Te aceptarán —me dice Diane por enésima vez.

—No si sigo jodiendo los movimientos básicos.

—Relájate, ¿quieres? —Se ajusta la alta coleta castaña antes de tomar una toalla y secarse el sudor del pecho—. La perra de Winslet se te ha metido en la cabeza, ya lo sabes. Eres la mejor bailarina de este lugar y hasta ella lo sabe, solo intenta mermar tu seguridad.

Aumenta la velocidad de su elíptica a una más alta que la mía y, a pesar del cansancio, mi vena competitiva sale a la luz y me niego a quedar atrás, así que ajusto también la mía para seguir su marcha, aunque las sienes me punzan.

—Dudo que sea la mejor si consideramos lo mal que lo he hecho últimamente.

La repentina sensación de vértigo por poco me hace perder el ritmo, pero me aferro fuerte y lo pauso un momento para recuperarme. El reloj sobre la pared lateral del gimnasio marca las diez de la noche. Han pasado seis horas desde la práctica grupal y dieciocho desde la última vez que ingerí algo.

—No tienes que matarte tanto en el gimnasio, ya haces demasiado con las prácticas en grupo.

—Subí trescientos gramos desde la semana pasada —me quejo—. No necesito otro motivo

más para tener a la señorita Winslet encima de mí, riñéndome. Ya tengo suficiente estrés con saber que, si no mejoro, me expulsarán.

Diane lanza un quejido de incredulidad.

—No puede hacer eso, ¿o sí?

Un pinchazo se me instala en el pecho, provocando un dolor agudo.

—Sí puede. Ya me ha quitado la beca.

—¡¿Qué?! —Mi amiga detiene la elíptica—. ¡Es una perra! Creí que solo era una amenaza para presionarte. Jamás creí que en serio te quitaría la beca.

De nuevo siento el escozor de las lágrimas que se agolpan en mis ojos, así que sigo con mi ejercicio sin mirarla a la cara para evitar el desastre.

—Yo tampoco creí que lo haría, pero henos aquí —digo con pesar—. Si no me expulsa por ser insuficiente, lo hará por no poder pagar la cuota de la academia.

Resopla.

—¿Ya hablaste con tus padres sobre esto?

—No... No quiero decirles.

—¿Por qué? No tendrás modo de pagar si no hablas con ellos. Esta academia es costosísima.

Tiene razón. La Academia Central de Artes de Nueva York —conocida popularmente como ACA— es una de las escuelas de arte más prestigiosas del mundo entero y ha forjado estrellas de renombre en la industria artística, desde músicos y bailarines hasta productores. Entrar aquí ya es una odisea, pero mantenerse dentro... esa es toda una hazaña.

—Podrías vender fotos de tus pies —sugiere.

—Mis pies no son tan fotogénicos. —Hago una mueca.

—De manos, entonces.

Me saca una risa y le doy un golpe con la toalla.

—Tú podrías vender fotos de tus manos; son bonitas —la aliento.

—No, gracias. —Sacude su cuerpo como si un escalofrío la recorriera.

Diane es el tipo de chica alta y bronceada con curvas exuberantes que siempre se las arregla para llamar la atención. Sus ojos verdes vivaces y su carisma son la perdición de todos los chicos de la academia.

—Aunque lo que dices no es del todo descabellado. Estaba pensando que podría conseguir un trabajo para pagar la matrícula —digo de pronto.

—¿Y cuándo piensas trabajar? ¿En la madrugada?

—Algo se me tendrá que ocurrir. No pienso dejar la danza por culpa de Winslet ni tampoco pedirles más dinero a mis padres. Me matarían si supieran que he perdido la beca.

—No si antes te matas tú. —Diane me mira con los ojos llenos de reproche—. ¿Por qué no te unes a mí en el hip-hop? Así podrías aceptar esa bonita figura tuya y no intentar matarla. —Apunta a mi pecho, donde una banda me aprieta los senos.

Las bailarinas solemos desarrollarnos tarde debido al régimen de ejercicio intenso que mantenemos, pero a mis veintiún años estaba horrorizada de haber florecido al fin. La señorita Winslet recomendaba —ordenaba— ejercicios centrados en el pecho para aplanar, eliminar o endurecer los senos. Cualquier cosa que se le ocurriera para deshacerse de mis intrusas, lo intentaba, pero al parecer habían llegado para quedarse.

—Voy a dejar el meneo de caderas para ti. —Suspiro—. Creo que Winslet me odia por seguir hablando contigo después de que dejaras el *ballet* hace un año.

Diane y yo habíamos practicado *ballet* desde pequeñas. Enemigas acérrimas y a la vez las

mejores amigas, nos empujábamos la una a la otra a ser mejores, hasta que un día, sin previo aviso, Diane simplemente explotó. Se cambió a la carrera de Baile Profesional enfocado en música contemporánea y no miró atrás desde entonces. Tal vez fue lo mejor para ella, porque desde que renunció mantenía en sus preciosos ojos verdes ese fuego vital que antes no se le veía cuando realizaba un *plié*, un *arabesque* o un *jeté*.

—No entiendo cómo ACA le permite enseñar —replica severa—. Es abusiva, grosera y muy, muy cruel.

—Solo quiere que seamos las mejores bailarinas.

Hemos tenido esta conversación incontables veces. Su opinión es la misma que la de la mayoría en la academia, pero no puedo coincidir con ella.

—¡Y así, señores, es como luce la negación! —dice con su mejor versión de presentador, y me río, aunque en el fondo sé que es verdad.

Detiene su elíptica y se gira hacia donde están las pesas.

—¡Helios! —saluda a un chico alto y fornido.

Él no pierde el tiempo en despedirse de los tipos con los que está y en llegar a donde mi amiga. Se quita el cabello rizado cobrizo de la frente y permite que Diane le eche los brazos al cuello antes de besarla como si no se hubieran visto en años, aunque se vieron hace dos horas. Pongo los ojos en blanco, incómoda por la demostración de afecto, y giro el rostro hacia los chicos, que se codean entre sí mientras observan a su amigo. Los reconozco; Helios siempre está con ellos: comparten clases de música.

RJ —abreviación para Rowan Jackson— y Clay Hawthorne admiran la escena con una mueca de burla unos metros más allá.

Fijo la vista en un tatuaje particular en el antebrazo de Clay. Es difícil distinguir alguno desde mi lugar, considerando que tiene ambos brazos colmados de figuras distintas, pero me gusta la manera en que lucen las flores que le nacen en la muñeca y van hasta el codo. Flexiona los brazos tras la cabeza, mostrando nuevas figuras al otro lado, y no sé en cuál concentrarme porque todas son increíbles. Desvío la mirada hacia la elíptica cuando noto que él tiene la vista fija en mí, como un famoso que acaba de atrapar a una acosadora que lo observa. No quiero problemas con Clay; ya tiene una fama bastante mala en la academia.

—¿Los chicos irán con nosotros? —pregunta Diane después de terminar de comerse la boca de su novio.

—No lo sé, les preguntaré. —Hace una seña con la mano a los aludidos y mi pulso se dispara cuando se acercan.

«¡Ay, no!». ¿Hay algo más incómodo que estar cerca de la persona a la que mirabas como una acosadora sinvergüenza minutos atrás? Me hago pequeña y fijo la vista al frente, sin dejar de usar la elíptica para fingir que no existo. Tal vez si no hablo, olviden que estoy aquí.

—¿Vendrán con nosotros a la pizzería de Gino's? —pregunta Helios con ligereza.

—Claro, hermano, no me lo pierdo por nada del mundo. Nada mejor que comer kilos de grasa después de entrenar —bromea RJ.

—Eso si no te roban la pizza y la cartera antes. —Escucho otra voz, más profunda y aterciopelada que me pone la piel de gallina. Aunque no estoy mirando en esa dirección, asumo que es la de Clay porque es la única que no reconozco.

—La pizza sabe mejor si hay riesgos —dice su amigo.

—Niza, ¿vienes con nosotros?

Estoy tan concentrada en que no me noten que escuchar mi nombre por poco me hace caer de

la elíptica. Me pongo rígida y pauso con mucha lentitud el contador del aparato para no entrar en pánico y responder como una persona normal.

Como bailarina, no soy muy sociable y mis únicas amigas, además de mis zapatillas, son Orena y Diane, y desde que esta última empezó a salir con este chico nuevo, Helios, intentan incluirme en sus planes, unos que yo prefiero rechazar porque estoy muy cansada o porque no puedo tener distracciones. Me percato de que todos están esperando a que responda.

—No puedo. Estoy ocupada, pero ustedes diviértanse —contesto con ese tono jovial practicado que siempre uso.

Diane frunce el ceño, pero no dice más.

—Bien, entonces parece que seremos solo nosotros. Invitaré a Orena —dice mi amiga sin perder su buen humor.

—¿Tienes otra de sobra? —RJ señala la paleta que Clay desenvuelve y se lleva a la boca.

Un sentimiento de curiosidad se instala en mi interior.

Pocas veces reparo en su existencia, pues nuestros centros —el de Música y el de *Ballet*— están separados por una amplia extensión del campus, pero cuando coincidimos, siempre lleva una paleta en la boca. No entiendo la razón.

—No.

—¿Por qué no? Siempre tienes más, anda, quiero una —insiste su amigo e intenta llegar a los bolsillos de sus pantalones de ejercicio solo para fallar cuando el aludido le da un manotazo.

—No son para plebeyos como tú. No te has ganado el privilegio.

—Ay, por favor, viejo, es solo una paletita.

Se retira el dulce de la boca en un movimiento que resulta tan atractivo como banal y eleva las comisuras en un rictus.

—Lo sé, pero no eres parte del club VIP con el que las comparto.

RJ le muestra el dedo medio.

—Jódete. Ojalá te tragues el palo y no puedas cagarlo después.

Hay una risa colectiva a la que me uno de forma inesperada.

—Bien, si ya terminaron su pelea matrimonial, los veré a la salida para reclamar nuestras pizzas —ataja Helios, y se despide con un beso de mi amiga.

Los chicos se marchan y quedamos solo Diane y yo.

—¿Segura de que no quieres venir con nosotros?

La idea me baila en la cabeza por un instante, pero el recuerdo de mis obligaciones y mi situación actual la aquietan.

—No, prometo ir en otra ocasión.

No responde, pero me mira de esa forma resignada con que lo hace últimamente, como si ya no creyera mis excusas, ni siquiera para darse esperanzas a sí misma.

—Bien. Me iré a duchar y a vestir.

—Yo me quedaré un poco más. Te veo luego.

Se despide con una sonrisa pesarosa e ignoro el punzar en mi pecho que lo aprieta más que las vendas. Una parte de mí se muere por mandar todo a la mierda, ir con los chicos y pasar una noche en compañía de otros, porque la única persona con quien comparto mi espacio es un reflejo que me dice lo insuficiente que soy. Sin embargo, la otra parte, la racional, me recuerda que si quiero ser alguien debo esforzarme por serlo, así que acallo los alegatos de mi cuerpo, de mi corazón, y sigo entrenando.

***

Pasan solo quince minutos desde que Diane se ha ido cuando decido apagar la elíptica y rendirme al cansancio. Los ojos me arden por el sudor, siento los músculos entumecidos y las piernas desgastadas. Siento los pies débiles y me tambaleo un poco al bajar de la máquina, pero logro sostenerme. Con las sienes punzando y el corazón acelerado, llego hasta el pasillo de los casilleros ubicado al fondo del gimnasio. Abro el que ocupé y, justo cuando estoy sacando mis cosas, una nueva ola de vértigo me asalta. Las piernas me fallan. Estoy por caer al piso cuando siento el agarre de una mano firme alrededor de mi muñeca, que impide la tragedia. Un zumbido me aturde los oídos y motas negras se cuelan en mi visión. No sé si estoy sufriendo un infarto o un desmayo.

—Bebe. —Mis sentidos vuelven a la vida de a poco y fijo toda mi concentración en la botella de agua que sostiene una mano masculina frente a mí.

Sin ánimo, recorro el brazo repleto de tatuajes hasta llegar a un pecho ancho que viste una camiseta oscura. A medida que subo la vista, también lo hace mi ritmo cardíaco, que sufre un pico cuando veo que es Clay Hawthorne quien me ofrece la botella de agua. Parece surreal que sea él quien me ayuda. No es conocido en el campus por ser el señor Simpatía.

—¿El semidesmayo te dejó tonta? —cuestiona con lentitud y mi conciencia vuelve de a poco. Tomo la botella que me ofrece y le doy un sorbo, saboreando el frío líquido que me baja por la garganta.

—Estoy bien —contesto en tono bajo.

—No te ves muy bien. Estás pálida —dice, con esa voz hipnótica y aterciopelada de antes—. Si vas a desmayarte, dímelo para avisar al entrenador de una vez.

Parpadeo para recuperarme y entonces lo miro, realmente *lo miro*.

Es la primera vez que lo tengo tan cerca y noto el bonito gris de sus ojos. Es oscuro como el hierro, pero también tiene destellos brillantes, como la plata. Su cara está formada por pómulos altos, mandíbula marcada, nariz recta y labios delgados. El tipo de rasgos que harían a un tipo calificar como atractivo si no tuviera esta aura oscura y aterradora.

Había escuchado muchas cosas de Clay Hawthorne y ninguna era buena… o legal.

—Estoy bien —repito con más convicción cuando caigo en la cuenta de que lo estoy detallando demasiado—. Creo que se me bajó el azúcar, no es nada grave, suele pasar.

—¿Suele pasar? Lamento informarte esto, pero que se te baje el azúcar no es algo normal —señala hosco—. ¿Cuándo fue la última vez que comiste?

Frunzo los labios y digo el número de horas de ingesta de comida aceptable que ya sé de memoria.

—Seis horas —miento.

Por la manera en que sus ojos me escrutan, no me cree, pero no le debo nada, así que tampoco intento convencerlo. Ninguno habla por un momento que se extiende demasiado, como si esperáramos que el otro se moviera primero, hasta que él toma la iniciativa: con un suspiro, busca en la bolsa de su pantalón y me extiende una paleta.

La confusión se me debe reflejar en la cara porque se apresura a explicar:

—Cómela. Te hará sentir mejor.

—No, gracias, estoy…

La réplica muere en mi boca cuando me dedica una mirada gélida que es un claro «no te

atrevas a discutir conmigo» y es tan intimidante que me trago mis protestas, le quito la envoltura a la paleta y me la meto a la boca sin pensar. El sabor es tan dulce y concentrado que me sabe a gloria después de más de dieciocho horas sin probar bocado. La culpa hace su fea aparición, pero la paleta sabe tan deliciosa y tengo tanta hambre que vuelvo a metérmela en la boca.

—Gracias. Me salvaste. —Le dedico una sonrisa genuina y me observa con cautela.

—Bien. Espero que sea la única vez —sentencia y hay un silencio extraño.

No me gustan los silencios incómodos.

—Creí que estas paletas eran solo para socios del club VIP —bromeo para aligerar la atmósfera.

Algo brilla en sus ojos grises, con un toque de diversión.

—Parece que tú ya entraste.

—¿Entré más rápido que RJ? Vaya, primera vez que gano algo. —Me meto la paleta en la boca buscando disfrutar más de su sabor, y los labios de Clay se curvan sin llegar a ser una sonrisa.

—Espero que sepas aprovechar el privilegio.

Estoy por replicar con otro comentario inteligente cuando él se pone en pie, recordándome lo alto que es.

—Trata de comer más si vas a matarte en el gimnasio. Puede que la próxima vez mis paletas y yo no estemos aquí para salvarte.

—De acuerdo —digo sin quitarle los ojos de encima, con algo de vergüenza por casi caer desmayada como una damisela en sus brazos. Solo que él no es ningún príncipe, ni yo soy tan linda como para ser una princesa.

Asiente y se da la vuelta para salir del gimnasio sin decir otra palabra.

Permanezco sentada en la banca unos segundos que a mí me parecen horas, en parte para dejar que el azúcar de la paleta inunde mi sistema y en parte para asimilar lo que acaba de ocurrir. «¿Quién diría que el chico con careta de malo podía ser tan amable?».

***

Esa noche, después de ducharme y ponerme el pijama, reviso la sección de clasificados del periódico. Los ojos se me cierran mientras busco entre los cientos de anuncios alguno que solicite un empleado para un trabajo parcial y de preferencia al anochecer o en la madrugada. He buscado durante la semana sin encontrar nada. Casi todos exigen una jornada completa y los demás oscilan entre la mañana y la tarde, horas en las que no tengo espacio para un trabajo.

Comienzo a perder la esperanza a medida que bajo por la hoja y no encuentro nada. El problema es la falta de disponibilidad: solo tengo libres los fines de semana y eso si no debo entrenar más por la temporada de recitales y competencias. Nunca he tenido un trabajo antes. Veintiún años y nunca he tenido un trabajo. Bueno, aunque si la autocrítica fuera un trabajo, yo sería la CEO, la gerente, la empleada del mes y la jefa de jefas.

Suspiro y analizo los pocos anuncios de empleos posibles que he destacado con marcador rosa. Quizá podría tomar un trabajo de madrugada, dormir un par de horas y después hacer espacio para el *ballet* y las tareas…

Clavo los ojos en un anuncio que subrayé sin prestarle mucha atención. Luce prometedor. «Conserje para jornada de madrugada». El lugar que lo solicita es un estudio de tatuajes a dos

calles de mi academia.

Conserje. Limpiar. Mantener todo en orden.

Es vergonzoso que pueda hacer un *arabesque*, pero no sepa si estoy cualificada para usar una aspiradora. Lo contemplo con atención, analizando pros y contras. No es lo que habría querido ni el lugar en que habría querido trabajar, pero no hay más, y situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas. «Mañana mismo enviaré mi solicitud».

2 | Sombreado

Clay

—Eso se ve muy doloroso. —RJ hace una mueca sin dejar de contemplar mi nuevo tatuaje. Lo ignoro, escondiendo el brazo recubierto con el plástico film, y aprieto el paso hacia el gimnasio.

—Para alguien tan cobarde como tú, sí lo es —contesto sin perder la oportunidad de insultarlo.

La piel de RJ destella cuando pasamos bajo la luz de los faroles en el campus. Detesto cuando las prácticas de música terminan tan tarde. La cabeza siempre acaba punzándome por tanta técnica estúpida del señor Claiman que a nadie le importa.

—¿A quién llamas cobarde? Si te dejé tatuarme el estómago, hijo de puta.

Suelto una carcajada y me acomodo la correa de la mochila sobre el hombro.

—No me *dejaste*, me *pediste* que lo hiciera.

—Estaba ebrio —dice digno.

—No lo suficiente para aguantar el dolor. Llorabas como un recién nacido.

RJ hace el ademán de darme un empujón, que evito haciéndome a un lado, y le paso el brazo por el cuello para aplicarle una llave.

—¿Ves? Eres cobarde.

Se suelta de mi agarre y me fusila con la mirada.

—No sé por qué te sigo hablando.

—Porque no hay mucha gente con quién hablar en este lugar de mierda. Además, eres asocial —replico burlón.

—Ese eres tú, no me arrastres en tu mierda. De no ser por Helios y por mí, serías marginado.

—Tú eres el marginado.

—Margíname esta —se burla.

—Tienes la capacidad para insultar de un niño de cinco años.

Continuamos caminando por el amplio campus de ACA, el césped cuidado y recortado para no perder su inmaculada imagen como una de las mejores escuelas artísticas del mundo. La gente mata por entrar aquí o muere una vez está dentro. Es una escuela famosa no solo por la cantidad de artistas reconocidos que nacen en su seno, sino también por su rígido programa de estudios que, aunque es estricto, también resulta eficaz. Un ejemplo claro de ello es mi hermano, Bryce Hawthorne. La grandiosa estrella del rock contemporáneo. Aquí respiramos, comemos y cagamos arte. Para un guitarrista, no hay mejor lugar… O al menos eso es lo que dicen.

Miro el reloj cuando pasamos el edificio de danza: son pasadas las nueve de la noche.

«Nunca volveré a quedarme tan tarde a otra práctica de guitarra sin sentido».

—Allá va Niza —dice RJ de pronto, con su estúpido tono de devoción. No dejo de caminar, pero sigo la dirección de su mirada.

La chica a la que señala, Niza, es una pelirroja a la que todos en el campus conocemos o al menos hemos escuchado hablar de ella alguna vez. La reconozco ahora porque Helios comenzó a salir con Diane, la mejor amiga de ella, y porque le ofrecí una paleta en el gimnasio para que no sufriera un desmayo. Desde entonces ya ha transcurrido una semana y, aunque nos topamos en el gimnasio, no hemos vuelto a hablar. Es una chica extraña.

Se supone que es la mejor bailarina de ACA y su trabajo es casi tan famoso como su capacidad para poner a todos los chicos del campus a babear. No los culpo: es el tipo de chica que eclipsa fácilmente al resto y que despierta cierta devoción y reverencia. Aunque, siendo franco, yo no la considero la gran maravilla. Es bonita, sí, pero no tiene nada más.

—Hombre, tienes que admitir que es la cosa más bella que hayas visto. Mira cómo camina, es tan delicada. —RJ me codea, anonadado, y roza mi nuevo tatuaje por accidente, pero me controlo para no matarlo—. Es tan misteriosa. Siempre está en ese estudio. ¿Qué hará en su tiempo libre? ¿Crees que acepte salir conmigo en una cita?

—RJ, hazte un favor y baja de tu nube. Las chicas como ella no se fijan en chicos como tú.

—¿Por qué no? ¿Quién dice que yo no soy bello y perfecto, eh? Si soy el mejor partido posible.

Mi amigo me taclea con su cuerpo, simulando enojo, y no dejo de reír. Cuando terminamos con nuestro escándalo, hemos llamado la atención de Niza. RJ levanta la mano para saludarla y ella nos mira por encima del hombro desde la distancia. Se detiene un segundo, no corresponde y luego sigue su camino hacia el gimnasio sin esperar por nosotros.

Qué pesada.

***

El complejo de habitaciones para los estudiantes de Música está en el sur; el de Danza, en el norte, y los que pertenecen a otras artes se dispersan entre los edificios del este y oeste.

Mi dormitorio está en el tercer piso; el de RJ, en el cuarto, así que nos separamos en el elevador. Tomo la guitarra de la pared y me siento en la cama. Mis dedos encuentran los acordes sin que yo sea consciente de ello, como si esa fuera una segunda naturaleza. Ignoro el punzar en el brazo y toco por unos minutos para pulir algunas notas. Logro obtener dos acordes para la clase de Hydeton.

Estoy a punto de terminar el suplicio cuando mi móvil suena y suspiro con pesadez. Solo hay una persona sobre la faz de la Tierra que me llamaría tan tarde.

—Dime. —Me pego el auricular a la oreja.

—¡Clayton! —Me saluda Bryce desde el otro lado.

—¿Qué quieres, Bryce?

—Alguien se despertó con los huevos apretados esta mañana, ¿eh? Yo también te extrañaba , hermanito —dice mordaz.

Bryce está ebrio; puedo notarlo en su voz. No es nada nuevo: lo está casi todo el tiempo. Es más sorprendente encontrarlo sobrio. Me llama siempre desde algún club, un bar, un escenario donde se presentará en unos minutos o la casa de alguna chica cuyo nombre ni siquiera sabe ni le

importa. ¿Lo juzgo? No, no hay nada más que hacer cuando estás de gira, de concierto en concierto. Bryce aprovecha sus descansos al máximo: emborrachándose hasta la médula, drogándose hasta los huevos o follando con cuanta tipa se le cruce.

No estoy seguro de si mi hermano toma las decisiones correctas para su vida, pero ¿quién soy yo para juzgarlo? Se supone que el adulto es él.

—¿Qué quieres? —repito—. Es tarde.

Apenas puedo discernir sus palabras entre el alboroto que se escucha de fondo.

—¿Acaso es un crimen querer saber de la vida de mi querido hermano?

—Es medianoche, Bryce, no me jodas. Tengo clase por la mañana.

—Creo que estarás de acuerdo conmigo en admitir que nunca te han importado las clases. —Se ríe de su propio chiste y yo pongo los ojos en blanco, una costumbre que adquirí para cada vez que dice algo.

—¿Dónde estás ahora? —Cambio el tema.

—Mmm… —Lo escucho tragar, seguro licor—. Venecia, según yo. Estaba ahí la última vez que revisé.

—No tienes idea, ¿verdad?

—Nop. —Traga otra vez y su voz es áspera cuando responde—. Pero ¿importa?

Miro mi cuaderno con los acordes a medio terminar. Hace sonar la pregunta como si fuera algo inocuo, pero me cala hondo. ¿Importa? ¿Algo de esto realmente importa? La música, ser el mejor y derrotar al mejor por el amor al arte, a la competencia. Intentar, esforzarte, trabajar, sudar, sangrar y excederte hasta no poder más. Todo eso ¿para qué? ¿Cuál es la recompensa? ¿La fama? ¿El dinero?¿El sexo? Cuando consigues llegar a la cima, ¿qué hay más allá? ¿Qué haces después de llegar ahí? ¿Drogarte y alcoholizarte como Bryce? ¿O desgastarte hasta formar parte del Club de los 27?

A Bryce le falta poco para tener el pase a ese jodido club, y a este paso entrará sin darse cuenta. Últimamente, es lo que más me preocupa.

—Deberías alcanzarme en Italia y tocar algo conmigo —propone inconsciente.

Suspiro cansado.

—Me voy a la cama.

—Buenas noches, Clayton —vuelve a canturrear y suelta una risita. Está ebrio hasta el culo.

Le cuelgo a esta heroica y revolucionaria figura de la música que es mi hermano; cuando los reflectores no lo miran, es menos que nada. Contemplo el cuaderno con los acordes, lo cierro y lo lanzo a algún lugar de la habitación con desdén, sintiéndome estúpido por esforzarme en algo que no sé si me dejará algo bueno, que ni siquiera sé hacia dónde me llevará.

Bryce llegó a la cima, pero no encontró nada en ella. Nada más que presión y desilusión, hasta el punto de tener que embriagarse todas las noches para soportarlo.

Bryce le vendió el alma a su arte sin saber cuánto debía pagar. «¿Tendré que hacer lo mismo cuando salga al mundo real?».

Me recuesto en la cama con un regusto amargo en la boca. Pienso en la respuesta a esa pregunta y mi miedo crece. Suspiro. Sé que será otra noche sin dormir.

***

—¿Cuánto tiempo te tomó hacerlo?

Carter me mira desde su altura mientras yo permanezco sentado en una de las sillas para tatuar. Lo hace como un padre que acaba de reprender a su hijo y resisto el impulso de insultarlo.

—Seis horas.

Se rasca la cabeza rapada.

—Déjame adivinar: ¿lo hiciste tú solo?

—Ajá. No ibas a hacérmelo tú, ¿o sí?

—No.

—Y Klein es demasiado hijo de puta para hacerme un favor, así que solo quedaba una opción: yo.

En consecuencia, tengo que sentarme en la tienda y escuchar un sermón sobre tomarme mi tiempo y la mierda, sobre tomar descansos y no hacer sesiones de más de dos horas por día para no sufrir de tortícolis o hemorroides o yo qué sé.

Carter, el dueño de Ink the Mind, ha sido mi maestro desde hace algún tiempo. Es preciso, creativo y paciente, lo cual agradezco, pero no aprecia que me haga tatuajes yo mismo, para experimentar, porque puedo cagarla.

Sin embargo, luego de la fastidiosa reprimenda, me felicita por mi precisión y mi buen trabajo. Claro que tengo precisión, ¿con quién cree que habla?

Después del sermón y con sus palabras dándome vueltas en la cabeza el resto de la tarde, cierro la tienda cuando dan las once. Siempre soy el último en salir porque la academia queda a dos calles del estudio.

Entro al campus y tomo el atajo que hay pasando por el cuartel de Danza. Echo a andar con nuevas ideas en la cabeza para mejorar mis diseños. Me paso la mano por el cabello y silbo unas notas, saboreando el clima cálido del verano. Miro sin pensar en la dirección del estudio de *ballet*, justo cuando la puerta se abre y revela a una Niza bien vestida y apresurada que avanza hacia los dormitorios de su campus. No pretendo notar más cosas sobre ella de las que debería, pero soy un artista —un intento de artista— y la analizo con ojo crítico: el cabello rojizo que lleva atado todo el tiempo en un moño apretado, su atuendo pulcro y su forma de caminar. No está bailando ahora, por supuesto, pero se conduce con una clase de gracia inherente a ella, como si… como si fuera el maldito Jesucristo flotando sobre el agua. Sigo caminando por mi sendero, paralelo al suyo, y ella no me nota porque va absorta en algo que no comprendo. Pero yo sí noto al chico que la sigue.

Mi primer pensamiento es que no me meta. Seguro es alguno de sus amigos. Me obligo a fijar la vista al frente y seguir caminando. «Tal vez es su novio». Para apagar esa llamarada heroica que nace en mí, me repito una y otra vez que no me incumbe. No puedo explicarlo, pero algo no se siente bien cuando ella toma la delantera en su camino y se pierde en una curva, con el extraño detrás. Gruño y, a pesar de no ser mi naturaleza, atravieso el campus y los sigo. Lo peor que puedo encontrar es a ella de rodillas y con el pene del tipo en la boca; no sería nada nuevo por aquí. Desde mi distancia, ahora más corta, noto que ella lleva audífonos y es completamente ajena a lo que sucede a su alrededor, incluyendo al chico que se apresura para llegar hasta ella.

El tipo mira a ambos lados para cerciorarse de que no hay nadie cerca y después la llama.

—¡Niza! ¡Oye, Niza!

Ella se gira, sorprendida, y entorna los ojos cuando se da cuenta de quién es. Se quita un audífono con lentitud.

—Te dije que me dejaras en paz, Ryan —masculla—. No insistas.

De pronto me siento estúpido. ¿Los seguí para terminar en medio de una discusión de pareja?

Mi mala suerte no conoce límites. No me ha notado aún porque el recodo es oscuro y toda su atención está puesta en ese enclenque que tiene la cabeza metida en el culo si es tan imbécil para intentar asaltarla.

—No tienes que ser tan difícil, bonita —masculla de vuelta—. Jesús, ¿por qué todas las bailarinas son así? Se creen la gran mierda.

—No puedo hablar por las demás —sisea—, pero yo tengo parámetros que tú no cumples. Nash nos presentó en una cita, la tuvimos y las cosas no funcionaron. Ya supéralo.

—¿Cómo sabes que no funcionaron si ni siquiera me hablas? Me ignoras en los pasillos como si yo no fuera nada. —Hace aspavientos con los brazos, cada vez más enojado.

—No necesito otra cita para saberlo. Además, no tengo tiempo para novios, así que deja de llamarme. Deja de enviarme mensajes. Deja de aparecerte en mis ensayos. Deja de preguntar por mí. Que te quede claro de una vez: no… me… interesas. —Y como toda una campeona, se da la vuelta.

Wow. La bailarina estrella no es tan dulce como todos piensan. Qué manera de callar bocas. Qué manera de… Él se adelanta, la toma del brazo con brusquedad y la hace dar un paso violento hacia atrás.

—No vas a ignorarme como si nada pasara después de pavonearte frente a mí y calentarme durante toda la noche sin que yo reciba mi premio, ¿entiendes? No te creas tan inalcanzable, maldita perra frígida. Voy a hacerte trag…

—¿Interrumpo algo?

Ambos saltan y finalmente reparan en mí. Niza parece confundida y la entiendo; solo hemos hablado una vez.

—¿Clay?

La expresión del tipo cambia y parece aterrado. RJ tiene razón: por mi apariencia, soy el tipo de chico que quieres evitar en las calles, por el que te cambias de acera. Y eso es un punto a mi favor, aunque no me molestaría demostrarle por qué, a pesar de ser reservado, nunca he perdido una pelea en veintitrés años.

—Esto no te concierne, amigo —espeta.

Continúa apresando con la mano el delgado brazo de la chica.

—Ya la escuchaste —digo estoico—. Lárgate.

El tipo abre la boca para rebatir, pero lo piensa mejor y en su lugar le lanza una mirada de muerte a Niza.

—Como sea. Ni que fueras alguna maravilla, frígida.

La suelta y me golpea el hombro cuando pasa a mi lado a modo de patética amenaza.

Me debato entre seguirlo o no, si quiero partirle la cara o no. Al final, decido que no vale la pena y me centro en ella. Considerando lo cerca que estuvo de ocurrir una tragedia, lo que espero son lágrimas, lamentos y agradecimientos, pero me sorprendo: luce compuesta, como si fuera algo que le ocurriera todos los días. El pensamiento me hace sentir enfermo.

—¿Estás bien? —pregunto con cautela, solo para saber si se echará a llorar.

—Estoy bien, gracias —replica, su voz más fuerte y áspera que la de alguien que se viste, se comporta y se ve como si estuviera hecha de algodón de azúcar.

Se ajusta la correa de su maleta de entrenamiento al hombro y sus ojos se encuentran con los míos.

—No tenías por qué hacer eso. Normalmente se da por vencido.

—¿Normalmente? —repito, incrédulo y enojado—. Así que esto ha pasado antes.

—No es nada. —Le resta importancia con un gesto de la mano—. Pero gracias de todas formas. Me salvaste. Otra vez. —Me dedica una sonrisa tímida—. Parece que siempre coincidimos en las peores situaciones.

—Espero que no se vuelva un hábito.

—¿Encontrarnos en estas situaciones?

—Salvarte —respondo, y algo en su expresión cambia por un segundo antes de echarse a reír.

—No te preocupes; sé cuidarme sola. Soy Niza Hess, por cierto. —Se presenta jovial, adoptando un tono suave—. La última vez que hablamos no nos presentamos formalmente.

—Porque no podías hablar de lo débil que estabas.

—Tú eres Clay Hawthorne, ¿no?

—Ajá.

—Gusto en conocerte —me saluda con tono amable y una sonrisa que parece genuina.

Estira la mano, como si fuéramos dos extraños conociéndonos en una fiesta y no en medio de la calle donde casi la asalta un enfermo. Estoy algo desconcertado, la verdad. Niza luce como el tipo de chica inalcanzable que solo te beneficiaría con la gracia de su amistad si logras entrar en su estrechísimo grupo de amigos. Así que, cuando me reconoce y me saluda como si fuera una persona igual a ella, me deja pasmado. Me sorprende que no sea como el resto de bailarinas, con el ego hasta el cielo y la mirada siempre por debajo de la nariz para contemplarnos a nosotros los mortales. Le tomo la mano y la estrecho; es más fría de lo que espero, pero también más firme, segura y mucho más pequeña que la mía.

—Lamento si te retengo. —Me suelta—. Ya puedes irte.

Me quedo de pie en mi lugar, como un idiota, porque aún no asimilo cómo puede pasar del enojo a la cortesía como si nada.

—Presta atención la próxima vez —escupo con más aspereza de la que pretendo—. Hay miles como él.

Su sonrisa amable se esfuma y algo que no identifico le reluce en los ojos. Sin decir nada más, se da la vuelta y, con la parsimonia propia de una bailarina, comienza a *camiflotar* hacia su edificio. Permanezco de pie con la irritación que me hace punzar la cabeza. La sorpresa de este encuentro me deja un regusto extraño en la boca. Ni siquiera me dio las gracias. La maldita descarada.

3 | Grand jeté

Niza

—*Brisé volé, sissonne, brisé volé, brisé volé, trois, pas de bourrée. Trois, sissonne, pas de chat, pas de bourrée.*

Intento seguir sus instrucciones sin romperme un pie en el proceso. Cuando hago el último movimiento, respiro agitada y miro a la señorita Winslet, cuya expresión de aversión dice más que mil palabras: no fue suficiente.

—Otra vez —ordena chasqueándole los dedos al pianista.

Tomo una bocanada de aire, levanto el rostro y, cuando la música fluye, permito que sus dedos me envuelvan y manejen mi cuerpo a su antojo. Mientras ejecuto la técnica, me repito que no puedo arruinar las cosas esta vez. Ya es suficientemente generoso por parte de la señorita Winslet dejarme conservar mi papel en el recital del próximo mes. No puedo decepcionarla.

Giro y mantengo los brazos en arco, inclinando la espalda hacia atrás. Me preparo y ejecuto un limpio *grand jeté*.

Ser una bailarina es aceptar una vida basada en críticas y juicios. Sobre eso se construye esta retorcida disciplina.

—*Piqué, balancé, balancé, soutenu, sissonne doublé. Sissonne doublé! Relevé, balancé, relevé,* Hess, *relevé!*

Intento llevar la pierna lo más arriba posible sin perder la postura y la gracia. Fijo la vista en la mancha sobre la pared para no prestar atención a las risitas molestas de mis compañeras. Todas están mirándome expectantes. No con veneración, sino con envidia, rencor, esperanza de que me doble el tobillo y me lo fracture para deshacerse de mí y ocupar mi lugar. «Todas estamos aquí para ser la *prima ballerina*». O eres la protagonista o eres solo un adorno bonito en la parte trasera del escenario. No existe punto medio.

—*Relevé,* Hess! ¡Brazos arriba! *Relevé, balancé, balancé!*

Intento suprimir el dolor que me provoca ejecutar la coreografía. Mis zapatillas están gastadas, la punta muy blanda por el uso constante y los dedos resienten mi peso como dos varitas que intentan sostener un bloque de concreto. «No duele, no duele. Puedes hacerlo, puedes hacerlo. Ya casi lo tienes. No duele».

—*Grand jeté!* —ordena la señorita Winslet, y sé que con esto terminaré.

Justo cuando estoy por ejecutarlo, la punta de la zapatilla se clava con dureza en el suelo, el material delgado no amortigua la caída y un dolor agudo se extiende por mi pie, arruinando por completo mi final. Una ola de jadeos sorprendidos recorre la estancia.

Madame Winslet chasquea la lengua con reprobación y se acerca a mí.

—¿Qué fue ese final?

—Lo siento. La zapatilla se…

—No me des excusas estúpidas. Si no puedes con el papel, se lo daré a otra.

—¡No! —chillo, asustada—. Sé hacerlo; usted acaba de verme. Es una ejecución limpia —insisto desesperada—. Fue culpa de la zapatilla: la punta está muy gastada.

La profesora baja la vista hacia mis pies con el rostro arrugado en una mueca de asco.

—¿Qué es esa basura que llevas puesta?

—Están en buen estado. Es solo que no he podido conseguir nuevas bal…

—¿Estás loca? ¿Cómo que no has podido conseguir nuevas zapatillas?

Una serie de cuchicheos y risitas burlonas inunda el aire.

—No he tenido tiempo…

—Ni dinero. —Escucho que alguien dice entre el tumulto. Intento ubicar quién es, pero no lo logro.

—No entrarás a mi clase con esa basura en los pies ni arruinarás mi *ballet* con tus harapos —ataja severa—. Tienes cinco días para conseguir nuevas zapatillas, Niza, o le daré el papel a alguien más.

«¡¿Cinco días?!». Es muy poco tiempo. Mis padres aún siguen pagando las que llevo puestas.

—Per…

Levanta una mano y conozco bien mi lugar como para cometer una imprudencia, así que guardo silencio. El estómago se me hace nudos cuando zanja el tema. Se dirige entonces al resto de chicas.

—Practicaremos la coda mañana. Las quiero a todas preparadas. No quiero que vuelvan a hacer una ejecución tan patética como la de hoy o estarán fuera, junto a la señorita Hess, para el final de la semana, ¿entendido?

—*Oui, madame* —respondemos como autómatas perfectamente programadas.

—Pueden irse. Hasta mañana. —Le hace una seña al pianista, que toma su libro de notas y se marcha como una exhalación junto con la profesora.

Hago el ademán de iniciar mi camino hacia los *lockers* cuando escucho que alguien me llama.

—Oye, Niza. —No me detengo, estoy demasiado preocupada por lo que tendré que hacer para conseguir el dinero de las zapatillas—. ¡Niza, espera! —Alguien me toma del hombro y me hace girar.

Es Eridan, con su esbelta figura, su porte fuerte y su cabello oscuro arreglado en un apretado moño.

—¿Qué quieres? —mascullo a la defensiva. No estoy de humor para sus típicas bromas.

—Tranquila, fiera, no voy a morderte —se burla; sus ojos verdes rebosan diversión.

—Tal vez morderme no, pero picarme sí. Contigo nunca se sabe.

Resopla y se unen dos chicas fieles de su séquito. Les tengo lástima. Creen que estando de su lado llegarán más lejos, sin saber que su jefa nunca les permitirá brillar más que ella.

—Escuché lo que te dijo Winslet sobre las zapatillas. —Estrecho los ojos, suspicaz—. Tengo un par casi nuevo que puedes usar.

—¿Tú? ¿Haciendo algo bueno por alguien? ¿Hablas en serio?

—Son tuyas si las quieres.

Aún estoy procesando lo que acaba de decirme cuando añade:

—Puedes ir por ellas a mi dormitorio hoy, si lo deseas. Solo tienes que buscarlas en la basura, pero eso no será problema para ti, ¿cierto?

Ya, esa es la Eridan que conozco: mezquina y cruel.

La molestia me atenaza el pecho, pero no pierdo la oportunidad de regresarle el golpe.

—No, claro que no. —Sonrío—. De hecho, hasta podría hacerte un favor y buscar tu talento en la basura también.

Su expresión de suficiencia se desvanece y es reemplazada por una de hastío.

—Yo no me acerco a esas cosas, pero tú… parece que estás muy familiarizada con ello, después de todo, es de ahí que provienes, ¿no?

—Puedes insultarme, Eridan. Tú podrás tener todo el dinero del mundo, pero hay algo que a ti te falta y que a mí me sobra —hago una pausa para saborear la palabra un momento—: talento.

Las aletas de su nariz se mueven cuando respira colérica y me regodeo en los nuevos cuchicheos que he provocado.

—¿De qué te servirá el talento cuando ya no estés aquí? Sabemos que te quitaron la beca. Dios, al fin nos desharemos de ti y de ese… ese asqueroso hedor a mierda de pueblo, maldita rata.

Me empuja con brusquedad al pasar a mi lado, seguida por sus dos fieles siervas. El resto de las chicas me mira, pero ninguna se acerca. A nadie le importa. Me tenso y cuento hasta mil para no perder los estribos.

El *ballet* podrá haberse creado como una manera de expresar la belleza humana, pero detrás de esa máscara no hay nada más feo que nuestra propia naturaleza.

***

Encuentro a Diane en el comedor junto a Orena, y tomo un lugar frente a ellas.

—Mira quién decidió salir de su ratonera —se burla mi amiga y hago mala cara por el comentario. Aún escuecen las palabras de Eridan.

Diane posa sus ojos verdes en mí.

—¿No vas a comer?

Frunzo los labios y miro la comida con desgano.

—Ya comí —miento.

Tengo hambre, pero resisto las ansias. Debo bajar esos cien gramos que seguro impiden que haga una buena ejecución de mi *grand jeté*. Como pensé, Diane no se lo traga y me tiende una manzana.

—Cómetela o te la meteré en la garganta por pedazos.

La contemplo dudosa; tengo el estómago aún hecho nudos por la práctica de hace unas horas.

—No bromea, es una salvaje —la apoya Orena—. Tendrías que haberla visto hoy: rompió la pista en la clase individual de hip-hop. ¡Fue increíble!

Las rastas de Orena se mueven al ritmo de su cuerpo; baila al son de una música inexistente y me arranca una sonrisa; tiene ese efecto en los demás. Es fresca, vivaz y muy buena bailarina de danza contemporánea. Posee el tipo de talento que encuentras solo en neoyorquinos nativos.

—La rompimos. —Chocan los puños.

—Si no estuvieras con Helios, ya te habría pedido que fueras mi novia —dice nuestra amiga.

—Te hace falta algo muy grande y grueso que tiene Helios.

—¿La billetera?

—¡Maldita! ¡No soy ninguna interesada!

Ambas se echan a reír y siento la llamarada de la envidia corroerme. Quisiera ser así de relajada, así de risueña, así de libre.

—No estás comiéndote la manzana, Niza —me regaña Diane. Aún la tengo en las manos, y su mirada pesa, expectante, sobre mí.

No podré distraerla para guardarla en mi mochila y tirarla en algún basurero más tarde, así que le doy una mordida para que vea la manera en que como y no tenga quejas. Mastico de manera grotesca y con lentitud, igual que una vaca mascando pasto.

Estoy en ese acto de dramatismo cuando un pedazo asesino de manzana casi me ahoga al encontrarme con la mirada de Clay. Está sentado un par de metros más allá, junto a otros músicos, pero notar su presencia ahora, a plena luz y después de cuatro días de presentarnos oficialmente, me impacta más de lo que debería. No puedo fallarle a mi naturaleza, así que me humillo más cuando escupo la manzana que me sabe a ceniza. Adiós a la elegancia y el *glamour*. Tomo una servilleta y envuelvo con ella la papilla que hice.

—Niza, ¿qué demonios? —reniega Diane—. ¡Haré que te tragues esa mierda! ¡No me importa que la hayas vomitado, señorita, ahora te la tragas!

No le presto atención y vuelvo a centrarme en Clay. No está mirándome. Habla con Helios mientras ríe de alguna estupidez… o quizá se está riendo de mí.

El último pensamiento me incomoda, pero no puedo evitarlo. Así como no evito mirarlo con más atención ahora que hay luz y lo he encontrado entre la multitud. Mis ojos lo detallan antes de que yo pueda detenerlos: es como una pizarra andante con acertijos, como una runa antigua que quiero leer, pero no sé cómo hacerlo con tantos tatuajes. Se pasa la mano por el cabello oscuro, peinándolo con los dedos de manera despreocupada. No le sirve de mucho, porque algunos mechones se le siguen adhiriendo a la frente. Sin duda es atractivo.

Lo he visto por los pasillos de la academia, pero pareciera que fuera la primera vez que lo miro. Resalta y contrasta entre los demás. Quizá por sus tatuajes o simplemente porque es él. La sabandija luce como una creación apolínea.

—¿Niza? ¿Qué miras tanto?

Diane se gira también y me apuro a responder.

—Nada.

—Llevas cinco minutos mirando algo.

—Más bien a *alguien* —se burla Orena.

Diane se gira otra vez y me amenaza con un cuchillo de plástico.

—Más te vale que no estés mirando a mi hombre —advierte, a mitad de la broma y la seriedad.

—¡No! ¡No lo estaba mirando a él!

—Entonces, ¿a quién? —pregunta Orena.

—¡A nadie!

—Seguro que era a Clay —completa la morena moviendo sus rastas.

Creo que mi expresión me delata porque Diane abre la boca como si le hubiera dicho que abandonaría el *ballet* para cambiarme a *twerking*.

—¿Clay? ¿Clay Hawthorne, el hermano de Bryce?

—No lo estaba mirando a él —miento, pero bajo la vista y eso vuelve a delatarme.

—¡Ajá! —canturrea Orena—. ¿Te golpeaste la cabeza o algo en los ensayos?

—Solo sentí curiosidad. Hablamos en el gimnasio hace unos días y fuera de mi estudio la otra noche.

—¿Qué cosa apocalíptica tuvo que suceder para que ustedes dos coincidieran? Tú y él no están en la misma liga. Qué va: ¡no están en la misma galaxia! —dice Diane.

—¿Quieres bajar la voz? —siseo—. No queremos que se enteren en Londres.

—Lo siento, es solo que… nunca imaginé que ustedes dos tuvieran algo en común. O que tú tuvieras tiempo de socializar con algo más que la barra de soporte del estudio.

—A veces no sé cómo te tolero —escupo, y Orena ríe.

—¿Cómo fue que se alinearon los planetas?

—Me defendió de Ryan —confieso—. Me ayudó a deshacerme de él.

Mis amigas se miran, luego a mí y después entre ella otra vez, incrédulas.

—¿Él te defendió? —inquiere Diane.

—Sí, ¿por qué es tan difícil de creer? No es como si fuera algún criminal o un psicópata.

—No lo decimos por eso. Es solo que Clay es…

—Raro —termina Orena—. Es extraño que te haya defendido, considerando la poca tolerancia que tiene y lo mucho que detesta…

—¿A las bailarinas?

—A todo aquí en general —me corrige—. Para nadie es un secreto que odia ACA con todo su ser.

Frunzo el ceño.

—Entonces, ¿por qué sigue aquí?

Diane se encoge de hombros.

—Helios dice que es porque no quiere defraudar a su hermano o algo así. —Le resta importancia con un gesto—. No hablamos mucho sobre el tema.

—Oh…

Orena me lanza una mirada pícara.

—Pero está buenísimo, ¿no? Y esa aura de chico malo que irradia con los tatuajes… Quiero pasarle la lengua por cada uno.

—¡Orena! —la reprende Diane dándole un empujón, pero la chica solo suelta a reír—. Creo que deberías tener cuidado con él. Ya sabes: las malas lenguas dicen que anda en cosas turbias. Es problemático.

—No me parece —rebato con una seguridad que no sé de dónde proviene.

Nuestra amiga sorbe de su bebida.

—Escuché que una vez robó un cono de tránsito cuando estaba ebrio.

—¡Wow! Se merece cadena perpetua —digo.

—No, no. No es eso —insiste Diane—. Solo… ten cuidado. Para alguien tan delicada como tú, alguien tan problemático como Clay no puede ser buenas noticias, menos si es como su hermano.

Guardo silencio, asimilando sus palabras. No me pareció una mala persona cuando me ayudó en el gimnasio ni cuando me defendió; un poco irritante y mandón, pero nada más. Quizá Diane tiene razón. Lo mejor será permanecer alejada de los problemas. No importa cuánta curiosidad me provoquen.

***

No le digo a nadie sobre mi entrevista de trabajo en Ink the Mind. No porque me avergüence de ello, sino porque prefiero evitar preguntas y falsas ilusiones hasta que sea algo real.

Le presento a la señorita Winslet un justificante médico falso, hecho por Orena, y me voy a pesar de sus comentarios desagradables. Recorro las dos calles que me separan de la dichosa tienda de tatuajes y, cuando llego, me siento tan ajena como una vaca en medio de un rebaño. Jamás he estado en un estudio de tatuajes. Reviso mi atuendo por enésima vez mientras espero a ser atendida; llevo ropa que para mí es formal y digna de una entrevista de trabajo: un vestido negro hasta la rodilla y zapatillas de tacón bajo.

Ink the Mind es mucho más grande de lo que imaginé, con un amplio vestíbulo y muebles de cuero para los clientes que esperan su turno, junto a esculturas raras a las que no les encuentro sentido y pinturas que son aún más extrañas. Hay varias habitaciones más pequeñas a lo largo del pasillo que se extiende al fondo, algunas con las cortinas oscuras corridas y otras abiertas, dejando apreciar la camilla y el equipo de tatuado que hay dentro.

—Así que tú eres Niza. —Una voz interrumpe mi escaneo.

Es un tipo alto y fornido con cara de malote y la cabeza rapada, la clase de hombre que esperarías ver como guardaespaldas de un mafioso y no como dueño de una tienda de tatuajes. Sus brazos están llenos de diseños y su atuendo es mucho más despreocupado que el mío: una camiseta negra con la leyenda de Nirvana enfrente, pantalones desgastados y zapatos casuales.

Quiero que la tierra me trague por lo estúpida que me siento. ¿Cómo se me ocurrió venir así? Solo demuestro lo tontas e inexpertas que somos las bailarinas en el mundo real.

—Sí. —Mi voz sale como un graznido patético y carraspeo para no lucir como una idiota incontratable—. Mi nombre es Niza Hess, gusto en conocerlo. Llamé por la vacante de conserje que vi en el periódico.

Le ofrezco la mano y sonrío como sé hacerlo. «Sonríe para los jueces, Niza. Encuentra sus ojos y haz que te miren, haz que te adoren, haz que te veneren»; la voz de la señorita Winslet me inunda la cabeza como un insistente murmullo. La toma y, aunque no sonríe, en los ojos se le nota que algo le resulta divertido.

—Soy Carter. —Me da un apretón firme—. Déjame adivinar, ¿ACA?

—¿Cómo lo supo?

—Bueno, eres algo rígida para ser bailarina, pero tienes ese aire.

Mi cara debe reflejar mi confusión porque se ríe.

—Lo que quiero decir, preciosa, es que te sueltes un poco. —Me da una fuerte palmada en el hombro que me deja sin aire—. Esta no es ninguna audición, aquí no tienes que impresionar a nadie, solo a la aspiradora y el trapeador. Anda, siéntate.

Tomo asiento en uno de los sillones de cuero y él lo hace frente a mí. Sube los pies a la mesa de cristal del centro como si fuéramos amigos de toda la vida. Yo no puedo dejar de mantener la espalda recta como una vara, aunque me gustaría tener la libertad de sentarme como él.

—Hablemos de negocios. Ustedes los estudiantes de ACA no tienen mucho tiempo para otras cosas, ¿verdad?

Al principio, creo que se burla de mí, pero hay algo auténtico en este Carter que me hace sentir relajada, no juzgada. Estoy tan acostumbrada a actuar todo el tiempo, a la exposición y al escrutinio severo de los jueces que esto me desconcierta, pero se siente bien: Carter me hace cantar como un pajarito y en menos de cinco minutos ya le he contado toda mi vida.

—Entonces —me interrumpe, aún sentado con los pies sobre la mesa y con mi solicitud de trabajo olvidada y arrugada bajo sus zapatos—, ¿quieres nuestro último turno como conserje?

—Sí. En verdad necesito el dinero.

Sus ojos oscuros me analizan con dureza.

—No tenemos muchas bailarinas que husmeen aquí por los trabajos de limpieza. Usualmente no los necesitan, con mami y papi pagando todo por ellas.

—Bueno, mami y papi están en quiebra y su hija no es ningún parásito desconsiderado para exigirles más de lo que pueden dar.

Parpadea un par de veces, sorprendido por mi ruda respuesta. La mayoría de la gente reacciona así cuando se dan cuenta de que no soy miel sobre hojuelas.

—Mira, preciosa, no es como si no quisiera contratarte. Luces como una chica bastante inteligente y, para ser sincero, aspirar pisos y limpiar vidrios no tiene mucha ciencia, pero este es un trabajo de madrugada. —La consternación le nubla el semblante casi de manera paternal—. Estarías aquí sola toda la noche y no sé qué tan cómodo estoy con eso.

La garganta se me seca y siento el golpe en el estómago. Me paso la lengua por los labios, intentando asimilar la negativa. El sentimiento es bizarro porque no puedo explicarlo, pero de repente me inunda el enojo. Realmente necesito este trabajo.

—Escucha —digo con dureza, abandonando el tono dulzón de la princesa delicada para convertirme en la chica inquebrantable de Texas que llevo en el interior y que no puedo ocultar por más *ballet* que haga—: necesito el dinero. En este punto, trabajaría de *stripper* si eso me asegurara ingresos, así que hablo en serio. Sí, sé que soy solo una estudiante de *ballet*, pero puedo hacerlo, sé de lo que soy capaz y voy a hacer este trabajo. Puedo asegurarte que no te arrepentirás de contratarme, pero solo podré probarlo si me das una oportunidad.

Termino mi discurso esperando convencerlo. Espero también que exista algo dentro de mí que me haga más fuerte de lo que soy para aguantar tantas horas de trabajo, si es que me acepta. El corazón se me acelera, expectante.

Las líneas alrededor de sus ojos se arrugan cuando me sonríe.

—¿Cuándo puedes empezar, preciosa?

***

No he estado emocionada por algo en muchísimo tiempo… especialmente por el *ballet*. Las competencias a las que asistía tan ilusionada ahora son poco más que obligaciones, detonantes de estrés, ansiedad y pánico. Pero estoy emocionada por empezar este trabajo.

Camino a Ink the Mind desde el estudio la noche siguiente. Ni siquiera me molesto en quitarme la ropa de entrenamiento porque asumo que no habrá nadie en la tienda cuando llegue o, que si lo hay, no le importará. Me presento con mi nuevo juego de llaves quince minutos antes de la hora. Un turno de 11:00 p. m. a 3 a. m., con descanso los miércoles y jueves. Salario mínimo. La tienda está cerrada, pero todavía hay una luz cuando deslizo mi llave en la cerradura y abro la puerta. Pienso que quizá Carter siga aquí para darme las indicaciones del trabajo, pero me llevo una sorpresa cuando no es al dueño a quien encuentro detrás del mostrador del vestíbulo. Ambos soltamos un sonido de impresión al reconocernos. Tira el cuaderno que lleva en su regazo al piso y casi se cae de la silla al reparar en mí.

—¡Clay, por todas las vacas santas, eres tú!

Se lleva una mano al pecho, con la impresión marcada en el rostro, y se apresura a recoger lo que se le ha caído.

—¿No sabes tocar? —me reprende con mal tono. Agito las llaves frente a su cara.

—Trabajo aquí desde hoy.

—Ya lo sé. —Se pone en pie cerrando el cuaderno y lo deja en el mostrador—. Pero no por eso tienes que entrar como una maldita ladrona y matar de un infarto a la gente. Algunos queremos seguir vivos, ¿sabes?

Es mucho más intimidante y alto ahora que lo tengo cerca, en una situación diferente y a solas. Pero también me resulta más atractivo y enigmático.

—No sabía que trabajabas aquí —digo para hacer conversación.

Me mira incrédulo un segundo y después niega, como si no valiera la pena. Sé que tiene muchos tatuajes, es callado y que odia a todo el mundo, pero nada más. Se siente extraño hablarle como si fuéramos amigos de toda la vida cuando en realidad no nos conocemos de nada y, como dice Diane, somos de galaxias diferentes, pero sería más raro si no le hablara en absoluto.

—Entonces tú eres la nueva conserje. —Sale de detrás del mostrador y apoya su ancho y trabajado cuerpo repleto de tatuajes sobre el mueble, cruzando los brazos sobre el pecho.

No me gusta la manera en que lo dice, como si estuviera analizándome o juzgándome.

—Sí. Carter me dijo que…

—Lo sé —me corta, irritándome más—. Aquí está tu manual de entrenamiento, ¿puedes manejarlo?

Se gira y toma de la barra una hoja de papel que me entrega. Lo miro de mala manera porque se está burlando de mí. ¿Qué tan difícil puede ser aspirar?

—¿Eso es un no? —sigue y, antes de que pueda responder algo, toma la escoba que hay junto a un sillón.

Hace una demostración innecesaria con el instrumento de limpieza barriendo un espacio repetidas veces.

—Así es como se usa. Esto es una escoba. —Me lanza el mango y sigue su camino hasta la barra, desde donde me lanza un trapo—. Esta es una franela para limpiar y este —ya quiero matarlo, pero dejo que me señale el líquido azul en un contenedor— es tu nuevo mejor amigo: el detergente limpiavidrios.

—¿Ya terminaste? —digo sin ocultar mi molestia.

A él parece divertirlo más, porque frunce los labios.

—Creo que sí, a menos que no sepas cómo usar un trapeador. Entonces, sí tenemos problemas.

—Sé cómo usar un trapeador.

—Genial. —Da un aplauso.—. Hay un botón de pánico abajo del mostrador, si lo necesitas.

—De acuerdo.

Me mira más de lo necesario y me remuevo incómoda por el escrutinio.

—Carter me pidió que me asegurara de que te hubieras encerrado aquí antes de irme.

—Bien.

Clay vuelve a estudiarme crítico, así que yo hago lo mismo. Estoy sorprendida por lo guapo que resulta ahora que lo admiro de cerca. He escuchado a mis compañeras de clase mencionar su atractivo, pero nunca le presté atención hasta hoy.

—¿Tienes algo en contra de dormir?

Odio que use ese tono mandón conmigo, como si le debiera respuestas.

—Tengo algo en contra de estar en quiebra, pero no te preocupes por mí.

—No me preocupas —dice burlón, como si yo acabara de soltar alguna estupidez.

Bien, definitivamente habíamos tenido un mal inicio e íbamos a peor.

—Entonces no preguntes cosas tan tontas. Lo que sea que haga con mi tiempo es mi asunto, no el tuyo.

Me repasa con una mezcla de indignación y sorpresa, pero no lo afecta lo suficiente para responderme con algo más elaborado.

—Como sea. Haz lo que quieras, pero si traes a alguien, limpia todo.

—¡No voy a traer a nadie!

—Bien. —Me pasa por un lado, se pone su chamarra oscura y se inclina para tomar un estuche de guitarra y una mochila que se cuelga al hombro—. Cierra la puerta apenas me vaya.

—Te estás tardando en irte.

—Con cerrojo —canturrea caminando hacia la puerta.

Quiero vaciarle el limpiavidrios en los ojos; no importa lo impactantes que sean. Se gira cuando baja los dos escalones del estudio y me mira expectante a través de las puertas de cristal.

—¿Ahora qué? ¿No te ibas ya?

Sigue sin hablar, solo me mira y quie… «Oh, oh, claro, tengo que encerrarme». Saco mi juego de llaves y se las muestro.

—Sabía que eras más inteligente que el resto de las bailarinas.

Con una demostración muy, muy lenta y dramática para que la aprecie, pongo el cerrojo.

Sonrío con una dulzura falsa y agito los dedos en su dirección a modo de despedida. Él parece desconcertado por el gesto y pone los ojos en blanco, pero ¿acaso he imaginado su media sonrisa?

Se da la vuelta y marcha hacia la academia.

Es tan irritante. Definitivamente lo último que necesito en mi vida justo ahora.

4 | Delineado

Clay

—¡Eres un puto imbécil, Carter! —Estrello mi catálogo de diseños contra el mostrador.

Me ignora tarareando la canción de «Paradise City», haciéndose el desentendido, pero vuelvo a estrellar el fólder para que note que no me he ido.

—Un poco más fuerte y consigues matar tu primer mostrador —se burla.

—Lo que quiero matar es otra cosa.

—¿El ambiente? —Toma una toalla y comienza a limpiar la vitrina en la que se exponen algunos aretes para perforaciones—. Porque es lo único que matarás con esa cara que tienes.

—No eres gracioso.

—Por eso mismo soy tatuador y no comediante. —Se da golpecitos en la sien con el índice.

—No evites el tema.

—Es difícil saber de qué tema hablas cuando solo llegas y me llamas «puto imbécil». No sé quién se tomó tu café hoy por la mañana, amigo, pero no fui yo.

Cruzo los brazos sobre el pecho.

—¿Por qué la contrataste?

—¿A quién? —cuestiona a su vez y saca su cuaderno de diseños para comenzar a trabajar en el dibujo de una chica *pin-up*.

—Ya sabes a quién: la chica de algodón, la bailarina.

—Ah… porque respondió al aviso —contesta con inocencia.

—Eso es mierda y lo sabes. ¡Es una miniatura!

Carter me dedica una mirada significativa.

—Necesitábamos un conserje con urgencia. La semana pasada le dije a Klein que limpiara la tienda como castigo por cagar el diseño de un cliente. —Niega—. Pero si se limpia el culo como limpió la tienda, no quiero saber cómo lo tiene.

Hago una mueca de repulsión por la imagen mental.

—Mira a tu alrededor, Clay. —Hace un gesto con la mano, orgulloso—. Ella estuvo aquí una noche y el lugar está brillante.

—Es una tienda de tatuajes —objeto, apoyando las manos sobre el mostrador—. No se supone que deba brillar.

—Otro que se limpia el culo de forma dudosa. —Enarca una ceja, suspicaz.

—¡Carter, hablo en serio! No puedes tenerla trabajando aquí; es una chica.

—Voy a ignorar ese comentario machista y no te reventaré los huevos… por ahora —me

advierte mientras me apunta con su bolígrafo.

—Sabes a lo que me refiero. Es peligroso para ella, estas calles no son seguras.

—Ella es mayor, Clay. Sabe lo que hace. Además, hay chicas que también trabajan aquí, ¿qué me dices de Valentina?

—Valentina es capaz de dejarte sin descendencia con un simple manotazo. El solo verla da miedo. Pero ¿Niza? ¿Es que tú la has visto?

Suelta una risita.

—Claro que la he visto. Es imposible no hacerlo.

Ignoro la molestia que me invade el estómago y me centro en hacerlo entrar en razón.

No sé por qué me estresa tanto que Niza trabaje en Ink the Mind o por qué me preocupa que algo le suceda aquí de madrugada. No debería interesarme lo que le pase a esa chica con vestidos de algodón y complejo de hada del bosque. No debería, pero lo hace. Tal vez me acostumbré a cuidar tanto de Bryce que ahora se manifiesta en otros.

No puedo preocuparme por ella. Ya tengo demasiados problemas con mi hermano, y conmigo, intentando sobrevivir un día más de mierda en este infierno.

—¿Has pensado en las consecuencias de tenerla aquí? —mascullo—. Algo podría ocurrirle mientras cierra la tienda a las tres de la mañana y la responsabilidad será tuya.

—Lo he pensado, pero ya es mayor. Sabe lo que hace, y si está tan dispuesta a hacer el trabajo es porque en verdad lo necesita.

—Carter…

—Clay, basta. Ya te dije que no la despediré.

—¡Es muy pequeña! ¿Has visto lo delgada que es? Parece que se romperá si la miras mal. Quién sabe lo que cualquier enfermo podría hacerle.

Mi jefe me lanza una mirada de exasperación y por un momento creo que lo he hecho razonar, hasta que toma su cuaderno de diseños y sale del mostrador.

—Si te preocupa tanto, quédate con ella hasta el cierre —sugiere, y lo contemplo como si hubiera perdido la cabeza.

—Tengo una vida, no puedo ser su perro guardián.

—Entonces tendrás que confiar en que nada le pasará. Tengo un cliente en diez minutos, debo prepararme. Deja de lloriquear o le dejarás más trabajo a la pobre chica con tus lágrimas. —Abandona el vestíbulo para internarse en uno de los cuartos de tatuado.

Lucho por hacer desaparecer ese sentimiento de consternación que me pica en el pecho cada vez que imagino que Niza trabajará aquí hasta tarde. Por más que me repito que no debe importarme, lo hace. Considero la sugerencia de Carter y sé que he perdido la cabeza cuando la idea no me parece tan descabellada.

Ella es, en definitiva, malas noticias para mí.

***

El Sax Poison está atestado. Mucho más que otros fines de semana.

El aire se respira pesado y denso por el sudor del público.

Desde mi lugar sobre el escenario, siento que estoy fuera de este mundo, que soy como una deidad controlando los movimientos, reacciones y emociones del público con cada acorde de mi guitarra. La multitud ruge, grita y salta al compás de la poderosa voz de Max, que entona «There

is a light that never goes out», de The Smiths. RJ y yo lo acompañamos a coro sin dejar de tocar para él.

Me retiro el cabello que se me pega a la frente con un movimiento de la cabeza y sigo tocando. Nos acercamos al coro final de la canción. RJ me sonríe desde su lugar, unos metros más allá, tocando el bajo, y sé que E.T. está en su trance tocando la batería como el maldito *alien* que es en realidad. Max termina la canción haciendo uno de sus espectáculos dramáticos: se tira al suelo de rodillas, abre los brazos y echa la cabeza hacia atrás mientras lo vitorean.

La audiencia nos aclama, gritan y silban por nosotros, pero es temporal y harán lo mismo con la banda siguiente. Somos solo entretenimiento desechable, nada demasiado relevante. Después de todo, no somos Riot 911.

—¡Denle un aplauso a Einstein's Suckers!

La multitud vitorea, celebra y yo quiero convertirme en un avestruz para enterrar la cabeza en la tierra. ¿De quién fue la idea de ese nombre tan humillante? Ah, sí, de RJ. Maldito imbécil.

Bajamos del escenario para cederle los reflectores a otra banda. Max saluda al vocalista. En una industria tan competitiva, estás mejor conociendo a tu competencia que manteniéndote alejado de ella.

Un par de chicas enfundadas en atuendos apretados de cuero y faldas cortas se apresuran a saludar. Una de ellas logra besarme en la comisura de la boca. Está ebria; puedo oler el alcohol en su aliento cuando se acerca y pregunta:

—Tú eres el hermano de Bryce, ¿cierto?

Ahogo el impulso de poner los ojos en blanco y le paso por un lado ignorándola por completo.

Nunca soy Clay. Siempre soy el hermano de Bryce. Me conocen más por ello que por mi nombre, vaya mierda.

Alcanzo a E.T. y RJ en una de las mesas. Las luces estrambóticas me marean y el sonido me retumba en el pecho, pero es fin de semana y quiero relajarme un poco. Tomo la cerveza que E.T. me ofrece y brindamos antes de empinármela.

—¡La rompimos allá arriba! —festeja RJ eufórico.

—¡Si tú lo dices! —grito de vuelta para hacerme escuchar sobre la música y el rugido de la multitud.

Venimos a este bar casi todos los fines de semana y, aunque tenemos un nombre de mierda que me muero por cambiar, hemos construido nuestro pequeño club de fans.

E.T. se acomoda el gorro de la sudadera. Por sus movimientos desgarbados y lentos, sé que ya está volando alto esta noche. Me recuerda a Bryce y un sabor agrio que lavo con la cerveza se me instala en la boca.

—¡Eh, Clay! —alguien me llama y giro para encontrarlo.

Es Max, que lleva las mangas dobladas, mostrando el sinfín de tatuajes que le salpican los brazos, y la coleta oscura medio desecha. Enarco una ceja cuando se aproxima y noto el rastro de labial rojo cerca de su boca.

—Hay una chica bonita esperando por ti afuera.

—Ya. No estoy para tus bromas hoy, Max.

—¡Hombre, hablo en serio! Es una chica bonita.

—No estoy interesado.

—Insistió. Es bastante… —Hace un gesto con las manos, simulando tomar un culo—. Ya sabes.

—Entonces ve tú, si tienes tantas ganas.

—Dijo que asistía a ACA.

Le doy un trago a mi cerveza, ignorándolo.

—Y que es bailarina.

Me atraganto con el líquido enseguida. «¿Bailarina?». No puede ser Niza. Ella no tiene ni puta idea de que yo toco aquí. Apenas y hemos hablado. No es posible. Pero si no es posible, ¿por qué lo deseo con tantas ganas?

—¿Dónde está?

Señala con el pulgar detrás de sí, hacia la salida de emergencia.

—Por el callejón.

Me acerco a él con dos zancadas y lo tomo del cuello de la camisa.

—Como sea esto una broma, te meto los huevos en una licuadora, ¿entendido? —Max levanta las manos riéndose.

Lo paso de largo y me abro camino entre el montón de cuerpos que bailan al son de una canción de rock pesado. El corazón me bombea con más rapidez de la que debería y hay una anticipación que no reconozco anidándose en mis entrañas. Me meto tras la barra, saludo al *bartender* y abro la puerta de emergencia que lleva al callejón donde los empleados suelen tirar los desechos. «¿Por qué alguien pediría que nos encontremos aquí? Esto más bien parece el escenario perfecto para ser asaltado».

Noto el delgado cuerpo que está unos metros más allá, cerca de la calle, pero por el contraste de la lámpara sobre mi cabeza con la oscuridad, no puedo distinguirle el rostro. Sale de las sombras e identifico por fin esas facciones. Me siento decepcionado apenas la reconozco.

—Nerea —saludo a la delgada chica de cabello rubio que se apresura a acortar la distancia que nos separa y me echa los brazos al cuello.

—¡Clay! ¡Te extrañé tanto! —Me aprieta contra sí y su perfume dulce me inunda la nariz, mareándome.

—¿Qué haces aquí? ¿Y por qué me pediste que nos viéramos en un maldito callejón como una psicópata? ¿Qué quieres, deshacerte de mí? —La empujo con suavidad para separarla.

—Me encontré a Max mientras fumaba aquí y pensé en darte la sorpresa. Ya estaba por entrar cuando lo vi.

—¿Y por qué no entraste?

Se encoge de hombros y escaneo el resto de su cuerpo. Una delgada blusa oscura de tirantes se pega a sus curvas delicadas; sus piernas fuertes se ven bajo la corta falda que lleva.

—Pensé que sería mejor si nos encontrábamos en un lugar más privado. Ya sabes, para ponernos al día.

Enarco una ceja y me cruzo de brazos, escéptico.

—Después de la partida de Bryce, no pensé que querrías volver a tener contacto conmigo.

—¿Por qué no querría? Si tú y yo la pasamos tan bien. —Me sonríe coqueta y algo en el abdomen bajo se me tensa, pero no permito que aflore más el sentimiento.

—¿Qué haces aquí? —repito—. Creí que estabas en San Francisco.

—Así era, pero tuve una mala temporada. La compañía me ha enviado de vuelta a ACA.

—¿Por qué?

—Como castigo, ¿qué más? Me pidieron que mejorara mi técnica si quiero pertenecer a la Ópera de Sídney.

—Creí que ya estabas allí.

—Estaba en proceso de contratación, tenía mi lugar, pero… —Frunce los labios, incómoda, y deja el tema.

—Ya, no digas más.

Nos mantenemos en silencio y reparo en lo mucho que ha cambiado. Luce más delgada y demacrada que antes, la piel se le pega a los huesos, las clavículas son visibles en el pecho y ningún maquillaje oculta sus ojeras.

—Me alegra verte después de tanto tiempo —susurra después de unos segundos.

No puedo decir lo mismo. Nerea sí que es un problema. Es una bailarina esculpida en ACA, de la misma generación que Bryce. Ellos tuvieron algo en su momento, durante su último año. Justo cuando yo inicié mi carrera. Todo iba bien hasta que a Nerea le pareció buena idea meterse conmigo y por poco me costó la relación con Bryce. Ella se fue a perseguir su sueño a San Francisco dos años atrás y yo juré no volver a verla. A mi hermano no le duele; ya lo ha superado. Lo que me carcome es el arrepentimiento por la traición; no he podido dejarlo atrás a pesar de que él insiste en que ambos lo hagamos. Ese recuerdo me espabila y aumenta mi incomodidad.

—Ya me has saludado. Deberías irte. —Hago el ademán de entrar otra vez, cuando su voz me detiene.

—Sí, debería. —Se muerde el labio, indecisa.

—Hablo en serio, Nerea.

—No estoy aquí para crearte problemas; no te preocupes. Solo quería saludarte y…

Baja la vista a sus pies y frunzo el ceño.

—¿Y?

—Y… saber si tenías… algunos… *dulces*.

Ya. Es eso. Eso es todo.

La molestia me quema el estómago.

—¿Me viste cara de *dealer* acaso?

—¡No! Solo pensé que, estando en estos lugares, era más fácil para ti…

—No soy Bryce. No voy a darte de esa mierda.

—¡Clay, por favor! —insiste, y noto cómo su faceta templada se va al carajo para dejar ver a la chica desesperada, frágil y ansiosa que hay detrás—. Tengo demasiada presión encima con los directivos de San Francisco y odio estar aquí, no quería regresar. Yo solo… —Se rasca ansiosa la sien y veo las costras que se le han formado ahí por hacerlo—. Necesito algo para relajarme. Eso es todo. Sé que puedes conseguirlo. Por favor, será solo en esta ocasión, comienzo de nuevo en ACA el lunes. Por favor, ayúdame —suplica desesperada.

Lo analizo por un momento, debatiéndome entre ceder a sus ruegos o no. Su estado es mucho peor que antes, más deplorable y abrumador.

¿Así luce Bryce ahora? El terror me asalta y prefiero no averiguarlo.

Después de pensármelo, rebusco en los bolsillos del pantalón, encuentro lo que necesito, lo hago un puño y se lo pongo sobre la palma.

—Es la última vez que vendrás a buscarme por esto, ¿entiendes? —advierto severo.

Asiente repetidas veces, ansiosa por recibir lo que tanto desea. Suelto lo que llevo en la mano y, sin esperar su reacción, doy la vuelta para entrar al club.

—¡Clay, hijo de puta! —La escucho chillar mientras abro—. ¡Estos son Jolly Rancher!

—¡Que los disfrutes! —grito por encima del hombro.

***

Aparece justo a tiempo en la tienda. Entra como una brisa al lugar, moviéndose como si le perteneciera. Lleva su ropa de entrenamiento: leotardo, un short apretado y oscuro, medias de bailarina y toda su mierda de *ballet*. Sonríe como si limpiar pisos fuera lo más divertido en su vida.

—Hola, Clay —me saluda como si nada, como si fuéramos mejores amigos de toda la vida.

La ignoro con la esperanza de que deje de pulular a mi alrededor y en mi cabeza, pero, por supuesto, no funciona. Si le molesta mi actitud hacia ella, no lo muestra. Cuelga su chamarra en el perchero cerca de la puerta y se dirige al clóset de limpieza.

—Oh, solo para que sepas —comienza a hablar, distrayéndome de mi importantísima tarea de hacer como que no existe—, la otra noche estaba aquí y…

—¿Por qué me hablas? —cuestiono mirándola con dureza desde mi lugar tras el mostrador, con el cuaderno sobre el cristal—. No somos amigos.

—No dije que lo fuéramos —replica, arrastrando una aspiradora que es casi tan grande como ella—, pero no hay nadie con quién más hablar aquí.

—¿Qué te hace pensar que yo quiero hablar contigo? ¿Es que no te ignoro lo suficientemente bien?

—Ya te lo dije: no hay nadie con quién más hablar. Si lo hubiera, créeme que serías la última persona con la que interactuaría.

—¿Y qué te hace pensar que yo quiero interactuar contigo?

Es un plan tonto e infantil, pero situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas. Quiero que deje de importarme. Quiero que deje de hablarme.

—Bueno, el que me estés contestando dice mucho.

—Porque no dejas de hablar.

—Eso es porque sigues aquí. Si te molesta tanto mi presencia, ¿por qué no te vas? —suelta con tono filoso y se pone las manos en la cintura.

Veo el rizo rojizo que se le sale del moño y los pechos que se le marcan en los confines de su delgado leotardo. Tengo que concentrarme arriba de su cuello para no delatarme.

—Mi turno termina en dos minutos. —Señalo el reloj a su espalda y se gira para verlo, regalándome en el proceso una bonita vista de su culo bien formado y enfundado en los cortos shorts.

La imagen me aviva, pero desvío mi atención.

—Don puntualidad —se burla.

Deja la aspiradora a un lado para acercarse y apoya los brazos en el mostrador, apretándose los pechos con el gesto. La detallo sin contenerme, desde la manera en que los ojos miel le brillan con la tenue luz hasta su cabello rojizo, que contrasta con el entorno como una antorcha.

—Quería felicitarte —dice de pronto.

—¿Por qué?

—Estaba viendo los diseños de tu catálogo la otra noche y…

La miro expectante.

—… tus dibujos son increíbles —termina, y me regala una sonrisa luminosa—. No puedo creer que seas solo un aprendiz; ese trabajo es magnífico.

Niza no tiene ni puta idea de cómo luce un buen tatuaje y, aun así, se las arregla para

hacerme sentir más halagado que si me lo dijera el mismo Carter. No quiero darle la satisfacción de saber que ha dado en un punto sensible, así que continúo con mi teatro por seguridad.

—¿Cómo puedes distinguir un tatuaje que no es bueno de uno que sí lo es? Incluso los tatuajes de mierda se ven bien para el ojo poco entrenado.

Inclina la cabeza como si lo pensara seriamente y me tenso cuando, para mi sorpresa, rodea el mostrador y se hace junto a mí, tan cerca que su aroma a cítricos me invade y me aturde. Su brazo se siente frío cuando entra en contacto con el mío y la piel se me eriza por algo que quizá no tiene que ver con lo fría que está, sino con algo más.

—Supongo que tienes razón, pero este tatuaje de aquí…

Hojea las páginas, el aroma de su perfume me envuelve con cada movimiento que hace, señala uno de mis bocetos: un retrato. Es de un tipo que vino hace un mes para dibujarse el rostro de su novia en un bíceps.

—Me encanta.

—Gracias. Fue una locura hacerlo.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Los retratos son complicados en sí mismos. Tienen muchos detalles —comienzo a explicar para ignorar lo cerca que estamos—. Y el lugar donde lo hice es aún más complicado.

—¿Dónde lo hiciste?

Flexiono un brazo y le muestro el lugar en el bíceps donde lo dibujé.

—Es un lugar circular y duro, trabajar con la máquina es complicado. Es músculo.

—¿No se supone que es más fácil por ser una superficie dura?

Esbozo una media sonrisa y niego.

Estiro la mano hasta tocar su brazo y da un respingo por el tacto repentino, pero no lo retira. Mis dedos siguen la forma de su delgada extremidad hasta llegar a la parte superior, cerca del hombro, justo donde está el bicep. No dejo de mirarla en ningún momento, así que, cuando presiono, suelta un jadeo que provoca más cosas en mí de las que debería un sonido tan inocuo.

—Aquí. —Le prieto un poco más la piel, para que note el músculo—. Si está tonificado, se vuelve más complicado que en otros lugares —susurro, como si no quisiera que nadie más nos escuchara.

Subo la mano hasta su hombro, ahí donde un tirante pequeño se tensa sobre él, y dejo que los dedos sigan por su cuello, acariciándola hasta llegar a la clavícula.

—Por ejemplo, aquí. —Delineo esa parte suya y noto que ha dejado de respirar porque los cabellos sobre mi sien ya no se mueven—. Es mucho más sencillo porque es hueso. Es mucho más fácil que aquí…

Bajo un poco más, cerca del nacimiento de sus pechos; la piel tersa y suave contra mis yemas. Es tan inmaculada que parece un lienzo en blanco y lo único que quiero es…

Carraspea y se aleja dando un paso hacia atrás.

—Es increíble —dice con un hilo de voz—. Es muy realista, casi como mirar una foto en blanco y negro.

Puedo ver lo afectada que está y aún percibo en los dedos el desbocado latir de su corazón. Tal vez no soy el único que se pone nervioso en presencia del otro.

Se aclara la garganta otra vez. Se pasa la lengua por los labios con lentitud, sin premura ni esmero, y convierte ese gesto tan simple en algo erótico.

—Me gustan tus mangas. —Señala entonces mis brazos—. ¿Las diseñaste tú?

—Las hice yo.

—¿En serio? ¿Eres ambidiestro?

Asiento.

—Aprendí a serlo. ¿Qué tal tú?

—Tengo dos manos izquierdas.

—¿No se supone que el dicho son dos pies izquierdos?

—Ajá, pero no tengo dos pies izquierdos, claramente, o no podría ser bailarina. Eso sí, tengo dos manos izquierdas.

—Hay personas muy diestras que son zurdas. No los menosprecies porque la tuya no sirve —me burlo.

Abre la boca, la indignación se le asienta en el semblante y todo el encanto se pierde.

—Qué presumido y arrogante. —Se da la vuelta y regresa a su lucha contra la aspiradora.

—¿Qué quieres decir con arrogante? —inquiero ofendido.

—Quiero decir: ¿te crees tanto solo por tomar una aguja y comenzar a dibujar en ti mismo?

El sonido del aparato me cala los nervios, pero no tanto como la expresión de disgusto en su cara. Ya, la tregua había durado bastante, ahora volvemos al *statu quo:* el campo hostil.

—Es un trabajo arduo, ilusa.

—Ajá, eso si quieres lucir como una pizarra con piernas.

—¿Cómo me dijiste?

—Pizarra… Con… Piernas. Eso eres. —Puntualiza cada palabra como un golpecito fastidioso en mi orgullo.

—¿Disculpa?

—¿O prefieres que te diga Clay «el baño público» Hawthorne?

Se pone las manos en la cintura, desafiante, y no sé si reírme por el mal chiste o continuar con mi faceta de indignación.

—El día que te hagas un tatuaje, sabrás lo duro que es. Hazte un tatuaje antes de hablar la próxima vez, amor.

Me callo antes de procesar lo que acabo de decirle. Estoy en *shock* por las palabras que me salieron de la boca. Nunca he llamado a una chica así. Ni siquiera *nena, linda o preciosa,* como las llaman Klein y Carter cuando vienen aquí. Nunca he llamado a nadie nada más que por su nombre, hasta ahora.

Esto es precisamente lo que me inquieta sobre Niza. He conocido a la chica por algunos días, le he hablado cuatro veces en mi vida y ya se está convirtiendo en una excepción.

No puedo tener excepciones.

Miro a Niza, tieso como una vara, esperando su reacción, pero si se ha dado cuenta de mi desliz, no lo muestra.

—Me encantaría —alza la voz sobre el ruido de la aspiradora.

Suelto el aire aliviado y me aferro a ese cambio de tema para no regresar al campo minado del que acabo de salir.

—¿Y por qué no lo haces?

No sé por qué me importa, pero lo cierto es que su piel es la fantasía de cualquier tatuador: sana, lisa, tersa, firme. Absorbería el color de forma magnífica y lo mantendría fresco por mucho tiempo.

—Soy una bailarina. —Se ríe, pero la nota de pesar en su voz no pasa desapercibida—. Nunca me contratarían con un tatuaje. Ya llamo demasiado la atención con mi cabello.

Reprimo un quejido de decepción. Es una lástima, porque tiene brazos y piernas torneados;

serían preciosos para dibujar sobre ell…

Me detengo cuando caigo en la cuenta de que ese es el problema conmigo.

El problema conmigo, y la razón por la que Bryce era ya famoso a mi edad con su carrera en ascenso, es que no pienso como un músico. Yo pienso como un diseñador. Veo las cosas de manera distinta y admiro a las personas como si fuesen lienzos en blanco. Pienso en las cosas que se les verían bien en la piel. En mi mente, siempre estoy dibujando.

Me gusta la música, pero no imagino letras de canciones de la manera en que imagino diseños. No puedo poner en una canción a Niza Hess, pero estoy creando arte a partir de su cuerpo sin siquiera desearlo.

Reprimo un gruñido de frustración al percatarme de que, otra vez, se ha adueñado de mi cabeza. Okey, hay algo mal conmigo. Tengo calor. Me sofoco. Tengo que salir de aquí.

Me pongo en pie y tomo mi guitarra, listo para abandonar mi plan de quedarme con ella hasta que su turno termine, porque su presencia y mis fantasías terminarán por volverme loco. Sin embargo, Niza frustra mis planes y me detiene en la puerta, sonriendo.

—¿Sabes qué? —dice, con ojos vivaces.

Da un paso más cerca de mí e invade mi espacio personal.

—Si esto del *ballet* no resulta para mí, cuando salga, dejaré que me tatúes. ¿Qué opinas?

Su deseo me pilla con la guardia baja y tardo en responder.

—¿Por qué yo?

Se encoge de hombros.

—Confío en ti, supongo.

Ah, ahí está otra vez, ese aleteo extraño en el estómago.

—No deberías.

—¿Por qué no? —Eleva una comisura de sus perfectos labios en un rictus—. Dejaré que me tatúes algún día, siempre y cuando me prometas algo.

—¿Qué cosa?

—Que usarás color.

Frunzo el ceño, haciendo mala cara.

—No me gusta el color.

—A mí sí —contesta sin que los ojos pierdan ese brillo ígneo—. Tal vez logre que cambies de opinión.

Me regala una última de sus enigmáticas sonrisas, como si supiera un secreto que yo no.

Quizá sí lo sabe. Quizá sabe que, si no tengo cuidado, ella será mi perdición.

5 | Relevé

Niza

El Sax Poison es un mundo completamente nuevo para mí. Cuando entro, siento como si una nave alienígena me hubiera abducido y escupido en un planeta diferente.

No sé cómo dejé que Orena y Diane me convencieran de salir y venir aquí, pero lo acepté solo porque el estudio sigue en remodelación y Winslet se ha visto obligada a dejarnos libres estos días. Además, hoy es mi día de descanso en Ink the Mind y quiero hacer algo más que estar en mi habitación.

El lugar es un club enorme cerca de SoHo, en el barrio bohemio de la ciudad. Las luces estrambóticas me marean un poco; la música es buena pero estridente. El montón de gente a mi alrededor casi me genera un ataque de pánico. Las personas saltan, cantan y gritan al ritmo de canciones que no conozco porque los únicos conciertos a los que asisto son de gente muerta hace siglos.

Helios es rápido en conseguirnos una mesa frente al escenario y no tarda en llenarla de cervezas, vodka y tequila.

—Toma un trago —me ofrece—. Te relajará.

«Esa cosa es del Diablo», es mi primer pensamiento, pero lo desecho y me bebo el *shot* de tequila. Toso; el alcohol es fuerte y me quema la garganta a medida que baja.

La música para y me concentro en el escenario. Casi me atraganto cuando llaman al siguiente grupo y me doy cuenta de quiénes están a punto de dar un espectáculo: la banda de Clay, los Einstein’s Suckers. Dios mío no puedo pensar el nombre sin reírme. Miro a Diane y Orena, confundida, pero ellas están demasiado concentradas en ellos. Cuando dijeron que vendrían a ver a la banda de unos amigos, no creí que me encontraría con esto.

Quien cantó las últimas dos canciones le cede el micrófono a Clay y mis ojos se niegan a despegarse de él. Hay cierto misticismo en contemplarlo de esa manera, imponente en el enorme escenario, como un dios que domina a su audiencia.

Me aturde y me embelesa.

El chico de la batería comienza a tocar en un ritmo lento, luego se suma de a poco el sonido del bajo, hasta que finaliza la composición de melodías con el son de la guitarra eléctrica. Todos lucen impresionantes, pero mis sentidos se concentran en Clay: desde la forma en que sus dedos se mueven diestros sobre las cuerdas de la guitarra hasta la manera en que mira a su audiencia.

Poderoso.

Tiránico.

Imponente.

Comienza a cantar y me hechiza por completo. Verlo tocar en público me impacta y me transporta a un lugar donde lo único que puedo escuchar es su voz, fuerte, potente y especial. Clay es, definitivamente, un espectáculo que yo contemplaría extasiada toda la vida.

La canción termina y solo lo sé porque el rugido del público me saca de mi trance y me regresa a la realidad. Clay se pasa una mano por el cabello alborotado, respirando con pesadez, y nuestras miradas conectan: me encuentra entre la multitud y el corazón me da un vuelco sin razón. Levanto la mano y lo saludo con una sonrisa tímida, disipando esa burbuja en la que me encerré cuando me encontró entre el tumulto. Frunce el ceño y no me corresponde el gesto, pero capto esa media sonrisa que se escapa furtiva de vez en cuando mientras hablamos. Se retira del micrófono y permite que otro chico de cabello largo hable en su lugar.

—Tomaremos un descanso. ¡No extrañen a los Einstein's Suckers!

Lanza un aullido y el público grita de vuelta. Música tecno sale de los altavoces del lugar.

—Eso fue increíble —silba Orena, dando un sorbo a su cerveza—. Esos chicos son puro talento. Creo que sí les lanzaré mi sostén.

—Te lo dije. —Helios los señala con superioridad—. Esos son mis chicos. Graba estas palabras, nena —rodea los hombros de Diane—: voy a representarlos cuando sean famosos.

—¿Qué dices? Pero si tú estudias música también, no negocios —resopla Orena.

—Justo por eso —apunta como si fuera obvio—. Un músico sabe mejor cómo manejarse en la industria.

—¡Helios! —El chico de cabello largo y oscuro lo golpea en la espalda mientras se acerca a nuestra mesa—. No me dijiste que vendrías acompañado de semejantes bellezas.

Tras él viene el resto de la banda; Clay al final. Intento ignorar el ritmo rápido que toma mi corazón apenas lo ubico, pero lo bien que se ve después de tocar no ayuda.

—Me conocen como Max, pero ustedes pueden llamarme el amor de su vida, preciosas. —Nos tiende la mano a cada una y nos planta un sonoro beso en la mejilla—. ¿Qué las trae por aquí?

—Nos dijeron que el ambiente se ponía bien por aquí —responde Orena.

—¿Y qué tal? ¿Les ha gustado? —Casi doy un respingo cuando escucho al chico cerca de mí, el del bajo—. Por cierto, soy RJ.

Me extiende la mano y se presenta como si no nos conociéramos de antes, pero prefiero seguir su juego para no desairarlo. Le correspondo el saludo con una sonrisa.

—Soy Niz…

—Eres Niza Hess, lo sé. Soy un gran fan de tu trabajo. Eres increíble —balbucea con los ojos brillantes.

—Gracias… —digo nerviosa.

—No tienes nada que agradecer. En verdad creo que eres muy talentosa.

Sonrío porque noto la sinceridad en su voz y ese brillo de admiración me enternece.

—Gracias. ¿Crees que podrías… regresarme la mano?

—¡Oh! Claro. Qué tonto soy, disculpa. —Me suelta enseguida—. ¿Qué te pareció el espectáculo?

Intento concentrarme, pero los ojos de Clay tienen presos los míos y someten mis pensamientos para que giren en torno a él y solo él, igual que tiranos desconsiderados.

—Yo… Fue increíble —musito, aunque no despego la vista de quien me cautivó.

—Es la primera vez que te veo por aquí.

—Es porque no suele salir mucho. Es una adicta al trabajo —menciona Clay acercándose a nosotros por fin. Le da un sorbo a su cerveza y debo darme una bofetada mental para no abrir la boca y babear.

Desprende esa aura de artista famoso y arrogante con la chamarra de cuero que le cubre los tatuajes, con el cabello alborotado y los ojos brillando extasiados después del concierto.

—¿Se conocen? —cuestiona RJ.

—Sí.

—No. —Me apresuro a contestar.

Lo acribillo con la mirada y él me mira de vuelta sin comprender.

—¿Sí o no? —Ríe confundido el pobre.

No deseo que nadie más sepa a qué cosa me dedico por las noches porque no quiero dar explicaciones, pero, para mi mala suerte, los otros chicos nos están prestando atención.

—No.

—Sí —digo yo ahora y me mira irritado.

—¿Qué? —inquiere Diane, ojeándonos a ambos—. Primero uno dice que sí y el otro que no, y ahora se contradicen.

—Nos conocimos… Nos conocemos por la ocasión en la que me ayudó a deshacerme de Ryan —miento, desesperada por mantener mi secreto a salvo—. ¿Cierto, Clay?

Asiente receloso, pero gracias a eso dejan el tema y Helios comienza a hablar de las nuevas presentaciones posibles. RJ se rinde y deja de hablarme después de unos minutos, centrándose en las estupideces que discuten Helios y Max.

Sé que Clay está cerca porque su aroma me golpea y me inunda la nariz. Huele a perfume caro y a algo más que no logro identificar, algo que es inherente solo a él.

—¿Qué fue eso? —me susurra cerca del oído, y su voz profunda y enronquecida por el concierto me eriza la piel.

—Me confundí, perdón. —Es la única excusa que se me ocurre.

Frunce el ceño.

—Uno se confunde de calcetines, no sobre si conoce o no a una persona con la que trabaja todos los días. A menos que seas tonta —dice con ese tono que usa específicamente para molestarme.

—¡No lo soy!

Una media sonrisa se le desliza por el rostro cuando muerdo el anzuelo.

—Haces que lo dude.

—Bien, porque en tu caso: yo no tengo duda de que lo eres.

Quizá sea mejor explicarle toda la situación antes de que termine echándome de cabeza con mis amigos. Y con las chicas de *ballet*. Me comerían viva si supieran que la *prima ballerina* es una conserje por las noches.

—¿Me acompañas por una botella de agua a la barra? —pregunto para tener una oportunidad de hablar a solas.

Vuelve a fruncir el ceño. «¿Es que este Grinch no conoce otra expresión facial?».

—Lo más parecido al agua que te puedo conseguir aquí es el vodka.

Lo miro seria esperando su risa, que no llega.

—Es una broma, ¿no?

—¿Tengo cara de estar bromeando?

—La única cara que te conozco es la de amargado. Amargado.

Resopla, pero noto cómo se esfuerza por contener la sonrisa. Es agradable que, a pesar de no estar en nuestro lugar de siempre, nuestra dinámica no cambie. Me hace percibir una comodidad que solo he logrado con Diane y Orena después de años de convivencia. A este chico lo conozco hace poco más de tres semanas y ya está entrando en ese pequeño club.

—Escucha, desconocida —recalca—, si quieres agua, tendrás que comprarla afuera. Aquí solo hay alcohol y el agua de los escusados, y no creo que quieras tomar la segunda.

—Bueno, si no hay más…

—Estás demente. —Hace una mueca de aversión.

—Mejor dime dónde puedo conseguirla.

—Ven, te acompañaré.

«¡Sí!», celebra mi conciencia, pero la mando a amordazar enseguida.

—¿De pronto te creció un corazón en ese hueco oscuro?

—Lo que me creció fueron las ganas de saber el chisme.

Río.

—Eso lo explica.

Nos escabullimos de la mesa andando por el centro del atestado club hasta llegar al exterior.

Una vez afuera, me arrepiento de haber optado por una falda para salir. La noche es fría y el viento se cuela más allá de la ropa interior, así que me abrigo lo mejor que puedo con la chamarra de Diane. Clay camina a mi lado en silencio y, aunque las calles son vertiginosas, el ruido pasa a un segundo plano cuando lo tengo cerca, y lo odio porque no comprendo la razón.

Lo detallo de soslayo mientras caminamos por las calles del barrio de SoHo en busca de alguna tienda que nos venda una botella de agua por menos de quince dólares. Es alto, mucho más que yo, la chamarra que usa se le ajusta al cuerpo y resalta lo ancho de los hombros, los brazos y la espalda. Esos son los resultados de su rutina en el gimnasio, donde siempre lo veo por las noches junto a RJ y Helios.

—¿No me dirás por qué les mientes a tus amigos?

—¿Qué? —Su voz me sacude hasta el último nervio.

Es raro convivir en un ambiente distinto a la tienda. Me siento fuera de lugar, pero no es del todo desagradable.

—Tus amigos. ¿Por qué me negaste?

—No te negué.

Eleva una sonrisa perezosa que resulta atractiva.

—Lo hiciste.

No importa cuánto me esfuerce, no logro comprender a Clay. Es rudo, arisco y fanfarrón, pero también considerado, centrado y bromista. Sus ojos grises me atraviesan como dagas de hierro cuando los posa en mí, letales, y, sin embargo, nunca me he sentido más viva que cuando me mira de esa manera.

—No quiero que sepan que trabajo como conserje en Ink the Mind —digo después de un rato mientras pasamos cerca de un bar con música pop a todo volumen.

—¿Por qué?

Suspiro.

—Porque no sé cómo se lo tomarían.

—¿Te da vergüenza que sepan que sabes trapear?

—No, no es eso.

—¿Entonces? Si no puedes contarles a tus amigos las cosas que te pasan, perdona que te

decepcione, pero no son tus amigos.

—No lo entiendes. No me da miedo que ellos lo sepan; ellos lo entenderían. Me da miedo que las otras bailarinas se enteren.

Detiene sus largas zancadas cuando estamos frente a un banco cerrado y me encara, confundido.

—¿Qué importa si ellas se enteran?

—Me comerían viva. Buscan cualquier pretexto para hacerlo. Sé que no lo entiendes, pero en una industria como el *ballet*, debes tener cuidado hasta de tu sombra.

—Pues qué lugar de mierda.

—Lo es —admito con más facilidad de la que espero.

Retomamos el camino por la acera y pasamos dos clubes más. En el primero hay dos *drag queens* con atuendos despampanantes invitando a los transeúntes a ver su espectáculo, mientras que, en el segundo, son dos tipos bien vestidos con pinta de los *Hombres de Negro* los que hacen lo mismo.

—Si es tan malo como dices, ¿en verdad disfrutas hacerlo?

Su pregunta me cala en los huesos más que la ráfaga de viento que se me cuela por la chamarra. Esa es la pregunta del millón: ¿realmente disfruto hacerlo? La respuesta es obvia: *NO*, en letras mayúsculas, subrayadas y gigantescas, pero la duda va más allá que solo una contestación categórica, porque no tengo idea de cuánto de lo que hago es obligación y cuánto ambición. He ahí el verdadero problema.

—Lo disfruto lo suficiente. No es el baile en sí lo que repudio; son las personas que están ahí. —Mi mente se infesta enseguida con imágenes de Winslet dando instrucciones, de Eridan y su séquito burlándose y del resto de las chicas juzgándome a cada paso que doy.

—Deberías dejarlo —suelta con jovialidad y, de nuevo, me detengo para encararlo.

Lo miro como si me hubiera dicho que los puercos vuelan.

—¿Que lo deje? ¿Estás loco?

—No, lo digo en serio. Si es un lugar que te hace tanto daño, ¿por qué no lo dejas?

—Porque es mi pasión. Es lo único para lo que soy buena. Es lo que amo —digo con ahínco, aunque me sabe a mentira.

—Las cosas que amamos a veces son también las que nos destruyen, precisamente porque les damos ese poder a través del amor que les tenemos.

Parpadeo un par de veces asimilando sus palabras. Una sensación de acidez me sube por la garganta.

—¿Y qué se supone que debería hacer? ¿Darle la espalda a todo mi trabajo?

—Lo que te haga feliz. —Se encoge de hombros—. Es así de simple, tienes opciones. A la mierda lo que otras personas piensen de ti.

Lo dice de una forma tan jovial, como si no le diera importancia, que el estómago me escuece. Como si fuera así de simple. Lástima que no me crea ni una palabra, porque Clay habla de una cosa y hace todo lo contrario. De pronto, una ira irracional nace de mis entrañas y dejo que hable por mí.

—Si es así de fácil, ¿por qué no renuncias tú? Es obvio que no soportas estar en ACA —ataco sin pensar.

El músculo en su mandíbula se mueve y sus ojos me atraviesan como flechas.

—¿Qué quieres decir?

—Hablas de renunciar y hacer lo que me gusta cuando tú eres igual. Tú también haces algo

que no te gusta y no veo que dejes la guitarra para dedicarte a los tatuajes. De hecho, te veo muy cómodo en el escenario. Si no te gusta tanto como tatuar, ¿por qué demonios sigues aquí?

—¿Tú qué sabes sobre mis razones para estar en ACA? —masculla con frialdad—. No me conoces, así que te aconsejo que no asumas nada sobre mí.

—Lo mismo te aconsejo yo. Y no lo asumo; te has encargado de que todo ACA sepa que odias ese lugar, que odias la música. Para ser alguien que dice odiarla tanto, parece que te gusta mucho lo que haces.

Sus ojos son hierro puro cuando los clava en mí, pero no flaqueo y le sostengo la mirada.

—Nunca dije que no me gustara la música.

—Tampoco me has dicho lo contrario. —Me cruzo de brazos apoyando mi peso en una pierna, a la defensiva.

—Porque no tengo nada que decirte. Apenas te conozco.

—Aun así, todos dicen que lo odias. —Se calla y su silencio me otorga la respuesta que necesito—. Si ACA es un lugar que te hace tanto daño, ¿por qué no lo dejas?

La mandíbula se le tensa y su mirada es puro fuego. Nunca he visto a Clay tan enojado. De hecho, nunca lo he visto con una emoción distinta de esa fría jovialidad con la que suele conducirse, pero al parecer toqué una fibra sensible.

No, no la toqué, la aplasté.

—¿Crees que es sencillo? —masculla—. ¿Crees que es fácil?

—Tú dijiste que lo era.

Él me observa incrédulo.

—¿Sabes quién es mi hermano?

—Sí, ¿y?

—¿Y no te impresiona?

—¿Debería?

Sé quién es su hermano. Todos en ACA lo sabemos. Es una leyenda de la música, pero no entiendo cuál es la relevancia de su nombre en una discusión en la que solo importamos él y yo.

—¿Cómo es que no te impresiona?

—De nuevo, ¿debería? No lo conozco a él; te conozco a ti, Clay.

Sus ojos se abren más por una fracción de segundo, como si lo hubiera tomado por sorpresa, pero sigo sin entender.

—¿Qué tiene que ver él con lo que estamos discutiendo?

La conmoción se desvanece para dar el lugar a esa postura tensa y defensiva.

—Bueno, no puedo dejarlo porque es lo que se espera que haga. Es lo que todos esperan de mí.

Hundo el entrecejo, todavía perdida.

—¿Todos quiénes? ¿Quiénes son todos, Clay?

—Pocos saben que soy Clay. Pregúntale a quién quieras en ACA, te dirá que soy el hermano de Bryce Hawthorne, la puta leyenda del rock contemporáneo —explica con acidez.

Da un paso hacia mí, con el rostro hecho de piedra y los ojos grises como hierros prendidos en fuego que amenazan con dejarme una marca. Mi corazón aumenta su ritmo y un cosquilleo de anticipación se me acumula en el estómago.

—Todos esperan que sea el nuevo Bryce. Una versión mejorada de él, incluso.

—Bueno, pues recálcales quién eres. Tú no eres Bryce o solo el hermano de Bryce. Eres mucho más que eso. Eres Clay —hablo con firmeza—. Además, ¿qué tiene que ver tu hermano

con tus decisiones? Son personas diferentes.

Esboza una sonrisa agria y niega.

—Crecí bajo su sombra. Quería ser él, tocar la guitarra, estar en una banda. Quería ser tan bueno como mi hermano o incluso mejor. ¿Y adivina qué? No está funcionando.

Lo dice sin un ápice de su característica arrogancia; de hecho, suena un tanto melancólico. Da un paso más y tengo que levantar la cabeza para mirarlo a la cara.

—Pero tienes razón, Niza —murmura mi nombre como una maldición. Sus dedos me erizan la piel cuando entran en contacto con mi cuello, acariciándolo apenas, indecisos, pero lejos de asustarme, me hace sentir intrigada—. Esto no es lo que amo. No es lo que me gusta hacer. No lo ha sido por años, pero es lo que se espera de mí. Es el legado que cargo conmigo.

—Entonces… —Mi voz se pierde por su cercanía, arrolladora e hipnótica—. Entonces ¿por qué no lo dejas? No es imposible.

Escucho mi propio tono, trémulo y débil por los nervios; si él inclinara el rostro dos centímetros, me besaría.

Y una parte de mí, la más irracional, quiere que lo haga.

Sus dedos distraídos me recorren el cuello como si quisieran conocerlo a partir del tacto. Sus ojos lo detallan antes de anclarse en mis labios.

—¿Por qué no lo haces tú?

Suena como una pregunta casual, pero esconde el borde filoso del desafío que me retuerce las entrañas.

—Porque lo amo. —La mentira es agria en mi boca, pero me niego a admitir algo diferente porque eso abriría un abismo en mi interior—. Sin el *ballet*, sin la danza, no soy nada.

Los dedos de Clay acarician la forma de mi mandíbula, la delinea con su tacto y funde un camino en mi piel con sus ojos de hierro.

—Lo mismo digo yo. Amo la música.

—¿Ahora dices mentiras? —Es mi turno de desafiarlo y sonríe. La primera sonrisa real que le veo.

—Las mismas que dices tú, descarada.

Aleja la mano de mi rostro y su intenso escrutinio no me deja escapar.

El corazón me golpea el pecho con fuerza y la sangre corre por mis oídos como un río embravecido, aturdiéndome.

—Eres un hipócrita, Clay Hawthorne —digo sin temor a ofenderlo.

—Vaya, qué coincidencia. Ya somos dos.

Es la primera persona con la que siento que puedo ser yo sin temor a ser juzgada, porque está dentro de la misma jaula de ambición en la que me he encerrado. Y estamos ahí, los dos. Dos líneas idénticas que se cruzaron en un punto. Un jodido *impasse*. Un callejón sin salida. Dos fuerzas que no piensan ceder, dos gotas miserables de agua, el reflejo de la otra, tan similares y dispares a la vez.

Permanece ahí, de pie, sin liberarme la mirada y enloqueciéndome la mente con su cercanía, hasta que da un paso atrás y retoma su camino por la acera, dejándome con una sensación de vacío en el estómago y un corazón desbocado que no sabe qué hacer consigo mismo.

6 | Diseño

Clay

No recibo ninguna llamada de Bryce el resto del día.

Pero al menos tengo los típicos mensajes sin sentido que usa como señal de vida. Ebrio o drogado hasta el culo, pero vivo.

Me pregunto qué pensarían aquellos que lo usan como ejemplo a seguir o modelo de vida si se enteraran de que la mayor parte del tiempo no es consciente ni siquiera de sí mismo.

Observo la pantalla y estrello mi cuaderno de acordes en el escritorio, con la consternación mezclándose con la ira. Su último mensaje es de hace casi tres horas.

A veces me pregunto qué es lo que se mete y si eso no terminará por destruirlo. Después lo pienso mejor y soy más feliz sin saberlo.

Mi hermano el héroe. Mi hermano la leyenda. Mi hermano la celebridad. Él lo es todo para los demás, pero no es nada para sí mismo. No queda prácticamente nada del Bryce que era *mi hermano*. Ya no hay rastro del chico que me defendía en la escuela ni del que me enseñó a tocar tres acordes en su vieja guitarra antes de tomar las responsabilidades que no le correspondían con tan solo quince años.

Levanto de nuevo el cuaderno de acordes y lo lanzo hasta que choca con la pared. Un dolor agudo se apodera de mi pecho al percatarme de lo mucho que lo quiero de vuelta. No a esta sombra en la que se ha convertido Bryce, sino a mi hermano. Vaya mierda.

Los golpes en la puerta me sacan de mis cavilaciones y miro el reloj en el móvil: son pasadas las doce. Mi primer instinto es fingir que estoy durmiendo, pero la luz que se cuela bajo la puerta me delata. Los golpes regresan, esta vez más insistentes, y me levanto de la cama de mala gana. Como sea RJ esperando que lo ayude con otra tarea de composición, voy a meterle la guitarra en el culo.

Sin embargo, lo que me recibe al abrir la puerta no se parece en nada a mi amigo.

—¿Qué haces aquí, Nerea?

Ella sonríe y me hace a un lado para escabullirse dentro. Salta a la cama como si este fuera su dormitorio.

—¿Qué tal tu día, guapo? —Se estira como un gato en las sábanas para luego incorporarse.

Se acerca a paso seguro hasta mí con la intención de abrazarme, pero la empujo y me hago a un lado. Volver a ese jueguito de pretender que nada malo ocurrió en el pasado entre nosotros me enferma y me remonta a la época en la que me la follaba mientras era novia de mi hermano. Lo admito: en ese entonces no era el mejor candidato para ganar el premio al hermano del año.

—Nerea, vete. Estoy cansado. No voy a lidiar contigo ahora.

Hace un puchero y sus ojos desbordan súplica.

—Te extrañé. Pongámonos al día.

—No hay nada de qué hablar.

—¡Claro que sí! Han pasado muchas cosas en estos años.

—Lo sé, pero no tengo nada que decirte. Así que lárgate.

Sé que estoy siendo grosero, pero es la única manera de evitar un contagio de su nociva actitud. Es igual de silenciosa y destructiva que un virus.

—Clay.

—Nerea —replico lacónico—. Tengo dolor de cabeza.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Porque sigues aquí. Lárgate.

Extiende la mano, ignorándome.

—Ven aquí. Te lo quitaré.

—No. Fuera.

El labio le tiembla solo un segundo, pero después su expresión se convierte en piedra.

—No me iré —declara firme, sentándose al borde de la cama con los brazos cruzados sobre el pecho; los senos se le marcan con el gesto—. He estado aburrida como la mierda esta semana. No tengo con quién hablar, me estoy volviendo loca aquí, solo quiero divertirme.

—Cómprate una consola.

Me sonríe coqueta, moviendo el hombro y batiendo las pestañas.

—Hablo de otro tipo de diversión.

—Entonces, un consolador. Los consigues por Amazon con descuento.

La sonrisa se le desvanece y me mira mal.

—No tienes que ser tan cruel.

—Y tú no tienes que estar aquí, pero es imposible que la gente actúe como deseamos, ¿verdad?

Resopla y se da por vencida. Creo que se irá, pero en cambio toma uno de mis cuadernos de diseño y comienza a hojearlo. La irritación crece en mi pecho. Llego hasta ella en dos zancadas con la intención de arrebatárselo, pero es más rápida y evita que lo toque con una sonrisa felina que le estira los labios. Los ojos aceituna relucen con una diversión sádica y sé que se divierte con esto; siempre se ha divertido jugando con todo el mundo, incluyéndome.

—Estaba viendo tus dibujitos. Sigues siendo tan bueno como recuerdo. Mejor, incluso.

Me mantengo en silencio, creyendo que si la ignoro lo suficiente dejará su estúpido numerito.

—Me ha encantado este. —Gira el cuaderno para mostrarme el boceto de una bailarina a medias: los pies en punta, el cuerpo pequeño, delgado, el cabello que enmarca un rostro sin terminar—. ¿Lo hiciste pensando en mí?

—No te creas tan importante. —Le quito mi cuaderno de las garras.

Me mira fastidiada un instante antes de recomponerse y recargar el peso de su cuerpo en los brazos, sobre el edredón.

—¿Me has extrañado, Clay? —Inclina el rostro a un lado en un gesto que pretende ser incitante, pero termina provocando todo lo contrario.

—No —niego, aunque ni siquiera yo encuentro mi voz tan convincente.

Sé que me ha pillado con la guardia baja porque se pone en pie y se acerca igual que una gacela, rápida y grácil.

—Yo te extrañé. —Se pone un mechón rubio tras la oreja.

—Ya, seguro que sí. —Río sin humor—. Me extrañabas mientras otro tipo te cogía, ¿no?

Se encoge de hombros y se acerca más a mí.

—Y si así fuera, ¿qué? Nunca nos ha molestado compartir. —Su aroma me envuelve y me hace sentir punzadas en la cabeza—. Te haría un hipócrita que eso te molestara ahora, cuando no te importaba cogerme mientras era novia de Bryce.

—No me importa. Por mí te puedes coger a todo ACA y me da igual.

—Ya. —Sonríe triunfal, los ojos brillantes y su tacto haciendo que me escueza la piel a través de la camiseta.

Me molestan su manera de hablar y su intensa mirada. Para mí no es más que una víbora y una alimaña manipuladora que debo mantener lejos. Y, aun así, mis dedos cosquillean por tocarla, mi polla punza por sentir su viperina lengua alrededor.

Quizá es todo culpa de Niza por volverme una persona más volátil y susceptible, por crear fantasías imposibles de cumplir con ella. Es una estupidez, lo sé, porque Niza es ajena a todo lo que pienso y hago, pero en los últimos días se ha convertido en el catalizador y detonante de mis deseos.

—¿Recuerdas cuánto nos divertíamos, cariño? —Un dedo aventurero sube por mi pecho—. ¿Lo bien que me cogías sobre la cama de Bryce? Dios, he extrañado tanto eso.

—No me llames «cariño» —escupo la palabra como una maldición.

—Y si no, ¿qué? —me reta y sé que he perdido cuando baja una mano hasta mi entrepierna y aprieta la erección que crece ante el tacto, traicionándome—. ¿Te pondrás más duro si sigo jugando a la novia buena contigo?

Gruño, sintiéndome imbécil. Retira su tacto para subir en busca de mi mano, entrelazando sus dedos con los míos, hasta llevarla a mi boca. Beso primero el dedo medio y ella no despega sus ojos esmeraldas de mí, incitantes y ávidos.

—Sigues siendo tan bueno con las manos para el dibujo como recuerdo. ¿Me las prestas un rato? Quiero comprobar si son igual de buenas para masturbarme ahora.

No lo resisto y antes de que pueda pensarlo mejor, enredo los dedos en su cuello y estrello su delgado cuerpo contra la pared de enfrente. Suelta un jadeo de impresión, los párpados abiertos, y una pizca de miedo asalta sus facciones antes de que yo apriete su garganta en un agarre de hierro. Emite un quejido; sus pequeñas manos sobre la mía y sus ojos apresando los míos, férreos y decididos. No es a quien deseo, no es quien se ha adueñado de mis fantasías, pero es lo que tengo. Sé que me está usando, igual que hace unos años, pero esta vez lo permito porque necesito una liberación o me volveré loco.

Respira una última vez y le arrebato un beso sin pensarlo.

***

No suelo tener clases los martes, así que llego temprano a la tienda para robarme un poco de inspiración. Normalmente está vacía, nunca hay nadie a esta hora porque abrimos desde las diez, así que es un buen lugar para componer y practicar. Llueve. Sacudo el paraguas cuando llego a la puerta y tengo problemas con la llave, que se traba en la cerradura, hasta que logro abrir. Suspiro cuando entro.

Adentro está cálido, callado y… Me detengo en seco.

Niza está aquí todavía.

En el sofá.

Dormida.

Seguramente no fue a casa cuando su turno terminó. Siento la irritación crecer en mí. Debí quedarme con ella en lugar de perder mi tiempo con Nerea. Tengo un lapso de humanidad o de estupidez, no sé, pero siento lástima por ella. Lleva solo unos shorts y una blusa de manga corta con este clima frío, así que dejo el paraguas en el suelo, me quito la chamarra de cuero y se la echo encima. Al menos así no se resfriará.

«Maldita chica ingenua», pienso mientras la observo hecha un ovillo bajo mi chamarra, casi tan grande como para cubrirle el cuerpo entero a excepción de los pies. Me maldigo porque no puedo dejar de detallar lo delicadas que son sus facciones: la pequeña nariz respingada, los labios delgados, rosados e incitantes y las pestañas espesas que le crean una sombra en las mejillas, salpicadas con algunas pecas aventureras.

Me paso la lengua por los labios, escrutándola con un ojo artístico y devoto. La curiosidad y una emoción muy distinta del profesionalismo me aprietan el pecho. Suelto el aire, tomo mi cuaderno de diseños y me avoco a terminar el retrato de esa bailarina usando su rostro como modelo. Es precioso, igual que el de una muñeca.

Trazo en el papel sus facciones lo mejor que puedo; plasmo sobre la hoja cada rizo de su cabeza y peca de su cara. Es un sentimiento extraño y bizarro a la vez. No debería verla dormir, me siento raro al hacerlo, pero tampoco quiero despertarla porque la imagen me transmite tranquilidad, una que no he experimentado en mucho tiempo.

Cuando termino el dibujo, sigue inconsciente. Considero la idea de despertarla, hasta que recuerdo lo adicta al trabajo que es y lo cansada que luce siempre, así que la dejo dormir. Pasa media hora y estoy abstraído en un nuevo boceto cuando comienza a moverse. La lluvia se ha ido y las nubes han comenzado a disiparse, pero el día sigue frío y gris.

Despierta y mueve los ojos desorientada hasta que repara en mí.

—¿Clay? —Se cubre con mi chamarra como si la hubiera pillado desnuda.

—Buenos días. ¿Qué mierda haces dormida en el sofá? ¿Ahora eres vagabunda?

Se sienta, completamente despierta de pronto.

—¿Qué hora es? —demanda con la voz rasposa por el sueño.

Me niego a aceptar que me gusta el sonido de su voz por las mañanas. «Me niego. Peligro. Alto ahí, soldado».

—Son pasadas las nueve.

—¿Pasadas las nueve? —jadea alterada y está de pie en un nanosegundo, jalándose el cabello como si quisiera arrancarlo mientras se hace un moño sobre la cabeza—. Mierda, mierda, mierda —maldice recogiendo sus cosas tan rápido como le es posible—. No puede ser.

Escuchar a una bailarina maldecir es tan raro como ver a un perro bailar sobre las patas traseras. Sabes que sucede de vez en cuando, pero es extraño cuando pasa.

Las bailarinas en ACA son como soldados. Son rectas hasta la médula, cada puto segundo de su vida. No maldicen, no llegan tarde y no se muestran hechas un desastre en ningún lugar. Primero prefieren morir. Pero esta mujer parece sacada de un mundo distinto. No entona con el montón de muñequitas de cartón que crea la academia; es diferente. No puedo descifrarla.

Y es precisamente eso lo que la vuelve tan peligrosa para mí. No me gusta la incertidumbre; no me gusta estar en vilo sin saber qué esperar de Niza Hess.

—Por las ubres de mi vaca Petunia, ¡es tan tarde! —se queja, poniéndose mi chamarra como

un rayo, colgándose la mochila y agarrando mi paraguas para salir—. La señorita Winslet me pondrá a correr por el campus un mes, ¡un mes!

Maldita lunática.

—Niza, espera, te estás llevando mi…

Me incorporo y la sigo hasta la puerta.

—¡Cállate! —Me señala como una desquiciada—. ¡Cállate la boca! ¡No puedo lidiar con tus tonterías ahora, Clay!

La miro desconcertado. Se volvió loca.

—¡Tengo que llegar a ACA o si no la señorita Winslet me va a patear el culo hasta el infinito y más allá! ¡Me regresará a Texas con mi tía Matilda de una patada! —grita peleando con el paraguas antes de salir disparada hacia el campus.

Ni siquiera sé para qué lo lleva si no está lloviendo. Sí, hay algo diferente e indescifrable en Niza. No cabe duda.

—Maldita loca de mierda —me quejo cuando la pierdo de vista por fin.

Si no tengo cuidado, será mi ruina.

7 | Pirouette

Niza

El pianista deja de tocar cuando entro al estudio con la misma gracia de un rinoceronte.

La señorita Winslet habla con otra chica mientras mis compañeras practican sus rutinas solas. Cuando repara en mí, sé que ha llegado mi hora de muerte.

Se acerca dando largas zancadas y el estómago se me enreda, presa del miedo.

—Llegas tarde, Hess —me riñe con voz dura, cruzándose de brazos.

Mis compañeras dejan de practicar para no perderse el espectáculo.

—Lo siento. Se me hizo tarde.

—¿Qué puede ser más importante que tus ensayos?

—Yo estaba…

—Con un chico —completa en tono agrio y el alma se me va a los pies.

—¿Cómo ha dicho?

—Es la chamarra de un chico. —Arruga la nariz asqueada y escucho una horda de risitas en mi dirección.

«¿Pero qué…?». Bajo la vista y encuentro lo que la llevó a asumir tal cosa. «Diablos». Olvidé por completo que llevo puesta la chamarra de Clay.

—Ojalá te entregaras al *ballet* con la misma facilidad con la que te entregas a cualquier hombre. —Suelta las palabras cargadas de resentimiento.

—Señorita Winslet, yo no estaba…

—No permitiré esta clase de actitudes promiscuas en mi academia —me corta, con el cuello tenso y la cara compungida en una mueca iracunda—. Mis bailarinas no serán unas cualquieras que vayan por ahí haciendo espectáculos indebidos porque no pueden controlar sus hormonas.

—¡No estaba con un chic…!

—No me levantes la voz —me interrumpe—. Si quieres tomar mi clase, tendrás que pasar menos tiempo en la cama haciendo tus porquerías y llegar más temprano.

El corazón se me acelera y siento que vomitaré de la impresión.

—No estaba con un chico. Por favor, señorita Winslet, no puedo perderme este ensayo. Tengo que afinar mi participación para el festival de otoño —le imploro angustiada.

Levanta el mentón, desdeñosa, como si se regodeara en mi miseria. Parece como si, a pesar de nuestra relación cercana, me odiara más que al resto de las chicas.

—Practicarás en mi estudio cuando sepas cuáles son tus prioridades, Hess —sisea como una víbora—. A esto me refiero cuando digo que la escuela malgasta recursos en personas que no los

aprovechan.

Un nudo se me forma en la garganta y respiro lento para no echarme a llorar.

—Señorita Wins…

—Solo déjala ensayar —interviene una nueva voz que no reconozco.

El resto de las chicas se giran también y ceden el paso a un rostro que nunca he visto en el estudio, pero que conozco muy bien.

¿Qué? ¿Nerea Hawkins está aquí? Dios, ¡está aquí! Pero ¿qué demonios hace aquí si es mitad de temporada? Debería estar en San Francisco siendo exitosa. «Y tú te acabas de humillar como nunca. Bien hecho», me reprendo, pero estoy tan impresionada por su presencia que poco me importa.

—Vuelve a lo tuyo, Hawkins; esto no te incumbe.

—Sí me incumbe. Nos estás retrasando el ensayo con tu numerito. —La mandíbula se me afloja tanto que siento que caerá al suelo—. Deja que se quede y ya está.

Noto que la vena de ira de mi instructora se le marca en la sien y una punzada de temor por Nerea me recorre. No saldrá de aquí a menos que sea llorando. Lo sé por experiencia.

Se gira hacia ella con la intención de destruirla.

—No pedí tu opinión.

—¿Y qué? —Se encoge de hombros.

Ahora que mis compañeras se han quitado del camino, puedo apreciarla con mayor detalle: es preciosa, más bonita que en las fotografías, videos y conferencias en que la he visto participar. Tiene una piel nívea, un cuerpo delgado y ágil, tan tonificado que la hace lucir como un ser fuera de este mundo. Sus piernas están envueltas en medias, pero noto la fuerza en ellas, y su rostro, santas ovejas, es celestial. Los pómulos resaltan en su estructura y la estilizan; la nariz es pequeñita y los labios delgados; los ojos son como dos jades que contrastan con el cabello rubio recogido en un moño perfecto. Todo en ella grita elegancia, fluidez y talento. Nerea es el tipo de persona que pertenece al escenario, mientras yo la admiro desde mi lugar en las gradas.

—¿Cómo que «y qué»? Deben respetar las reglas de mi clase, Hawkins. Si no llegas a tiempo, no ensayas y…

—Seguro no fue su intención —la interrumpe—. Deja tus dramas y permítele ensayar.

Madame Winslet entorna los ojos y por un segundo creo que no seré la única que quedará fuera de la clase, hasta que suelta el aire y se dirige hacia mí.

—Ve a calentar, Hess. Esta será la última ocasión en que te permitiré entrar si llegas tarde. Recuérdalo bien.

Sonrío, la felicidad me aletea en el pecho y corro hasta una esquina del estudio para prepararme. Localizo a Nerea a través del reflejo del espejo que abarca la estancia y, por pura casualidad, sus ojos encuentran los míos. Me sonríe y no me puedo creer que alguien de su calibre haya puesto en riesgo el cuello para ayudarme.

Una vez termino de calentar, me incorporo al grupo. Practicamos la coreografía grupal de Jules Perrot, *La esmeralda.* Es el número que presentaremos en el recital de otoño y que servirá como muestra de nuestro talento para incursionar en la industria. Al evento acudirán directores y maestros de las mayores casas de danza del mundo.

Predeciblemente, soy la primera víctima de la señorita Winslet para ensayar el solo e intento seguir con diligencia cada una de sus instrucciones, aunque la vida se me vaya en ello.

—Tobillos juntos.

La obedezco.

—Ahora en *demi plié*.

Obedezco sin chistar.

—Estás muy rígida. Relájate en el *demi plié* —sisea a mi espalda, tensándome más.

Suelto el aire en un trémulo suspiro.

El resto de las chicas observan, incluyendo a Nerea, y la presión me pesa sobre los hombros igual que un bloque de concreto. Intento ejecutar una *pirouette* perfecta sin que parezca mecanizada.

—*Piqué attitude.*

Le obedezco.

Hace una mueca de agriedad, la boca torcida en una emoción que conozco demasiado bien: disgusto.

—Sube el esternón. Te hundes cuando haces el *port de bras.*

Hago lo que me ordena con la misma voluntad de una muñeca.

—Gira —dice tajante.— Quiero ver ese *pirouette.*

Me preparo y lo ejecuto. Todo es perfecto, todo es fluido y se realiza conforme a sus estándares. Y, aun así, no parece convencida.

Giro, giro y giro.

Giro mientras mantengo la vista clavada en la caja de emergencia, que contiene un hacha y una manguera contra incendios.

El *pirouette* es una de las maniobras más complicadas en el *ballet*. Necesitas un impulsor, fortaleza, balance y un punto fijo para no venirte abajo mientras tu cuerpo gira y gira. Es curioso, porque algunas veces siento como si nunca dejara de girar; incluso después de terminar el ejercicio, es como si continuara dentro del *pirouette.* El mundo pierde encuadre y todo se desvanece hasta eliminar los bordes de una cosa y la otra. Como si perdiera el enfoque del plano personal y se combinara con el profesional, dejando una mancha extraña tras su mezcla. No existe uno sin el otro. Quiero salir del bucle y dejar de percibir el mareo y la desorientación, pero aún no encuentro el punto fijo en mi vida que me permita mantener a raya esas actitudes tan destructivas.

—¡Alto! —La voz de la señorita Winslet interrumpe mi ejercicio y pierdo la concentración —. Lo estás haciendo mal. Todavía no dominas la técnica.

—He estado practicando —me defiendo con tono trémulo.

—¿En la habitación del chico al que le quitaste la chamarra esta mañana? Si es así, entonces ya veo por qué haces esa mierda de *pirouette.*

—No, en verdad he estado practicando y creo que lo he hecho bien. Solo debo pulirla antes del recital y…

—Tu esternón sigue a la misma altura de tu cuello cuando haces el *piqué* —me corta y se dirige hacia Nerea, que es la única concentrada en sus poses y no en el espectáculo en el que siempre me convierto cuando Victoria Winslet me reprende—. Hawkins, muéstrale a Hess cómo se hace un verdadero *pirouette*.

—¿Por qué? Lo está haciendo genial. No necesita que le muestre nada —objeta la chica.

—He dicho que le muestres.

Nerea resopla y se ubica en el centro del estudio con desgana, tomando mi lugar. La observo cohibida e impresionada a la vez. Admiro su técnica: pulcra, perfecta y fluida. No hay nada forzado en la manera en que mueve los brazos y baila, como si hablara a través de su cuerpo. Es una diosa. Es extraordinaria.

Esa es la diferencia entre Nerea y yo; la razón por la que ella es una leyenda del *ballet* mientras yo sigo enclaustrada en ACA: ella adora el *ballet* y el *ballet* la adora a ella. Podré tener la mejor técnica, pero si no tengo pasión por lo que hago, entonces soy poco más que un autómata programado.

Cuando termina la rutina, todas aplaudimos eufóricas. Todas incluyendo a Victoria Winslet, esa mujer que nunca me ha dicho un «bien hecho» y que mucho menos me ha regalado algo tan significativo como un aplauso.

Cuanto más la aprecio, más notable es la diferencia descomunal entre Nerea y yo.

—De eso estoy hablando —alardea la instructora sin perder la oportunidad de restregármelo en el rostro—. Una rutina impecable. Deberías aprender algo de ella, Hess; tu rutina fue un fiasco.

Asiento, tragándome el insulto y almacenándolo en el cerebro junto al montón de groserías que funcionan como incentivo para esforzarme más, para dar más de mí.

—No fue un fiasco; lo ha hecho bien —sisea Nerea. La miro perpleja—. La chica lo hace increíble. Yo no noté ningún error.

La señorita Winslet le regala una de sus sonrisas condescendientes.

—Hawkins, puede que tú seas muy buena en la ejecución, pero te falta el ojo crítico de un instructor. Eso déjamelo a mí.

La aludida enarca ambas cejas y cruza los brazos en una postura defensiva.

—He trabajado con bailarinas de alto calibre y me han entrenado los mejores maestros. Créeme que alabarían el trabajo de esta chica.

Abro la boca ligeramente, sorprendida. «¡¿Nerea Hawkins está halagando mi trabajo?! Dios».

—Bueno, yo entreno a mis bailarinas como creo que es mejor y les enseño como me parezca mejor.

—¿Comparándonos entre nosotras? No has cambiado ni un poco, Victoria.

Hay un jadeo generalizado de impresión por mi parte y de mis compañeras ante la audacia de esta mujer para enfrentarse a la bestia. La instructora entorna los ojos y su vena de la perdición le aparece en la frente, marcando el final de nuestros días-no-tan-felices-y-que-ahora-serán-más-que-miserables. Pobre criatura descarriada. ¿Por qué nadie le dijo que no debe pisarle la cola al Diablo?

—Hawkins, por tu bien, te recomiendo que cierres la boca ahora —le advierte con un tono de terciopelo que esconde un borde filoso y letal.

—¿O qué? —la desafía inclinando la cadera a un lado—. No puedes seguir tratándolas así, no es ético y yo no voy a tolerar tus malos tratos mientras esté aquí.

—No te he tratado mal. He halagado todo tu trabajo desde que regresaste.

—Sí, porque piensas que fue tuyo. Yo no me convertí en lo que soy por ti. No te lleves un crédito que no te corresponde y deja de torturar a estas pobres chicas; haces que odien esto.

—Yo soy quien tiene la autoridad aquí, no tú. Yo soy quien decide cómo enseñar y qué enseñar. Te recomiendo que tengas cuidado con la manera en que te diriges a mí porque yo soy quien decide si puedes volver o no a bailar.

Nerea tensa el cuerpo y clava sus ojos en ella.

—Tú no tienes ninguna clase de poder sobre mí.

—Estás aquí y no en el *Opera House* de Sídney por una razón, querida —ataca y toca una fibra sensible, porque el delicado rostro de la rubia se transforma en una mueca de ira.

—El Consejo de Danza lo hizo como reprimenda por ciertas conductas, no porque necesite

refinar algo que sé hacer mejor que tú. No te confundas. —Da un paso hacia la instructora, con los ojos escupiendo fuego—. Si crees que podrás manipularme como a estas pobres chicas, estás mal de la cabeza. Te he tolerado este día solo porque no quiero empezar la guerra tan pronto contigo, pero si no me dejas opción...

—¡Lárgate de mi clase! —Elimina la poca distancia que las separa de una zancada y la toma del brazo con brusquedad, arrastrándola a la puerta—. No permitiré que me restes autoridad frente a mis chicas. Considérate fuera de cualquier compañía.

Está temblando de ira y su vena de la perdición parece a punto de estallar. Nunca la he visto tan furiosa, ni siquiera cuando nos vamos a casa sin ningún premio en las competencias.

—No necesito de ti para entrar a ninguna compañía. Solo estoy aquí por mandamiento del consejo. Cuando mi castigo termine, me largo. Me iré a cualquier lugar que me plazca, ¿pero tú? Tú seguirás aquí, atormentando a pobres chicas para sentirte mejor contigo misma.

Me llevo la mano a la boca y ahogo un quejido de impresión igual que mis compañeras, que están tan atentas como yo a la pelea.

—Siempre fuiste una insolente, Hawkins.

—Y mira a dónde me ha llevado. —Sonríe—. Me voy por hoy, ya me he aburrido de tus técnicas obsoletas, pero te veré mañana.

—¡Fuera! —ruge.

Nerea se toma su tiempo en recoger sus cosas para hacerla enojar más.

—Otra cosa —dice girándose cuando está a punto de salir por la puerta—: la próxima vez que quieras enseñar cómo se hace una técnica, hazla tú misma, que para algo eres la instructora, ¿no?

Winslet tiembla de ira cuando por fin Nerea abandona la estancia. Estoy impactada. No sé si ella es muy tonta o muy segura de sí misma como para declararle la guerra a alguien tan violento y cruel como Victoria, pero eso no quita que haya disfrutado cada segundo de esto. No lo puedo creer. Pensé que jamás viviría para ver este día.

***

No es un escenario agradable, pero es uno familiar: yo, inclinada sobre el escusado mientras dejo el estómago y los intestinos dentro de él.

Es desagradable en la misma medida que es inevitable. Sabía que pasaría, considerando que mi nueva rutina para el recital de otoño tiene dieciséis piruetas. Me gustaría no girar tanto, pero una bailarina sin piruetas es igual que una silla de ruedas sin ruedas.

Me limpio la boca con un pedazo de papel y cierro los párpados con fuerza cuando un latigazo de dolor me invade la cabeza. Me pongo en pie al recuperar un poco de fuerza en las piernas. Bajo la palanca y miro cómo el escusado se deshace del recordatorio físico de mis fracasos. No recuerdo qué fue lo último que comí ni cuándo.

Salgo del cubículo, tomo el cepillo de dientes que llevo en la mochila y comienzo a cepillarme para desaparecer el sabor agrio que se me impregna en la lengua. Me lavo las manos al terminar e intento dotar de un poco de templanza y compostura a mi apariencia. Una de las primeras reglas del *ballet* es que no tienes permitido quebrarte frente a otros. Lloras en tu habitación, por las noches, alejada de todos, donde nadie pueda verte. Debes mantener la ilusión de ser perfecta, inalcanzable. Eres la materialización de los deseos imposibles de los demás.

Me miro al espejo y reparo en que soy justo eso, una ilusión. Aparento estar completa, entera y feliz cuando realmente me estoy desmoronando, consumiendo poco a poco. Soy el epítome de dos contradicciones que viven en la misma persona.

Miro a esta chica, este espectáculo irreal en que me he convertido, y siento cómo los ojos me escuecen, el pecho se me cierra y las ganas de llorar me ganan. Noto cosas sobre mí que me duelen y resiento. Cosas que odio. El pecho me duele por las vendas que me oprimen los senos.

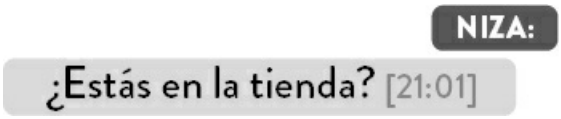
Y no puedo. Ya no puedo.

Me suelto el cabello con hastío, los rizos caen enmarcándome el rostro y suspiro; el dolor de cabeza se amortigua enseguida, como por arte de magia. Me masajeo el cráneo antes de quitarme la blusa de entrenamiento y luego el leotardo. Retiro el montón de vendas que me masacran los pechos y suspiro con alivio cuando quedan libres. Respiro profundo.

Me pongo el leotardo y todo se siente mejor. Suspiro hinchando el pecho de nuevo. «Dios, cómo extrañaba esto». Qué bien se siente respirar así, sin nada que te comprima. Miro mi reflejo una última vez, me cuelgo la mochila al hombro y tomo la chamarra de Clay. «Mierda, su chamarra». Debo regresársela o no me dejará de molestar ni estando muerta. Hago una nota mental para enviarle un mensaje apenas pueda.

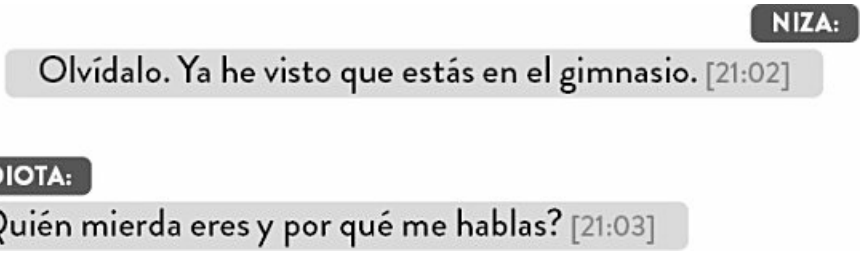
8 | En croix

Niza

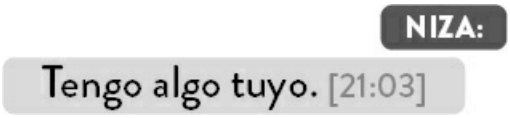


Justo cuando envío el mensaje, como si lo hubiera invocado, levanto la vista y me encuentro a Clay entrando en el gimnasio.

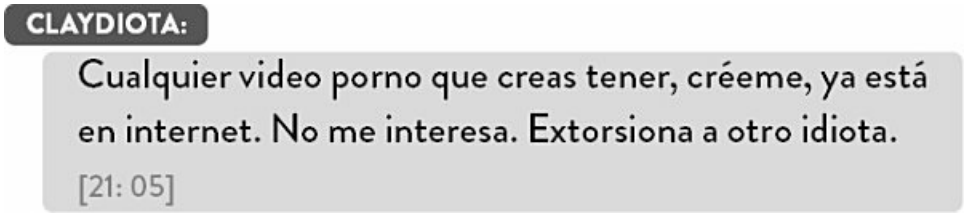
Debería ser ilegal verse tan bien con ropa deportiva.



Leo el mensaje sin dejar de usar la elíptica e intento no sonreír cuando mira a todos lados alterado, como si hubiera alguien espiándolo.

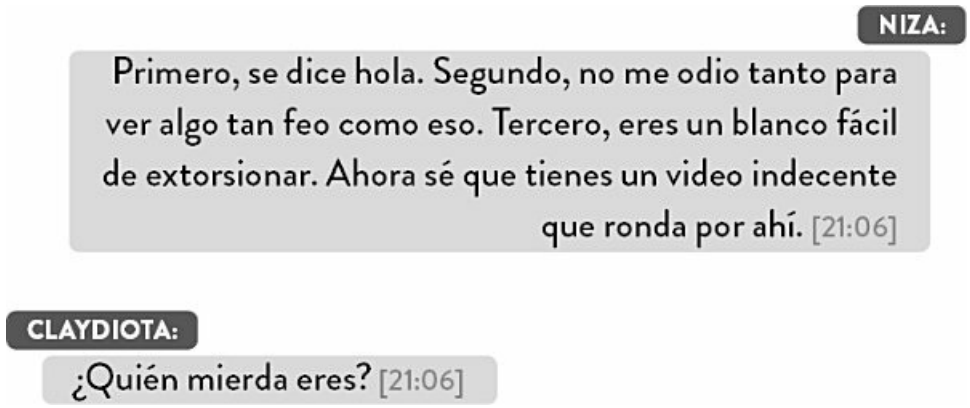


Contengo la carcajada cuando frunce el ceño en el área de pesas, unos metros más allá de donde yo estoy junto a Diane.

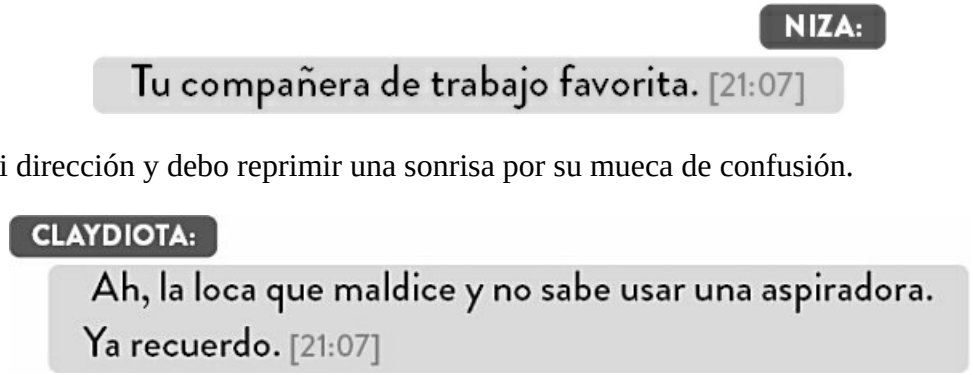


No puedo resistirlo y me río. Diane me mira extrañada desde su máquina.

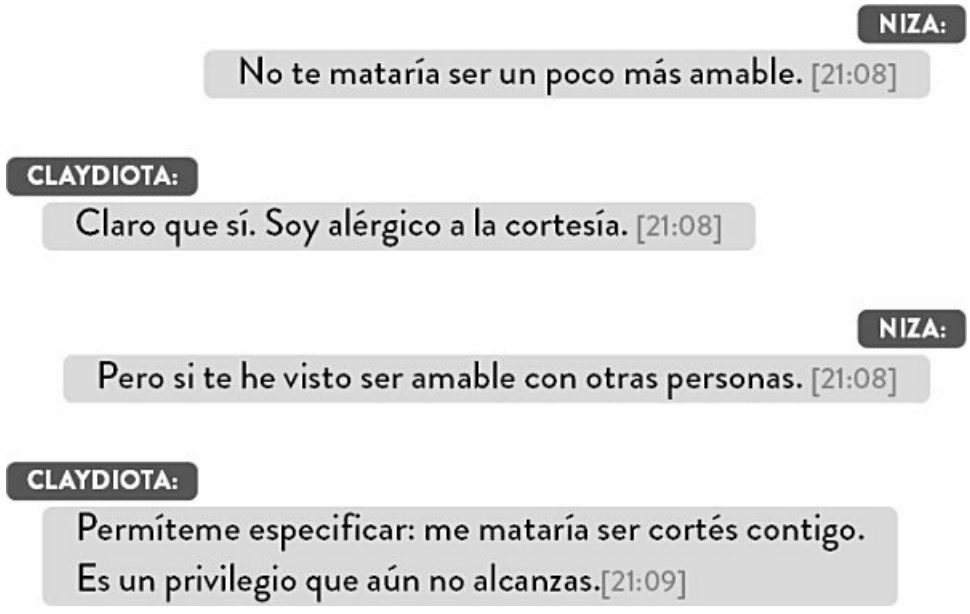
—¿A ti qué te picó ahora? —inquiere y disminuye la velocidad de su elíptica.
Intenta husmear en mi móvil, pero lo alejo de su alcance.



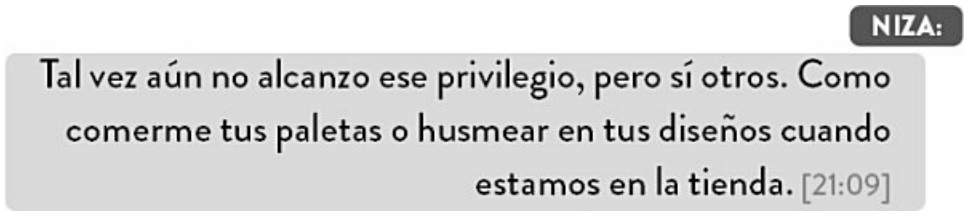
Le lanzo una mirada venenosa desde mi lugar, aunque sé que no puede verme porque toda su atención está puesta en el móvil.



Lo miro mal, aunque la diversión se distingue en su semblante.

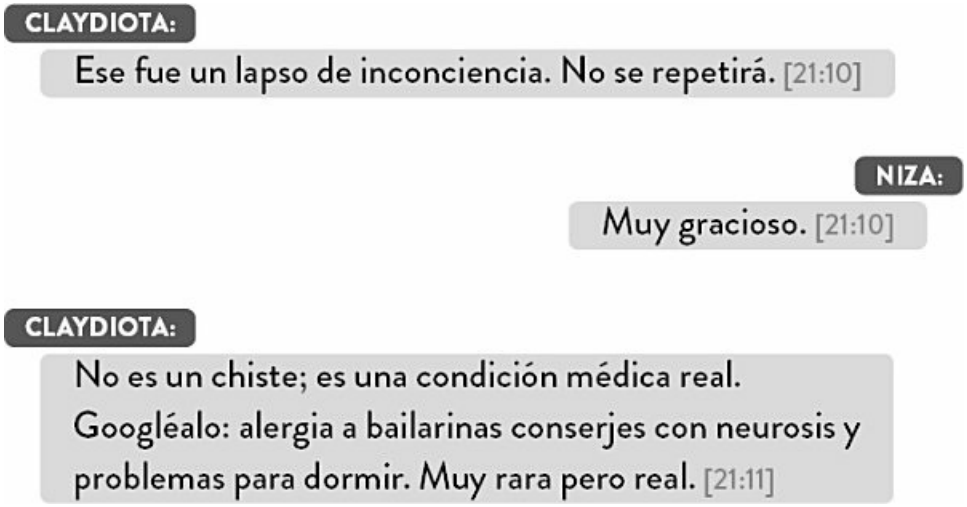


Me lanza una mirada burlesca, como si me retara a responder con algo mejor y acepto el desafío.

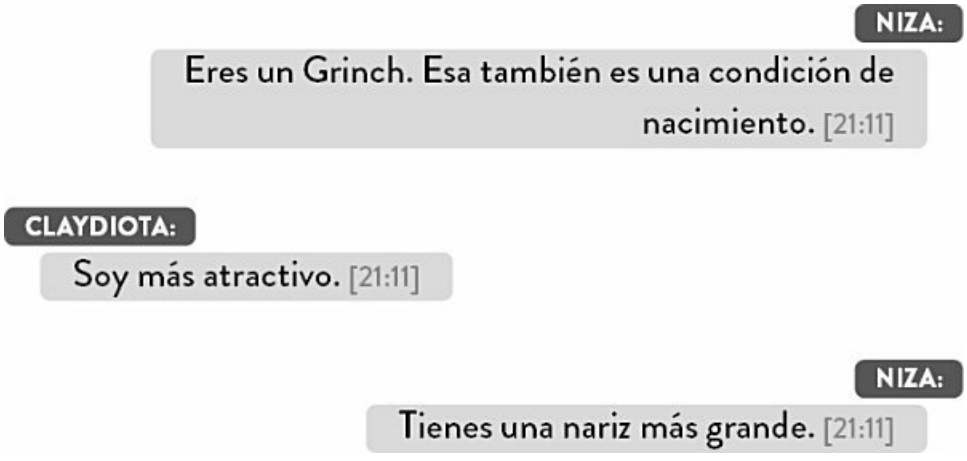


Levanto la cabeza triunfal y el corazón me da un salto al atrapar la sonrisa completa que le he arrancado y que lo hace lucir mil veces más encantador, como romper el hielo que esconde en el centro un tesoro único, digno de contemplar.

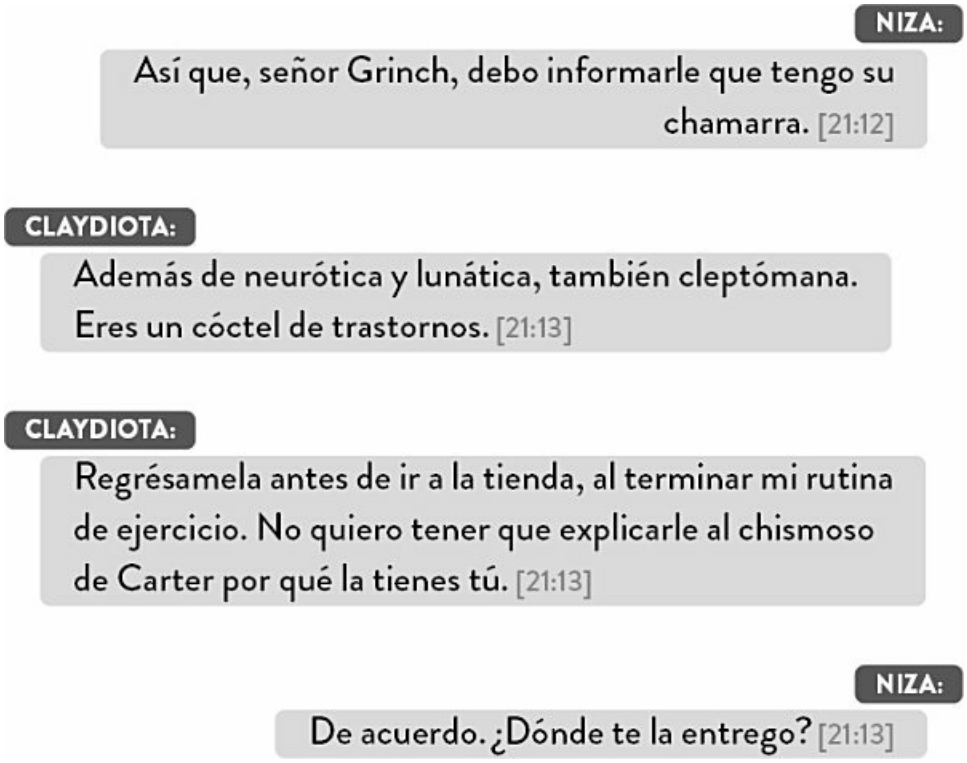
Me detengo cuando me doy cuenta de que lo estoy detallando más de lo que debería, y es extraño: solo somos compañeros de trabajo.



Una risa burbujea desde mi garganta y flota en el espacio.



Me fulmina desde la distancia. Este juego de miradas y gestos se está convirtiendo en mi parte favorita del día. Hacía tiempo que no me divertía haciendo algo tan tonto.



Espero a que me responda, pero bloquea el móvil para hablar con RJ. Suspiro, decepcionada, y me detengo. Ni siquiera sé de dónde proviene esa emoción. No sé de dónde provienen la mayoría de reacciones que tengo ante Clay ni los sentimientos que me provoca.

—¿Con quién te mensajeas, ah?

Doy un respingo cuando noto que Diane está mirando mi móvil muy interesada. Lo bloqueo enseguida. Sé lo raro que es esto. Mi móvil es más un adorno que algo de uso.

—Con nadie.

Ni siquiera sé por qué temo contarle esto a mi mejor amiga, pero no creo estar preparada para dar explicaciones sobre cosas que ni siquiera yo comprendo del todo.

—¡Yo te vi! No estoy loca.

Pongo los ojos en blanco.

—Con Orena.

—Mentirosa —sisea, acribillándome con los ojos verdes—. Leí *Claydiota* o algo así en los contactos.

Abro la boca para inventar una excusa, pero es demasiado tarde. Diane vive su epifanía. Tiene la costumbre de responderse sus propias preguntas.

—¡Le estás coqueteando a Clay! —casi grita y le tiro mi toalla a la cara, temerosa de que todo Nueva York la haya escuchado.

—¡No!

—¿No? Entonces, ¿cómo tienes su número? —Estrecha los ojos, suspicaz.

No sé si deba decirle lo de la tienda, pero su mirada es tan insistente que decido hablar.

—Somos compañeros de trabajo.

Me mira como si me hubiera crecido una segunda cabeza.

—¿Clay está en clases de *ballet*?

—¡No! —Suelto una carcajada por tal ocurrencia, y es que no puedo imaginarlo con mallas y bailando delicadamente, cuando es todo lo contrario—. Qué tonterías dices.

—Pues especifica, porque no sé qué más puede ser. Todo lo que comes, respiras y cagas es *ballet*. Además, sé que te estabas mensajeando con él porque le vi la cara; sonríe como idiota. Seguro le gustas. Nunca lo he visto sonreír. ¿Están saliendo? ¿Se están cuidando? ¿Se est…?

—Calma tus caballos —la detengo—. No le gusto.

«De eso estoy completamente segura».

—Nos conocemos por… —Me interrumpo, dubitativa, hasta que decido hablar—: Ink the Mind.

—¿La tienda de tatuajes? —pregunta interesada y asiento—. ¿Qué haces en una tienda de tatuajes?

—Soy la… conserje —revelo jovial, regresando a mi rutina en la elíptica.

—¿Hablas en serio? —pregunta impactada.

Me encojo de hombros, concentrada en mi ejercicio.

—Sabes que no tengo mucho dinero. Trabajo de once a tres de la mañana para pagar ACA. Winslet me ha quitado la beca, recuerda.

El rostro se le tiñe de consternación, pero a mí me molesta su actitud, como si no me creyera capaz de hacer algo más que pararme de puntitas y hacer piruetas.

—¿Qué? ¿Tienes algún problema con eso?

—Niza, un trabajo no es algo que puedas tomar a la ligera, menos si es un turno de madrugada. Ya tienes demasiado encima. Danza no es la única clase que tenemos, también están Cultura, Movilidad, Afinación, Ritmo, Coordinación Grupal… además de otras clases y de los ensayos privados que tienes con Winslet. Vas a colapsar.

Sus palabras me encajan una daga filosa en el costado y me retuercen las entrañas.

—No colapsaré. Puedo con esto. Puedo hacer más de lo que te imaginas. No soy la chica frágil que todos creen. —Detengo mi ejercicio para enfrentarla—. No tengo dinero, Diane. Debo conseguirlo de alguna manera.

Los ojos se le llenan de angustia.

—Lo sé, sé que la carrera de Danza Clásica es costosa, pero no tienes que matarte por estar dentro, Niza. No puedes abarcar tanto; te vas a consumir. Nadie te miraría mal si te unieras a Hip-hop o a Danza Contemporánea o…

—No voy a tener esta conversación otra vez —escupo enojada, retirándome de la elíptica—. Si quieres sermonear a alguien, que sea a una persona diferente, para variar.

Recojo mi botella de agua y mi toalla con brusquedad. La sangre me hierve porque tocó ese tema otra vez y me hace ver como una chica débil e inútil. No necesito su ayuda ni su lástima, solo su comprensión, ¿por qué no puede entenderlo?

—No quiero molestarte, pero…

—Te veré después —la corto sin más y me dirijo a las duchas de mujeres.

Sé que ella no tiene la culpa, que no lo hace con mala intención ni espera perjudicarme, pero no puedo luchar con otra persona más en este día tan horrible o de verdad colapsaré.

***

Miro mi móvil cuando salgo de las duchas. Me he vestido con una blusa blanca de tirantes y un

short de ejercicio para entrar a mi turno en la tienda.

No hay respuesta de Clay a mi último mensaje. «Santa mierda, otro que tiene el móvil de adorno. ¿Por qué no responde?». No quiero cargar más con su chamarra, pesa igual que un animal y es gigante, justo como él.

Para ser alguien que no desea que se la entregue en la tienda y así no dar explicaciones, no está cooperando con la logística. Ni siquiera sé por qué demonios la tengo yo. Sofoco la duda tan pronto como aparece y, para mi suerte, lo veo cuando se despide de Helios y RJ apenas salgo del baño. Intento alcanzarlo, pero el resto del gimnasio nos separa y no llego a tiempo. Entra a las duchas de varones y lo pierdo de vista.

«¿Por qué me persigue la desgracia?». Podría solo entrar y dejarla en su casillero, pero no sé cuál es. Considero mis opciones, estresada. No quiero llevarme otro bochorno con la bendita chamarra, si es que Carter exige explicaciones. Aunque poco le importaría; no es tan intenso como la señorita Winslet. Observo el lugar: el gimnasio se está vaciando. Apenas quedan algunas personas ocupando el área de bicicletas y la mayoría son mujeres. «Solo hazlo, una movida rápida y limpia: llegas, lo llamas por su nombre, le preguntas dónde puedes dejar su chamarra y ya está. Simple y sin riesgos».

Trato de moverme con naturalidad, esperando que nadie me vea ingresar ni salir de las duchas de los chicos. Está prohibido compartir baños y los instructores hacen rondas de vez en cuando. Aunque siendo honestos, las duchas y todas las instalaciones, en serio, *todas,* han sido usadas para tener sexo. Doy una última ojeada al gimnasio para cerciorarme de que nadie mira y me escabullo en las duchas. Son idénticas a las de mujeres: cada cubículo es un espacio minúsculo separado del resto con una puerta opaca que no permite ver nada. Todas están desocupadas a excepción de una. Sigo el sonido del agua que cae sobre las baldosas y el corazón redobla sus esfuerzos a medida que me acerco al cubículo donde debe estar Clay. Parezco estúpida por sentir tanta anticipación ante algo como esto. No es como si lo fuera a ver desnudo o como si…

El agua se detiene y la puerta se abre con la velocidad de un rayo cuando estoy frente a ella. Me quedo ahí de pie, como una estatua, sufriendo un paro cardíaco y una muerte cerebral a la par. «Santa Virgen de lo Indecente».

Una persona normal se giraría o se iría por respeto y decencia. ¡Dios! Lo haría por dignidad, pero al parecer yo no poseo ninguna de esas cualidades. Es más, debo de ser alguna enferma, porque me quedo detallándolo con atención.

Clay lleva una toalla enredada en la cintura, solo eso. Todo lo demás está a plena vista para ser apreciado, no, *admirado*. Esa es la palabra correcta, porque alguien como él, con esa apariencia y ese cuerpo, solo puede ser admirado. Lleva el cabello hacia atrás, la cara despejada y el cuello húmedo. Le veo las líneas de los hombros fuertes y el pecho esculpido con algunas gotas de agua que le resbalan por la piel. Los tatuajes son detalles que sirven para acentuar su belleza, una que pertenece a un museo y no a un sitio tan vulgar como ACA. Me siento como una fisgona acosadora. La vergüenza florece en mi interior, pero pronto es rebasada por un calor intenso que me nace en las mejillas, baja por el estómago y se me concentra en el vientre. Una presión crece en el abdomen bajo y lo oprime, al tiempo que una calidez se me extiende por la entrepierna. Los pezones se me erizan como si experimentaran una respuesta pavloviana ante la imagen de Clay.

—¿Niza? ¿Qué mierda? —Es el primero en reaccionar y salgo de mi trance con un escalofrío que me recorre la espalda.

—Lo siento, yo solo estaba…

—¿Qué haces aquí?

Intento articular, pero las palabras no me llegan al cerebro; ni siquiera estoy segura de que llegue oxígeno. Y tal vez reflejo lo que pienso, porque me dedica una media sonrisa.

—Si querías cumplir tu fantasía de verme desnudo, solo tenías que pedirlo.

Es su tono presuntuoso lo que me hace reaccionar al fin.

—Solo quería entregarte tu chamarra. Dijiste que no querías darle explicaciones a Carter, así que aquí la tienes. —Extiendo el brazo con su prenda, haciendo esfuerzos titánicos por no divagar con la mirada más allá de su cuello.

—¿No se te ocurrió dármela en otro lugar?

—Nunca me respondiste el mensaje para decirme dónde nos veríamos. Yo solo hago lo que me pides. —Sacudo la chamarra para que la tome de una vez.

Entorna los ojos de un gris intenso y enigmático que amenazan con ahogarme.

—Déjala en mi *locker*.

—No sé cuál es. Solo tómala —insisto irritada, pero no lo hace—. Clay, no tengo tiempo para esto; debo ir a la tienda.

—Yo también, pero no puedo tomarla si estoy mojado: se arruinará.

Lo acribillo por su pobre argumento.

—Tus manos están secas.

—Siguen mojadas. Es mi chamarra favorita. ¿Por qué no esperas afuera a que termine de vestirme y me la das?

—Esa sería una idea genial. —Sonrío un segundo antes de desvanecer el gesto y reemplazarlo con una mueca de fastidio—. Si quisiera perder más tiempo, pero no quiero, así que toma.

—Niza…

—La dejaré en el piso si no la tomas.

—Solo te pido que esperes cinco minutos…

—No, voy a llegar tard…

Me atraganto con mis palabras cuando escucho pasos y voces masculinas acercarse. El corazón se me acelera y está a punto de salirse del pecho. Clay refleja la misma expresión de pánico que yo debo de tener en el rostro y me paralizo. No sé qué hacer. Ya han entrado, lo que significa que no puedo salir. Se verá mal. Y si nos encuentran aquí, ¿qué les diríamos para que no pareciera sospechoso? Él está solo con una toalla en la cintura y yo tengo el cabello húmedo por la ducha; van a pensar…

Lo siguiente que percibo no es un desmayo, sino la mano de Clay en torno a mi muñeca, jalándome dentro del cubículo. Con él. El clic de la puerta al cerrarse es lo último que registro cuando las risas llegan nítidas hasta mí. Están justo fuera.

—Te volviste completamente loc…

Me atrae hacia él, su cuerpo grande y rígido contra el mío, pero no puedo quejarme porque levanta el brazo y me cubre la boca.

—Shhh. —Su rostro está a centímetros del mío—. Cállate o tendremos problemas.

Frunzo el ceño, incrédula, y se señala la oreja para que yo agudice el oído.

—Entrenador —llama un chico a centímetros de nosotros—. ¿Qué tal un cambio en la rutina de brazo? Creo que puedo trabajar más tríceps.

—Me parece bien —responde el hombre con voz profunda, y yo siento que me muero de

miedo.

Si me descubrieran en la ducha de chicos con Clay, Winslet haría hasta lo imposible para que me expulsen. Y lo lograría: me expulsarían. Sería una vergüenza. Así que me trago todas mis emociones vertiginosas y continúo pegada a Clay, contando hasta mil para tranquilizarme y no tener un infarto allí mismo. Él parece tenso, pero no tan alterado como yo. Tiene una mano sobre mi boca, mientras que con la otra me mantiene presa contra su cuerpo para que quepamos los dos en el espacio miniatura. Si muevo el codo, golpearía la puerta, así que me mantengo estática. Siento que me sofoco. Está tan cerca que me aturde e, irónicamente, también me agudiza los sentidos: soy consciente de su tacto en lugares que no debería: su mano en mi cintura, su polla ligeramente erecta chocando con mi vientre, palpable a través de la toalla, y la manera en que mis pezones erguidos le rozan el pecho, notorios a través de la tela. Dios, ¿por qué elegí una blusa blanca de todos los colores posibles?

El calor se acumula por la cercanía de nuestros cuerpos y no sé si es por eso o por lo extremo de la situación, pero mi respiración se vuelve errática, el sudor se me acumula en el cuello y baja hasta mis pechos. Está húmedo; yo estoy húmeda. Por dentro y por fuera.

Me pregunto si él nota estas cosas y si también siente ese calor intenso en el cuerpo.

—De acuerdo, lo discutiremos —termina el entrenador y Clay ahoga a tiempo un gritito mío, presionando más la mano para callarme cuando tocan a la puerta de la ducha donde estamos—. ¿Quién está aquí?

«Oh, Dios. Oh, Dios. Por todas las cabras, ¿será este nuestro fin?».

Las piernas y las manos me hormiguean por los nervios, me siento desfallecer, pero la mirada tranquila e inmutable de Clay logra tranquilizarme.

—Soy Hawthorne, entrenador —dice claro y fuerte. Su voz me recorre el cuerpo como una onda expansiva, haciéndome vibrar por su cercanía.

—¿Ya has terminado?

—No, aún no. —Y sin previo aviso, abre el agua de la ducha. No sé cómo consigo no gritar de la impresión por lo gélida que está, pero Clay aprovecha ese momento para ponerme contra la pared, donde apenas cae el chorro, sin dejar de presionarme la boca.

Sus ojos destellan una advertencia clara de que guarde silencio, pero algo más se distingue en ellos, oscuro y profundo.

—Recuerda que solo puedes usar la ducha diez minutos. Date prisa.

Estoy tan tensa que los hombros me duelen.

—De acuerdo. Ahora salgo —responde Clay sin liberar sus ojos, enigmáticos e intensos, de los míos.

No sé qué está pasando por su mente, pero cuando me recorre el cuerpo con la mirada y regresa su atención a mi cara, algo cambia en su expresión. No puedo identificarlo. Sus ojos me atraviesan como flechas al escuchar los pasos del hombre que se aleja y una nueva ducha que se abre. Ninguno se mueve. Nos mantenemos estáticos, esperando algo que ninguno de los dos puede descifrar. Siento el cuerpo caliente, bulle con una energía que crepita en el aire, evaporando el frío de la ducha. Mis pezones están tan duros que no verlos ahora sería un milagro. Un nudo se me instala en el vientre, volviendo mi centro más sensible.

Cuando al fin hay silencio, a excepción de las dos duchas que corren, puedo respirar. Clay retira la mano de mi boca con cuidado. Me quito el cabello mojado del rostro y lo miro. Está tan desconcertado como yo. Quiero pensar que no he sido la única idiota que sintió la electricidad que le avivó el cuerpo al estar cerca, pero tal vez son solo ideas mías.

—Justo cuando creo que no puedes superar tus límites de locura, vienes y me sorprendes con algo nuevo —susurra.

Sus tatuajes mojados le enmarcan el torso esculpido, le adornan los brazos e, incluso, puede ser que también más abajo, pero la toalla no me permite comprobarlo. «Y quiero comprobarlo».

Evaporo el pensamiento tan rápido como aparece.

—Yo solo quería entregarte tu chamarra —rebato digna—. Además, no fui yo la que metió en la ducha al otro.

Los ojos le brillan perversos.

—No recibí ninguna queja de tu parte.

Me crispo y las mejillas me arden.

—Porque no me dejaste hablar o de lo contrario…

—¿Ya terminaste? ¿O hay algo más por lo que quieras abobarte?

—¿Qué? —Me apresuro a apartar la mirada cuando me atrapo observándolo más de la cuenta.

Suelta una risita baja antes de hablar otra vez.

—Te pasaré la factura.

—¿Cuál factura?

—La del espectáculo que te estoy dando.

De nuevo está ahí esa arrogancia desmedida que me pone de los nervios.

—¿Cómo me vas a cobrar por…?

—La tintorería de mi chamarra —aclara—. La has arruinado.

Abro la boca indignada.

—¡No te puedo creer que me la cobres! ¡Si hasta te la he traído!

—Y la has arruinado.

—No voy a pagarte un centavo.

—¿Disculpa?

—Ya me has oído.

Recojo mis cosas, dejo su chamarra en el piso mojado y me giro para tener mi salida triunfal, llena de dignidad… pero él la obstaculiza. Me toma del brazo y me gira hasta que su rostro queda a solo unos centímetros del mío. Sus ojos tan oscuros como el cielo que anticipa una tormenta. Sus pupilas se mueven sobre las mías y emito un jadeo al percibir su mano en mi nuca, tirando de mí para acortar el espacio entre nosotros. Por un momento creo que va a besarme, creo que se atreverá a besarme, y lo más extraño es que no me preocupa ni me disgusta la idea. No sé si es por la adrenalina o porque es él, pero por un ínfimo momento me gana la idea de probarle.

Me deja sentir su labio inferior contra el mío. Dejo de respirar y me preparo. Justo cuando creo que lo hará, me suelta.

—Ya puedes irte, loca de manicomio. Ya se han ido los de las duchas. Intenta ponerte algo seco antes de salir de aquí —me instruye y se aleja enseguida, dejándome más confundida que antes.

Y decepcionada… o aliviada, no lo sé.

—No vuelvo a hacerte ningún favor, idiota —digo molesta y no precisamente por su actitud con la chamarra.

Salgo del lugar con los restos de mi dignidad y más mojada que nunca.

9 | Contraste

Clay

—¿Cómo estás, Clay?

Aprecio la sonrisa de mi hermano a través del móvil.

Por primera vez en mucho tiempo está sobrio y suficientemente consciente para contestar una videollamada.

—Bien.

Capto su atuendo cuando apoya la espalda en la silla del estudio de grabación. Pocas veces lo he visto vestido tan decente. Desde mi ángulo veo la camisa negra que se le ciñe al cuerpo; algunos tatuajes en los brazos saltan a la vista por las mangas dobladas. Unos pantalones semiformales completan el conjunto.

—¿Vas a una congregación? ¿Ahora eres creyente de la Iglesia?

Suelta una risotada que no le llega a los ojos.

—Tal vez lo sería si eso ayudara a limpiar mis pecados.

—Para eso tendrías que volver a nacer y ser bautizado otra vez.

—¿Otra vez? Creo que nunca nos bautizaron —aclara.

—No te vendría mal. Tal vez así cambiarías el alcohol por el agua.

Hace una mueca de disgusto.

—Hasta Dios cambió el agua por vino, no me vengas con esas. Y no pienso cambiar los coños por hostias.

Me roba una carcajada y él corresponde el gesto con una sonrisa, los hombros más relajados que antes. Parece relajado, sí, pero también más viejo y cansado. Bryce es cuatro años mayor que yo. No debería lucir tan demacrado a sus veintiséis, pero aprendí que la vida de las estrellas hace que su luz se apague de forma prematura.

Sin embargo, no voy a mentir: extrañaba esto. Las charlas banales y el ponernos al día entre comentarios ácidos y chistes malos. Hacía tiempo que Bryce no estaba en condiciones para mantener una conversación.

—Entonces, ¿a dónde vas vestido como un soso sacerdote?

La diversión le abandona los ojos grises. Se pasa una mano por el rostro.

—Tuve una reunión con Nadir. —Evade otra vez la pregunta con un nuevo tema.

—¿Tu representante?

—Ajá —afirma—. Adelantaremos la fecha de la gira en Estados Unidos. Estaré en Nueva York el mes siguiente.

Una sonrisa enorme se me dibuja en el rostro. Ha estado de gira sin parar desde hace quince meses en veintiséis países diferentes; no puedo imaginar lo agotado que debe de estar. Regresar a casa, al menos por unos días, le hará bien.

—¡Eso es genial! Creí que tomaría más tiempo verte otra vez. —No puedo ocultar el entusiasmo que genera en mí la posibilidad de reencontrarnos.

Bryce es la única familia viva que tengo y coincidir es complicado, pero cuando la oportunidad se presenta, pasamos la mayor parte del tiempo juntos para recuperar los días perdidos.

—Lo sé. —Sonríe, pero no está tan emocionado como yo. Su falta de respuesta apaga enseguida la ilusión.

Permanecemos en silencio. Tiene la boca tensa y escucho el tenue golpeteo de sus dedos contra la mesa. Estoy a punto de preguntarle qué le sucede cuando se adelanta.

—Tuvimos un concierto ayer en París. Nada muy grande. No hubo problemas, solo un par de ebrios peleándose. No bebí mucho. Vi a mi exnovia —recuenta los sucesos en tono casual esperando que no capte la última parte, pero lo hago.

—¿Cuál de todas?

Bryce ha estado en rollos con más mujeres de las que él o yo podamos recordar. Por eso dejé de contar después de la número treinta.

—La única que ha importado —confiesa como si tuviera miedo de que el nombre le saliera huyendo de la boca si lo dice demasiado alto—: Hela.

Abro los ojos desmesurados y aunque intento reprimir la sorpresa, no puedo.

—¿Qué hace ella en París?

—Un concierto con su orquesta.

Pongo los ojos en blanco. Claro, la chica es un prodigio del chelo.

—Dime que no planeaste ese concierto porque ella estaría ahí.

Hay pocas posibilidades de que lo haya planeado; mi hermano es corto de ingenio cuando bebe, cosa que ha estado haciendo casi todos los días de los últimos meses, así que lo dudo bastante. Aun así, podría sorprenderme. Suelta una risa amarga y los hoyuelos se le marcan.

—Querría tener la suerte de conocer su itinerario, así no la dejaría ir otra vez —dice con tono melancólico.

Me recargo contra la silla del escritorio en mi habitación.

—¿Hablaste con ella?

—Solo unos minutos. La invité a salir para ponernos al día, pero ella…

Se calla y agacha la cabeza.

—¿Ella qué?

—Solo… No te sorprendas si Aspen va contigo a quejarse, ¿de acuerdo?

Levanto la mirada, alarmado, y reconozco la vergüenza en su semblante.

—¿Qué hiciste ahora, Bryce? —Mi tono se torna duro, sin rastros de la jovialidad de antes.

—Nada, pero sé que Aspen no me soporta e irá contigo para mantenerme alejado.

—Porque deberías estar alejado —recalco como si él fuera idiota, cosa que sí es. La mandíbula se le tensa y los ojos grises le llamean, dejando de lado la vergüenza y la melancolía para ceder el lugar a la molestia.

—Tú no entiendes. Nunca debí dejarla. No sabes la impotencia que siento en este momento. Solo estoy sobrio porque tengo la esperanza de que se presente a la cita que le propuse después del concierto, pero no creo…

—Déjala en paz. Ya hemos tenido esta conversación antes: ella no te quiere de vuelta… O tal vez sí, pero sabes que no es sano.

—¡Exacto! Eso es lo más jodido de todo: quiero regresar el tiempo atrás y tomar una decisión diferente. Quiero conservarla a ella. Odio no poder hacerlo.

Un silencio se instala entre ambos. Es denso y lleno de pesar. Temo decir algo que pueda romperlo y que lo use como excusa para beber otra vez, pero un alivio me invade cuando decide hablar.

—Es muy jodido que termines arrepintiéndote de cosas como estas. Nadie te dice que para convertirte en una estrella primero deben destruirte como persona y moldearte como ellos desean. —Comienza con otro de sus lapsos reflexivos—. Debes estar seguro de que haces lo que amas antes de renunciar a ti mismo.

Ahogo un resoplido. Es muy extraño que diga estas cosas. Es más extraño que esté sobrio para decirlas. Pero lo admiro. Admiro la sabiduría que posee y cómo, a pesar de estar a miles de kilómetros de distancia, da justo en el centro de lo que me preocupa. A veces siento que puede leerme la mente, y quizá puede, porque nadie me conoce mejor ni nadie lo conoce a él mejor que yo.

Pienso en el futuro increíble que tendré en la música y en el fervor con que lo rechazo. Lo tendría todo, pero no lo quiero. Pienso en tatuar y en cuánto amo hacerlo. Y pienso en Niza, en esa chica extraña y perfeccionista que es mi antítesis en la misma medida que mi símil.

Desde lo ocurrido en las duchas del gimnasio dos días atrás, no puedo sacármela de la cabeza por varias razones. La primera, porque nunca había conocido a alguien tan peculiar. Es rara en muchos aspectos, buenos y malos, pero le funcionan de maravilla para despertar mi interés. La segunda es que está completamente loca. ¿Quién entra a las duchas para entregar una chamarra? Y la tercera razón por la que vive gratis en mi cabeza es que no puedo dejar de pensar en lo mucho que quería tocarla en ese pequeño cubículo, a tal grado que me despierto por las mañanas con una erección dolorosa que termino aliviando yo mismo, cuando quiero que sea una pelirroja vivaz la que se encargue de ella. Intentar sacármela de la mente es lo mismo que tratar de quitarme la piel: no puedo hacerlo.

No quiero pensar en ella, me molesta hacerlo, pero no puedo evitarlo.

Me enfoco en mi hermano.

—¿En qué piensas? —La voz de Bryce me saca de las indómitas fantasías.

—Nada.

Entorna los ojos, suspicaz.

—No estarás pensando en una chica, ¿o sí?

Mi ritmo cardíaco aumenta igual que el de un niño que ha sido descubierto a media travesura, pero me esfuerzo por ocultar la sorpresa. «¿Cómo lo supo?».

—No. Yo no soy como tú; ocupo mi cerebro en algo más que en coños.

Suelta una risita.

—Tienes razón. Últimamente solo pienso en Hela. Espero que se presente a la cita. —Su voz destila esperanza y algo en mí se remueve.

A pesar de los años, sigue enamorado de ella como el primer día.

—Tal vez lo haga —Intento sonar optimista, pero algo en mí sabe que no se presentará.

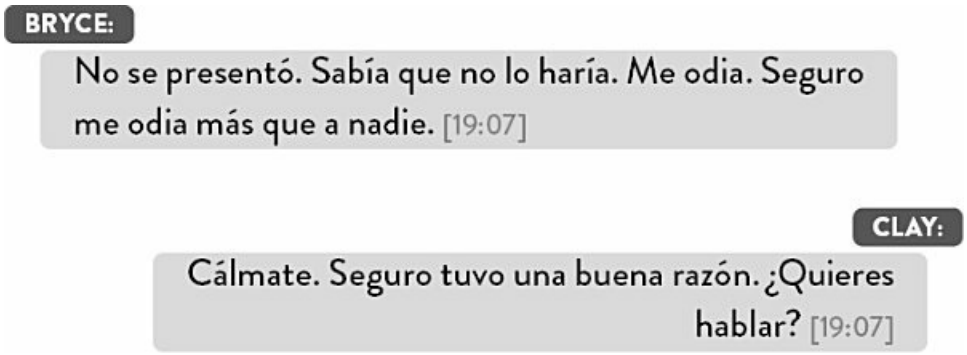
Por un momento estoy tentando a cambiar de tema, hasta que veo cómo le brillan los ojos y le cambia el semblante al hablar de ella. Fue el amor de su vida y también la raíz de todos sus arrepentimientos y amarguras. Su relación fue intensa, tanto que terminó consumiéndolos a

ambos y conduciéndolos a un torbellino de destrucción del que apenas salieron vivos.

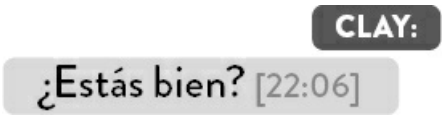
Tanto Aspen, el hermano mayor de Hela, como yo preferimos que estén separados, por el bien de ambos, pero sé que, eventualmente, encontrarán la manera de verse otra vez, a pesar de todos los problemas que eso represente.

Si eso es el amor, prefiero huir de él.

***

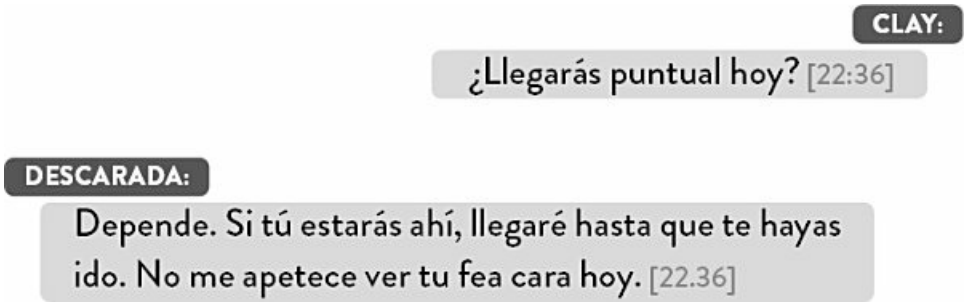


Observo el último mensaje que le envié hace casi tres horas y la consternación me ciñe el pecho, así que le escribo otra vez.

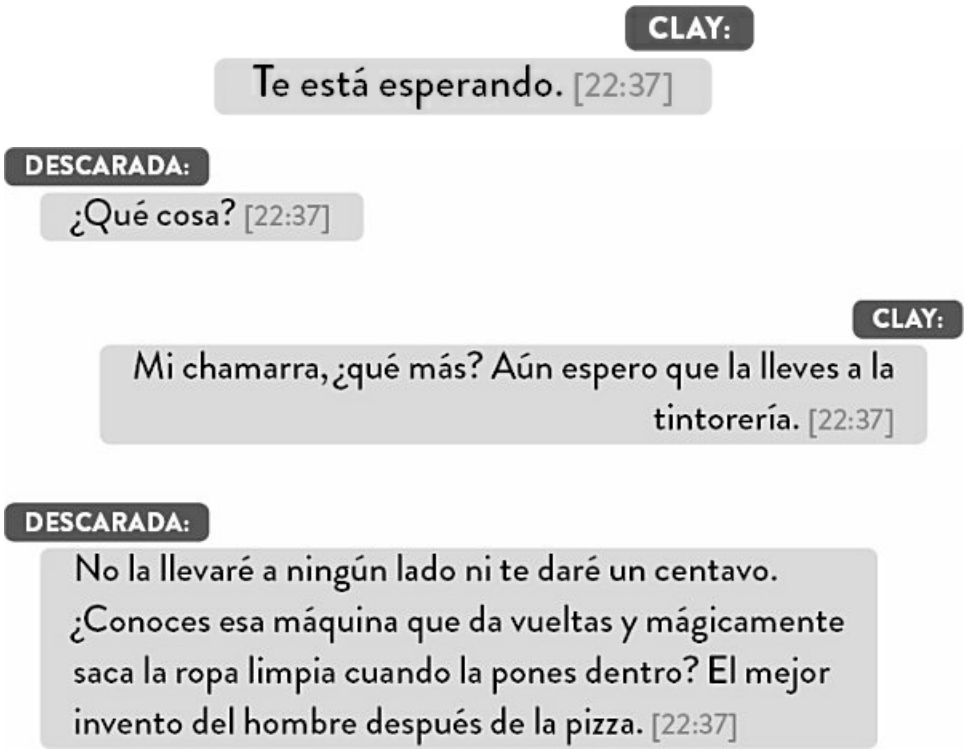


Algo me dice que no me ha respondido porque está borracho o drogándose. Otra vez. Suspiro y lanzo el móvil sobre mi mesa de trabajo. Provoca un estruendo que hace respingar al chico sobre el que trabajaré, pero es listo y no dice nada. En cambio, se quita la camisa y se recuesta sobre la camilla. Me pongo los guantes, preparo la tinta, la pistola y comienzo mi faena. Es un diseño sencillo de un ruiseñor sobre una rama de árbol, en el lado izquierdo de su pecho.

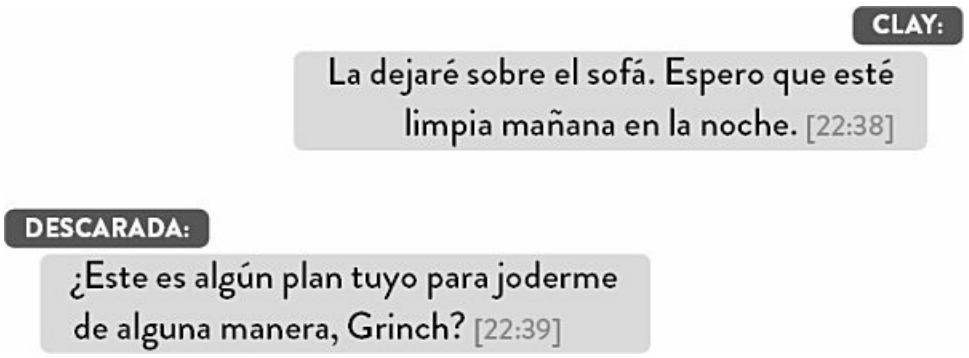
Continúo con mi trabajo por media hora más hasta que lo termino y permito que el chico se admire el tatuaje. Mientras silba y se pavonea con su nueva adquisición, veo mi chamarra abandonada en una esquina de la tienda y, sin pensarlo mucho, tomo mi móvil.



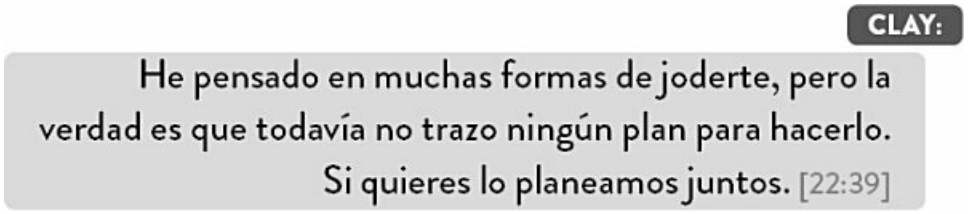
Su respuesta me hace sonreír.



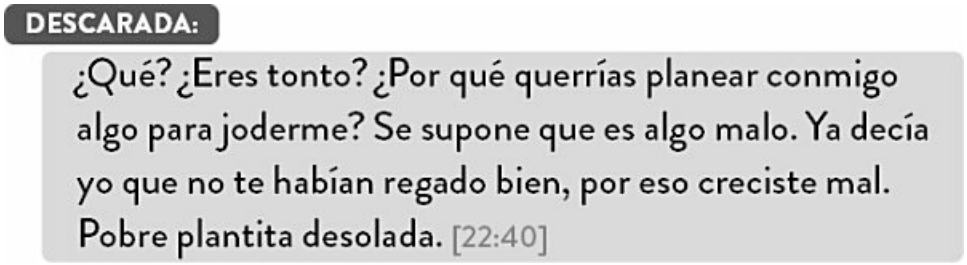
Su comentario astuto me divierte y decido molestarla un poco más.



Su tonto insulto se gana una carcajada de mi parte. Decido ser valiente —o muy estúpido— y lanzo la primera piedra para tantear el terreno.



La anticipación crece en mi interior mientras espero su respuesta.



Sus palabras vuelven a robarme otra sonrisa. No puedo tener suficiente de ella y de sus raros comentarios. Estoy a punto de responder con algo inteligente cuando Carter aparece en el marco de la puerta y toca la pared con los nudillos.

—Hay alguien en la recepción que quiere verte.

Compruebo la hora.

—Es casi hora del cierre. Dile que vuelva mañana.

Tuerce la boca, incómodo.

—No es un cliente.

Su respuesta despierta mi interés.

—Limpia a este chico con antiséptico antes de que se vaya —lo instruyo, refiriéndome al tipo que está admirando su nuevo tatuaje en el espejo.

Asiente y yo me encamino al vestíbulo, donde me congelo apenas reparo en quién me está esperando. Aspen está sentado en uno de los sillones de cuero de la tienda, tan regio y pulcro como lo recuerdo, con esa cara de pocos amigos. Luce un poco más viejo que la última vez que lo vi, cuando Bryce y Hela se alejaron en medio del desastre.

Se pone en pie con parsimonia, su aroma caro me golpea la cara y detallo lo alto que es y lo bien vestido que está, todo formalidad y elegancia.

—Clay, tiempo sin verte.

—Lo mismo digo. —Me acerco y le doy un firme apretón, que él corresponde.

—Aunque admito que hubiera preferido que siguiera así —dice con acidez.

—Si eso querías, ¿por qué viniste?

Frunce los labios con disgusto. Lleva el cabello oscuro peinado hacia atrás y engominado, reluciente con las lámparas de la tienda.

—Hablé con mi hermana ayer —informa y guarda silencio, esperando una reacción que no llega porque yo ya lo sabía—. Me dijo que Bryce habló con ella.

—Ajá. ¿Y qué?

—Dijo que fue insistente.

Me mantengo impasible.

—Ya sabes cómo es Bryce.

—Exacto. Es por lo que estoy aquí. Dile a tu hermano que se mantenga alejado de Hela. No quiero problemas —advierte.

—Ellos son mayores. Saben lo que hacen.

—Con lo drogado que está tu hermano la mayor parte del tiempo, dudo que sepa lo que hace —me echa en cara y aprieto la mandíbula.

Doy un paso al frente, listo para romperle la respingada nariz, pero él pone una mano al frente en un gesto de conciliación.

—Solo dile que no vuelva a molestarla o pondré una orden de restricción en su contra. —La

amenaza ahora es clara.

—No exageres. No es para tanto.

—Sí lo es. ¿Sabes lo difícil que es para Hela recuperarse cada vez que lo ve? No es sano y no quiero que tu hermano sea la causa de su depresión otra vez.

—Mi hermano no tiene la culpa. Tu hermana también sabe lo que hace. Nadie la obliga a verlo. Puede rechazarlo.

—Tú sabes lo mal que la dejó cuando intentó ayudarlo. No quiero que tenga esa carga en su vida otra vez. No le corresponde.

Esta vez me acerco antes de meditarlo y aprovecho mi estatura para cernirme sobre él. Lo tomo del cuello de la camisa con brusquedad.

—Él no es una carga. No vuelvas a referirte a Bryce de esa manera.

Me sostiene la mirada sin flaquear, con los ojos encendidos.

—Bryce usó a mi hermana como bote de basura para vaciar su mierda hasta convertirla en una adicta igual que él, y cuando tuvo la oportunidad de su vida, se deshizo de ella. —Su indiferencia se rompe por un momento y vislumbro la ira en su interior—. No la merece y no permitiré que ella arruine su nueva relación con esas estupideces.

Aflojo mi agarre sobre la tela cuando menciona ese detalle.

—¿Tu hermana está en una nueva relación?

Se suelta con desdén de mis puños y se acomoda la prenda.

—Sí, gracias al cielo está con alguien que la prefiere a ella sobre la fama y las drogas. Yo no le daré una segunda oportunidad a tu hermano y estoy seguro de que ella tampoco lo hará.

Dejo que la ira fluya por mi sistema y que la exude mi piel. Me llena de cólera, pero una parte de mí sabe que tiene razón. Bryce es una tormenta, un torbellino sin control que destruye todo a su paso, pero es mi hermano y tiene mi apoyo.

—Lárgate —escupo, empujándolo hacia la puerta—. No vuelvas aquí si será para llorarme. Yo no soy niñera de nadie.

—No, pero eres la conciencia de Bryce. Mantenlo lejos de Hela o lo haré yo con mis métodos —su voz se torna filosa—, y eso no te gustará, Hawthorne.

—Fuera. Ya apesta a mierda aquí.

Le doy un último empujón y cierro la puerta tras él.

Me paso la lengua por los labios. Los nervios se llevan lo mejor de mi racionalidad.

Quisiera tener la habilidad de mantener sus palabras tras esa puerta, como hice con su persona, pero me es imposible y las hijas de puta resuenan como ecos sobre la estruendosa música de Black Sabbath.

Le lanzo una ojeada a mi móvil y le envío un nuevo mensaje a mi hermano, pero no hay respuesta. Lo llamo dos, tres, cuatro veces sin éxito. El estómago se me convierte en un nudo y la angustia sube a niveles estratosféricos.

«¿Dónde mierda estás, Bryce?».

***

Estoy terminando el diseño de una imagen formada a partir de piezas de rompecabezas, para el bíceps derecho, cuando escucho la puerta de la tienda. La ignoro, concentrándome en el dibujo que está casi terminado. Hago el sombreado como me gusta, sin mucha profundidad.

Sé que han pasado al menos diez minutos porque escucho el sonido de cubetas y trastes, pero mi polla y mi mente no están listas para enfrentarse a ella todavía. Más mi polla que otra cosa. Tengo miedo de que la maldita me traicione y no se mantenga abajo.

Apago la máquina cuando termino. Me aplico antiséptico sobre la piel hinchada del brazo y pongo una película transparente para proteger el tatuaje. Salgo en busca de mi camiseta, que "accidentalmente" dejé sobre el sofá de la recepción.

Me enfrento a su espalda y aprovecho para detallar lo bien que se ve con esos pequeños shorts de ejercicio, las piernas enfundadas en un par de medias que me gritan que las rompa y una cintura diminuta que mis manos se mueren por rodear para doblarle el cuerpo en posiciones exóti…

Se gira de pronto y suelta un grito, dejando caer el montón de toallas que lleva en las manos.

—¡Clay! ¿Qué haces aquí?¡Casi me matas del susto! —Me mira aterrada con la mano en el pecho, pero la impresión es sustituida con algo más cuando repara en mi torso desnudo.

Creo que he conseguido una reacción positiva de su parte, pero se apresura a tomar una toalla y me cubre con ella.

—¡Ah, no, no, no, no! —Me tapa mientras gira el cuello para evitar mirarme—. No volverás a hacerme lo mismo. Cúbrete.

Se aleja sin verme y yo sonrío. Cuando lanza una pequeña ojeada en mi dirección y nota que sigo desnudo de la cintura para arriba, se pone la mano frente a los ojos para cubrirse la vista.

—¡Cúbrete! ¡No seas asqueroso! ¡Ya me has generado suficientes traumas de por vida!

—No parecías muy traumada en la ducha —apunto mientras voy por mi camiseta.

—¡Lo estaba!

—¿Qué? ¿Es en serio que nunca has visto a un hombre semidesnudo? —Me paso la prenda por la cabeza.

—Claro que sí, pero nunca he estado con uno en la ducha. —Me encara y noto el rojo en sus mejillas.

—Me alegra haber sido el primero, entonces. Todo un placer. —Hago una reverencia, con una media sonrisa que me adorna el rostro.

—Y el último.

—¿Segura?

—No tengo tiempo. Ni ganas.

Enarco una ceja.

—Por la forma en que no apartabas la mirada de mí, yo diría que ganas sí que tienes.

El rostro se le enrojece hasta las raíces del cabello.

—No, eso es diferente —se defiende digna—. Te miraba a ti porque no había más a dónde mirar en ese pequeño baño y estaba a punto de desmayarme por el calor que sentía allá adentro.

—Ya. Suelo causar ese efecto de no querer mirar nada más y provocar calor.

—La única reacción que generas en mí son arcadas, Clay. El resto fue crédito de la situación, no tuyo.

—Es tu culpa por fisgar. Fisgona.

—¡No era mi intención! Yo solo quería entregarte tu chamarra —rebate exasperada y avergonzada a la par.

Lo admito: sacarla de quicio es mi nuevo deporte favorito.

—Ya. —Dejo caer el cuerpo sobre el sofá.

—¡De verdad! Además, ¿por qué nunca respondiste mi último mensaje? Si lo hubieras

hecho, nada de eso habría pasado.

«¿Y perderme ese momento extraordinario juntos? Ni loco».

—Tienes un móvil, úsalo —apunta severa—. A veces me preocupas.

—Lindo saber que te preocupo.

Cruza los brazos sobre el pecho, deteniéndose frente a mí. Dios, podría vivir solo de admirarle esa cara de muñeca y esos ojos llenos de determinación.

—Sabes a lo que me refiero.

—Somos hombres. No estamos muy pendientes del móvil, a menos que algo nos interese.

—Lo normal es que respondas mensajes.

—Lo normal es que no fisgoneen.

Mantenemos una lucha muda de voluntades, con su mirada enganchada en la mía. La manera en que su determinación no flaquea hace que mi polla se remueva ansiosa dentro de los pantalones y que el pulso me aumente como si fuera un chico virgen en su primera cita.

Suspira, se da por vencida y se dirige al perchero del que cuelga su mochila. La abre para extraer de ella algo que no reconozco, hasta que llega a donde estoy y me lo tiende.

Son tres mandarinas. Me está ofreciendo mandarinas. ¿Me veo tan desnutrido? ¿O de verdad su cerebro hizo corto circuito? Elevo la vista hacia ella.

—¿Qué mierd…?

—Son una muestra de disculpa, por entrar en las duchas y hacerte pasar un mal rato. No fue mi intención. Perdóname.

«¿Mal rato? Pero si fueron mis cinco minutos en el paraíso, muñeca», me veo tentado a decir, pero me resisto.

Sus palabras están tildadas de la misma sinceridad que sus ojos miel desbordan, y no sé si quiero besarla o abrazarla… o ambas. Me encanta y conmueve lo amable que es, incluso con un hijo de puta como yo.

—¿Con mandarinas?

—Es una tradición en mi pueblo —explica—. Personalmente las odio; las he comido toda mi vida. Yo prefiero…

—Las naranjas —termino por ella, y los ojos se le iluminan como la miel cuando se derrite.

—¡Sí, exacto! Creo que están infravaloradas. Son mucho más jugosas y grandes.

—Claro.

Me pongo de pie y me cierno sobre ella, mucho más pequeña. Me mira entusiasmada. Es tan brillante que me encandila.

—Espero que aceptes la disculpa. —Agita la bolsa con la fruta para que la tome.

Estoy por acceder, pero debo de estar en el punto más álgido de la locura porque suelto la lengua y dejo que mis deseos me conduzcan.

—¿Y si te pidiera algo inusual a modo de disculpa por arruinar mi chamarra? ¿Me lo darías?

Frunce el ceño en un gesto que resulta más tierno que amenazador.

—No voy a llevarla a la tintorería.

—¿Y un beso?

La pregunta la toma con la guardia baja como pretendo y no disimula su sorpresa.

—Ahora sí te enloqueciste. —Da un paso hacia atrás, pero no me despega los ojos de la boca —. No voy a besarte.

Vuelvo a acortar la distancia y estoy tan cerca que las puntas de nuestros zapatos se tocan.

—¿Por qué? ¿Te da miedo que te guste?

Sus mieles se mueven de mis ojos a mis labios y de vuelta, frenéticos, como si estuviera decidiendo algo, y justo cuando creo que me dejará besarla, suelta una risita que me pisotea el ego.

—Puedo no ser una experta en el tema, pero si piensas que podrás llevarme a la cama con unas cuantas palabras bonitas, estás mal de la cabeza.

Me estrella la bolsa de mandarinas en el pecho y la tomo antes de que caiga al piso. Permanezco pasmado por sus palabras y confundido por sus actitudes. No la descifro. La mayoría de las chicas son directas acerca de lo que quieren o dan señales claras. Niza, sin embargo, es un enigma. Me hace pensar que le gusto un momento y al siguiente que me repudia. No logro comprenderla, pero no dejo que la frustración me venza, así que sigo el juego en lugar de intentar ganarlo.

—Créeme: en mi cama hay de todo menos palabras bonitas, Niza.

Le dedico el esbozo de una sonrisa pícara y algo cambia en su semblante: los ojos se le llenan de algo que no puedo definir. Creo ver su armadura romperse y mostrar el destello de lo que realmente desea, pero de nuevo construye muros y se cierra.

—Primero tendría que congelarse y derretirse el infierno, Clay. No me siento atraída por los amargados como tú —ataja.

Juro que este juego de adivinar qué es lo que piensa me está enloqueciendo.

—¿Segura que no se ha congelado y derretido ya?

Eleva una comisura de la boca y un brillo travieso le danza en los ojos.

—Puede ser, pero tú nunca lo sabrás.

—¿No me dejarás averiguarlo?

Mis intenciones son claras; las de ella, un misterio que no puedo entender.

La miro por un instante que me parece eterno y el aire pulsa entre nosotros. Permanece quieta, como si estuviera esperando algo. Una acción, un suceso. El destello del desafío irrumpe en la incandescencia de su mirada y me embosca un deseo invasivo por ceder a la tentación de besarla. Reparo en su boca entreabierta y es solo cuando percibo su respiración irregular en mi rostro que me percato de lo cerca que estamos. Decido ser valiente y sus vellos se erizan ahí donde mi mano le toca el brazo. Asciendo con cuidado, disfrutando de la suavidad de su piel. Hay un respiro vacilante cuando mi mano se anida en su cuello, y cada uno de mis músculos se tensa al notar su desbocado latir, como la melodía de un tambor que anuncia lo inminente.

Algo que deseo. Algo que muero por probar.

Sé que hemos entrado a un terreno diferente, inestable e incierto, pero la necesidad de besarla se me clava en la carne como mis dedos en su piel y sustituye cualquier duda: ella quiere saber tanto como yo si el infierno se ha congelado y derretido ya.

10 | Glissade

Niza

Creo que se me ha fundido el cerebro porque, pese a todo pronóstico y sentido común, quiero que Clay me bese.

Escucho mi corazón latir a través del zumbido en mis oídos.

Quiero que me bese y estoy lista para ello. Empiezo a ver motas negras de repente, aunque me esfuerzo por hacerlas desaparecer para no perderme ni un solo detalle del hombre que tengo enfrente. Nada acude a mi mente a excepción de las sensaciones. Su mano está en mi cuello y las yemas de los dedos son cálidas, agradables. El corazón me late tan rápido que me duele y temo que se me salga por la boca, esa que él no deja de mirar como un lobo hambriento. Sus pupilas están dilatadas y el gris casi se pierde en la oscuridad que le abarca los ojos. Su cercanía me nubla el buen juicio y me aturde los sentidos.

Dejo de resistirme a mis deseos cuando me acerca más a él y su aroma me invade. Menta, perfume especiado. Pierdo la respiración al percibir su cálido aliento en el rostro y cierro los ojos cuando sus labios están a un palmo de los míos. Entonces dejo de sentir las piernas. No en el sentido romántico, sino en el literal. Creo que me voy a desmayar.

«No, no, no. Tienes que permanecer consciente. ¡Por favor, cerebro, no me abandones ahora! Señores, mantengan el cuartel en funcionamiento, usen la energía de emergencia, las baterías extras, algo…usen… usen…».

Es muy tarde. Pierdo las fuerzas del cuerpo y todo se oscurece.

—¡Niza! —Escucho su voz lejana y por un instante no sé dónde estoy ni lo que pasa. Me siento terrible.

El piso desaparece bajo mis pies y me trasladan de lugar. El movimiento es brusco y me hace sentir peor. Lanzo un quejido cuando me depositan en una superficie acolchada.

—Niza, tienes que despertar. No te puedes morir aquí. No quiero ir a la cárcel tan joven. —Noto apenas sus palabras y el timbre preocupado que las cubre.

No tengo fuerza suficiente para mover las extremidades, y mi cerebro parece que se ha ido de vacaciones.

—Niza, como sea una de tus bromas, te juro que…

Me sacude de los hombros con una suavidad impropia de él y percibo su aroma muy cerca, como si se cerniera encima de mi cuerpo. Quiero despertar, pero me siento débil. Me siento lejos de mí y sé que estoy a punto de perder la conciencia. Entonces un par de golpes me traen de vuelta.

—¡Despierta!

Me golpea la mejilla con más ímpetu y logra regresar un poco de conciencia a mi mente. Aprieto los párpados y hago una mueca de malestar. ¿Lo mataría ser un poco más delicado? Parece que quiere romperme el cuello de una bofetada. Abro los ojos por fin y capto la preocupación, cruda y nítida, en sus facciones.

—¿Qué mierda fue eso? —musita y me ayuda a incorporar tomándome de los brazos, hasta sentarme sobre el sofá del vestíbulo. La sensación de mareo se acentúa por el movimiento brusco y apaciguo las ganas de vomitar que me suben por la garganta.

—Yo… no sé…

Quiero decir algo más, pero las palabras no salen, mis ideas no conectan. Se pone en cuclillas frente a mí, la consternación destilando de su cara.

—¿Cómo te sientes? —Posa su mano sobre mi mejilla.

—Débil.

—Estás pálida.

—No me digas —ironizo.

Él esboza una sonrisa.

—Ni siquiera en el umbral de la muerte dejas de ser un dolor en el culo.

No digo nada. La cabeza todavía me da vueltas.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste?

Ay, no. ¿Podemos regresar a las preguntas fáciles?

—No sé —admito y la preocupación se le acentúa en el ceño.

—¿No sabes?

—No.

Chasquea la lengua y se pone de pie para sacar de su pantalón una paleta que me ofrece.

—Cómetela. Quizá te desvaneciste por falta de comida.

Fijo la vista en él, después en la paleta y de vuelta en él.

—¿Dos paletas en un mes? Estoy comenzando a creer que me aprecias más que a RJ —apunto con la esperanza de que olvide que no he ingerido comida, pero no funciona.

Se mantiene firme ofreciéndome la golosina.

—¿Qué esperas? ¿Quieres que yo te la meta en la boca o qué?

Lo miro con fastidio y la tomo a regañadientes. La abro y me la llevo a la boca mientras él se sienta junto a mí. La explosión de sabor me hace estremecer y salivar. Me pega de golpe y es como un subidón de energía exacerbado. Giro el rostro para mirar a Clay; él ya tiene los ojos clavados en mí, muy atentos, con una expresión que no logro descifrar.

—¿Clay? ¿Estás bien? Tienes cara de susto. ¿No me digas que ahora se te bajó la presión a ti?

Intento acercarme, pero evita mi toque y se acomoda sobre el sofá. Carraspea y echa su cuerpo hacia adelante, con los codos sobre las rodillas, y me mira severo.

—¿Qué pretendes? ¿Quieres provocarme un paro cardíaco o qué?

—¿Cómo podría hacerlo?

Sus ojos se tornan oscuros.

—Solo tienes que seguir haciendo eso.

—¿Qué cosa?

Guarda silencio, pero no me despega los ojos de la boca. Comprendo, pero mi cerebro aún no hace la sinapsis suficiente después del *cuasidesmayo*, así que lo evado y me hago la

desentendida.

—¿Hablas de desmayarme? —musito y él sonríe como si yo fuera tonta—. Lo siento mucho, Clay. No era mi intención asustarte.

—Ya. No sé por qué espero algo racional de ti —dice resignado—. ¿Te sientes mejor?

—Un poco —admito, porque la cabeza aún me da vueltas y me cuesta formular oraciones largas—. Lamento lo de antes.

—¿Qué cosa?

Me paso la lengua por los labios y percibo cómo mi corazón aumenta de tempo.

—Lo que pasó hace unos minutos, lo que casi pasa.

Un brillo de travesura le ilumina los ojos.

—No te preocupes. Ahora al menos puedo decir que una chica se desmayó porque casi la beso.

Siento que me arden las mejillas.

—¡No me desmayé por eso! —Le doy un empujón leve en el hombro.

—Déjame vivir en mi fantasía, ¿sí?

—*Díjimi vivir in mi fintisíi*. Creo que mi cerebro prefirió abortar la misión antes que besar a un Grinch como tú. No hay que volver a ponerlo a prueba o de verdad podría morir.

Se encoge de hombros restándole importancia.

—Como quieras.

Intento ignorar la punzada de decepción que su reacción me provoca, pero no lo consigo.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste? —insiste y me concentro al frente para no mirarlo.

Vuelvo a jugar con la paleta dentro de la boca, pero él no se rinde.

—Niza, responde.

—No lo sé.

—¿De verdad no sabes? —La alarma se filtra en su voz.

—No tengo mucho tiempo para comer entre las clases, los ensayos, el trabajo…

—No me jodas —reprocha severo.

—Lo siento.

Se pone de pie y me asusta lo imponente que se ve con ese perfil perfecto, los tatuajes, la cara cincelada y los ojos indómitos, voraces.

—Deja de disculparte por todo cada cinco minutos. Me estresas. ¿Cómo puedes seguir de pie si no has comido nada?

—Soy sorprendente, ¿a que sí? —Sonrío para aligerar la tensa atmósfera, pero él no encuentra nada gracioso en mi situación.

—Sí, pero no por las razones que tú crees. —No sé cómo interpretar el comentario. «¿Algo bueno? ¿Algo malo?».

Se acerca al perchero, toma mi sudadera deportiva y me la lanza. La atrapo y lo sigo con atención mientras él se pone una nueva chamarra oscura de cuero, distinta a la que arruiné.

—¿Tendré que ponértela yo? —Me mira desde su lugar, refiriéndose a la prenda que tengo en las manos.

—¿A dónde vas? —pregunto a mi vez, perdida.

—A dónde *vamos* —me corrige. Se acerca, me pone de pie con una facilidad desorbitante y me echa la sudadera a los hombros.

Permanezco en mi lugar mientras él baja las cortinas del local como un rayo y apaga las luces de la tienda.

—Clay, ¿qué haces?

—¿Por qué te quedas ahí? —Extrae unas llaves de su pantalón—. Vámonos, ahora.

Salgo de mi letargo cuando me percato de que habla en serio.

—¿A esta hora? Son casi las doce.

—¿Y? Es Nueva York, aquí no se duerme.

—Pero…

—Tienes que comer algo, Niza. —Me mira desde el marco, sosteniendo la puerta para que lo siga—. Ven conmigo.

No sé la razón, no puedo explicarla, pero esas palabras me conmueven. Son tan simples y vanas que no deberían significar nada, pero para mí significan un mundo. Me calan su consternación y su insistencia por mi bienestar, porque han pasado años desde que alguien se preocupó por mí, aparte de Diane y Orena. Ha pasado una eternidad desde que alguien notó que yo era una persona. Sé que para él solo es comida, pero para mí es algo más. Es algo que no había sentido en años: esperanza.

Tampoco sé por qué, pero lo sigo.

***

Caminamos por la acera donde se sitúa la tienda hasta llegar a un complejo pequeño. Es un garaje. Lo abre usando el control y se revela un auto que reluce por lo nuevo. No sé el modelo ni la marca, pero se ve como aquellos que aparecen en películas de mafiosos y gente rica. «¿Y si además de ser estudiante, cantante, tatuador e idiota también es mafioso de medio tiempo?».

—Sube —me ordena, abriendo la puerta del copiloto. «Solo entra, si intenta algo, le arrancamos los huevos», me alienta mi conciencia—. Sube, Niza —insiste.

—Solo voy a aceptar porque me hará bien el aire… pero si intentas algo que no quiera, te meto una patada que te deje estéril —lo amenazo apuntándole con un dedo.

—Sí, lo que tú digas. Sube. —Esboza una sonrisa burlona que me gusta.

—¿Entendido?

—Dios, que subas.

—Sí, sargento. —Le sonrío con inocencia.

Suelta el aire irónico y cierra la puerta con fuerza.

Se acomoda en el asiento de piloto y enciende el motor. Antes de que pueda pensarlo mejor, ya estamos recorriendo las calles de Nueva York con destino a no sé dónde en medio de la noche. Juego nerviosa con el cierre de la sudadera y me pregunto qué estoy haciendo y por qué me cuesta respirar, como si el silencio me sofocara y las palabras atoradas en la garganta me asfixiaran. El auto es amplio, cabrían al menos seis personas, pero siento como si apenas cupiéramos él y yo. Hay una tensión que crepita en el aire como el fuego de una chimenea encendida; la expectativa crece como una burbuja a punto de explotar en mi interior. Nunca me había sentido intimidada o nerviosa en presencia de un hombre. Porque nunca había estado tan cerca de uno, al menos no sin mi faceta de bailarina, como una simple chica.

La idea me golpea fuerte y me hace verlo todo con una nueva perspectiva. Para Clay soy solo eso, *una chica.* No una bailarina que se deba amoldar para adaptarse a los estándares de los demás; no una competencia de la que hay que deshacerse para poder resaltar ni un ser divino que deba venerarse. Para él, soy solo Niza Hess, la chica de campo preocupada, competitiva y

vulnerable. Me conoce con mis defectos, mis miedos, mis frustraciones… y, aun así, me acepta.

Quizá por eso su presencia me impacta tanto. No sé la razón de que mi cerebro actúe tan errático cuando él está cerca o por qué Clay parece tener más poder sobre mis emociones del que tengo yo. Es como si ejerciera un dominio sobre mí al que no puedo resistirme.

Me asusta. Me asusta el poder que tiene sin siquiera ser consciente de ello. Quiero ignorarlo como ignoro todo lo demás a mi alrededor, pero él parece dispuesto a penetrar en mi burbuja y quedarse en ella por mucho, mucho tiempo.

—¿Qué tipo de música te gusta? —dice de pronto.

Una ola de vergüenza me inunda. ¿Cómo le explico que solo escucho canciones de Beethoven, Tchaikovski y Vivaldi?

Debo ser la chica menos interesante que se haya montado alguna vez en su lujoso auto de infarto.

—Me gusta de todo —me limito a responder, evitando reflejar mi taquicardia cada vez que su mirada cae sobre mí—. No tengo preferencias.

—¿No? Eso ya lo averiguaremos.

Se para en un semáforo en rojo y pone su *playlist*. No conozco la banda que empieza a sonar por las bocinas, pero leo «Fallen Star» de The Neighbourhood en la pantalla táctil del tablero.

—¿La conoces?

—No.

Me regala ese esbozo de sonrisa que es imposible de ignorar. Avanzamos y guardamos silencio; yo ahogándome con la tensión que siento en el cuerpo e intentando distraerme con la letra. Me gusta. Suena mucho a Clay e imagino que la canta con esa voz clara, potente y seductora.

—Entonces, ¿no tienes gustos específicos?

—No, ninguno.

—Así que… ¿te da igual coger con una canción de The Weeknd que con una de Britney Spears?

Su comentario me toma con la guardia baja y mi cuerpo reacciona antes que mi mente. Las mejillas me arden y seguro me ponen en evidencia, pero trato de disimularlo.

—No le presto mucha atención a la música si estoy haciendo algo más importante.

El semáforo vuelve a ponerse en rojo y su tacto, febril y rudo, sobre mi barbilla me toma por sorpresa. Me entierra los dedos en la piel para hacerme girar la cabeza y mirarlo.

—¿Qué haces? —La alarma se me cuela en la voz.

Sus ojos son mucho más hipnóticos con ese tono rojizo que le da la luz; olvido cómo respirar.

—Estás siempre tensa a mi alrededor, déjalo.

—¿Para qué? —espeto—. No me gusta estar mucho a tu alrededor. Me pones… nerviosa.

—¿De qué manera?

—De todas las posibles.

Frunce el ceño y algo que no identifico le ensombrece el rostro.

—Ya.

Su mano sigue en mi barbilla y suelto un poquito de aire entre mis labios. Por un momento estoy dispuesta a terminar con todo esto y comerle la boca. Y creo que lo sabe, porque desliza una sonrisa maléfica, me acaricia el labio inferior con el pulgar, fugazmente, y se aleja.

Vuelvo a respirar al tiempo que noto cómo extrae de su bolsillo una nueva paleta.

—¿Cuántas paletas llevas contigo?

—No muchas —responde avanzando cuando el verde aparece.

Lo observo por más tiempo del que debería. Su mano izquierda sostiene el palito de la piruleta mientras juega con ella en la boca. Los labios se me secan y las piernas se me aprietan como si tuvieran voluntad propia, haciendo competencia con la dureza de los pezones, que rozan la tela del sostén. Una llamarada me quema el vientre y una tensión perversa lo oprime. Aparto los ojos cuando el cerebro me hace una jugarreta e imagina cosas que no debería y que involucran la boca de mi compañero en muchos lugares. Bajo la ventanilla. Está muy caliente aquí dentro. Necesito aire. Hace frío afuera, pero siento que me voy a incinerar.

Después de unos minutos, llegamos a SoHo, uno de los barrios de Nueva York que jamás duermen y donde se encuentra el Sax Poison. Vira por una calle llena de restaurantes y comienza a ir más lento.

—¿Qué quieres comer?

Me remuevo incómoda y el estómago protesta. Sé que no podrá soportar mucha comida ni muy sustanciosa.

—Lo que tú quieras.

Me lanza una ojeada, irritado.

—Elige.

Siento el pánico. Odio cuando yo soy la que debe elegir porque mi cerebro sufre una muerte súbita.

—Mmm… Llevo tanto tiempo ciñéndome a las estrictas dietas del *ballet* que he olvidado el sabor de muchas comidas y ahora las repudio.

—¿Carne? —Señala un restaurante de cortes estilo argentino y, aunque quiero, es muy tarde y no deseo vomitarlo todo.

Niego con la cabeza.

—¿Oriental?

—Muy grasoso.

—¿Japonés?

—No me gusta el sushi.

—¿Mexicano?

—Muy tarde para tacos.

—¿Español?

—No me apetece…

Se detiene en seco en medio de la calle y el cinturón de seguridad me salva de estrellarme contra el vidrio. Un montón de cláxones suenan a nuestra espalda porque estamos deteniendo el tráfico, pero a él parece no importarle.

—¿Qué haces? ¡Avanza!

—No me moveré hasta que elijas algo para comer.

Abro la boca atónita.

—Pero…

—Elige.

Los cláxones se vuelven más insistentes.

—¡Muévete!

—Elige o no me muevo.

—¿Eres así de pesado siempre?

—¿Eres así de ingenua para pensar que te librarás de mí sin que hayas comido algo antes?

«Por mi yegua Betsy, qué pesado es este tipo cuando se lo propone». Miro a mi alrededor agobiada por el ruido y la presión, hasta que señalo un restaurante con pinta italiana.

—¡Ahí!

—Buena elección.

***

No encajamos en el lugar. Contrastamos con el montón de personas bien vestidas que nos miran al pasar por el elegante vestíbulo del Piccola Cucina. Clay lleva una camiseta negra, chamarra de cuero y unos vaqueros; luce más como un asaltante que un comensal. Yo, por otro lado, parezco justo lo que soy: la conserje.

La encargada nos da una mesa junto a la ventana. Cuando nos sentamos, no puedo evitar reír por lo mucho que desentonamos con el lugar.

Nuestra mesera se acerca y le sonríe a mi compañero.

—Hola, *buona sera* —saluda la chica de coleta oscura en su mejor imitación de un acento italiano—. Yo los atenderé el día de hoy. ¿Quieren que les dé un momento para ver el menú?

—Yo quiero una copa de vino, de la casa está bien, por favor —le responde mi compañero, cortés, y me mira—. ¿Y tú? ¿Quieres un momento?

La chica espera paciente a que mi cerebro decida reaccionar.

—Ah…yo… —Carraspeo—. Un té, por favor.

—Ordena algo de comer —espeta mandón, clavándome los ojos.

—No tengo hambre.

Parpadea impresionado, como si hubiera descubierto algo que antes pasara por alto.

—Sí, sí tienes.

Estrecho los ojos en un claro mensaje. «No vamos a empezar con esto otra vez», pero lo ignora.

—Ordena. Tienes hambre. Yo invito.

—No tengo.

La chica ríe nerviosa.

—¿Les doy un momento?

—No. Añade una pizza, pasta boloñesa y raviolis a la orden, por favor. Compartiremos.

—Seguro. —La mujer le regala una última sonrisa antes de desaparecer.

—¿Qué fue eso? —farfullo molesta—. Te lo comerás todo tú.

—No, comerás conmigo.

Estoy a punto de quejarme cuando me interrumpe.

—¿Es por el *ballet*?

No entiendo y se da cuenta, porque aclara:

—¿Es por el *ballet* que no comes?

La crudeza de sus palabras me golpea en el pecho y tardo en procesar lo que me pregunta.

—Sí como.

Resopla sin creerme y pone los brazos sobre la mesa, acercándose.

—Me lo vas a negar, ¿en serio? Te desmayaste en mis brazos, Niza. Por segunda vez. Eres demasiado delgada, demasiado pálida y estás cansada todo el tiempo. No insultes mi inteligencia intentando engañarme. De nuevo, ¿es por *ballet*?

La ira que me llena el cuerpo es muda pero potente. ¿A él qué le importa?

—No es asunto tuyo.

—¿No vas a contestar?

—No.

Me clava los ojos, como una daga inquisidora, y me retuerce las entrañas.

—De acuerdo, pero de algo tendremos que hablar en la cena.

Me mantengo en silencio, todavía enojada.

—No eres de aquí —inicia con tono casual. Inclina la cabeza y sus ojos insondables casi me hacen ceder en mi rabieta.

—¿Cómo sabes?

—Porque te expresas muy raro. Y regalas mandarinas. No es algo que hagan los neoyorquinos nativos.

Me arranca el esbozo de una sonrisa a pesar de mis esfuerzos.

—¿De dónde eres?

—De Texas.

Enarca ambas cejas, impresionado.

—¿De qué parte?

—De por ahí.

Sonríe mostrando los dientes y es una sonrisa tan genuina que me embelesa. La camarera regresa con nuestras bebidas. Se va tan rápido como llega y él vuelve a centrarse en mí, escrutándome impasible.

—Entiendo, nada de datos personales todavía. La señorita misteriosa. —Se pasa la lengua por los labios—. Cuéntame algo que pueda saber de ti.

Lo miro suspicaz y lo hago esperar para hacerme la interesante.

—En realidad no hay nada que puedas saber de mí. O que debas.

—Estoy intentando ser civilizado y amable contigo. Pónmelo un poco más fácil, ¿quieres?

—No quiero —le suelto, y sorbo mi té.

Parece algo irritado con mi actitud, así que paro un poco.

—Algo que puedas saber de mí… A ver… —Frunzo los labios—. Me gustan las naranjas; son mi fruta favorita. Odio las mandarinas porque de donde vengo son lo que más se produce. Incluso mis padres trabajan en una fábrica de empaque de mandarinas. —Me rasco la cabeza, dudosa—. Soy hija única, aunque mis padres parecen querer más a mi *poodle* Brownie que a mí. —Suelta una risita baja y me ayuda a ganar más confianza—. También me gusta mucho montar a caballo, tengo una yegua llamada Betsy, mi color favorito es el rosa, les tengo fobia a los insectos, mi película favorita es *Barbie y las doce princesas bailarinas* y todavía no puedo lograr mi *grand jeté*.

Clay sorbe de su copa y se toma su tiempo en responder.

—Muy astuto de tu parte darme datos generales sin decirme mucho en concreto sobre tu vida.

Me encojo de hombros.

—Te estoy dando lo que me pediste: estoy haciendo conversación.

—Decir datos tuyos al azar no es hacer conversación.

—Es más de lo que estás haciendo tú —rebato, y sé que le he ganado cuando levanta su copa resignado—. ¿Qué hay de ti?

—¿Sobre qué?

—¿Por qué debo ser solo yo la que dé información?

—¿Quieres que te dé también datos míos al azar?

Me encojo de hombros con la emoción que me burbujea en el estómago.

—No estaría mal. Tal vez escuche algo interesante.

Desvía la vista a un costado y casi puedo ver los engranajes de su cabeza moverse antes de que responda.

—Soy hijo menor de Ray Hawthorne, el cantante de una de las bandas más importantes de rock. Soy el menor de dos hermanos, pero ya conoces a Bryce; no necesita presentación. Mi color favorito es el negro, nunca he tenido mascotas, me aterran las alturas, mi película favorita es *La guerra de los mundos* y aún no puedo hacer un tatuaje en relieve con la mano izquierda.

Abro la boca impresionada. Hay muchas cosas que tardo en procesar, pero una en específico se me queda dando vueltas en la cabeza.

—¿Les temes a las alturas?

Fija su atención en la copa, como si lo apenara admitirlo, pero asiente.

—No a todo, solo… en situaciones que no puedo controlar: aviones, montañas rusas y ese tipo de cosas. Me da pánico que vayan a estrellarse.

Quiero preguntar más al respecto, sobre todo después de apreciar la máscara de pesar que se le instala en las facciones, pero no deseo incomodarlo ni presionar, así que desisto de ese tema y me avoco a uno diferente.

—¿Por qué eres tan extraño? —inquiero sin pensar.

Una mueca de indignación le ensombrece el rostro.

—¿Qué?

—Sí, eres tan raro como una vaca sin manchas. —Arrugo la nariz—. Es decir, tienes toda la pinta de un *rockstar*, justo como tu hermano, pero no actúas como uno.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir… Te ves rudo y todo, pero no eres tan malo cuando te conocen. Tienes la pinta de conducir una moto, como todo chico malo, pero en lugar de eso conduces un auto lujoso. Y en lugar de llevar un cigarro en la boca, llevas paletas. ¡Paletas! Cada vez estoy más segura de que algo no está bien contigo.

Se mantiene en silencio, muy serio, y una punzada de arrepentimiento me azora el pecho. «¿Lo ofendí?». Estoy a punto de disculparme cuando suelta una carcajada de la nada. El gesto me golpea y enciende mis sentidos. Es larga, profunda y me quedo prendada del sonido como una idiota.

—Bien, vamos a ver… —dice sin perder el toque de diversión—. No soy tan malo como parezco, tienes razón. No conduzco una moto porque ya tengo un auto, que de igual forma no uso mucho: aquí es imposible llegar a cualquier sitio en auto propio. Mis gustos no definen mi actitud.

—Ya, pero…

—Lo mismo puedo decir de ti. Se supone que las bailarinas son delicadas y amables, pero tú maldices como un camionero y no te molesta usar un trapeador.

Eso último me hace sonreír porque tiene razón. No puedes juzgar un libro por su portada y ambos somos el claro ejemplo de ello.

—Llevo paletas para calmar la ansiedad que me dejó la nicotina —explica paciente después de un segundo—. Dejé de fumar hace un año, pero aún lucho contra los efectos. Cuando me pega, me llevo una paleta o un dulce a la boca, así logro calmarlo.

Qué inteligente. Me gustaría encontrar un medio como ese para calmar mi ansiedad cada vez que sufro un ataque.

—Lo siento. No debí preguntar nada tan personal.

—No me molesta. No es tan personal.

Me siento apenada.

—Eso fue una tontería. Perdón.

—Deja de pedir perdón por todo, Niza —dice con una nota de irritación.

Pero no puedo controlarlo:

—Perdón. —Y me callo cuando me mira mal—. Fue una tontería preguntarlo. Deberías acostumbrarte; hablo muchas tonterías.

—Me gustan tus tonterías. Dicen mucho de ti.

Lo suelta casual, pero su tono tiene un significado diferente.

—¿Ah, sí? ¿Qué dicen?

—Que eres tonta —se burla dándole un sorbo a su copa.

Le hago una mueca y la diversión se desvanece para ser reemplazada por seriedad.

—Creo que tus tonterías son una forma de defensa. Una manera de ignorar aquellas cosas que te aquejan. No digo que esté mal, todos buscamos distraernos, pero sí creo que es desgastante. Creo que eres una chica que carga con muchas cosas en su interior, pero tiene miedo de expresarlas.

La mandíbula me tiembla y un nudo se me forma en la garganta. ¿Cómo puede saberlo? O él es muy perceptivo o yo soy muy obvia. Ambas cosas me molestan. Eso o alguien le habló de mí y de mis problemas.

—¿Qué te han dicho de mí?

—Nada.

—Ya, seguro. Por eso el cambio de actitud. Por eso pasaste de ser un imbécil engreído conmigo a ser alguien decente. Sientes pena por mí, ¿no es así?

La ira arde adentro y la exuda cada poro. No quiero que me miren con ojos de lástima. Es lo que más detesto.

—No necesito tu compasión ni la de nadie, Clay —mascullo molesta.

Estoy a punto de dejar la servilleta sobre la mesa y largarme cuando su voz me llega, clara y sincera.

—No es pena lo que siento por ti, Niza. Si la sintiera, no me importarías. Me habrías dejado de interesar hace tiempo. La compasión no es lo mío.

Su respuesta cambia todo el panorama y me toma por sorpresa, sustituyendo poco a poco la molestia con curiosidad.

—Entonces, ¿qué sientes?

—Admiración.

—¿Porque soy bailarina?

—No siento admiración por tu profesión; eso no me importa. Siento admiración por ti, Niza Hess, por quien eres como persona.

De nuevo, se las arregla para privarme de mi capacidad de respirar.

—Sé que estás en Ink the Mind por necesidad, porque quieres seguir en ACA a pesar de las adversidades y perseguir tu sueño. —Sus ojos adquieren un tono claro cuando los posa en mí y las facciones se le suavizan—. Eso es digno de admirar. No todos tienen la valentía para ir tras lo que aman.

Lo miro con intensidad y él me contempla igual. La sinceridad de sus palabras se funde en mi mente y me llena de una emoción que hacía tiempo no experimentaba. Es la primera vez que alguien siente admiración por mí, por lo que soy, no por lo que pretendo ser. Puedo lidiar con su arrogancia y sus comentarios de doble sentido, pero no sé cómo enfrentarme a su amabilidad; es obvio que hay mucho de eso dentro de él, por más que se esfuerce en ocultarlo.

No sé qué hacer con esto que me desborda el pecho, así como tampoco sé qué significado tendrá este hombre enigmático y arisco en mi vida, este chico que es una serie de callejones que no logro descifrar para llegar al punto correcto, a su centro. Lo que sí sé es que lo quiero cerca y que lo aprecio. Lo quiero en mi vida, porque es justo lo que me inyecta: con cada chiste rancio, cada observación tonta, cada discusión y cada conversación banal que tenemos, me llena un poco más de vitalidad.

No tengo idea de si lo nuestro durará mucho o poco, o si florecerá antes de marchitarse, pero quiero probarlo, así que decido dar el primer paso y embarcarme en esto por completo.

—¿Sabes? —empiezo entusiasmada—, hay un recital de otoño en el auditorio de la academia. Es un evento importante.

—He oído hablar de él.

Siento que mi corazón aumenta en tempo. Los nervios me aprietan el estómago, pero los apaciguo.

—Y… me preguntaba… Me gustaría que estuvieras ahí —suelto antes de arrepentirme.

Abre los ojos desmesurados; nunca lo había visto hacer más de cinco expresiones. Es la primera vez que le descubro tantas muecas.

—¿Te gustaría que estuviera ahí?

Asiento, con el corazón en la garganta.

—Sí, me gustaría que me acompañaras.

Ver a Clay ahí, apoyándome, de alguna manera me haría sentir más segura, así que espero con todas mis fuerzas que acepte, pero cuanto más tiempo transcurre sin respuesta, más se me aprieta el pecho.

—¿Por qué?

No lo pregunta con reticencia, sino con verdadera curiosidad. No estaba preparada para esto. Me aclaro la garganta y calmo la voz lo suficiente para hablar.

—Porque te lo estoy pidiendo. —Me lanza una mirada que deja clara la pobreza de mi respuesta—. Porque me gustaría verte ahí. Y porque somos amigos —termino nerviosa.

La palabra se siente rara en la lengua, inadecuada, pero la digo igual. No estoy segura de que nuestra relación califique como amistad del todo, pero tampoco hemos ido más allá. De pronto, se congela. No sé si ha dejado de respirar, el que esté tan quieto me preocupa. Le he dicho de ser amigos, no que me regale un millón de dólares.

—Clay…

—Amigos —repite con la voz tan tensa como una cuerda.

Asiento con lentitud.

—¿No quieres?

—¿Quieres que seamos amigos? —sisea la palabra como si lo quemara.

—Escucha —comienzo a explicar—. Creo que podemos ser amigos si le damos la oportunidad. Eres un buen chico detrás de toda esa actitud de mierda.

Estoy muy nerviosa; es la primera vez que le pido a alguien, además de Orena, que sea mi amigo.

—Sé que los amigos salen, pero toda mi vida es el *ballet*, así que lo siento si no puedo salir mucho contigo. No tengo vida social. Pero… podrías estar en mi recital, si quieres. Y tal vez me entiendas mejor cuando mires lo que hago, como cuando yo presencié lo que hiciste en el Sax Poison, y…

Estoy balbuceando otra vez, pero es un terreno inexplorado para mí. La cara no le cambia, no se mueve y me desespera porque no sé qué es lo que está pensando. Estoy haciendo el ridículo.

—De hecho —musito rindiéndome—, no te molestes en ir, te aburrirías mucho, pero si realmente quieres saber quién soy, si quieres entender por qué soy como soy…

No sé qué más decir y le quiero meter la cuchara a la boca para sacarle algunas palabras. Me rasco la mejilla. Esto no le ayuda a mi ansiedad.

Un camarero llega con nuestra comida y la pone frente a nosotros.

Clay no habla en todo ese tiempo, ni yo tampoco, ni lo hace cuando el camarero se va. Tengo miedo de haber hecho algo mal, de haber dicho algo que lo molestara. Es tan volátil que nunca puedo predecir sus reacciones y los nudos en el estómago me están dando dolores. Es solo cuando sorbe de su copa, después de algunos minutos en silencio, que decide hablar.

—Amigos —musita, y no sé si es una pregunta o una afirmación, pero sonrío igual, porque me hace mucha ilusión tenerlo como amigo.

Me hace ilusión tenerlo cerca, sea como sea.

El impacto desaparece poco a poco de su rostro con mi gesto, igual que la rigidez, aunque aún hay una sombra que pesa sobre él cuando asiente con decisión.

—Amigos —afirma y me regala una sonrisa pequeñita.

Yo esbozo una enorme, chocando mi taza de té con su copa. Llevaba mucho tiempo sin sentirme así de feliz y cómoda en compañía de otra persona. Es un sentimiento que quiero atesorar para recordarlo cuando el mundo intente ahogarme en sus adversidades; quiero mantener en mi memoria este momento en el que consigo un nuevo amigo por mi cuenta.

Charlamos de otras cosas vanas durante el resto de la cena. Me distrae con lo que dice y me siento cómoda en su presencia, tanto que no me doy cuenta de cuándo me he comido toda mi porción de pasta, medio pedazo de pizza y tres raviolis. Lo considero otro logro. No había comido así en meses. Me siento, por primera vez, orgullosa de mí.

11 | Effaceé

Niza

Llego a tiempo a mi clase con la señorita Winslet. El cuerpo me pesa, pero al menos no me siento tan cansada como otros días, tal vez porque tengo un mejor humor después de pasar tiempo con Clay… o porque comí. Puede que sea tonto sentir que la vida pesa menos luego de pasar tiempo con un amigo, pero eso no me quita la sensación de calidez que me inunda el pecho.

—¡No puedo creer que estará aquí! —Escucho chillar a alguien apenas llego a los vestidores.

—Llevaba tiempo sin agraciarnos con su presencia. Apuesto a que está más bueno que antes —musita Eridan entusiasmada—. Conseguiré esas entradas en primera fila, se los aseguro —afirma con petulancia.

Me detengo un momento en el marco de la puerta, a unos metros de mi casillero, para saber qué es lo que las tiene tan emocionadas.

—Escuché que se agotaron las entradas a los veinte minutos —acota el clon 1 mientras se pone una crema con intenso olor a vainilla—. No creo que puedas conseguirlas ni siquiera con revendedores por internet. Es Riot 911; todos quieren estar en ese concierto.

—Algunos no podrán, pero yo sí que estaré. —Eridan termina de recogerse el cabello oscuro en un moño y desliza una sonrisa soberbia.

Claro, la reina del mundo siempre debe conseguir lo que desea.

—¿Y cómo? —interviene el clon 2.

—Tengo mis trucos. —Eleva el cuello y se acomoda las mallas.

Yo pongo los ojos en blanco. Es insoportable.

—¿Cómo cuáles? —indaga el clon 1.

—Clay, por supuesto —dice como si fuera algo obvio, y levanto la cabeza, interesada.

Sus clones la miran sorprendidas, como si ella fuera una especie de diosa omnipotente.

—¿Hablas con él? —pregunta el clon 3, asombrada con el inmenso poder de su reina.

Eridan se encoge de hombros.

—Solo tengo que mostrarle mis encantos y… *voilà*, estaré disfrutando de Riot 911 en la sección VIP. Nadie puede resistirse a mí, ni siquiera él.

Reprimo una sonrisa. Yo no estaría tan segura.

—Escuché que estuvo en un psiquiátrico —dice el clon 1 en voz baja, ganándose un jadeo de impresión de las chicas—. También oí que una vez mató a alguien a golpes y que se hizo todos esos tatuajes en la cárcel.

—¡No me jodas! —sisea Eridan—. Sabía que no podía ser guapo y estable a la vez. Una lástima; en verdad está para comérselo entero. Aunque, bueno, tal vez pueda arreglarse a punta de polvos.

—¿Qué dices, loca? —suelta una de sus siervas, riendo.

—¿Qué? No soy ciega y a cualquiera se le bajan las bragas con semejante espécimen. Un polvo no se le niega a nadie y menos a alguien que está tan bueno y bien posicionado como él.

Tenso la mandíbula y marcho hacia mi casillero, incapaz de seguir escuchando sus estupideces.

—Estás bloqueando mi casillero —espeto, con la irritación que me atiza las costillas.

Eridan me dedica una mirada y sigue hablando.

—Como les decía, yo escuché que…

—Yo escuché que mató a un perrito y atropelló a un anciano —la corto, y las cuatro chicas me miran con cara de susto.

—¿Es en serio? —inquieren dos de las hienas idiotas.

—No, pero ya lárguense. Quiero vestirme.

—Busca otro casillero —masculla Eridan, estrechando los ojos—. O mejor aún, pon tus cosas en la basura. Se ven mejor ahí.

—Aunque querría, no puedo. Tu talento sigue ocupando el espacio en el basurero.

Me escanea de la cabeza a los pies con cara de repulsión.

—No veo la hora de que a *madame* Winslet se le acabe la compasión por ti y te regrese al lugar de mierda al que perteneces.

La escruto con odio. La ira me hierve bajo la piel y me impide ver con claridad. Estoy a punto de replicar, cuando una nueva voz se cuela en la estancia.

—A ti te regresarán si no practicas más tu *effacée* —dice Nerea apoyada en el marco, perfectamente vestida y estilizada.

La admiro por lo que parece una eternidad, como una niña idiota. Es tan delicada y fuerte a la vez.

La molestia solo se muestra un segundo en el semblante de Eridan. Después le regala la sonrisa más brillante.

—Tienes razón en que debo mejorar. Podría pedirte ayuda, pero tengo miedo de terminar siendo una fracasada como tú.

Abro los ojos desmesurados por su descaro y las chicas de su séquito sonríen orgullosas. Nerea suelta una risa socarrona.

—Creo que estás haciendo un excelente trabajo tú misma en eso de fracasar —ataca como si nada y se retira del marco—. A un lado, estás bloqueando mi casillero también.

El gesto soberbio de Eridan se desvanece y es reemplazado por uno de indignación. Mira a Nerea con frialdad una última vez para después centrarse en mí.

—Vámonos. Aquí ya apesta a estiércol —sentencia y golpea a Nerea en el hombro antes de salir seguida por sus clones.

Nerea ignora sus rabietas y abre el casillero para sacar elementos de su vestuario. Se gira y sacude la mano frente a mi rostro.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? Tierra llamando a Niza.

Parpadeo un par de veces y salgo de mi trance, apenada.

—No tenías que hacer eso.

—¿Qué cosa?

—Defenderme.

—No te estaba defendiendo. Solo ponía a alguien muy alzado en su lugar. Me saca de quicio.

—¿Eridan? —Sonrío tímida, sacando los calentones para ponérmelos en las piernas.

Nerea clava los ojos esmeraldas en mí y noto lo rojos que están. Las ojeras son tan profundas que ni siquiera el maquillaje puede disimularlas. Una punzada de consternación me oprime el pecho y me pregunto qué puede ser tan malo para privar del sueño a una persona tan perfecta.

—No ella, su actitud. Si se le infla demasiado el ego, después no podrá controlar la caída y será dolorosa. Es como una pequeña Winslet en proceso. —Hace el ademán de un escalofrío y me echo a reír.

—Eso no puede negarse.

Termina de vestirse y espera a que yo haga lo mismo para ir juntas a la clase. Una nueva sensación de intriga me aborda. Quiero conocerla más. Sé que es alguien fascinante, como Clay, y que podría enseñarme cosas de la vida que yo paso por alto.

Tal vez, con un poco de suerte, podría llamarla mi amiga también.

***

—¡Muy bien chicas! ¡Todas arriba! —La voz filosa de Winslet corta la atmósfera amena del estudio como un cuchillo y nos tiene de pie en un instante.

Somos soldados. Somos robots. Somos cualquier cosa que no pueda pensar por sí misma.

—Frente a la barra en sexta. Bajan a *plié.* Punta media. Ejecutan *glissade* y de nuevo punta media. Las quiero equilibradas esta vez. Regresan a primera posición, repiten en segunda y terminan con *cambré* en izquierda y derecha en cuatro tiempos. —Aplaude y el sonido retumba en el espacio—. Ahora, no tengo su tiempo.

El pianista comienza con su pieza y nosotras lo seguimos sin chistar.

Me juzgo en el espejo y me evito a la vez. Siento el corazón a tope mientras esperamos como presas de un águila a que la señorita Winslet ponga el ojo sobre nosotras y nos capture entre sus garras. Camina por el estudio observando, corrigiendo y despreciando lo que hacemos, destrozando nuestros movimientos igual que un depredador.

—Enderézate —regaña a alguien detrás de mí—. Tienes los pies chuecos —le dice a otra—. Mi piso no se merece la desgracia que eres para el baile —le sisea a alguien más.

Me tenso cuando siento su respiración cerca.

—Cuida tu desplazamiento, Hess, si no quieres estar aquí toda la noche. Dios sabe que te obligaré a quedarte si no mejoras. —La amenaza en su voz es tan clara como la falla en mis pasos.

Asiento con el cuello rígido e intento corregirme bajo su mirada inquisidora. Resopla sin estar muy convencida, pero avanza hacia Enik.

—Salesky, si vuelves a hundir una vez más el pie en mi estudio, ¡te sacaré de una vez por todas de aquí! No me importa quiénes sean tus padres, pon un poco de empeño, Dios, ¿es que no tienes ni una pizca del talento de tu madre?

Enik asiente y corrige su ejecución. Es de las pocas afortunadas a las que Victoria no tortura tanto como al resto, por quienes son sus padres: una bailarina de renombre y un coreógrafo de aun más reconocimiento. Enik Salesky es la única inmune a este mundo de hipocresía y presión porque ya tiene un camino hecho en el *ballet* gracias a sus padres.

Apenas hemos cruzado palabra. Aunque no es de las personas más sociables, es mucho más amable que el resto. La he visto hablar últimamente con Orena cuando salimos tarde de los ensayos. ¿Qué tiene que ver el hip-hop con el *ballet*? No tengo idea, pero siempre olvido preguntarle a mi amiga de qué habla tanto con Enik lejos de la vista de todos.

Winslet vuelve a reprender a otra compañera elevando el tono casi a un grito. Está enfadada. Lo noto en su forma de hablar, más intensa de lo normal. La atrapo cuando le dedica una mirada de muerte a Nerea, quien se la sostiene sin inmutarse, y me pregunto si ella tendrá algo que ver con el humor de nuestra instructora.

Cuando pasamos a nuestros respectivos roles en solitario del recital, lo peor viene para mí.

—¡Tienes que lograr tus piruetas, Hess! —brama.

Y lo intento, una y otra vez, bajo la presión que ejercen sobre mí sus exigencias, pero no logro completar la rutina con la pulcritud que ella desea. Empiezo de nuevo y el mundo gira y gira, sacándome de balance. Cuando por fin puedo enfocar, Winslet me regala una mirada de reprobación.

—¿Y según tú eres bailarina? Por favor —se burla —. ¡Hasta un mono lo haría mejor que tú! Eres una decepción. No sé en qué estaban pensando los directivos cuando te otorgaron esa beca. Gracias al cielo decidí quitártela para que alguien con verdadero talento pueda aprovecharla.

Su comentario me oprime el estómago y me hace un nudo en la garganta. Los ojos me arden por las lágrimas de frustración e impotencia y hago un esfuerzo descomunal por reprimirlas para seguir con mi rutina. No quiero darle la razón, aunque me cuesta no quebrarme ante sus insultos.

Realizo un *adagio*, continúo con un *pas de chat* y tomo impulso para una nueva *pirouette*.

—Habrá alguien nuevo que sí la aproveche y la merezca. Entonces enaltecerá el nombre de ACA como se debe. Es obvio que a ti el trabajo te quedó muy grande —continúa con los insultos mientras practico para empujarme a ser mejor, a esforzarme más, a entregar otra parte de mí aunque ya no quede nada.

La ira es muda, pero me quema el pecho, como si mi cuerpo estuviera en una hoguera. El nudo en la garganta es tan grande que apenas respiro. Giro y giro con los insultos de Winslet de fondo y las risitas de Eridan y sus clones, que le hacen coro.

—Otra vez. —La escucho decir y ya no sé dónde empieza ni dónde termina lo que estoy haciendo, pero la obedezco.

Me duelen las puntas de los pies, los tobillos me matan, las pantorrillas y lo muslos me arden. Mis brazos ya no pueden estar suspendidos sin temblar. La vista se me nubla, por las lágrimas o el mareo; apenas distingo lo que veo. Sigo y sigo. No sé cuánto tiempo llevo practicando las mismas cinco piruetas porque pierdo la noción del tiempo.

El sudor me corre por la sien, pero no paro.

El cuerpo me duele, pero no paro.

La cabeza me da vueltas, pero no paro.

Sigue insultándome, a mí, a mi trabajo, a mi esfuerzo, pero no paro, no paro, no paro…

—¡Basta! —Me detengo o, más bien, Nerea me detiene tomándome de los hombros y se enfrenta a Winslet con una postura de hierro—. No es tu puta marioneta, déjala tranquila. La harás vomitar. Está verde.

La instructora inspira con desdén.

—Este no es tu asunto, Hawkins. Tu rutina conmigo ya terminó. Lárgate y déjame entrenar a mis chicas.

—¡Que las dejes tranquilas!

—Son mis alumnas.

—¡Exacto! ¡Alumnas, no títeres! —Se eleva una ola de susurros por parte de las otras chicas —. ¡Harás que se mate como la chica de mi generación!

Winslet abre los ojos impactada solo un segundo, después frunce los labios y recupera la postura firme que la caracteriza.

—Si no te mantienes al margen de mis clases, iré directo al consejo y sabes lo que pasará — dice sin más, y son como palabras mágicas, porque de pronto la postura de Nerea cambia y ya no hay decisión, solo resentimiento.

Me mira apenada, me da un apretón conciliador en el hombro y se va a los vestidores dejando una estela de murmullos y gestos de sorpresa.

¿Qué es eso tan malo que pesa sobre Nerea para que logre mantenerla callada? ¿Y quién es la chica de la que habló? Nunca escuché nada certero, solo rumores.

Winslet me lanza una ojeada gélida y el corazón se me acelera, mi cuerpo se tensa preparándose para lo que se avecina. Conozco esa mirada; ahora será peor.

No me equivoco: para el final del ensayo, no siento las piernas ni los brazos y no sé dónde tengo la cabeza y dónde el estómago. Cuando Victoria me aborda en los casilleros, sé que esto no se ha acabado. Ventilará conmigo cualquier cosa que la esté molestando. Como siempre. La relación que compartimos nunca la ha detenido para humillarme.

—¡Debería hacer que te expulsen! —me grita a la cara mientras yo permanezco de pie como una esposa maltratada—. «Técnica perfecta», dicen. ¡Es pura mierda lo que haces! ¡Tan buena que se supone eres y no puedes hacer las piruetas correctamente!

Noto la ira que irradia su cuerpo y le come los ojos oscuros como pozos.

—¡Tengo estudiantes en primaria que lo hacen mejor que tú!

Lo resisto, lo aguanto, me lo trago. Lo tomo todo. Todos sus insultos, sus desplantes y sus groserías. Lo tomo porque quiero demostrarle que puedo hacerlo mejor, que soy mejor.

—Ninguna compañía va a contratarte con esa técnica de mierda ni con ese cuerpo. No eres suficiente para llenar ninguno de sus estándares. No tienes suficiente talento.

Lo tomo, pero no es justo. «No es justo, no es justo».

—Sin mi recomendación —continúa, siseando como una víbora— no serás nadie, no irás a ninguna parte. Puedes olvidarte de Sídney, de París, incluso de Nueva York. Solo mírate: nadie aceptaría jamás a alguien tan torpe y descuidado como tú.

Lo tomo. Lo acepto. Me lo trago sin chistar.

—Noto que subiste de peso. ¿Por qué no puedes mantener la dieta? ¿Te vencen las ganas de comer, pequeña cerdita? —Me toma del mentón con rudeza y me suelto con desdén.

Emite una risa cruel.

—Si sigues cometiendo estos estúpidos errores, te enviaré de vuelta el establo lleno de mierda en Texas del que saliste arrastrándote, ¿me entiendes? —Vuelve a acecharme, y por mucho que intento desconectarme, no lo logro.

Los ojos me escuecen, pero me armo de valor y no lloro. No frente a ella.

—Eres un desperdicio de oxígeno, un desperdicio de tiempo. Un desperdicio de talento.

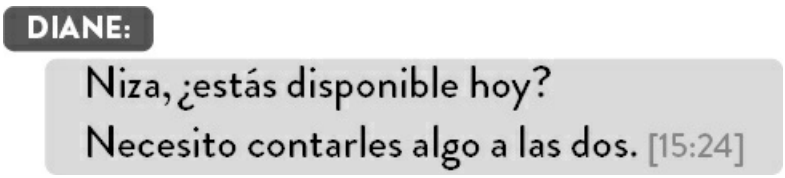
Logro desvanecer el ruido. Sigue ahí, lacerante, pero mi cerebro lo aturde. Lo reprimo hasta que se manifiesta en algo más, en una inseguridad nueva. Cada insulto me pesa más en la espalda y se me entierra profundo en el estómago cual cuchillo, pero nunca, nunca, nunca dejo que mi cara lo muestre, por mucho que duela.

Soy una profesional en esto.

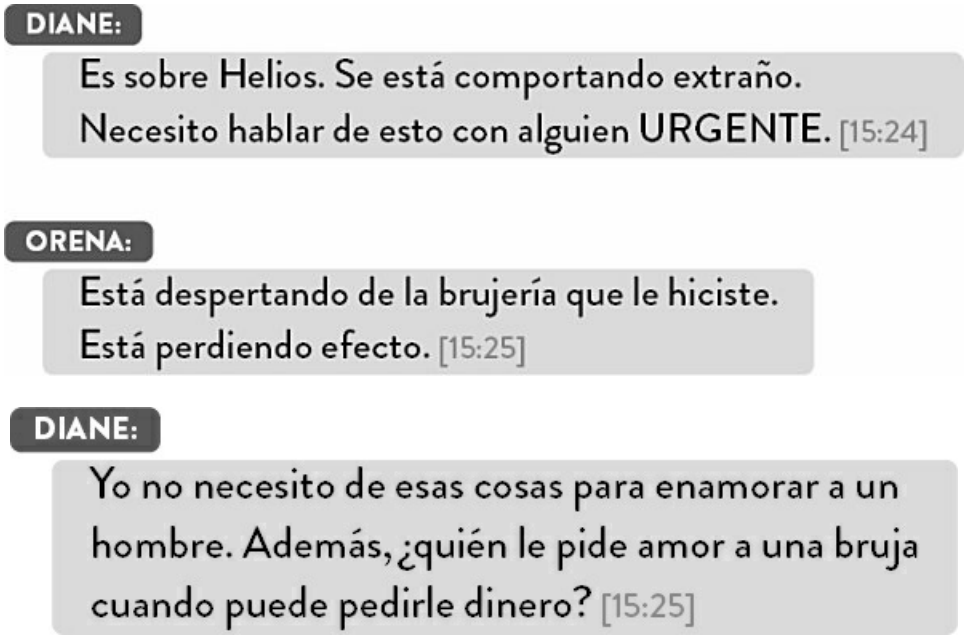
***

Después de llorar por media hora y de recordarme la importancia de mi dieta, me aplico una capa de maquillaje para dar mi mejor cara al mundo.

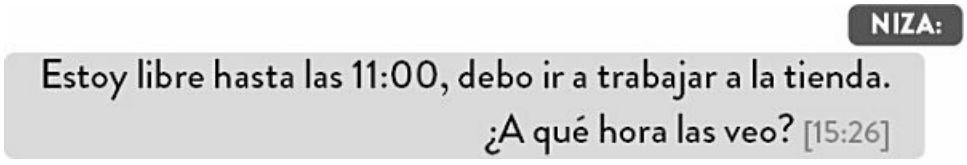
Camino sin ganas por los pasillos de ACA hacia mi clase de Rítmica y me detengo un segundo al notar el vibrar en mi bolsillo. Extraigo el móvil y leo el mensaje de Diane en el grupo que compartimos con Orena.



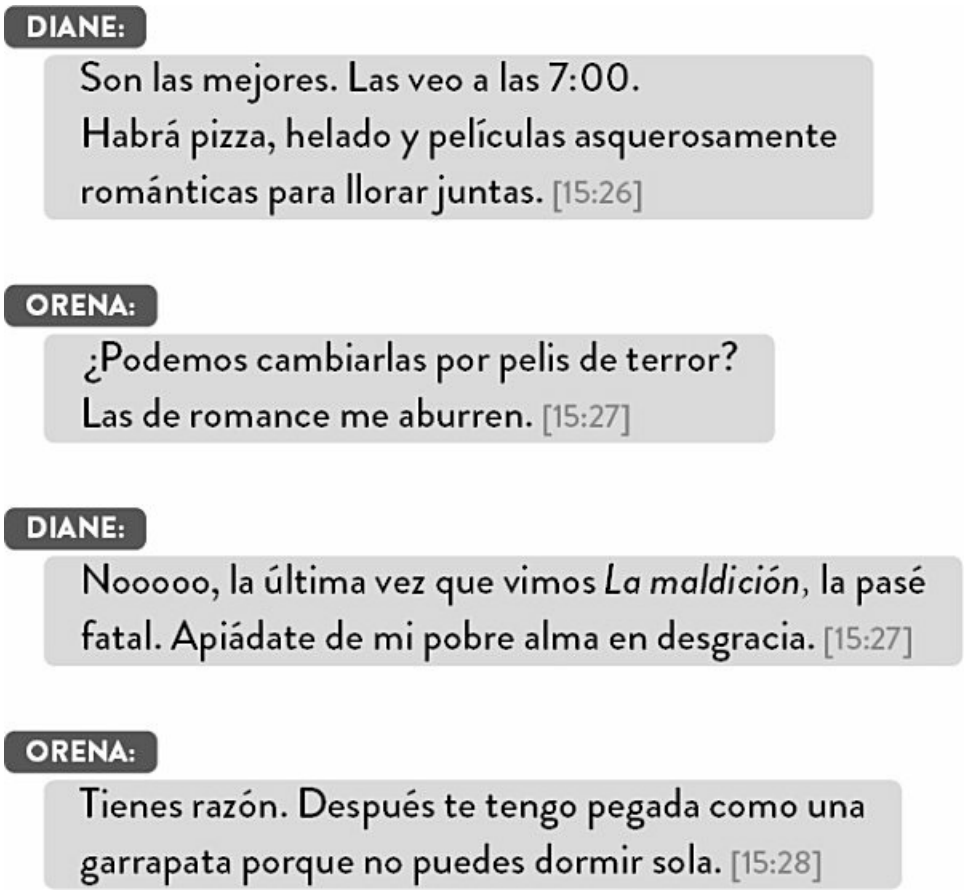
Suspiro con pesadez. Estoy tan cansada que solo quiero llegar a mi dormitorio y esconderme bajo las sábanas por el resto de la eternidad, pero su siguiente mensaje despierta mi lado chismoso.



Eso me hace reír y mi reticencia a socializar aminora. Tal vez pasar tiempo con ellas me haga sentir mejor.



Diane responde enseguida con un montón de emojis de corazón.



Bloqueo el móvil y las dejo discutir solas.

Aumento el paso para llegar a clase en los últimos dos minutos que tengo, y justo cuando estoy por doblar la esquina del pasillo, me toman del brazo y me arrastran a uno de los salones de música antes de que pueda reaccionar. Es de esos espacios que la nueva administración está remodelando y se usa poco, a juzgar por los botes de pintura y el plástico que cubre el suelo. Me tomo un segundo para registrar mi entorno, pero es la persona que tengo enfrente quien provoca que el corazón se me dispare.

—Ryan.

Me regala una enorme sonrisa. Con tantas cosas que ocurren a la vez, olvidé por completo la existencia de este acosador. No se había acercado desde que Clay se deshizo de él.

—Tiempo sin saber de ti, bonita —musita con tono feliz.

—Y justo así debe seguir. —Intento huir, pero su cuerpo se interpone en el camino.

Lleva una camiseta gris, unos vaqueros y esa expresión mezquina que no me gusta. Es atractivo con esos ojos azules, la mandíbula definida y el cabello claro. Lástima que el físico no compense su actitud agresiva e insistente.

—No contestas mis llamadas ni mis mensajes. No me habrás bloqueado, ¿o sí? —Sus ojos muestran recelo, pero no permito que me intimide. Ya he lidiado con él antes sin salir lastimada; esta ocasión no tiene por qué ser diferente.

—Sí, precisamente.

—Auch. —Se toca el pecho—. ¿Por qué? Creí que nos gustábamos.

Frunzo el ceño, asqueada.

—Estás delirando, Ryan. No nos gustamos. Al menos tú no me gustas a mí.

Intento retirarme y vuelvo a fallar cuando me toma de los hombros y me empuja con poca delicadeza contra el escritorio que tengo detrás. Mis alarmas se disparan y los sentidos se me agudizan como si estuviera en presencia de un depredador.

—Creo que estás evitándome. ¿Por qué?

—Porque no tengo nada que decirte. Lo nuestro empezó y murió en la primera cita; entiéndelo y supéralo, por favor. Y deja de acosarme. Esto me está cansando. —Intento sonar firme aunque el miedo amenace con quebrarme la voz.

Ya he tenido un día lo suficientemente malo como para que él le ponga la cereza al pastel. Solo quiero llegar a mi clase y olvidarme de todo.

Trato de pasarlo para salir, pero me detiene. Le sostengo la mirada desafiante con la poca energía que todavía poseo, pero no se inmuta y el miedo me crece como una bola de nieve gigante en el estómago.

—Niza, por favor. Me gustas mucho. —Sus palabras son sinceras, pero su semblante me aterra—. Dame otra oportunidad para demostrarte que podemos funcionar.

—No tengo tiempo para novios, Ryan. En serio, lo siento, pero…

Deja la amabilidad de lado y su cara se endurece.

—Ya. No tienes tiempo para novios, ¿pero sí para Hawthorne?

Abro la boca impresionada cuando lo saca a colación.

—¿Qué?

—Interrumpió nuestra charla la última vez por una razón. ¿Estás dejando que te coja?

—¡No!

—¿Por qué él sí y yo no? —Me toma de los hombros enterrándome los dedos en la piel y me sacude el cuerpo con violencia.

—¡Estás loco! —Trato de zafarme, pero su fuerza supera la mía.

Tiene los ojos enrojecidos y muy abiertos, como un desquiciado. El temor me gana, el cuerpo se me paraliza y no sé qué hacer.

—¿Es porque te gusta cómo te coge? —increpa—. ¿Es tu novio?

—Ryan, no tengo nada con Clay, y aunque lo tuviera, no te importa —hablo a través del miedo que me provoca.

Los tipos como él suelen darse por vencidos, pero es la primera vez que alguien traspasa tanto la línea como para tocarme de esa manera. Lo miro aterrada y su expresión determinada no flaquea.

—Me estoy cansando de tus juegos, Niza.

—¡No estoy jugando a nada!

—Te dejas coger por el hermano de Bryce, pero a mí, que te he tratado bien y te he buscado, me lo niegas. Yo también tengo dinero, ¿sabes?

—No me importa si tienes dinero o no, Ryan. Por favor, déjame ir, solo… déjame ir, ¿de acuerdo?

Hay una mezcla de ira y malestar en su cara que me hiela la sangre.

—¿Qué tiene él que no tenga yo?

El corazón se me acelera. Estoy cada vez más asustada y adolorida por el agarre que ejerce en mis brazos.

—Ya te lo dije: no tengo nada con Clay. Ni con él ni con nadie. No es mi novio.

—Entonces, ¿qué son? ¿Qué eres? ¿Su puta?

Es ahí que actúa y el pánico me cierra la garganta. Sus dedos vuelan hacia mi sudadera y la abren con brusquedad, bajándomela a tirones de los brazos. Lanzo un grito que él ahoga tomándome de la barbilla y metiéndome la lengua en la boca a la fuerza. Intento apartarlo sin éxito y la desesperación crece. Sus labios toscos y erráticos me ahogan.

—¡Suéltame! ¡Suéltame ahora! —Boqueo al separarme.

—¿Por qué no me aceptas? —replica jadeando, esforzándose por mantenerme en el lugar—. Yo soy mejor que él. Solo déjame demostrarlo.

Me entierra los dedos en la nuca con brusquedad, me busca la boca y fuerza otro beso. Le golpeo el pecho, los hombros, cualquier parte que me permita el poco espacio que me deja el férreo abrazo en el que me tiene atrapada. Su erección golpea mi vientre a pesar de mi resistencia y el temor es una mancha que lo cubre todo.

Cierro los ojos con repulsión cuando me estruja uno de los pechos sobre el leotardo y la sensación de asco e impotencia crece al notar que su mano roza mi centro, sobre la tela de mis pantalones deportivos. Es tan repugnante que las arcadas me ganan, la desesperación me embosca y termino mordiéndole el labio con todas mis fuerzas, arrancándole un aullido doliente. Tomo ventaja de su distracción y le asesto un rodillazo en la entrepierna. Se dobla haciendo muecas.

Lo contemplo aturdida, con el miedo, las ganas de llorar y la ira que se mezclan.

—Hija de puta —masculla entre dientes.

Permanezco de pie en el umbral mientras se retuerce de dolor, hasta que todo llega a mí de golpe: lo que acaba de hacerme, la manera en que me atacó a pesar de mis ruegos y mi insistencia, lo que estuvo a punto de pasar.

Las lágrimas se congregan detrás de mis ojos. Los sucesos del día me rebasan y me entierran como un montón de piedras. No lo pienso y salgo corriendo presa del terror.

12 | Arrière

Niza

Diane me ofrece el hombro mientras Orena me acaricia la espalda en un gesto conciliador.

Después de pasar las últimas horas hablando de las sospechas que tiene Diane sobre el posible engaño de Helios y de repetirle que lo mejor es que hable con él para aclarar las cosas, pasamos al tema de Orena y por qué no confía en los hombres.

Por mi parte, intenté guardarme el resto de la tarde lo que sucedió con Winslet y Ryan, hasta que, luego de no soportarlo más, terminé escupiendo al menos una parte de este horrible día.

Les cuento sobre las demandas interminables de Winslet, sobre sus gritos y amenazas. Me prometo no volver a llorar, pero antes de darme cuenta lo estoy haciendo otra vez. Hablo de lo que ocurrió en el estudio, pero no menciono nada del incidente con Ryan, aunque me hace llorar con más amargura.

—¿Por qué no lo dejas? Sufres demasiado —sugiere la castaña con voz suave.

«Sabes que no puedes dejarlo. Sabes que no puedes hacer nada más», recalco para mí, frustrada.

—No sabes lo increíble que es la vida sin el *ballet* —dice otra vez, acariciándome el cabello con suavidad mientras lloro—. Es como respirar fácilmente por primera vez. Puedo hacer todo lo que quiera. Vestirme como quiera. Comer lo que quiera.

Sus consejos no sirven para alentarme. Al contrario, me hacen sentir peor. Me alejo de su hombro y me limpio las lágrimas con el dorso de la mano, recuperando un poco de compostura.

—Lo dices porque tienes un cuerpo perfecto.

—Y tú tendrías un cuerpo perfecto si ganaras unos cuantos kilos. —El rostro de Orena se tiñe de consternación—. Estás como… demacrada.

Tomo sus comentarios para almacenarlos en esa parte del cerebro en la que pongo las cosas que no escucho. No sé qué hora es, pero debería irme para empezar mi turno en la tienda, aunque estoy exhausta más allá de cualquier definición de cansancio.

—No voy a tener esta conversación con ustedes otra vez, chicas —digo agotada.

—¡Es que mírate! Eres más huesos que persona. —Diane señala mi brazo delgado—. No comes ni duermes porque entre tu trabajo en la tienda de tatuajes, los ensayos y los estudios no tienes tiempo. No descansas ni un segundo y no dejas de llorar. El *ballet* está matando a mi amiga y yo no quiero quedarme sin ella.

Sorbo por la nariz e intento ignorarla.

—Por favor, por favor, te doy lo que quieras, pero renuncia —suplica con los enormes ojos

verdes que destilan preocupación—. No puedo verte así un día más.

—Diane tiene razón; no queremos perderte por culpa de algo que no vale la pena.

—No digan tonterías. —Me pongo en pie una vez que me he compuesto lo suficiente—. Llegaré tarde al trabajo si no me voy ahora.

La mentira me sabe rara en la boca. La voz se me tensa porque son apenas las 10:00. Aún falta una hora para mi turno.

—Niza, no puedes con esto. No puedes con todo —insiste mi amiga, y el fastidio no tarda en convertirse en algo más destructivo.

—No me hagas un numerito ahora, Diane.

—Te lo decimos porque te queremos —acota Orena—. Odiamos verte así. Renunciar no está mal, no si te está dañando así.

—Si crees que esto es un numerito, Niza, entonces…

—¡No necesito esto de ustedes! —exploto—. ¡Estoy dando todo de mí para seguir aquí! —Tienen cara de susto, pero no me detengo—. ¡No las necesito pegadas a mi espalda todo el tiempo, diciéndome que no soy suficiente!

Lo escucho de ellas. Lo escucho de Ryan. Lo escucho de Winslet. Lo escucho de todos. Niza, da más. Niza, haz más. Niza, trata más duro. Niza, no eres lo suficientemente buena. No eres suficiente. Nunca eres suficiente.

Ya no puedo soportarlo.

—Sé que somos muy insistentes, pero ¡te lo decimos porque estamos preocupadas por ti! —Diane se pone en pie, rodea la cama y me encara—. Solo déjalo. Hay mil cosas más por hacer allá afuera además del *ballet*.

Sus ojos están llenos de consternación, verdadera consternación, quizá porque son las únicas personas en el mundo que me conocen de verdad y genuinamente me aman. Y soy una maldita por liberar mi frustración contra ellas, pero ¿a quién más puedo gritarle sin quemar puentes que tal vez necesite cruzar algún día? ¿Quién más me perdonaría por ser tan hija de puta?

—No necesito su preocupación —musito con desdén, metiendo los pies en un par de Converse.

—¿Sabes lo que estás haciendo? ¿Sabes lo que te estás haciendo al no comer? ¿Al extralimitarte tanto en los ensayos? ¿Al trabajar en mitad de la noche en una tienda de tatuajes? —grita, desesperada—. Niza, te adoro, pero te estás matando. ¡Te matarás si sigues presionándote así! El *ballet* solía ser algo divertido, pero ¡la fiesta terminó!

Tomo mi bolso y me lo cuelgo al hombro. Abro la puerta, ellas me siguen de cerca y me detengo para lanzarles una ojeada férrea por encima del hombro.

—Nadie dijo que alcanzar la perfección fuera un camino fácil.

—¡Niza! —Las escucho gritar desde la entrada, pero es demasiado tarde, porque bajo las escaleras huyendo de mis amigas y de mis demonios.

***

—Sé que es temprano —digo al llegar a la tienda. Cuelgo el bolso y la sudadera en el perchero con hastío.

Clay me mira con las cejas enarcadas desde el mostrador por mi espectáculo. Debo lucir igual que un chihuahua rabioso: 0% intimidante, 100% ridículo.

—No me importa lo que digas. Guárdatelo. No marcaré mi entrada hasta las once; solo necesitaba irme.

La curiosidad se le nota en la cara, pero se abstiene de preguntar.

—Como sea —dice y regresa a la caja registradora.

¿Una cosa que me gusta de Clay?: él no se mete. En realidad, muy pocas cosas le importan lo suficiente para tener su atención por más de dos minutos. Miro alrededor: la tienda está desierta, a excepción de las voces que escucho en la parte de atrás, donde se hacen los tatuajes.

Es muy temprano para comenzar a limpiar. No se vería bien que limpiara si todavía hay clientes; los haría sentir incómodos. Así que me siento en la alta silla al lado de Clay. Todavía estoy enojada por mi discusión con las chicas y quiero pelear un poco más. Espero que comience a molestarme para descargarme, pero no parece interesado en pelear conmigo. Está callado mientras cuenta el dinero. Los dedos fuertes y ágiles se deslizan con rapidez entre los billetes y los labios se mueven silenciosos mientras los organiza por denominación. Me embelesa con facilidad, así que debo recordarme de vez en cuando no parecer tan interesada en él.

—Ganan mucho dinero, ¿no? —indago, solo para hacer conversación. El corazón comienza a ralentizarse y la adrenalina a abandonar mi cuerpo, pero eso no es bueno, porque una vez se vayan todos tendré una tienda entera para limpiar yo sola.

—Sí, somos la única tienda por este barrio.

—Pensé que dirías que son la mejor tienda.

Se gira. Me mira.

—No quería sonar arrogante resaltando lo obvio.

—Por tu lógica, también podrían ser la peor tienda, ya que son la única.

Sonríe.

—Por favor, no arruines mi buen humor.

Clay es muy atractivo. Puedo entender por qué Eridan dice lo que dice sobre él. Es todo ángulos, líneas duras y matices oscuros, igual que sus tatuajes. Me hace sentir algo que otros amigos jamás me han hecho experimentar. Tal vez pedirle que fuéramos amigos no fue mi movimiento más natural, pero sí el más inteligente. Al menos así, como amigos, puedo mantener las cosas en un terreno que sí conozco, algo que no puedo hacer con todo lo que me hace sentir cuando estamos en un plano más íntimo.

No puedo creer que me atraigan los de su tipo: ropa oscura, tatuajes y humor agrio. Debí golpearme con la barra de soporte alguna vez, porque no soy una bailarina con gustos normales, pero no puedo detenerme. Es como una luz que atrae a una inocente polilla.

Reparo en sus anchos hombros y en sus brazos marcados llenos de tatuajes, la camiseta oscura que se le ajusta al cuerpo definido. Bajo la vista hasta esos vaqueros desgastados que esconden un trasero bien for… «Alto ahí, vaquera. Estás entrando en terreno peligroso», me detengo, sintiéndome sucia, porque la imagen de Ryan y lo acontecido con él en el aula de música se me viene a la cabeza y toda la calidez que comenzaba a hervir en mi cuerpo se congela con una ventisca de repulsión.

—¿Por qué llegaste tan temprano hoy? ¿Tenías ganas de verme? —pregunta con un destello de travesura en los ojos.

—Deberías ir a revisarte con un psiquiatra. Los delirios no son normales —respondo con un mejor humor.

—¿Yo soy el que tiene delirios? Pero si tú eres la que no deja de mirarme.

—Porque no hay otra cosa que mirar —me defiendo, aunque su observación me hace sentir

expuesta.

—¡Oye, Clay! —un chico lo llama a través de una de las cortinas, interrumpiendo nuestro ejercicio diario de molestarnos.

El tipo se acerca desde el pasillo y noto que lleva el cabello rapado a los lados y teñido al centro de azul oscuro, tatuado hasta el cuello y con más *piercings* encajados que un joyero. Es atractivo.

—Deja de coquetear y ayúdame con este diseño —masculla, medio en broma, medio en serio —. Voy a dibujar esto en una pierna mañana por la noche y no me convence.

Clay suspira como si fuera una tortura para él. Toma todo el dinero, le pone una liga y lo mete en la caja.

—No toques nada —me ordena severo y su tono mandón empieza a gustarme más de lo que debería.

Paso el tiempo mirando a todos lados con interés. Hay personas de todas las formas, colores y tallas que vinieron a inmortalizar algo que les importa.

Para el momento en que son casi las once, todos se preparan para irse, incluyendo a Carter, que me saluda con una sonrisa. Hay una chica que también tatúa y se ve genial con esos diseños en los brazos y ese cabello rosa chillón. Hay seis tatuadores, incluyendo a Clay, en la tienda y es la primera vez que los veo a todos juntos. Eventualmente se van y mi némesis emerge junto al otro chico de los *piercings*. Bajo de mi silla y marcho hasta el clóset de limpieza para sacar mis cosas.

—Así que tú eres la nueva chica de limpieza, ¿eh? —pregunta con una sonrisa. Es atractivo, sí, pero comparado con Clay ni siquiera es una competencia.

—Hola —lo saludo cordial.

—Eres linda. ¿Cómo te llamas?

—Soy Niza. Un gusto. —Estiro la mano con una sonrisa.

—Klein —replica—. El placer es todo mío. Asistes a ACA, ¿cierto?

—Sí, ¿es tan obvio?

Se encoge de hombros.

—Solo un poco. Además de trabajar aquí, también soy mesero en el Sax Poison. ¿Te suena?

Miro a Clay fugazmente, que sigue concentrado en la registradora.

—Sí, he estado ahí alguna vez, pero estudio *ballet*, no tengo tiempo para salir mucho.

—Bueno, tal vez logre que cambies de parecer y salgas más, guapa. —Me sonríe con picardía y no sé en qué momento Clay nos alcanza, se hace al lado del chico y le da un golpe en la nuca.

—Deja de coquetear —me dice y se dirige entonces a él—. Y tú lárgate de una vez.

—No eres mi jefe —espeto levantando el mentón y pasándole al lado digna con mi aspiradora.

—¡Así se habla! —me felicita Klein—. Gusto en conocerte, Niza. Espero verte de nuevo por aquí. —Me guiña el ojo, toma sus cosas y se va.

Cuando todos se marchan, quedamos solo Clay y yo, otra vez.

—No coquetees con Klein. —Es lo primero que dice, la voz modulada pero tensa.

No tengo interés en él, pero la curiosidad por saber de dónde deriva su comentario me gana.

—¿Por qué?

—Porque no terminará bien. Es un rompecorazones.

Resoplo mientras aspiro alrededor de la sala de espera y, por pura diversión, decido

molestarlo.

—De acuerdo, me estás diciendo que coquetee más con él. Entendido.

Me atrevo a levantar la vista hacia donde él está, detrás del mostrador, y las pulsaciones se me disparan por la manera oscura e intensa con que clava sus ojos en mí. Es tan avasallador que no me atrevo a mover un músculo.

—¿Por qué? Si te dije que no lo hicieras.

—Es de primero de psicología que, si le prohíbes a alguien hacer algo, obviamente lo hará.

—Entonces, si te dijera que coquetearas con él, ¿no lo harías?

—Puede ser.

Esta vez no me atrevo a levantar la mirada, aunque siento la suya sobre mí como una pesa. Un silencio se instala entre nosotros después de eso; la aspiradora es el único sonido que llena la estancia, acompañado de los clics de la registradora.

La mujer exhausta y llena de ira se desvanece poco a poco, hasta convertirse en un recuerdo lejano.

—¿Por qué no comiste hoy?

La pregunta me pilla con la guardia baja y me crispo.

—¿Cómo sabes que no comí?

—Es de primero de CSI engañar al asesino haciéndole creer que sabes lo que hizo para que confiese —imita mi tono soberbio con burla.

—Lo siento. —Es lo único que atino a decir. No se me ocurre nada más para justificarme.

Clay apoya los brazos en el cristal de la recepción y los ojos grises se le suavizan, revelando una emoción que no puedo descifrar.

—¿Qué dijimos sobre las disculpas?

Sale del mostrador, se acerca y me ofrece una paleta. Sonrío. Creo que esto se convertirá en una costumbre entre nosotros. Estoy por tomarla cuando la retira.

—Si quieres tu premio, tendrás que ganártelo.

—¿Ganármelo? ¿Cómo? —digo tras una breve vacilación.

Caigo en que está haciendo eso otra vez. Está mirándome la boca. Sus ojos de hierro son lentos en volver a los míos. Se aleja y siento el pinchazo de la desilusión, uno que no debería sentir si se supone que somos amigos. Marcha hacia una parte del pasillo y abre la puerta de un pequeño refrigerador. Extrae algo de él y regresa. Me ofrece un batido proteico sellado y un sándwich envuelto en papel dentro de una bolsa Ziploc.

—Come.

Quiero llorar.

—¿Tú lo hiciste? No me hagas reír.

—No pretendo hacerlo. —Enarca una ceja, ofendido—. No soy un payaso, pero sí, lo hice yo. Para ti. Tienes que comer.

Algo cálido me aletea en el estómago por este simple gesto. Se gana una sonrisa. Últimamente se queda con casi todas. Apago la aspiradora y tomo lo que me ofrece para sentarme en la silla alta de antes. Abro la bolsa de plástico y comienzo a retirar el papel.

Me percato de lo poco que me apetece comer cuando reparo en el inocente sándwich y las palabras de Winslet me llenan la cabeza como flechas apuntando a mi apetito para asesinarlo. «¿Te vencen las ganas de comer, pequeña cerdita?». Tengo el estómago tan constreñido por las emociones del día que no podré probar bocado.

—¿Qué tal si primero me como la paleta?

—Primero comes. Después te doy el postre. —Su tono no da lugar a discusión.

—Bien, de acuerdo, tú ganas. Primero como —accedo a regañadientes.

Tomo un sorbo del batido y arranco un pedazo minúsculo del pan mientras me pregunto cómo me lo meteré en el estómago y lo mantendré ahí por más de cuarenta minutos.

—¿No vas a dibujar hoy? —Es lo que suele hacer cuando todos se han ido.

—Hoy no quiero. —Sus ojos grises se clavan en mí y algo diferente resplandece en ellos—. Lo que me apetece es verte comer.

—Me pongo nerviosa si me ven comer.

Suspira con dramatismo y se gira en su silla con los brazos cruzados.

—¿Así está bien?

Su actitud tonta me hace reír.

—Sí —digo solo para molestarlo y doy otro sorbito a la bebida.

—Ya. La vida me ha enseñado que no debo exigirle demasiado a ese cerebrito tuyo; puede hacer cortocircuito.

—El que sufrió el cortocircuito fuiste tú, ayer en la cena —me defiendo—. Pensé que habías tenido un derrame o algo. Y repetiste «amigos» como mil veces. Eres lento como un buey.

Mis palabras tienen efecto en él, porque noto cómo se le tensa la espalda.

—¿Qué te digo? No puedo tenerlo todo. Si ya tengo belleza, tener inteligencia es avaricia. —Gira un poco el rostro sobre el hombro, ofreciéndome una vista de su cincelado perfil.

—Hay algo que me gustaría recordarte… —Mi voz vacila un poco cuando se gira para encararme otra vez.

—Procura que sea algo que valga la pena, muñeca.

—Podrás tener belleza, Clay, pero si la gente fuera ciega, ¿a cuántos les gustarías?

Hay un toque irónico jalando de la curvatura de su boca.

—¿A qué hora tengo que llorar?

—A ninguna. Es solo para que no te creas tanto.

—Ya. No puedo con tanto dolor. —Se lleva una mano al pecho y pongo los ojos en blanco —. Pero te entiendo, dudo que pueda impresionar a alguien ciego.

—Bienvenido al club. Yo tampoco le gusto o impresiono a nadie. —Lucho por sofocar el pinchazo que la observación provoca.

Tomo otro minúsculo pedazo del sándwich para distraerme con algo cuando su voz llega hasta mí.

—A mí sí —suelta de pronto, suave y seguro.

Lo miro con los ojos muy abiertos.

—Estás mintiendo. Impresionar a alguien es algo que yo no puedo hacer.

Clay me regala una sonrisa que suaviza su expresión y me roba el aire de los pulmones.

—No sabes la facilidad que posees para impresionar a los demás, Niza.

Sus palabras me avivan y me hacen vibrar el estómago como a una colegiala.

Se guarda la paleta en el bolsillo, toma su libreta de diseños y se sienta en el sillón contiguo.

—Termina de comer. Luego tendrás la recompensa —ordena jovial, sin prestarme atención, mientras él se lleva toda la mía.

Durante la siguiente media hora no me habla ni despega los ojos de su libreta. Me como la mitad del sándwich y bebo lo que puedo del licuado. El estómago me ruge y hago respiraciones para mantener la comida en su lugar. Decido distraerme limpiando, así que tomo las cosas que necesito para pulir las ventanas de la tienda. Clay está inmerso en lo que hace. Escucho el

rasguño del lápiz sobre el papel y me invade la curiosidad por saber qué está dibujando. Por mucho que Clay me irrite como persona, me fascina como artista.

Me concentro en limpiar y eliminar las imágenes de Ryan encima de mí, la sensación de sus manos tocando lugares que no debería y los insistentes gritos e insultos de Winslet, cuando siento que la comida me sube por el esófago.

No puedo vomitar ahora.

—También lloraste —señala de la nada y me pilla por sorpresa.

Dejo de limpiar las puertas de cristal y lo encaro. El corazón se me compunge y considero mentir, pero la idea desaparece al caer en la cuenta de que, para mi bendición y desgracia, Clay me puede leer mejor que cualquiera.

—No fue por nada importante —murmuro en su lugar.

—Si no fuera importante, no te haría llorar. —Me mira por encima del borde de su libreta.

Está a la expectativa, como si quisiera conocer todas las razones por las que he llorado en la vida.

—Soy bailarina —me excuso sin más.

—Eres un dolor en el culo, más bien —me corrige en un tono que intenta ser una broma, pero no alcanza—. Dime por qué lloraste.

—Ya pasó —hablo a pesar del nudo que comienza a formarse en mi garganta.

Clay deja a un lado la libreta y pone toda su atención en mí; su mirada inquisidora e invasiva, como si quisiera ver a través de todas mis capas.

—No te juzgaré si me dices. Después de todo, no sé nada de tu carrera.

Me muerdo el labio, vacilante, pero decido creer en él. Es justo lo que necesito: ser escuchada, no juzgada.

—Estoy cansada —confieso con un hilo de voz—. Mi instructora me exige demasiado. Para ella, nada de lo que hago está bien, nunca nada es suficiente. Es como si corriera con todas mis fuerzas todo el tiempo, pero jamás llegara a la meta. Nunca cumplo con las expectativas de los demás. No soy suficientemente buena.

La barbilla me tiembla y lucho por reprimir las lágrimas que se amontonan detrás de mis ojos. Una parte de mí ha dejado de percibir ese peso que me lapida después de exteriorizar esos pensamientos, mientras que la otra teme que Clay reaccione de la misma forma que Diane y Orena, aconsejándome dejar algo que amo.

—Tú y yo ya hablamos de esto, ¿recuerdas? Cuando estuviste en el Sax Poison.

Asiento al recordar nuestra primera discusión.

—Cuando nos dimos cuenta de que ambos éramos unos hipócritas.

—Ajá —afirma—. Entonces, si sabes la verdad, ¿por qué te sigues mintiendo a ti misma? ¿Por qué sigues diciendo que lo amas cuando no es así?

Sus palabras se sienten como una bofetada y me hacen escocer todo el cuerpo con irritación. Ya, era demasiado pedir que no se comportara como mis amigas. Clay es solo otra persona más que no me considera suficiente para seguir con esto hasta el final.

—Que no ame el *ballet* como antes no significa que vaya a dejarlo. Es mi sueño; no voy a abandonarlo.

—Sí, es tu sueño, pero te está consumiendo. ¿Qué parte de ti cumplirá el sueño si no queda nada? Si no puedes con el *ballet* o con este trabajo, deberías renunciar, por tu bien.

«Si no puedes». Si no puedo. Siempre es eso, el no ser capaz, el no poder, el tener que demostrarles constantemente a los otros que soy más de lo que aparento, que sí merezco las

cosas. Que sí soy capaz de cumplir las expectativas. Todos esos pensamientos avanzan como proyectiles, rompiendo el precario control que logré reunir desde mi discusión con las chicas, y es justo lo que me hace explotar con mayor fuerza.

—¡Puedo manejarlo!

—Sí puedes, pero debes descansar.

—¡Necesito que la gente crea que sí puedo! ¿Por qué no me creen capaz? —reprocho alzando la voz y tiro al suelo la toalla con la que limpiaba las puertas.

Me mira sorprendido por mi violenta reacción, pero no quiero guardármelo. Ya no quiero guardarme nada.

—Niza, no está mal reconocer que no puedes manejar algo.

Llego hasta él en dos zancadas y me pongo de puntillas para gritarle a la cara. Se incorpora y me encara.

—Dios, ¿quién eres para decirme lo que puedo o no puedo manejar?

—Nadie, ni tampoco pretendo hacerlo, pero es algo obvio.

—Hago este trabajo bien. Este lugar se estaba viniendo abajo antes de que me contrataran y ahora está tan limpio ¡que podría comer del piso!

—Nunca dije lo contrario.

Aviva mi furia como la leña a una hoguera con cada palabra dicha de forma controlada, impertérrita, como si él fuera mejor que yo, como si pudiera darme lecciones de vida.

—¿Cuál es tu problema? ¿Por qué estás siempre sobre mí? ¡Déjame en paz!

—Tranquilízate. Parece que estás a punto de derrumbarte.

Me siento mareada. Mareada y frustrada y furiosa. Tengo ganas de vomitar y me odio y estoy estresada, pero más que todo, estoy agotada.

—¡Lo escucho de todos! —grito y me echo a llorar como una niña desolada.

Me derrumbo. Me vengo abajo justo de esa manera en que una bailarina no tiene permitido.

—¡Todos me dicen todo el tiempo que no soy lo suficientemente buena! Que debo renunciar, que no puedo con esto o aquello, que soy inútil. ¡Estoy harta de eso! Ni siquiera me conoces Clay. ¡No me conoces!

La desesperación me rebasa y las emociones me ganan. Me duele tanto el pecho que no sé cómo respirar, así que solo lloro, lloro y lloro hasta que siento que nada pesa.

—¡Necesito este trabajo! No importa si me canso, porque lo necesito. Nadie va a ayudarme en esto; debo hacerlo todo yo. Debo demostrarles a todas que soy mejor, debo demostrarle a Winslet que me merezco la beca para obtenerla de nuevo, que sí lo valgo, ¡que sí valgo algo!

No sé qué estoy diciendo ni lo que está pasando, pero sigo, sigo porque ya no puedo con todo lo que llevo dentro.

—Debo demostrarle a Ryan que sí soy algo, que merezco que me respete. Merezco respeto, Dios, ¿por qué me tocó así? —Estoy tan desesperada que me tomo del rostro, queriendo arrancármelo junto con esa piel mancillada—. ¿Por qué me tocó, aunque no quería que lo hiciera? ¿Por qué nadie me escucha? ¿Por qué me tratan como menos que a una persona? ¡Soy una persona!

Esta explosión no es solo por Clay. Él no es la causa de mi ira, ni mucho menos, pero es el escape. Entre las lágrimas, miro su cara descompuesta en un millón de emociones y no lo veo como a una persona. Veo reflejadas las miradas de reprobación de Winslet, los mohínes de disgusto de Eridan, la lascivia de Ryan, la preocupación de Diane y Orena.

Y me veo a mí, insuficiente.

—Niza, tranquila. Está bien. Estás bien, estoy aquí, estoy aquí contigo. —Me toma de los brazos y me estrecha contra su pecho; su aroma me invade—. Te vas a desmayar otra vez si sigues... Cálmate.

—Yo solo… solo… solo… —Me ahogo y tengo que forzar las palabras entre el llanto—. Solo quiero descansar. Quiero parar por un segundo, que el mundo pare por un momento. Quiero respirar.

Lloro con ahínco, con más sentimiento, dejándolo todo en forma de lágrimas sobre su camiseta. Debo parecer una loca en este momento y no me importa. Esto me gana y solo quiero sacarlo. Quiero respirar y no lo consigo. Le agradezco el tacto, agradezco sus brazos alrededor de mí, sosteniéndome como columnas de hierro para evitar que termine de caer y desplomarme. Agradezco su presencia, agradezco su abrazo, que mantiene mis demonios lejos.

Seguro luzco penosa, patética. Él permanece sin chistar, sin palabras bonitas, apenas comprendiéndome mejor que nadie. Juro que me comprende; no sé cómo, pero lo hace.

No sé cuánto tiempo permanecemos así, de pie; Clay abrazándome con fuerza para mantener unidas mis piezas mientras yo me rompo una y otra y otra vez. No se queja, no dice nada sarcástico ni recalca lo penosa que soy, solo se queda conmigo mientras yo vivo mi catarsis en sus brazos.

Cuando me calmo un poco, el pecho aún moviéndose errático e hipando por el llanto, suelto su camiseta y noto que uno de sus brazos todavía se aferra a mi cuerpo mientras me acaricia el cabello. «¿Cuándo me ha soltado el moño?». Nos movemos juntos hasta sentarnos en el sillón; su brazo no me suelta y mi cabeza sigue apoyada en su hombro. Su aroma familiar me tranquiliza.

—Duerme —me pide, pero me niego, temerosa de enfrentar al mundo—. Niza, duerme.

Niego moviendo la cabeza.

—Tengo que limpiar —musito con voz estrangulada.

—Claro que no, solo recuéstate, no le diré a Carter.

—Pero…

—Por favor.

Hace el ademán de soltarme y levantarse, pero lo tomo del brazo. Me mira extrañado.

—No te vayas. Quédate.

—No iré a ningún lado. Seguiré aquí. Solo quiero que te recuestes.

Sacudo la cabeza, sintiéndome drenada y temerosa.

—Recuéstate conmigo. —La sorpresa le invade los ojos y es como un balde de agua fría que me hace ver lo mal que suena lo que acabo de decir—. Lo siento. No quise hacerte sentir incómodo, perdó…

Las palabras mueren en la lengua cuando él se recuesta en el sofá y me lleva consigo. Nos acomodamos hasta que su cabeza descansa en el reposabrazos, mi mejilla sobre su pecho. El corazón le late fuerte y férreo, un ritmo que funciona como un calmante natural.

No sé por qué se lo pedí, pero estar entre sus brazos me agrada, tranquiliza la tormenta que ruge en mi interior y me hace sentir que nada puede alcanzarme. Estiro las piernas hasta enredarlas con las suyas, todavía aturdida por el desahogo caótico que acabo de sobrevivir. Acaricia mi cabello con una delicadeza impropia de él, pero lo agradezco.

—Descansa.

No sé cómo lo consigue, pero en lugar de dormir, hablo. Hablo y hablo y hablo hasta que le cuento todo: sobre Eridan y Winslet, sobre la preocupación de Diane y Orena. Lloro hasta

quedarme dormida sobre su pecho, con su mano sosteniendo la mía mientras le cuento lo que hizo Ryan en el salón de música.

Cuando despierto a la mañana siguiente, estoy sola en el sillón y son pasadas de las 10:00, pero hoy no tengo ensayo. Una chamarra que no reconozco, aunque sí su aroma, me arropa. Miro la mesita de centro de la tienda y veo una bolsa junto a un jugo de naranja. Sobre la bolsa hay una nota.

«Cómetelo todo. Sabré si lo tiras o no te lo comes. Cursé primero de CSI, recuerda».

Sonrío y me pongo en pie para marcar mi salida. Es muy tarde ya para limpiar; espero que Carter no se dé cuenta de mi falta. Sin embargo, me llevo otra sorpresa cuando veo que hay otra nota pegada a mi tarjeta de entrada y salida.

«No te preocupes por el lugar, ya lo he limpiado yo. Me debes una paleta. Aquí tienes la tuya». Y observo el dulce al respaldo de la tarjeta. Es un sentimiento agridulce, pero me aferro a él.

13 | Trazo

Clay

Hago mi botella de agua a un lado cuando Diane se sienta en nuestra mesa, acompañada de Orena y Niza. La primera ocupa su lugar junto a Helios, mientras que las otras dos me flanquean, una a la izquierda y otra a la derecha.

No sé qué está pasando, pero esto me asusta. ¿Es algún experimento social? Las bailarinas no se sientan con nosotros. Nunca. Es una regla de oro. Mucho menos las regias señoritas perfectas como Niza Hess.

Intercambiamos una mirada cuando giro el cuello hacia ella. Está tan cerca que su aroma cítrico me invade con la misma potencia con que lo hizo dos días atrás, cuando tuvo su derrumbe en la tienda. El recuerdo me resulta agrio y me revuelve las entrañas. No quiero volver a pasar por eso, porque no deseo que ella, jamás, vuelva a sentirse de esa manera.

Me alegra no haberme topado con Ryan; le habría arrancado la polla con mis propias manos por atreverse a tocarla.

—Hola, cariño. —Diane le planta un beso sin pudor a Helios y él le corresponde, dando un espectáculo en primer plano de labios y lenguas y… ¿Acabo de ver amígdalas? Qué asco.

—No se preocupen: yo puedo ser la cama si quieren coger —se queja RJ frente a mí y pone una mano en la espalda de Helios cuando se inclina demasiado sin dejar de comerle la boca a su novia.

Diane sonríe contra los labios de su novio y se separan.

—En la cafetería se come comida, no personas —la reprende Orena.

—Envidiosa —dice la castaña con ojos resplandecientes.

—Vinimos aquí porque querías estar con tu novio, pero si no mantienes tus bragas en su lugar, nos vamos, ¿cierto, Niza?

Reparo en la pelirroja. Lleva su atuendo típico: leotardo, pantalones de ejercicio, calentadores de piernas, zapatillas de deporte y el moño ajustado sobre la cabeza. Pero hay algo distinto.

—Cierto. —Sonríe.

—Incluso la vibra se siente diferente aquí —señala Orena y pasa la vista por el montón de envoltorios y contenedores de plástico regados sobre la mesa, en conjunto con hojas de partituras y letras incompletas de canciones.

—Es el efecto de estar en la mesa de la gente *cool* —clama RJ con orgullo.

—De los raros, más bien —lo desalienta la morena.

—Estás con los Einstein’s Suckers, guapa. Siéntete afortunada.

Orena suelta una risotada.

—Por el bien de su dignidad, por favor, cambien el nombre de la banda. Ya no quiero que me asocien con ustedes. Da pena.

Río entre dientes.

—Lo mismo opino.

RJ me mira ofendido.

—¿Qué tiene de malo? Es un nombre original.

—Es horrible —salta Diane—. Opaca el talento que tienen.

—Si queremos triunfar, debemos romper esquemas, resaltar —rebate mi amigo.

—Sí, resaltar, pero no por tener un nombre ridículo —continúa Orena.

RJ se da por vencido y se centra en algo más.

—¿Te vas a comer eso? —Señala la manzana que está sobre la bandeja de comida de Niza y lo quiero matar.

Obviamente él desconoce lo difícil que es lograr que ella ingiera algo más que aire y agua.

—No.

—Sí —contrarío y me mira.

La irritación le flamea en los ojos almendra por un segundo.

—¿Sí o no? —presiona RJ.

—Puedes tomarla. —Se la entrega sonriendo—. Yo ya comí.

No le creo ni la primera letra. Veo la escena con malestar contenido, así que me le acerco al oído.

—Cómete el resto —le pido refiriéndome a la minúscula ensalada con dos rodajas de tomate.

Ella se acerca también.

—Te estás tomando muy en serio esto de darme órdenes. Que no se te suba: yo no tengo por qué obedecerte.

—Te lo estoy pidiendo. Por favor.

Me alejo un palmo para clavar mis ojos en ella y me sostiene la mirada sin doblegarse, aunque algo en sus ojos se suaviza.

—Por favor. —Gesticulo, y sus murallas ceden. Se lleva una hoja de lechuga a la boca y me tranquilizo al instante.

Niza debería ser irrelevante para mí, pero no lo es.

No sé por qué me importa tanto lo que Ryan le hizo, por qué me enfurece más allá de lo normal, pero el sentimiento está ahí, potente y demoledor. No sé por qué me afecta que se haya venido abajo en Ink the Mind, pero lo hace. No sé por qué me preocupa si come o no, si se excede en el esfuerzo o no, pero la consternación sigue ahí, latente.

Está mintiendo para complacer a los demás y me irrita, como la mayoría de las cosas sobre ella. Tal vez lo más irritante sobre Niza es el puto nivel en que la entiendo y en que quiero protegerla, porque sé cómo se siente tratar y tratar, nadar contracorriente sin llegar nunca a la orilla.

—Gracias, bonita —dice RJ mordiendo la manzana.

—No hay de qué —acota de buen humor, como si nada pasara, como si no se hubiera derrumbado hace dos noches en la tienda, como si no me hubiera gritado a la cara toda la frustración contenida por años y años, como si no hubiéramos dormido en el mismo sillón con las piernas enredadas y su cabeza en mi pecho.

Le regala a RJ una sonrisa brillante que no me creo y la escucho compartir, reír y comentar

como si nada. Noto entonces que está actuando, interpretando un papel. Yo conozco su cara real, no la que se pone para agradar a los demás. Aquí, frente a todos, no es Niza, la chica fastidiosa, terca y rara que friega pisos, limpia vitrinas y lanza frases raras. No. Es tiempo del espectáculo. Y es Niza Hess, la bailarina perfecta e inalcanzable. El objeto de envidia de las mujeres y fascinación de los hombres. Pulcra. Inmaculada. Compuesta. Inquebrantable. Y no me lo creo.

Hay belleza en los defectos. Belleza en el derrumbe. La otra noche en la tienda, cuando se abrió a sí misma y dejó fluir las emociones que contenía, Niza fue preciosa. Salgo de mis cavilaciones al sentirla cerca de mí, su aliento acariciándome la oreja.

—Gracias por el desayuno y por limpiar la tienda.

Asiento.

—Sobre esa noche, lo sient…

—No te disculpes —la corto—. Está bien. Me alegra que estés mejor.

Sus ojos avellana se encuentran con los míos y me mira a través de sus espesas pestañas. Joder, es como una puta muñeca viviente.

—Claro, ya lo hablamos. Lo sient… Digo, no, perdón. Quiero decir… Mierda —termina y suelto una risa.

—Vamos bien con tu entrenamiento de formular una oración coherente. Ya casi lo logras.

—Es porque me pones nerviosa.

—¿Por qué?

—Nunca sé qué esperas de mí.

—Nada, solo que no vuelvas a manchar de mocos mi camiseta, supongo.

Sonríe amplio y es genuino.

—Ah, y espero que esta vez sí me regreses mi chamarra en una pieza.

—Lo intentaré. Te la entregaré ahora.

—¿La llevas contigo?

—No. Sí. Espera.

—Adiós a todo el proceso de habla coherente.

Las mejillas se le enrojecen.

—Si sigues así, no te regresaré tu preciada chamarra. Igual se me ve mejor a mí —dice coqueta y hace que mi pulso aumente.

—Seguro te verías mejor sin ella —menciono sin ser muy consciente de lo que he dicho.

Contengo la respiración esperando su reacción de enojo, pero no llega. En cambio, sus ojos adquieren un tono más profundo e intenso.

—No creo.

—Podríamos ponerlo a prueba.

—Podríamos.

Esta chica me volverá loco.

Me inclino hasta quedar cerca de su oreja.

—¿Sabes? Ser tan descarada podría traer consecuencias.

Noto cómo se estremece y está a nada de replicar cuando alguien irrumpe nuestra charla.

—Entonces, ¿ustedes van? —pregunta Orena, y me percato de que todos nos miran expectantes.

Me remuevo incómodo y Niza es rápida en tomar distancia.

—¿A dónde? —pregunta ella.

—La fiesta de hoy. En el edificio abandonado a tres calles de aquí —se adelanta Helios.

—No creo. Hoy debo quedarme a ensayar hasta tarde y…

—¡Por favor! ¡Vive un poco! Es viernes —regaña Diane a Niza.

—En eso tiene razón, te saldrán arrugas y se te caerá el culo si no lo mueves para bailar —apoya Orena.

—Diablos, creí que Clay era el único amargado al que debíamos arrastrar a las fiestas —dice Helios, riendo.

—Y no hay poder sobre la faz de la Tierra que me haga cambiar de opinión —recalco.

—¡Vamos, Niza! Hace años no salimos las tres juntas —insiste Diane ilusionada.

—Fuimos hace poco al Sax Poison. ¿Eso no cuenta como salir?

—No como una fiesta. —Orena se lleva una papa frita a la boca con decisión.

Diane hace un puchero y Niza suspira.

—Iré solo si logran convencer a Clay.

Maldito gnomo de jardín. Es astuta. Bajo la vista hacia ella, fastidiado.

—¿Y a mí por qué me metes en tus problemas?

Encoge un hombro, disculpándose con una sonrisa llena de perversidad.

—Tengo más fe en ti que en mí.

La fulmino antes de dirigirme a los otros.

—No gasten saliva: no iré.

—Claaaaay —berrea Diane, estirándose sobre la mesa para tomarme de la mano. La retiro con brusquedad—. No seas malo, anda, vamos, quiero que Niza vaya con nosotros.

Hace un puchero que tal vez funcione con Helios, pero conmigo no hace ni un ápice.

—No.

—Vamos, hombre, serán solo un par de cervezas y ya está —interviene RJ apoyando al enemigo.

—He dicho que no.

—Pero Cla…

—No.

—Per…

—Solo queremos divertirnos un poco. Niza ha tenido una semana pesada; le hará bien distraerse —argumenta Orena y, diablos, tiene un buen punto.

—¿Y por qué me importa? —miento, haciéndome el duro.

—Porque tienes corazón, engendro del mal —me regaña, y río.

Al final, accedo a regañadientes.

—Bien —mascullo, y los chicos aplauden su victoria.

—¡Oye! ¡Eras mi mejor carta! —se queja medio en broma con ojos brillantes que me embelesan.

—Más te vale que le pidas permiso a Carter para faltar hoy —le digo cerca mientras los chicos no nos prestan atención.

***

La música me retumba en los oídos y reverbera en las viejas paredes del edificio que hospeda la fiesta.

RJ se apiada de mí y me entrega una cerveza que sabe a orines. Hago una mueca, la muevo

en la boca y la trago porque no hay más que hacer. Tampoco estoy tan aburrido como para ponerme a cantar «Need to Know», de Doja Cat, junto al montón de chicas que la entonan como un himno.

E.T. y Max también están aquí. Han venido con Helios y los he perdido entre la horda de chicas que los atacó apenas entraron. Al menos estamos ganando fans. Una chica está lo suficientemente desesperada como para hablarle al inútil de RJ y yo lo tomo como mi señal para salir de ahí. No veo a Niza por ningún lado y la punzada de traición me oprime el pecho. Tal vez decidió no venir después de todo. No la culparía; el lugar apesta a tabaco, marihuana, sudor y sexo. Es una fiesta de hormonas y frenesí. Me recuerda a un mundo del que me costó mucho salir y al que no quiero regresar.

Me abro camino entre personas ebrias, drogadas y calientes. Ya puedo vislumbrar la puerta, hasta que alguien se interpone en mi camino.

—¡Hola! ¿Qué tal?

Una chica que no conozco me sonríe. La ignoro y trato de pasarla de largo, pero vuelve a interponerse. ¿Está drogada o es idiota? Es bonita, tiene el cabello oscuro y largo, las facciones delicadas y un cuerpo delgado pero definido. Sé que la he visto antes en ACA, pero no puedo ubicar el gremio al que pertenece, ni tampoco me interesa hacerlo.

Intento salir y de nuevo me corta el camino.

—¿Necesitas algo? —pregunto alzando la voz sobre la música con hastío.

Su sonrisa flaquea un segundo. Extrae de su bolsito un cigarrillo.

—¿Tienes encendedor?

—No.

Estoy a punto de hacerla a un lado yo mismo cuando habla otra vez.

—Soy Eridan —Me ofrece la mano y vuelve a sonreír de manera exagerada—. Tú eres Clay, ¿no?

—Depende. ¿Para qué preguntas?

Se encoge de hombros y baja la mano cuando se da cuenta de que no voy a estrechársela.

—Solo para hacer conversación. Atendemos a la misma escuela. Soy bailarina.

—Vaya —digo sin interés.

Su buen humor se opaca por la indignación, que le atraviesa el semblante como un rayo, pero se recompone.

—Tú eres el hermano de Bryce, ¿cierto?

Ah, eso es todo. Otra más. La cuerda de molestia en mi cuerpo se tensa.

—Ajá.

La mirada se le ilumina.

—¿Bailas? Me encanta esa canción. —Estira la mano para tomármela.

La retiro con brusquedad.

—No —digo cada vez más irritado.

—Oh. —La decepción en su tono es evidente—. Está bien.

Cuando creo que se rendirá y me dejará en paz, vuelve a abordarme.

—Vine con unos amigos. Trajimos algunas cervezas, si quieres acompa…

—No me interesa. Tengo que irme.

—Pero la fiesta apenas empieza. ¿No te gusta la música?

—No es la música lo que no me gusta —la corto y aprovecho su sorpresa para hacerla a un lado y quitarla por fin del camino.

Llego a unos metros del marco de la puerta y parece que el mundo se empeña en mantenerme en la fiesta, porque es entonces cuando llega Niza junto a las otras dos Chicas Superpoderosas. Es la primera vez que la veo así y creo que me ha robado el sentido. La blusa de tirantes destella brillos plateados y la corta falda negra le estiliza las piernas, torneadas y firmes, rematadas con un par de zapatillas. El cabello va suelto, dejando libres sus rizos, y el maquillaje es mínimo, concentrado en los ojos.

Si me preguntan de qué color es el atuendo de Diane, no sabría qué responder. Hay una magia sutil en la manera de moverse de Niza. Atrae la atención de los demás sin esfuerzo y no permite que despegues la atención de ella: parece ser lo único en la habitación.

Parpadeo para quitarle la mirada de encima, enojado y frustrado. No debería sentir una atracción tan grande por Niza. De hecho, no debería ni siquiera interesarme. Está tan lejos de ser mi tipo que la situación es absurda, pero no puedo controlarlo. No eludo la necesidad que tengo de mirarla, con ojo artístico y carnal, porque es preciosa… pero me recuerdo constantemente que no debo quedarme prendado de ella cuando la veo. Me lo recuerdo hasta el cansancio, pero todo se va al carajo en el momento en que se muerde el labio y ese brillo incandescente le abraza los ojos miel al mirarme.

Me frustro porque me he quedado embelesado por ella. Otra vez.

Niza está frente a mí, nerviosa y fuera de su elemento, pero sonríe igual.

—Pensé que no vendrías —confiesa dándole un sorbo a su bebida.

—Tampoco es como si pudiera escapar. Estoy aquí por ti.

Me regala una sonrisa tímida y genuina.

—Parecías a punto de irte.

—Estaba a punto de irme.

—¿Por qué?

—No es mi tipo de lugar.

—Qué amargado. Cada vez te pareces más al Grinch, ¿sabes?

Resoplo y le doy un trago a mi cerveza.

—Claro, sobre todo porque ahora tengo a una pulga pegada a la espalda.

—¡Oye! —se queja y me da un empujoncito—. Nadie te obliga a estar conmigo. Hay muchas otras personas aquí.

—Si me hablan es porque buscan al hermano de Bryce Hawthorne, no a Clay. Yo no soy el tipo con el que tendrías una conversación en la calle.

Sonríe.

—No, eres el tipo con el que tendría una conversación toda la vida.

Me toma por sorpresa y creo que lo nota, porque se apresura a añadir:

—Dices cosas muy interesantes y me hacen reír.

—¿Cuándo acepté ser tu payaso personal?

—Cuando me dejaste entrar en la tienda —contesta sin perder la oportunidad.

—Debí escuchar a Carter cuando me dijo que no dejara entrar extraños.

Parece contenta, pero noto el cambio en su semblante cuando se centra en algo particular. Estoy por girar la cabeza para comprobar qué es lo que retiene su atención, cuando habla:

—No mires —me pide.

—¿Por qué?

Da un paso hacia mí, dejando una distancia mínima entre nosotros. Me jala de la chamarra para que incline la cabeza y vocaliza cerca de mi oído, con su esencia dulce invadiendo mi

olfato.

—Ryan está mirando hacia acá.

El estómago me arde y me enervo apenas lo menciona. Él ni siquiera merece que su puto nombre salga de sus labios.

—Solo déjalo ser; ya pasó. Pensará que estoy contigo y eso es mejor —intenta tranquilizarme.

—¿Qué?

—Él cree que estoy saliendo contigo —confiesa—. Piensa que tenemos algo desde que me defendiste esa noche.

No escondo mi sorpresa, pero intento disimularla un poco.

—Tonterías.

—Sí, pero prefiero que crea eso. Al menos así se mantiene lejos.

—¿Sigue mirando? —indago suspicaz, conteniéndome para no ir hasta él y romperle la nariz.

Asiente.

—Tal vez necesitemos convencerlo más —sugiere.

—¿Necesitemos?

Sus ojos miel se mueven entonces hacia mi boca y se muerde el labio. Está pensando mucho en algo o está nerviosa. O ambas.

—¿Y si nos besamos? —suelta de la nada y quiero creer que he quedado sordo o tonto.

¿Dijo «y si nos besamos»? Dios, ¿estoy soñando? ¿He recibido el regalo de Navidad antes de tiempo? ¿Morí y es así como se siente vivir en el paraíso?

Un millar de imágenes en las que Niza me permite besarla y comerle la boca me llenan la cabeza como rayos fugaces, pero la racionalidad apaga esos destellos para recordarme que, si accedo, esto se convertirá en una pendiente sin freno y es justo lo que no quiero.

Contra todos mis deseos, me niego.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no quiero.

—Antes sí querías.

«Quiero todo el tiempo».

—¿Antes cuándo? —pregunto haciéndome el desentendido.

—¡En la tienda!

—No sé de qué hablas. Alucinas.

Enarca una ceja, sagaz.

—¿Me lo vas a negar?

—Claro que voy a negar tus alucinaciones, desquiciada. Además, no sé cuál sea tu concepto de amistad, pero los amigos no se besan.

—Los amigos se ayudan entre sí.

—Esto no es ayudar, es aprovecharse de mí, es…

Sus ojos caen sobre mis labios y, antes de que pueda procesarlo, me toma del rostro, inclina mi cuerpo y se pone de puntillas para encontrar mi boca a mitad de camino. Estoy tan impactado que el resto de mis sentidos se apaga para dejar espacio solo al tacto de sus labios contra los míos en un beso casto. No abre la boca para mí, ni siquiera nos movemos, pero mi corazón parece a punto de explotar. Todos mis sentidos se atiborran de ella: su olor, su tacto, su sabor, y nada es suficiente.

Se separa después de unos segundos en los que yo aún intento procesar lo que acaba de suceder. Me suelta la cara y los ojos le brillan con algo que no descifro; resplandecen de una forma que nunca vi.

—¿Piensas que se lo ha creído? —Mira a un costado, buscando al tipo, y un coletazo de posesividad me llena.

No quiero que se fije en él. Quiero que se concentre en mí; quiero ser quien eclipse sus sentidos tanto como ella abarca los míos.

—No. De hecho, creo que debemos convencerlo más.

—¿Cómo?

Enredo los dedos en sus rizos y la tomo de la nuca en un agarre de hierro para elevarle el rostro y llegar a su boca con un beso arrebatado, ferviente y lleno de la necesidad que había permanecido contenida durante estas semanas. Me gime en la boca, la engullo y me regocijo. Su labio roza el mío, me corresponde y me hundo en su boca.

Ahí. Justo ahí es el momento en que me pierdo y bajo por esa pendiente sin freno hacia el infierno que será para mí Niza Hess, pero lo acepto, lo tomo con codicia, porque no hay mejor forma de arder. La beso con urgencia, en un gesto tiránico y demandante para adueñarme de su boca, de cada parte de ella. Sus labios son tan suaves como creí que serían y temo lastimarla con mi rudeza o asustarla, pero parece complacida, porque acepta mi boca con la misma avidez con la que yo tomo la suya. Me regocijo en el sabor de su paladar, en los movimientos de su boca contra la mía, astuta y diestra para besarme sin pena. Le muerdo el labio inferior antes de separarme.

No la suelto. Jadeo con la mano aún en su cabello. El destello que le embosca los ojos no es dulce ni inocente. Creo que perderé la razón, porque el deseo que desata en mí es arrollador.

—Creí escucharte decir que los amigos no se besan —replica con la voz afectada.

No evito sonreír. Es una descarada.

—Estamos reforzando la amistad.

Está a punto de hablar, pero algo lo impide: siento la fuerza de alguien que me empuja contra una mesa y mi espalda choca con la madera, provocando que algunas botellas se rompan contra el suelo. Cuando intento recuperar el sentido, alguien proyecta un puñetazo hacia mi cara y el dolor me invade el pómulo derecho. Vislumbro a Ryan frente a mí, con el rostro constreñido por la ira y los puños apretados, listo para darme otro golpe, que apenas esquivo. Su brazo se estrella con el montón de cristales que hay sobre la mesa. Hay gente grabando a nuestro alrededor, pero la música no se detiene y me hace punzar más la cabeza. El dolor se combina con la adrenalina que me llena el cuerpo.

Sé que es idiota, pero no creí que lo fuera tanto como para meterse conmigo. Le asesto un golpe por el lado del hígado y se dobla un momento antes de arremeter otra vez. Su intención es llevarme al suelo, pero termino chocando de nuevo contra la puta mesa y mi espalda baja absorbe el impacto, arrancándome un siseo.

—¡¿Estás drogado?! ¡¿Qué mierda te pasa?! —vocifero esquivando sus golpes, que son poco certeros, y su aliento alcohólico me avisa que ha bebido de más.

—¡Yo la vi primero, hijo de puta! —brama, y sus nudillos conectan con mi barbilla, enviando una onda de dolor que me hace rechinar los dientes.

—¿En serio? ¡Ella ni siquiera te mira a ti!

Lo hago enfurecer e intenta pegarme otra vez. En un movimiento rápido, enreda las manos alrededor de mi cuello. Hay gente gritando y pidiendo ayuda; incluso Niza trata de quitármelo de

encima pegándole con un zapato en la espalda. La sangre se me agolpa en la cabeza y le muevo las manos para quitarlas de mi garganta, sin éxito, porque aumenta la fuerza en el agarre. La falta de oxígeno me quema los pulmones, los oídos me zumban y la adrenalina corre como un río por mi cuerpo, desesperado por liberarse del yugo de sus manos.

Mis dedos rozan algo en la mesa y lo tomo. Sin pensarlo, se lo estrello en la cara. El efecto es inmediato: la botella se hace añicos sobre su cabeza, él se paraliza, me mira asustado y después se desploma. Alguien suelta un grito justo cuando la música se detiene. Niza se cubre la boca con ambas manos y nadie se mueve, nadie respira.

Es entonces cuando se escucha el alarido:

—¡Policía!

Mis ojos se encuentran con los de Niza en medio del tumulto y solo actúo. Llego hasta ella en dos zancadas, la tomo de la mano y nos unimos a la estampida que huye del lugar.

14 | Balançoire

Niza

El viento me choca en la cara, el cabello me cubre la vista y la gravilla del pavimento se me encaja en los talones. El corazón se vuelve una maquinaria inexorable que golpea el pecho y la adrenalina inunda mi sistema como un mar agitado.

¿A dónde voy? No tengo idea, pero Clay me toma de la mano con fuerza, como si no quisiera soltarme nunca, mientras corremos junto al montón de chicos que tratan de huir. En la carrera pierdo de vista a Orena y Diane; no tengo idea de si han logrado escapar o no.

Salimos del edificio hacia un lugar repleto de pasto y maleza que rodea el complejo. Permito que mi pie descalzo se moje con el césped lleno de rocío, los pulmones se me comprimen por la falta de aire y los dedos de Clay se enredan en los míos. Hay una mezcla de emociones en mi interior: miedo, desconcierto, expectación, entusiasmo, diversión. Por un momento, nada pesa y nada me constriñe. Nada me ata. No es el mejor escenario, podría terminar en prisión por esto, pero es la primera vez que no actúo conforme a las reglas y me gusta. El buen humor se revienta como una burbuja y hago una mueca cuando me clavo una piedra en el talón.

—¡Clay, espera! ¡Clay! —Dejo de correr, pero su fuerza rebasa la mía y me arrastra con él.

Giro el cuello y vislumbro el edificio cada vez más alejado, igual que el sonido de las sirenas.

—¡Clay, me tengo que poner el zapato! ¡Me estoy lastimando el pie! ¡Clay, mi maldito zapato! —grito y me suelto de su mano con un arrebato, jadeando para recuperar el aire.

Me doblo apoyándome en las rodillas, jadeo por oxígeno y me retiro con el dorso de la mano el sudor que me corre por la frente.

—¿Por qué te detienes? —inquiere respirando con pesadez.

—¿La guitarra te dejó sordo? Te he dicho que necesito ponerme el zapato. Me están matando los pies y es de lo que vivo.

Ríe entre dientes y me mira con las manos en la cintura mientras me pongo el dichoso zapato.

—Mejor tener un pie lastimado en libertad que tenerlo en la cárcel, ¿no crees?

—Ya estamos bastante lejos. —Termino de abrocharme el tacón—. No creo que nos atrapen aquí. ¿Qué hora es?

Se retira la manga de la chamarra y mira el reloj en su muñeca.

—Las diez treinta.

Inhalo para recuperar al aire perdido hasta que el corazón empieza a ralentizarse, aunque la cabeza todavía me punza por la carrera y las extremidades me hormiguean. Sondeo mis alrededores: hemos corrido más de lo necesario y en ascenso. Camino un par de pasos para mirar

la ciudad por el borde de la colina que hemos subido. No es muy alta, debemos de estar en sus faldas, pero la vista es preciosa: las luces de Nueva York resplandecen y las estrellas en el cielo brillan, haciéndole competencia al destello en la tierra.

—¿Sabes dónde estamos?

Asiente y se hace a mi lado, admirando también el panorama.

—He dejado el auto estacionado unos cuantos metros más arriba.

Frunzo el ceño, perpleja.

—¿Por qué te has traído un auto si estamos a tres calles de la academia?

—Porque cargar con RJ ebrio tres calles es como correr diez kilómetros —dice con simpleza y me arranca una carcajada.

—¿Y dónde está RJ ahora? —Comienzo a andar colina arriba para llegar a su auto.

—Ni idea. No me pagó el tiempo extra de niñera, así que no sé.

Me hace reír otra vez. Para él, es muy fácil robarme risas; lo atribuyo al buen humor que tengo luego de la eufórica carrera que hicimos para salvar nuestros culos de la cárcel, pero sé que Clay también tiene crédito.

—RJ parece muy unido a ti —menciono cuando el silencio me ensordece.

—Para ser una sanguijuela pegada en el culo, no está mal.

—¡Cuánto amor, Dios!

Me detengo al llegar a la parte donde la colina se convierte en un descanso para autos. Noto que hay varios aparcados en el lugar, pero no están vacíos: dentro hay parejas que compiten por ver quién se come primero a su compañero o quién da un mejor espectáculo de lenguas y toqueteos. Hay otros autos que se sacuden y prefiero no imaginar qué están haciendo.

«Vaya, un motel en cuatro ruedas. Cuánta creatividad». Miro a Clay perturbada.

—¿Por qué has aparcado aquí? —indago, pero él no parece afectado por estar en un *automotel.*

—Cuando llegué no había más lugar y no quería aparcar a dos kilómetros de aquí —contesta indiferente.

Me remuevo incómoda. Los sonidos de autos que rechinan y los gemidos me llenan los oídos, me constriñen el vientre y me sofocan. «¿Por qué siento calor si estamos afuera y es otoño?».

—Vámonos —pido agitada.

Quita el seguro y entramos al auto, un gran error porque siento incluso más calor aquí dentro. Soy consciente de cosas que no debería, como lo mucho que las venas se le marcan en las manos mientras inserta la llave en el contacto y enciende el motor, lo tonificados que son sus brazos cuando se quita la chamarra de cuero y los flexiona para ponerla en el asiento trasero, sus tatuajes que destacan sobre la dureza de sus músculos y sus…

Me distraigo con la pareja que tenemos al lado. La luz de los faroles es tenue, pero me permite ver cómo ella se pone sobre el regazo del chico y le rodea el cuello mientras él la toma de la nuca para profundizar el beso. Los senos de la chica se comprimen contra el pecho del tipo y se mueve en un lento vaivén sobre su cuerpo. La mujer sonríe bajando las manos hacia un lugar que solo puedo imaginar, y el hombre me da la respuesta que necesito: abre la boca, su expresión contorsionada en una de placer puro mientras recarga la cabeza en el asiento del conductor y permite que la chica continúe.

Okey, bien, de acuerdo. No debería ver esto, por todos los corrales. Me siento una voyerista. Desvío la vista en espera de que eso apacigüe la insistente quemazón en mi interior y libere el

tenso nudo en mi vientre, pero cuanto más imagino lo que están haciendo, más calor siento y más se yerguen mis pezones contra la blusa.

—Vamos a otro lugar —pido agitada, deseosa por salir de ahí antes de sofocarme.

—¿A dónde?

—No sé...

—¿Crees que leo mentes? Dime a dónde.

Medito mientas él espera en silencio, paciente.

—Llévame al último lugar en el que fuiste feliz —suelto solo porque no se me ocurre nada mejor. Prácticamente no conozco Nueva York y prefiero dejarle la responsabilidad de decidir.

Los ojos se le llenan de sorpresa y brillan de esa forma única que toman cuando una emoción fuerte lo inunda. Justo cuando creo que no accederá, asiente.

—De acuerdo, pero recuerda que tú me diste el mando.

Río.

—Sí, lo sé.

Arruga los labios concentrado, hasta que echa a andar el auto y conduce con la canción «Counting Stars», de One Republic, llenando el espacio, la ciudad y la noche. Donde sea que se encuentre ese lugar, sé que me encantará, porque si hizo feliz a Clay, seguro me hará feliz a mí.

15 | En l’aire

Niza

Coney Island está abarrotado.

He estado aquí un par veces, pero jamás de noche: es como contemplar una ciudad de ensueño en los confines de Nueva York.

Hay un montón de vendedores ambulantes ofreciendo de todo, desde comida hasta juguetes para niños. Debo agarrar a Clay de la parte trasera de la chamarra para ingresar a Luna Park, donde están las atracciones, pues temo perderme entre el gentío que se aglomera para alcanzar los últimos turnos en cada juego.

Reparo en la expresión de Clay: refleja el tipo de ilusión que muestran los niños cuando llegan a un lugar que los hace —o los ha hecho— felices. El corazón se me hincha de cariño.

—Entonces, ¿Coney Island?

Sale de sus cavilaciones, recupera ese semblante impasible que tanto me cuesta dejar de ver y asiente.

—¿Has estado aquí antes?

—Sí, un par de veces. He venido con Diane y Orena. ¿Tú?

Me arrebujo en mi chamarra de mezclilla para amortiguar el frío que me provoca el viento otoñal proveniente de la bahía.

—Solía venir mucho con mis padres y Bryce. —El tono de añoranza no pasa desapercibido.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste aquí?

Se encoge de hombros.

—Lo olvidé —responde con una nota de pesar que no disimula muy bien—. Entonces, ¿qué quieres hacer primero?

Abro y cierro la boca. Hay tantas cosas y atracciones que no me decido. Cuando al fin localizo lo que estoy buscando, lo señalo con el dedo.

—Ahí. Quiero subirme a ese.

Clay me mira como si estuviera loca.

—¿El carrusel? —pregunta con una mueca—. ¿Cuántos años tienes, cinco?

—¿Algún problema? —Me llevo las manos a la cintura y lo desafío.

Pone los ojos en blanco con hastío y señala otra atracción.

—Yo quiero subirme ahí. —Apunta hacia una con giros violentos llamada Vórtex.

—¿Estás loco? Quiero conservar mi estómago donde está, no terminar con él en la boca.

—¿Te da miedo?

—No me gustan los juegos que giran —admito, y tuerce una sonrisa irónica.

—Pero eres bailarina, siempre estás girando.

—Precisamente por eso... No me subiré a esa cosa.

—Y yo no me subiré al carrusel.

—¡Es divertido! Y seguro. Y no giras como si estuvieras dentro de una licuadora.

—¿Y el carrusel no gira o qué?

—Sí, pero es menos peligroso.

—Las cosas peligrosas son más divertidas.

—Habló el suicida en potencia. Yo quiero seguir viva para mi recital de otoño, muchas gracias.

Gruñe y se cruza de brazos, irguiéndose.

—Vayamos al Vórtex.

—Que no. Vamos al carrusel. Es divertido.

—Sí, si tienes ochenta y bastón. Me imagino que ese giro de dos kilómetros por hora debe de sentirse a mil cuando tienes taquicardia —espeta y suelto una carcajada.

—Debemos decidir antes de que cierren el parque o no podremos subir a nada.

Su expresión cambia cuando fija la vista en un punto y parece encontrar algo.

—¡Ya sé! —Señala un puesto de tiro—. Juguemos a eso. El que logre tirar más botellas, decide.

Enarco una ceja, suspicaz.

—¿Por qué presiento que estás haciendo trampa?

—Yo nunca hago trampa. —Me dedica una sonrisa maliciosa—. ¿Te da miedo perder?

Suspiro y me doy por vencida.

—Bien, de acuerdo.

Caminamos hasta el lugar donde una pareja acaba de conseguir boletos. Los veo jugar mientras Clay compra los nuestros. El chico intenta impresionar a su acompañante, pero falla: solo logra tirar una de las botellas dispuestas sobre la barra de madera. Sus tiros se agotan y le entrega la pistola al encargado, aunque la chica lo llena de besos para consolarlo.

Clay me toca el brazo con la pistola de tiro y la tomo, escuchando las instrucciones del tipo tras el *stand*.

—Cada uno tiene cinco balas, una para cada botella. Las balas son balines, obviamente. Si tiran tres, pueden llevarse uno de los pequeños. Si tiran cuatro, uno de los medianos. Y si tiran las cinco, pueden llevarse el premio más grande.

—¿Lista para subirte al Vórtex? —me susurra al oído, preparando su arma.

—La verdad es que no. —Sonrío con dulzura—. ¿Quién va primero?

—Las damas. No quiero ser maleducado y solo derribaré uno más que tú para que no te sientas mal —acota arrogante.

—¿Disculpa? Tú eres el que no debe sentirse mal.

—Lo que tú digas.

—Deja de hablar y dispara, estamos perdiendo tiempo.

—¿Estás segura de que quieres que yo vaya primero?

—Que sí —digo fastidiada.

El tipo tras el juego se ríe con nuestra perorata, pero permite que Clay dispare. No lo hace nada mal. De hecho, derriba más de las que esperaba y solo quedan de pie dos botellas cuando se le agotan los balines.

—Puedes llevarte un premio de los pequeños —le informa el chico, recargando el arma con cinco balines y poniendo las botellas en su lugar.

Clay exuda arrogancia cuando posa los ojos en mí.

—No te sientas mal si te gano, te divertirás en el Vórtex, te lo prometo.

Lo ignoro, me preparo, apunto y en menos de lo que suspira ya he derribado las cinco botellas sin esfuerzo. El chico y Clay me miran impresionados. Dejo la pistola sobre el *stand* del juego y me quito el cabello del hombro para mayor dramatismo.

—¿Cómo…? ¿Cómo lo…?

—Deja de balbucear. —Me acerco para cerrarle la boca con parsimonia—. No te sientas mal, ¿de acuerdo? Te divertirás en el carrusel.

El muchacho carraspea y me ofrece los premios.

—Puedes llevarte uno de los grandes.

Evalúo con ojo crítico cada uno. La verdad es que son bastante genéricos y feos: peluches, juegos de mesa, juguetes de goma y unos dados. Hay algunos collares curiosos de metal que brillan bajo la luz de la feria; los señalo.

—¿Y esos qué tal? —Él los mira y me muestra la caja en la que están dispuestos.

—Son pequeños, pero podrías regalarle uno a tu novio.

Le dedico a Clay una mirada furtiva, pero está analizando los otros premios con mucha concentración y no lo corrige. Yo tampoco lo hago. Atisbo entre el montón de collares uno que me llama la atención. Tiene la forma de una bailarina que hace un *arabesque*. Es sencillo pero llamativo, así que me decido por ese premio.

—¿Has decidido algo?

Niega.

—Solo puedes llevarte uno de los peq…

—Ya sé, ya sé —lo corta, y sonrío cuando veo que el hombrecillo se intimida.

Clay suele tener ese efecto en las personas, por su cara seria, su mirada matadora, su estatura y esos tatuajes. Vislumbro un collar que quizá le gustará entre el montón.

—¿Qué tal este? —Tomo el colgante que lleva la forma de una guitarra.

Él enarca una ceja, pero no dice nada.

—Me recuerda a ti —musito con suavidad.

—Como sea. Solo tómalo y vamos a tu maldito carrusel —espeta sin ocultar muy bien su indignación por que le gané.

Es como un niño al que no le gusta perder. Una oleada de ternura me invade sin remedio. Mientras hacemos fila en el juego, le entrego el collar que tiene forma de bailarina. Él me mira confundido.

—¿Desde cuándo yo bailo *ballet*?

—Es para que me recuerdes. Yo me quedaré con la guitarra porque me recuerda mucho a ti —le explico mientras avanzamos hacia el carrusel.

Frunce el ceño, perplejo, y tengo que agitar el collar de bailarina para que lo tome.

—Es como nuestro brazalete de la amistad.

—Esto es un collar, lunática.

—¡Ya lo sé! Pero tomémoslo como brazalete.

Hace mala cara, lo mira, acentúa su malestar y después clava sus ojos grises en mí.

—Soy alérgico a estas baratijas.

—¡Ay, por favor, no exageres! Es simple metal.

—Es mortal para gente como yo.

—¿Mata engreídos? Mira, qué curioso —me burlo—. No seas ridículo. Solo quédatelo. Será nuestro símbolo de amistad.

—¿Qué sigue? ¿Hacer pijamadas, comer helado, hacernos trencitas y rutina de *skin care* mientras hablamos de los chicos que nos gustan?

Otra carcajada me brota de la garganta y esta vez me doblo de la risa porque me lo he imaginado lleno de mascarillas mientras le hago las trencitas.

—Solo llévalo contigo, así no me olvidas.

—Te veo todos los días en la tienda: ¿cómo podría hacerlo?

—¡Solo llévalo contigo!

—Qué cursilería —se queja, pero lo guarda en un bolsillo de su chamarra.

Yo le deposito mi cadena en la mano, me retiro el cabello del cuello y me giro.

—¿Podrías ponérmelo, por favor?

Por un momento creo que no me ha escuchado porque no reacciona y no siento que se acerque para ponérmelo. Le echo una ojeada tímida y lo atrapo mientras le quita el seguro y da un paso al frente.

Me lo pone sobre el cuello con una delicadeza muy distinta de la que demostró en la fiesta, cuando me tomó con fuerza mientras me besaba. El corazón me aumenta en tempo apenas recuerdo su boca y su lengua.

Clay es un contraste y una ambivalencia que no comprendo. Es como el blanco y el negro combinados en uno mismo, como el hielo y el fuego creando un híbrido del que nace él, una persona compleja y llena de elementos dispares.

Sus dedos me rozan el cuello y su respiración me eriza los vellos de la nuca. Siento que su presencia me quema.

Cuando termina, me pone una mano en el hombro.

—Seguimos nosotros.

Subimos al carrusel y paso el tiempo observando a Clay montado en un pony lleno de brillitos y colores chillones. Al bajar de la atracción, decido ser justa y subo al Vórtex con él, aunque termino con el corazón encogido y el estómago constreñido por la violencia del juego.

Luego de un rato en la feria, Clay se va para buscar algo de beber. Lo espero cerca de una fuente de luces danzantes, con los focos y chorros de agua que cambian de color al son de una música animada. Me sumerjo tanto en el espectáculo que no me percato de que ha vuelto sino hasta que me toca el hombro con una botella de agua.

—Vamos o nos perderemos el último juego.

—Espera. —Lo tomo del brazo para detenerlo—. Quedémonos hasta el final. Me gusta esto.

—Tengo una idea para que lo veas mejor.

—Si sales con una estupidez como algún video de YouTube…

—Vamos a la noria. —Me toma de la mano para ir a su paso mientras se abre camino entre la última ola de gente que invade el parque antes de su cierre.

—¿A la noria? Pero desde ahí no podré ver la fuente.

—Te mostraré algo mejor.

Hay poca fila, así que no tardamos en subir. Con un gesto, abre el carrito y me ofrece pasar primero. Me acomodo en un extremo y él en el otro. El juego inicia y el aire me pega de lleno en el rostro, calándome hasta los huesos, pero me revive enseguida. Se siente bien recibir la brisa.

Admiro todo el parque, las personas que se vuelven diminutas a medida que ascendemos,

más y más, hasta el punto más alto de la rueda de la fortuna.

—¿Dónde aprendiste a disparar así? —inquiere de pronto y me acomodo mejor contra el respaldo.

—Nací en Texas —digo, como si los oriundos de Texas naciéramos sabiendo disparar.

—El que hayas nacido en Texas no justifica que seas tan rara. Deja de sacar esa carta para todo y mejor explícate.

—Mi padre tiene un pequeño rancho. Antes teníamos muchos animales y debíamos hacernos cargo de todos.

Me encajo los dientes en el labio, evocando las memorias de mi infancia en Austin.

—Papá siempre quiso tener un varón para que lo ayudara con las cosas de la granja, pero tuvieron problemas para concebir, hasta que lo lograron. Estaban muy emocionados porque creían que era un niño, pero ¡oh, sorpresa! —Sonreí con nostalgia—. La que nació fui yo, una niña.

—Una muy terca e irritante, sí.

—Me enseñó muchas cosas sobre cuidado de animales, plantas y herramientas. Si no podía tener un varón, entonces su hija se encargaría. Teníamos muchas ovejas, así que debíamos estar atentos a los coyotes en las montañas. Son animales rápidos; debes tener muy buena puntería. Me enseñó a disparar a los seis años.

La sorpresa no desaparece de su rostro. Poco a poco sale de su estupor y se pasa una mano por la boca.

—De acuerdo… ¿y qué pasó con el rancho?

—Lo vendimos, en su mayoría. Aún conservamos una pequeñísima fracción con un granero y un establo, pero nada más. El resto es de otro dueño.

—¿Sueles visitarlos mucho?

Les rehúyo a sus ojos tras la pregunta, un sabor amargo impregnando mi paladar.

—No. No me gusta el campo.

—¿Qué? Eso es imposible.

—¿Por qué?

—No puedes ser una vaquera y odiar el campo; es absurdo. Es una contradicción.

Sonrío, tomándome de la barra de metal en el carrito de la noria.

—Entonces supongo que soy una contradicción.

Clay tiene un gesto insondable y los labios fruncidos en un ademán pensativo.

—Eres una contradicción de todo lo que creo, Niza Hess.

No comprendo el comentario, pero está tan cargado de sinceridad que remueve una fibra y deja una llama de curiosidad encendida en mi interior. Estoy a punto de hablar cuando él se me adelanta.

—¿Por qué viniste a Nueva York? ¿Qué hace aquí una chica de campo como tú?

Me retiro un mechón de cabello del rostro.

—Estoy persiguiendo una meta. Bueno, más bien un sueño, supongo. El *ballet*, ya sabes. —No logro disimular la nota de pesar que se cuela en mi voz.

—¿Y crees que te ha dado resultado todo lo que has hecho para conseguirlo?

Su pregunta golpea un punto sensible y tomo con más fuerza la barra de metal que nos protege. Esa es la pregunta del millón. Todos los sacrificios que he hecho, ¿me han servido de algo? Todos los regaños que he soportado, las largas horas de práctica, las inseguridades, el moldear mi cuerpo para caber dentro de un traje de *ballet* diminuto y estirarme más allá de lo

imposible para conseguir lo que quiero. Todo eso... ¿ha valido la pena?

—Sí —respondo rápido, pero no con tanta convicción como me gustaría.

—¿Segura? —presiona—. Porque nunca te veo feliz cuando hablas del *ballet*. De hecho, es todo lo contrario.

—Por favor, deja el tema ya. No arruines esto —le pido percibiendo el familiar cosquilleo de la irritación en las entrañas.

—Que hagas oídos sordos a lo que decimos no lo hará desaparecer. Sé cómo es sacrificarte para complacer a los demás, pero ¿sabes qué es peor?: sacrificarte para llegar a una meta que ya no te hace feliz.

—¡Sí me hace feliz!

—No parece —insiste—. Las cosas que te hacen feliz te llenan, aportan a tu vida, no te destruyen de la manera en que el *ballet* lo hace contigo.

La ira nace muda en el estómago y sube, sube hasta convertirse en un animalillo con voz, cada vez más grande.

—¿Quién eres tú para decirme estas cosas? Ya tengo suficiente con Diane; no necesito tus sermones.

—Soy tu amigo —suelta y me roba las palabras—. Los amigos se preocupan. ¿Por qué no lo dejas? Hay un mundo de posibilidades allá afuera.

La emoción aún está ahí, me quema, me corroe y es que me siento atacada por todos lados, como una emboscada sin tregua por todos los frentes, asediada por los comentarios de todo el mundo.

—He trabajado muy duro para llegar hasta donde estoy. No quiero tirar por la borda lo que he logrado.

—Nadie está diciendo tal cosa. No digo que lo abandones si no quieres, solo que dejes de extralimitarte y consideres más opciones. Tu vida no puede ser solo el *ballet*. —La voz de Clay está cargada de sinceridad y consternación; casi me hace cambiar de parecer, casi, pero mi convicción es más grande.

—No sé por qué me dices esto, como si tú no estuvieras en el mismo barco que yo. Sé cuánto odias la música y aun así tocas como si fuera lo mejor de tu vida. —Le echo en cara.

Esto es un reflejo de la discusión que mantuvimos en el Sax Poison semanas atrás, pero no puedo evitar defenderme si no dejan de atacarme. Suelta el aire, me evita y sé que he dado en el clavo.

—Justo porque sé cómo se siente tener opciones y no poder optar por ninguna más que la impuesta es que te digo que lo abandones si no es lo que amas. Tú puedes decidir. —Un toque de resignación se desliza en su tono.

—Eres un hipócrita, Clay Hawthorne.

—Y tú, una terca.

Meto las manos en los bolsillos de mi chamarra y miro hacia abajo, hacia el montón de personas ajenas al desastre que somos este chico y yo.

—He trabajado por alcanzar esta meta toda mi vida. Pensar en hacer algo más… —Niego con la cabeza—. No es posible.

Clay mira hacia arriba y parece buscar algo, sus ojos se mueven a todos lados y la luz lunar le baña el rostro de un azul casi etéreo, divino. Se ve como un ser fuera de este mundo.

—¿Ves la luna?

La busco y no la encuentro.

—No, ¿tú sí?

—No, pero te apuesto a que tampoco viste las estrellas.

Dejo de mirar hacia arriba y me fijo en él.

—¿Qué?

—Si solo te concentras en encontrar la luna, nunca verás el montón de estrellas que brillan para ti.

El corazón me da un vuelco y las palabras me llegan muy hondo, tocan una llaga que nunca cierra, que supura y duele.

—¿Qué quieres decir?

—Si solo te enfocas en lograr un objetivo, nunca verás las otras cosas que la vida te puede ofrecer —dice casual, ajeno a la revolución que acaba de crear en mi interior. Estoy tan impactada que he olvidado cómo respirar.

—Mira abajo: de este espectáculo te estaba hablando. Es mucho mejor desde aquí arriba.

Aún en mi estupor, miro hacia abajo y noto cómo la fuente que veía en el parque se enciende de morado, seguida de otra fuente un poco más allá, de amarillo. Así pasa sucesivamente con fuentes localizadas a lo largo del parque: se sincronizan y forman una figura divina, viviente con el movimiento del agua.

—No se trata de ver solo una cosa, sino todo el panorama. Se ve mejor así, ¿no? —Sonríe y algo en mi interior se sacude, se remueve, despierta. Estoy contenta hasta que una duda llega a mi mente.

—¿No se supone que les temes a las alturas?

Le arranco una sonrisa, una completa que me embelesa.

—Sí, tienes razón. No me gustan.

—¿Y cómo es que estamos aquí sin que te estés muriendo?

Se encoge de hombros y sus ojos capturan los míos.

—Eres una chica valiente que no tiene miedo de hacer las cosas. Supongo que contagias a los demás con tu valentía. Por eso estoy aquí.

Algo me revolotea en el estómago. El sentimiento es precioso, justo como el chico lleno de tatuajes que tengo al lado.

Y pienso, mientras sigo en la noria admirando el espectáculo, que él también es valiente. Pienso que tiene mucho de su arte en su persona, y que es tan fuerte, nítido y complicado como lo es el entramado de los tatuajes grabados en su piel.

16 | Soutenu en tournament

Niza

—¡Niza, apresúrate!

—¡Ya voy!

—¿Quieres hacer la danza de la lluvia o qué? —Escucho a Clay quejarse.

Camina a paso rápido para cubrirse de la tormenta.

—Camino lo más rápido que puedo. ¡No quiero romperme el tobillo con estos tacones! ¡Yo vivo de mis pies!

No ha parado de llover desde que salimos de Coney Island. No sé qué pensaba cuando acepté venir con él a una casa que no conozco, pero esa parecía una mejor opción que pasar las próximas ocho horas en su auto porque todas las calles que llevan a ACA están inundadas.

Me sostengo de su chamarra porque el zapato se me entierra en una pequeña ranura de la carretera. Se gira y me encara.

—¿Estás bien? —Su voz esconde una nota clara de preocupación, legible incluso a través de la lluvia que ruge con potencia.

—¡No, casi muero! —Me miro los zapatos, decidida—. Me los quitaré. Espera.

Me apoyo en su hombro, pero quita el cuerpo justo cuando estoy por desabrochar la tira de mis tacones. Antes de que pueda reclamarle o siquiera procesar lo que está haciendo, me enrolla su fuerte brazo en la cintura para levantarme y cargarme sobre su hombro sin esfuerzo.

—¡¿Estás loco?! ¡Bájame! —Le doy un golpe en la espalda, pero no se inmuta.

—Así llegaremos más rápido y evitaremos morir en esta lluvia. —Lo escucho decir a través del viento que nos azota el cuerpo.

—¡Puedo caminar!

—No, claramente no puedes.

Intento moverme, pero su agarre en mi cintura es tan firme que me lo impide. Llega conmigo al porche de la casa, abre la puerta con la mano libre y avanza con mi cuerpo todavía encima del hombro.

—¿Puedo bajar ya o me tendrás así otra hora?

—La vista no está nada mal. Podría hacer esto otra hora más —bromea, y le doy otro golpecito a modo de reprimenda.

Me deposita con delicadeza en el suelo de mármol. El movimiento brusco me marea y tardo en registrar mis alrededores. Una punzada de vergüenza me invade al notar el rastro de agua que hemos dejado sobre el fino suelo. Ni siquiera sé de quién es esta casa y ya la estoy arruinando.

—Si coges como caminas, creo que voy a morir en el proceso —dice sin que la diversión le abandone el tono y se pasa una mano por el cabello para retirarlo de su cara, lo que lo hace lucir mil veces más atractivo.

—¿Y cómo camino, según tú? —inquiero altiva, retándolo a completar lo que insinúa.

—Increíblemente lento.

—¿Y quién dice que serás tú el que sufra ese proceso? —rebato con las manos en la cintura.

Algo predatorio le oscurece los ojos.

—Bueno, suerte al que sufra ese proceso.

Pretende que sea un insulto vano, pero detecto el borde filoso de los celos.

—Eres insufrible.

Se quita la chamarra para colgarla en el perchero. Un segundo después se acerca hasta que las puntas de nuestros zapatos se tocan y el aire se me atora en los pulmones. Sus ojos se posan mí. Sus dedos osados ascienden por mi abdomen, rozándolo a través de la tela, y suben hasta la parte baja de mis pechos. La sangre bombea rápido, corre por los oídos, y la expectativa me acaricia la piel.

Por un momento creo que hará alguna estupidez que deseo que concrete y mi pulso se dispara. Sin embargo, se detiene y su tacto cambia de dirección hacia mi chamarra, que retira sin problema, deslizándola por mis brazos hasta despojarme de ella.

Suelto el aire cuando me pasa de largo y la pone también en el perchero de madera dispuesto en la moderna sala con sillones oscuros de cuero, una sobria mesita de centro y pinturas minimalistas.

—¿Dónde estamos? —Miro todo con avidez, desde las estatuas extrañas en los pedestales hasta los cuadros que enmarcan vinilos.

Es una casa lujosa y moderna, de eso no cabe duda.

—Es una de las casas de Bryce.

—¿Una de las casas? —Me giro hacia él, impresionada, antes de sentirme tonta porque, claro, es muy famoso. Sería estúpido pensar que solo tendría una casa.

—Es la que está más cerca de Coney Island. —Se pone las manos en la cintura. Su gesto es serio y melancólico.

Estoy en la casa de Bryce Hawthorne.

Es la casa de una leyenda de la música contemporánea.

La casa del hombre que rompió esquemas y labró nuevos ritmos.

Y no me impresiona. Cualquiera se volvería loco de estar aquí. De hecho, una persona normal estaría colapsando, tocando todo, tomando fotografías y escarbando hasta en la basura para llevarse algo de recuerdo. ¿Qué mejor que tener un papel usado por Bryce Hawthorne? Podría subastarlo en eBay y pagarme la academia con eso. Pero no hay nada que denote que él vive aquí, nada que demuestre su presencia o que lo vuelva… personal. No hay nada más que lujos vacíos. Si Clay no me hubiera aclarado dónde estábamos, habría creído que era la casa de un amigo o un conocido.

—Sígueme. Te mostraré dónde puedes ducharte.

El calor me sube hasta las mejillas y la boca se me seca.

—¿Ducharme?

Se detiene y me mira sobre el hombro.

—Sí. Estás empapada. ¿O prefieres resfriarte?

—No, pero... es algo raro. Tu hermano ni siquiera está aquí. —Me siento como uno de esos

invasores que se cuelan en casas para usarlas como vivienda propia cuando los dueños no están.

—Rara vez lo está. Anda, no pasa nada —dice sin darle importancia.

—No tengo ropa seca —me quejo, pero sigo sus pasos y subimos las escaleras de cristal—. Estaría desnuda.

—¿Y eso es un problema o un regalo?

—¡Clay! ¡Hablo en serio!

—Yo también.

—¿No se supone que te preocupa que me resfríe?

—Bueno, hay cosas por las que vale la pena enfermarse.

Ahí están de nuevo: esos comentarios que no me permiten leerlo con facilidad. Está claro que él y yo no podemos ser amigos, al menos no del tipo normal.

Y ahora estamos en casa de su hermano, a solas, y él lanza comentarios sugerentes que no puedo clasificar como broma o verdad y me está volviendo totalmente loca. «¿Por qué los hombres son tan complicados?».

Las dudas se desvanecen cuando llegamos a la segunda planta. Es incluso más lujosa que la primera. Clay enciende un interruptor, camina por uno de los pasillos y abre la puerta de una habitación. Al entrar, veo que es espaciosa pero simple. En el centro tiene una cama matrimonial y un buró al costado. En la pared de enfrente está empotrada una enorme pantalla de plasma y nada más. Asumo que es una habitación para huéspedes.

—Toma —me dice abriendo uno de los cajones del buró y tendiéndome ropa que parece femenina.

Hago una mueca de repugnancia.

—¿De quién es esto? —Estiro la diminuta blusa que luce más como un top que como un pijama. Ni siquiera voy a hablar del *short/panty* que me ofrece.

—Ni idea. Debe de ser de alguna chica que trajo mi hermano, pero es ropa de mujer y está limpia... Creo.

Me muerdo el labio, dubitativa. No quiero ponerme ropa de dudosa procedencia y con usos mucho más dudosos. La dejo sobre la cama.

—Prefiero usar ropa tuya.

—Te quedará gigante.

—Mejor. Me cubrirá más que un simple conjunto de lencería.

—De acuerdo —accede sin mucho esfuerzo—. En el baño debes tener todo. —Señala entonces una puerta al fondo de la habitación—. Avísame si necesitas algo más.

Sin decir nada, se retira y me deja sola en la estancia, con la idea de que quizá lo que me hace falta dentro de la ducha, para tenerla completa, es él.

***

Cuando cierro la regadera y salgo, hay una camiseta de Guns N’ Roses sobre la cama. Me visto con ella y, evidentemente, me queda a la altura de los muslos, tan amplia como un vestido de playa.

Es extraño, pero me gusta la idea de usar su ropa. Se siente íntimo y personal. La prenda tiene su aroma y es como ser envuelta por el mismo Clay.

Saco la cabeza del cuarto y hago un barrido para asegurarme de que no hay moros en la

costa. Clay debe estar duchándose en otra habitación porque no hay rastro de él. Aprovecho para escabullirme y echar un vistazo más de cerca a las fotografías que vi en el rellano. Llego al lugar sin percances y sonrío triunfal cuando tomo uno de los portarretratos, admirándolo bajo la luz. Son una familia: mamá, papá y dos niños. Al padre lo reconozco. Soy la persona menos actualizada que existe en temas de música, pero incluso alguien como yo reconocería a Ray Hawthorne. Sus canciones marcaron un antes y un después en la industria y se consolidó como un ícono del rock, justo como lo hace hoy su hijo mayor.

Su impacto fue tan grande que recuerdo haber visto su funeral en la televisión cuando era más pequeña. Hasta donde sé, murió junto a su esposa en un accidente aéreo. Presto más atención a la imagen y puedo distinguir a Clay con facilidad: es el chico con cara de fastidio y brazos cruzados que mira mal a la cámara. Es extraño verlo sin todos sus tatuajes. A juzgar por su cara infantil, debía de tener seis años cuando esta fotografía se tomó. Su padre sonríe y tiene la mano apoyada sobre la cabeza de su hijo, alborotándole los mechones oscuros. El chico de al lado debe de ser Bryce, más alto y con facciones un poco más maduras. Tiene la cabeza echada hacia atrás y la cara arrugada en una carcajada. Su madre tiene una mano sobre el pecho de Ray y lo mira con cariño.

Detrás, hay otra fotografía. En ella están solo Bryce y Clay, el enfoque extraño por las luces de un concierto, mucho más maduros y con los tatuajes ya marcándoles la piel.

—Esa foto es mi favorita. —Escucho que alguien dice sobre mi hombro.

Doy un respingo y me llevo una mano al pecho.

—¿Qué pretendes? ¿Matarme de un susto?

—Es tu culpa; estabas muy concentrada husmeando. ¿No sabes que eso es de mala educación?

Estoy decidida a defender mi honor, pero todo argumento muere en mi boca al darme cuenta de que está desnudo. Bueno, casi.

—¡¿Quieres cubrirte?! —Me tapo los ojos con la mano—. No está bien que te pasees desnudo por aquí.

—¿Aquí en mi casa?

—No importa si es tu casa o la mía o la de tu abuela. ¡Ten decencia, muchacho! ¡Sal de aquí!

—¿Me estás corriendo de mi casa?

—¡Sí! —chillo, con el corazón a mil—. Digo, no. Solo de esta habitación. Vístete.

—A ver si entendí. —Miro por una rendija entre mis dedos, pero me arrepiento al comprobar que hay menos distancia entre nosotros—. Te da pena verme desnudo de la cintura para arriba, pero ¿te da igual comerme la boca y restregarte contra mí?

Hay una nota desafiante en su tono que me pone la piel de gallina, como si me retara a admitir que no puedo sentir vergüenza de una cosa si ya he hecho la otra.

—¿Podrías solo hacer las cosas que te pido sin quejarte una vez?

Me retiro la mano de los ojos porque, sí, es ridículo. Pero él tampoco coopera con esto de ser solo amigos si va por ahí como una tentación caminante pavoneándose sin camiseta con ese abdomen marcado.

—¿Dónde está la diversión en eso?

Suelto un suspiro resignado.

—No me lo estás poniendo fácil.

—¿En serio? Porque tú me lo pones igual de duro a mí. —Curva la boca en una media sonrisa, sensual e incitante, y, por todas las cabras, el corazón se me va a salir por la boca.

Decido ignorar su nada sutil comentario y me permito admirar el abanico de tatuajes preciosos que le adornan el abdomen, los pectorales y los marcados oblicuos. Se ve que trabaja duro para lucir bien. Puedo ver el pentagrama, los querubines, las alusiones a la mitología griega, las constelaciones, el ángel… Hay espacios de piel sin tatuar entre cada diseño y es una distancia casi exacta entre uno y otro, como si todo su cuerpo fuese un lienzo simétrico, incluso con el montón de palabras que salpican aquí y allá: *Rebirth, Carpe Diem, Too Fast, Today, Trepidation* y un montón más que no comprendo. Le corren como cascadas de tinta sobre su piel, pero desaparecen en un lugar, uno en específico: hay un espacio en blanco en su lado izquierdo, cerca del lugar donde se ubica el corazón.

—¿Por qué ese lugar no está tatuado? —Señalo con la cabeza y él baja la vista.

—¿Aquí? —Pone el índice en el sitio y asiento—. No sé.

—¿Cómo que no sabes?

—Así como lo escuchas.

—¿No has encontrado algo lo suficientemente importante para tatuarlo ahí?

—No todos mis tatuajes tienen significado… La mayoría, de hecho. Así que, si esperas que te diga alguna cursilería como «estoy esperando a encontrar al amor de mi vida para tatuarme el nombre sobre el corazón», te voy a decepcionar, muñeca. —Cierra las comillas que ha hecho con los dedos y me echo a reír.

—Nunca espero nada romántico de ti, Clay.

—Me alegro, porque no vas a conseguirlo, que lo sepas.

—Consigo que hagas cosas imposibles, como regalarme algunas de tus preciadas paletas —digo triunfal—. Hacer que seas romántico no debe de ser problema.

Me fulmina, pero algo cálido le resplandece en los ojos y me hace vibrar.

***

Cuando le dije a Clay que quería ver algo genial, no me refería a algo así. Esto supera cualquier cosa que me hubiera podido imaginar. No puedo creer que esté donde se guardan todas las guitarras que usó Ray Hawthorne en sus conciertos. Millones de personas matarían por estar aquí. Es una colección enorme y cada una tiene su lugar especial. Caminamos por la amplia galería ubicada en un ala de la casa, llena de cámaras de seguridad.

Cuando llegamos al final de la sala, admiro los cuadros de cristal, colgados a lo largo de la pared, que resguardan los discos grabados y las portadas de revistas. Al costado, contemplo la vitrina que custodia los premios y reconocimientos que consiguió su padre a lo largo de su carrera artística.

Es un museo en honor y memoria de Ray Hawthorne, creado por sus hijos.

—Es increíble.

—Lo es —dice con melancolía—. Los coleccionistas se matarían entre ellos si los vendiéramos.

—¿Venderlos? ¿Por qué lo harían?

—Aquí se pudren —señala con tono agrio.

—Son un recuerdo de tu padre —increpo, pero a él parece no importarle.

—Ray está en todos lados, no aquí en estas guitarras obsoletas, pero Bryce es aprehensivo y no quiere deshacerse de ninguna porque siente que traiciona su memoria.

Me siento sobre un taburete que hay en el pasillo y Clay hace lo mismo. Estira el brazo para tomar la primera guitarra de la fila, una acústica, y comienza a afinarla en silencio.

—¿Te llevabas bien con tus padres?

—Sí. Tan bien como se podría llevar un niño de nueve años.

—¿Los extrañas?

—Apenas los recuerdo. —Hay un toque de rencor legible en su indiferencia.

—Oh. Lo siento. —Es lo único que atino a decir.

Me mira mal.

—¿Qué dijimos sobre las…?

—Sí, sí. Las disculpas, lo sé. —Lo apaciguo con un gesto.

—No hay nada que sentir en realidad. Los veía poco. Ray estaba siempre de gira y mamá iba con él a todos lados. No tenían tiempo para criar hijos viviendo entre la fama.

—Pero las fotografías muestran…

—Muestran lo que ellos querían que mostraran. La fama es posesiva; no deja que le dediques tiempo a nadie más, solo a ella.

—Suena mucho como el *ballet*.

—Quizá. —Roza la guitarra con la uña creando una melodía que suena tranquila—. De cierta manera agradezco que Bryce y yo nos hayamos criado entre niñeras y tutores. Al menos así no nos dolió tanto su partida —explica con el resentimiento claro en las palabras.

Me remuevo incómoda, pero sigo preguntando impulsada por la curiosidad.

—¿Hablas del accidente?

Asiente sin dejar de mover los dedos y rasgar las cuerdas.

—Iban de gira nacional, a una presentación en Miami. Yo los acompañaría en esa ocasión; Ray me lo había prometido, si sacaba buenas notas. Así que me esforcé, estudié mucho y saqué las notas más altas solo para pasar tiempo con ellos ese verano. —Sigue tocando; la nota melancólica no abandona su voz—. Pero se olvidaron de mí. Dijeron que tuvieron que salir antes. Ray me llamó cuando el avión estaba despegando y me prometió que iría con ellos la próxima vez. Obviamente no hubo próxima vez.

El corazón se me comprime y siento pena por ese pequeño, desilusionado por las mentiras de sus padres.

—Bryce me despertó en la madrugada y me dijo que hubo un accidente, que ellos no volverían, que Ray y Olivia Hawthorne habían muerto. —Me mira entonces y sus ojos son como un cielo tormentoso—. Sucedió todo muy rápido. Ni siquiera recuerdo qué sentí cuando me lo dijo.

—Debió de ser terrible para ti —murmuro, apenada, y él sacude la cabeza.

—Los abogados se hicieron cargo de nosotros. Ray tenía todo preparado en caso de que algo les sucediera y sus empleados acataron las órdenes al pie de la letra —explica serio—. Designaron a nuestro abuelo paterno como tutor, un cerdo explotador y codicioso que se meaba en la memoria de su hijo en privado, pero lo lloraba en público. Por él, Bryce se inició antes en esto de la música. Por él, Bryce está… —Se detiene, respira hondo y lucha por contenerse, los dedos blancos apretando el mango de la guitarra—. No importa. El caso es que Bryce se hizo cargo de mí cuando cumplió la mayoría de edad y pudo acceder al fideicomiso que Ray dejó para nosotros. Entrenó, refinó, mejoró, entró a ACA, creó su fama y desde entonces no ha dejado de crecer.

Es evidente que los sucesos de su niñez marcaron a Clay de una forma decisiva. Lo

convirtieron en el chico reservado y arisco que es hoy, pero también lo moldearon como un luchador, alguien que no se rinde jamás, y eso enciende una llama de admiración por él en mi interior.

Quiero preguntar más cosas acerca de su infancia, las que hizo o no hizo, pero me abstengo. Es un tema muy personal en el que no quiere ahondar aún y no deseo arruinar más la atmósfera con recuerdos agrios, así que me concentro en su hermano.

—Era imposible que Bryce no triunfara con tremendo antecesor —musito—. Ese es el verdadero legado de tu padre: el talento en sus hijos.

Resopla con ironía y sonríe con pesar.

—El legado puede ser un gran impulsor, pero también puede pesar tanto como una piedra sobre la espalda.

—¿Por qué?

—Solo digo —dice despreocupado, ignorando mi duda.

Lo evalúo y sé lo que trata de decirme. Aunque no lo exprese con palabras, lo sé porque entiendo el sentimiento: luchar por alcanzar algo que ya no te apasiona, pero que ha consumido tanto de ti y de tu vida que sientes que es lo único valioso en ella.

—Tú no quieres esto, ¿verdad? Todo esto de la fama, la música… no es lo que quieres.

Tensa la mandíbula y la mirada se le pierde en el movimiento mecánico de los dedos que rasgan las cuerdas.

—No, no lo quiero, pero es mi don, es lo que la gente espera que haga. —Me mira severo—. Y eso es justo lo gracioso del talento, que puede ser una bendición en la misma medida que una maldición.

—Tienes más dones —objeto, pensando en lo increíble que es dibujando.

—Lo mismo digo.

Sus palabras son como un golpe al pecho y callo. Estamos acercándonos a un terreno peligroso que a ninguno le gusta, porque son nuestras verdades, porque duelen y cuesta enfrentarlas.

Me acomodo mejor en el taburete y sonrío.

—Canta algo para mí —pido de pronto, con la esperanza de desviar la atención.

El aire melancólico que nos envuelve cambia. Relaja los hombros y los ojos se le aclaran para traer de vuelta al Clay sugerente y de humor agrio que conozco.

—¿Crees que doy mi trabajo gratis, muñeca? —Levanta el mentón, altivo.

—Te pagaré.

—¿Y cómo?

—Como tú quieras —digo con una nota fingida de inocencia, y él me dedica una ojeada que denota justo lo contrario y hace que mis entrañas se opriman, expectantes.

—Yo no diría esas cosas si fuera tú.

—¿Por qué?

—Porque si las cosas se hicieran a mi modo, hace tiempo que habríamos abandonado el título de amigos —dice crudo y directo.

—¿Y entonces qué seríamos? —sigo presionando, porque este juego de roces e inocencia me pone los sentidos al límite y me hace sentir frente a un camino de fuego que estoy dispuesta a recorrer solo por él.

Se pasa la lengua por los labios y me clava los ojos en la boca, para luego elevarlos a mi cara, con algo peligroso y oscuro que los abarca.

—No podríamos ni pronunciarlo con lo que estaríamos haciendo.

Un calor me nace en el pecho, viaja por el estómago y se me instala en el centro, materializándose en humedad. Desvío la vista hacia la guitarra que sostiene, incapaz de mirarlo a los ojos si lo que deseo es mantener la cordura y no saltarle encima.

Recupero la compostura y me hago la desentendida.

—Ese comentario no es muy de amigos —digo para molestarlo más.

Suelta una risa y es preciosa. Me gusta cuando ríe, porque no lo hace mucho y cada ocasión es como un nuevo logro para mí.

—Creo que tú y yo estamos algo lejos de ese término.

—Y entonces, ¿de qué término estamos más cerca? —inquiero con genuina curiosidad.

Algo en su semblante cambia. Es algo que me he preguntado desde que nos besamos en esa fiesta. La forma en que me devoró la boca dejó claro que estamos lejos de ser solo amigos, pero también estamos lejos de ser una pareja. Si no encajamos en ninguna categoría y ninguno se atreve a dar el siguiente paso, entonces, ¿qué somos?

Niega con la cabeza y se da por vencido. En su lugar, comienza a tocar la guitarra creando una melodía que me parece conocida, pero no logro ubicarla del todo.

—Disfruta esto. Estás a punto de tener un concierto en la casa de Bryce con la guitarra de Ray, ambos Hawthorne, dos estrellas. Tienes mucha suerte.

—No, tengo suerte porque tendré un concierto privado de Clay Hawthorne hecho para mí. Eso es especial —lo corrijo con una ola de emoción que me llena el pecho.

—Solo pasa una vez en la vida, no te acostumbres.

—Difícil no hacerlo.

Me regala una sonrisa coqueta, esas que esboza poco, pero que le consiguen a todas las chicas que quiere en ACA y yo me dejo llevar. Cuando entona la canción, acompañada de los acordes, la piel se me eriza, los sentidos se agudizan y me transporto a otro lugar. Uno al que solo Clay puede llevarme cuando canta.

A mitad de la segunda estrofa, reconozco la canción: es «Iris», de Goo Goo Dolls. Su voz me envuelve, me llena y me infla el pecho de algo que creí haber olvidado hace tiempo: pasión. Así es como se siente la pasión, como se mira y como se transmite, porque eso es lo que Clay me entrega con cada nota, acorde y palabra que le sale de la boca. La canción parece haber sido escrita para mí; quizá no la eligió al azar, quizá pensó en mí.

O pensó en él. O en nosotros, en cómo el significado de la canción es triste y cliché y nos queda bien. Quizá pensó en que estamos rotos, pero no por completo. En que aún tenemos reparación. Tal vez no significa nada, pero me gusta pensar que sí, porque él comienza a significar mucho para mí.

***

—Creo que al final sí tuvimos nuestra pijamada. —Sonrío tomando la botella de agua que me ofrece mientras camina por su habitación con un vaso de licor.

—Pero sin las mascarillas y trencitas. —Retira un poco la cortina y echa un vistazo hacia el cielo cerúleo que comienza a iluminarse.

Deben ser cerca de las seis de la mañana y no hemos dormido nada, pero ha valido la pena. He conocido más de Clay y de su familia, de su pasado, y eso es increíble. Es la primera vez que

me siento tan conectada a otra persona.

—Creo que ha sido la noche más larga de mi vida —digo tras un suspiro.

—Y que lo digas. —Recarga la cabeza en la pared frente a mí.

—Pero creo que ha sido la mejor en años —confieso—. Nunca pensé que serías así.

Abre un ojo sin cambiar de posición.

—¿Así cómo?

—Así de divertido. Pensé que eras un amargado de primera.

Resopla.

—Sí, soy el rey de la diversión.

Me pongo un mechón tras la oreja, sintiéndome un poco tonta por lo que voy a preguntar, pero lo hago igual:

—¿Y cómo te diviertes?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—No sé mucho de fiestas o de alcohol o de personas o de socializar en general. Lo único que conozco son cuatro paredes, un espejo, una barra y a Victoria Winslet —digo con cierto pesar que se me abre paso por el pecho.

—Te hace falta vivir —acota entre la broma y la seriedad.

—Lo sé.

—Vivir en serio.

—Enséñame entonces —pido con una nueva ola de entusiasmo que me invade.

—¿Sobre qué? —inquiere y camina a través de la estancia en mi dirección.

—No sé. Sobre todo. —Me encojo de hombros—. Sobre las fiestas, sobre vivir, sobre…

—Alto, alto. Alto ahí, vaquera. —Pone una mano al frente para apaciguarme—. Quieres volar y apenas puedes gatear.

Hago un mohín por su horrible comparación.

—Bueno, tampoco soy tan tonta. Dejémoslo en que ya puedo caminar —rebato con dignidad.

Se detiene a un palmo de distancia, su presencia me engulle y debo elevar la vista para mirarlo.

—¿Y qué quieres que te enseñe primero?

Abro la boca, sin saber qué responder, y busco en lo más profundo de mi mente. Muevo la vista esperando encontrar algo, hasta que veo el vaso que sostiene en la mano.

—Sobre ese licor, por ejemplo —respondo segura, señalándolo con la barbilla—. ¿Cómo se bebe? ¿Cuánto puedo tomar antes de caer en coma etílico?

Suelta una risita baja.

—¿Ves cómo sí quieres correr antes de caminar? —Niega divertido—. Esto es ginebra. —Agita el vaso frente a mí y hace una mueca—. No creo que te guste; es muy fuerte.

—Déjame probarlo.

Me mira con esa intensidad que le abarca siempre los ojos, esta vez con algo más, insondable, y siento que me cuesta respirar el aire denso entre nosotros. Le da un sorbo y después me lo tiende. Bebo justo de donde él lo ha hecho sin quitarle los ojos de encima: gris encontrándose con avellana. Puede resultar absurdo, pero es un momento íntimo entre nosotros, aunque no nos estemos ni tocando. Saber que comparto esto con Clay me recuerda que confía en mí como yo en él.

El encanto se evapora en el momento en que el licor me llega a la boca. Es fuerte, seco y me quema. Toso para retirar el regusto amargo en la lengua.

—Te dije que no te gustaría.

—Sabe horrible —logro decir—. ¿Cómo puedes beber esto?

Me quita el vaso mientras me recupero.

—Te acostumbras al sabor después de un rato. ¿Ves? No puedes nadar con los deportistas olímpicos si apenas puedes hacerlo con flotadores —me regaña.

Me retiro el resto de alcohol con el dorso de la mano. Sus ojos, antes llenos de diversión, ahora resplandecen hambrientos y sé que está pensando algo.

—Te sabrá mejor si lo retienes un momento en la boca, así se suavizará el sabor a alcohol y no te quemará al pasarlo por la garganta.

—Pero sabe horrible. ¿Cómo se supone que lo retenga?

—¿Alguna vez has bebido de la boca de otra persona?

Parpadeo, impactada.

—¿Cómo? ¿Qué?

—Que si te han pasado alcohol de boca a boca.

—Ah, claro. Lo hago todos los viernes con chicos y chicas diferentes para variar. —Hago un gesto—. ¡Claro que no!

—¿Quieres probarlo?

Esta vez me aturdo. Me mira con tanta intensidad que siento una presión en el vientre y mucho calor en la entrepierna. El corazón retumba dentro de mí y la expectativa se combina con la excitación que corre por mi sistema, pero me gusta cómo se siente. Me gusta cómo él me hace sentir.

Antes de que sea consciente de lo que estoy haciendo, asiento.

Su expresión de sorpresa dura solo un instante. Se recompone, bebe un trago y lo mantiene en la boca a conciencia, taladrándome con esos ojos de hierro en los que ahora pienso constantemente. Me pone una mano en el cuello, sus dedos me queman la piel de la garganta y de seguro percibe mi latir desbocado. Su respiración me roza el rostro y su mano ejerce fuerza para ajustar el ángulo, elevándome más hacia él. Se inclina, acercándome tanto que le toco el abdomen con las palmas de las manos, y abro los labios lo suficiente para que los tome. Su boca se mantiene contra la mía, en un toque fugaz al principio, antes de apoderarse de ella y deja caer el licor cálido dentro. Lo retengo solo un segundo y después lo trago. Siento que sus dedos me aprietan la garganta cuando engullo, como si no quisiera perderse nada de esto.

Toma mi labio inferior entre los suyos, succiona y lo delinea con su lengua húmeda. Se separa solo un poco para evaluarme y soy un manojo de sensaciones. Estoy sintiendo mucho en todos lados y a la vez. No sé qué estamos haciendo, pero se siente bien. Me gusta eso que hace; me gusta que me bese. Y es abrumador, es erótico, es excitante, es…

—¿Qué tal? —susurra, con su aliento rozando mi cara, sin soltarme.

—Sabe mejor así —me las arreglo para decir.

Él me regala el esbozo de una sonrisa.

—Bueno, ya has aprendido algo hoy.

—Gracias por ayudarme, amigo. —Sonrío y se crispa. La palabra suena inadecuada cuando el amigo acaba escupirme un trago en la boca.

El rostro de Clay se endurece.

—Necesitas aprender lo que significa amistad.

—Por eso me estás enseñando —digo, esperando romper su control.

—Si sigues mirándome de ese modo —dice tenso—, voy a quedar como un mentiroso con

eso de ser solo tu amigo, y ninguno de los dos quiere eso, ¿cierto?

—Tal vez —musito y algo en su expresión cambia, se torna más seria y severa.

—Creo que estamos algo lejos de ser amigos, Niza.

El corazón se me dispara con la fuerza de un cañón.

—Entonces, ¿qué somos? —Ahí está, la pregunta del millón. La que no tiene respuesta.

—No sé.

Tiene la vista clavada en mi boca como un depredador, su agarre en mi garganta aumenta un poco y olvido cómo respirar.

—No sé —repite a un palmo de mis labios—. Pero quiero averiguarlo.

Me jala del cuello, llevando mi boca a la suya para unirlas de esa forma arrebatada que solo él consigue. La fuerza de su cuerpo me impulsa hacia atrás, un jadeo sale de mi boca para perderse en la suya cuando mi cabeza choca con la pared, pero el dolor desaparece en el momento en que mis labios lo siguen.

Creí que era yo la que se moría por que la besaran de nuevo, hasta que Clay me demuestra a punta de ansia que mi deseo no era nada comparado con el suyo. Delinea mis labios con su lengua, pidiendo permiso para entrar, y se lo concedo, perdida en el momento. Todo sucede tan rápido que no sé qué estoy haciendo o si lo hago bien, pero es demoledor y estimulante, me eriza la piel ahí donde toca y me vuelca el estómago.

Me devora con ansia y apetito, pero con cierta deliberación que no lo vuelve agresivo, sino alguien que disfruta de lo que se está comiendo: a mí, a mi boca. La quemazón en el vientre amenaza con incinerarme viva y el roce de sus dedos en mi muslo no ayuda a amortiguarla. De hecho, la piel me quema, arde y grita por que toque más, explore más y…

Se aleja de repente y su ausencia me escuece el pecho, la resiento en los labios. Tiene los suyos hinchados, enrojecidos y las pupilas muy dilatadas. Es una faceta que nunca había visto: cruda y carnal.

—Espera. Hay que parar justo aquí —pide tan afectado como me siento yo, recuperando la respiración.

Frunzo el ceño, confundida.

—¿Por qué? —El pinchazo de desilusión duele más de lo que creí.

—Porque no está bien —rebate, y parece que las palabras le duelen a medida que las dice—. Necesitas tiempo.

—¿Tiempo? ¿Para qué?

Se pasa la lengua por los labios, el deseo nítido en los ojos oscuros. Sé que le cuesta contenerse tanto como a mí.

—Eres virgen, ¿no? No debería ser… así.

El correr de mi sangre se detiene por un segundo. «¿Cómo lo sabe? ¿Es tan notorio?». Una punzada de vergüenza me invade, pero la desecho. Quiero esto, ahora, con él. Es lo más emocionante que he hecho en veintiún años; no deseo que un repentino ataque de remordimiento lo arruine.

—No soy virgen —miento.

El recelo se le instala en la mirada.

—¿No lo eres?

Niego con el corazón a mil, esperando que no note la mentira en mi rostro.

—No quiero tiempo —repito, esta vez más segura.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Esto. —Nos señalo a ambos—. A ti, ahora.

No quiero tiempo. De hecho, siento que se me agota y que este pequeño escape que hemos creado se destruirá apenas pongamos un pie en ACA. Quiero a Clay ahora. No sé si como amigo, como amante, como escape, pero lo quiero. Él representa para mí todo aquello que jamás me permitiría tomar o hacer. Representa la voluntad de elegir; representa deseo e instinto, no deber y obligación.

Guardo silencio y el tiempo parece detenerse, hasta que masculla de mala gana:

—Lo intenté.

Y sé que también se rinde a esto, porque me toma la cara con ambas manos y me besa con necesidad, con desespero, con ese desfogue que ambos necesitamos. Me dejo arrastrar por él hasta la cama; sus piernas empujan las mías hasta sentarme sobre el colchón. Se separa de mí un segundo que me parece eterno, hasta que vuelve a tomar mi boca con la suya, esta vez con más ganas, y me pierdo en todas las sensaciones que experimento a la vez.

Siento que su cuerpo se acomoda entre mis piernas, la dureza de los músculos de su pecho, sus manos acariciando mis muslos, como si quisiera absorberlos a través del tacto, tomando todo cuanto le place y derritiéndome en el proceso. Me muerde el labio y sacudo las caderas contra él, arrancándole un jadeo. Vuelve a hacerlo, solo para que me frote contra su entrepierna, y lo disfruta, igual que yo. Esto también es pasión. Me encanta, me llena y me eleva.

Su boca abandona la mía para morderme el mentón e iniciar su travesía hacia el cuello, marcando su camino con besos húmedos, hambrientos. Me abre más las piernas para recibirlo y percibo la dureza que se frota contra mí en un determinado vaivén, haciéndome ver estrellas. Fue una buena idea no usar bragas, porque su erección contra mi sexo desnudo provoca sensaciones que no conocía. Mis pezones están erguidos, duros y sé que los nota a través de la tela de la camiseta. Me duelen y quiero que los alivie. Gimo cuando me lame una parte sensible del cuello y me sacudo contra él. Sus manos encuentran mis glúteos y los aprietan, los magrean y los pellizcan. Es rudo y cruel, pero me gusta, me gust…

Nos detenemos cuando escuchamos la puerta del piso inferior cerrarse. Clay retira la cara de mi cuello para mirarme con un dejo de alarma. Me congelo y, para mi vergüenza, pienso en el desastre que soy: con la camiseta enrollada hasta la cintura y mi sexo a la vista, empapado.

—Mierda —maldice por lo bajo.

Mi conciencia regresa de sus vacaciones y la vergüenza me inunda el pecho. Luzco como un pollo a punto de ser desplumado: las piernas abiertas, los brazos indefensos y los ojos llenos de terror. Escuchamos pasos subir por la escalera y Clay se quita de encima con un movimiento rápido y grácil que yo jamás podría imitar. Me siento sobre el borde de la cama intentando recuperar la compostura y arreglo mi aspecto lo mejor que puedo para mantener un poco de dignidad en esta vergonzosa situación. La boca se me seca y me siento como una niña a la que atraparon haciendo una travesura.

Cuando finalmente me enfrento a la persona en el pasillo, mis ojos no creen lo que ven.

17 | Capas

Clay

Quiero matar a Bryce.

Quiero matar a Olga.

Quiero matar a la maldita ama de llaves por creer que esta sería una buena hora para aparecerse a limpiar.

—Olga —la llamo cuando se acerca al marco de la puerta y lanza un grito llevándose una mano al pecho.

—¿Joven Hawthorne? —pregunta con timidez.

Tengo que pensar en putas ovejas y campos verdes para controlarme y no gritarle por su impertinencia.

—No sabía que estaría aquí —se excusa en tono endeble, mirando a Niza, después a mí y de vuelta a ella—. El señor Bryce no me…

—No tendrías por qué saberlo —espeto de mala gana y me pongo en pie—. Lamento no haberte avisado. Llegamos aquí por una emergencia.

A juzgar por la mirada de reconocimiento que me dedica, está claro que ella deduce de qué emergencia estoy hablando. Su deducción habría sido correcta si tan solo me hubiera permitido concretar lo que estábamos a punto de hacer.

—Lamento la interrupción —se disculpa, todavía descolocada por la escena, y da un paso hacia atrás—. Volveré más tarde a limpiar.

—No es necesario. —Niza se incorpora con la cara roja y cubriéndose con mi camiseta—. Nosotros ya nos íbamos.

—¿Ah, sí? —El desconcierto se me filtra en la voz.

—Sí —afirma con decisión y le dedica una sonrisa apenada a Olga, extendiéndole la mano —. Soy Niza, un gusto.

—Olga —le corresponde con educación.

—Voy a… vestirme y nos iremos. Ya es tarde. —Me dedica una corta ojeada y sale disparada hacia uno de los baños.

Suspiro mientras la miro alejarse. He vuelto al punto de salida… por enésima vez.

Escudriño a Olga, impasible. Aunque sabe que estoy molesto, tiene la prudencia de no decir nada. ¿Se siente mal por interrumpirnos? Tranquila, yo me siento peor. Carraspea y clava los ojos en el suelo.

—Su hermano me comentó que estará de visita por un par de conciertos que harán en la

ciudad. Me ha pedido que ordene el lugar —explica vacilante y temerosa, como si la asustara la idea de ser despedida, algo que no haré.

—Lo sé. Me lo dijo.

—Solo hago mi trabajo, señor —se excusa con la súplica en los ojos oscuros.

Suavizo mi expresión para tranquilizarla.

—Lo sé, Olga. No tienes que disculparte por eso. —Me acerco, le pongo una mano en el hombro y le doy un apretón—. ¿A tu hijo le ha servido la guitarra que le di?

Su rostro cambia y se ilumina.

—Sí, está muy emocionado con sus clases de música. Le ha encantado el obsequio, señor.

Su emoción me arranca el atisbo de una sonrisa.

—Me alegro. Deberíamos tocar alguna vez.

—Solo tiene nueve años.

—¿Y qué? Talento es talento.

Le retiro la mano del hombro y suspiro.

—Te dejaré hacer lo tuyo, entonces. Saluda a tu hijo de mi parte.

Niza no dice nada cuando sube al auto, tampoco lo hace cuando emprendemos nuestro camino hasta la academia. Casi puedo ver la manera en que su cabeza trabaja para entender lo que estuvo a punto de suceder. Dijo que no era virgen, pero no le creo y eso me hace sentir peor. Alguien como ella no merece que su primera vez suceda en casa de un extraño y como un encuentro rápido y desenfrenado de lujuria.

No soy alguien romántico, pero Niza despierta algo en mí que no creí poseer: cariño. No me invade solo el simple deseo carnal que sientes por una amante ocasional, tampoco algo tan simple como el afecto amistoso. Me hace sentir mucho más, un entramado complicado de emociones que no comprendo, pero que al final convergen en un cariño intenso, abrasador, genuino. El tipo de cariño que despierta en ti alguien a quien admiras, que te cautiva y a quien deseas proteger.

Quiero conocer a Niza Hess en todas sus facetas, descifrar su mente y descubrir por qué es como es: intrépida, encantadora, bondadosa y valiente a pesar de vivir en un entorno encargado de reprimirla y marchitarla. Es como una flor de loto que nació entre aguas pantanosas, floreciendo más hermosa que ninguna otra a pesar de las adversidades.

La probé y me gustó. Tanto que creo me he vuelto adicto y no puedo erradicarla de mi mente. La deseo, es obvio. Incluso alguien tan distraído como ella puede verlo. Me he mostrado renuente a aceptarlo, pero no creo poder huir mucho tiempo: comienzo a sentir cosas por Niza que van más allá del deseo sexual.

«Vaya mierda».

***

Corto la comunicación con mi hermano después de una escueta llamada y cierro los ojos, hastiado. Decido tomar una siesta para recuperar la energía y llegar con ánimos a la tienda. Soportar a Carter, Klein y los demás es un trabajo arduo. Así que me acomodo con la intención de dormir, cuando mi móvil vibra con un nuevo mensaje.

DESCARADA:

¿Estás libre? [16: 23]

CLAY:

Depende de para qué. [16:24]

DESCARADA:

¿Ya bebiste agua hoy?
Estás más seco de lo normal. [16:25]

CLAY:

No, pero tengo una forma muy creativa de beber en la que tú estás involucrada. [16:25]

DESCARADA:

¿? ¿? ¿? [16:26]

DESCARADA:

Como sea. Tengo que pedirte algo importante. [16:26]

CLAY:

No hago caridad. [16:26]

DESCARADA:

Ya lo sé y no espero eso de ti. [16:27]

CLAY:
¿Entonces? [16:27]

DESCARADA:
Estoy en un ensayo en el auditorio. [16:29]

CLAY:
Bien por ti. Sigue así. [16:29]

DESCARADA:
Y Ryan está aquí. Está en una de las filas de la esquina. No me quita los ojos de encima. Me está poniendo nerviosa. [16:29]

El corazón me da un salto y me incorporo con los hombros tensos.

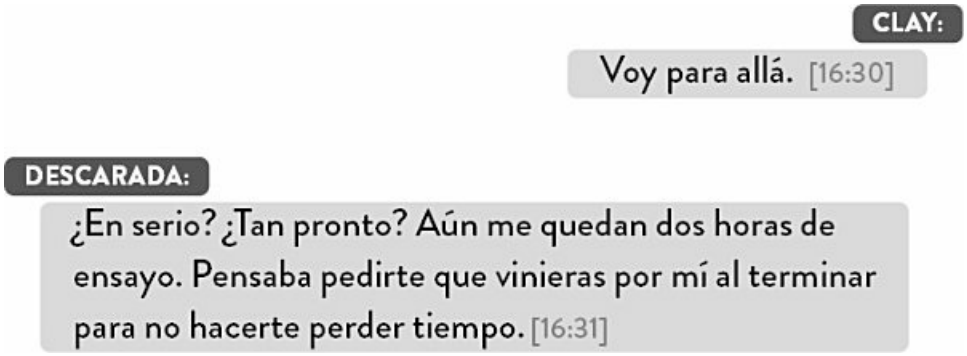
CLAY:
¿Te ha dicho algo? [16:30]

DESCARADA:
No, no hemos hablado, pero tengo miedo de que intente algo cuando el ensayo termine. [16:30]

Me pongo los zapatos, salto de la cama y salgo para buscarla.

CLAY:
¿En qué auditorio estás? [16:30]

DESCARADA:
Auditorio Lumière, cerca de los estudios de danza. [16:30]



Bajo las escaleras de dos en dos hasta salir de mi edificio y leo el mensaje solo cuando ya estoy en camino al auditorio. No me gusta Ryan. Si cree que lastimarla es una buena forma de vengarse por lo que le hice, le romperé otra botella en la cabeza para demostrarle lo equivocado que está.

Niza es una chica fuerte, pero aún necesita aprender a enfrentarse a esos enfermos. Y mientras lo hace, yo estaré ahí para evitar que le hagan daño, cuantas veces sea necesario.

Salgo de su chat sin aminorar el paso y hago una llamada.

***

RJ y yo nos sentamos en una de las últimas filas del auditorio Lumière. Tiene asientos aterciopelados, palcos y un descomunal escenario. Parece más una Casa de la Ópera que un teatro estudiantil.

Ubico a Ryan un par de filas más abajo, a la derecha. Tiene un moretón en el costado izquierdo del rostro, que apenas distingo por la distancia, pero está ahí como una prueba palpable de nuestra pelea. Vigilo cada uno de sus movimientos.

No sé nada de *ballet*. Nunca en la vida creí presenciar un *ballet*, pero aquí estoy.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —inquiere RJ con la misma cara de hastío que también tengo—. ¿Estamos pescando algunas bailarinas? Creo que ahora sí perdiste la razón. Ni siquiera ellas están tan desesperadas para salir con nosotros.

—Niza me pidió que viniera.

—¡Por Dios! ¡Sabía que tenías un rollo montado con ella! Maldito suertudo; ella es Afrodita en tutú.

Me impacta que RJ conozca la palabra «Afrodita».

—¿Ya cogieron? —Me da un golpecito en las costillas con el codo.

¿Por qué todos quieren saber eso? No es como si Niza fuera una especie de trofeo. Es algo que nos incumbe solo a nosotros dos, a nadie más.

—No.

—¿Van a coger?

—¿Vas a parar?

Sonríe malicioso, mirándose las uñas.

—No sé… tal vez. Podría hacerlo por un módico precio como… No sé… —Frunce los labios como si pensara—. El nuevo cómic de *Gods Among Us*.

—Ni lo pienses.

—Entonces no paro.

Creo que se ha callado por fin, pero se yergue en su asiento.

—¿Esa no es Nerea?

Enfoco la vista para encontrarla.

—Sí, es ella.

—No tenía idea de que había vuelto a ACA. ¿No estaba triunfando en San Francisco?

—Yo qué sé.

Me escudriña suspicaz.

—¿Ya cogieron?

—¡RJ! —espeto entre dientes.

Él enarca una ceja y se cruza de brazos. No digo nada, pero él hace sus propias conjeturas y lo odio por conocerme tan bien.

—¡Shhhh! —Una mujer, unas filas más abajo, nos manda a callar, así que obedecemos.

A estas alturas espero que Ryan haya notado mi presencia, por su bien. Fijo mi atención en la instructora, que no para de escupir órdenes a diestra y siniestra sobre el escenario.

—¡Inútiles, todas ustedes! —grita—. ¿Qué clase de bailarinas son si no pueden ejecutar un simple *plié*? Largo, largo, todas, fuera. —Hace aspavientos con las manos, relegando a las chicas a un lado—. Hess, tú quédate. Tu solo desde el inicio. ¡Anda!

El pianista empieza a tocar y la música se eleva por el teatro. Niza viste un traje negro con detalles plateados, corto y ajustado, en lugar de sus típicas prendas de entrenamiento. Sus mechones de fuego están atados en un moño perfecto que deja al descubierto su rostro, adornado por una expresión soñadora mientras toma posición en el escenario.

Esta vez no la observo con los ojos de un artista, sino de un hombre. Cuando comienza a bailar, dejo de ser consciente de todo lo demás. Me transporto a un universo donde entiendo algo de *ballet*, donde no es del todo aburrido y desagradable. No sé un carajo de este arte, pero está claro que ella es buena. Pone los pies en punta, se desplaza con gracia y parece flotar más que caminar sobre el suelo. Gira, salta y mueve los brazos, cautiva en su propio sueño, mostrándonos a través de su cuerpo la historia tras las notas.

No conozco los términos para las cosas que está ejecutando, pero ninguna chica normal podría inclinarse, doblarse y estirar el cuerpo de esa manera. Está narrando sin hablar; es extraordinario. Me percato, en mi inmenso terror, de que podría contemplarla hacer esto por horas sin hartarme. Solo a Niza, en el escenario, lanzando ese hechizo para mantenernos cautivos con la delicadeza, la gracia y la magnificencia de su cuerpo. De pronto, a mitad de la canción, el hechizo se rompe y es reemplazado por la contundente voz de la instructora.

—¿Qué haces? ¿Qué crees que haces? —dice airada, llegando hasta ella en dos zancadas—. ¿Crees que puedes cambiar la coreografía de un profesional solo porque sí?

Me inclino hacia adelante, conteniéndome para no ir hasta donde aquella mujer, tomarla del cuello y cambiar su actitud con métodos poco agradables.

—¿Crees que no lo notarán los reclutadores de casas de la ópera tan importantes como la de Chicago? ¿O la de París? ¡Dios! ¡Así nunca bailarás ni en las calles de Brooklyn para pedir limosna! ¿Sabes lo importante que es este recital? ¿Lo sabe esa cabecita tuya? —Le da

golpecitos con el índice en la sien.

La sangre me hierve mientras Niza permanece de pie, callada y abnegada, igual que una mujer abusada.

Esto es insoportable. He estado aquí menos de treinta minutos y ya quiero salir corriendo. ¿Cómo ha podido soportarlo por tanto tiempo?

—Después de tu penoso desempeño la semana pasada, lo único que espero es que al menos te esfuerces esta vez —sisea—. ¡Te lo debes a ti misma y se lo debes a esta compañía! ¡Bailar para estar al nivel de los que aquí asisten! ¡Debes bailar como si valieras cada maldito centavo que invertimos en ti! ¡Nos lo debes, malagradecida!

¿De qué inversión habla si ella fue la encargada de quitarle la beca? La ira es una bestia viviente rugiendo en mi interior y muriendo por salir. No soy el único impactado con su actitud.

—¿Cómo se atreve a gritarle así? —dice RJ, con el ceño fruncido y el cuerpo tan tenso que creo será el primero en bajar hasta allá y ponerla en su lugar.

Escucho las risitas de sus compañeras en el fondo, sobre las alas del escenario. Aquellas chicas que, al no poder compararse con Niza, utilizan la burla y el rechazo como arma en su contra. Y ella no dice nada, no se rebela, no replica, no se defiende. Solo asiente, baja la cabeza y se mantiene sumisa, aguantando la mierda que esas malditas le tiran. Igual que un perro que ha sido abusado por años y años y que ha aprendido a no esperar nada más. Niza es, por mucho, lo mejor que ACA tiene en *ballet*. Incluso alguien como yo, que no sabe una mierda de este arte, puede verlo.

Dios, la rabia que siento no es normal. Me quema, me corroe por dentro.

No siento pena por ella. Es libre de tomar sus propias decisiones. Puede irse de ese hoyo de mierda cuando quiera. Puede, pero no lo hace.

—Y si no comienzas a vigilar todo lo que te llevas a esa boca —continúa la instructora, tomándola del mentón—, no entrarás en este vestuario para el recital de otoño. Las compañías de danza buscan bailarinas, no ballenas. No tendrán tiendas de circo para ti si no cuidas tu peso.

De todas las cosas que podría echarle en cara, ¿por qué su peso? Me percato, para mi horror, de que la instructora es la raíz del problema alimenticio de Niza: cada alimento que ella rechaza es para cumplir con las exigencias de esta mujer, este monstruo al que no le importa destruir a sus bailarinas con tal de sentirse superior. Estoy tan enojado que no puedo ver con claridad.

Sus niveles de estrés. Su cansancio. Su ansiedad con la comida. Todo lo que conforma a Niza Hess y la convierte en ese precioso desastre tiene raíz en el *ballet*. Algo que ella asegura que es su más grande pasión, pero la ambición es una cadena más fuerte que cualquier hierro y el contrato de esclavitud que firmas contigo mismo es el más difícil de romper. Usamos los sueños como impulsores, pero nos convertimos en esclavos de nuestras ambiciones.

Su instructora la deja por fin en paz para gritarle a otra pobre alma en desgracia. La observo tomar un suspiro compungido y me cuesta horrores no ir hasta allá y abrazarla. Se recompone después de un momento y mira a la audiencia, hacia mí. Justo a mí. Una sonrisa le rasga la cara y es la cosa más triste y bella que he visto en mi vida.

18 | Textura

Clay

—¡Oye, Niza! —RJ se adelanta y la saluda con una enorme sonrisa.

La encontramos en el umbral del auditorio cuando sale de los vestidores con ropa deportiva, y culpo a mi imaginación por vislumbrar ese brillo en sus ojos al posarlos en mí. Se acerca y nos sonríe de vuelta.

—Hola —saluda recuperando el aire—. No pensé verte por aquí, RJ.

Mi amigo se encoge de hombros.

—Vine a vigilar que se comporten. Clay puede ser un salvaje a veces.

Lo fulmino por el comentario, pero ella ríe y los sentimientos negativos desaparecen.

—¿Se quedaron todo el ensayo?

—¡Claro! ¡Eres increíble! —Mi amigo hace una reverencia exagerada—. Girabas y saltabas en un pie, ¡en punta! ¿Qué pacto con el diablo hiciste? Yo ni puedo caminar bien con ambos pies en el suelo.

Niza suelta una carcajada y es como si nada hubiera pasado en el escenario. De pronto, es esa chica amable y risueña que todos conocen, no la chica rota y ansiosa que he visto en la tienda. Sabe disimularlo muy bien.

—¿Tú viste? —Sus ojos almendra brillan como la miel al encontrarse con los míos.

—Sí, se veía bastante complicado.

—¿Y lo viste a… él? —Gira el cuello en busca de Ryan, pero fue lo suficientemente listo para retirarse antes de que yo pudiera partirle la cabeza.

—¿A quién? —pregunta RJ.

—Se fue —respondo ignorando a mi amigo—. Por su bien, espero que no vuelva a molestarte o de verdad terminará muerto.

—Me alegra que se haya ido. —El alivio se le expande por el rostro.

—Sí, lo mismo opino —acota RJ muy serio, aunque no sabe de qué mierda hablamos—. ¿Por qué no vamos a…?

—¡Clay! —La voz de Nerea nos interrumpe. La veo correr hacia mí y me echa los brazos al cuello, estrechándome.

La retiro con más brusquedad de la que deseo, aunque ella no pierde la sonrisa.

—¿Qué haces aquí? ¿Has venido a verme? —Eleva las comisuras de la boca en un gesto coqueto—. ¿Me extrañabas tanto?

Niza nos lanza a ambos una mirada confundida y me quiero morir. ¿Por qué tenía que

encontrarla justo ahora?

—¿Se conocen? —pregunta con un hilo de voz.

—Claro que sí, tontita. Aquí la pregunta es: ¿ustedes se conocen? —inquiere Nerea enarcando una ceja. Se hace a mi lado y estrecha mi brazo contra su cuerpo—. Porque Clay y yo nos conocemos muy bien.

Quiero arrancarle la lengua apenas dice esas palabras. Los músculos se me tensan y miro al frente para dispersar la mente y evitar una tragedia.

—Oh… —Su rostro se desfigura en una mezcla de sorpresa y decepción—. No sabía que eran amigos.

—No somos…

—Algo así, del tipo de amigos que se conocen muy bien, muy a fondo —me interrumpe y sonríe—, ¿cierto, Clay? ¡Ah! Hola, RJ, cuánto tiempo.

Mi amigo le regala una sonrisa tensa que no le llega a los ojos; parece tan incómodo como yo. Quiero que me salve de esta situación, pero creo que solo un meteorito podría hacerlo. Miro a Niza, pidiéndole una disculpa muda, pero su rostro es ahora una máscara de impasibilidad. No sé qué piensa o siente y eso me vuelve loco.

—¿Y bien? ¿De dónde se conocen? —pregunta la rubia.

—No te importa —increpo de malhumor, alejándome de su toque como si quemara.

—Ink the Mind —responde Niza—. Trabajo ahí.

No puedo ocultar mi sorpresa. Creí que quería mantenerlo en secreto. La miro en busca de una respuesta, pero me evita los ojos.

—¿Tatúas? —indaga impresionada.

—No, soy la…

—Oigan, me dio hambre —la interrumpe RJ—. Creo que iré a buscar algo a la cafetería.

—De acuerdo. Gusto en verte, RJ. —Nerea mueve los dedos a modo de despedida y él solo atina a asentir.

—Niza, ¿vienes conmigo? Creo que me vendría bien tu ayuda para elegir qué comer —la llama mi amigo.

—¿Yo? —Parece descolocada—. Pero no tengo hambre.

—No importa, ¡anda, vamos! No quiero ir solo. —Junta las manos en una súplica y la pelirroja accede.

—Bien. Los veo luego. —Me dedica una mirada que me comprime el corazón.

Una vez estamos solos, Nerea me mira con malicia.

—Así que la dulce e inocente Niza. —Chasquea la lengua—. No creí que ella, siendo tan buena persona, encajara en tus estándares.

La acribillo:

—Cierto, porque suelen gustarme las chicas que son una mierda —digo con lentitud para dejar en claro de quién hablo.

—La verdad es que sí. Te proyectas en las chicas con las que sales. Por eso no creo que alguien tan buena como Niza sea tu tipo. —Se suelta el cabello rubio y se masajea el cráneo—. Deberías evitarle el desgaste de estar con alguien como tú.

—¿Alguien como yo? ¿Qué quieres decir? —Siento la vena de la ira a punto de reventar.

—Clay, por favor, no juegues al santo conmigo. Ambos sabemos que ninguno de los dos lo es. Por eso nos llevamos tan bien dentro y fuera de la cama. Niza no necesita que alguien como tú le joda más la vida; ya tiene suficiente con sus problemas.

—¿Tú qué sabes?

—¿Así que sí te gusta? —Enarca una ceja—. Dios, pobre chica. No sé si la matarás a punta de cogidas o de decepciones.

El comentario me enerva y me hace rechinar los dientes.

—Cállate, cállate de una puta vez —la corto hosco y doy un paso hacia ella con la intención de intimidarla, pero ni siquiera se inmuta—. Yo no soy la misma mierda que tú, Nerea.

—No, es cierto. Eres la misma mierda que Bryce, pero con una polla más grande.

Un gruñido me sale de la garganta.

Estoy tan enojado que mis ojos lanzarían fuego para incinerarla si pudieran. Nosotros tuvimos una historia en la que yo también fui culpable, pero todos fuimos parte de su plan para ganar fama y prestigio. Bryce y yo fuimos simples peones en su juego, uno que ella parece estar jugando otra vez. Sin embargo, está mal de la cabeza si piensa que le permitiré usar a Niza para su beneficio. Yo resulté bastante jodido después de que terminó de usarme; no permitiré que haga lo mismo con alguien que comienza a ser muy importante para mí.

—Aléjate de ella. No quiero que la llenes de tu veneno.

—Ella es demasiado buena para ti. Tú eres quien debería alejarse.

Ahí está de nuevo, mostrando su verdadera cara. Sabe que ya no estoy en sus ligas, así que ataca al más débil.

—No voy a repetirlo, Nerea. No quiero tener problemas contigo —siseo inyectando tanta severidad en mis palabras como puedo.

—Ni yo contigo, así que aléjate tú.

La tomo del brazo con brusquedad sin pensar; mis dedos se encajan en su piel.

—Te quiero lejos de ella. No intentes hacer ningún truco, porque lo sabré, ¿entendido?

No responde y aprieto más mi agarre.

—¿Entendido?

Me desafía con la mirada, pero no habla, así que la suelto y me alejo.

—Justo como me gusta: la excitación de casi morir. —Sonríe en un gesto felino y malicioso —. Este jueguito de amenazas y advertencias me ha encendido mucho. ¿Nos vemos en tu dormitorio o en el mío?

La fulmino una vez más antes de pasarla de largo. «Maldita desquiciada».

***

Niza entra puntual, como siempre. Cierra la puerta tras de sí y me sonríe. No sé a qué juega o a dónde pretende llegar con sus acciones. Me ignora por cinco días y ahora hace como si nada pasara. No la entiendo.

La miro por encima de mi libreta de bocetos, detallando las apretadas mallas de deporte, la delgada blusa de tirantes rosa y las zapatillas deportivas.

—Gracias por ese día —murmura tan bajo que pienso que lo he imaginado hasta que levanto la mirada.

Ella ya tiene la suya clavada en mí.

—¿De qué hablas? No hice nada.

—Hablo del día que fuiste al auditorio. Gracias por estar ahí para mí.

—¿Lo dices porque ahuyenté a Ryan?

—No, lo digo porque estabas ahí.

—¿Y qué importancia tiene?

—Que eras tú, apoyándome.

Hay tanto agradecimiento en sus ojos que una emoción cálida me llena el pecho. Esta chica tiene una capacidad impresionante para hacerme sentir lo que ella desea.

—No fue nada —digo sin más, aunque siento calor en las mejillas.

—Para mí fue todo. —Me dedica una pequeña sonrisa—. Sé que los últimos días han sido… raros. Lo siento por eso.

—¿Algún día dejarás de disculparte hasta por respirar?

—No creo.

—Ya veo.

—Quiero decir que… No quiero que las cosas sean raras entre nosotros. —Su voz es vacilante y presto total atención ahora que hemos entrado al tema que me ha comido la cabeza la última semana.

Dejo la libreta de bocetos a un lado y me pongo en pie. Camino a paso lento hasta estar cerca de ella, tomándome mi tiempo y calibrando sus reacciones.

—¿No?

—No. Me gusta estar contigo.

Doy un paso más cerca, atraído por ella, por la forma en que resplandece en la oscuridad.

—¿De qué forma?

De nuevo atisbo la vacilación antes de ser sustituida por seguridad.

—De todas las posibles.

Su declaración me aumenta los latidos.

—¿Por qué?

—Porque me ayudas a recuperar el balance en mi vida, Clay.

La respuesta me arranca una media sonrisa.

—Curioso, porque tú se lo quitas a la mía.

Me mira a través de sus espesas pestañas y percibo cómo una energía magnética se eleva en el aire y crepita entre los dos.

—Somos un par bastante dispar, ¿no crees?

—La disparidad es mejor. El contraste nos queda bien.

—Tal vez, no lo sé… —Vislumbro en su mirada esa llama de valentía que noté en la casa de Bryce, nítida y poderosa—. Pero quiero averiguarlo.

—¿Qué cosa?

—Lo que somos.

Enarco las cejas y ella comprende que me debe una explicación.

—Me haces sentir… cosas. Cosas que no puedo explicar o definir o clasificar. Sé menos que tú sobre esto de las relaciones, así que si tú no sabes dónde demonios estamos, más perdida estoy yo, pero… me dijiste que debía vivir más y eso es justo lo que siento cuando estoy contigo. Me siento viva —confiesa con la voz llena de emoción—. Me gusta sentir que vivo un poquito más cuando estoy contigo.

Asiento, absorbiendo sus palabras, y es como una corriente eléctrica que me inyecta energía en el cerebro, en el corazón, en el cuerpo. Esta chica me hace sentir como si nunca hubiera vivido hasta que la conocí.

—He vivido mi vida en blanco —continúa—. No sé nada de relaciones o de comportarme

como la gente esperaría. Hay muchas cosas que no entiendo y muchas más que me dan curiosidad y yo… Yo confío en ti para que me las muestres, para que me enseñes lo que es vivir.

Estiro un brazo y le acaricio el borde de la cara con los nudillos, impulsado por la ola de cariño que me hace sentir.

—Niza, cuando alguien te diga que debes vivir un poco más, no significa que estás obligada a cambiar tu forma de hacerlo. Cada persona tiene su concepto de vida y eso no quiere decir que será igual al tuyo o que debas aceptarlo.

—Pero yo…

—Vive acorde a tus parámetros y límites, no acorde a los de otros.

—Bien, de acuerdo. Pero quiero que tú me enseñes.

Estoy por replicar cuando me interrumpe poniendo su mano sobre la mía.

—Confío en ti. Enséñame lo que es la vida según Clay Hawthorne. Yo la veré a través de los ojos de Niza Hess.

Olvido cómo respirar y una parte de mí está desesperada por guardar este momento en la memoria, porque es íntimo y especial. Niza posee unos ojos preciosos que verán la vida aún más bella y me siento honrado de que me haya elegido para enseñarle.

—De acuerdo —acepto sin que la agradable emoción desaparezca—. ¿Qué quieres que te enseñe primero?

Se muerde el labio, dubitativa, mientras mi pulgar le acaricia distraído la mejilla.

—Quiero saber algo.

—¿Qué cosa?

—¿Estás saliendo con Nerea?

Retiro la mano al instante, como si su piel me escociera.

—¿Por qué crees eso?

—No soy tan ingenua como parezco. —Se cruza de brazos—. Sus comentarios sobre lo cercana que es su relación fueron poco sutiles.

Algo pesado me cae en el estómago.

—Nosotros…

—Solo dime la verdad. —Se encoge de hombros—. Quiero conocer a la persona a la que le confiaré mi vida, por así decirlo.

Convierto mi boca en una fina línea, pensativo, hasta que decido ser sincero. Es lo mejor para ambos.

—Tuvimos algo que ver en el pasado.

—¿Ella no es ex de tu hermano? —pregunta sorprendida, y la vergüenza me engulle.

Afirmo con la cabeza y entorna los ojos, suspicaz.

—¿Y tienes algo que ver con ella ahora?

—No.

—¿Y con alguien más?

Vuelvo a negar. La única chica que me ha martillado la cabeza las últimas semanas es esta miniatura con genio de gnomo y cuerpo de elfo.

—No sé si los amigos hacen esto, pero…

—¿Podrías dejar ese término? Créeme: no se adecúa a nosotros, los amigos no se miran como lo hacemos tú y yo —la interrumpo.

—¿Y cómo nos miramos?

—Como si quisiéramos comernos.

Algo distinto le oscurece los ojos brillantes.

—No es del todo mentira —admite.

—¿No es del todo mentira? —repito sin comprender.

—No. Esa es una de las cosas que me haces sentir. Algunas veces quiero besarte y otras abofetearte para callarte.

—La primera opción funcionaría muy bien para callarme —le susurro cerca del rostro.

Noto el cambio en su respiración y la manera en que la piel se le eriza cuando paseo mis dedos por su brazo, avanzando con lentitud hasta su hombro.

—¿Funcionará?

Sé que no habla de la opción para callarme, sino de nosotros.

—No lo sabremos hasta ponerlo a prueba. —Acaricio su nariz con la mía, mi boca bailando sobre la suya. Estira el cuello buscando mis labios antes de quitarlos de su alcance—. ¿Quieres probarlo?

Asiente sin perder de vista mi boca y debo pensar en operaciones matemáticas para no perder el control.

—¿Realmente quieres esto, Niza?

—Sí.

—¿Ahora?

—Ahora.

—¿Así? —susurro rozando sus labios con los míos en un beso fugaz. Me toma de la cara, me inclina hacia ella y me come la boca con un ímpetu hambriento, ávido.

Sigo el ritmo de sus labios, ágiles, que me conducen a lo más hondo de la lujuria.

—Así —responde entre jadeos.

Le pongo una mano en la nuca para besarla más profundamente, para vaciar en ese gesto desesperado las emociones turbulentas que ella me provoca con su simple presencia. Estrecho más mi cuerpo contra el suyo y su espalda choca con el cristal del mostrador. Lanza un gemido que se pierde en mi boca y me endurece la entrepierna. Mi lengua pulsa contra la suya; se entrelazan sin querer separarse. No hay nada romántico o dulce en la manera en que nos besamos, pero lo disfruta tanto como yo.

Gime cuando la acerco más hacia mí, tomándola de la cintura y permitiéndole sentir mi erección a través de la ropa. Emito un gruñido cuando se presiona contra mí, provocándome. Estrello su delgada figura contra la vitrina de la tienda con un embate violento. El vidrio cruje bajo la fuerza, pero no cede. Sus manos viajan por mi cuello, mi pecho, mis brazos; me delinean los oblicuos bajo la tela, vacilantes, pero lo suficientemente valientes para aventurarse. Me separo solo un segundo para recuperar el aliento antes de restregarme contra ella y no basta. La tomo del brazo y la hago rodear el mostrador. La levanto sin esfuerzo y la siento sobre la alta silla tras la caja registradora. Le suelto el cabello de la liga que lo mantiene preso, sin mucha consideración, y emite un quejido de protesta que ahogo con la boca. Le separo las piernas con las manos, me hago espacio entre ellas, conducido por las ganas que me dominan, y le muerdo el labio; siento lo caliente que está su centro, lo mucho que arde por el contacto y lo erguidos que están sus pezones.

Me separo y la admiro. La admiro porque es preciosa cuando está encendida, cuando el deseo la consume y la lujuria la vence. Respira con dificultad; el pecho se le agita junto a las pequeñas tetas. No lleva sostén. Rara vez lo hace, siempre lo noto, pero esta es la primera vez que puedo tocar.

—Niza, ¿pensaste alguna vez que haríamos esto?

Le acaricio el muslo en un gesto distraído y ella niega, tensa.

—¿Nunca lo pensaste, pequeña mentirosa? —La aprieto un poco, cerca de su sexo, gime y da un respingo, arqueando la espalda sobre la silla; sus pechos sobresalen, listos para ser tomados por mis manos y mi boca.

—Bien, tal vez… un par de veces —dice con tono afectado.

—¿Y qué pensabas? —Subo la mano un poco más, sin dejar de ejercer presión, y le recorro el muslo al tiempo que abro un poco más sus piernas para mí. Cuando percibo la calidez que emana su centro, palpable a través de la ropa, debo contar hasta mil para no perder la cabeza. Esto no es para mí, sino para ella.

—Pensaba en…

—¿Me imaginabas aquí, frente a ti?

Asiente ansiosa, mordiéndose el labio.

—¿Pensabas en mis manos acariciándote? —Suspiro cuando le toco la cintura, arriba del elástico de sus mallas—. ¿Pensabas en que te tocarían?

Le pellizco la piel de la cintura y sus caderas dan un tirón.

—¿Qué hacían estos dedos en tu cabeza, Niza?

Su respirar se vuelve errático, elaborado y siento la atmósfera tan caliente que parece nos quemaremos en ella.

—No lo sé. No sé…

—¿Sabes lo que te haría con estos dedos?

Niega con el cuello tenso y yo aprovecho ese momento para subir la mano un poco por su abdomen. Lanza un quejido por la expectativa que estoy creando. La tomo de la nuca y la acerco a mí en un gesto brusco, mientras mi mano libre baila cerca de su pecho, del pezón erguido, ansioso, pero no llego a tocarlo. Noto su desesperación, sus ganas, su deseo; quiero explotarlo.

—¿Te han enseñado alguna vez a jugar con la anticipación, Niza? —Le toco el pezón con un dedo y se estremece por la fricción de la tela.

—No.

Aprieto el pezón, estirándolo un poco, comprimiéndolo entre mis dedos y pasando el pulgar de lado a lado para arrancarle otro gemido. Sus caderas se sacuden contra mí como si tuvieran voluntad propia. La sensación que me recorre me sabe a gloria.

—Esa es la clave del juego —le murmuro cerca de la boca, sin llegar a besarla. Le acaricio el pezón una última vez antes de llevar la mano más abajo, hacia ese lugar que bulle por atención —. Puedo follarte incluso a través de la ropa.

Le froto el sexo en un ritmo firme. Lo recorro de arriba abajo y después presiono el clítoris, arrancándole un jadeo lleno de satisfacción.

—¿Cómo se siente?

Deslizo el índice y el dedo medio por ese lugar y vuelvo a presionar el clítoris, pero sin llegar a su entrada. Recorro el mismo camino con lentitud un par de veces más. Dios, estoy como una puta piedra.

—Se siente muy bien.

—¿Te gusta donde tengo los dedos ahora?

Asiente y yo vuelvo a acariciar, usando la tela delgada de las mallas a mi favor para maximizar las sensaciones, permitiéndole sentir la textura dura de mis dedos contra su sexo deseoso.

—¿Te gusta así? —murmuro absorbiendo su aliento—. No sabré cómo tocarte si no me lo dices.

Ejerzo presión sobre su coño y gime alto; sus caderas me torturan con la forma en que me calientan la mano cada vez que arremeten contra ella, hacia mi polla, que punza desesperada por salir.

—No sé… Yo nunca…

Me detengo y la miro, tomándola de la nuca.

—¿Nunca qué?

—Nunca me he tocado antes —admite apenada.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo esperas disfrutarlo si no te disfrutas a ti misma, Niza?

—Pero…

—Tócate.

—¿Qué?

Lucho contra mis ganas y me alejo.

—No voy a tocarte hasta que lo hagas tú primero y me muestres cómo te gusta que te toquen.

Abre los ojos desmesurados, impactada por mi declaración.

—Pero yo nunca he…

—Lo sé, por eso quiero que lo hagas. Ahora tú me enseñarás a mí.

Sin apartar la vista de ella, me llevo los dedos a la boca, empapados de la humedad que traspasó la tela de sus mallas, y los chupo degustándolos. Jadea impresionada, o apenada, no lo sé, pero admira la vista.

—La próxima vez que estemos juntos, te tocarás mientras me miras. Quiero conocerte a través de tus manos.

—Clay…

—Es parte de vivir, muñeca. —Me inclino para besarla una última vez, imprimiendo en ese encuentro todas mis ganas—. La próxima vez, quiero que estés tan húmeda que yo pueda beber de ti. —Se sonroja igual que un farol y yo sonrío, disfrutando de sus reacciones—. Por hoy la clase terminó. Te veré en la siguiente.

—¿La siguiente?

Me alejo dejándola pasmada en la silla. Tomo mi libreta de bosquejos y me acomodo casualmente en el sofá.

—Oh, sí, esta es solo la primera. Planeo tener muchas más.

19 | Renversé

Niza

Camino hacia el centro del estudio. Winslet aparece anunciando el comienzo de mi martirio, aunque esta vez no viene sola. Una persona desconocida la acompaña: un hombre de mediana edad, en sus plenos cuarenta, alto, bien conservado, de cabello oscuro y expresión severa.

Cuando Winslet aplaude un par de veces, nos acomodamos en línea frente al espejo, como soldados.

—Niñas, sus ojos aquí, por favor. Presten atención porque no lo repetiré —anuncia—. Esto es importante.

El rostro se le suaviza al dirigirse al hombre vestido con pantalones y camisa formal, las mangas dobladas para dejar al descubierto un retazo de los antebrazos.

—Son un poco lentas, pero ya te acostumbrarás a ellas, Vincent. Debes tenerles paciencia porque tampoco son muy listas, pero por algo son bailarinas, ¿cierto?

—Es curioso que tú lo digas, Victoria, siendo también bailarina —espeta, y no soy la única que ahoga una risa.

Lo ignora, se aclara la garganta y se centra en nosotras.

—Niñas, él es Vincent Rothbart, coreógrafo en la Academia de Salzburgo. —Le pongo por fin un nombre a esa cara férrea. El instructor nos mira con atención y ojo crítico—. Es el señor Rothbart para ustedes. Se encargará de coordinar, conmigo, los últimos detalles del recital de otoño. Estamos a pocas semanas y todo debe salir impecable. La academia lo llamó en una solicitud especial para impulsar y enaltecer el área de danza artística este año, así que no lo decepcionen. —Clava sus ojos en mí, severos, y siento que la presión me nace en las entrañas—. ¿Entendido?

—Entendido. —Asentimos como autómatas.

—Supervisará los ensayos y hará todos los cambios que considere pertinentes, como cambiar el rol protagónico o expulsarlas del recital si no las considera suficientemente buenas.

Me crispo, aterrada, y hablo antes de pensar.

—Pero, señorita Winslet, el recital de otoño es en tres semanas y cambiar los roles es…

—Es posible, Hess, así que te recomiendo que te calles si no quieres perder tu lugar —me interrumpe dura, y yo bajo la mirada.

—Sí, señorita Winslet.

Atrapo al señor Rothbart con los ojos clavados en mí y la incertidumbre me rebasa. Tal vez ya está evaluándome y considera que no soy suficiente.

—Las que tienen un solo deberán presentárselo al señor Rothbart para que las califique —continúa—. Háganlo bien o quedarán fuera. No hay lugar para inútiles en esta academia.

Mi corazón se convierte en un peso muerto dentro del pecho. Hay algo sobre Rothbart que me inquieta. No sé lo que es, pero no se siente bien y me aterra.

—Prepárense. Comenzaremos con las evaluaciones. Vincent, por aquí.

Los veo alejarse y no soy capaz de desprenderme de la horrible sensación.

***

Me paso una mano por el cabello, estresada, mientras llego a la calle de la tienda de tatuajes. El corazón se me acelera con cada paso que doy para acercarme a las puertas del infierno… o del cielo.

Un día ha transcurrido desde que me toqué con Clay al teléfono y ya estoy ansiosa por verlo otra vez.

Soy la peor persona del mundo para hacer conversación, pero ¿qué le dices a alguien con quien te masturbaste y que te escuchó gemir por teléfono? De acuerdo, es muy sencillo: llegaré, actuaré tranquila, lo saludaré normal y después haré mi trabajo.

Abro la puerta de la tienda envuelta en mi pesada capa de seguridad, entro con paso firme y miro alrededor, decidida. Clay está sentado al otro lado del mostrador y las entrañas se me convierten en un nudo apenas sus ojos grises caen sobre mí como bloques. El aire se me atora en el pecho y eso provoca que el oxígeno no me llegue al cerebro. Cierro la puerta y me quito con rigidez la sudadera que llevo. Hasta ahora, todo va bien. En silencio, pero bien.

«Tú puedes, ya casi lo logras, solo un par de acciones más y estarás a salvo junto a tu aspiradora y con suerte podrás aspirarlo a él si dice alguna estupidez sobre cómo te masturbaste al teléfono». Justo cuando estoy a punto de terminar con mi actuación de serenidad, su voz llega hasta mí.

—¿Niza?

Doy un respingo. A unos cuantos pasos de distancia, Clay me mira perplejo. Entonces sucede la catástrofe.

—Hola. Hace frío hoy, ¿eh? —escupo, y él frunce más el ceño.

—Supongo.

—¿Cuántos tatuajes hiciste hoy? —Intento cambiar de tema por el bien de mi dignidad.

Hace una mueca de confusión.

—¿Qué?

Ay, no, Dios, esto es humillante. Siento pena por mí.

—¿Todo bien? —Se acerca.

—Sí, eso creo.

—¿Segura? Estás actuando extraño.

Me pasa de largo y acomoda los álbumes de diseño sobre la mesa de centro.

—¿Cuándo he actuado normal? —Suelto una risita forzada para tranquilizarme, pero de poco sirve cuando vuelvo a tenerlo cerca.

Lleva el cabello menos alborotado que de costumbre y sus ojos resplandecen en la oscuridad. La sonrisa que me dedica me mata y me revive.

—Tienes razón, nunca has sido normal, pero hoy te estás excediendo. —Inclina la cabeza a

un lado y me escruta como si fuera capaz de leerme la mente—. No estarás actuando así por lo que pasó, ¿verdad?

Quiero morir. ¿Cómo lo sabe? Boqueo igual que una trucha, buscando alguna excusa. El alivio me invade cuando el resto de los chicos emerge de las salas de tatuado. La mayoría me saluda con un gesto de la cabeza, otros me ignoran y unos pocos, como Valentina y Jeff, me sonríen al salir.

—¡Lago de los cisnes! —me saluda Klein, el chico de un millón de *piercings* y tatuajes hasta el cuello—. Lo único bueno de salir tan tarde es que puedo verte.

Eleva un puño y lo choco con el mío a modo de saludo.

—Hoy terminan el inventario, ¿cierto?

—Ajá. —Asiente el chico, su cabello ahora rapado de un lado y el mechón pintado de un verde eléctrico—. Ahora te quedarás sola con este hijo de puta. —Le da una sonora palmada a Clay en la espalda y él lo fulmina con la mirada.

—Mejor conmigo a que se quede contigo.

—Yo no estoy tan seguro de que sea tan malo. La pasaríamos bien, ¿cierto, reina cisne?

Río y asiento solo porque el gesto parece molestar a Clay.

—Y como estoy tan comprometido con tu diversión y con sacarte de ese infierno aburrido que es ACA, quiero invitarte a una fiesta.

—Klein, no —lo interrumpe Clay.

—Tranquilo, hombre. Es una fiesta decente, lo prometo. —Se gira hacia mí y la travesura le reluce en los ojos—. Al menos en su mayoría. El dueño del Sax Poison dará una fiesta en uno de sus departamentos en SoHo este viernes. Deberías venir. Clay está invitado también.

—No iré —zanja con ese tono que no deja lugar a discusión.

—Tú deberías venir; te divertirás, te lo prometo. —Klein me guiña el ojo—. Hazme saber si te interesa para añadirte a la lista.

—Claro —hablo por fin—. Suena divertido.

—¡Excelente! —Me da una palmada en el hombro antes de salir.

Cuando Klein desaparece, percibo la tensión que se construye en el ambiente, pesada y asfixiante. Ahora que hemos traspasado una línea, con un montón de confianza y una serie de gemidos calientes por teléfono, me cuesta regresar al punto en el que éramos conocidos hablando civilizadamente, pero lo intento igual, porque él no parece dispuesto a hablar y el silencio está enterrándome viva.

—¿Por qué no vas a la fiest…?

Carter entra en la estancia en ese momento.

—Por poco y no te alcanzo esta noche —me dice.

—Creí que te habías ido ya —se queja Clay.

—No, estaba ordenando algunas cosas en la bodega.

Rebusca algo en los cajones del mostrador hasta que parece encontrarlo. Pone una hoja sobre el cristal.

—Tengo algo que necesito que me firmes, Niza.

—¿Qué cosa? —Me acerco a la recepción.

—Llena este formato con tus datos. Es para contratarte formalmente.

—Creí que ya estaba contratada.

—Estabas en período de prueba —me informa y sonríe—. Lo has hecho excelente; ahora podrás ser una empleada formal.

—Qué... emoción... —recita Clay sarcástico y lo miro mal, aunque atrapo la sonrisa que le juega en los labios.

—Déjalo sobre la caja registradora cuando lo hayas llenado, ¿de acuerdo? Debo irme.

Camina hasta la puerta, toma su chamarra del perchero y sale mientras se la pone a toda prisa. Oficialmente estamos solos y, de nuevo, no sé cómo enfrentarme al hombre enigmático y complejo que tengo frente a mí, así que comienzo a llenar el formato con mis datos. No me percato de lo cerca que está hasta que su voz profunda me cala.

—¿Ese es tu segundo nombre?

—Sí, ¿por qué?

—¿Daisy? ¿Tu segundo nombre es Daisy?

No sé si su tono es de asombro o de burla, pero igual me molesta.

—Sí, ¿no sabes leer? ¿Eres tonto además de chismoso?

Hago una seña con la mano para que se aleje y deje de husmear en mi información personal, pero no lo consigo.

—No tienes por qué estar a la defensiva, Daisy.

Lo sabía. Era demasiado pedir que se comportara como un adulto y pasara por alto el tema.

—¿Podrías no llamarme así, por favor?

—¿Por qué?

—Simplemente no me gusta.

—A mí me gusta, Daisy.

Lo fulmino con la mirada.

—Para.

—¿Por qué, Daisy?

—Para o te encajaré este bolígrafo en el ojo —lo amenazo, y solo sirve para divertirlo más.

—Qué agresiva, Daisy. —Chasquea la lengua.

—¿Por qué eres tan molesto?

—¿Por qué no te gusta? Te queda bien, Daisy.

—Porque es un nombre común, como yo —espeto, mis ojos taladrando los suyos.

Las facciones se le suavizan y los bordes mordaces que le adornaban el rostro de pronto desaparecen para dar lugar a algo más.

—No creo que exista nada común en ti, Niza Daisy Hess.

Acaricia mi nombre con la lengua; lo abraza con los labios, otorgándole un matiz distinto con su voz.

—Bien, pues a mí no me gusta nada. No tiene nada de extraordinario.

—¿Y quién dice lo que es extraordinario y lo que no lo es? Nosotros somos quienes tenemos ese poder.

—¿De qué?

—De convertir algo ordinario en extraordinario. Todo es cuestión de percepción, muñeca.

Sus palabras me siguen dando vueltas en la cabeza minutos después de que las ha dicho. Un silencio cómodo se instala entre nosotros mientras termino de llenar los datos que Carter me pidió, hasta que una nueva duda me asalta.

—¿Tú tienes un segundo nombre?

—Solo Clay y ya.

—Oh, vaya, qué sorpresa. —Le tiendo una mano—. Es un gusto conocerte, Solo Clay y Ya.

Mira mi mano, dudoso.

—Solo mis amigos pueden llamarme así. Tú tienes que llamarme Clay.

—¿Y yo no soy tu amiga? —Enarco una ceja.

Me escanea con gesto malicioso y perverso.

—Creo que tú y yo no tenemos ni las ganas ni las intenciones de ser amigos, Niza.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Según quién?

—Tu cuerpo… y el mío. —Da un paso más cerca. Su presencia me engulle y me aturde el cerebro de esa forma en que solo él puede—. Y las conversaciones que tenemos por teléfono.

Las mejillas me arden y me maldigo. Toma distancia y se pone del otro lado del mostrador, cerca de la caja registradora.

—Está bien, ya puedes respirar —dice jovial—. No pretendo incomodarte.

—No lo haces —me apresuro a responder—. Es solo que… es todo muy nuevo para mí.

—No te preocupes. Tenemos cosas más importantes de las que hablar.

—¿Como qué?

Carraspea y golpetea el cristal de la vitrina, como si meditara algo.

—¿Por qué no te comiste lo que compré para ti?

Mi cuerpo se congela. Mierda. Olvidé llevármelo para deshacerme de la evidencia. Seguramente lo vio en el refrigerador. Me siento igual que una niña a la que han atrapado mientras hacía algo mal.

—Lo hice.

—No mientas, no soy idiota y agradecería que no me trataras como uno, porque tú quedas peor.

Aguarda a que responda, pero no quiero hacerlo.

—¿Y bien?

—¿Bien qué?

—¿Por qué no comiste?

Me paso la lengua por los labios buscando una excusa convincente.

—Me tomé el batido energético que dejaste junto al sándwich.

—Eso no es comida.

—Es mucho mejor que acumular grasas innecesarias en el cuerpo que luego me hincharán como un globo —me defiendo, con la molestia naciendo en mi interior.

Enarca una ceja, escéptico, y su faceta de consternación me irrita.

—No lo entiendes. Estoy bajo mucho estrés ahora que hay un nuevo coreógrafo. No hay otra cosa en la que piense el resto del día más que en ejecutar la técnica perfecta.

—Eso no te impide comer.

—El vestuario tiene que quedarme perfecto, no pueden modificarlo, y no perderé mi papel protagónico por un maldito pan que no necesito.

—El vestuario tiene que quedarte perfecto —repite—. ¿Y qué hay de ti?

—¿Qué?

—¿Tu cuerpo no debería sentirse perfecto antes que cualquier vestuario? —Parpadeo, impactada por el peso de sus palabras—. El vestido quedará perfecto, sí, pero seguirás mareándote, desmayándote por ahí, palideciendo como papel y…

—¿Tú qué sabes? —espeto, enojada—. ¿Crees que es así de fácil? ¿Crees que no lo intento? ¿Crees que me gusta mi cuerpo? ¡Sé lo feo que es! ¡Sé lo delgada que estoy, lo pálida que es mi

piel y lo enferma que luzco!

Abre los ojos con sorpresa, pero no muestra ninguna otra reacción.

—¿Piensas que es sencillo? —sigo—. ¿Crees que mi estómago de pronto aceptará una comida completa solo porque me dices unas cuantas palabras o por el chasquido de mis dedos? Es mucho más complicado que eso y no tengo tiempo para luchar contra mí; ya peleo con el resto del mundo allá afuera.

—¿Y cuánto te durará tu jodido papel en el escenario antes de que mueras por una anemia o algo peor?

Tenso la mandíbula.

—Nadie te pidió que me salvaras. Yo no te lo pedí.

—No me gustaría que nada malo te sucediera —confiesa, y la sinceridad en sus palabras es cruda y real—. Sé lo difícil que es recuperarte cuando te has consumido.

—Ese es mi problema, Clay. Si como o no, si lo hago bien o no, es mi problema.

—Solo quiero ayudar.

Algo en su semblante hace que mi corazón se compunja, pero no flaqueo. Me gusta Clay, mucho, y comienza a ganarse un lugar muy especial en mi vida, pero necesita conocer los límites.

—¿Por qué? ¿Quieres ser una clase de héroe? ¿Quieres ser mi héroe, acaso?

—Para ser un héroe necesitas que otras personas te reconozcan el mérito y a mí me importan una mierda los demás. La única persona que me interesa que me escuche eres tú.

—Por favor, hemos hablado mil veces de este tema y no…

—Pues serán mil veces y una, mil veces y dos hasta que te entre en esa cabeza dura que un puto arte no puede valer lo mismo que tu vida —me corta alzando la voz y pierde los estribos.

Abro los ojos desmesurados. Clay siempre es tan tranquilo que las ocasiones en que lo he visto explotar han sido sorpresivas. No le gusta perder el control, así que recupera el temperamento y se tranquiliza enseguida. Se pasa una mano por el cabello y suelta el aire. De nuevo su rostro es de piedra cuando lo fija en mí.

—Será mejor que termines de limpiar para que puedas irte —dice.

Una parte de mí se alegra de que deje el tema, mientras la otra lo resiente por haber reaccionado de esa forma. No sabía que mi bienestar era tan importante para él y, estúpidamente, algo me aletea en el estómago, aminorando la emoción corrosiva de antes.

—De acuerdo —intento tranquilizarme también, pero la tensión es muy fuerte aún e impera en el ambiente.

Clay cierra los ojos y deja caer la cabeza un momento hacia atrás para tranquilizarse.

Enciendo la aspiradora y por varios minutos es el único sonido que se escucha.

—Lamento haberte hecho enojar —digo después de un rato en el que ambos nos hemos sumergido en actividades diferentes. Retira la vista de su libreta de dibujo y un nuevo matiz le abarca el rostro—. Ya sé que no debo disculparme tanto por…

—Te propongo algo —me corta, y estrecho los ojos con recelo, pero su tono seguro acaricia mi curiosidad.

—Te escucho.

Se pone el pulgar y el índice en la barbilla, meditando sus siguientes palabras.

—Ya que estábamos hablando de nombres, si adivinas el mío, te dejaré en paz. No hablaré más acerca de la comida.

Apago la aspiradora y cruzo los brazos sobre el pecho, indecisa. Hay algo raro en su

propuesta.

—Eso no es muy ventajoso para ti. Sé cómo te llamas. Es una apuesta ridícula que vas a perder.

Esboza una media sonrisa.

—Eso no lo sabes.

No sé cómo puede estar tan seguro de que perderé si me dijo que no tenía segundo nombre y todos sabemos que el único es Clay. Es una tontería, pero sigo con esto porque quiero saber dónde está el truco.

—¿Y qué pasa si no adivino?

—Si no adivinas… —se inclina hacia adelante en el sillón con cara seria—, comerás conmigo una semana entera, al menos tres veces al día.

—No puedo comer contigo; nuestros horarios no coinciden. Tengo prácticas y trabajo, y para asegurarte que comí la cena, tendrías que quedarte conmigo hasta el anochecer y…

—Sí, lo sé. —Sonríe triunfal—. ¿Cuál es el problema?

Me muerdo los labios asimilando sus palabras. Lo dejo continuar.

—Además, si no adivinas, me acompañarás a un lugar que quiero mostrarte.

—No es tu guarida de secuestrador pervertido, ¿cierto?

Suelta una carcajada.

—No, nada de eso.

—Bien, acepto la segunda parte; la primera… tengo que pensármela.

—De acuerdo.

—Hecho. —Le tiendo la mano y me la estrecha con aire arrogante—. Tu nombre es Clay, Clay Hawthorne. Tú mismo me lo dijiste. —Ya puedo saborear la victoria.

—¿Segura?

—Segura.

Esboza una sonrisa maliciosa.

—Mi nombre es Clayton.

Abro la boca desconcertada.

—¡No es cierto! ¡Te llamas Clay, mentiroso!

—No, en verdad.

Saca su cartera del bolsillo y me muestra su licencia de conducir. El asombro me cala profundo cuando compruebo que, en efecto, Clay no es solo Clay. Es Clayton.

—No lo puedo creer —digo sorprendida—. Nadie te llama Clayton. Suena raro.

—Solo Bryce me llama así.

Sus ojos relucen llenos de satisfacción cuando le devuelvo su licencia.

—¿Qué? —pregunto, haciéndome la desentendida ahora que debo cumplir con algo que no quiero.

—Tienes una apuesta por cumplir —dice tranquilo, y mi estómago se constriñe.

Mierda.

—Bien, ¿qué haremos primero? ¿Quieres que coma o que te acompañe?

«Que me pida que lo acompañe», ruego a todos los dioses, y al parecer me escuchan, porque las palabras que le salen de la boca me llenan de alivio y emoción.

—Ven conmigo. Te mostraré algo.

***

La sala de instrumentos en el edificio de música está vacía, como es de esperarse a la una de la mañana.

Una oleada de excitación me recorre el cuerpo y me mantengo a la expectativa con los ojos muy abiertos y los oídos agudizados. Me siento como una ladrona entrando a lugares prohibidos, temerosa de ser atrapada, pero también emocionada por el peligro de la situación.

—¿Cómo es que tienes llaves? —inquiero sin comprender.

—No las tengo —dice cerrando la puerta—. No aseguran esta sala porque nadie viene aquí.

Observo el montón de instrumentos dispersos alrededor: un juego de guitarras con su amplificador, una batería, algunos chelos, un par de trompetas, cornos, flautas y, justo a la orilla, un piano. La cabeza me punza cuando enciende una intensa luz blanquecina.

—¿Qué hacemos aquí?

—Es un buen lugar para esconder un cuerpo —bromea, regalándome el esbozo de una sonrisa.

Le lanzo una mirada asesina y él se acerca a las guitarras, pero las pasa de largo y continúa hacia el piano. Jala el banco, procede a sentarse y a retirar el protector del teclado. Mira por encima del hombro y hace una seña para que me acerque. Permanezco de pie, debatiéndome entre obedecerle o no. Al final accedo.

Me siento a su lado y toca un par de teclas como si probara la afinación del instrumento.

—¿Qué pasa si alguien de seguridad nos escucha y viene?

—Corres.

—¿Y si nos alcanza y nos lleva a la dirección?

—Le lloras al director.

—Qué práctico.

—La vida debe ser práctica, Niza.

Me mira por un segundo y pinchazos de energía se me encajan en la piel. Los ojos se le oscurecen como el cielo tormentoso y se enfocan en mi boca. Dejo de respirar y espero, ansiosa, a que vuelva a consumirme con un beso. Sin embargo, desvía la vista y se concentra en el piano que tenemos delante.

El pecho se me llena de desilusión, pero el sentimiento se apaga cuando comienza a tocar teclas con más sentido, creando una sinfonía melodiosa y envolvente. Me pierdo en la fuerza de sus dedos, en su destreza y elegancia para crear esa clase de música que te eriza la piel. Me doy cuenta entonces de que Clay es bueno en muchas cosas aparte de tatuar. Este chico arisco, que debajo de esa armadura de indiferencia es puro talento, pasión e intensidad.

—Me gusta la melodía. ¿Cuál es?

Sus dedos no dejan de moverse y la música fluye y retumba en mi cuerpo.

—Me recuerdas a esta melodía, Niza. Me recuerdas a esta canción.

Enarco una ceja.

—¿Me cantarás otra canción?

—Si estoy de humor.

—Vaya, dos conciertos privados de Clay Hawthorne. Soy una chica con suerte.

Me dedica una media sonrisa y cometo el error de mirarlo en ese momento.

—No, Niza, yo soy quien tiene suerte.

Sus palabras se me cuelan en el pecho y se quedan en ese lugar especial donde guardo los recuerdos felices.

Continúa tocando sin premura, ejecutando esa melodía dulce y alentadora que me cautiva. No hay ningún otro sonido, ninguna otra persona en este lugar. Este momento es nuestro. Es único y especial, igual que el resto de las cosas que Clay hace para mí. Los ojos se me llenan de lágrimas al caer en la cuenta de la persona libre y distinta que soy cuando estoy con él. Amo esta versión de mí. La sensación de agradecimiento es intensa y quiero expresarla, pero comienza a cantar y me pierdo.

Daisy, always climbing up the same tree,
finding love in all the wrong scenes, Daisy, you got me, Daisy,
always walking down the wrong streets,
starting fires out of dead weeds. Daisy, you got me.

Dejo de respirar y las lágrimas comienzan a caer por mis mejillas sin remedio. No sé lo que es, no sé si es su voz, la música o la letra misma, pero me golpea con la fuerza de una avalancha y las emociones me entierran. A medida que la canción avanza, entiendo por qué le recuerda a mí: soy esa chica que encuentra el amor en las cosas dañadas; soy esa bailarina que no deja de danzar al ritmo de canciones rotas y soy esa mujer que está aprendiendo a confiar en alguien que la ayuda a ver un mundo nuevo.

La canción termina y me limpio las lágrimas. No quiero ser esa chica llorosa y sensible, pero Clay me sorprende: me acaricia las mejillas con el pulgar para eliminar los restos de mi llanto. Cuando levanto la vista, sus ojos son de un gris claro, precioso e hipnótico. Las emociones me rebasan y quiero besarlo, abrazarlo, ambas cosas, pues sé que no es una simple canción: es su manera de decirme que, a pesar de estar dañada, él está para mí.

—Eso fue extraordinario —susurro, temerosa de romper la burbuja que hemos creado.

Me acaricia el pómulo con suavidad y agradezco su tacto, familiar y conciliador.

—Yo no hice nada, todo lo hiciste tú. Fue una canción ordinaria que tú convertiste en algo extraordinario.

—¿Cómo es posible? Yo no tengo nada especial.

El tacto de su mano sobre la mía me llena el estómago de calidez.

—Todo sobre ti es especial, Niza Hess. Solo que no te has dado cuenta aún.

Entrelazo sus dedos con los míos, disfrutando de la cercanía, y sonrío por la sinceridad que destilan sus palabras. Quiero quedarme aquí, en esta sala de instrumentos donde nada duele y donde puedo disfrutar de lo que alguna vez amé, en compañía de alguien que se gana un pedazo de mi corazón sin siquiera notarlo. Sin embargo, el mundo sigue, a pesar de mis protestas, y es Clay quien se encarga de recordármelo.

—Bien, entonces, ¿una semana comiendo juntos? —repite con una mezcla de firmeza e ilusión, y algo se me aprieta en el pecho, reventando la burbuja de paz que creó con su música.

—Sí, está bien —accedo reticente y me gano otro apretón a modo de agradecimiento.

—De acuerdo. Y ya que mostraste tanta disposición a complacerme, yo te cumpliré a ti un deseo. ¿Qué quieres?

Pienso en pedirle que limpie la tienda para tener más tiempo libre, pero eso sería un desperdicio. Quiero que sufra tanto como lo haré yo al comer una semana, con él revisando cada uno de mis movimientos, así que pienso en algo mejor.

—Ven este viernes a la fiesta conmigo.

Hace una mueca de desagrado. Me preparo para el pinchazo de la decepción; creo que no accederá, pero luego de pensárselo un momento, asiente.

—Bien. Yo me puse la soga al cuello por ti, así que iré.

Estoy tan emocionada por la nueva experiencia en su compañía que mi cuerpo reacciona solo y lo abrazo sin pensar. Lo estrecho contra mí en un arranque de euforia.

Permanecemos así unos segundos más. ¿Cómo es posible que dos personas tan incompletas puedan completarse? No lo comprendo, pero la emoción que siento en el pecho desvanece todas las dudas y deja lugar solo para este momento.

20 | Arabesque

Niza

—Lamento llegar tarde, señor Rothbart.

Cierro la puerta y jadeo intentando recuperar la respiración que he perdido en mi carrera maratónica. No suelo llegar tarde a nada, mucho menos cuando se trata del *ballet*, pero estoy agotada. El empleo en Ink the Mind está absorbiéndome y las pocas horas de sueño se me van tan rápido como un suspiro. Debí poner más de dos alarmas para despertar hoy.

El hombre me dedica una mueca displicente, baja la mirada hasta su reloj y, cuando levanta la vista, me acribilla con ella.

—¿La impuntualidad es algo que predomina en este estudio, señorita Hess?

—No. —Sacudo la cabeza, apenada, y me ajusto la maleta de entrenamiento al hombro, con los nervios comiéndome viva—. Fue mi culpa, me quedé dormida y…

—No estoy interesado en sus excusas —me corta al tiempo que levanta la mano para detener al pianista y la pieza que toca, interrumpiendo la presentación de Eridan.

La aludida no pierde la oportunidad para lanzarme una ojeada desdeñosa, pero su semblante se suaviza cuando el profesor se centra en ella.

—Buena demostración, pero me gustaría hacer algunas observaciones sobre tu *tombé*. ¿Te parece si lo ejecutas de nuevo?

Asiente y mueve el cuello para relajarse. Tiene los hombros y la espalda tensos, como si estuviera estresada. Eso no es buena señal. El pianista comienza a tocar y el señor Rothbart me mira a través del espejo con dureza, los ojos azules refulgentes. Se acaricia la barbilla con el índice y me analiza antes de girarse.

—¿Qué haces ahí de pie todavía?

Abro la boca para responder, pero sufro una muerte cerebral: nada me acude a los labios.

—Ve a calentar, ¡ahora! *Aller! Aller!* —Aplaude un par de veces para apresurarme y yo corro hacia el fondo del salón para hacer el calentamiento—. No pierdas el tiempo, que tu demostración será la siguiente.

—Sí, señor.

Dejo mi mochila en el suelo y me pongo las zapatillas para calentar. Mientras lo hago, el profesor continúa enseñándole y corrigiendo a Eridan. Intento no ser tan obvia, pero me gana la curiosidad por saber qué tipo de persona es él. Lo miro de reojo y escucho con atención sus indicaciones. Es respetuoso a la hora de dirigirse a ella. No hay gritos ni insultos ni comparaciones, solo observaciones y recomendaciones para lograr una mejor ejecución;

descubro, por primera vez, cómo es recibir enseñanzas de un verdadero profesional. No estoy acostumbrada a un trato tan respetuoso que no traspasa límites ni te humilla para enseñar.

La pieza termina y yo me apresuro a hacer los últimos ejercicios de calentamiento porque quiero impresionarlo. El corazón me late rápido, nerviosa por saber si seré lo suficientemente buena para conservar el papel protagónico y si estaré al nivel que espera. Retuerzo los dedos de las manos mientras veo que se despiden con una inclinación de reconocimiento. El estómago se me hace un nudo por la anticipación. Mi compañera me pasa por un lado sin dedicarme más que una mirada y el señor Rothbart me escruta de la cabeza a los pies con un deje crítico.

—Eres muy pequeña. —Es lo primero que me dice y clavo la vista en el suelo.

—Lo sient…

—No te disculpes por algo que no puedes cambiar —me corta, y alzo la vista hacia él; su nariz puntiaguda y respingada resalta entre sus facciones, como la de un sabueso capaz de oler el miedo… o la falta de talento—. Es mejor así: las vuelve más adecuadas.

—¿Para qué?

Enarca una ceja y se limita a chasquear la lengua.

—Victoria me dice que tienes el protagónico —informa, y me tenso enseguida. Nota mi cambio de postura y tuerce una sonrisa—. No tienes de qué preocuparte; no voy a quitártelo, si eso es lo que crees. —Sus palabras tienen un efecto de alivio inmediato—. Solo quiero pulirlo. Eso es todo.

—Entendido.

—Así que no te pongas nerviosa. —Da un paso más cerca y tengo que alzar la vista para verle la cara porque es casi tan alto como Clay—. Debes sentirte segura para hacerlo bien. ¿Te parece si empezamos?

Asiento y lanzo un suspiro trémulo para llenarme de valor, porque si respiro un poco más fuerte, mis pulmones colapsarán.

El coreógrafo le indica al pianista la pieza que debe tocar. Empiezo en quinta y dejo que la música fluya por mi cuerpo. Realizo la coreografía concentrada en no perder ni un solo giro y marcar todos los pasos a la perfección, justo como Victoria me enseñó, aunque sé que hay muchísimas cosas que debo mejorar y que por mucho que me esfuerce no será perfecto. Mis piruetas no serán certeras, mi *plié* no será lo suficientemente bajo y mi *arabesque* no será lo suficientemente alto.

Imprimo tanta gracilidad en mis movimientos como puedo, hago mis *pirouettes* con precisión y levanto la pierna en un *arabesque*…

—¡Alto! —Su voz retumba en la estancia, me detiene de golpe y el pianista hace lo mismo.

El pecho se me constriñe, temeroso de lo que me dirá a continuación.

—Tu técnica es impecable —menciona—. No había visto una ejecución tan limpia desde Maya Plisètskaya y no tuve la oportunidad de apreciarla en vivo, como hago ahora contigo. —Las facciones se le suavizan y abro la boca como un pez, sorprendida—. Es impresionante, Hess. Flotas sobre el escenario —me halaga maravillado.

¡Me halaga! Una ola de euforia se alza en mi cuerpo y se me estrella en el pecho, llenándolo de una emoción que nunca conocí: orgullo. Sonrío y estoy por agradecerle, cuando me interrumpe.

—Pero me temo que hay algo que debes mejorar.

Mi sonrisa se desvanece junto con mi sentimiento de júbilo y me lo trago. Claro, no podía ser perfecto. Nunca puedo lograrlo. Nunca puedo ser suficiente para nadie.

—Si es sobre las piruetas o sobre mi *arabesque*, puedo…

—No, no tiene nada que ver con eso. —Hace un gesto con la mano para restarle importancia —. Tu técnica es impresionante, pero hay algo que te hace falta y que a Maya le sobraba.

Me muerdo el labio, aterrada por su respuesta. Al final, la curiosidad me gana.

—¿Qué cosa?

—Pasión.

El entrecejo se me arruga.

—Tu *arabesque* es increíble, no hay nada que mejorar, excepto, tal vez, lo vacío que se ve —explica críptico. Se cruza de brazos y me analiza por encima de la nariz—. Cuando estás en el escenario, ¿qué sientes?

Abro la boca ligeramente, perpleja. ¿Por qué me hace estas preguntas? Intento formular una respuesta, pero resulta más complicado de lo que parece.

—Yo... siento…

«Presión. Insuficiencia. Pánico. Estrés». Suprimo los pensamientos que luchan por materializarse en mi voz.

—Cuando estás sobre el escenario, ¿qué buscas transmitir a los demás?

De nuevo, me quedo en blanco. Suspira y deja caer los brazos a los costados.

—Escucha, Hess. Creo que tienes un talento inigualable, pero, en las artes, un talento que no transmite nada es lo mismo que no tener nada. Como una muñeca que se mueve sin voluntad propia porque no siente nada con lo que hace y, por lo tanto, eso transmite: nada.

Sus palabras son como un golpe en el estómago y me hacen sentir más incompleta e insuficiente. Ahora me falta una pieza más para ser perfecta y no sé cómo conseguirla.

—Puedo hacerlo mejor, señor Rothbart. Si gusta, puedo trabajar en la técnica para…

Suelta una risita sardónica.

—Ese es el problema, Hess. Piensas solo desde la técnica y no desde el amor que deberías sentir por tu arte. —Sacude un dedo en mi dirección—. No te quitaré el papel, creo que eres la indicada para tenerlo, pero me gustaría que en la siguiente sesión bailaras con pasión.

—De acuerdo, sí, lo haré. —Asiento un par de veces sin tener idea de cómo demonios lograr tal cosa.

Él debe notar mi inquietud porque clava los ojos en mí, insondables.

—¿Sabes siquiera cómo sentir pasión, Hess?

La pregunta me toma con la guardia baja.

—No sé a qué se refiere, señor Rothbart. Si está insinuando…

—Yo no estoy insinuando nada, tú lo estás dando por hecho. —Eleva una ceja—. Existen muchas maneras de sentir pasión. Quizá has olvidado ya cómo se siente tal cosa y sería bueno que encontraras algo que avivara en ti esa llama para que la canalizaras en la danza.

Me remuevo incómoda. No me gusta el rumbo que está tomando la conversación.

—Y no te estoy invitando a que hagas nada en contra de tu voluntad o tus deseos —aclara al notar mi agitación—. Pero sí te invito a que hagas algo que te apasione o que te guste mucho. Eso podría ayudarte a convertirte en una bailarina integral.

Sonrío más aliviada cuando él también lo hace y da un paso hacia atrás, con las manos en la espalda.

—El arte nos impulsa a encontrarnos a nosotros mismos, igual que nos incita a perdernos en él, señorita Hess. No dejes que eso pase contigo. Úsalo a tu favor. —Asiento en reconocimiento —. Tienes un gran talento, no lo desperdicies.

—Le prometo que no lo haré, señor Rothbart.

Me sonríe afable una última vez y, después de acordar una nueva sesión, se despide para hablar con el pianista. Suelto el aire y me paso las manos por el moño para alisarlo, sin creer lo que acaba de ocurrir: ¡le gusta mi técnica! No puedo asimilar que alguien de tal nivel me haya hecho un cumplido. El corazón me retumba por la emoción y algo me aletea en el estómago. Sí, no soy una bailarina integral, pero al menos puedo enorgullecerme al saber que mis años de práctica y sufrimiento han dado frutos: me he ganado el reconocimiento de un coreógrafo de la talla de Rothbart.

Me obligo a recuperar la calma al llegar a los vestidores. Aunque todavía floto en mi nube de felicidad extrema, hay una cuestión sin resolver que me aqueja: ¿cómo demonios conseguiré sentir pasión por el *ballet* otra vez?

***

Me bajo el dobladillo del vestido por enésima vez. Me siento más fuera de lugar que una vaca en medio de un rebaño de ovejas.

Clay está a mi lado, serio, con cara de querer lanzarse del techo. El ambiente en la fiesta es pesado y ahora entiendo por qué no deseaba venir. No es apto para cualquiera, mucho menos para cardíacos asociales como nosotros.

La fiesta es en la terraza de un alto edificio en SoHo, la zona más popular y costosa de Nueva York. Hay al menos quinientas personas nadando en la piscina, bebiendo en el centro, besándose en las esquinas y drogándose en las mesas. A lo lejos distingo algunas caras conocidas de compañeros de clase; incluso Enik, mi compañera de danza, está aquí y eso me sorprende. Va enfundada en un apretado vestido tornasol que resalta su figura delgada, con la espalda descubierta y el cabello suelto en ondas despreocupadas.

Clay se remueve junto a mí, incómodo, y miro el vaso en mi mano, del que no he tomado ni un sorbo. Decido que es tiempo de irnos. Esto de hacer algo distinto para encontrar mi pasión ha sido un fracaso.

—Deberíamos irnos —vocalizo mis pensamientos, alzando la voz para hacerme escuchar sobre el bullicio de la gente y la música estridente.

Se inclina hacia mí y su voz en el oído me eriza la piel.

—¿Quieres irte? —Asiento y tuerce una sonrisa—. ¿Te has rendido con tu experimento social?

—Sí, es que he reafirmado que no soy nada social.

—Te has tardado bastante en notarlo.

Hago mala cara y suelta una risa, pero sus ojos me repasan sin perder la oportunidad. El vestido oscuro se me pega al cuerpo y me hace sentir insegura. No tengo nada qué resaltar, pero lo usé por insistencia de Diane.

—Gracias por tener piedad de mí. Larguémonos de aquí. Apesto a marihuana y orín.

—¿Cómo que orín?

—No me preguntes. No quiero saber cómo es que apesto a eso.

Nos damos la vuelta para llegar a las escaleras de la salida, su mano se ubica sobre mi espalda desnuda y me empuja para salir a la vez que su enorme cuerpo me protege del montón de brazos y piernas de los otros invitados que bailan demasiado drogados. Estamos por llegar al pie

de la escalera cuando me topo de frente con Klein. Sube el último escalón con una botella de vodka en cada mano y me sonríe.

—¡Lago de los cisnes! —me saluda afable y se acerca para darme un beso húmedo en la mejilla. Puedo sentir la mirada de Clay seguir el gesto—. ¿A dónde van? —habla algo lento y tiene los ojos brillantes por el alcohol.

—Lejos de esta mierda —responde mi compañero.

—¿Tan pronto? ¡Pero apenas empieza!

—No nos interesa, gracias —dice hostil.

Me toma de la mano e intenta hacer a un lado a Klein para irnos, pero él no se mueve.

—¡Deberías quedarte! —me insiste—. Es más: toma, bébelo.

Me tiende una botella gigante de vodka que Clay se apresura a quitarme de las manos y se la estrella en el pecho con rudeza para regresársela.

—¿Eres imbécil, Klein? Vas a matarla.

El aludido suelta una risotada.

—Tienes razón: tanto vodka no puede caber en ese cuerpo. —Se mueve y una de las botellas casi se le resbala, pero la atrapa a tiempo—. De acuerdo, Cascanueces. Clay y yo buscaremos algo de tu tamaño que puedas beber.

—No, no, está bien, está…

—¡Anda, ya!

Klein empuja a Clay, pero él no me suelta y se aferra a mi mano con firmeza.

—No te separes de mí, ¿de acuerdo? —Su voz es clara y asiento.

Caminamos un par de metros entre el mar de gente que baila apiñada en el centro. Alguien me da un codazo en la espalda y otro más en medio del pecho, que casi me deja sin respiración. Un chico pasa entre nosotros y pierdo la mano de Clay. Lo busco con la mirada, pero no lo encuentro. Intento salir a empujones, sin éxito. Recibo un pisotón de un desconocido y maldigo. El pánico comienza a crecer en mí, los cuerpos me oprimen y mis pulmones se quedan sin aire hasta que, de pronto, alguien se apiada de mí y me jala fuera de la multitud.

Nerea me regala su mejor sonrisa.

—¡Qué sorpresa encontrarte aquí!

Lleva el cabello lacio y suelto, la parte superior de un bikini con un diseño psicodélico y una falda de cuero acompañada de tacones.

—Hola —la saludo recuperando la respiración.

—¿Vienes sola? —inquiere antes de darle un sorbo a la bebida que tiene en un vaso rojo.

—No, vengo con…

—Deberías tener cuidado. Es peligroso estar en tumultos, especialmente si son imbéciles ebrios y drogados hasta el culo.

Me toma de la mano y me conduce a través de la terraza. Intento encontrar a Clay o a Klein, pero no lo consigo. Lo único que descubro es que Orena también está aquí. Bebe algo con Enik y bailan muy pegadas. Estoy por cambiar de rumbo y dirigirme a ellas, cuando la mano de Nerea me lo impide.

—¿A dónde vas? —Sonríe—. Yo soy tu mejor opción para que te diviertas aquí. Me encargaré de que tengas la mejor noche de tu vida.

Llegamos a una mesa y me ofrece un pequeño vaso con licor.

—Estoy bien, gracias. —Lo rechazo.

Nerea resopla y se toma el *shot* sin problema.

—¿Ves? No te voy a drogar. Somos mujeres, debemos cuidarnos unas a otras, no jodernos, para eso ya tenemos gente a nuestro alrededor que quiere hacerlo.

La veo servir otro *shot* de un licor que no conozco. Vuelve a ofrecérmelo.

—Gracias, pero no. Mañana temprano tengo un ensayo con el señor Rothbart.

Sus ojos destellan algo que no identifico.

—Pues deberías beber —insiste—. Eso te ayudará a relajarte. Solo unos cuantos tragos.

Me muerdo el labio y miro el vaso que pende en el aire, como una manzana que invita a morderla, hasta que recuerdo lo que debo hacer mañana.

—No, de verdad, Nerea. Quiero estar bien para impresionar al señor Rothbart y obtener su recomendación. Además, aún debo trabajar en eso de encontrar la pasión que me hace falta. —Enfatizo las últimas palabras.

Eso capta su atención porque deja el licor en la mesa y se enfoca en mí.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Te dijo algo?

Considero si decírselo o no. Hay algo en ella que no me termina de convencer. Sin embargo, ha sido la única que me ha defendido de Winslet. También es la bailarina con más talento y pasión que conozco. Tal vez ella pueda ayudarme con eso. Inspiro y, con eso en mente, le cuento lo que me dijo Rothbart durante mi ensayo.

—Vaya. —Se cruza de brazos cuando termino—. Eso no es complicado. Es lo mismo que yo te he dicho que hagas desde que nos conocimos. Solo tienes que vivir un poco.

Toma un nuevo vaso y vierte en él algo de licor para ofrecérmelo.

—Nerea, de verdad, no creo…

—Es una fiesta. Vienes aquí a divertirte, no a ser una mojigata —insiste y me sonríe. Hay algo turbio detrás del gesto—. Esto te ayudará a encontrar pasión, te lo prometo. Te ayudará a soltarte y dejarte llevar. Es lo que te hace falta.

—De verdad, no quiero —me niego otra vez, aunque mi convicción no es tan fuerte como antes.

«¿De verdad me ayudará a ser mejor? ¿A ser menos rígida como bailarina y encontrar pasión?». En este punto estoy tan desesperada por cumplir con los estándares de todos, por mantener mi protagónico y recuperar mi beca que si me ofrecieran una poción mágica para conseguirlo, la bebería.

—¡Bébelo, Niza! ¡Por Dios, vive un poco!

Miro el vaso y, al final, lo bebo. El licor es agrio, fuerte y me quema la garganta a medida que baja hasta el estómago.

—¡Eso es! ¡Toda una campeona! —me felicita y sirve otro trago enseguida—. Necesitas otro para bajar el primero.

—No, no… En serio, Nerea. No tengo ánimos de beb…

—¿No quieres encontrar la pasión que te dijo Rothbart? —Enarca una ceja y empuja el vaso hacia mi pecho—. Confía en mí: mañana serás una nueva Niza, una mejorada.

Lo dice con tanta seguridad y firmeza que le creo, así que bebo otra vez. Son solo dos tragos, ¿qué mal podrían hacerme? Puedo con mucho más y lo único que quiero es tener esa pasión que me exigen y que al parecer no poseo.

—¡Será una noche increíble! —La escucho gritar y bailotear.

Choca su vaso con el mío. Sonrío forzada. No sé qué estoy haciendo o si lo que hago es correcto, pero quiero probarlo. Quiero vivir y dejarme llevar como jamás lo he hecho antes. Me ofrece de nuevo un *shot* y lo tomo sin pensármelo dos veces.

No sé cuánto tiempo pasa ni cuántos tragos llevo, pero me siento bien. Las luces estroboscópicas me confunden y tengo calor, me asfixio entre tantas personas, pero se siente bien formar parte de esto, parte de algo, mientras bailo sin preocupaciones.

Nada me atormenta y en este preciso momento, en el que Nerea baila junto a mí, todo parece mejor, más ameno y afable. Su cuerpo está pegado al mío y me rodea el cuello con los brazos mientras sonríe y fuma de vez en cuando. Puedo sentir el calor y la piel de los demás sobre la mía y creo que ya estoy demasiado ebria como para discernir entre lo que debería y no debería hacer. Esta clase de plenitud y euforia no la sentía hacía años.

Nerea me arrastra de la mano y salgo del tumulto a tropezones. Los tacones me molestan, así que me los quito sin miramientos y los dejo en algún lugar de la pista. Llegamos a una mesa en la que algunas personas juegan *beer pong* y otras se besan.

—¡Queremos jugar! —Escucho gritar a Nerea.

Un chico nos pasa un *shot* a cada una.

—¿Qué es esto?

—Beso o *shot.* —Me sonríe coqueta y le entrega su vaso a un chico que no conozco—. ¿Qué prefieres, besarlo a él o tomarte el *shot*?

Su pregunta me parece muy graciosa, así que me río, me río como no lo había hecho en meses, y me bebo el *shot*.

—¡Maldita! —Me empuja y estoy a punto de caer, pero de nuevo me toma del brazo—. Es muy mala, ¿verdad?

El chico asiente y da un paso hacia mí. Sus ojos oscuros me intimidan y me crispo cuando siento su mano en la cintura.

—¿Sabes qué prefiero yo?

Niego, la cabeza demasiado aturdida para procesar sus palabras. Se pasa la lengua por los labios, clava los ojos en mi boca y no sé por qué me mira de esa manera.

—Me gustan las pelirrojas; son las más escandalosas a la hora del sexo.

Dirige su boca hacia la mía y el corazón se me dispara, igual que mis reflejos. Giro el rostro y sus labios chocan con mi mejilla. Él se ríe. Esto no se siente bien. ¿Dónde está Clay? ¿Y quién demonios es este tipo?

—¡Niza! ¡Anda! ¡Es solo un beso! —me alienta Nerea. Estoy mareada, pero ¿qué hace? ¿Está grabándome? ¿Por qué nos apunta con un maldito móvil?—. ¡Bésalo!

El chico me toma de la barbilla y sonríe.

—Solo disfrútalo, nena —musita, justo antes de encajar sus labios en los míos y meterme la lengua en la boca.

La invasión me toma por sorpresa y no me gusta. «Este no es Clay. ¿Dónde está Clay?». El pánico me llena e intento quitármelo de encima, pero no lo consigo. Aprieta más su agarre alrededor de mi cintura, ciñéndome contra su cuerpo, y jadeo cuando siento que me aprieta el culo. Consigo liberarme y le doy un empujón. Una mezcla de confusión y asco me atenaza el pecho.

—¿Qué haces? ¿Por qué me tocaste así? —le grito enojada.

—Niza, tranquila. Solo te estás divir…

Las palabras de Nerea se interrumpen cuando alguien empuja al extraño por el costado. No sé qué demonios está sucediendo. Me muevo entre el tumulto que se forma alrededor y veo a Clay encima del chico. Lo está golpeando mientras le dice algo, pero entre tantas voces y gritos no distingo sus palabras.

Dos hombres retiran a Clay con mucho esfuerzo.

—¡Si vuelves a tocarla, te cortaré las putas manos! —Escucho que lo amenaza, con los nudillos ensangrentados.

Miro por un segundo al tipo de antes y hago una mueca de dolor al contemplar su cara. Nerea se acerca y me jala de la mano para alejarme del resto.

—Ven aquí. Alejémonos de esos an…

Clay me toma del brazo y evita que siga caminando. Estoy tan feliz de verlo que quiero besarlo.

—Te dije que te mantuvieras alejada de ella —sisea con una mirada de muerte en el rostro—. ¿Por qué hiciste eso?

—¿Hablas del chico? Yo no hice nada; tu corderito lo besó sola —le responde de vuelta, y quiero intervenir, pero mi boca es más lenta que mi mente.

—Hablo de embriagarla —la corta furioso, con los hombros tensos.

—También lo hizo sola —se excusa indiferente.

Discuten un par de cosas más que no entiendo, pero el alivio me invade cuando nos alejamos y Clay me lleva de la mano consigo.

—Lamento haberte dejado sola tanto tiempo —se disculpa cuando llegamos al pie de la piscina. Me toma de la cara y me estudia—. Te perdí en el tumulto y un par de chicos me detuvieron para hablar sobre la banda. Lo siento. No debí dejarte sola.

Tiene los ojos más claros de lo normal y están llenos de consternación. Le miro la arruga en la frente y me concentro en lo bonitos que son sus labios. Apetecibles, familiares, cálidos…

—¿Podrías besarme, por favor? —suelto en mi estupor, envalentonada por el alcohol.

Sus ojos se llenan de sorpresa. Enseguida los abarca algo más. Me pasa el pulgar por los labios, pero me detiene cuando me acerco.

—Estás ebria.

—¿Y qué?

—Quiero besarte, pero solo cuando tú seas consciente de quererlo también.

—Lo quiero ahora —insisto, y la molestia me azora porque no me concede lo que deseo.

Niega con la cabeza y desvía la vista a la piscina. Entonces vuelve a enfocarse en mí con decisión.

—Vamos a la piscina. Te bajará el efecto del alcohol.

—¡Pero estamos en septiembre! Nos congelaremos el culo —me quejo, pero las protestas mueren en mi boca cuando se quita la camisa y los zapatos.

Algo se me aprieta en el vientre y junto las piernas. Su pecho es definido y por sus músculos corren ríos de tinta que enmarcan su fuerza. Dios, podría contemplarlo por horas.

—Puedes entrar con el vestido si quieres.

En este mundo creado por el alcohol, donde nadie me juzga, soy más feliz y valiente, así que me quito el vestido hasta quedar en ropa interior. Dejamos nuestras cosas en una tumbona a la orilla. Sonrío cuando Clay abre la boca como un pez. Lo dejo sin palabras y algo poderoso se despierta en mi interior. Normalmente es él quien consigue ese efecto en mí… Se siente bien ser la que toma el control.

Luego de unos segundos, se recupera.

—De acuerdo, ven conmigo.

Él entra primero y me ayuda a entrar justo después. No sé qué clase de enemistad existe entre el agua y la embriaguez, pero cuando entro al agua gélida, la sensación de ligereza provocada por

el alcohol se disipa y me espabilo. De pronto, soy yo de nuevo, consciente de mi alrededor, y me percato de dos cosas: la primera es que estoy en una fiesta llena de gente desconocida; la segunda es que estoy en ropa interior en una piscina. Con Clay.

—¿Ya regresaste a la Tierra? —me pregunta mientras se retira el cabello mojado de la cara.

Dios, mi pulso se acelera solo de verlo. No debería ser legal que un hombre luzca así. No es bueno para nosotros los mortales.

—Sí, fue como recibir un balde de agua fría para espabilar —mascullo, con los dientes castañeando por la temperatura.

Suelta una risa y me acerco flotando. Muero de frío. ¿Quién tiene una piscina abierta en Nueva York en septiembre? Solo gente que no se quiere a sí misma. Me muerdo el labio y hago algo en la búsqueda desesperada de calor; quizá me arrepienta después, pero mientras tanto viviré un poco y no moriré de hipotermia: le enredo los brazos en el cuello para estar más cerca y entrar en calor. Una repentina necesidad de sentirlo me come desde dentro. Me pone las manos en los muslos, cerca de las nalgas, y me estrecha más contra él; el tacto me quema por donde pasa.

—¿Segura de que no estás ebria? —pregunta tan sorprendido como yo por mi acción, pero me gusta.

Su cercanía me mata y me revive al mismo tiempo. Es una emoción vigorizante.

—Completamente consciente. —Sonrío.

Los ojos se le oscurecen tanto que el gris claro se convierte en el color del acero.

—Estás tentando tu suerte, Niza —dice con voz baja, una que arde entre nosotros, aumentando el fuego en mi interior.

—¿La buena o la mala?

—Ambas. —Su respuesta es suave, pero me oprime el vientre y aviva mi deseo como la gasolina sobre el fuego.

—¿Esa es una advertencia? Porque no les temo —digo segura. Las brasas corren por mi piel y claman su cercanía, su tacto.

—No les temes a las advertencias, pero ¿qué tal a las consecuencias? Toda acción tiene una reacción, muñeca.

Me aprieta los muslos, cerca de las nalgas, y mi centro roza contra su erección. Dios, a este paso mi cuerpo entero entrará en combustión.

—Tomaré el riesgo. Aunque creo que la única consecuencia de esto será una neumonía —me burlo.

La boca se le curva en una sonrisa maliciosa y la oscuridad en sus ojos amenaza con engullirme.

—Yo tengo muchas otras consecuencias en mente.

—¿Ah, sí?

—Hay reacciones que tampoco pueden controlarse.

Se mueve y el agua ondula contra nosotros, el aire helado me cala en los brazos, pero el calor que emana mi cuerpo parece equilibrarlo. Su mano emerge del agua para aferrarse de mi cuello con sus largos dedos mientras la otra se encarga de mantenerme en el lugar, con mis piernas enredadas en su cintura. No despega la vista de mí. Parece que sus ojos me comen viva, su respiración choca con mi boca y algo se remueve en mi estómago. Mi centro cosquillea expectante y no sé si estoy pensando con las bragas, con el corazón o con el cerebro.

—La primera consecuencia que se me viene a la mente la puedo hacer aquí, contigo así. —Se

remueve un poco y siento su erección—. ¿Quieres averiguar lo que es?

Asiento, con la respiración trémula y el cuerpo bullendo en expectación. Nunca sé lo que me espera cuando se trata de Clay. El agarre en mi cuello se afianza y ruego a los dioses que no note mi desbocado latir. Me acerca a su boca y me encuentro deseando besarlo más que nada en el mundo y…

Sus labios rozan los míos y estoy lista para entregarme a su beso, pero lo único que encuentro es agua. Le araño la mano para que me suelte y maldigo cuando emerjo del agua gélida.

—¡Clay, eres un maldito!

Me retiro el cabello de la cara y le tiro un chorro con las manos, pero lo esquiva sin esfuerzo.

—Te dije que toda acción tendría una reacción, muñeca.

Lo miro mal, pero acepto la mano que me tiende para salir por fin de la piscina. Abre mucho los ojos cuando repara en mi cuerpo, y ahora que he espabilado y soy consciente de lo que me rodea, me avergüenzo. No me gusta que lo vean. No me parece lindo o admirable, más bien penoso. Toma su camiseta, que está sobre la tumbona, y se la pone.

—Deberíamos irnos. Creo que ya tuviste suficiente.

Asiento y caminamos entre el tumulto. Mis brazos luchan por cubrirme lo más posible. Clay me ofrece mi vestido y estoy por ponérmelo cuando una voz me interrumpe.

—¡Aquí está la pareja que nos faltaba! —Es Klein, me toma del brazo y me arrastra hacia una mesa.

Nerea me mira con un gesto extraño. Klein me acerca a un camastro, donde una chica está aspirando una línea puesta entre los pechos desnudos de otra.

—¿Qué…? Klein, no pensarás que yo…

—No, no, Lago de los Cisnes, esas ligas son muy grandes para ti aún —me tranquiliza.

Klein me ofrece otro *shot*, que rechazo, y me tumba en uno de los camastros. Intento incorporarme, pero alguien me sostiene de los hombros y lo impide. Pasan muchas cosas a mi alrededor al mismo tiempo y no sé en cuál concentrarme: en el chico que me habla y me toma de los hombros; en Enik y Orena, que se están comiendo la boca un par de metros más allá, o en Clay y Klein, que parecen discutir por algo.

Está enojado, a juzgar por la manera en que habla. Entonces me centro en Nerea. Camina hacia una chica de piel canela que está tumbada en *topless* en otro camastro. Se cierne sobre ella y le come la boca mientras juega con sus pechos, retorciéndole los pezones con los dedos. Le besa el cuello y se prepara para aspirar la línea de polvo blanco que ella tiene entre los pechos.

—¿Me pondrás droga entre las tetas? —le pregunto alarmada a Klein cuando finalmente se acerca y él suelta una carcajada.

—Te acercas a ella y te mato. —Escucho que dice Clay tomándolo del brazo—. No hagas una estupidez.

—¡Yo no haré nada! Tú sí.

—No te seguiré en ningún estúpido juego.

—¡Anda, ya! Tendrás que hacerlo o no podrás irte.

—Klein, no estoy de humor para tus juegos.

—¡Hazlo, hombre! Es solo un *bodyshot*. Ni que fuera la primera vez. Bebe de su cuerpo. Sé que quieres hacerlo. —Le da un empujoncito y le dedica una sonrisa pícara.

—Que no, no…

—Hazlo tú o lo haré yo, que ganas no me faltan —sentencia.

La reacción de Clay es inmediata: le arrebata la botella de tequila de la mano y se cierne

sobre mí.

—Vámonos de aquí —me dice, pero la idea de un *bodyshot* no me parece desagradable; al contrario, me excita. Al menos si es su lengua la que está sobre mi cuerpo.

—¿No lo harás?

Mi pregunta lo toma desprevenido porque el rostro se le desencaja.

—Claro que no. Es una tontería.

Lo tomo del cuello antes de que pueda incorporarse y mi parte valiente, esa que ha surgido mucho últimamente, sale a la luz, impulsada por el deseo intenso que provoca en mí este chico.

—Quiero que lo hagas —le pido segura.

La manzana de Adán se le mueve cuando traga.

—Niza, no tienes que hacerlo para complacer a estos imbéciles —replica hosco, aunque noto la oscuridad en sus ojos, demostrando lo poco convencido que está de sus palabras.

—No lo hago para complacerlos a ellos, sino para complacerme a mí. Quiero que lo hagas.

—Pero…

—Clay, estoy plenamente consciente de lo que te estoy pidiendo y quiero hacerlo. Quiero que lo hagas —repito con la voz impregnada de una firmeza que no conocía y le dedico una sonrisita maliciosa—. ¿O me dirás que nunca imaginaste cómo me pasabas la lengua por el cuerpo?

Eso parece ser suficiente para derribar su endeble convicción. Sus ojos son hierro prendido en fuego que me marca la piel cuando se incorpora y me vacía un camino de licor desde el vientre hasta los pechos. El líquido se siente frío y me eriza la piel, pero no tanto como lo que está a punto de pasar. Mis ojos encuentran los suyos y una corriente eléctrica me recorre el cuerpo. El aire está cargado con la promesa de lo que su boca está a punto de hacerme. Y lo quiero.

Una chica se acerca y me esparce sal en el pecho.

—Para suavizar el trago —dice jovial.

Clay se cierne sobre mí de la misma manera que hizo Nerea con la otra chica y sus ojos me engullen. El corazón me retumba en los oídos, el cuello y las muñecas. No dice nada. No necesita hacerlo porque su boca lo dice todo cuando la desliza sobre mi cuerpo para beber del licor. Me lame el vientre, cerca del monte de Venus, y delinea el borde de mis bragas. Su boca caliente me arranca un jadeo y la lengua húmeda me hace estremecer al subir hasta mi ombligo en un recorrido sensual que me sacude hasta la última célula. Mis caderas reaccionan al sentir que mueve las manos sobre mis muslos para impulsarse más arriba y continuar bebiendo el alcohol en mi cuerpo. Sus labios abrasan los pedazos de piel que su lengua conquista y es demasiado, es erótico. Estoy perdiendo la cabeza solo de verlo en esa posición, comiéndome con su boca siniestra. Llega hasta la parte baja de mis pechos, lame y succiona en el medio, con más entusiasmo, y las caderas se me levantan en reacción. Mis venas se llenan de fuego y la necesidad se me concentra en el sexo, pulsante y feroz. Cuando sus labios llegan al centro de mis senos para tomar la sal, un gemido me brota de la garganta y mi vientre se aprieta tanto que, si recibo un poco de fricción, tendré un orgasmo.

Levanta la cabeza al terminar su sucio recorrido y sus ojos me consumen tanto como lo hace el deseo por él. «Por todas las cabras, esto es demasiado». Voy a entrar en combustión por lo mucho que me arde el cuerpo, o me voy a ahogar por lo mojada que estoy.

Se pone sobre mí, sosteniendo su peso con los brazos; sus ojos son tormentosos. Los labios me hormiguean rogando por contacto y por un momento creo que me besará, pero se aleja.

—Ahí tienes tu puto *bodyshot*, imbécil. —Empuja a Klein, que no pierde la oportunidad de reírse a carcajadas.

Clay me ayuda a ponerme en pie tomándome de la mano y me arrastra con él escaleras abajo, hacia el interior del edificio de departamentos. Giro el cuello para atrapar a Nerea, que nos acribilla con la mirada, y a Orena, que nos mira sorprendida junto a Enik.

«¿Qué acaba de pasar y por qué siento que fue la experiencia más erótica de mi vida hasta ahora?».

21 | Tinta

Clay

—¿Seguro quieres quedarte aquí?

Cierro la puerta detrás de mí cuando entramos a mi dormitorio.

—Sí —murmura y mira a su alrededor—. Los dormitorios de danza están mucho más lejos y no quiero que se creen chismes porque llegué tarde.

Me mantengo impasible mientras mi interior se convierte en un pandemónium. ¿Esto es una clase de castigo divino? Debe de ser así, porque no encuentro otra explicación para tener a Niza Hess en mi habitación, como la tentación hecha persona. Todavía lleva el cabello húmedo por la piscina, igual que su vestido, que pudimos recuperar apenas por el tumulto de la fiesta.

Dios, esto es un nuevo nivel de tortura. Lo peor es que ni siquiera es consciente del tormento al que me somete.

—¿Así que prefieres que se creen chismes de por qué no llegaste a dormir en absoluto? —digo en el banal intento de mantenerme tranquilo.

Se encoge de hombros admirando en mi pequeño librero el montón de discos de vinilo. Se inclina un poco y repasa con un dedo la colección.

—Igual se crearán chismes cuando me vean salir de aquí mañana —responde indiferente.

—Querrás decir hoy por la mañana —la corrijo al comprobar que son pasadas las dos de la madrugada.

Resopla y le da una última barrida con su mirada a todo el lugar antes de encararme.

—Tu habitación es tan…

—¿Increíble?

—Normal.

—¿Y qué esperabas? ¿Cruces volteadas? ¿Un altar a Satanás? ¿Un cordero atado en una esquina?

Suelta una risotada y los ojos avellana le brillan con el gesto.

—El pentagrama en la pared le habría dado un buen toque.

Le lanzo una ojeada de falsa indignación y vuelve a reír.

—Lo siento. Es que la secta satánica no se junta entre semana y debo simular que soy un ciudadano común —bromeo.

Se cruza de brazos recargándose en la silla de mi escritorio sin perder el buen humor.

—¿Así que sí eres parte de una secta?

—Sí, hacemos lo normal, ya sabes: pateamos perritos, comemos niños y bebemos sangre de

jóvenes vírgenes.

—¿Eso significa que caí en tu trampa?

—Sí.

—Pues qué mal cazador de jóvenes vírgenes eres; casi te quedas con lo único que les importa a los de tu secta.

Sus ojos son intensos y no sé si está admitiendo que es virgen o solo es parte de la broma. Decido no prestarle atención al interrogante para no torturarme más.

—Todavía puedo atarte de la cabecera; no te has salvado aún. —La provocativa imagen que me atraviesa la mente vuelve más duros los bordes de mi voz.

—Suena tentador. ¿Eso es parte del ritual o de tus fantasías?

Su observación me toma por sorpresa y no sé qué decir. Nota mi conmoción y sonríe divertida, como si descolocarme fuera el objetivo desde el inicio.

No comprendo a Niza. Es una dicotomía entre la cobardía y la valentía, entre la inocencia y el atrevimiento, y no sé cuál me cautiva más, o si es todo en combinación lo que me tiene tan prendado de este gnomo exasperante.

Las facciones se le arrugan y suelta un estornudo que se apresura a cubrir con la mano. Sorbe por la nariz y lo tomo como una señal para lanzarle una toalla limpia del armario.

—Deberías ducharte —sugiero cuando la atrapa.

—Es tarde.

—Te resfriarás si no lo haces.

—No llenaré de mocos tu cama. Lo prometo.

Doy un paso más cerca y me deleito con la manera en que se tensa, pero su valentía no muere y me sostiene la mirada sin flaquear.

—¿Mi cama? ¿Ahí es donde quieres dormir?

La reacción es inmediata: las mejillas se le enrojecen tanto como el cabello y su semblante se llena de vacilación.

—Si tú quieres, aunque no tengo problema en dormir en el sofá.

Conozco ese tono. Está fingiendo que no le importa cuando en realidad sí lo hace.

Decido molestarla un poco.

—De acuerdo. Entonces, el sofá será. —Le doy la razón y abre la boca indignada.

—¡Se murió la caballerosidad! ¡Ya no existe! —lloriquea con dramatismo.

Suelto una risa.

—De acuerdo, puedes quedarte. He sobrevivido a cosas peores que compartir la cama con una mujer de manicomio.

Se cruza de brazos y toma la camiseta que le ofrezco con fingido desdén.

—Buen movimiento, Clay Hawthorne. Los de tu especie no están perdidos todavía —asevera levantando el mentón y emprende la marcha hacia el baño.

***

—Solo dormiremos.

Se hace a un lado para dejarme espacio y me acomodo bajo las sábanas junto a ella. Me sorprendió no encontrarla dormida después de ducharme. Creí que estaría exhausta por los eventos de la fiesta, pero parece más despierta que nunca.

—Pues claro, ¿o es que quieres hacer algo más? —cuestiono.

Tengo que contar hasta mil cuando me encara, con una mano bajo la almohada y recostada tan cerca de mí que puedo contarle las pecas sobre la respingada nariz.

—Nop, solo dormir.

—Solo dormir —repito, más para mí que para ella.

Se gira y mis ojos se topan con su espalda: está usando una de mis camisetas de Blink 182. Verla con ella me llena de un sentimiento de posesividad y plenitud que no quiero combatir. Es insano, pero me arde en las venas con la misma fuerza de un mar embravecido y me consume.

Yo no tengo a Niza, pero Niza me tiene a mí.

Encerrado en la obsesión por su tiempo.

Atrapado en la necesidad de su cercanía.

Confinado en el deseo de obtener todo de ella.

Intento mantener mi fascinación por Niza a raya, pero antes de pensarlo siquiera estoy delineando la curva de su cintura y admirando la blanca piel que el dobladillo de la prenda deja al descubierto, que contrasta con la oscuridad de la tela.

Las imágenes de la fiesta me infestan la mente, me joden la cabeza, aumentando mi frustración. Esto es como estar frente a la kryptonita y pretender ser inmune a ella: puedo simularlo, pero los estragos que hace en mi cuerpo son innegables.

Con los dientes apretados y la polla empalmada, me giro también e intento dormir. Sé que no lo conseguiré, pero al menos, si no la miro, será menos tortuoso para mí. O eso es lo que me hago creer. Me quedo mirando un punto fijo en mi habitación sin conciliar el sueño. El aire entre nosotros pulsa; está tan cargado que, si me muevo un centímetro, seguro saltarán chispas. Quiero darme la vuelta y probar mi suerte, darle rienda suelta al deseo que bulle en mi interior, que se cocina como agua en una olla a presión a punto de estallar, pero el miedo me lo impide. No el miedo al rechazo, sino el miedo a cruzar una línea que ella no desee que cruce, porque una vez que lo hagamos, no habrá vuelta atrás. Querré todo de ella.

Estoy tan inmerso en mi lucha de voluntad que no sé cuánto tiempo pasa. La silenciosa atmósfera que habíamos construido, con el sonido del deseo reprimido pululando alrededor, se rasga con un ruido que escucho a través de la pared. Me sobresalto un poco, pero no lo muestro. Algo cae en la habitación contigua: es un ruido sordo seguido de risitas. Frunzo el ceño y hay silencio. Ignoro el evento y cierro los párpados para conseguir un poco de descanso, teniendo a la dueña de mis erecciones de las últimas semanas al lado. Todo está en silencio por efímeros minutos hasta que escucho el primer gemido, después el segundo y luego un jadeo, seguido del rechinar de la cama. «No me jodas. No… me… jodas».

Detecto de dónde viene el sonido y la molestia me atenaza el pecho. Es Robb, sé que es Robb, se tira siempre a una mujer diferente, pero ¿por qué tiene que empezar con su orquesta de calentura justo hoy? Me tenso cuando la chica lanza un grito ahogado y el golpeteo de la cama resuena contra mi pared, justo donde está Niza.

Tal vez el universo esté de mi lado y se haya dormido ya, así no tendrá que aguantar lo vergonzoso de esta situación ni tendré que esforzarme por ocultar la erección que me genera escuchar cómo esos dos se montan a lo bestia. Por supuesto, no tengo tanta suerte: Niza se remueve en la cama.

Me giro con el ritmo cardíaco por las nubes y el pecho se me comprime cuando descubro que me mira.

—Van a tirar la pared —susurra con un toque de diversión empañado por la incomodidad.

A mí también me encantaría probar la solidez de la pared con ella.

—¿Eso es algo común?

—¿Que la gente tenga sexo? Sí, lo hacen todo el tiempo.

Acomodo el cuerpo para quedar frente a frente y atrapo destellos de rubor en sus mejillas, a pesar de la oscuridad que nos engulle, con la luz de la luna que se cuela por las cortinas como la única fuente de iluminación.

—Que tengan sexo junto a tu habitación, quiero decir.

—Ah, eso, además de ser común, es una tortura.

Ríe. Ambos nos petrificamos cuando escuchamos un grito contenido y un gruñido masculino. Niza fija la vista en un punto y frunce los labios, incómoda. Hay sonidos húmedos de besos seguidos de risitas y tengo que pensar en la jodida Biblia para controlar mi erección.

¿Algo más para aumentar esta tortura? Ya no se me ocurre nada, pero prefiero no retar al universo. No quiero que se ponga creativo con el tema.

Se gira y me enfrento a su espalda. El aire se siente tan pesado que me cuesta respirarlo, pero la bocanada que tomo se me queda atorada en la garganta porque se acerca a mí bajo la excusa de tener más sábanas para cubrirse. Se estrecha a mi cuerpo, con el culo rozándome la pierna, y la sangre deja de llegarme a la cabeza para concentrarse en mi polla, deseosa de ella.

«Lo que me faltaba».

No soy un hombre muy resistente. De hecho, la resistencia es algo que se me da muy mal cuando se trata de Niza: con su cercanía, intencional o no, está poniendo mi capacidad al límite. El aire se torna más denso y sofoca cualquier vestigio de racionalidad que viva todavía en mi mente. No pienso, así que, contra toda lógica, me apoyo sobre el costado, pongo un brazo bajo la almohada y le pongo una mano en la cintura para eliminar cualquier distancia entre nosotros. Se estremece al percibir mi erección a través de la ropa y una corriente eléctrica me recorre.

Aprieto los dedos en su cadera y le arranco un gemido que aviva mi deseo como la leña al fuego. Mierda, esta tensión me va a matar, nos va a matar a los dos. Estoy demasiado aturdido por la energía que bulle en mi entrepierna y el calor que emana su cuerpo.

Quiero conocerla, experimentarla, ahogarme en ella. Quiero conocer a Niza en todas sus facetas y hacerla mía en todos los sentidos.

Se remueve, casi como un gesto inocente, y la erección crece. Otro gemido se escucha desde la otra habitación y mi poco autocontrol comienza a irse a la mierda, porque quiero escuchar a Niza gemir, que diga mi nombre y todas sus malditas incoherencias sobre vacas y ovejas. Mis deseos son bestias enjauladas rugiendo por ser liberadas. Pese a ello, mi parte racional es más fuerte y tomo la decisión de alejarme para no incomodarla o traspasar ningún límite.

—Puedes tocarme si quieres. —Su voz me toma por sorpresa—. Solo si quieres.

—¿Estás segura? —pregunto con la voz ronca. Le pongo una mano en la cintura, estrujándola, y gime por lo bajo, todavía sin atreverse a mostrarme la cara—. No pararé hasta concluir lo que empecemos, así que te pregunto otra vez: ¿estás segura?

Tengo el pecho contra su espalda y noto cómo vibra. Escucho el cambio en su respiración, más pesada y corta.

—Responde —le susurro en la oreja, y el empujón que dan sus caderas contra las mías parece ser la respuesta no verbal.

—Sí. —La seguridad en sus palabras ahora es más notoria—. Concluyamos lo que empezamos.

Sí, la deseo, pero no soy tan idiota para devorarla como un hombre famélico frente a un

festín. La degustaría por tiempos, a mi manera, hasta probarlo todo y deleitarme con cada gemido, conquistando cada parte de su cuerpo y reclamando cada uno de sus orgasmos.

Lo quiero todo de Niza.

Le acaricio la parte baja del muslo; el tacto deliberado y lento marca un camino perenne de lo que se avecina. La piel se le eriza en cada centímetro del ascenso hasta que encuentro el arco de su culo. Detengo la mano ahí solo por un instante y su respiración se corta para dejar escapar el aire en un gemido. Subo la tela de la camiseta lo suficiente para dejar al descubierto su sexo desnudo.

Reprimo una maldición cuando me doy cuenta de que, otra vez, no lleva ropa interior. Sacudo las caderas contra ella, arrancándole otro jadeo que se esfuerza por reprimir para no quedar en evidencia como la pareja de al lado.

—Yo no… no sé… No…

—¿No qué? —Me detengo—. Habla, Niza. Está bien, puedes decirme. ¿No quieres hacerlo?

—Sí quiero —rebate y gira el cuello para mirarme por fin; sus ojos preciosos están nublados de mortificación—. Pero nunca he... hecho esto con nadie más y no sé si estoy lista para…

Enarco una ceja. Me toma un momento comprender lo que dice.

—Creí escucharte decir que no eras virgen. —No es un reclamo, solo una observación. Quiero saber por qué mintió, por qué no tuvo la confianza para ser sincera conmigo.

Se muerde el labio y la consternación aumenta.

—No quería parecer una inexperta.

Le acaricio el muslo en un gesto más confortante que sexual. La comprendo. Niza es una chica que ha sido reprendida por todo, por no ser suficiente, así que entiendo la raíz de su miedo y sus razones para mentir, pero no tiene que hacerlo conmigo.

—No tienes que temer eso. Está bien. Es normal, nadie nace sabiendo hacer las cosas.

—¿No te desagrada?

—Nada sobre ti podría desagradarme —admito con una sinceridad que me cala en el pecho —. Además, el sexo no es solo penetración, si te refieres a eso. Se pueden hacer muchas cosas más.

El miedo se disipa de su mirada y, en su lugar, algo cálido brilla en los confines de sus ámbares.

—¿Así que seré la primera chica en tu cama con la que no tendrás sexo?

Suelto una risita. Le acaricio el hueco de la cintura.

—Sí, digamos que sí.

—Vaya, supongo que seré la excepción, entonces.

Me apoyo sobre el codo y la miro desde mi altura, detallando la delgadez de su cara, las pecas que le salpican la nariz, la forma de corazón que tienen sus labios y lo brillantes que son sus ojos.

Ella es más que solo la excepción a una estúpida costumbre. Es más que el salto de una regla.

—Eres la excepción a todos los patrones que ni siquiera sabía que tenía, Niza Hess.

Me mira con los ojos muy abiertos y separa los labios, incitándome a tomarlos, así que acepto la invitación. Me inclino hasta encontrar su boca y abrazarla con la mía. Sus pequeños labios se mueven a mi compás mientras me rodea el cuello con un brazo. La beso como si no lo hubiera hecho en décadas. Le invado la boca con la lengua y me lo permite sin resistencia. La hundo contra las sábanas y dejo que su aroma se quede impregnado en mi cama: cítricos, dulce, gloria. Me acomodo sobre ella y apoyo mi peso sobre los brazos, al tiempo que le abro las

piernas con la rodilla para hacerme espacio; quiero que sea solo mío, solo para mí.

Cuelo un dedo hasta el dobladillo de la camiseta y la subo de a poco. Le rozo el cuerpo; se eriza con cada pedazo nuevo de piel que queda expuesta. La sensación de ella estremecida bajo mi tacto es electrizante y me recuerda que, si no tengo cuidado, mi polla explotará. Le descubro el abdomen y estoy por dejar libres sus pechos, cuando me detiene. Su cara se transforma en una de terror.

—No estoy usando sostén.

—¿Y qué?

Parpadea y se pasa la lengua por los labios, nerviosa.

—Y… mis pechos no son bonitos.

—Quiero verte, Niza.

La angustia le invade el semblante.

—No son nada digno de ver. Tengo… tengo marcas por las vendas. Lo siento. No te gustarán. —El dolor en su voz es tan palpable que me atraviesa el pecho como una flecha y me estruja el corazón.

Intenta incorporarse, pero la empujo con suavidad de vuelta hacia la cama.

—¿Cuáles vendas?

Me mira en silencio, con la aflicción inundando sus ojos, y, tras un suspiro, comienza a explicarse.

—Winslet me obliga a usar vendas en el pecho durante las prácticas para reducirlo y evitar que crezca más. Dice que los pechos no son estéticos en el *ballet*.

No le doy crédito a lo que escucho y por un momento la estela de excitación se evapora para ser reemplazada por una de ira, oscura y potente. Quiero matar a esa hija de la gran puta. ¿Qué tan enferma tienes que estar para generarles una inseguridad de ese nivel a tus alumnas? ¿Qué tan jodida necesitas estar para hacerlas sentir vergüenza de sus cuerpos y presionarlas para cambiar algo que no pueden?

Respiro y cuento hasta un millón para no cometer un homicidio.

—No tienes por qué avergonzarte. No importa si tus pechos son grandes o pequeños, está bien. Son parte de ti. No tienes que esconderlos o cambiarlos.

—Pero…

—¿Puedo verlos? Por favor.

Se muerde el labio, dudosa. No es algo sexual, sino una forma de demostrarle que su cuerpo para mí es suficiente, que es perfecto, tenga o no cicatrices. El miedo que hay en sus ojos me mata y solo quiero hacerlo desaparecer.

Lanza un suspiro trémulo y, luego de un momento, baja sus murallas, retira las manos y me permite quitarle la camiseta pasándosela sobre la cabeza. Le noto la consternación en la cara, la manera en que lucha por reprimir el impulso de cubrirse y lo avergonzada que se siente.

Los pechos de Niza no son gigantes, tampoco son minúsculos; tienen el tamaño perfecto para comérmelos. Detallo los pequeños pezones erectos, las aureolas un poco oscuras por la estimulación y, alrededor, las marcas de las que habló, como cicatrices de una tortura constante. Hay partes amoratadas, purpúreas y azules por el poco flujo sanguíneo.

—Son horribles, lo sé, no debí…

Le detengo las manos cuando intenta cubrirse y me mira alarmada.

—Son preciosos. —Mi voz sale ronca cuando le pongo la mano sobre uno. Lo aprieto con suavidad, ganándome un jadeo.

—Yo no… no…

Capturo el pezón entre mis dedos. La superficie dura y erecta reacciona al tacto igual que el resto de su cuerpo, que se arquea para seguir recibiendo estimulación.

—No sabía que se sentía tan bien.

Suelto el suspiro de una risa; el deseo bulle dentro de mí.

—Será mucho mejor cuando lo tenga en la boca. —Pongo el dedo sobre su pezón, acariciándolo, y se yergue deseoso, igual que su dueña—. ¿Alguna vez te lo han hecho?

Mueve la cabeza, negando. Quiero quedarme con todas sus primeras veces.

—Bien, entonces presta atención y siente.

Bajo la cabeza hacia uno de sus pechos sin despegar la vista de ella para no perderme ninguna reacción, y agradezco a los cielos por esto. Abre la boca y su rostro se convierte en una expresión de placer puro cuando lo envuelvo con los labios. Un gemido alto embosca el aire mientras acaricio la superficie sensible con la lengua. Su pecho sabe a gloria.

Cierro los ojos, succionándolo como un poseso, y lo acuno con la mano para comérmelo a mi antojo mientras ella enreda los dedos en mi cabello y me mantiene en ese lugar para no dejar de estimularla. Le doy atención al otro, mi boca lo toma sin tregua y mi lengua lo acaricia. Con los dedos me encargo de esparcir la humedad de mi saliva en el que he abandonado sin dejar de tocarlo.

Jadea, su cuerpo se estremece y se arquea cada vez que la jalo y la chupo; no hay nada mejor. La beso entre los senos y me cierno sobre ella sin dejar de estimularle los pezones, porque no quiero dejar de escuchar cómo disfruta de lo que le hago.

—¿Ves? Tus pechos fueron creados para ser apreciados, acariciados. Están hechos para darte placer, no para ser escondidos.

Su mano se mueve hacia mi nuca. Estira el cuello para besarme. Ahogo los dulces gemidos que le provoco y mi cuerpo se sacia con esa forma de reaccionar a mi tacto. Se apresura a encontrar el borde de mi camiseta y la ayudo a sacármela por la cabeza. Sus ojos resplandecen, me sobrecoge la sensación y me acerco a besarla. Sus senos se oprimen contra mi pecho y sus manos viajan por mi cuello, mis brazos y mi espalda. Le acaricio la cintura delgada, descendiendo hasta encontrar el coño caliente y húmedo.

—Carajo —maldigo contra su boca y gime alto cuando deslizo el índice por su clítoris.

No resisto mucho tiempo más, así que paso un brazo por su espalda y la obligo a incorporarse, sus piernas a ambos lados de mi cadera y su culo sobre mi regazo. Me toma del rostro y no pierde el tiempo para devorarme la boca, sus labios ágiles sobre los míos y sus caderas ondulando contra mi erección.

—No sé qué estoy haciendo. ¿Lo hago bien?

—Increíble —respondo con voz cruda y la tomo del culo para pegarla más a mí, para que choque con mi polla, estimulándome con la humedad que traspasa la delgada tela de mi pantalón —. No tienes que pensar demasiado para hacer esto. —Le clavo los ojos—. El sexo es como una danza y tú eres la mejor en eso.

Jadea cuando elevo las caderas y le doy un embate duro. Me cuesta mantener el control; quiero enterrarme dentro de ese coño.

—Es como aprender los pasos para un nuevo baile. —Le manejo las caderas, frotándolas contra mi miembro y los ojos se le oscurecen—. Solo que es un estilo diferente, uno libre. Aquí puedes moverte dependiendo de cómo se sienta mejor, y tienes un compañero. —Jadea fuerte y deja caer la cabeza hacia atrás cuando hundo sus caderas hacia las mías.

La polla se me pone como una piedra bajo su culo mientras mis manos se encargan de magrearlo. La retiro con suavidad y la confusión la asalta.

—Gírate. Te quiero de rodillas, tu cara contra la pared —ordeno áspero.

La curiosidad se acentúa y le acaricio el brazo.

—Confía en mí. Me tendrás donde más me necesitas.

—¿Dónde?

—Dentro de ti, Niza.

Lanza un jadeo de impresión, pero me obedece, la cara y las manos apoyadas contra la pared mientras sus rodillas siguen enterradas en la cama.

—¿Hoy no hay dichos sobre vacas u ovejas? —me burlo, le pego el pecho a la espalda y le deslizo la lengua por el cuello, absorbiendo su aroma.

Hace la cabeza a un lado para darme mejor acceso, al tiempo que lucha por reprimir los gemidos cuando le agarro los pechos.

—Lo último en lo que estoy pensando es en vacas.

—¿Y en qué piensas?

—En…

Un fuerte jadeo embosca la estancia y me deleito con él. Quiero escucharlo otra vez y otra vez más y otra más... Le acaricio el abdomen, desciendo hasta que encuentro la humedad que moría por sentir de nuevo. Me pego más a ella y su respiración se ahoga al percibir mi erección, que choca con sus nalgas.

—He querido hacerte esto desde que te masturbaste para mí por teléfono. —Recorro sus pliegues, esparciendo sus fluidos—. Haces las cosas y ni siquiera te imaginas cuánto me jodes la cabeza. —Se estrecha contra mí. Su culo ondula sobre mi erección—. Ahora me toca a mí joderte, muñeca.

Gime y la acaricio, abriéndole los labios, llenándome de más humedad. Está tan mojada que puedo escuchar el movimiento de mis dedos, como un charco que va en aumento.

—¿Alguna vez te has penetrado con tus dedos?

Niega con la cabeza, la frente y los brazos pegados a la pared. Le toco la entrada un poco más y, de a poco, le introduzco un dedo. Abre la boca para respirar, su cuerpo se contorsiona y el culo se alza. Dios, es la mejor vista de todo el puto mundo. Cierro los ojos y, cuando está escurriendo, meto el segundo dedo.

—Carajo, estás tan apretada. —Me pego más a su cuerpo y la tomo del cuello para alzarle el rostro. La beso en la mejilla mientras su respiración se combina con la mía; me regala sus jadeos en primer plano—. Eres tan estrecha Niza. ¿Cómo voy a caber dentro de ti si mis dedos apenas entran?

Se inclina hacia adelante siguiendo el compás de mis dedos dentro de su coño. La penetro con más ímpetu a cada segundo, mi palma choca con el clítoris y el sonido de humedad inunda la estancia en conjunto con sus jadeos, cada vez más ruidosos.

—Espera… Espera…

Una súplica le sale de los labios y la tomo de la mandíbula para estirarle el cuello y girarle el rostro.

—¿Qué? —inquiero afectado, sin detenerme.

—Siento… Voy a… Voy…

Le doy un beso en la mejilla y la acaricio con la nariz.

—Déjalo que explote.

—Pero… —jadea.

—Dámelo, ese orgasmo, quiero que sea mío.

Se inclina más contra la pared, perdida en las sensaciones, mis dedos bombeando en su interior, conquistándolo, y su cuerpo removiéndose en busca de liberación. Sube el volumen de los gemidos, acelerados y pesados a medida que se acerca a la cima. Llevo una mano hasta su boca para cubrirla.

—¡Shhh! Guarda silencio. ¿O es que quieres hacerles competencia a los vecinos de al lado? —le espeto tenso en la oreja—. Solo yo puedo escucharte, Niza. Solo yo puedo escuchar lo mojada que estás, solo yo puedo escuchar cuánto disfrutas tener mis dedos dentro de ti y solo yo puedo escuchar cómo te corres para mí.

El efecto es inmediato. Su cuerpo se tensa y ondula contra mi mano. Sus fluidos bañan mis dedos y es la mejor sensación sobre la Tierra. Jadea y se mantiene apoyada contra la pared un par de minutos. Retiro la mano con lentitud, contando hasta mil para controlar la erección. La tengo como una piedra, pero Niza no está lista y no haré nada que no desee.

Se gira hacia mí y resplandece. Tiene las mejillas manchadas de rojo por el orgasmo, los labios hinchados y los ojos le brillan con un marrón claro.

—Mi corazón se detuvo y por un momento no supe qué pasaba a mi alrededor. ¿Acaso morí?

Suelto una risa y me alejo para sentarme sobre la cama.

—No moriste. Solo tuviste un buen orgasmo.

Se sienta junto a mí sin que el resplandor le abandone el semblante.

—Me gustó. Mucho.

—¿Me darás cinco estrellas y me dirás que fue un excelente servicio?

—¿Quieres que te diga eso?

Hago una mueca.

—Por favor, no.

—Entonces no lo pidas.

El silencio se instala entre nosotros y se muerde el labio, dudosa, con la vista fija en mi entrepierna.

—¿Qué debería hacer yo ahora?

—Nada, dormir, supongo —digo sin más.

Ya he alcanzado mi objetivo. Que disfrutara era lo único que deseaba y ya lo conseguí. Yo puedo esperar un poco más.

—Pero ¿y tú?

—Yo ya disfruté gracias a ti. Me has dado el mejor espectáculo. —Elevo la comisura de los labios y me acerco para capturar su boca con la mía en un beso lento pero contundente, como una promesa de lo que está por venir.

Cuando nos separamos, aún hay vacilación.

—¿Seguro no quieres que yo te…?

—No comas ansias. —Atrapo sus ojos con los míos y le tiendo mi camiseta para que vuelva a ponérsela—. Me lo pagarás pronto… y con creces.

***

Huele a cítricos.

Arrugo la nariz a mitad del camino entre la vigilia y el sueño.

Me remuevo en la cama y percibo que, además del olor envolvente, también hay un sonido ahogado, muy lejano. Estrecho más la almohada contra mí y noto que el olor a cítrico se vuelve más fuerte, como si…

—¡Clay!

Registro el sonido de una voz, pero mi cerebro está demasiado adormecido para ubicarla. Continúo durmiendo, el brazo firme tomando la almohada, que está más cálida de lo normal.

Hay un ruido claro e insistente. De a poco, distingo que son golpes en la puerta, pero estoy tan cómodo que me niego a despertar.

—¡Clay! — Y otra serie de toques.

«Que se vaya a la mierda».

—¡Clay, abre la puerta!

«No, deja una nota o llámame después. Estoy durmiendo».

—¡Clay, hijo de puta! ¡Abre la maldita puerta o llamaré a los de Control Escolar!

Me resigno con un gruñido y abro los párpados, solo para sufrir un infarto cuando reparo en la persona que duerme junto a mí. Me paso una mano por el rostro para asegurarme de que mi cerebro no me juega una mala pasada y parpadeo unas cuantas veces.

Bien, parece que sí es real; no es ninguno de mis sueños eróticos demasiado realistas. Niza está en mi cama, dormida boca abajo y con una de mis camisetas enrollada hasta la cintura. Sus rizos están desordenados como lenguas de fuego sobre la almohada. Estoy por deleitarme con los recuerdos de la noche anterior cuando vuelven a tocar. Con hastío, miro el reloj en mi buró para comprobar que son las ocho de la mañana. ¿Qué imbécil de mierda busca a otro tan temprano después de una noche de fiesta?

—¡Clay, esto es serio!

Distingo por fin la voz de Nerea a través de la puerta y Niza se remueve en sueños, quejándose. Me pongo en pie con cuidado, resignándome a enfrentar a Satanás a las putas ocho de la mañana solo para cuidar el sueño del duendecillo. Abro la puerta con una exhalación y Nerea da un respingo. Me mira por un instante, pero sus ojos son rápidos en ver el interior de mi habitación, donde Niza duerme tranquila sobre mi cama. Su boca se estira en una sonrisa malévola y sus ojos esmeralda son lentos en posarse en mí otra vez.

—Así que al final el lobo se ha comido al corderito —ronronea.

El comentario me molesta sobremanera. Salgo y cierro la puerta para impedirle mirar de más.

—¿Qué quieres?

—Oh, lo siento. ¿Interrumpí tu sesión de sexo matutina? —Se lleva una mano al pecho, fingiendo consternación.

Guardo silencio, impertérrito, y espero impaciente a que diga lo que sea que haya venido a decir.

—Creí que tardarías más en meterte entre las piernas de la dulce e inocente Niza. —Se cruza de brazos—. Pensé que sería más difícil atraparla, pero ya veo que ni siquiera ella puede resistirse al encanto de los Hawthorne. —Su gesto se desvanece y me mira con desdén—. Pobre ilusa.

—No tengo ganas ni tiempo para escuchar cómo la insultas, así que dime de una vez a qué has venido o lárgate. Lo último que me apetece es verte la cara por la mañana.

—No pensabas eso cuando era yo a la que tenías en esa cama. —Un toque de acidez se filtra en sus palabras.

—Espero que esta no sea una de tus escenas psicóticas de celos, Nerea.

—Qué va. Puedes romperle el coño a quien quieras, me tiene sin cuidado. —Hace un gesto con la mano para restarle importancia—. No eres tú quien me preocupa. Es ella.

Elevo las cejas, sorprendido por sus palabras.

—Ya sabes: los Hawthorne tienen problemas para entender la palabra lealtad; incluso la olvidan entre ustedes. No me gustaría que la pobre Niza sufriera por eso.

—Tus problemas con Bryce no me importan. Si él no te fue leal, no vengas a joderme a mí por ello.

—Oh, pero es que tú tampoco eres leal. —Me dedica una sonrisa felina—. No le fuiste leal a tu hermano y me cogiste. Tampoco recuerdo que les hayas sido muy leal a tus otras novias.

Tenso la mandíbula. Sus palabras calan más hondo de lo que deberían.

—Bien, ya te escuché suficiente. Lárgate.

Estoy por girarme para regresar a la habitación cuando decide hablar.

—Tu hermano acaba de llamarme —dice de pronto, y eso sirve para detenerme—. Está preocupado por ti porque no le respondes desde ayer.

—No le he respondido porque no me ha llamado.

—Sí que lo ha hecho. Dice que todas las llamadas se van directo a buzón. Incluso yo intenté llamarte, pero sucedía lo mismo.

Trato de recordar cuándo fue la última vez que tuve el móvil en las manos. Hago una mueca de irritación al recordar que fue durante la fiesta y que posiblemente lo perdí después de la piscina.

—Bien, gracias por el dato. Lo llamaré.

Se mantiene en su lugar y pongo los ojos en blanco.

—¿Qué quieres? ¿Propina por entregar el mensaje? Largo.

—También me dijo que llegará hoy a la ciudad, ya sabes, por los conciertos que tendrá.

Asiento con el cuello rígido. Olvidé por completo que volvería hoy.

—De acuerdo.

Tomo el pomo de la puerta y lo giro para entrar, cuando vuelve a hablar.

—¿De verdad te ha dejado satisfecho ese corderito? Niza es el tipo de chica que no sabe ni siquiera cómo sostener un pene entre las manos. ¿Cómo podría darte lo que necesitas?

La encaro y la fusilo con la mirada.

—No toda satisfacción es sexual, pero no espero que lo entiendas. Alguien tan vacío como tú no puede ofrecer nada más.

Me da un bofetón en un movimiento tan rápido que no lo veo hasta que la mejilla me arde. Muevo la mandíbula para disipar el dolor, pero no digo nada más.

—¿Y por qué crees que tú puedes ofrecerle algo más a ella? —sisea—. Estás tan dañado como tu hermano, son la misma mierda los dos.

—Bryce y yo no somos iguales.

—Por favor —ironiza—. Son como dos caras de la misma moneda.

Siento una punzada en el pecho, sus palabras me arden, pero no permito que lo note. Ha agotado mi paciencia.

—Vete ya —la insto.

Ella camina solo un par de pasos hasta llegar a la habitación continua a la mía, justo donde duerme Robb.

—Que tengas un bonito día con tu corderito, Clay. Aunque no creo que te quede mucho

tiempo. Dile que se le hará tarde para su ensayo con el profesor Rothbart.

Me lanza un beso y entra al dormitorio de mi compañero.

Permanezco de pie procesando la información y es entonces cuando comprendo que fue a ella a quien escuchamos coger como una posesa la noche anterior. Pongo los ojos en blanco y entro al dormitorio con la tarea en mente de encontrar mi móvil y llamar a Bryce, pero me detengo al encontrar a Niza sentada sobre la cama, con el cabello desordenado y el rostro somnoliento.

—Creí que habías huido —menciona frotándose una parte del rostro.

—¿De mi propia habitación? —apunto con el buen humor que me llena el pecho.

Creo que podría acostumbrarme a despertar así todas las mañanas, con su esencia llenando mi espacio y sus sonrisas iluminando mis días.

—No sé qué tan desesperado estés por huir de mí.

—No mucho. Por ahora —completo, y me mira mal.

—¿Estuve tan mal ayer para que huyas? —La inseguridad le embosca los ojos.

El corazón se me compunge. Podría admirar a Niza solo existir y me tendría embelesado. Nada en ella me hace huir. Al contrario, me atrae cada vez más. Me inclino y le doy un beso en la frente; mis pulmones se llenan de su aroma frutal y le acaricio el rostro.

—No haces que quiera huir, Niza. Tú haces que quiera quedarme en cualquier lugar mientras estés en él.

Se aleja un poco y la sonrisa que me dedica es tan brillante que podría iluminar hasta los recuerdos más oscuros de mi memoria.

—Eso les dices a todas las chicas que invitas a dormir, ¿cierto? —dice con aparente molestia, pero noto el toque de diversión en su voz.

—Me descubriste. —Sonrío—. Aunque no a todas les permito usar mis preciadas camisetas. Sigues siendo la excepción, muñeca.

Baja la vista y retuerce los pies en el suelo.

—Creo que debería irme.

—¿Quién huye de quién ahora? —Me alejo con los brazos cruzados.

—Es tarde. Además, tengo que ir a la clase del señor Rothbart.

—¿A qué hora es tu clase?

—A las diez —contesta verificando la hora en su móvil.

Una idea se me planta en la mente entonces.

—De acuerdo, aún tenemos tiempo para comer algo.

Su buen humor flaquea un poco y vislumbro rastros de preocupación que la azaran.

—No tengo hambre. —Me rechaza.

Curvo la boca con arrogancia cuando el estómago le ruge, delatando su mentira.

—No puedes negarte. Perdiste una apuesta, ¿recuerdas?

Pone los ojos en blanco y hace una mueca de molestia que no encaja con el tono alegre con que me responde.

—Bien, acepto. —Se pone de pie y se alisa mi camiseta—. Pero solo saldré si me consigues algo decente para usar, que no sea tres veces más grande que yo.

Sonrío.

—Te queda bien.

—Bien para ser una carpa de circo.

—A mí me gusta.

—A ti todo parece gustarte, Clay.
«Sí, mientras tenga que ver contigo».

22 | Simetría

Clay

—Clay.

Me detengo en seco cuando me encuentro con Daniel, mi profesor.

—¿Qué tal? —Estrecho la mano que me ofrece.

—Nada especial. Me dirigía a clase de Vocalización. —Apunto hacia la dirección del pasillo en la que iba.

—¿Tienes un momento? —inquiere.

No sé qué se trae entre manos, pero cualquier cosa que haya desaparecido del cuarto de instrumentos no la robé yo. Al menos no esta vez. Caminamos hasta detenernos a un costado del pasillo.

—Hablé con una disquera —suelta de la nada.

Pongo el estuche de mi guitarra sobre el suelo y me cruzo de brazos.

—Ajá, ¿y?

Sonríe, la barba hirsuta estirada en el gesto.

—Están interesados en grabar algo con los Eintein's Suckers.

Un escalofrío me recorre apenas dice el nombre, como si me perforaran los oídos. Sin embargo, la sensación de repudio dura poco y la reemplaza mi latir acelerado ante la nueva propuesta. Esto podría ser una gran plataforma de impulso para la banda. Max seguro sufrirá un infarto de la emoción, RJ se pondrá a llorar y E.T. hará… Bueno, lo que sea que ese bicho raro haga.

—De acuerdo. —Intento parecer tranquilo y profesional, pero no puedo esconder la emoción que me recorre el cuerpo.

Daniel Wayle es mi profesor de Afinación desde el semestre pasado. Ha trabajado para los mejores sellos discográficos y les ha ayudado a un sinfín de estudiantes a tener su primera oportunidad para debutar. Le dicen el armador de artistas, porque eso es lo que hace. Es la primera vez que una disquera muestra interés en mi grupo y mis letras, así que, por mucho que rechace la música, no puedo sofocar la llama de orgullo que se enciende dentro de mí.

—¿Cuándo podremos hablar con los de la disquera? ¿Te dijeron algo sobre qué canciones son las que más les interesan?

—Arreglé una cita para discutir los términos la próxima semana. Les mostré las canciones que escribiste y les encantaron. —Sonríe y se cruza de brazos también—. Tienes un talento natural.

—Gracias. —La llama de orgullo arde más en mi interior.

Tal vez podría despegar por mí mismo en esto de la música después de todo, con mis propios medios, sin necesidad de ser el hermano de Bryce.

Se aclara la garganta y el semblante se le endurece.

—Solo hay una condición.

—¿Cuál? No hay problema con la condición, aceptaremos lo que sea. Los chicos perderán la cabeza cuando les cuente sobre esto.

Es una oportunidad de oro para despegar en la industria. Estamos preparados para cualquier estúpida condición que nos impongan. Normalmente es poca distribución o poco alcance durante el primer año, o recibir solo una parte de las regalías o recibir un contrato de tan solo dos años o…

—Quieren que el disco sea en colaboración con tu hermano Bryce.

Mi mal humor se extiende tanto que termina incinerando cualquier sentimiento de orgullo que pude sentir antes. Reprimo la mueca de molestia que me muero por mostrar.

Claro. ¿Cómo no lo vi venir? Yo quiero usar a la disquera como plataforma del mismo modo en que ellos quieren usarme a mí para generar ingresos a costa de la verdadera estrella: mi hermano.

—¿Bryce?

Se rasca la cabeza despeinando un poco la coleta que mantiene unido su cabello castaño.

—Dicen que sería un buen proyecto. Ellos han intentado firmar con él desde hace años una colaboración, pero no acepta. Tienen la esperanza de que, si se lo pides tú, tal vez…

Resoplo mordaz y tomo el estuche de mi guitarra dispuesto a marcharme.

—Gracias, Daniel, pero esto se supone que es para mí y la banda, algo nuestro, no algo de Bryce —atajo—. Diles que no estamos interesados.

Arruga los labios.

—¿Estás seguro, Clay? Es una disquera con alcance monstruoso. Podría ser la oportunidad que necesitan y…

Niego con la cabeza; el enojo se me expande por el pecho.

—Cuando sea una disquera que esté realmente interesada en mi trabajo, en nuestro trabajo, y no en la fama de mi hermano, entonces llámame —lo corto y sigo mi camino hacia la clase de Vocalización, con la sangre hirviendo y la frustración corriendo por mis venas como veneno.

Yo soy el instrumento, no el objetivo.

Soy el vehículo, no la meta.

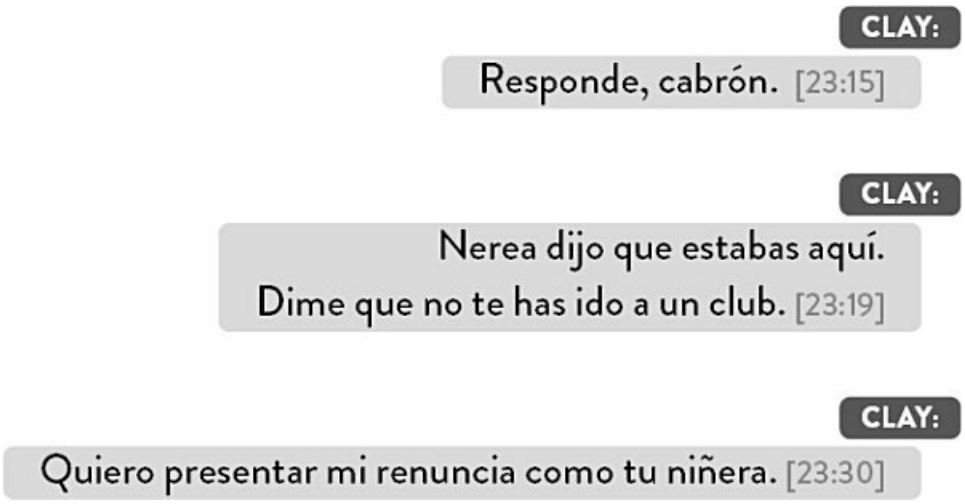
Siempre lo he sido.

Para el mundo, yo soy solo la sombra de mi hermano, quien lo mira triunfar desde fuera, porque él lo eclipsa todo y no hay lugar para nadie más.

Qué estúpido fui al pensar que las cosas podrían ser diferentes para mí en la música cuando siempre he sido solo el hermano de Bryce. No tengo nada propio que le interese al mundo. Parece que lo único de valor que poseo es mi relación con él, y lo amo tanto como lo desprecio por ello.

Suspiro y, pese a mi malhumor, hago una nota mental para llamarlo. No ha respondido mis mensajes en todo el día y eso nunca es buena señal.

***



Miro la pantalla: los últimos mensajes que le envié a Bryce brillan sin respuesta, así que, como último recurso, llamo a Nadir, su representante. Hay tono, pero no responde. Pese a los alegatos de mi cerebro, vuelvo a llamar. Estoy por cortar en el cuarto tono cuando su voz profunda se escucha del otro lado.

—¡Clay! Pensé que no me volverías a llamar desde…

—Desde que la cagaste dejando solo a mi hermano la última vez —completo por él.

Me despido de Valentina, Klein y Carter con un gesto de la mano. Se han quedado tarde hoy en la tienda terminando bocetos.

—Sí, desde entonces. —Suelta una risita nerviosa—. Dime, ¿qué pasa? ¿Has cambiado de opinión y quieres unirte a Riot 911?

Un nuevo cosquilleo de molestia me asalta las costillas.

—No, no es eso.

—Lástima. Sería épico que los hermanos Hawthorne tocaran en la misma banda, como Angus y Malcolm Young.

—Nosotros no somos AC/DC —aclaro de mala gana y ocupo mi lugar detrás de la máquina registradora—. Además, si el representante eres tú, prefiero cortarme una pierna.

—¡Oye! Le he conseguido muchos conciertos a la banda de tu hermano.

—Creo que le has conseguido más escándalos que conciertos.

—Hay que mantenerlo en el ojo público y generar contenido. La gente siempre está hambrienta de cosas para hablar —dice sin más, y mi malestar se intensifica al recordar por qué odio hablarle.

Mi hermano es imbécil y muchas veces no comprende las consecuencias de sus actos o el impacto que tienen los escándalos de su vida. Riot 911 se ha mantenido bajo los reflectores, pero últimamente ha sido más por sus eventos bochornosos que por su música. Solo el mes pasado fueron tendencia en redes porque Aaron, uno de los chicos de la banda, orinó un monumento nacional en Hong Kong estando ebrio. No sé qué clase de *community manager* tienen, pero deberían despedirlo. Es una mierda para controlar esas situaciones.

—¿Y bien? Habla. Tengo un par de chicas que me esperan en un privado —dice lascivo.

Escucho la puerta abrirse. Niza entra en la tienda y me sonríe. Por un momento olvido que estoy en una llamada con este hijo de perra.

—¿Está Bryce contigo? —inquiero tosco.

—No. —Lo escucho beber—. Lo veré pasado mañana. Le dije que se adelantara, yo me quedé en Chicago cerrando algunos tratos.

—¿Lo dejaste solo de nuevo?

—¡Solo se fue a casa, Clay! ¡Relájate! Tu hermano ya es mayorcito, no tienes que ser su mamá.

—Nadir, te juro que te romperé la nariz si no…

Me corta. El malnacido me corta la llamada.

Un sonido grave me nace en el pecho y llamo a mi hermano esperando que esté lo suficientemente consciente para responder, pero sé que es en vano: me envía a buzón. Lanzo el móvil al mostrador, provocando un estruendo, y me paso las manos por el cabello, lleno de rabia y consternación.

—¿Qué pasa? ¿No tomaste tu café esta mañana? —me molesta Niza, que apareció en la recepción con una toalla y líquido para limpiar los vidrios.

Estoy tan preocupado por Bryce que ni siquiera respondo.

—Bueno, no lo tomaste.

—Sí lo tomé.

—Sin azúcar, por lo que veo.

Se las arregla para arrancarme una pequeña sonrisa. La miro trabajar con diligencia: su pequeño cuerpo se estira para alcanzar la parte más alta de los ventanales y los músculos de los brazos se le marcan con cada movimiento. Una parte de mí se compadece de ella y me hago detrás para quitarle la toalla de la mano y alcanzar esa parte para limpiarla. La aprisiono sin querer entre mi cuerpo y un mueble decorativo y percibo la densa electricidad que bulle entre nosotros.

—Gracias —susurra cuando le regreso su instrumento de limpieza.

Debería alejarme, pero quiero quedarme aquí, así, con ella encerrada dentro de los confines de mi persona porque se siente como su lugar, como si siempre hubiera pertenecido a este sitio. Me estoy volviendo adicto a esto. El cigarro se convirtió en nada comparado con el deseo avasallador de tener un poco más de Niza. Cuando está cerca, me llena más que cualquier calada, me tranquiliza mejor que la nicotina. Es peligroso, insano e inevitable.

Estoy por decir algo cuando mi móvil suena en el mostrador y penetra en la pesada atmósfera de silencio. Frunzo el ceño; el nombre de Aspen aparece en la pantalla.

—¿Por qué mierda me llamas a esta hora? —espeto al teléfono—. No tengo nada tuyo.

—Tú no, pero el hijo de puta de tu hermano sí.

La respuesta es clara y tan contundente como un golpe al estómago que me corta la respiración.

—¿Qué?

—Tienes diez minutos para llegar a la casa del cabrón de tu hermano en Coney Island —me informa, con la voz tensa.

—¿Por qué iría hasta allá? Son casi las doce, maldito enfermo.

—El enfermo es tu hermano —ladra, y noto la furia en su voz—. Tiene a Hela cautiva con él.

—¿Qué? ¿La secuestró?

—Sí… No… ¡No sé, no sé! Hela me mintió. Dijo que estaría en la zona por algo de sus ensayos, pero no sabía que tu hermano estaría aquí también. Le he pedido por el intercomunicador que me deje entrar, pero no responde.

Suelto el aire, exasperado.

—¿Cómo sabes que está con él?

—La llamé. Ella me lo dijo.

—¿Y cuál es el problema? Deja de tratar a tu hermana como a una niña, Aspen. Ella sabe lo que hace; ambos lo saben. Déjalos en paz, hazte una paja para relajarte y vete a dormir.

—¿Te atreves a preguntar cuál es el maldito problema? ¡Que estaba drogada cuando me respondió el teléfono! ¡Drogada por culpa de la escoria de tu hermano! ¡Llevaba cuatro meses limpia! —La ira es tan densa que se filtra a través del auricular y llega hasta mí en compañía de la consternación.

—Lo siento. No lo sabía.

—¡No voy a dejar a mi hermana en manos de ese enfermo! —grita furioso. Me duele el oído —. ¡Ven ahora mismo y ayúdame a sacar a Hela de aquí o llamaré a la policía!

No puedo replicar nada más porque cuelga. Permanezco de pie lo que me parece una eternidad. Un horrible sabor a hiel me llena la boca al pensar en qué condiciones encontraré a Bryce y Hela.

«Mierda, mierda, mierda». Bryce no podrá lidiar con otro escándalo que involucre a la policía; sería el fin de su carrera. El año anterior pudo salir solo con una advertencia por posesión de heroína y tuvo que pagarles bastante a los medios para que la noticia no explotara. Me paso las manos por el cabello y cuento hasta mil para tranquilizarme. Tengo que conducir hasta Coney Island. ¿Por qué soy yo el que termina limpiando siempre los desastres de mi hermano mayor?

—¿Todo bien? —La voz de Niza me saca de mis cavilaciones. No sé qué responder. En su lugar, tomo mi chamarra y mis llaves—. ¿A dónde vas?

Me detengo en el marco de la puerta, a punto de salir, y le dedico una ojeada por encima del hombro.

—Tengo que ir a arreglar el desastre de Bryce.

—¿Bryce está aquí? —pregunta sorprendida.

—Sí, pero no sé en qué condiciones...

—¿Cómo?

Niego con la cabeza para restarle importancia y me dispongo a salir.

—Nada grave, son solo problemas. Te veré después.

Doy solo un paso cuando su voz me detiene.

—Quiero ir contigo —suelta.

Me giro, y ya está poniéndose la sudadera.

—Si quieres conocer a Bryce, no creo que sea el mejor momento para hacerlo.

—No lo hago para conocer a Bryce.

—Entonces, ¿por qué venir?

—Porque quiero ayudarte. Y acompañarte.

Por un momento, no todo es hostil. Me lleno de una calidez que solo ella es capaz de proveer.

—Dijiste que eran problemas. Entonces quiero estar ahí —dice firme, y sus ojos destilan algo que se filtra en mi sistema.

Lentamente asiento, aunque no logro disipar la vacilación. Lo último que quiero es meterla en problemas.

—No tienes que hacer esto para agradarme, Niza. Yo...

—No lo hago para agradarte, idiota. Lo hago porque eres tú, porque quiero apoyarte. Eso hacen los amigos, ¿no?

La palabra me retuerce el rostro en una mueca.

—Creí que no éramos amigos.

—Bueno, lo que seamos. Quiero estar ahí para ti.

—Bien, de acuerdo. Vamos.

***

—Llegas tarde. —Aspen me aborda apenas salgo del auto junto a Niza.

No está tan pulcro como siempre. De hecho, luce bastante desaliñado: lleva el cabello sin peinar, la corbata a medio abrochar, la camisa blanca desfajada y el saco de su traje arrugado. Nunca creí que viviría para ver este día.

—Da las gracias por que llegué. No pensaba venir.

Le lanza una mirada fugaz a mi compañera y se centra en mí.

—Abre la puerta —me exige.

—Aspen, de verdad creo que deberías considerar la posibilidad de conseguirte una novia o algo porqu…

—¡Abre la maldita puerta! —me grita a un palmo de distancia; una gota de saliva me cae en la cara—. ¡Mi hermana no pasará ni un segundo más en presencia de esa mierda!

En un rápido movimiento, lo tomo del cuello de la camisa.

—Ten cuidado con cómo te refieres a mi hermano —siseo con tono letal—. Me estás colmando la paciencia, Aspen. Si tu hermana quiere cogerse a Bryce, déjala. ¡Es su problema!

—¡Hela siempre termina mal cuando se encuentra con él! —rebate airado y se suelta con brusquedad de mi agarre—. ¡Salir de la adicción a la que tu hermano la induce no es fácil! ¡Él siempre la usa y se va! Adivina quién tiene que reparar los restos. ¡Yo! —Me da un empujón y lo suelto—. ¡Liam y yo somos los que juntamos sus pedazos después del desastre con tu hermano! ¡No está bien! ¡No es justo para Hela, no lo es!

—Hela no…

—La salud mental no es un juego, Hawthorne —dice cansado de pronto. La preocupación le mengua el rostro—. No perderé a mi hermana por los juegos del tuyo. Necesita estar lejos de él.

No me muevo. Lo único que registro es el agudo dolor en mi pecho.

—Déjame entrar para recuperarla y llevarla a casa, por favor. —Todo su arsenal sucumbe y detrás hay solo una súplica, desnuda y cruda.

Miro a Niza de reojo: está tan conmocionada como yo, pero se mantiene al margen. Con lentitud, abro la puerta. Aspen entra apenas hago un hueco y sube las escaleras como una exhalación en busca de su hermana. Permanezco de pie en la estancia del recibidor y veo el montón de botellas de cerveza vacías sobre la mesa de centro y la alfombra. Tomo una de las prendas desperdigadas por el suelo y la pongo sobre el sillón.

El lugar es un desastre, uno tan marcado como la vida de mi hermano.

El pinchazo agudo de la consternación y la decepción se vuelve grave, lacerante y me atraviesa el pecho como una cuchilla.

Lo odio. Odio a Bryce. Odio a Aspen. Odio a Hela.

Los odio a todos por irrumpir siempre en mi vida y cargarme con responsabilidades que no me corresponden y que me entierran porque no puedo con su peso. No sé por qué Aspen cree que tengo alguna especie de control sobre Bryce, pero es ridículo. Nunca lo tuve ni lo tendré. Él hace lo que le sale de los huevos. Aparecerme en su casa no les impedirá estar juntos. No me

corresponde a mí decidir sobre su relación, ni tampoco le corresponde a Aspen.

Niza se hace junto a mí y su mano encuentra la mía. El contacto cálido de sus dedos me hace estremecer y utilizo su cercanía como un calmante para aclarar la mente. Quiero olvidarme de este estúpido pentágono amoroso de Hela-Bryce-Aspen-Liam-Clay que no tiene nada que ver conmigo. Permanece junto a mí, sosteniéndome en esta situación y ofreciéndome los pocos pedazos completos de sí misma para reparar con ellos mis huecos.

Subimos las escaleras y caminamos hasta la habitación para encontrarlo en bóxers, luchando contra el hermano de Hela. Está completamente ebrio y drogado. Apenas puede mantenerse en pie.

—¡Bryce, esto no es sano! —le grita Aspen y tira del brazo de su hermana para alejarla de él, pero el idiota de mi hermano no se lo permite.

—¡Quiere estar conmigo!

El cuerpo de la chica se mueve por la fuerza de ambos, sin resistencia, tan drogada como Bryce.

—Dios —murmuro al notar que su habitación es un desastre.

Hay botellas tiradas en el suelo, ropa en todas las direcciones, una lámpara rota, una cortina rasgada y el sillón en un ángulo extraño. Es como si un torbellino hubiera atacado el lugar.

—Hela, vámonos de aquí. Vístete —le ordena su hermano.

—¡No quiero irme! —replica ella con lentitud.

—Hela…

—Dije que la suelt…

Bryce se interrumpe, la suelta y corre al baño para vomitar, dando horribles arcadas.

—Dios, ¿esto es lo que quieres para ti? —Aspen la arrastra con él y se inclina para tomar su ropa del piso—. Liam es mucho mejor. No puedo creer que vuelvas a caer en esta mierda.

No tiene cuidado a la hora de ponerle la ropa. Hela se queja, empieza a llorar y yo no sé qué hacer.

—Déjame. Yo puedo ayudarla —se ofrece Niza al ver cómo la maltrata.

Aspen le da un empujón violento, con los ojos desorbitados y la expresión desquiciada.

—¡No la toques! —Lo empujo con el doble de violencia que utilizó él—. Ella solo quiere ayudarla.

—Ni siquiera sé quién mierda es.

—Puedo vestirla. Déjame —insiste Niza y le quita con cuidado la camiseta para hacerlo bien.

Con suavidad extrema, como si Hela fuera una muñeca de porcelana a punto de romperse, le pone la ropa bajo la penetrante mirada de Aspen. Yo voy al baño. Recojo un par de frascos de medicamento regados por el suelo mientras Bryce jala de la cadena y se limpia la boca con el dorso de la mano. Hace a un lado unas botellas con el pie. Se siente como si estuviéramos escondiendo evidencia y huyendo de la escena de un crimen. No quiero que nadie vea a mi hermano así. Yo no quiero ver a mi hermano así.

—Bryce —lo llamo.

Apenas me mira mientras camina en zigzag hacia la habitación. Se sienta al borde de la cama y se pone la cabeza entre las manos, con los mechones de cabello oscuro cayendo sobre la frente.

—¿Dónde está Hela? —pregunta, y me doy cuenta de que se han ido.

—Se fue —responde Niza, pero él ni siquiera la mira.

—¿Qué mierda pasó?

Cuando levanta la cara hacia mí, noto la palidez en su piel, lo rojos que están sus ojos y sus

labios resecos. Es la imagen perfecta de la autodestrucción. Mi parte favorita es la marca roja que tiene en el pómulo, seguro un regalo de Aspen antes de que yo subiera. Se convertirá en un moretón.

—Dijo que me extrañaba —explica con voz pastosa.

Parece que no habla conmigo ni con Niza, sino que lo rememora para sí mismo, porque hay una nota de felicidad delirante en su tono.

—Dijo que me extrañaba, hermano. De verdad, lo dijo. —Los ojos se le tiñen de ilusión cuando los fija en mí.

—¿Por qué mierda me llamó Aspen, entonces?

Se echa a la cama abrazando una almohada.

—Hela estaba conmigo. No respondía a sus llamadas. —Se cubre los ojos con un brazo.

—No es su asunto —murmuro.

Me siento culpable, como si tuviera que proteger a mi hermano de chicos mayores y malvados porque él no puede defenderse por sí mismo. Me acerco a la ventana y cierro las cortinas, una parte de ellas al menos, para limitar la vista en caso de que haya algún *paparazzi* muerto de hambre buscando ganar miles de dólares con la exclusiva del nuevo desastre de Bryce Hawthorne.

—Me golpeó —masculla.

—No es su asunto ni el mío. Puedes hacer lo que quieras. —Intento convencerme de que no me importa, pero ambos sabemos que es una mentira.

—Dice que la uso. —Baja el brazo, y me duele verlo, porque veo a papá en la sonrisa que me dedica, llena de melancolía—. Y la lastimo.

—Ella eligió venir. Fue su decisión.

—Ella me elige. Me elige —repite, perdido en los efectos del alcohol y la droga.

Balbucea más incoherencias, se remueve en la cama y creo que es momento de dejarlo dormir.

—¿Quieres quedarte? ¿O prefieres que te lleve de vuelta? —pregunto a Niza.

Ha permanecido en silencio presenciando la parte más oscura de mi vida y a la vez la que trae más luz. Me siento aplastado bajo el peso del miedo. Miedo de que huya, miedo de que me dé la espalda, miedo de que descubra que no soy lo que necesita, que soy solo un chico con sueños efímeros de paz y con un hermano en decadencia.

Pero no hace nada de lo que creo. En su lugar, se abraza a sí misma.

—Puedo quedarme. Así no tienes que separarte de él. Podrás cuidarlo mejor.

Mi primer instinto es discutir, pero se apaga al comprobar lo cansado que estoy. Aunque hay un pequeño oleaje de emoción que no reprimo al caer en la cuenta de que ha decidido quedarse conmigo.

A pesar de las adversidades.

A pesar de la oscuridad.

A pesar de esta parte de mí que tanto amo y detesto.

Y se lo agradezco.

23 | Doubles Tour

Niza

Mi móvil suena y me despierta de golpe.

No reconozco el lugar y mi ritmo cardíaco aumenta, pero el sonido de mi teléfono impide que sufra un ataque.

—¿Hola? —respondo sin ver la pantalla y me retiro el cabello de la cara.

—¿Por qué no respondías? Estaba preocupada.

La voz seca y familiar me sacude el sueño como un balde de agua fría. Me siento en la cama recuperando la compostura.

—Lo siento, mamá.

—Disculpa no aceptada —me corta con desdén—. Se supone que tu clase teórica ya terminó. ¿Qué estabas haciendo?

—Durmiendo. —Miro el reloj en la austera mesita que no me suena de nada y el corazón se me dispara al comprobar que son las nueve y treinta de la mañana. Mierda, llegaré tarde a clases otra vez.

—¿Crees que pagamos tu escuela para que duermas?

Le doy una barrida rápida a la habitación para ubicarme mientras mi madre vierte su enfado sobre el auricular. Creo que es la habitación de Clay, en la casa de Coney Island. Instintiva y estúpidamente giro el cuello para verificar que el protagonista de mis fantasías no está durmiendo a mi lado.

—Es una academia muy costosa, Daisy. —La escucho quejarse, cansada—. Y lo es más ahora que no tienes la beca.

Un dolor agudo me punza el pecho, esta vez distinto a la decepción y más parecido a la tristeza.

—Mamá, ya te expliqué lo que pasó. No fue mi culp…

—Seguro que lo fue —me corta con frialdad—. Debiste hacer algo para disgustar a Victoria.

—No lo hice.

—Debiste llamarla tía por accidente o algo así en público y…

—Nunca la llamaría de ese modo —escupo con más desprecio del que deseo. No puedo controlarlo—. Yo nunca…

—Sabes lo mucho que mi hermana detesta que sepan que tiene a su sobrina en la academia. Podrían pensar que te da preferencia.

Me llevo una mano a la cara, frotándola con irritación. Preferiría que no estuviéramos

relacionadas de ninguna manera, tal vez así no se ensañaría conmigo y no me trataría como a la mierda bajo su zapato.

—Nunca la llamo de otra manera que no sea señorita Winslet —respondo con los dientes apretados—. No te preocupes.

—Entonces, ¿por qué está tan molesta contigo?

—¡No sé, mamá! Por nacer, quizá.

—No digas tonterías. En lugar de hacerla desgastarse contigo, deberías entrenar más para dar la talla y mejorar antes del recital. Con un poco de suerte podrán apiadarse de tu pobre técnica y emplearte en ese tonto bailecito que tanto te gusta.

Centro la vista en el edredón marrón; los ojos me arden al mantener las lágrimas a raya.

—No es tonto, mamá. Deberías venir a verme para comprobarlo. —Intento sonar fuerte, pero la súplica destila de las palabras.

—No tenemos dinero. No podemos darnos el lujo de tirarlo en algo así. Es un viaje que no nos podemos permitir.

El pecho se me aprieta. Tiene razón.

—Cierto, deben ahorrar para…

—Para tu academia y tus vestuarios y tus zapatos y todas las otras tonterías en las que nos haces gastar. Dios, nadie puede decir que no somos buenos padres.

Me muerdo el labio; la piedra de la culpa me pesa sobre la espalda.

—Creí que estaban ahorrando para sus vacaciones en Hawái.

Suelta una carcajada sin humor que me atraviesa las entrañas con su borde filoso, desdeñoso.

—¿Cuáles vacaciones? Contigo no podemos tener vacaciones. Apenas podemos comer.

La piedra se vuelve más pesada y cedo un poco más bajo su contundencia.

—¿Sabes? No le digas a Winslet, ¿sí? Pero estoy trabajando para ayudarlos a pagar mi academia y mis cosas. Así podrían usar el dinero que ganan para ustedes.

—¿Estás trabajando? Qué bien. Estabas tardando en hacer algo productivo. Y sobre nuestro dinero, créeme, no eres la única que lo piensa. Se lo planteé a tu padre, pero está empeñado en seguir ayudándote. Yo le dije que era hora de que volaras, ya sabes, dejar que te mantengas sola. Tal vez así te des cuenta de que eso de bailar en realidad no sirve, que no ganarás nada.

Resisto las ganas de llorar que me cierran la garganta. Es siempre lo mismo. Ni siquiera mi madre cree que sea lo suficientemente buena para vivir de la danza. No cree en mí, nunca lo ha hecho y cada vez que hablo con ella es un crudo recordatorio.

—Esto es la vida real, Daisy, no un cuento de hadas.

—Ya hemos hablado de esto muchas veces. —Lucho por ocultar el tono afectado de mi voz —. Sí puedo tener una vida haciendo lo que me gusta, mamá.

—Quizá la tendrías si fueras buena en ello. —Me atraviesa como una cuchilla.

Abrazo el dolor que se me extiende por el pecho para contenerlo, pero me enmudece. Lucho con todas mis fuerzas por no llorar con mi madre al teléfono. El silencio en la línea solo es interrumpido por el sonido de trastes que se mueven en el fondo. Sopeso si debo decirle lo que me pasa por la cabeza. No somos muy cercanas, no desde que me mudé, pero ella es mi madre y debería saber lo que es mejor para mí, ¿no? Con eso en mente, disipo los pensamientos malignos y me aclaro la garganta.

—¿Mamá?

—Sigo aquí.

—He estado pensando que quizá… —Retuerzo los pies, enrojecidos y con el empeine

marcado por los ejercicios extenuantes—. Bueno, hablaste sobre hacer algo productivo y he estado pensando que tal vez, si te parece bien, podría…

—¿Te parece si hablamos después? —me interrumpe—. Tengo que alimentar a Brownie. Dile a tu tía que responda mis llamadas más a menudo y también dile que te esforzarás para no disgustarla. Al menos haz esto bien, por favor. Si sigues en la academia, es por ella.

Sofoco el pinchazo de decepción.

—Sí, sí, yo voy a…

Me corta. La cabeza me punza por el esfuerzo que representa mantener una conversación con mi madre, por el desgaste emocional que trae consigo. Agradezco que no llame tan seguido.

Tomo una bocanada de aire y me incorporo. Con cuidado, abro la puerta y camino por el pasillo donde están dispuestas algunas habitaciones, entre ellas la que tomó Bryce la noche anterior. Su puerta está entreabierta y lo veo dormir en una posición extraña. No hay rastro de Clay hasta que abro un poco más y lo encuentro dormido en un sofá con los brazos cruzados. El corazón se me compunge al verlo así, agotado y consternado por su hermano. Decido que lo mejor es dejarlo dormir. Cierro la puerta sin hacer ruido y me encamino al cuarto de baño para asearme.

***

Sorbo por la nariz y me ajusto bien la toalla al cuerpo mientras me cepillo los dientes. Dormí bien, pero las ojeras no se van; cubrirlas con corrector se vuelve una tarea cada vez más complicada. Me estoy esforzando por apreciar lo que veo en el espejo y, aunque todavía me cuesta, lo consigo de a poco. Es una lucha nueva cada día.

Sujeto el lavabo y hago una mueca cuando el regusto metálico de la sangre se combina con la pasta dental. Escupo el residuo rojizo y sonrío para mirarme las encías, hinchadas y con un alarmante color rojo. Me apresuro a enjuagarlo todo y desaparecer esa evidencia de erosión para seguir ignorándola. Me visto con una de las camisetas de Clay y uno de sus bóxers, que me quedan igual que un pesquero, pero resulta cómodo.

Bajo a la cocina para encontrarlo ahí. Lleva el cabello húmedo por la ducha y se ha cambiado de ropa también, aunque sigue con el aura arisca e indiferente de siempre. El aroma a *pancakes* me alerta los sentidos y enardece mi hambre.

—¿Qué estás cocinando? —Camino hasta llegar a su lado.

Me dedica una ojeada antes de centrarse otra vez en lo que tiene sobre el fuego.

—*Pancakes*.

—No sabía que el Grinch comía *pancakes*.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí.

—Ah, pero eso planeo cambiarlo.

—¿Y cómo?

—Pues preguntándote, genio —digo, y suelta una risita.

Toma el sartén y pone el *pancake* sobre un plato. Procede a verter más mezcla y me mantengo de pie mirándolo cocinar, embelesada. Me queda claro que Clay es bueno con las manos: tocando la guitarra, tatuando, cocinando y… masturbándome. Suelto un quejido y me mira de soslayo.

—¿Estás bien? Estás muy roja.

—Soy roja. No, quiero decir, soy… —tartamudeo y me trabo—. No es nada. No importa.

Las comisuras de los labios se le elevan con arrogancia y en sus ojos se vislumbra un destello de maldad.

—¿Te calentó verme cocinar?

—¡No!

—Eso es un sí en tu idioma —dice en tono juguetón al tiempo que hace girar el *pancake* en el aire. Presumido.

No digo nada más y me avoco a verlo cocinar. Creo que pasa una eternidad en la que nos quedamos junto al otro sin decir nada hasta que una nueva voz rompe con la burbuja de comodidad que hemos creado.

—¡Buenos días, Clayton, mi estrella más brillante!

Tomo un paso de distancia de Clay y me giro para ver a Bryce entrar en su cocina. Lleva solo una extravagante bata de baño negra y bóxers. Desvío la vista, avergonzada.

—¿Quién demonios es esta? —Espabila por fin y se cubre con la prenda.

—Lo siento, soy…

—¿Estabas ayer en la fiesta? Si quieres dinero para irte…

—No quiero dinero y no estuve en ninguna fiesta —digo desconcertada.

Me mira atento.

—Y no eres ninguna *paparazzi*, asumo.

Clay exhala un largo suspiro.

—Es Niza —responde por mí.

—Ajá…

—Es solo Niza.

El cuerpo y el rostro de Bryce se relajan, dejando ver el parecido con su hermano: el semblante definido y varonil, los ojos grises como una tormenta tempestuosa, la nariz altanera y la boca delgada, aunque la diferencia por el abuso de las drogas y el desgaste de la fama está esculpida en su cara.

—¿Es inofensiva?

—Sí.

—Bien. —Jala una de las altas sillas y se sienta sin quitarme los ojos de encima—. ¿Qué relación tienen? ¿Es tu amiga con derechos? ¿Revolcón de una noche? ¿Desfogue? El bote de pintura para remojar la bro…

—Cállate y come —le ordena su hermano con voz contenida, como si luchara por no perder los estribos mientras le pone al frente un plato de *pancakes* y una taza de café—. Bébete eso y sin quejas.

Bryce baja lento la vista hasta la comida, pero su expresión reacia se transforma en una sonrisa cuando repara en lo que hay sobre el plato.

—¿Me preparaste *pancakes*? —Un atisbo de emoción le adorna el tono.

—¿Qué parece que son?

—No son muy redondos que digamos… —Lo molesta, y sonrío cuando Clay lo acribilla con la mirada—. Esta es la mejor bienvenida de todo el puto mundo. —Sorbe por la nariz y se la limpia con el dorso de la mano.

Su hermano le pasa el jarabe de maple y Bryce lo vierte concentrado, disfrutando el desayuno como si nada hubiera pasado la noche anterior, como si no hubiera ocurrido un desastre entre Hela, Aspen y él.

—¿Le pusiste zarzamoras?

—Sabes que sí.

—Eres el mejor.

«Sí es el mejor». Contemplo a Clay en su verdadera naturaleza: el hermano considerado y gentil, el que no renuncia al desastre que es Bryce. No sabe la suerte que tiene por contar con alguien como Clay: alguien que, sin importar lo que haga, las locuras que cometa, estará a su lado, incondicional.

—¿A qué te dedicas, Liza? —pregunta de pronto Bryce, terminando de masticar un bocado —. ¿Eres modelo?

—No.

—¿Pintora? ¿Escritora? No me digas que eres contadora.

—Mi nombre es Niza, y no, no soy ninguna de las anteriores —digo con un toque de molestia.

—Solo quiero algo de contexto. Me siento un poco perdido aquí. ¿Están saliendo? —Nos apunta a ambos con un tenedor.

La pregunta me toma por sorpresa y no sé qué responder. «¿Estamos saliendo?». Bryce mira a Clay en busca de una respuesta y yo me giro para escrutar su reacción en busca de lo mismo, pero él fija la vista en la taza que sostiene, apoyado contra la encimera de la cocina, la postura algo tensa.

Al parecer él tampoco conoce la dichosa respuesta.

—No —respondo al final, un poco decepcionada.

—Oh. —Echa un poco la cabeza hacia atrás, sorprendido—. Entonces, ¿son amigos?

Nuestro silencio le otorga la respuesta. Clay me dejó claro que las cosas que hacemos no son de amigos y los pensamientos que tengo sobre él no caben en esa categoría, pero tampoco somos una pareja. Si no somos esto ni aquello, entonces… ¿qué somos?

Bryce tuerce una sonrisa felina que le acentúa los ojos.

—Bueno, bueno, qué buen momento para estar vivo —dice con excesiva felicidad.

—¿Por qué preguntas? ¿A ti qué te importa? —interviene Clay.

Su hermano emite un ronroneo de satisfacción, como si supiera algo que nosotros no, mientras nos detalla por encima de la taza que sostiene a la altura de la boca.

—Porque ella está usando una de tus camisetas, Clayton. Y tú no dejas a nadie más usarlas, y permíteme citarte: «Camisetas de colección más valiosas que tu puta vida. Aléjate de ellas, imbécil subnormal». ¿No decía eso la última nota que me dejaste para que ya no me las robara de tu clóset?

Suelto una risotada por la ocurrencia y miro al aludido divertida.

—No sabía que eran tan importantes —señalo.

—Créeme, lo son —acota Bryce sin perder el buen humor, pero su hermano solo pone los ojos en blanco—. Entonces, ¿me decías? ¿A qué te dedicas?

—Soy bailarina de *ballet* en la ACA. —Sonrío.

Él enarca ambas cejas, sorprendido.

—Así que bailarina de *ballet*, ¿eh?

Asiento, orgullosa de lo bien que se escucha cuando lo dice.

—¿Y Clay ya probó qué tan flexible eres? —suelta de la nada, y me sorprendo por su crudeza.

—De acuerdo, ya basta. Ya hablaste demasiado —lo corta su hermano menor y, por el tono,

lo quiere matar—. Por tu bien, cállate.

—¿Quién es el sucio aquí? ¿Ustedes o yo? Lo pregunté con toda la inocencia del mundo.

—La pregunta no fue inocente.

—Ustedes tampoco lo fueron. —Se lleva la taza a la boca y da un sorbo antes de bajarse de la silla—. Ya regreso.

—¿A dónde vas? —inquiere su hermano.

—Al baño, FBI. ¿Me mirarás cagar también? —dice hosco y se marcha de la estancia dejando una extraña estela.

Apoyo los brazos en la barra y giro el cuello para ver cómo Clay pone fresas sobre un *pancake* y lo baña con miel de maple.

—Tu hermano es… excéntrico —digo a falta de una mejor palabra para definirlo.

—Todas las estrellas lo son.

—Me refiero a que es excéntrico de una manera genuina. Y es amable. No es algo que ves en artistas de su nivel normalmente.

Se encoge de hombros.

—Si tú lo dices.

Me muerdo el labio, con una duda que me rebota en la cabeza desde la noche anterior; es como un pedazo de comida atorado en una muela que no puedo alcanzar; me molesta, así que la exteriorizo antes de explotar.

—¿Hablarás con él sobre lo que pasó ayer?

La espalda se le tensa y suspira cansado.

—Sí, pero no en este momento. Está con resaca. No entenderá ni la mitad de las cosas que le diga —expresa con pesar—. Aprendí a no desperdiciar mi tiempo ni mi saliva cuando se encuentra en ese estado.

Río por un momento, pero lo risible de la situación se apaga cuando el estómago me ruge. En reacción, Clay empuja el plato hacia mí.

—Come.

Miro la comida y después a él.

—No tengo hambre.

Su tacto cálido sobre mi barbilla me sobresalta. Me gira el rostro hasta capturar mis ojos con los suyos y empuja mi labio para liberarlo del yugo de mis dientes.

—Tu estómago no dice lo mismo.

Suspiro y percibo un denso cansancio en el cuerpo, pues sé que me enfrentaré a otra batalla.

—No es tan fácil, ya lo sabes. Mi cuerpo no lo aceptará solo porque me lo digas.

—Lo sé, pero lo aceptará si se lo dices tú. Solo inténtalo.

Trago grueso y miro lo que hay en el plato como si fuera un manjar a punto de envenenarme.

—¿Por qué no me lo diste cuando Bryce estaba aquí?

—Porque no quiero comprometerte ni forzarte a hacer algo que no deseas. Si algo he aprendido con mi hermano es que debes querer las cosas para hacerlas, a tu modo y en tu tiempo.

Entorno los ojos de pronto, recelosa.

—¿Soy tu proyecto de ayuda social de reemplazo si no puedes ayudar a tu hermano?

Hay un matiz severo y cauteloso en su semblante, pero, fuera de eso, se mantiene impertérrito cuando dice las siguientes palabras.

—No eres un proyecto. Eres una persona a la que aprecio.

Mi corazón salta por un precipicio, la adrenalina me rebasa, me revitaliza y me hace cosas

extrañas en el estómago.

—Lo dejaré aquí como una posibilidad —dice refiriéndose a la comida—. Tú decides si lo comes o no, sin presiones.

Me da la espalda para recoger las bayas que usó y yo no me guardo la pregunta.

—¿No me dirás que lo haga por ti?

Me mira de soslayo por encima del hombro.

—No, quiero que lo hagas por ti.

Parpadeo, impactada por la facilidad con que las palabras le brotan, llenas de convicción. Muevo la cabeza otorgando mi consentimiento, como si fuera una clase de ritual. Se acerca, toma los cubiertos, corta un pedazo pequeño y lo llena de fruta y jarabe. Se mantiene frente a mí y se acerca con cuidado, como si no quisiera asustarme. No sé por qué se siente tan personal hacer esto si es tan común y banal, comer, pero para mí es un acto íntimo, un acto de fe y confianza. Abro la boca y abrazo el pedazo con los labios. El sabor dulce del maple me golpea el paladar como una explosión de azúcar; la acidez de la fresa y la zarzamora se combinan para contrastar con el sabor. Mastico, mastico mucho hasta convertirlo en pedacitos minúsculos y reprimo el reflejo de devolverlo sobre una servilleta. Entonces trago y Clay me regala el esbozo de una sonrisa. Me toca el pómulo fugazmente con el pulgar.

—Un bocado a la vez, muñeca. Así es como te comerás el mundo.

Noto el orgullo que le tilda la voz y me entusiasma. Hace mucho que nadie se siente orgulloso de mí. Me golpea tanto que quiero besarlo y, en nombre de todas las cabras, voy a hacerlo.

—¡¿Quién vomitó en mi habitación?!

Bryce regresa, el momento se interrumpe y la oportunidad se disipa. Clay se aleja y pone toda su atención en su hermano.

—Tú, cerebro de anémona. ¿Quién más?

—¿Yo? —dice sin creerlo.

—Sí, tú —repite Clay—. Tienes que limpiarlo.

Bryce eleva el mentón con soberbia. Creo que se negará hasta que dice:

—¿Sabes dónde está el trapeador?

Me echo a reír. Dios, estos chicos son de otro planeta.

24 | Rond de jambé

Niza

—Gracias por acompañarme.

Asiente, con las manos en los bolsillos de la chamarra, y yo me ajusto el asa de la maleta de entrenamiento sobre el hombro.

—Es lo menos que podía hacer después de que te quedaras.

Cambio mi peso de un pie al otro y Clay se dedica a admirar el viejo recinto que hace las veces de estudio.

—¿Quieres conocerlo? —suelto de la nada.

Parece sorprendido por mi propuesta.

—¿Me dejarás entrar a tu santuario? —Hay una nota de burla en su voz, pero la ignoro.

—Yo he visto tu santuario muchas veces. Creo que es justo que tú veas el mío.

—¿Winslet no saldrá con un hacha para cortarme la cabeza por profanar su templo?

Una risa me burbujea en la garganta y niego con la cabeza.

—No, aún es temprano. La clase no comenzará sino hasta dentro de veinte minutos y las chicas suelen llegar diez o cinco antes, junto con Winslet; tienes tiempo de huir.

—Bien, porque me gusta mi cabeza justo donde está.

Abro la puerta del estudio y dejo que el aire familiar de la estancia me envuelva. Siempre huele a lustrador de piso y limpiador floral. Dejo mi maleta cerca de la puerta y le permito entrar.

Hoy es sesión de técnica, así que no hay rastro del pianista, que se presenta solo en los ensayos de las coreografías. Clay comienza a caminar por el lugar, observándolo todo con el ojo crítico de un artista. Se detiene en el centro del enorme salón y marcha hacia la barra que hay frente al espejo. Sus ojos de hierro, curiosos e insondables, me contemplan a través del cristal y me hacen un nudo de pura anticipación en el estómago. Es una tontería experimentar tal cosa; estamos en mi lugar de trabajo. Nunca haríamos nada indecente; el sentido común lo impide. El problema, me percato, es que con él la lógica suele salir volando por la ventana.

—Entonces, aquí es donde entrenas. —Afirmo con la cabeza—. ¿Es complicado?

—¿Qué cosa?

—Todo esto. —Abre los brazos abarcando el estudio.

Reprimo una sonrisa y me acerco a él, con mis pasos resonando en el espacio vacío.

—Bueno, soportar tu peso en la punta de los pies es bastante complicado. Realizar un *fouetté* es complicado y un *brisé* lo es aún más, pero creo que soy una experta en posturas complicadas.

Sus ojos me queman la piel, intensos y ardientes. Me gusta sentir que tengo el mismo poder

que él tiene en mí.

—Así que una experta en posturas complicadas —repite—. Deberías mostrarme alguna vez.

—Claro. Solo necesitas un par de zapatillas. —Me hago la desentendida, como si no supiera que estos comentarios están hechos para jugar con nuestro control.

—Seguro que las zapatillas se me ven mejor a mí que a ti —dice sin perder el buen humor.

La ligereza del ambiente se desvanece de pronto y su semblante cambia a uno predatorio mientras acorta la distancia entre nosotros.

—Entonces, ¿me mostrarás qué tan buena eres en posturas complicadas?

Me lamo los labios.

—¿Eso es una insinuación sexual?

—No es una inocente.

Mi ritmo cardíaco se dispara y me late en los oídos. Lo tengo tan cerca que solo tendría que inclinarse para besarme y, ¿para qué mentir?, he querido que lo haga desde que desperté, pero me resisto a su juego un poquito más.

—Te gusta mucho molestarme, Clay.

—Sí, pero creo que a ti te gusta más cómo te jodo.

Estoy a solo un paso de su boca y no puedo luchar contra lo adictiva que es su cercanía. Abro los labios ligeramente para recibir el contacto que clama cada célula de mi ser, pero la decepción es lo que encuentro cuando retira el rostro.

Lo acribillo molesta, pero él parece satisfecho, como si hubiera logrado su cometido; ignoro el escozor del rechazo y camino en dirección a los vestidores. Clay viene detrás.

—Aquí es donde nos preparamos —informo y abro la puerta del primero, un vestidor minúsculo con un espejo largo, ganchos para colgar los trajes y un sillón individual gris.

—¿Y lo utilizan?

—Solo en temporada de recitales. —Camino por el estrecho pasillo de cubículos y voy al clóset que hay al fondo. Lo abro y extraigo de él mi vestuario, ese que representa mi papel protagónico y me recuerda con amargura que no puedo engordar un solo gramo si quiero que se ajuste a mi cuerpo—. Cuando no tenemos un vestuario específico, solemos vestirnos en los *lockers* para ahorrar tiempo.

Se lo muestro un momento. Estoy a punto de colgarlo, cuando pone su mano sobre la mía para detenerme.

—Muéstramelo.

—¿Qué cosa?

—El vestuario. Pruébatelo y muéstramelo.

—¿Aquí?

Con una sonrisa de suficiencia abre la puerta del cubículo más próximo.

—¿Te vistes en otro lugar? —Ladea la cabeza y me mira intenso.

Un nudo se me aprieta en el estómago y el animalillo de la inseguridad me pica de nuevo. Me da temor que no le guste lo que ve, que se asuste con la manera en que mis costillas sobresalen en la piel, lo escuálida que soy, lo pequeños que son mis pechos y lo amoratados que están alrededor.

Cierto, ya me ha visto desnuda antes, pero era de noche y la luz en su habitación era muy tenue, casi nula. Aquí, a plena luz del día y bajo las lámparas fluorescentes, puede detallarme a su antojo y reparar en esas cosas que me vuelven imperfecta. Aquí puede notar los vestigios que ha dejado la guerra conmigo misma, esa que pierdo día a día.

—No creo que te guste lo que vas a ver.

—No me provocas repulsión, Niza.

—¿Y qué te provoco?

Baja la vista a su entrepierna, ahí donde el bulto crece y tensa su pantalón.

—¿De verdad tengo que decírtelo con palabras?

Trago grueso y la piel se me eriza al evocar lo que sus dedos me han hecho sentir.

Envalentonada por su propia exposición, hago un gesto hacia el sillón gris dispuesto en la pared del vestidor.

—Siéntate —ordeno con una seguridad que no sé de dónde proviene.

Clay obedece sin quitarme los ojos de encima. Con el corazón acelerado y engullida por su avasalladora mirada, tomo el borde de mi blusa y me la saco con lentitud. Una parte de mí quiere joderlo tanto como él me jode a mí.

Termino de quitármela y evito su escrutinio girando el cuello, bajo la excusa de cerrar la puerta del vestidor. Cuando su mirada vuelve a conectar con la mía, el aire se me atora en la garganta. Es codiciosa, oscura, hambrienta.

Me dirijo hacia el botón de mi short y lo abro con las manos temblorosas, sin perder detalle de su reacción. Su semblante es impasible, pero sus ojos gritan un millón de cosas. La prenda termina alrededor de mis tobillos y doy un paso a un lado para retirarla por completo. Solo entonces me golpea la gravedad de mi situación: estoy de pie, frente a él, sin tapujos ni nada que lo frene de contemplarme a su antojo.

Hago el ademán de tomar el vestuario para ponérmelo, pero hace una seña para que me acerque. Me toma la mano y me jala hasta que mi cuerpo encaja en el espacio entre sus piernas.

Sus ojos se clavan en los míos, me mira desde abajo como si yo fuera algo digno de venerar y vibro al percibir su aliento cálido, que choca con el marcado hueso de mi cadera. Besa la parte que sobresale y la piel se me eriza. Sus labios se deslizan más abajo. Me pasa la lengua por el vientre bajo, dejando un camino de humedad, delinea el elástico de mis bragas y jadeo, enterrándole las uñas en los hombros cuando succiona.

Mi corazón está a punto de tener un colapso mientras su cabeza baja un poco más, hacia mi centro, y cada poro de mi piel se enciende para recibirlo. Sin embargo, cambia de parecer: me sujeta los muslos, me sienta a horcajadas sobre él y jadeo al sentir en todo su esplendor la erección que crece debajo de mí. Me estruja el trasero con ambas manos, magreándolo a su antojo, y otro sonido de placer se me escapa de la garganta.

Clay me enreda los dedos en el cabello. Mis terminaciones nerviosas se avivan en el momento en que sus labios toman los míos con codicia. Por todos los asnos, no había caído en la cuenta de cuánto lo he deseado hasta que me besa. Baja las manos a mi trasero, atrayéndome más hacia él y frotándome contra su erección.

Sube una de las manos hasta mi espalda. Es solo cuando ya tengo el sostén colgado de los brazos que noto lo que ha hecho. Termina de retirarlo sin que yo oponga resistencia, a pesar del animalillo de la inseguridad que me come la cabeza.

—¿Por qué tú sigues completamente vestido y yo estoy desnuda otra vez? —me quejo ante mi situación de desventaja y sus ojos brillan maliciosos.

—Entonces desvísteme para estar en igualdad de condiciones. Soy todo tuyo.

Sus palabras me dejan sin aliento, pero lo obedezco. Quiero verlo y sentirlo con la misma libertad con la que él me siente a mí. Tomo los extremos de su chamarra de cuero y se la bajo por los hombros con lentitud. Clay observa todas mis reacciones y yo absorbo las suyas mientras

levanta los brazos para que yo le pase la camiseta por la cabeza. Le toco el pecho con ambas manos y es cálido. Su respiración se vuelve pesada cuando le acaricio el cuello, el pecho y el grosor de sus brazos, trabajados por el ejercicio.

—¿Puedo…?

Enarca una ceja y yo señalo con el índice hacia abajo.

—¿Quieres verme desnudo, Niza?

La cara se me calienta y mi cuerpo entero arde en una rara combinación de vergüenza y deseo.

—Está bien. Cumplamos tu fantasía —se burla, y le doy un empujón.

—¡Cállate! Lo siento. Quiero verlo, me da curiosidad, es solo que…

—¿Qué?

Me muerdo el labio, debatiéndome entre decirle o no. Al final opto por hacerlo.

—Escuché una parte de tu conversación con Nerea la última vez. —Palidece y puedo sentir cómo su erección disminuye un poco—. Tiene razón en decir que yo no sabría qué hacer con una polla en las manos y no quiero… Me da miedo que no te guste tanto como a mí lo que yo te haga.

Su expresión de susto cede. Remueve las caderas debajo de mí para que pueda sentir toda su longitud presionada contra mi sexo, recobrando vigor.

—Nadie nace sabiendo hacer las cosas. Aprenderás.

De nuevo el calor asciende por mis mejillas. Odio demostrar lo inexperta que soy en la vida, pero una parte, una gran parte, agradece que sea Clay quien me enseñe a vivirla.

—Además, cada persona es diferente. No existe un manual sobre lo que es correcto y lo que no; hay una amplia gama de gustos. —Me roza el labio inferior con el pulgar—. Es todo cuestión de adaptación y práctica, muñeca.

Clay me toma las manos y las dirige a su entrepierna para que pueda sentir la dureza de su miembro, palpable y potente.

—Le gustas y le gustará todo lo que le hagas. La creatividad la pones tú y las ganas también.

Sonrío. Me atrae hacia sí para besarme mientras yo me ocupo de desabotonarle el cinturón y abrir el pantalón. Jadea contra mi boca cuando engancho los dedos en el elástico de sus bóxers; lo retiro un poco y la erección salta entre nosotros. Me separo y la admiro como una idiota. Se curva un poco al final, ahí donde choca con su abdomen, pero se yergue gruesa y orgullosa con un entramado de venas que corren a través de ella igual que ríos.

Reparo entonces en los tatuajes que la adornan y abro la boca presa del impacto.

—¿Viene con instructivo? —me burlo al leer el «Suck it» que lleva tatuado en el tronco.

—Te haría bien seguirlo —dice con voz ronca.

—Dime que no es permanente.

—¿Y qué si así fuera? ¿Qué me dirías?

—Que eres un demente.

—Tú eres una lunática. —Me acaricia el rostro, con los ojos desbordando una mezcla de devoción y lujuria—. Somos el uno para el otro si ninguno de los dos está cuerdo.

Suelto una risa. Me atrae para besarme, más demandante y rudo que antes. Sus labios se mueven ágiles y contundentes sobre los míos; me jala el labio inferior con los dientes. Le rodeo el cuello con los brazos, mis senos rozan su pecho y mis pezones se endurecen por la fricción. Sus manos viajan hasta mi trasero y esta vez me mueve con mayor vehemencia contra su erección, me hace ondular contra él y jadea de vez en cuando contra mis labios.

Nunca me había sentido tan deseada por alguien. Su miembro roza contra mí, duro y potente; se siente increíble. Sus caderas ondulan precisas debajo de mí y, a juzgar por la expresión en su rostro, sé que puede sentir lo húmeda que estoy. Me sostiene de las caderas y me empuja mucho más hacia abajo; me hace vibrar de una manera que nunca experimenté antes.

—Necesito esto más que tú, créeme. —Su aliento me hace cosquillas en el cuello mientras sus dedos bajan por mi estómago y me tocan el clítoris por encima de las bragas—. La pregunta aquí es: ¿qué tanto lo quieres tú?

Está volviéndome loca.

—¿Esto es por mí? —Pone los dedos húmedos a la altura de mis ojos para que observe lo que provoca.

Su semblante está lleno de arrogancia antes de presionarlos otra vez en esa parte que clama por él. Retira la mano de ese lugar y la pone en mi trasero, anclándose a él para moverse con vehemencia y sacudirme con cada rudo embate. Jadeo, perdida en la sensación. Ni siquiera está penetrándome, pero el impacto de su pelvis contra la mía y la manera en que su miembro me roza desgastan mi cordura.

—Me encanta cómo te muevo a mi antojo —me susurra en el cuello.

Abro la boca para respirar, gimo, jadeo y me sostengo del respaldo del pequeño sillón para no caer. Estoy tan mojada que creo que lo he empapado a él, pero no me importa.

—¿Se siente bien? —pregunta afectado.

Casi grito cuando mueve mi cuerpo de una manera con la que toca un punto muy sensible. Jadeo y arrugo los párpados a punto de vivir otro orgasmo.

—Abre los ojos y dime, Niza: ¿te gusta masturbarte con mi polla? ¿Te gusta frotarte contra mí? —Los ojos le brillan extasiados mientras sus embates se vuelven crueles y despiadados; el mueble cruje bajo nuestro ritmo—. ¿Te vas a venir sobre mi regazo para mí, muñeca?

Asiento en repetidas ocasiones. Ni siquiera puedo registrar lo que me ha preguntado porque todo lo embotan las sensaciones: su miembro choca contra mi clítoris y remuevo las caderas cuando él lo ordena. La cresta de la liberación se alza por fin y, a medida que sus caderas se vuelven más tiránicas, más cerca estoy yo de desintegrarme en sensaciones. El nudo se deshace y me deshace a mí también en el proceso. Froto un par de veces más su miembro contra mí y es lo que necesito para que mi vagina se contraiga y me arranque un jadeo desde lo más profundo. Por un momento todo es oscuro y solo puedo concentrarme en lo bien que me siento, más ligera y sensible.

Cuando la bruma se disipa un poco, miro a Clay. Está afectado y creo que de nuevo se quedará con una dolorosa erección, hasta que me levanta un poco y, en un rápido movimiento, me baja las bragas lo suficiente para verme el sexo.

Trago cuando se agarra la erección, punzante y dura, y la roza contra mi estómago para después ponerla con agilidad contra mi sexo, mojándola. Me arrastra hacia él y comienza a arremeter contra mí, esta vez con su miembro atrapado entre mis piernas, pasándomelo por los labios y más allá de los glúteos. Lo hace una y otra vez, en un tortuoso vaivén que me pone a jadear de nuevo en cuestión de segundos.

Se tensa y creo que está a punto de correrse cuando oímos a alguien tocar la puerta del vestidor. Me congelo. Ni siquiera oí a nadie entrar.

—¿Niza? ¿Estás aquí?

Distingo la voz de Winslet a través de la madera y miro con ojos llenos de terror a Clay. Creo que voy a morir. Me empuja para levantarme y, cuando creo que se quedará quieto y callado, me

pone con rudeza contra la puerta; mi mejilla choca contra la puerta, a solo unos centímetros de donde Winslet está.

—Voy a masturbarme y terminar en este bonito culo tuyo —me susurra al oído—. No hagas ningún ruido, Niza, ¿o quieres que Winslet te encuentre con mis dedos enterrados dentro de ti y mi polla entre tus nalgas, haciéndome una paja?

Niego con la cabeza y lucho por reprimir el jadeo que quiere escapar cuando comienza a moverse; los dedos juegan entre mis pliegues, rozándome el clítoris mientras su miembro se desliza entre mis nalgas.

Es sucio, prohibido y está completamente mal, pero me encanta. La excitación me llena y me acelera el corazón como una droga única, hecha solo para mí. Un tipo de droga que solo Clay puede darme.

—Niza Hess, ¿qué demonios estás haciendo? Respóndeme o abriré la puerta.

25 | Patrones

Clay

Maldita Winslet.

Maldita la hora en que se le ocurrió entrar al estudio.

Y malditas las ganas que tengo de hacer gritar a Niza solo para que le quede claro que no está bien interrumpir los mejores momentos.

Reúno un poco de sentido común, solo una pizca para no romper la puerta con su cuerpo a punta de embates. Pienso en la Biblia, recito el puto credo a punta de maldiciones para no hacerlo, sofoco las ganas apabullantes que me carcomen por enterrarme en ella frotándome contra su culo, mis manos abarcando sus glúteos para unirlos, obligándolos a abrazar mi erección, que punza y duele, desesperada por liberación.

Mis dedos se le marcan en las nalgas, crean un rastro rojizo que contrasta con la palidez de su piel y eso me enciende más. Gime bajo y arremeto con dureza contra ella, haciendo la madera crujir.

—Niza Daisy Hess, abre la puerta en este instante o habrá consecuencias —insiste la mujer del otro lado, seguido de una serie de golpes secos sobre la madera.

—Estoy ocupada —logra articular con la voz más normal que consigue, aunque noto lo afectada que está—. Salgo en un momento.

—¿Haciendo qué?

Niza se muerde el labio cuando arremeto contra ella con especial vehemencia, pero contiene el jadeo como una campeona.

—Poniéndome las medias.

La boca se me curva en una sonrisa cínica. La descarada.

Cierro las manos en torno a sus caderas para aumentar el ritmo, mi polla punzando cada vez más rápido y mi mente cerrándose, avisándome de la llegada del orgasmo. Guardo silencio un momento, en el que creo que Winslet se ha ido, y me alegro, porque nadie les robará su orgasmo a mis pobres huevos, no otra vez.

—Niza, sal ahora mismo o…

—Buen día, señorita Winslet. —Escucho una voz femenina que se acerca por el pasillo, seguida de otro montón de pasos.

—Graw. —La oigo saludar—. Salesky. Entren en los vestidores.

La escucho dar indicaciones a lo largo del corredor a medida que las chicas se despliegan por él, cada una entrando a un vestidor distinto y muy cerca de nosotros. Enredo las manos en su

cuello y me pego más a su espalda para conseguir mayor fricción. La fuerza del contacto es tan dura que su cuerpo vibra en reacción, poniendo los pies en punta al final de cada embate.

—No hagas ningún ruido —le ordeno en la oreja, entre jadeos, sin dejar de restregarme contra ella—. Veamos qué tan silenciosa puedes ser para que tus compañeras no se enteren de lo que estás haciendo.

Abre la boca en un gemido silencioso cuando mis manos toman sus glúteos para obligarlos a abrazarme. El corazón me late desbocado y la adrenalina me recorre de la cabeza a los pies mientras continúo embistiéndola en silencio, con el sonido de las voces de sus compañeras a nuestro alrededor, ajenas a lo que sucede en este vestidor. La idea me llena de morbo y vuelve mi erección dolorosa; jamás se imaginarían que alguien tan puro como ella estaría siendo tomada ahora por alguien como yo. Le separo más las piernas empujando una con la punta del pie, mi boca se derrite en su cuello con un beso húmedo y un gemido intrépido se le escapa entre los labios. Gruño.

—Hablo en serio, Niza. —Paso una mano hasta el frente, hacia uno de sus pechos y lo agarro, pellizcándole el pezón—. Ni un solo ruido —le susurro contra el cuello y empujo una vez más, bajando la mano hasta su intimidad, rebosante de fluidos— o todas tus compañeras escucharán cómo te corres por mí justo aquí.

Le recorro el cuello con la lengua, gime bajo y el sonido resulta tan estimulante que mis caderas la toman con ímpetu hasta alcanzar un ritmo errático y cruel que seguramente escuchará más de una de sus compañeras, pero ya no hay ni un ápice de sentido en mi mente, solo la necesidad de sentir a Niza. Siento un impulso violento por tomarla y lo obedezco. Me froto un par de veces más y continúo tocándola hasta que su vagina se cierra en torno a mis dedos, abrazándolos y contrayéndose, hasta que se corre con mi mano adentro. Yo colapso junto a ella, superado por el montón de sensaciones que me avivan y me enardecen el cuerpo. La tomo del hombro con una mano para empujarla contra la puerta mientras con la otra tomo mi polla y tiro de ella violentamente hasta vaciarme sobre su espalda, tersa e inmaculada.

Suelta un suspiro trémulo, seguido de un jadeo, con el rostro apoyado contra la madera; una fina capa de sudor la cubre por el calor de la cercanía. Sus mejillas están sonrojadas por el orgasmo, pero luce más tranquila que nunca y me pregunto si a ella la invade la misma plenitud que a mí.

Cuando la bruma se esclarece un poco, me acomodo los pantalones y estoy por recoger su ropa, otro par de golpes cortos resuena en el pequeño vestidor.

—Hess, apresúrate. Estamos por comenzar —la insta Winslet—. Y no olvides ponerte las vendas. Debemos evitar que esas cosas te crezcan más.

Los últimos vestigios del orgasmo se desvanecen para dejar en su lugar los incendios de molestia que pronto se transforman en una hoguera. Se retira por el pasillo, seguida de otras chicas cuyas voces se apagan a medida que se alejan del vestidor y se concentran en el amplio estudio.

Niza se gira hacia mí conmocionada.

—Deberías irte —susurra quitándome su pequeña blusa de las manos y poniéndosela.

Frunzo el ceño.

—Aún estás manchada.

—No importa. —Toma sus shorts de entrenamiento, pasándoselos por las piernas como un rayo—. Tengo que regresar por mi maleta y…

—¿Niza? —la llaman.

¿Acaso no la pueden dejar en paz un segundo? No reconozco la voz de la chica, pero antes de abrir, el duendecillo me hace una seña con las manos para que me ubique al lado de la puerta y así desaparecer del campo de visión de la intrusa.

—Eridan —dice sorprendida.

—Dejaste tu maldita maleta en la puerta y casi me rompo el pie por tu culpa. —Se la estrella en el pecho—. ¿Cómo puedes ser tan torpe?

Aprovecho ese momento para terminar de ponerme la camiseta y la chamarra, listo para salir sin que Satanás me atrape.

—Qué distraída. Debí olvidarla.

—¿Y cómo te has preparado todo este tiempo sin la maleta?

—Ah… —Se atraganta con sus palabras y tengo que ahogar una risa por lo boba que es cuando se pone nerviosa—. Estaba arreglándole unos detalles a mi… vestuario.

—Dios, qué idiota —se queja Eridan y se retira para encerrarse en otro vestidor.

Niza cierra la puerta de golpe y se apoya contra la superficie tocándose la cabeza.

—Creo que tendré un ataque al corazón.

—Por buenas razones, espero —la molesto en voz baja, y ella intenta fulminarme con la mirada, pero el color en las mejillas la delata.

—Debo prepararme para salir cuanto antes —dice pasándome por un lado para abrir su maleta y extraer su ropa—. Tienes que irte.

Estoy por rebatir, pero su cara de angustia me lo impide. Termina de ponerse el vestuario, las medias y las zapatillas en menos de cinco minutos, y se hace un moño impoluto en lo alto de la cabeza. Cuando termina, lanza una ojeada al espejo y otra a mí.

—Nadie te verá si sales ahora. Ve al final del pasillo y toma a la derecha, hay una salida de emergencia con una alarma que no funciona, podrás salir sin que te vean —instruye.

—De acuerdo —accedo sin chistar para no molestarla más.

Entonces su semblante cede un poco.

—¿Te veré en la tienda?

Asiento y ella sonríe.

—Genial.

Estira el cuerpo para besarme una última vez, sale del vestidor y se incorpora al resto de las chicas. Permanezco dentro, escuchando la potente voz de Winslet dar instrucciones e insultar a diestra y siniestra. Entonces opto por salir antes de que alguien me vea. Abro la puerta y miro hacia donde está el centro del estudio. Marcho al lugar que me indicó Niza a paso apresurado. Todo parece ir bien, un escape limpio y sin contratiempos, hasta que, por supuesto, el universo decide que ya he tenido suficiente buena suerte hoy y me pone a una chica enfrente igual que una aparición.

Me detengo de golpe y resisto el impulso de llevarme la mano al pecho. Creo que me cagué en los pantalones. La conozco. No recuerdo su nombre, pero la conocí en la fiesta en la que le rompí una botella a Ryan en la cabeza. La chica me mira como si yo fuera el fantasma y no ella. Está impactada por encontrarme ahí, pero no parece reaccionar.

Considero el entorno y la posibilidad de cubrirle la boca, llevarla conmigo afuera para evitar que haga un escándalo y delate a Niza. Estoy a punto de hacerlo cuando habla.

—¿Clay? ¿Qué haces aquí? —pregunta confundida, y el sonido de voces que se acercan me dice que es hora de irme.

—Me perdí. —Es la mejor excusa que se me viene a la cabeza—. ¿Dónde está la salida de

emergencia?

Es obvio que no me cree, pero algo en su expresión cambia y señala al fondo.

—La salida está por allá. Apresúrate. No quieres que Winslet te encuentre aquí.

Asiento solemne y salgo disparado en esa dirección, con el corazón latiendo como loco. Solo cuando cruzo el umbral y salgo al campus suspiro aliviado.

Sobreviví a la jaula de las hienas.

***

—De oro mis huevos.

—¡Clay, hombre, anda, vamos! —insiste Helios.

—No.

Me retiro de la escaladora para tomar una de las pesas dispuestas en el estante, me siento en una banca acolchada y comienzo mi serie para ejercitar los bíceps. Si es inteligente, entenderá el mensaje, se resignará y dejará de insistirme, pero al parecer sobrestimo su inteligencia, porque me sigue y se sienta a mi lado pegándose a mí como una garrapata.

—Clay, piénsalo. Es una buena oportunidad.

RJ se recarga en el estante de mancuernas y nos contempla serio.

—Yo apoyo a Helios.

Los ignoro y me concentro en hacer las flexiones con más intensidad.

—¿Ves? Hasta este idiota sabe que es mejor intentarlo. ¿Por qué no lo ves tú? Hazle caso a tu representante.

Me detengo en seco y lo fulmino con la mirada.

—No eres nuestro representante, solo eres el tipo social que conoce a algunas personas que conocen a más personas que conocen a ciertas personas que conocen al dueño del Sax Poison, que nos consigue los conciertos, pero que el Diablo nos libre de tenerte como representante. Un loro tiene más cerebro que tú.

RJ suelta una carcajada y Helios me acribilla con los ojos esmeralda.

—A ver, que yo les he conseguido un club de fans y todo.

—Si por club de fans te refieres a las mismas dos locas de siempre, que le tiran las bragas a RJ, tienes un concepto erróneo de fans —digo sin interrumpir mi serie de flexiones.

—¡Oye! —el aludido se queja —. Al menos a mí me tiran bragas. ¿Quién te tira algo a ti, ah?

Lo ignoro concentrado en beber agua. Dejo mi botella a un lado y estoy por comenzar una nueva serie cuando Helios me pone una mano en el hombro, deteniéndome.

—Bryce Hawthorne está aquí. Es tu hermano, te adora y haría cualquier cosa por ti, incluso conseguiría que Riot 911 cante con nosotros en el Sax Poison para impulsarnos o nos pondría como teloneros en su concierto. O, mejor aún, grabaría un disco con nuestro grupo.

Arrugo el ceño.

—¿No crees que si somos teloneros será más que obvio que nos estamos aprovechando de su fama?

—¡Es el punto! —rebate exasperado—. Tienes una superestrella en tu familia; deberíamos usarlo para crecer. Tu hermano no se negará y el resto de la banda tampoco.

El resentimiento me hace arder el estómago.

—No seremos sus teloneros.

Helios tensa los hombros y la frustración le llena el semblante.

—Entonces convéncelo para que su banda cante con nosotros en el Sax Poison o para que grabe el dichoso disco.

—No quiero ser la sombra de Bryce ni la segunda opción ni tener fama usando a Riot 911 —espeto con más amargura de la que pretendo—. A los Eintein's Suckers nos va bien. Podemos hacerlo solos, sin atragantarnos con la polla de nadie.

Helios bufa y me lanza una mirada significativa. No está contento con mi postura. Él, junto a E.T. y Max ya se habrían desecho de mí si pudieran, pero me necesitan. Eso es justamente lo que les molesta, que no cederé. Es mi música, mi banda, mi lucha por abrirme camino en una industria que odio. Es mi legado.

—Sí, nos va bien, pero nos iría mejor si tuviéramos el apoyo de la banda de Bryce. ¡La están rompiendo ahora! ¿Sabes el impacto que tendríamos en redes sociales si apareciéramos con ellos?

—¿Y qué? —rebato cada vez más hastiado—. Bryce no está en condiciones de cantar ni de presentarse en ningún lugar —acoto tajante al recordar el desastre con Hela y Aspen—. Tengo que cuidar de él, no exponerlo a tus estupideces.

—Igualmente cantará en el concierto este fin de semana. ¿De qué hablas? —señala RJ, y lo quiero ahorcar.

—¡Exacto! —dice Helios emocionado—. ¿Ves mi punto? Tu hermano siempre te usa de niñera. Es hora de que tú lo uses a él un poco.

Hago una mueca de exasperación y quiero decirle que se vaya a la mierda, pero la oportunidad se escapa cuando su móvil suena. Lo desbloquea y le sonríe como idiota a la pantalla mientras teclea.

—Me pregunto qué mensajes sucios le estará escribiendo Diane para que haga esa cara de pervertido enfermo —dice RJ con una risita—. Eh, levanta la cara que vas a babear la pantalla.

—Lo siento. —Helios tiene los ojos brillantes—. ¿Qué decías?

—¿Qué te dice Diane? —inquiere nuestro amigo con tono pícaro.

—¿Qué? —pregunta a su vez. La sombra de la confusión le asalta el rostro un momento—. Ah, nada importante. —Se pone en pie y guarda el móvil en su bolsillo—. Piénsalo. Quiero una respuesta para mañana. Hablaré con el dueño del Sax Poison y agendaremos una presentación.

Suspiro irritado.

—Mierda, ya te dije que…

—Tengo una cita. No quiero que me pegues tu mala actitud. —Se sacude—. Nos vemos.

Se retira con paso apresurado igual que un niño emocionado por algo.

—Al menos a uno de nosotros le va bien en el amor —suspira RJ.

Lo miro desde mi lugar en la banca.

—No solo a él.

Mi amigo abre la boca, impresionado.

—¿Hablas de Niza?

No respondo. RJ se sienta a mi lado, tomando el lugar que antes era de Helios, lleva una mancuerna en la mano y comienza a hacer flexiones a mi ritmo, con la piel perlada por el sudor.

—Te he visto de mejor humor —menciona de pronto.

—Siempre estoy de buen humor.

—Me refiero a que no has querido comerle la cabeza a cualquier ingrato que haya osado cruzarse en tu camino los últimos días —me da una explicación que no le pedí—. Pensé que era

porque tu hermano vendría a la ciudad, pero veo que me equivoqué.

—¿Te equivocaste?

RJ asiente y me regala una sonrisa socarrona.

—Te has puesto de malhumor apenas salió a flote el nombre de Bryce; eso solo quiere decir que la razón de tu buen humor es otra. Y apuesto mi Lego de la Estrella de la Muerte a que esa razón usa un tutú y balerinas rosadas.

Me siento idiota por pensar que diría algo serio por una vez en su vida, aunque no puedo negar que tiene un poco de razón. Algo. No mucho. Bueno, tal vez sí, mucho.

—No sé de qué me hablas.

—Claro que sí. He visto cómo la miras en los pasillos y en la cafetería… ¡En todos lados! Y vamos, yo la admiro, pero tú babeas por ella, ni siquiera lo disimulas. Pones la misma cara que un perro detrás de un hues…

—Ya, ya basta, cierra la boca —gruño—. ¿De dónde has sacado eso?

—De la forma en que miras a Niza, ya te dije.

—Yo más bien diría que te lo sacaste del culo.

—No me mientas a mí, que sé hasta cómo te limpias la polla.

Lo ignoro, como suelo hacer con el resto de cosas que me aterran y no quiero enfrentar. Él no tiene la culpa. De hecho, me enfurezco conmigo, porque tiene razón.

—Ya sé que tienes razón —admito—. Me gusta Niza, pero, joder, ¿a quién no le gusta Niza Hess? Tendría que sacarme los ojos para que eso no pasara.

Mi amigo tuerce una sonrisa de triunfo.

—Nadie dice que debas luchar contra ello. Sentir amor está bien, es natural.

Lo acribillo con la mirada sintiéndome acorralado.

—Dije que me gusta, no que la amo. No hablé de amor —aclaro con más severidad de la necesaria.

—No estoy diciendo que la ames ni nada por el estilo. Supongo que está bien si te gusta o si no. Yo tampoco sé nada de amor, hombre. Lo que sí sé es que no es algo que puedas controlar. Sucede y ya.

Bajo mi arsenal un poco, pero me mantengo tenso. No es culpa suya que tenga este mecanismo de defensa que me pone alerta cuando entablo una relación que va más allá de la cordialidad y la amistad. Soy protector con las personas que me importan, eso no es una sorpresa porque me han visto toda la vida ser así con Bryce, pero no sé si tengo el espacio o la capacidad suficiente para hacerme cargo de alguien más.

Bryce es mi responsabilidad, es mi hermano y por eso debo ayudarlo. ¿Y Niza? Ella no es mi familia, no estamos relacionados de ninguna manera, y aun así siento el imperante impulso de ayudarla, tanto que no puedo sofocarlo y mis acciones se mueven conforme a sus necesidades y a su bienestar, incluso antes de ser consciente de ello. Con mi hermano puedo controlarlo, racionalizo el sentimiento de protección que me provoca, pero no puedo decir lo mismo con Niza. Es una persona a la que han lastimado toda su vida y se ha acostumbrado al maltrato, pero lo que en verdad me mata es que, a pesar de todo, sigue siendo una buena persona, sigue persiguiendo sus sueños sin desahogar sus frustraciones en otros, como hacemos los demás.

No sé si esta necesidad de protegerla proviene de mis traumas o si tiene una razón de ser más profunda e irracional como el amor. A Niza no puedo racionalizarla. Ella entró en mi sistema de a poco y hace ahí lo que le viene en gana, desde acelerarme el pulso con sus sonrisas y volcarme el estómago con sus sonrojos, hasta hacerme reír con sus frases raras.

—Por cierto, yo también tengo una cita. Debería prepararme.

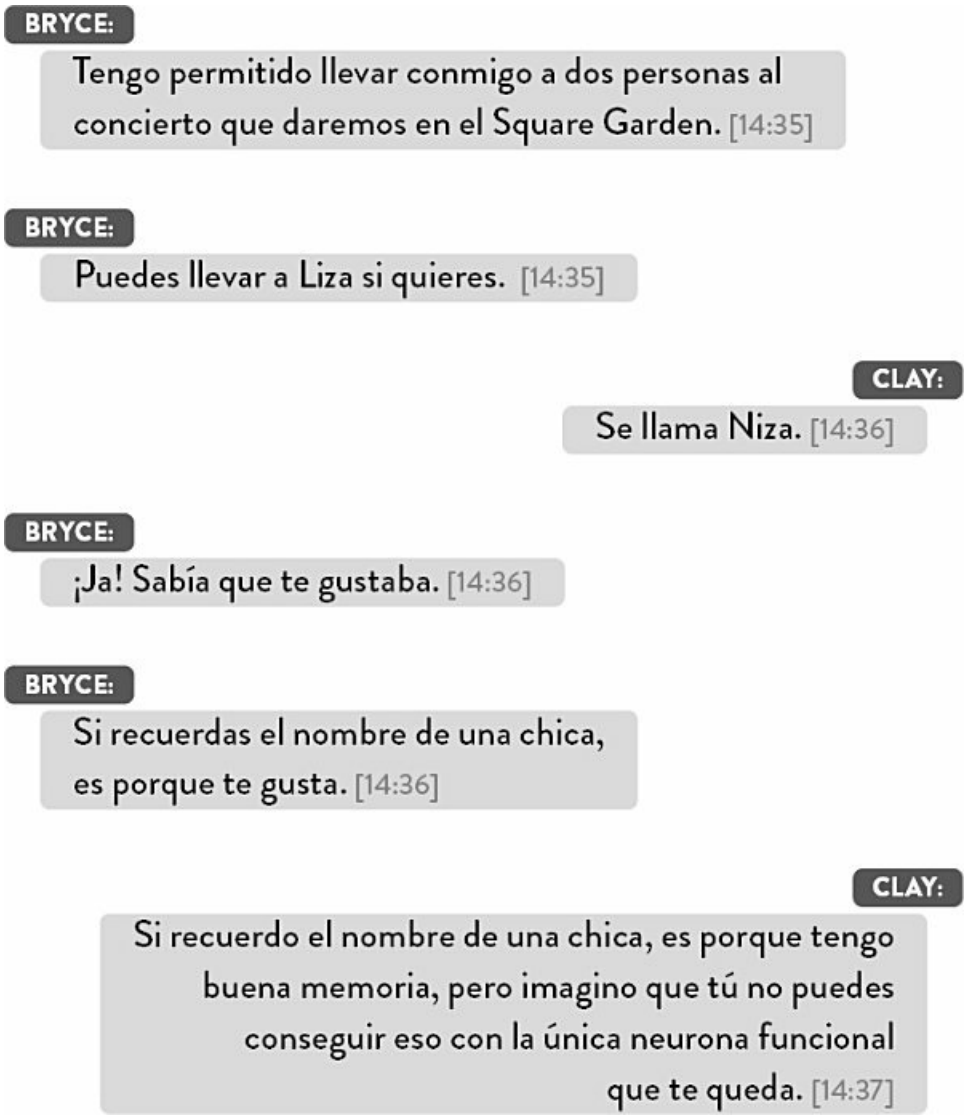
La voz de RJ me saca de mis cavilaciones y levanto la vista hacia él cuando se incorpora.

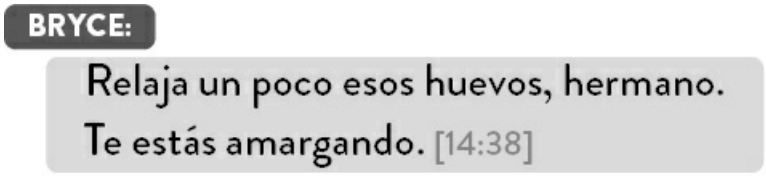
—¿Con quién?

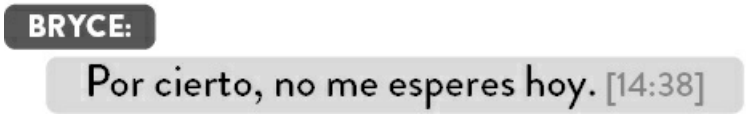
—No la conozco. Es de una *app* para citas a ciegas, para agregarle intriga al asunto. Hicimos *match* en muchas cosas. —Sonríe como idiota—. Te contaré después.

—Si quieres tener éxito en tu cita, finge que eres una persona normal.

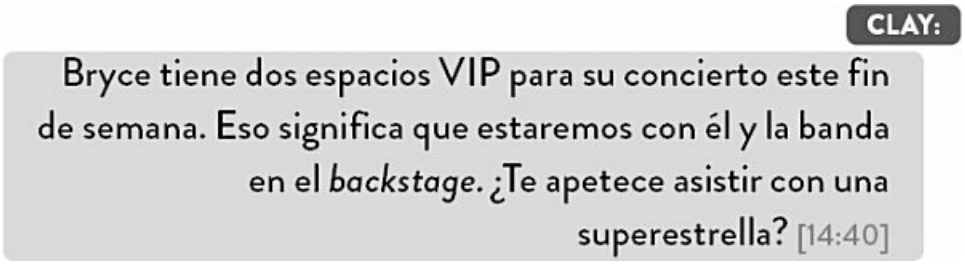
Mi móvil vibra y leo la pantalla mientras veo a RJ alejarse.







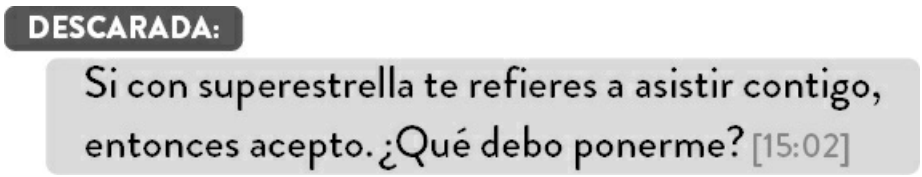
Algo se me tensa en el estómago al leer la oración, pero lo dejo pasar y sofoco el cosquilleo de la preocupación repitiéndome una y otra vez que mi hermano es mayor y sabe lo que hace. Lo que me duele es ser consciente de que dejé de esperarlo hace mucho tiempo. Decido no responder y, en su lugar, abro la conversación de la única persona a la que quiero tener conmigo en el concierto.



Espero a que responda, con más emoción de la que debería, así que dejo el móvil a un lado y me concentro en terminar mis flexiones.

Me percato, para mi horror, de que todos mis pensamientos vagan en torno a ella y eso me enfurece, porque me gusta hasta rabiar. Me molesta que me guste su forma de reír, de hablar, de gesticular, de andar e incluso esa manera rara que tiene de expresarse y que nunca entiendo. Me gusta cómo se defiende a pesar de la vulnerabilidad que aparenta, y esa determinación férrea para perseguir sus objetivos aunque le cueste la vida. Me gusta la forma en que gime y ahoga sus jadeos, como si sentir fuera algo prohibido o sucio.

Mi móvil vibra de nuevo y una enorme sonrisa me surca el rostro.



Una calidez extraña me corre por el pecho y se derrite sobre mi estómago. Ella es todo lo que necesito para recuperar mi buen humor.

***

Camino hacia la tienda con paso apresurado. Estoy a unos metros de la puerta cuando mi móvil

vibra y frunzo el ceño al contemplar el nombre de Nadir en la pantalla.

—¿Qué? —ladro, con el corazón aumentando en tempo.

Siempre que me llama es para darme malas noticias.

—¡Clay, qué alegría escuchar tu voz! —Me retiro un poco el auricular de la oreja cuando grita.

Apenas puedo distinguir lo que dice a través de la música que retumba al fondo.

—¿Qué quieres? —Me salto las formalidades inútiles para ir al punto.

—Es Bryce.

«Ay, no. Mierda».

—¿Qué hay con él? ¿Está bien? —inquiero sin ocultar la consternación en mi tono.

—Sí, sí. Tuvimos una reunión con una productora y terminamos en una celebración en el Hotel Mandarin.

El ceño se me hunde un poco más intentando descifrar lo que dice, pero no tengo que ser un adivino para saber que está en problemas, otra vez.

—¿Qué clase de celebración? —pregunto, cambiando de dirección para ir hasta el garaje donde guardo mi auto y encontrarme con Bryce en el hotel que menciona su representante.

—Una fiesta. —Suelta una risita nerviosa y parece que se mueve de lugar para hablar mejor porque la música se amortigua—. Deberías venir. Tu hermano se está saliendo de control.

Corroboro la hora en la pantalla y ahogo una maldición.

—Son apenas las nueve de la noche. ¿Qué hace bebiendo tan temprano?

—Los chicos están bajo mucho estrés por la gira. Solo quería que se divirtieran un rato antes de su presentación —se excusa, y lo quiero ahorcar—. Apresúrate, Bryce está muy drogado y ha estado a punto de golpear a un mesero en dos ocasiones.

La ira me corre como veneno por las venas.

—¡Carajo, Nadir! ¿Para qué mierda sirves si no puedes cuidarlo?

—¡No soy su nana! Hablo en serio, Clay. Ponle los pies sobre la tierra ahora o tendremos problemas.

Corto la llamada, furioso, entro en el auto y arranco a toda velocidad. Llego en menos de cinco minutos a un lugar al que normalmente me tomaría quince. Bajo del auto e ignoro al *valet* que me exige retirarlo de la puerta del hotel.

—Señor, le repito que no puede quedarse aquí. Llamaremos a seguridad si no se retira.

Me detengo un momento y lo encaro.

—El club del hotel, ¿dónde está?

—Señor, le repito…

—¿Dónde está? —repito e imprimo tanto enojo en mi tono como me es posible.

—Por el pasillo, bajando las escaleras. —La mano le tiembla al señalar el camino que debo seguir y lo dejo tranquilo.

Marcho en esa dirección y, antes de bajar las escaleras, ya escucho la música que retumba en el salón que consiguieron para su *celebración*. Hay luces estroboscópicas y tiene más pinta de discoteca que de una sala de reuniones, pero esa es la magia de Bryce: convierte hasta el espacio más serio en una fiesta.

—¡Clay! —El primero al que me encuentro en la puerta es a Mitch, el baterista de la banda. Luce más delgado, lleva la barba cuidada y el cabello más corto—. ¿Qué haces aquí? ¿Vienes a unirte a la diversión? Le diré a Bryce que te consiga un par de chic…

—¿Dónde está? —lo corto, quitándome su brazo de los hombros, ofuscado.

—No has cambiado nada —se burla en voz alta para hacerse escuchar sobre el ruido y le da un sorbo a su bebida, tambaleándose un poco. Por su apariencia, sé que han estado bebiendo desde temprano—. Está al fondo, en los privados.

Se despide con un gesto cuando lo aborda una chica de pechos grandes en traje de baño.

Camino entre el tumulto de personas que se congregan en el salón. Es grande, pero está atestado, tanto que no cabe un solo alfiler. Hay salas *lounge* desperdigadas por el lugar en las que la gente se besa, se droga o baila. En mi marcha hacia el centro vislumbro a Aaron, el bajista, bailar sobre uno de los sillones mientras le come la boca a otro chico y bebe directo de una botella. Nada nuevo.

Kirk y Dave tienen su propia orgía en una esquina del lugar. Una chica morena está arrodillada entre las piernas del primero, el miembro entra y sale de su boca con facilidad, mientras otras dos, con las tetas al aire, le comen la boca al tipo. Dave jala a una de las mujeres de Kirk para llevarse un pecho a los labios y prenderse de él al tiempo que otra más lo masturba con la mano, y la tercera, también arrodillada entre sus piernas, le lame los huevos. Es como ver una película porno en vivo, y es asqueroso porque conozco a esos dos imbéciles como si fueran mis hermanos.

Suspiro y continúo caminando. Me abro paso con dificultad hasta el centro y es entonces cuando ubico a Bryce. Está sobre un sofá en una de las salitas, con la chamarra abierta para dejar al descubierto su abdomen tatuado y delgado, una botella en la mano y una sonrisa de imbécil mientras una tipa, sentada sobre sus piernas, le acaricia el rostro, se mete una pastilla en la boca y lo besa. Él sonríe contra los labios de ella, que le arrebata la botella, bebe un trago y lo deja caer desde lo alto sobre la boca de mi hermano, quien permite que el licor se desborde y le corra igual que ríos por el cuerpo. La tipa se gira y la reconozco: es Nerea.

«Hija de puta».

Avanzo hacia ellos y, antes de pensarlo mejor, la tomo del brazo con brusquedad para quitarle sus tentáculos de encima. Ella me acribilla con la mirada y me empuja para alejarme.

—¿Qué mierda te pasa?

—¿Qué te pasa a ti? —Aprieto su brazo—. ¿Qué haces aquí?

—Yo la invité. —Bryce se pone en pie a duras penas y le pasa un brazo por los hombros—. Está bien, hermanito, solo nos estamos divirtiendo.

Le da un beso en la sien y ella me mira con altanería. Toma otra píldora de su bolsillo y se la ofrece a mi hermano. La ira me retuerce las entrañas, me impide pensar con claridad. Le doy un manotazo para quitársela. La mirada cerúlea de la rubia me atraviesa, pero no me importa. Tomo a mi hermano del brazo sin que oponga mucha resistencia y lo arrastro unos metros antes de que ella lo jale de vuelta.

—¿A dónde te lo llevas? ¡Es su fiesta, estamos celebrando, no lo arruines!

—¡No te metas! —grito con el enojo que ruge en mi interior igual que una bestia. Suelto a mi hermano y llego hasta ella en dos zancadas—. ¡No vas a joderlo más de lo que ya está! ¡Métete tus putas drogas por el culo!

—¡No eres su padre! ¡Déjalo divertirse de vez en cuando!

—¡No tengo por qué darte explicaciones! ¡Aléjate de él! Ya lo jodiste demasiado.

—¡Clay! —Me doy la vuelta y sacudo el brazo para soltarme del agarre de Nerea cuando intenta tomarlo.

Busco a mi hermano entre la multitud y no tardo en encontrarlo otra vez. Está discutiendo, no sé sobre qué, con un chico despeinado, alto y delgado, y las cosas parecen calentarse

rápidamente porque mi hermano dirige el puño hasta el mentón del otro. El chico arruga el rostro por el impacto, pero se recupera y proyecta otro golpe al estómago de Bryce.

Antes de pensarlo mejor, ya estoy envuelto en la pelea. Bryce está tan drogado que apenas sabe dónde está parado, así que me planto frente a él y empujo al idiota que se atrevió a golpearlo para dejarle claro que se metió con el idiota equivocado. Sus ojos refulgen con ira y no tarda en atacarme de nuevo. Conecta un puño con mi estómago y, aunque no es tan fuerte como yo, es más ágil. Logro quitármelo de encima, tomo impulso y le asesto un puño en el pómulo derecho.

—¡Hijo de puta, eso dolió! —me grita tocándose la cara, antes de retomar su ataque.

Lleva el cabello alborotado, tiene los ojos grandes y la nariz aguileña. No puedo detallar nada más porque su mano empuñada se dirige a mi rostro. Logro esquivarlo, pero es su brazo izquierdo el que llega hasta mi boca. El sabor de la sangre me invade la lengua. Él se concentra en quitarse el pelo de la cara y tomo esa oportunidad para golpearle la nariz y partírsela con un golpe certero. Algo cruje bajo mis nudillos y el tipo termina en el piso por la fuerza del impacto. Me abalanzo sobre él, pero me rodean unos brazos para impedir que continúe.

Hay algunas personas alentando la pelea, gritando y silbando, mientras otras se concentran en grabar el espectáculo. Mierda.

—¡Clay, es suficiente! —Nadir se pone frente a mí y me toma del rostro para obligarme a mirarlo.

Estoy furioso y harto de todo, tanto que me cuesta recuperar el control. Por un momento estoy a punto de golpear al representante de mi hermano para que me deje continuar masacrando la cara del desconocido, pero la racionalidad gana partido y la ira se apacigua poco a poco.

—Vámonos de aquí, tu hermano está mal. —Me suelta el rostro y le hace una seña a un hombre calvo y grande que se acerca—. Encárgate de dar por terminada la fiesta y llévate a los chicos al hotel sin hacer mucho escándalo.

El tipo asiente y desaparece entre la multitud.

—Ayúdame a levantarlo —me pide Nadir.

Entre los dos ponemos en pie a Bryce, que está de manos y rodillas sobre el suelo resbaladizo. Salimos y metemos a mi hermano en el asiento trasero, de lado, para que no se ahogue con su vómito. Nadir toma el lugar del copiloto y yo, el del conductor. Me quito los restos de sangre del labio con el dorso de la mano. Miro a través del espejo retrovisor la figura de mi hermano tirada sobre el asiento y el sentimiento corrosivo crece.

Son apenas las diez treinta y ya hay un nuevo desastre por limpiar.

***

Bryce cae pesadamente sobre el asiento de su sala y escucho que se queja entre sueños. Está ebrio y drogado hasta los huevos. La imagen me estruja el corazón en la misma medida que me retuerce las entrañas y me prende la sangre. No es justo. Esto que él hace no es justo en absoluto. La vida que me roba, que se me va en cuidarlo, la desperdicia repitiendo esto una y otra vez.

—Las redes están reventando por lo sucedido en el hotel —me informa Nadir.

—Lo último que me importa en este momento es lo que otros piensen.

Nadir ha sido el representante de Riot 911 desde que despegaron. Es de raíz india, de ojos negros, grandes y una facilidad increíble para atraer el dinero y hacer crecer a la banda. Es muy

bueno en lo que hace; me atrevería a decir que es el único con cerebro en ese grupo de locos. También es muy codicioso y eso implica muchas veces deshumanizar a los chicos para convertirlos en productos vendibles.

—Bueno, pues debería importarte. Es la carrera de tu hermano.

—Exacto, suya, no mía —recalco—. Si él la está destruyendo, no es mi problema. —La mentira me sabe agria en la boca.

—Deberías ayudarlo.

Mi enojo se enciende como una hoguera apenas escucho esas palabras.

—Siempre lo estoy ayudando. Toda mi vida no he hecho más que estar detrás de él para evitar que la cague o limpiando el desastre cuando pasa.

—Lo sé, entiendo, pero los vicios de Bryce y su mala actitud se han agravado mucho en los últimos meses. No puedo controlarlo. No sé si tú…

—No, yo tampoco puedo —digo cansado—. Si él no quiere salir del hoyo en el que está, no hay manera de que lo saquemos.

Nadir se pasa una mano por el cabello oscuro.

—Entiéndeme, Clay. La banda está en su mejor momento, pero la mala reputación de tu hermano y sus polémicas no ayudan a su imagen pública. Eres el único que puede ponerle los pies en la tierra.

Niego con ímpetu.

—Ya no puedo más. No puedo. Estoy cansado.

El peso de la situación amenaza con derrumbarme y la tensión construida sobre mis hombros pesa tanto como el concreto. Nadir se acerca y me ofrece un cigarrillo mientras se lleva otro a los labios. Lo contemplo por largos segundos, debatiéndome entre tomarlo o no, hasta que al final mando mi determinación a la mierda y me rindo ante la complejidad de la situación. Mi hermano ya se hace mierda a sí mismo, ¿qué importa si lo hago yo? Al final, todo en la vida son patrones.

Enciendo el cigarrillo, le doy una calada larga y dejo que el sabor me impregne los sentidos. Resulta amargo y fuerte después de tanto tiempo de abstinencia, pero es justo lo que necesito para relajarme en esta noche fatídica. Fumamos en silencio, cada uno inmerso en sus pensamientos. Observo a mi hermano tumbado de lado en su sofá: intenta levantarse con dificultad. Se incorpora, choca con la mesa y un jarrón se estrella en el suelo tras el impacto. Lo tiene todo y a la vez nada. Mi hermano es esclavo de sus propios sueños y el resultado de malas decisiones. Logra llegar hasta nosotros, apoya los brazos en la barra y nos mira con una sonrisa boba que le adorna las facciones. Le quiero romper la nariz.

—La cagué —murmura, y apenas se le entiende.

Estoy harto de estar aquí, harto de limpiar toda su mierda otra vez, cuando debería concentrarme en hacer mi propia vida, no en intentar salvar a alguien que se resignó a perder la suya hace mucho tiempo.

—Extraño a Hela —se queja.

—Ella también te extraña —lo consuela Nadir con tono mecánico, como si esta no fuera la primera vez que lo encuentra en ese estado.

—Le hice mucho daño, ¿no? —Mueve la mano por la barra intentando tomar la botella de licor de la que se sirvió Nadir hace un rato, pero se la retiro sin miramientos—. Todo se pudrió por mi culpa.

Lo escucho con el enojo que crece a cada segundo. Se frota el rostro y sé que se derrumbará. Sucede esto siempre que bebe.

—Lo siento, hermanito.

Dice esas palabras, como siempre lo hace luego de cagarla, y exploto. La ira corre por mi sistema como un animal salvaje y rabioso que no puede controlarse. Rodeo la barra, llego hasta él y aprieto su chamarra entre las manos.

—¿Lo siento? ¿Arruinas todo, lo mandas todo a la mierda y lo único que se te ocurre hacer para repararlo es decir lo siento? ¡Haz algo, carajo! —grito airado, sacudiéndolo. Nadir se interpone entre nosotros e intenta separarme de él, pero mi fuerza lo rebasa—. No puedes seguir así. Es suficiente. Ya no puedes huir de tus problemas como cuando éramos niños. Tienes que enfrentarlos, ¡hacer algo! —le grito a la cara, pero apenas tiene conciencia suficiente para mantener la cabeza erguida y eso me enerva más.

—No, no. Tengo que irme —balbucea, y lo empujo con violencia.

—Clay, cálmate, no le hagas daño, no…

—¿Te irás para no enfrentarlo? Como haces siempre, ¿no? —Otro empujón y hace una mueca—. Igual que me dejaste a mí en manos de ese hijo de puta.

—¡Lo hice por ti! ¡Me fui por ti! —grita con la voz afectada y me señala; el dedo se mueve de un lado a otro.

—¡Pero me abandonaste! ¡Me abandonaste entonces y lo sigues haciendo, una y otra vez! —digo repleto de resentimiento y con el corazón compungido—. ¡Me dejaste en manos de ese enfermo! ¡¿Tienes idea de lo que es estar con él, siendo golpeado, castigado y humillado solo por existir?! ¿Solo por ser el vástago de Ray?

Abre la boca para decir algo, pero la rabia me ciega y me impulsa a estrellarle el puño en la boca para callarlo.

—¡Clay! —Escucho a Nadir gritar cuando me abalanzo contra Bryce y me acomodo en su estómago para golpearlo más.

—¡Pasé años con ese hombre sin saber de ti! ¡No tenía una puta idea de dónde estabas!

—¡Lo hice por nosotros! —Gorjea por la sangre en la boca y lo golpeo en el pómulo.

—¡Nunca te importé yo, fue todo por ti! ¡Me abandonaste para no tener que vivir el mismo infierno que yo!

—¡No es cierto!

—¡Me dejaste solo con ese hijo de puta! —Nadir me agarra y logra quitarme de encima antes de que le dé otro golpe—. ¡Te odio! ¡Yo sigo aquí a pesar de que tú me abandonaste! ¡Yo sí sigo aquí limpiando tu mierda!

El representante se apresura a ayudar a mi hermano a ponerse en pie. Bryce tiene un pómulo rojo y le emana sangre de la boca. Está desorientado y pálido. Nadir logra sentarlo en el sofá y corre hasta mí.

—¡Ya basta! Cálmate. Fue una noche de mierda. —Me da una palmadita en el rostro para tranquilizarme y lo retiro con hastío—. Clay, tu hermano necesita apoyo, mucho.

—¿Y quién me apoya a mí? —inquiero con tono vulnerable.

Su expresión se convierte en una de pesar. Me alejo y voy hasta la cocina para limpiarme los nudillos.

—Tu hermano ya no puede ver a Hela bajo ninguna circunstancia —me dice desde la barra mientras me limpio las heridas.

—Dime algo que no sepa.

—Hablo en serio. Aspen Voison presentó a nombre de Hela una orden de alejamiento contra tu hermano. Se contactó conmigo directamente. Dijo que expondría un caso por maltrato a los

medios si se acercaba a ella.

—Bryce jamás tocó a Hela. Nunca la lastimó. Nunca lo haría. Lo que dice Aspen es mentira —rebato impresionado.

—Lo sé, pero es su palabra contra la de tu hermano, y él tiene muy mal historial, incluso infracciones por violencia e incitación a riñas en lugares públicos. Lo sabes tan bien como yo. —Nadir niega con la cabeza, afligido—. Si Aspen decide avanzar con la denuncia, entonces será el fin de la carrera de tu hermano y también de Riot 911.

Un nudo se me forma en el estómago.

—¿Y qué quieres que haga? Ya te lo dije: él no me escucha.

Pone una mano al frente, conciliadora.

—Intenta que vaya a rehabilitación —me pide, y es como si me exigiera un pedazo de la luna.

—¿Crees que no lo he intentado?

—Inténtalo más —insiste.

La frustración me llena.

—Lo mejor es internarlo y suspender la gira. No puede presentarse así.

—Sí, pero no podemos suspenderla. Se ha invertido mucho en ella y hay marcas que nos han patrocinado con millones. Cancelarla no es una opción.

—¿Y qué prefieres? ¿Que vomite en el escenario? ¿O que golpee a un fan en medio del espectáculo?

Frunce los labios, pensativo.

—Podemos mantener a Bryce controlado hasta que termine la gira. Solo tenemos cinco fechas más.

Hago una mueca, con el enojo espeso en la sangre.

—Míralo, Nadir. —Señalo el ovillo que es mi hermano: patético y destruido—. No permitiré que Bryce continúe con la gira en ese estado.

Los ojos se le tornan oscuros, como si en ellos habitara algo peligroso, pero no flaqueo. Sin embargo, sé que a pesar de mis esfuerzos, Bryce no aceptará dejar su arte por que yo se lo pida. Nadir también lo sabe.

—Chico, podría iniciar contigo una guerra que nunca ganarías, pero no lo haré. Es una pérdida de tiempo y energía. Te propongo algo mejor, algo que nos beneficiaría a todos.

Estrecho los ojos; el recelo me atenaza el pecho. Nadir es como la serpiente que destruyó el Edén: astuto y mentiroso. En sus juegos, el único ganador real es él.

—¿Qué propones?

—¿Por qué no apareces en el concierto de este fin de semana como vocalista junto a tu hermano?

De todas sus posibles estrategias para hacerme ceder, nunca creí que algo como eso estaría sobre la mesa.

—No estoy interesado en ser su sombra.

—En este momento, deberías estarlo. ¿O es que no quieres cuidarlo? —Lo fulmino con la mirada, pero él sigue—. ¿Qué mejor forma de asegurarte que estará bien? Estarás con Bryce todo el tiempo, supervisando cada uno de sus movimientos.

—Puedo hacer eso sin necesidad de compartir el escenario con él. No necesito de su fama.

—Cierto, podrías, pero ¿por qué desperdiciar una oportunidad como esa?

Es tentador, sí, pero debe de tener algo mal, algo que me terminará jodiendo.

—¿Por qué haría algo así? El grupo nunca me aceptaría. Además, no tenemos suficiente tiempo para ensayar.

—Ese no es un problema. —Hace un gesto con la mano—. Estoy seguro de que te sabes todos los acordes y las letras de las canciones de Riot 911. Con un par de ensayos estarás bien. Y por el grupo no te preocupes: ellos harán lo que yo les pida que hagan.

El animal de la duda repta por mi interior.

—Además, ayudará a Bryce a mostrarse más vulnerable y a conectar con su audiencia si invita a su hermano menor a participar en el espectáculo.

—También habrá quienes digan que lo estoy usando como plataforma para despegar.

—¿Y sería mentira? —Lo acribillo con la mirada y sonríe—. Te daría bastante impulso y la gente podría reconocer tu talento. Algún productor o disquera se interesaría por ti si te viera participar en tremendo concierto con una de las bandas más famosas del momento.

—Ni siquiera sabes si tengo talento.

—Sé que lo tienes. Eres un Hawthorne, después de todo, y te he visto ensayar con Bryce un par de veces.

Un silencio pesado se instala entre nosotros. Una parte de mí se muere por aceptar esta propuesta. Sería tan simple como estirar la mano para tomar una oportunidad única, pero ¿a costa de qué? ¿Del bienestar de mi hermano? ¿De exponerlo a otro posible escándalo? Una sensación desagradable se me asienta en el estómago, pero se apacigua cuando Nadir me pone una mano sobre el hombro.

—A Bryce le encantará compartir el escenario contigo.

La vacilación persiste, pero el deseo de abrir mi propio camino la rebasa. Asiento y estrecho la mano del representante para cerrar el trato, con la sensación de haber firmado con el Diablo.

26 | Assemblé

Niza

Para los ensayos finales, nos reunimos con los bailarines que serán nuestros acompañantes. Es la primera vez que vemos a muchos de ellos. Estamos formados en dos filas, hombres y mujeres, los unos en frente de los otros.

El señor Rothbart ingresa al estudio con aire decidido. Winslet lo sigue con su eterna cara de descontento.

Nerea se hace a mi lado y me dedica una mirada extraña.

—¡Atención, niñas! —nos llama la señorita Winslet—. Tenemos un anuncio para ustedes.

Las voces se apagan enseguida.

—Vincent, el espacio es todo tuyo. —Su tono cambia por completo a uno amable cuando se dirige al nuevo coreógrafo.

—Creo que todos sabemos qué piezas interpretaremos en el recital de otoño. —Asentimos—. Bueno, pues olvídenlo. Eso es basura. —Nerea gira el rostro hacia mí y me dedica una ojeada de confusión—. La academia, especialmente la de *ballet*, necesita renovarse. —Da unos cuantos pasos al centro, en medio de ambas filas—. Sus coreografías son obsoletas y una aberración para los nuevos consumidores de esta industria. Necesitamos evolucionar, cambiar, impresionar a los espectadores. Yo estoy aquí para ser ese cambio.

Me paso la lengua por los labios, nerviosa, con una nueva preocupación que me come la cabeza. No pensará en cambiar los papeles protagónicos, ¿cierto? «Tal vez no eres tan buena como él te dijo que eras», me atormento, pero no pierdo la compostura.

—No quiero más *Cascanueces* ni *Lago de los Cisnes*; estoy harto de eso. En el baile de otoño, interpretaremos el *ballet Jewels* de George Balanchine. Lo dividiremos en tres partes, como ya sabrán: las esmeraldas, los rubíes y los diamantes. Habrá un papel protagónico para la joya diamante, que ya decidí junto a Victoria.

Hay una ola de murmullos por parte de hombres y mujeres. «¿Me quitarán el papel protagónico? Pero me esforcé, trabajé duro, yo…».

—Niza Hess, tú protagonizarás ese acto. —Mis miedos se desvanecen apenas lo escucho. El corazón se me acelera.

De nuevo hay una serie de susurros inconformes por parte de mis compañeras y cada risita desdeñosa, cada mueca de desagrado, se me clava como una hoja de hierro en las entrañas.

—Felicidades —dice Nerea sonriendo—. Sabía que lo conseguirías.

—¿Por qué ella tendrá el papel protagónico de los diamantes? —Escucho a Eridan quejarse

—. Nosotras también nos esforzamos para conseguir buenos papeles.

El señor Rothbart se acerca a ella con las manos enlazadas en su espalda y la escruta desde su altura.

—¿Cuál es su argumento para decir que su compañera no es apta para el papel, señorita Graw?

Me inclino hacia adelante para ver mejor la escena que se desarrolla a unos metros de mí. Eridan mueve nerviosa los pies, pero no se cohíbe.

—Es pelirroja. Quedaría mejor en el acto de los rubíes.

El señor Rothbart resuella y esboza una sonrisa ínfima.

—Si yo utilizara su lógica para designarles los papeles a mis bailarines, usted estaría en el acto de los ónix por su cabello oscuro —explica severo—. Pero no tenemos en este *ballet* ónix, ¿verdad? Lo que la dejaría fuera del recital.

Mi compañera palidece y resisto la sonrisa que se muere por pintarme el rostro.

—Le recomiendo que no me cuestione, señorita Graw. La decisión ya está tomada y lo hice conforme a los parámetros del desempeño y talento de cada uno, no conforme a los colores de cabello —dice con dejo burlón—. Y, por cierto, usted estará en el acto de los rubíes.

La cara de Eridan enrojece, pero el coreógrafo permanece impasible.

—¿Tiene algún otro comentario?

—No, señor —masculla.

El hombre se aleja.

—De acuerdo, si no existen más comentarios, procederemos al ensayo. Tienen cinco minutos para hacer su calentamiento.

***

Evito mirar a Eridan mientras termino de quitarme las balerinas y me paso el suéter por los hombros. Puedo sentir las ondas de molestia que irradia, pero aprendí que si quiero evitar los cuernos del toro en el culo, lo mejor es ignorarlo.

Claro que Eridan no es ningún toro, ni una persona que se quede callada, porque me encara apenas termino de sacar el pantalón de entrenamiento de la mochila.

—¿Qué te hace pensar que eres mejor que nosotras? —suelta sin tacto—. Ni siquiera tienes algo especial, pero aun así: Siempre. Obtienes. El. Protagónico.

Intento ignorarla, concentrada en guardar mis balerinas, pero me cierra el *locker* de golpe y por poco me arranca la mano. La acribillo con la mirada y, en lugar de lucir intimidada, parece satisfecha.

—¿Por qué no compartes con nosotras tu secreto para obtener siempre el papel principal? —Parpadea con fingida inocencia y eso capta la atención del resto de chicas, que se están vistiendo también.

—No tengo ningún secreto.

Hay un resoplido mordaz por parte de su estúpido séquito de clones y una energía extraña en la estancia, como si el resto de mis compañeras pensara lo mismo que Eridan, pero ninguna se atreviera a decírmelo en la cara.

—Anda, Niza, dinos. —Los ojos claros le relucen maliciosos—. ¿Por qué no nos cuentas tu sucio secretito para obtener ventaja?

—No tengo ninguno. —Le sostengo la mirada.

Hay algo en ella que me inquieta, como si supiera algo que yo no.

—No harás trabajo extra con el señor Rothbart, ¿o sí? Hay algunas bailarinas famosas por la forma en que llegaron al estrellato. Tú no serás de esas, ¿verdad?

La molestia me pica en las costillas y doy un paso hacia ella para tenerla frente a frente.

—¿Qué estás insinuando?

—Lo que escuchas. —Levanta el mentón, segura—. Solo dinos si te estás dejando coger a cambio de privilegios.

—Yo no necesito hacer ese tipo de cosas —digo con la voz tensa por el enojo—. Yo me esfuerzo por ganarme mi lugar.

Su risita desdeñosa me cala en el pecho.

—No eres tan santa como todos creen. —Cruza los brazos sobre el pecho, desafiante—. Incluso la señorita perfecta tiene unas manchas en su historial.

—¿De qué demonios hablas? —exijo saber, perdida y con un atisbo de inquietud que me llena el pecho.

Su expresión está llena de maldad. Justo cuando creo que dirá lo que está pensando, la interrumpen.

—Déjala tranquila, Graw. Tus peleas de niños me están cansando. —Escucho la voz de Nerea a mi espalda.

—Esto no es contigo, Hawkins.

—Lo que me molesta lo vuelvo personal y resulta que tus patéticos intentos de *bully* me están poniendo de los nervios.

No puedo ver la expresión de Nerea, pero asumo que debe de ser una de muerte, si logra que Eridan baje su arsenal.

—Claro, las putas se defienden las unas a las otras —dice, y me dedica una última ojeada furiosa—. No te creas tan inalcanzable. Probarás la decepción antes de que te des cuenta.

Se da la vuelta y sale junto a su séquito de chicas. Se respira un aire de tensión que tarda en desaparecer, incluso después de su partida, hasta que poco a poco las demás chicas se van también y solo quedamos Nerea y yo.

—No tenías por qué defenderme. Yo puedo hacerlo sola.

Nerea toma su mochila y se pone la correa al hombro.

—Esa idiota me pone de los nervios. Solo quería que se callara.

No sé si debo agradecerle o no, o si debo ignorarla. Ella solo bosteza y aprovecho para cambiar de tema.

—Luces cansada. ¿Estás bien?

Sonríe y se estira igual que un gato.

—Estuve en una fiesta ayer. No terminó muy bien, pero me divertí; es lo importante.

—¿Fiesta?

—Ajá. Estaba con Bryce. Suele invitarme a ese tipo de eventos. —Guarda las zapatillas en su maleta y procede a ponerse los tenis—. No lo admite, pero sé que me extraña algunas veces.

Enarco las cejas, impresionada. No sabía que ellos dos eran amigos.

—Por cierto, Bryce me dio entradas especiales para su concierto. ¿Te veré ahí?

—Sí.

Los ojos se le llenan de algo que no puedo descifrar, pero desaparece cuando sonríe como un felino.

—¡Lo sabía! Será un gran concierto. —Se frota un ojo con el dorso de la mano—. Me iré ahora. Estoy muerta. Cuídate, Niza.

Se retira del estudio y yo no tardo en seguirla.

***

Cuando salgo, encuentro a Clay, que me espera afuera del estudio. No me esfuerzo por ocultar mi sorpresa.

—¿Qué haces aquí? Creí que te vería más tarde.

—Tenemos que hablar. Te envié mensajes, pero no respondías. Pensé que algo te había ocurrido.

Luce consternado y cansado, con moretones en un pómulo y el puente de la nariz.

—Estaba ensayando... ¿Qué te pasó en la cara?

Se mira los pies, avergonzado.

—Tuve una pelea.

—¿Cuándo? —pregunto alarmada.

—Ayer. Defendí a Bryce de un tipo en una fiesta. Su representante me llamó.

Recuerdo la conversación que tuve con Nerea y de pronto todo tiene sentido.

—No puedes pelear siempre sus batallas.

—No pretendo hacerlo.

—Entonces compórtate como alguien civilizado —lo riño y le apuñalo el pecho con el dedo —. No más peleas, ni siquiera por Bryce.

La indecisión se cierne sobre sus facciones y veo la lucha de voluntades que se desarrolla dentro de su cabeza.

—Necesita a alguien que lo defienda.

—Necesita hacerse cargo de sí mismo, igual que tú. —Estiro el brazo y le acaricio el pómulo amoratado. No me gusta verle el rostro destruido de esta manera; es como mancillar una obra de arte—. Librando sus batallas no harás que mejore.

El pecho se le infla, pero la duda aún le permea la mirada.

—Lo intentaré.

—Bien. —Curvo la boca en el inicio de una sonrisa—. ¿Sobre qué querías hablarme?

—¿Qué?

—Antes, cuando llegaste, dijiste que querías hablar de algo conmigo.

El reconocimiento le ilumina los ojos grises y su expresión se suaviza.

—Es sobre el concierto.

—¿Se canceló?

—No, sigue en pie.

—Entonces, ¿qué es?

Hace una mueca de desagrado, como si se comiera algo ácido.

—Tocaré junto a la banda de mi hermano.

La sorpresa me invade, pero es sustituida por emoción pura.

—¿Qué? ¡No puedo creerlo! —Lo tomo del rostro y lo beso con demasiada efusividad al parecer, porque se queja. Entonces recuerdo su pómulo masacrado y lo dejo libre—. Lo siento.

Aunque es una buena noticia, su cara no luce acorde a ello.

—Solo quería decírtelo antes de que todos se enteren.

—Eso es genial, pero no estás feliz, ¿cierto? —pregunto con recelo. Su rostro se compunge en una mueca.

—No era parte del plan. Nadir me lo ofreció.

No tengo idea de quién es ese hombre, pero si se lo ofreció y Clay accedió, debe de tener cierta influencia.

—¿A cambio de qué? —inquiero.

Me mira sorprendido, como si no esperara esa pregunta, pero no soy idiota. Nada en el mundo es gratis.

—Dejar que Bryce termine la gira —confiesa, y el pesar se le filtra en las palabras—. No creo que sea buena idea. Le sugerí que lo mejor sería internarlo en un centro de rehabilitación, pero se negó. Mi hermano no está en su mejor momento y si sigue presionándose así… no sé qué pueda pasar.

Estoy buscando algo alentador para decirle, cuando él vuelve a hablar.

—Además, aún tengo que decírselo a los chicos de mi banda y no sé cómo se lo tomarán. —Exterioriza su nueva inseguridad.

—¿Por qué?

Hace una mueca.

—Rechacé el contrato que una vez nos ofreció una disquera para no cantar con Bryce, y también una presentación en conjunto en el Sax Poison. No quería que pensaran que me colgaba de su fama. No les gustará saber que pronto cantaré con él.

Le tomo la mano y le doy un apretón para sosegar su consternación. Probablemente no sirva de nada, pero quiero que sepa que algunas batallas debemos librarlas solos y que a otras solo se sobrevive si estamos acompañados.

—Tu hermano estará bien, estoy segura. Terminará la gira y entonces podrán ingresarlo a un centro para que se recupere. También estoy segura de que los chicos entenderán si les explicas tus razones para cantar junto a él.

Suena muy frívolo, pero en verdad espero que suceda, en verdad espero que Bryce pueda sanar, para que entonces Clay comience a sanar sus propias heridas. Está siempre tan concentrado en proteger a su hermano que no se da cuenta de lo mucho que se destruye para que él siga completo. No dice nada y no sé si me cree, pero me regresa el apretón, me deposita un beso en el pelo y me dedica una de las sonrisas más sinceras y tristes hasta ahora.

—Entonces, ¿estás lista para ir al concierto con una superestrella?

27 | Chaînés déboulés

Niza

El señor Rothbart aplaude para llamarnos a todos. Somos rápidas en formar una fila mientras él y la señorita Winslet discuten algunas cosas que no alcanzo a escuchar. Por accidente, mis ojos encuentran los de mi tía, que no pierde la oportunidad de lanzarme una ojeada desdeñosa. Si no la conociera desde que soy pequeña, no creería que esa mujer tiene alguna relación conmigo o mi familia. Parece detestarme más que a la peste.

—De acuerdo, estamos cada vez más cerca del recital. Nos quedan solo unas semanas para concluir los ensayos y afinar los detalles del vestuario —explica el profesor—. Lo han hecho bien a pesar del cambio repentino de coreografía. Eso habla muy bien de ustedes, los felicito, pero no se confíen, todavía queda mucho por hacer.

Hay un murmullo colectivo de alegría y sonrío satisfecha. El señor Rothbart se aclara la garganta y el júbilo se apaga.

—Ahora, creo que es momento de elegir a nuestra solista.

—¿Habrá una solista? —Escucho la voz ilusionada de Eridan, y la misma emoción me asalta.

—Así es, señorita Graw. Habrá una solista que aparecerá en el último acto.

La anticipación me nace en el estómago, convirtiéndolo en nudos. El silencio se vuelve pesado y se percibe en la estancia esa expectativa colectiva que lo hace vibrar todo. El señor Rothbart me mira por un milisegundo, aunque no significa nada, porque pronto aparta los ojos para centrarlos en Eridan, que le sonríe. La decepción se siente amarga en mi boca y la paladeo más de lo necesario para acostumbrarme a ella.

—Niza Hess, tendrás el puesto de solista de este recital —informa con lentitud.

Veo cómo el gesto de mi compañera cambia por completo mientras el mío se convierte en una enorme sonrisa.

«¿Yo? ¿Me eligió como solista? Benditas cabras, ¡no lo puedo creer!».

Hay un jadeo al unísono por parte del grupo y los comentarios venenosos llegan hasta mí, pero no me alcanzan. Eridan permanece de pie con esa expresión de impacto que le deforma el rostro y Enik se acerca para felicitarme.

Estoy tan contenta que no puedo dejar de sonreír.

—Usted dijo que yo sería la solista. —La frágil voz de Eridan se alza encima del bullicio creado por las bailarinas, que se acalla tras su declaración.

El coreógrafo se gira con el ceño muy fruncido y la expresión de piedra.

—¿Disculpe, señorita Graw?

Abre los ojos desmesurados, como si estuviera aterrada, pero se mantiene firme en su postura.

—Usted prometió que yo sería la solista cuando fui a verlo a su oficina ayer.

El coreógrafo marcha hacia ella sin perder el aire profesional.

—Usted me preguntó si habría un papel en solitario y yo le respondí que sí. Me pidió que la considerara entre las candidatas y le respondí que lo haría, y eso hice, la consideré junto al resto de sus compañeras. Sin embargo, hay alguien que se adecúa mejor al papel que usted.

Un nuevo silencio se asienta en el estudio y nadie se atreve a respirar, ni siquiera Eridan, que le sostiene la mirada con mucho esfuerzo, como si estuviera frente a un juez que presidiera una tribuna.

—¿Tiene alguna otra queja, señorita Graw?

Un escalofrío me recorre el cuerpo por lo imponente que es y lo intimidante que resulta con esa actitud. Noto el leve temblor en el cuerpo de mi compañera y no sé si es por miedo, rabia o algo más.

—Ella no merece el papel —dice entre dientes.

El profesor se mantiene impasible.

—Debe respetar mi decisión, señorita Graw. Es mi última palabra.

—Pero, señor Rothbart…

—No me contradiga.

—¡No se lo merece!

—Ya basta.

—¡Ella rompe las reglas! —Me señala con un dedo acusador y el pecho se me constriñe por el miedo. «¿De qué habla?».

—¿A qué te refieres? —inquiere ahora la señorita Winslet, mirándome con un gesto que denota advertencia.

—Estaba con un chico en el vestidor. Yo lo vi salir —confiesa y, mierda, dejo de respirar.

Las piernas se me vuelven tan débiles que creo me desplomaré. El señor Rothbart camina hacia mí con parsimonia mientras la señorita Winslet me fulmina con la mirada, la cara roja de ira.

—¿Es eso cierto, señorita Hess? ¿Estaba usted con alguien en los vestidores? Su área de trabajo debe ser respetada y tratada con el debido decoro.

Abro la boca para responder, pero las palabras no salen, los pensamientos no acuden a mi cabeza y no puedo articular. Estoy demasiado abrumada por la situación.

—Yo… yo no…

—Niza, ¿es cierto? —presiona Winslet con la mandíbula contraída.

—No estaba con nadie.

—¡No es cierto! Estaba con Clay Hawthorne. Yo lo vi. Los vi.

—Esto es inaceptable. —La señorita Winslet da un paso al frente, con los labios constreñidos —. Debe ser castigada por su conducta.

—Señorita Winslet, le aseguro que…

—Cállate —me corta, e inspiro aterrada—. Ya no tendrás el puesto de solista, Hess.

Las palabras caen sobre mí como un bloque y las piernas me tiemblan igual que la convicción.

—Señorita Winslet, puede ser cualquier castigo menos ese, por favor.

—Victoria, ella tiene razón. Es demasiado buena para dejarla fuera…

—No, Vincent —lo interrumpe con voz de hierro—. Es mi estudiante; yo decido qué hacer con ella. —Me toma del brazo con más fuerza de la que debería y me arrastra hacia su despacho, un lugar al que temo más que a las balerinas nuevas y las piruetas.

Un hoyo se me forma en el estómago, más grande con cada paso que doy. Siento que estoy andando por el corredor de la muerte, como un preso a punto de recibir la pena máxima.

***

Estar aquí me pone los vellos de punta. El olor a sándalo me genera náuseas y el color crema de las paredes me da dolor de cabeza; un montón de recuerdos se me agolpan en la mente.

Muevo los pies nerviosa, sin atreverme a despegar la vista de mi regazo. No quiero enfrentarme a mi tía, no quiero. Se hace frente a mí con el cuerpo apoyado en su escritorio, su figura delgada, envuelta en negro e imponente, como un monstruo a punto de arrastrarme a lo más oscuro de mis miedos.

—No estábamos haciendo nada. Nosotros…

—No me importa si estabas orando con él o teniendo sexo. Eso no quita lo zorra que eres y lo mal que luciste frente a tus compañeros —acota, y sus palabras duelen como espinas—. Acabas de perder tu valor como bailarina.

Frunzo el ceño, sin comprender.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? Sigo siendo una buena bailarina sin importar cómo sea mi vida personal.

—¿Quieres que tus compañeros te vean como a una puta? —replica con dureza—. ¿O que los del jurado te cataloguen como una zorra que se abriría de piernas para ellos solo por conseguir un buen lugar? ¿O una cualquiera que se acostaría con un directivo de una compañía por una plaza?

—No, yo nunca…

—Porque es lo que demuestras —me interrumpe, su tono vil y severo.

Inspiro. La ira llamea en mi interior; cada una de sus palabras la avivan como gasolina.

—No hice nada.

—¿Qué tal si te embarazas? Sería el final de tu carrera.

—Le dije que no hice nada.

—¿Y piensas que te voy a creer?

—Debería —insisto frustrada—. Le estoy diciendo la verdad.

Niega, con los ojos escupiendo fuego.

—Eres imbécil, Niza, pero más imbécil soy yo por tener fe en ti. —Hace un gesto de desprecio—. Pongo en riesgo el cuello por ti para que tú tengas un futuro y que no seas una ignorante incompetente como tus padres. Apenas logras algo y lo tiras por un tipo cualquiera.

Siento el cuerpo caliente, vibra con la furia que me corroe, pero no quiero empeorar la situación, así que aprieto las manos y hago todo por contenerme.

—Ya se lo dije: No. Estaba. Haciendo. Nada.

—Eres tan estúpida como tu madre. Aunque no me sorprende; ella también se dejó hipnotizar por un don nadie sin futuro. Era obvio que un hombre con un carácter tan débil y sin talento engendraría a una hija igual.

Respiro apenas, al límite de mi paciencia.

—No hables así de mi padre. Él es bueno.

—¿Y de qué le sirve ser bueno si no puede darles nada a ti y a tu madre? Lo único que has heredado de él es la estupidez.

—Él no es…

—Y también la promiscuidad de tu madre. Qué cruz, qué…

—¡No hables así de mis padres! —exploto, dando rienda suelta a las emociones turbulentas que llevan días, años, acumulándose dentro de mí, comiéndome desde dentro—. ¡No los conoces, no tienes derecho a hablar así de ellos! ¡Deja de juzgarme, deja de decidir lo que soy y no soy capaz de hacer! ¡No hice nada con Clay! Yo nunca he hecho tal cosa, pero incluso si la hubiera hecho, no entiendo por qué mi vida personal tendría que afectar la profesional. Además, ¡no es algo que te incumba! Tengo derecho a vivir. Si tú no lo hiciste, por miedo o por vergüenza, no significa que yo no desee experimentar tales cosas. Yo pued…

No logro terminar la frase porque me da un bofetón que me deja temblando de la impresión. El aturdimiento me gana mientras los oídos me zumban y, antes de pensar en moverme, me toma del brazo y me ubica frente al espejo de cuerpo completo que tiene en su oficina.

Me toma de la nuca y me obliga a mirarme.

—¿Qué ves, Niza? —sisea con la voz cargada de ira. No respondo, pero eso no la detiene—. Lo único que yo veo es a una mujer mediocre que no llega ni a lo más bajo de una bailarina. Veo a una niña idiota y perezosa que prefiere hacer cosas libertinas en lugar de centrarse en su carrera. Veo a una niña imbécil que todavía no comprende que en este mundo no existen las amigas ni las confianzas. Veo el fracaso que engendró mi hermana, producto de su unión con un don nadie.

Lanzo un quejido. El nudo en la garganta me asfixia y las emociones me aplastan.

—Sí, eres la viva imagen de tu padre —dice con desprecio—. Y yo no cargaré con alguien que es inútil y no aporta nada a esta academia. El que seas mi sobrina no te exime de nada. Eres como las demás, solo que peor y más lenta, y aun así tienes el descaro de reprocharme lo que hago por ti, todo el empeño que pongo en ti para que prosperes y mejores.

No me atrevo a ver mi reflejo. No quiero verlo. No puedo. Las lágrimas me nublan la vista y me enojo porque no soy lo suficientemente fuerte para contenerlas.

Me suelta con brusquedad y cruza los brazos sobre el pecho.

—No llores. Ya eres patética, no necesitas serlo más. Retoca tu maquillaje. Practicarás tus *pirouettes* hasta que las domines, no importa si debes quedarte dando vueltas hasta el amanecer. Y no, no serás la solista —sentencia y termina por destruirme—. Eso te ayudará a reacomodar tus prioridades. Espero que la próxima vez prefieras practicar tu técnica en lugar de ensayar cómo complacer a un hombre.

Me deja ahí, de pie, y miro con ojos vacíos a mi peor jueza, aquella de la que nunca tendré aprobación: yo misma. Me cuesta respirar y siento las piernas débiles mientras asimilo sus palabras y permito que se queden grabadas a fuego en mi memoria, para que marquen el compás de mi vida.

***

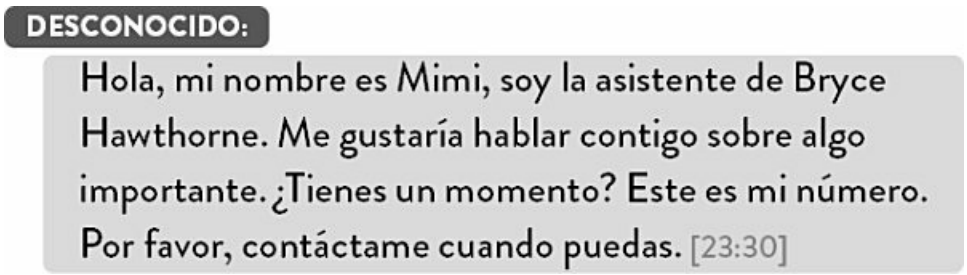
Busco a Orena, pero no la encuentro. Busco a Diane; tampoco está. Busco a Clay sin encontrarlo, así que no hay ningún par de brazos que me reconforten ni fuerza externa que junte los pedazos

de la ruina en que me convertí después de ese encuentro.

No hay nadie y no dejo entrar a nadie más.

Por los siguientes tres días, asisto a clase, entreno, bailo, intento comer para no desvanecerme pero termino vomitando, voy a la tienda, limpio y agradezco que Clay esté ausente a causa de los ensayos con la banda. Lloro en soledad, allí donde nadie escucha mis gritos ni hace preguntas sobre mis lágrimas.

Al cuarto día sin ver a Clay en la tienda, estoy resignada a pasar la madrugada con los demonios que habitualmente me comen la cabeza, hasta que mi móvil vibra y el mensaje que leo en la pantalla me deja de piedra.



«¿Qué significa esto?».

28 | Acordes

Bryce

Muevo los pies bajo la mesa, nervioso, y pongo la visera de la gorra lo mejor que puedo para cubrirme la cara. «¿Por qué decidió que lo mejor sería vernos en un café? ¿Y por qué acepté?».

Encuentro a Mimi: está sentada sobre un sillón a dos mesas de distancia leyendo el menú, muy concentrada. Chasqueo la lengua y muevo con mayor ahínco el pie, ansioso por que llegue o por salir de ahí… o por algo más.

Cuando le pedí a Mimi que contactara con Niza, lo hice creyendo que nunca aceptaría verme, pero que accediera a una cita apenas mi asistente le envió un mensaje me sorprendió. En el mal sentido.

Normalmente es mi hermano el que se encarga de cuidarme de timadores y mentirosos que solo buscan aprovecharse de mí. Ahora siento que es mi deber hacer lo mismo. Es la primera vez que Clay se ve tan enamorado y cautivado por una mujer, y me preocupa.

Los ojos se me ponen llorosos y comienzo a moquear. Me los froto a la vez que sorbo por la nariz. La abstinencia me está pasando una factura muy alta, quizá más de lo que estoy dispuesto a pagar, pero si quiero hacer esto, debo estar sobrio o lo más consciente posible para no perderme ningún detalle. No conozco a esta chica, no sé cuáles son sus intenciones con mi hermano o qué es lo que busca al acercarse a él. Lo último que quiero es ser un obstáculo en su vida, más de lo que ya soy. Si resulta que al final lo único que esta mujer quiere es usar a Clay como una forma para llegar a mí, quiero saberlo para decírselo. No sería la primera vez que algo así sucede y repetir la historia solo serviría para fragmentar más nuestra relación.

Me paso la lengua por los labios por enésima vez sin que la sensación de resequedad desaparezca y suspiro mirando hacia la puerta. «¿Cuánto más tardará?».

Giro el rostro hacia Mimi, que se esfuerza por ignorarme y no despega la vista del menú, como si fuera el puto libro que contiene el secreto de la vida. Estoy por ir hasta ella cuando la campanilla del pequeño café cerca de ACA resuena anunciando un nuevo cliente, y entonces hace su entrada.

Lo primero que pienso al verla es lo discordante que resulta en este lugar. Su mirada se encuentra con la mía y marcha en mi dirección. Se sienta frente a mí con un gesto solemne y receloso.

—Hola —saluda educada.

No respondo, en parte porque me toma por sorpresa su tono cortés y porque la estoy analizando. No sé si puedo confiar en ella.

—Hola, soy…

—Ya sé quién eres. Nos hemos presentado antes —me corta sin perder ese tono de cortesía.

Me apoyo en el respaldo de la silla.

—Todavía no asimilo la poca reacción que provoco en ti, Liza —digo esperando causar algún efecto en ella y desvelar sus verdaderas intenciones, pero mantiene su gesto serio.

—¿Tendría que impresionarme por algo? —Inclina un poco la cabeza; los ojos le brillan con curiosidad—. Te conocí como el hermano de Clay, para mí eres solo eso. Y me llamo Niza, no Liza.

Cualquier otro integrante de la banda se habría ofendido, pero yo no. El comentario logra sacarme una sonrisa.

—Es la primera vez que se refieren a mí como "el hermano de". Suele ser al revés, ¿sabes? —Hago las comillas con los dedos para enfatizar la parte de mi parentesco con Clay.

—Sí, aunque no entiendo por qué. —Encoge un hombro—. Su parentesco no los define como personas; tampoco lo hace su nivel de fama. Es tonto.

—Sí, creo que…

—¿Están listos para ordenar? —nos interrumpe una mesera menuda.

La miro por un segundo, pero desvío mi atención a mi acompañante al tiempo que me acomodo la gorra porque vislumbro el brillo del reconocimiento en los ojos de la empleada. No necesito una horda de fans que se me lancen ahora. Estoy en una misión de vida o muerte que no puede ser interrumpida.

—Ordena lo que quieras. Yo invito —digo, agravando un poco más la voz para despistar a la chica.

Parpadea un par de veces observando el menú con un gesto displicente y luego le sonríe a la mujer.

—Yo estoy bien, gracias —declina cortés.

—¿No comerás nada? —Niega con la cabeza—. ¿Segura? Puedes ordenar café o…

—Estoy bien.

—Bien. —Elevo el rostro hacia la mesera, que ya tiene los ojos clavados en mí—. Yo quiero una cerveza, por f…

Se escucha un carraspeo mal disimulado en todo el local y no tengo que ser adivino para saber que proviene de Mimi. Chismosa. Nuestras miradas se conectan por un segundo y con los ojos me manda ondas asesinas que dicen: «Si tocas una gota de alcohol, te arranco los huevos y los subasto por internet». Está tan loca que la creo capaz, así que opto por no tentarla.

—Solo una botella de agua, por favor.

La mesera me analiza con curiosidad antes de retirarse. Espero que me vea lo suficientemente jodido para que no me reconozca.

—¿Y bien? No quiero ser grosera, pero tengo ensayo, debo regresar pronto —dice sin perder ese tono cortés.

Dios, qué educada es. Parece un ser fuera de este mundo con esa cara de muñeca, esos modales, ese moño perfecto sobre la cabeza, esa postura rectísima y esos ademanes delicados. Creo que entiendo por qué a mi hermano le gusta tanto, aunque nunca pensé que alguien así fuera su tipo. Siempre creí que Clay se sentía atraído por chicas como Nerea: fuertes, divertidas y un poco mezquinas. Me sorprende, pero no soy nadie para juzgarlo, después de todo, yo también me enamoré de alguien como Niza.

Una cuerda de remordimiento se me tensa en el pecho al recordar a Hela, pero la aparto de mi

mente para concentrarme en esta chica.

—No quiero quitarte mucho tiempo, solo quiero discutir contigo algunas cosas.

—¿Qué cosas?

Me aclaro la garganta. Sigue muy seca y siento que las tenazas de la ansiedad me aplastan el pecho. «¿Cuándo fue la última vez que consumí?». No lo recuerdo, pero mi cuerpo la exige igual que el oxígeno.

—Clay, por ejemplo.

Su postura se vuelve rígida apenas lo menciono. Cuanto más pronto pueda desenmascararla y alertar a mi hermano sobre sus verdaderas intenciones, más rápido podré tomar mi dosis.

—No entiendo por qué querrías aclarar algo relacionado con él —confiesa.

Me limpio la nariz con el dorso de la mano; el familiar zumbido me molesta los oídos.

—Solo quiero estar seguro de algunas cosas.

—¿De qué cosas?

—¿Cuáles son tus intenciones con él? —suelto sin ningún tipo de tacto. Quiero terminar con esto cuanto antes.

El rostro se le descompone por la impresión, pero se recupera al segundo siguiente y de los labios le brota una risa.

—¿No se supone que normalmente son los hermanos o padres de la chica los que hacen esa pregunta?

—Aquí soy yo quien la hace —atajo—. ¿Y bien?

Arruga los labios como si pensara en la respuesta y prácticamente puedo escuchar su cabeza carburar hasta que habla de nuevo.

—Ser su alumna —dice, y frunzo el ceño con ahínco.

—¿Qué?

—Ser su alumna —repite con más firmeza, y los ojos se le tiñen de un cálido miel—. Esa es mi intención con tu hermano.

—¿Alumna de qué? —Me siento cada vez más perdido.

—Me está enseñando a vivir.

—Ah. —Asiento como si entendiera, pero la verdad es que no la sigo—. No entiendo.

Suspira, pero la expresión de devoción no desaparece de su rostro.

—No sé cuál es el destino que tendremos Clay y yo, no sé si seguiremos juntos toda la vida o solo el mes siguiente, eso no puedo decírtelo con seguridad, pero sí puedo decirte que tu hermano apareció como un meteorito que lo arruinó todo. —Me dedica una sonrisa que me cala —. Desde que comencé a trabajar en esa maldita tienda de tatuajes y lo conocí, arruinó mis planes de entregarle mi vida al *ballet* y mi obsesión por ser perfecta.

—¿Y eso es malo? —pregunto.

—No lo sé. Supongo que para mi instructora lo es —dice con pesar, aunque sus ojos no dejan ese brillo deslumbrante—. He intentado seguir esos planes los últimos días, desde que tuve un percance con mi maestra de danza, pero me he dado cuenta de que ya no puedo entregarle mi vida a ese trabajo con tanta facilidad como lo hacía antes.

—¿Por qué?

—Porque tu hermano me ha enseñado que existen muchas cosas en la vida además de cumplir nuestras ambiciones —admite, y gran parte de lo que dice resuena en mi interior—. Antes de conocerlo, todo lo que deseaba y anhelaba era ser la mejor bailarina. Ahora, mientras regreso a esa rutina esclavizante, me doy cuenta de que esa jaula es muy pequeña para retenerme.

Centra la mirada en su regazo y, cuando la encaja con la mía, vislumbro el fuego que vibra en ella.

—Tu hermano es increíble, Bryce. Tienes mucha suerte de tenerlo.

Algo me atraviesa el pecho, pero no identifico si se trata de orgullo o remordimiento. Estoy aquí interrogando a una chica que pensé que usaba a Clay para llegar hasta mí, cuando no es nada de eso; es evidente que lo admira. Es evidente que está enamorada de él.

Millones de recuerdos sobre mi antigua relación con Hela se me agolpan en la mente. Recreo los momentos que pasamos cuando éramos algo sano, cuando las ambiciones no me cegaban y la fama no me importaba.

Tenso la mandíbula, consternado, y creo que es hora de ponerme el feo pañal de Cupido para apoyar a estos tórtolos. Niza no es quien creí que sería; al contrario, es la persona que deseo para la vida de mi hermano. No puedo estar más feliz por ello.

Me siento un idiota por haberla juzgado antes de conocerla.

—Entonces —hablo moviendo el pie bajo la mesa—, ¿dirías que Clay te cambió la vida?

—No, creo que eso es algo que solo yo puedo hacer por mí, pero me enseñó un nuevo camino que yo nunca vi.

—¿Cuál?

—El de vivir de acuerdo con mis expectativas y convicciones —sentencia, y sus palabras son como dos flechas que me atraviesan el estómago.

Niza me recuerda tanto a Hela que duele.

—A él le gustas. Me atrevería incluso a decir que está enamorado de ti —confieso y sonrío con nostalgia.

—No creo.

—Lo está —aseguro—. Lo conozco.

Se remueve en su silla con gesto afectado.

—¿Por qué me dices esto?

—Porque no quiero que se pierda algo así por mi culpa, por eso quería hablar contigo.

La mesera llega en ese momento y pone la botella de agua sobre la mesa.

—¿A qué te refieres con eso?

Frunzo los labios, recordando partes de nuestras vidas que muchas veces he querido borrar.

—No sé si alguna vez te lo dijo, pero muchas de sus novias… —Me detengo buscando las palabras adecuadas—. Muchas de las chicas con la que salió antes solo estaban con Clay para llegar a mí. Es una estupidez, pero la gente suele hacer cosas estúpidas.

—Eso, además de estúpido, es cruel.

—Sí, lo sé, pero así es como sucedieron las cosas. —Abro la botella y le doy un sorbo para desaparecer la resequedad—. Eso deterioró mucho nuestra relación. Nunca lo admitió, pero sé que impactó en su autoestima. Todos sus amigos, todas las personas a las que creía agradarles… parecieron de pronto un montón de buitres ansiosos por llegar a mí.

—A mí me lo ha admitido —menciona, y un dejo de tristeza se le desliza en el tono—. Y tienes razón, muchos lo conocen solo como tu hermano, cuando en realidad es mucho más.

—Sí, lo sé.

—Entonces, ¿lo hizo por venganza? —pregunta de la nada, y no entiendo.

—¿Perdón?

—Acostarse con Nerea, tu novia. ¿Lo hizo por venganza?

Un nudo se me forma en el estómago y el sabor a hiel se me extiende por la boca. Tomo otro

trago como si eso ayudara a borrar los restos de esos amargos recuerdos.

—Sí, creo que sí. Pero no me dolió que se acostara con ella, me dolió la intención del acto, aunque también lo comprendí. No lo justifico, pero lo entiendo.

Permanecemos en un silencio tenso e incómodo y no sé qué decir para romperlo. Mira el reloj en su móvil y abre la boca para hablar, pero la interrumpo.

—Su cumpleaños es la próxima semana —digo atropelladamente—. Estaba pensando que quizá… podríamos hacer algo para festejar ese día juntos.

—¿Su cumpleaños es la próxima semana?

—Octubre 3. Es la única fecha que recuerdo. —Me quito la gorra, me paso las manos por el cabello y me inclino hacia ella para tener más atención—. Mi idea es llevarlo a un lugar significativo para él y que lo comparta con nosotros. Creo que lo volvería más especial.

—¿Con nosotros?

—Contigo, conmigo. Vayamos a Roma por su cumpleaños —propongo abriendo los brazos con entusiasmo y ella palidece—. ¿Qué? ¿Dije algo malo? Tienes tu pasaporte vigente, ¿no?

—Sí, pero…

—¡Entonces está decidido! Iremos y celebraremos el cumpleaños de mi hermano en Italia.

—No tengo dinero —me corta—. Y no…

—No te preocupes por eso. —Le aprieto la mano en un gesto de confort—. Yo pagaré todo. Solo quiero que pase un buen cumpleaños por primera vez.

Abre y cierra la boca como un pez hasta que por fin reúne la convicción para hablar.

—No se trata del dinero. Aunque lo tuviera, no iría.

—¿Por qué no?

—Porque no me parece prudente ni adecuado. No quiero importunar. Deberían ir ustedes dos. —Se aleja de mi toque con lentitud—. Creo que lo necesitan mucho más.

—¿Tú crees?

—Sí. También creo que le debes una disculpa a tu hermano por absorber su tiempo y por preocuparlo tanto —dice firme—. Creo que lo cargas con responsabilidades que no le corresponden y que lo obligas a ser algo que no desea.

—Nunca lo he obligado a nada.

—Tal vez no conscientemente, pero la presión está ahí. Se presiona para estar a tu nivel, para superarte y salir del dominio de tu sombra, aunque la vida se le vaya en el proceso, y no es justo. Ni siquiera disfruta de la música.

—Claro que lo hace, lo conozco —espeto indignado.

—¿De verdad lo conoces? Porque no creo que sepas lo que en verdad le apasiona ni que estés al tanto de lo mucho que disfruta diseñar o dejar fluir la mente en sus tatuajes. Me parece cruel que deba cargar con una responsabilidad que no le corresponde y que desperdicie su vida haciendo algo que no le gusta solo por seguir con la tradición familiar.

La miro con la boca abierta, estupefacto.

—Si quieres ayudar a tu hermano, lo mejor que puedes hacer, desde mi perspectiva, es dejar de robarle su vida y tomar las riendas de la tuya.

—Yo… lo siento —musito con un intenso dolor que se me abre en el pecho.

—Lamento si te ofendí.

—No lo hiciste. No te preocupes. Tienes razón.

Asiente con el cuello rígido y el ambiente está tan tenso que me asfixia, así que me esfuerzo para desviar su atención.

—Entonces, ¿irás a Roma con nosotros?

—No, ya te dije que no puedo.

Me pongo en pie y camino hasta quedar frente a ella. Le ofrezco una mano y se incorpora también, confundida.

—Por favor, cumple ese deseo… como un favor de amigos.

—Lo pensaré —dice al final con vacilación.

—¡Genial! —Es la primera vez que siento que logro algo útil en un tiempo.

Frunce el ceño.

—Dios, eres más raro que una vaca sin ubres.

—¿Una qué sin qué?

—No importa. Debo irme. —Toma su mochila—. Y lamento si dije algo que no querías escuchar.

Me encojo de hombros.

—Las verdades que mejor nos describen son las que menos queremos escuchar. No es tu culpa tener razón, Liza.

—*Niza*. —Hace énfasis un poco irritada.

—Pero ya no será un problema cuando te llame cuñada, ¿verdad?

Le arranco una carcajada, profunda, y me hace sentir bien.

—Como tú digas.

—¿Te veré en el concierto? —pregunto esperanzado por avanzar con mi plan de Cupido en la presentación.

—Tal vez. —Camina hacia la puerta del local.

—¡Espero verte ahí, Liza!

La veo alejarse y no pierdo la sonrisa que se ensancha cuando veo a Mimi. Mi asistente se pone en pie, me alcanza y me planta un puño en el brazo.

—¡¿Por qué mierda me golpeas?!

—Porque estoy orgullosa de ti, idiota. —Levanta la vista hacia mí y sus ojos verdes envueltos por largas pestañas me encuentran—. Me alegra que le dieras una oportunidad. Es una buena chica.

Asiento mirando la puerta por la que se fue.

—Sí, lo es. Clay tiene mucha suerte —digo, y la melancolía se me filtra en las palabras—. Me recuerda a Hela, ¿sabes?

Mimi suspira, pero no sé si es por pesar o exasperación.

—Solo déjala ir, Bryce. Es el único modo en el que podrás seguir adelante.

Tenso la mandíbula.

—¿Cómo puedo seguir adelante si ella era el único motivo para avanzar?

—Existen más motivos. Tú te empeñas en no verlos.

Desvío la vista y la centro en mis pies. Sus palabras no surten ningún efecto en la tormenta nebulosa que es mi mente siempre que pienso en Hela. Necesito desconectarme.

—Voy al baño. —Doy un paso, pero ella me detiene tomándome del brazo.

—No, pagaremos y nos iremos. —Sus ojos son hielo puro.

—Está bien, pero tengo que ir al baño. ¿O quieres que orine en una botella en el auto?

—Por mí está bien. Sabes que me da igual verte. No serías el primero.

—¿Perdona? No quiero saber cuántos penes has visto ni quiero que veas el mío. Así que, si me disculpas...

Intento irme y de nuevo me frena. La exasperación me atenaza el pecho.

—Ya te he visto desnudo cuando estás borracho y tengo que cambiarte. Créeme, no es nada que me impresione. Vámonos.

Las ansias por consumir crecen y me aprietan la garganta.

—Tengo que ir al…

—Sé que vas a drogarte, así que para de una vez. No vas a engañarme.

Me suelto con brusquedad de su agarre.

—Bien, si ya lo sabes, entonces no interrumpas.

—Tienes un concierto en dos días —sisea en tono bajo para que los otros comensales no nos escuchen—. Debes estar limpio.

—Ya estuve limpio toda la semana para los ensayos. Me merezco un premio.

—Bryce…

—Ve al auto. Yo pagaré la cuenta —le ordeno.

Me mira mal. La indecisión se adueña de sus facciones al igual que la frustración, pero ni siquiera el mismo Cristo me frenaría de ir al baño ahora. Al final, baja sus armas y se resigna.

—Iba a decir que estaba orgullosa de ti por no consumir en casi una semana, pero olvídalo —sentencia con frialdad y me pasa por un lado dándome un golpe en el hombro.

La culpa me invade el pecho. Pienso en ir a la caja, pagar y seguirla, pero el monstruo de la necesidad es voraz y consume cualquier pensamiento. Con ansia, pago nuestra cuenta, le sonrío a la chica que nos atendió y me encierro en el baño para sentir que estoy vivo otra vez.

29 | Agujas

Clay

—Mierda. —Me llevo una mano al pecho cuando escucho la puerta de la tienda abrirse.

—Alguien se despertó de mal humor hoy. Qué sorpresa.

Levanto la cabeza para encontrar a Niza en el umbral. No sonríe, pero un retazo de diversión le embosca el rostro. Cuelga su suéter en el perchero y deja al descubierto su típica ropa de ejercicio: la blusa se le pega al cuerpo, enmarcando los huesos de sus hombros, su clavícula resalta definida y sus costillas se marcan a través de la tela.

Es una hermosa representación de la tragedia y el triunfo.

—¿Te quedarás ahí como una zarigüeya petrificada o me dejarás limpiar?

Estira la mano para tomar el trapeador que está apoyado en el mostrador. Mis ojos encuentran los suyos y noto la angustia que los embarga.

—Pensé que la tienda estaría sola. —Su voz es un hilo.

—Auch. ¿Quieres que me vaya?

De nuevo enlaza su mirada con la mía y sus ojos brillan con una tristeza incandescente.

—No, la verdad no. Quédate.

—¿Ya no estás enojada conmigo por la pelea?

—No tanto. Aún pienso que actuaste como un idiota por irte a los golpes para defender a tu hermano, pero así eres tú. —Se encoge de hombros y me dedica una sonrisa fugaz—. Además, he tenido tiempo de extrañarte toda la semana.

Soy un blando. Estoy a su merced. Esas palabras son suficientes para hacer saltar mi corazón por un precipicio sentimental. Dios, yo soy el que debería lanzarse de un precipicio pensando tanta cursilería, pero no puedo evitarlo. Lo que ella me hace sentir me rebasa y, en un impulso que no me molesto por sofocar, la rodeo con los brazos y la estrecho contra mí. Me corresponde enseguida con el doble de fuerza. Me impregno del olor a cítrico que desprende, de su calor, de ella. Quiero tomarlo todo y llevarla conmigo a todos lados.

No sé cuánto tiempo estamos así, pero seguimos abrazados por lo que parece una eternidad, incluso cuando la emoción del momento cesa y nos conformamos con percibir la cercanía del otro.

—¿Me dirás qué te pasa? —digo después de un rato, cuando el silencio es lo único que nos envuelve.

No pretendía preguntar, pero las ojeras son difíciles de obviar. Suspira cansada, mas no deja de rodearme con los delgados brazos. Mantiene la cabeza apoyada en mi pecho, como si quisiera

ocultarse ahí del resto del mundo.

—Winslet —confiesa, y el estómago me arde al escuchar ese maldito nombre.

—¿Qué hizo esa bruja ahora? —espeto con los dientes apretados, anticipando el ataque de cólera que tendré.

—Me quitó el protagónico porque Eridan le dijo que te vio salir de los vestidores.

Sí, tenía razón: la sangre me hierve apenas termina de hablar. Eridan. Ese era el nombre de esa hija de puta que me parecía tan familiar. La alejo con suavidad tomándola de los hombros. Lucha por no lucir afectada, pero falla.

—Me vio salir, sí, incluso me indicó dónde estaba la puerta. Nunca creí que lo usaría en tu contra. Eso es bajo.

—Eso es lo normal.

—Es mezquino. ¿No puedes hablar con Winslet para explicarle?

—Nunca la haría cambiar de opinión. Además, ya lo intenté. Incluso el señor Rothbart intercedió por mí y no funcionó.

—¿Y qué dijo?

—Eso, que no sería la solista. —Suspira—. Da igual, ya pasó, ya perdí la oportunidad.

Me siento como un imbécil por arruinar algo tan importante para ella solo por unos momentos de placer que ahora me saben a ceniza.

—Perdón. —La tomo de la cara con suavidad y me destroza contemplar sus bonitos ojos llenos de tristeza—. Lamento muchísimo que me atrapara. Si pudiera regresar el tiempo atrás, yo…

—No es tu culpa. No es culpa de nadie, solo de Winslet —dice con amargura y deja que el dolor la abarque un momento más para llenarse de determinación—. Pero está bien, vendrán nuevas oportunidades. Confío en ello.

Su firmeza me hace aletear algo en el estómago y me pilla desprevenido.

—¿A qué se debe ese cambio de actitud tan repentino?

Retira mis manos de su rostro y es su turno de sonreír.

—Dejémoslo en que eres un buen maestro… y yo una buena alumna.

Enarco ambas cejas, perdido.

—¿Qué?

—Hablé con tu hermano —menciona como si hablara de algo tan banal como limpiar la tienda.

—¿Cuándo?

—Hoy por la tarde, en un café. Me citó a través de su asistente.

De acuerdo, eso no lo vi venir. No es sano, pero una punzada de celos creada por años de antecedentes con otras chicas que caen por mi hermano me invade.

—¿Qué quería?

Se muerde el labio, vacilante, y la duda me asfixia.

—Hablar de ti. De nosotros. —Se acerca, me toca el pecho y percibo su calor a través de la ropa.

—¿Qué quería saber sobre nosotros?

—Cuál es nuestra relación, eso quería saber.

El malestar se hace más grande y me enreda las entrañas. Si esto es una treta suya para vengarse de mí por alguna estupidez del pasado y está usando a Niza para ello, voy a matarlo.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije la verdad.

—¿Qué verdad?

—Que me has enseñado a ver más allá de la luna, hacia las estrellas.

Sonrío. El cariño me llena. Acorto la distancia que nos separa con la intención de besarla, pero ella me detiene presionándome el pecho.

—Aún me debes una disculpa por lo del vestidor. —La maldad reluce nítida en sus ojos miel y me hace punzar la entrepierna.

Me gusta cuando es dulce, pero cuando es pura determinación pierdo la cabeza.

—Sobre eso… —Me alejo y voy hasta el refrigerador que hay en la tienda.

Tomo lo que guardé para ella. Regreso y le entrego mi ofrenda de paz, pero lo único que pende entre nosotros es confusión.

—¿Una naranja?

—Lo siento. Es la manera que tiene tu pueblo de pedir disculpas, ¿no?

Algo brilla y retoza en sus ojos. Me siento un imbécil, no debí hacerlo. Debí solo recitar las palabras y ya está, no asustarla de esta manera tan… El tren de mis pensamientos se interrumpe cuando la escucho reír, fuerte, claro y profundo, después de mucho tiempo. El sonido reverbera en la habitación y parece quedarse enfrascado aquí, o tal vez en mi mente, que atesora el sonido.

—Clay, usamos mandarinas para pedir disculpas, no naranjas.

Arrugo la frente.

—Pero te gustan las naranjas.

—Sí, cierto, prefiero las naranjas.

—Pues ya está. Te la puedes comer.

Me mira sin dejar de sonreír.

—De acuerdo. Estás a prueba.

Estoy a punto de replicar cuando enarca esa ceja audaz, desafiándome a contradecirla, así que me abstengo.

—¿Sabes dónde hay un cuchillo?

—¿Para que me apuñales con él? No.

Me da un empujón y río, me dejo llevar por la atmósfera despreocupada que nos rodea y vacío la mente de todo lo demás.

—Para partir la naranja y darte la mitad, idiota —aclara mirando en los cajones del mostrador.

Busco entre los gabinetes que hay cerca del refrigerador, lo encuentro y, después de ir al baño a lavarlo, regreso junto a Niza.

—Solo prométeme que no te quedarás con mi corazón. —Le ofrezco el mango del cuchillo.

—Muy tarde —sentencia apenas lo toma; la malicia le resplandece en el rostro.

Comienza a partir la fruta por la mitad; trabaja con cuidado y en silencio. Le ofrezco un plato que he robado de las cosas de Klein y deposita ahí los pedazos.

—Deberíamos comérnosla en la azotea —sugiero.

—¿Por qué?

—Hoy, durante el ensayo con Riot 911, escuché decir a Aaron que habría una lluvia de estrellas —explico sin dejar de mirarla—. Y como te estoy enseñando a ver las estrellas, me parece un buen ejercicio.

La sonrisa que me dedica es tan brillante que podría derretir la Antártida.

—Te estás tomando muy en serio tu papel de maestro.

—Claro, es muy importante.

—De acuerdo. Comamos en la azotea.

Subimos por una escalera de incendios hasta el techo y, aunque no es el lugar ideal para una cita romántica por el montón de polvo y mierda de paloma, se siente perfecto porque es Niza quien me acompaña. Una ventisca fría pasa de pronto, anunciando el cambio de clima que traerá octubre. Niza se estrecha contra mí para obtener calor, como si este fuera su lugar, como si mi cuerpo hubiera sido creado para encajar con el suyo. El cielo está estrellado y las luces de los astros titilan sobre nuestras cabezas como luciérnagas a lo lejos, lanzando pequeños destellos.

—¿Seguro de que veremos la lluvia de estrellas? —pregunta después de un rato.

—Tal vez ya la estemos viendo.

—No lo notaría. Nunca he visto una lluvia de estrellas.

—La verdad yo tampoco, pero me conformo con esto. —Bajo la vista hacia ella, su rostro iluminado parcialmente por la luz de la luna.

Me observa muy atenta, como si me estudiara o intentara descifrar el significado real detrás de esa frase. Mis ojos caen a sus labios, a esos que me quiero comer. Sé que Niza puede leerme mejor que nadie y lo capta, porque me detiene cuando me acerco con las intenciones escritas en la cara.

—Clay, sigo enojada contigo.

—¿Muy enojada?

—Sí.

—¿Mucho?

Se pasa la lengua por los labios de la misma manera que yo quiero hacérselo y es como una invitación.

—Mucho.

—Okey, mucho. Lo siento.

Mi nariz roza la suya y dejo que los pulmones que se me llenen de su esencia. La calidez de su boca golpea la mía; se combinan, se unen, invitándose una a la otra. Entonces cierra los ojos y sé que su determinación se ha ido al carajo. Me muevo para acunarle la cara con las manos y la beso. Finalmente, después de una semana sin probarla, percibo el sabor de su boca. La estrecho contra mí, tomo y tomo, permitiendo que el frenesí del momento nos abarque y que esas emociones reprimidas por días exploten sobre ella. Le beso con rudeza, como un hombre codicioso que lo quiere todo. Ella me corresponde con la misma necesidad.

Cuando nos separamos, suelta el aire. Está alterada, el pecho se le mueve con pesadez y tiene las mejillas sonrojadas y las pupilas dilatadas. Es preciosa cuando muestra esa faceta. Estoy a punto de atacarle la boca otra vez para apaciguar este deseo que no cesa, cuando señala al cielo.

—¡Clay, las estrellas!

Me giro a tiempo para ver tres estrellas fugaces caer en diferentes direcciones, como haces de luz que rasgan la inmensa oscuridad. Es un espectáculo precioso, pero la que me roba el aire está a mi lado. Apoya la cabeza sobre mi brazo, se lleva un pedazo de naranja a la boca y me ofrece uno directamente de la mano. Es infantil, pero también íntimo y me llena de plenitud.

Sonríe y se estira para plantarme un beso que me sabe a la fruta.

—Gracias por enseñarme a ver las estrellas, Clay.

Mi mente queda en blanco. Durante años, sentí que mi destino era seguir con un legado que no deseaba y, cada vez que lo enfrentaba, era como tener agujas enterradas en el corazón.

Ahora, mientras Niza come a mi lado y contemplo las estrellas, sé que tengo otros caminos

por recorrer.

***

Helios y Max son los últimos en entrar a la sala de grabación de nuestro edificio. RJ y E.T. fueron los primeros en llegar e insistieron en saber por qué convocaba una reunión de la banda con tanta premura, pero yo no quería decir ninguna palabra hasta que estuviéramos todos.

Helios tiene el esbozo de una sonrisa en el rostro, como si esperara algo bueno de esto, y yo tomo una bocanada de aire para enfrentar lo que vendrá a continuación.

—¿Y bien? ¿Qué es eso tan urgente que debes decirnos que no puede ser por mensaje? —Max es el primero en hablar. No lo dice, pero también está ansioso por saber.

—Cierto, interrumpí un trabajo muy importante por esta reunión —dice Helios.

—¿Entre las piernas de Diane?

—Cállate, RJ. —Le da una patada en la espinilla no muy fuerte, pero un rubor se muestra en sus mejillas.

Decido hablar antes de que comiencen a discutir sobre otra tontería y perdamos más tiempo.

—Cantaré con Bryce —suelto sin tacto.

Todos guardan silencio. Casi puedo escuchar sus engranajes trabajar para asimilarlo. Me preparo para los estallidos de rabia o los reproches, pero nada llega. En cambio, una enorme sonrisa parte los labios de Max.

—Viejo, eso es increíble.

«¿Qué? ¿Por qué me felicita en lugar de querer matarme?».

—Me alegra que recapacitaras y te dieras cuenta de que una colaboración con tu hermano es lo mejor para la banda. ¿Cuándo nos presentamos en el Sax Poison?

—¿O hablas de aceptar la propuesta de grabación de la disquera? Porque esa también es buena opción —interviene Helios.

—Creo que una presentación sería lo mejor —dice RJ—, así podemos saber qué tanto les gusta a los demás nuestra música y…

—No me entendieron. —Corto sus estúpidas ilusiones—. No hablo de que la banda cante con Bryce, solo yo lo haré.

Las reacciones que anticipé no se hacen esperar. El primero en darse cuenta de lo que significa es Max, que da un paso hacia mí, amenazador.

—¿Solo tú? —sisea tratando de controlarse—. ¿Qué mierda significa eso, Clay?

—Lo que escuchaste.

Encuadro los hombros para sostener mi postura. Estoy rompiendo sus ilusiones de un buen debut y posiblemente perderé a varios amigos después de esto, pero Bryce es más importante. Siempre es más importante.

—¿Por qué solo tú? —inquiere Helios furioso, con los ojos encendidos—. Siempre decías que no querías colaborar con tu hermano para que no te compararan con él o pensaran que te colgabas de su fama, ¿y ahora vas a cantar junto a él? ¿En su banda?

Asiento con el cuello rígido. Max, que siempre ha sido más volátil, me da un violento empujón que también atiza a mi mal humor.

—¿Qué te pasa? Creí que estábamos juntos en esto. ¿De pronto tu hermano regresa y tú abandonas el barco para correr junto a él?

—Su representante me lo ofreció, no Bryce —explico sin quitarle los ojos de encima y luchando por contenerme para no darles la versión completa de mis motivaciones.

—¡Ah, vaya! —dice Helios mordaz, abriendo los brazos—. ¿Y no pensaste que nosotros también querríamos esa oportunidad, egoísta de mierda?

—No lo hice por la banda.

—Claramente no —me interrumpe Max, perforándome con la mirada—. ¿Cuándo ibas a decirnos que éramos tu pasatiempo mientras conseguías un lugar en la banda de tu hermano? Para ti somos un juego; para nosotros esto es importante.

—¡No son un juego! —corto sus estupideces—. Lo hice por el bien de Bryce, para estar junto a él más tiempo, para ser su sombra.

—¿Pretendes que te creamos esa mierda? Todo el tiempo decías que odiabas la idea de «ser su sombra», ¿y de pronto quieres convertirte en eso?

Aprieto los puños, colérico y frustrado con este par de imbéciles que no ven más allá de sus propios intereses. Inhalo y exhalo por la boca para mantener el control y no perder los estribos.

—Nadir solo quiere mejorar la imagen de Bryce después de los escándalos que ha tenido y cree que una buena estrategia es apelar al lado emocional del público, por eso me invitó a participar. Solo está usándome.

—Ya quisiera yo que me usaran así —dice E.T.

Lo fulmino con la mirada, pero él sigue mirándome impertérrito.

—Yo quería que la gira se suspendiera para que Bryce se rehabilitara. Nadir me permitió ingresarlo solo después de la culminación de la gira a cambio de dejarme usar como gancho emocional. ¿No lo ven? Esto también es una mierda para mí, no quiero que siga usando a mi hermano, no quiero su fama, no quiero cantar con él, no quiero aparecer en el escenario y…

—Cállate de una puta vez o te romperé la boca. —La voz de Max está llena de odio—. Deja de inventar excusas estúpidas y solo acepta que nos cambiaste por el camino fácil.

—¡No lo hice! ¿Por qué no me escuchas?

—¡Porque eres un mentiroso!

Estoy tan enojado que quiero golpear algo. O a alguien, como al imbécil que tengo delante. Acorto la distancia que nos separa con la intención de concretar lo que pienso y al parecer él piensa lo mismo, hasta que Helios le pone una mano en el hombro para detenerlo.

—Ya fue suficiente. No gastes tu energía en él. No lo merece. —Les hace una seña con la cabeza a E.T. y RJ—. Vámonos de aquí, dejemos que el niño regrese llorando con su hermano.

Max me dedica una sonrisa torcida.

—Sí, alguien como tú no merece ser parte de nosotros. Espero que tú, tu hermano y su puta banda se vayan a la mierda.

Me dan la espalda y se retiran sin pensarlo dos veces. Estoy tan enojado que el pecho me quema y por poco olvido que RJ sigue aquí.

—¿Tú no irás tras ellos como un perro? —inquiero tenso.

RJ parece descolocado e indeciso. Camina hacia mí, me pone una mano en el hombro y le da un apretón.

—Somos más que compañeros de banda, lo sabes. Soy tu amigo. —Me dedica una sonrisa pequeña—. Yo te creo. Sé por qué lo haces. Hablaré con los chicos cuando se les baje el enojo. Ya verás, te aceptarán de vuelta.

Espero que la idea me alivie, pero lejos de hacerlo, me estresa. Aunque me cueste admitirlo, lo que en verdad me tranquiliza es estar fuera. Ya no tener un compromiso con la banda a largo

plazo. Se vuelve cada vez más obvio que no quiero ser parte de algo que tenga que ver con la música.

—Déjalo. Es mejor así.

RJ hace una mueca de confusión.

—¿Estás seguro?

Asiento. De hecho, es de las pocas cosas que sé con certeza: no quiero tener nada que ver con la música después de mi colaboración con Bryce. RJ resopla con pesadez y se pasa una mano por el cabello rizado y corto.

—Bien, será como tú quieras, entonces. ¿Estás listo para el concierto?

Es la pregunta del millón: ¿lo estoy? Las palabras de Max me resuenan en la cabeza como un mal presagio y temo que algo terrible le ocurra a Bryce durante o después del concierto, pero las aparto.

—No, no lo estoy, pero tengo que hacerlo.

30 | Luz

Clay

La cantidad de gente que nos espera al bajar de los autos es alucinante. La locura que se apodera del lugar apenas la banda pone un pie en la alfombra me deja pasmado. Es como si fueran dioses bajando a la Tierra, admirados y amados por la multitud.

Ese es el impacto del fenómeno, la magnitud de la devoción hacia Riot 911 y el imperio que han creado. Mi hermano va a la cabeza de la fila, regala autógrafos y se comporta como si hubiera nacido para esto. El resto de los chicos hace algo similar: Aaron obsequia sonrisas, Mitch besa a unas cuantas fans que están a punto de desmayarse, mientras que Kirk y Dave se dejan sacar fotografías por todas partes.

Los *flashes* de las cámaras me dejan ciego por un momento. No me piden lo mismo que a los otros porque no me conocen y, en lugar de sentirme ofendido, me siento aliviado. La fama no es mi sueño.

El recorrido hasta la sección del *backstage* me parece eterno, pero apenas ponemos un pie lejos de los reflectores y el tumulto, suelto el aire. Fue como sobrevivir a un campo de guerra allá afuera.

—¡Eso fue genial, hombre! —Aaron me pasa un brazo por los hombros exudando euforia—. ¿Qué se siente ser famoso?

—Aún estoy tratando de averiguarlo. —Lo retiro con delicadeza, pero sonrío para no arruinar su ánimo.

—Chicos, ¿están listos? —Nadir se aproxima hacia nosotros con una enorme sonrisa.

—Nosotros sí —dice Mitch y me mira fijo—. ¿Lo estás tú?

El recelo que trata de esconder en su tono casual es evidente. Desde que Nadir planteó la idea de que yo formara parte de la banda en este concierto para conectar con los fans y recrear el momento fraternal entre Bryce y yo, Mitch ha tenido sus reservas. No lo culpo. Siempre han sido solo cinco y, a pesar de ser este un evento especial y de única ocasión, debe de ser incómodo tener que aceptar a un desconocido.

—Lo está. —Mi hermano me echa un brazo a los hombros a modo protector y retiro su tacto con brusquedad al percibir el leve olor a licor en su aliento—. Todos lo amarán —asegura.

Debería sentirme agradecido por que depositara tanta confianza en mí, pero el enojo que percibo porque ya está bebiendo, cuando ni siquiera llevamos cinco minutos en el estadio, me gana.

—Eso espero —añade Dave—. No quiero que cague mi solo.

—Cállate, Dave, tú tocas el bajo, con eso no puedes hacer un solo —rebate Kirk burlón.

—¿Quién dice que no puedo, hijo de perra? —se defiende, y pronto se enzarzan en una de sus discusiones habituales por descubrir quién es mejor músico y quién la tiene más grande.

—Lo harás bien —me asegura mi hermano, y el olor a vodka me escuece la nariz—. Lo llevas en la sangre.

—Lo que tú digas.

Nadir aprovecha el momento en que casi todos se van a la prueba de sonido para abordar a Bryce a solas, o casi a solas, pues yo permanezco a su lado.

—Quería sugerirte algo.

Por la forma en que lo dice, sé que no me gustará y a mi hermano tampoco.

—¿Qué? —Sorbe por la nariz, que está enrojecida, y me pregunto si consumió o es por causa del alcohol.

—Estaba pensando que deberíamos incluir en el *setlist* la canción que escribiste para Hela.

Por un momento Bryce no reacciona, como si el cerebro se le hubiera fundido, hasta que, un segundo después, su expresión cambia y se torna oscura, peligrosa.

—¿Hablas de «Elemental»?

—Sí, esa misma. A los fans les encanta. Es una bonita canción de amor, la multitud se volverá loca y aumentará el furor.

Conozco esa canción. Es básicamente el testimonio de la relación que mi hermano tuvo con Hela, un homenaje a su amor. No estuve ahí cuando la escribió, pero sí cuando la cantaba ahogado en lágrimas y alcohol.

—No. —Lo escucho decir tajante.

Nadir hace una mueca de agravio.

—Sería una buena sorpresa.

—Dije que no —repite con una resolución que nunca vi en él—. Esa canción la escribí para Hela; es solo para ella.

—Qué bien, muy conmovedor, pero la cantarás ahora.

Mi hermano da un paso hacia él adoptando una postura rígida, amenazante, y me preparo para intervenir en caso de ser necesario.

—Te dije que no. Solo la canto cuando ella está. ¿La ves aquí por algún lado? —Le sostiene la mirada, desafiante.

Nadir tensa la boca y creo que retrocederá justo cuando habla.

—Si no está aquí, es por tu culpa. Tienes un contrato; apégate a él. No creo que necesites otro problema legal además de la orden de alejamiento que puso Aspen en tu contra.

Bryce palidece un tono y su cuerpo entero tiembla de rabia.

—El equipo de sonido y el resto de los chicos ya tienen la instrucción: la cantarás justo después de «Beautiful Nightmare» —sentencia el representante—. Solo faltaban ustedes dos por enterarse. Me imagino que sabes cuáles son los acordes y la letra de la canción, ¿verdad? —me pregunta, y asiento con rigidez—. Bien, entonces vayan a la prueba de sonido y después a la de vestuario.

Sin decir una palabra más, se retira para coordinar una nueva faena.

Mi hermano se pasa las manos por el cabello, la frustración cincelada en sus facciones.

—Es un hijo de perra —maldice con la voz cargada de odio, y estoy de acuerdo.

Bryce solo ha cantado la canción en dos ocasiones: cuando Riot 911 tuvo su primer concierto en grande aquí en la ciudad y cuando le pidió matrimonio a Hela. Obviamente, en ambas

ocasiones ella estuvo presente.

—¿No puedes solo no cantarla? —sugiero como último recurso.

—No, eso sería peor. Podría arruinar el concierto y nuestra relación con la disquera y los patrocinadores. —De nuevo se pasa las manos por el cabello.

—Tranquilízate —le digo cuando las manos comienzan a temblarle—. Tienes una presentación en menos de cuarenta minutos. No pueden verte así.

—Lo sé. —Suspira y se frota el rostro, aunque los vestigios de frustración se quedan impresos en él—. No quiero cantarla.

—Es solo una canción, solo cántala y ya está. ¿Cuál es el problema?

—Que es algo especial, una canción hecha para alguien especial. No puedo cantarla solo porque sí, no puedo hacerlo frente a miles de personas sin que la persona por la que sentí todo aquello esté aquí.

—¿Por qué?

—Porque entonces perdería todo el significado. Ya no sería especial. Esa canción se le debe cantar a alguien a quien ames, ¿entiendes? —Permanezco impasible y se rinde—. Olvídalo, a la mierda, la cantaré. ¿Qué más puedo arruinar? Ya no queda nada.

Una chica del *staff* con una alta coleta lo llama y se lo lleva del brazo a un lugar que desconozco, pero parlotea sobre las cadenas en el vestuario de mi hermano y una plataforma. Por un momento me siento fuera de lugar en este espacio tan vertiginoso: los técnicos van y vienen, los organizadores se encargan de dejarlo todo listo y el *staff* en general solo grita órdenes a diestra y siniestra. Es como ser parte de la decoración, y me siento desprovisto de vida hasta que mis ojos captan una mota rojiza. Creo que estoy alucinando, pero la imagen se vuelve más nítida: Niza entra en el área del *backstage*. Me sonríe apenas sus ojos me encuentran y todo en mi interior se ilumina como un escenario que ha permanecido demasiado tiempo a oscuras.

—Creí que no los alcanzaríamos.

Lleva un vestido plateado hasta la mitad del muslo con brillos delicados. Los rizos sueltos, definidos y domados le dan a su cabello rebelde el efecto de una fogata taimada. La prenda se le ajusta a la pequeña cintura y delinea su figura hasta rematar las preciosas piernas con los tacones que viste.

—El tipo de la entrada no iba a dejarnos pasar hasta que Niza dijo su nombre. —La voz de Nerea rompe el hechizo.

Reparo en ella, aunque no viene sola. Está acompañada por dos tipos que no reconozco.

—¿A qué te refieres?

—Nos preguntó quiénes demonios éramos y con quién veníamos. Le mostré los pases VIP que me dio tu hermano, ¡y creyó que eran falsos! —se queja la rubia retirándose un mechón rizado de la cara—. Malditos incompetentes.

—Niza nos salvó —habla uno de los tipos.

—Gracias por incluirme en la lista. —Me dedica una mirada cómplice y me aprieta la mano.

El gesto es reconfortante y disuelve un poco de la tensión acumulada por el evento.

—Chicos, prepárense —nos llama de pronto un tipo del equipo con una radio en la mano—. El concierto comenzará en veinte minutos. —Irrumpe en nuestro círculo y se detiene frente a mí —. Ven conmigo. Tenemos que prepararte. ¿Estuviste en la prueba de sonido?

Estoy a punto de responder, pero le quita importancia con un gesto de la mano.

—No importa. Tenemos que darnos prisa. —Mira su iPad—. Me dicen los maquillistas que te quieren en el camerino B4. Andando.

Hace el ademán de tomarme del brazo, pero lo retiro con brusquedad.

—Está bien, sé dónde queda. Puedo ir yo mismo. —Le sostengo la mirada, retándolo a desafiarme: la vacilación nace en su semblante.

Se pasa la lengua por los labios y asiente antes de hablar por la radio.

—Helen, el chico va contigo al B4. —Lo escucho decir antes de retirarse a paso apresurado.

El miedo se hace presente con cada latir de mi corazón; me recuerda que el tiempo avanza y estoy cada vez más cerca de presentarme ante miles y miles de personas. ¿Lo peor? Ni siquiera estoy convencido de querer hacer esto. Sí, es tentador. Sí, es un camino fácil para tener un lugar en el mundo en que mi familia construyó su fortuna y su fama, pero no es lo que quiero. No quiero estar expuesto y ser escrutado y despedazado por miles de ojos que buscarán obtener hasta lo último de mí. Mis pensamientos se interrumpen cuando siento que unos dedos delgados rozan los míos. Es un toque tímido y gentil.

—¿Estarás ahí cuando todo termine? —le pregunto en el pequeño espacio silencioso que hemos creado: ningún ruido de la producción y la prueba de sonido puede penetrarlo.

Asiente con lentitud, regalándome mucho más que un simple gesto, y caigo en la cuenta de que Niza es justamente eso para mí: certeza, seguridad, confort.

Sé que estará para mí. Estará para mí como yo estaré para ella. Estaré junto a ella para acompañarla en esta y mil vidas más.

***

—Ven conmigo. Tienes que ponerte el vestuario y los micrófonos.

Lo último que veo es a Niza partir junto a otra chica que la lleva fuera del *backstage*. Caminamos en silencio por un largo pasillo y entro a un cuarto donde un tipo me espera.

—Ponte esto. —Me ofrece un conjunto de pantalones de cuero y una camiseta negra personalizada con el logo de Riot 911 estampado en la espalda.

Marcho hasta el baño y hago lo que me pide. Cuando termino de vestirme, siento que contemplo el cuerpo de otra persona y no el mío. Al salir, el tipo me espera ya con un par de brochas.

—Toma asiento.

Lo obedezco sin chistar. Comienza a ponerme polvo traslúcido en la cara. Las partículas se me cuelan en la nariz y hacen que me pique. La puerta se abre justo cuando estoy por mandarlo a la mierda.

—¿Qué ocurrió? —Bryce se apoya en el marco, listo para dar su espectáculo.

Parece otra persona. Lleva una camiseta oscura sin mangas, a juego con unos pantalones apretados del mismo tono y botas. Transpira un poco en las sienes, pero hay un séquito de personas detrás que le retocan la ropa e incluso le retiran el sudor de la cara.

—Nada. Me encontré con Niza antes de venir aquí y me entretuve un rato.

Gruño molesto al sentir que el tipo me empolva la nariz otra vez. Escucho la risita de Bryce.

—¿Haciendo travesuras antes del concierto? No es muy profesional de tu parte, hermanito.

—Jódete —espeto sin humor.

—Entramos en dos minutos —anuncia un chico que se cuela sin permiso a la habitación para ponerme los micrófonos—. Sabes cuál es tu lugar, ¿no?

—Sí, soy la segunda guitarra, junto a mi hermano. Como en los ensayos —contesto seguro, y

el tipo asiente a modo de aprobación antes de retirarse.

—Estás listo —dice mi maquillista y me pongo en pie.

—No quiero cantar la canción. —Escucho el pesar en la voz de Bryce mientras salimos juntos y nos ubicamos frente al telón con el resto de la banda.

El corazón me aumenta en tempo como si fuera una máquina motora con vida propia, la emoción me corre por las venas y los oídos me zumban. La euforia de la fama me roza los pies y me hincha el pecho, pero me sabe tan amarga como el regusto que deja el tabaco en la boca luego de fumar.

Entonces, justo antes de que el telón se abra y la multitud enloquezca, giro el rostro hacia mi hermano.

—La canción no perderá su significado, te lo prometo.

—Tengo que cantarla, Clay. —Se pasa la correa de la guitarra por la cabeza al mismo tiempo que yo—. No hay nada que puedas hacer por mí.

—Deja que la cante yo. Haré que siga siendo especial. Confía en mí.

Algo le ilumina los ojos, pero no tengo tiempo para descubrir lo que es. El telón se abre y el público embravece apenas ponemos un pie sobre el escenario. Expulso todo el aire de los pulmones. El estadio está repleto, no hay un solo espacio vacío, donde sea que mire hay alguien. Es estremecedor, abrumador incluso, estar frente a tantísimas personas que mueren por ti, que te admiran y te hacen su ídolo. Nunca entendí por qué Bryce se aferraba a la música incluso después de su ruptura con Hela, pero ahora comprendo un poco. Es embriagador, alucinante.

Algo que todos anhelan, pero solo unos pocos consiguen.

Tomamos nuestros puestos, le lanzo una última mirada a mi hermano y Mitch toca la guitarra para iniciar con «Irresistible», la primera canción escrita por Riot 911.

Observo a Bryce mientras canto junto a la banda. Este es mi hermano, haciendo lo que ama y amando lo que hace. Esto es Bryce Hawthorne, no el drogadicto, no el hermano dependiente, no el hombre con el corazón roto. Es la estrella, la leyenda y el ídolo de millones de personas. Y es eso lo que nos distingue: podré tener su talento, pero jamás tendré su luz ni su capacidad para tocar el corazón de millones de personas con una sola nota. No, mi manera es diferente.

Continuamos tocando y, con cada segundo que pasa, más repleto me parece el lugar. Hay miles de rostros, móviles que apuntan en nuestra dirección y voces que corean las letras. El mundo tiene la atención puesta sobre nosotros, pero yo solo tengo ojos para una persona: encuentro a Niza en la primera fila, su rostro tan cerca que solo tendría que caminar al borde del escenario e inclinarme para besarla. Está tan animada como el resto del público y la veo sonreír como pocas veces. Verla me llena y enciende en mi interior una llamarada más intensa que aquella iniciada por la fama y el vitoreo.

Terminamos la última canción con un acorde contundente que resuena en el estadio, pero se pierde entre los gritos de la multitud embriagada por nuestro concierto. Bryce me mira consternado cuando «Elemental» comienza a sonar.

Los suaves sonidos del violín se mezclan con las notas del piano. Ya no hay marcha atrás. Tomo el liderazgo, doy un paso al frente y los reflectores se concentran sobre mí. Al inicio hay cierta confusión por parte del público, que espera en silencio a que un miembro de la banda tome el micrófono y continúe la canción, pero no dejo de cantar. No escribí la letra, pero la siento tan profundamente como lo hace mi hermano. Entiendo lo perdido que estaba él antes de encontrar a Hela, la oscuridad que se esfumó luego de encontrar su luz. Llevo a Niza en mi piel igual que Bryce tiene a Hela impresa en la suya. Sé que a pesar de lo insignificante que esa bailarina

testaruda cree ser, para mí es algo elemental, algo que dota de sentido a mi vida.

Sigo cantando sin despegar la vista de ella. Cada palabra retumba en mi interior, sincera y profunda. De pronto, la sensación de exposición y la vulnerabilidad desaparecen igual que el resto del mundo. El público pierde su enfoque y Niza adquiere nitidez, como si fuera lo único que resplandeciera.

«Eres aquello que no creí necesitar y se convirtió en algo elemental». Mis ojos sostienen los suyos y me pongo de cuclillas en el borde del escenario; quedamos a unos cuantos centímetros de distancia mientras canto para ella, solo para ella.

Cuando la canción termina, respiro con pesadez y algunas gotas de sudor me corren por la frente. Mis ojos aún sostienen los suyos. Ninguno dice una palabra, pero no necesitamos hacerlo. Ambos sabemos lo que acabamos de compartir. Le guiño un ojo de modo juguetón antes de incorporarme y marchar con el resto de la banda. El rugido del público ahoga el de mi acelerado latir. Todo en mi interior vibra y le sonrío a mi hermano. Él me devuelve la sonrisa.

***

Nerea le echa los brazos a Bryce apenas termina el concierto. «¿En qué momento llegaron?». Mis ojos buscan a Niza como un par de imanes atraídos por el metal y siento un peso menos al encontrarla. Me regala una sonrisa enorme.

—¡Eso fue increíble! —Es su turno de abrazarme.

Aunque todos en la banda y el *staff* lo hicieron, su contacto era el único que ansiaba. La mantengo presa en los confines de mis brazos hasta que el estruendo de una puerta a la que azotan rompe con la amena atmósfera: Nadir llega de pronto y, por su postura tensa y apariencia furibunda, la cosa no pinta bien.

—Teníamos un trato: se supone que tú cantarías la canción, no él —espeta sin disimular su disgusto y me señala.

—El único lugar donde teníamos un trato era en tu cabeza; yo nunca accedí a cantar esa canción —se burla Bryce dándole un trago a su cerveza—. A la gente le encantó. ¿No era lo que querías? Ahora aman tanto a Clay como me aman a mí.

Intenta retirarse, pero el hombre se lo impide poniéndole una mano en el pecho.

—La estrategia no era esa. Le prometí a tu hermano sus cinco minutos de fama si postergaba tu entrada a un centro de rehabilitación para terminar la gira, pero todos saben que esa canción solo la cantas tú.

Le dedico una mirada de muerte al imbécil de Nadir, aunque yo me siento más idiota por confiar en él. Ahora me hace ver como un traidor que entrega a su hermano solo por fama. Bryce no se inmuta, pero exuda una estela de agravio.

—Ambos obtuvieron lo que querían. ¿Por qué te estás quejando? —pregunta con calma, aunque noto la ira que subyace a sus palabras.

—Bryce…

—Él tiene razón, Nadir —interviene Mitch—. Lo cierto es que el pequeño Clay lo hizo genial en el escenario. Todos estaban cautivados con su interpretación de «Elemental». Lo hizo incluso mejor que Bryce.

Mi hermano sonríe, marcha hasta la mesa de aperitivos, se sirve un nuevo vaso de licor y se lo bebe de golpe.

—Podría ser una buena adquisición para la banda —dice Aaron.

Nadir frunce los labios con displicencia, como si resistiera el impulso de decir algo más. Con el gesto aún contraído, gira sobre sus talones y se marcha.

Mi hermano llega hasta mí y me rodea los hombros con su brazo.

—Eso fue increíble, ¿no, Clayton? —El olor a licor en su aliento me golpea de lleno la cara —. Eres una estrella, hermanito.

—En verdad lo es. —Escucho decir a Niza mientras Kirk y Dave se muestran de acuerdo también.

Sonrío algo incómodo. No sé qué piensa Bryce, pero lo conozco lo suficiente como para saber que no le agrada del todo mi inmersión en la industria de la música. Tal vez se siente amenazado por mí o celoso o… Me detengo al darme cuenta de lo que estoy pensando. «¿Mi hermano celoso de mí? Eso es una tontería. No tenemos comparación. Él es un Dios de la música, un genio de las letras, y yo soy… nada. Comparado con él, yo soy nada».

—¿Es ella tu nueva novia? —interviene Kirk.

Todos nos miran expectantes. Bryce retira el brazo de mis hombros y habla por mí.

—Sí, ella es Liza, la novia de mi hermano —la presenta con un toque de orgullo.

—Es Niza —lo corrige irritada.

—Sí, pero eso no quita que seas la novia de mi hermano, ¿cierto?

—Hola, Liza —la saluda Aaron con ánimo.

—¡Me rindo! Seré Liza para toda la banda.

—Será mejor que te acostumbres. —Una sonrisa se dibuja en el rostro de Bryce.

—Eso lo explica, viejo. Cuando cantaste la canción y te acercaste a ella fue… no sé, intenso. Hasta yo lo sentí —dice Dave fingiendo un escalofrío.

Pongo los ojos en blanco.

—Está loco por ella —asevera mi hermano sin perder la sonrisa.

No lo niego.

31 | Sintonía

Bryce

No debería hacer esto.

Ni siquiera debería estar aquí si aprecio mi libertad y mi vida.

No debería, pero me despojo de cualquier vestigio de racionalidad cuando se trata de ella.

Sale de la Metropolitan Opera House a paso apresurado. La miro desde la distancia, calculando mi próximo movimiento. Me siento como un acosador, con todo y la gorra. «Qué horror».

Me limpio la nariz cuando moquea e intento tranquilizar el movimiento de mis manos. Estoy drogado, pero no lo suficiente para perder mi tren de pensamientos; incluso puedo conducir tranquilo el auto que le robé a mi chofer de mi propio garaje. Saben que me he ido sin avisar. Mimi no dejaba de llamarme y enviarme mensajes preguntando dónde demonios estaba hasta que apagué el móvil. Me ocuparé de ellos después. Justo ahora, lo único que me interesa camina con parsimonia por la acera de la calle principal.

La miro desde la distancia. Es preciosa, justo como la recuerdo: lleva el cabello rubio en una coleta que brilla como oro cuando se balancea bajo el sol, y el estuche del chelo colgado a la espalda, mientras camina hacia la explanada con la vista clavada en su móvil. Sonríe. El vestido turquesa se le remueve un poco con el viento. Está más delgada, pero se ve serena y feliz. Me debato entre cometer la locura o retirarme dignamente a casa. Pero soy egoísta y voy a su encuentro porque la necesito, incluso más que a cualquier droga. Aunque sea un vistazo, unas cuantas palabras o unos segundos en su presencia. Necesito de Hela.

Bajo del auto, cruzo la calle y la alcanzo en unos cuantos pasos. La tomo del brazo con suavidad para detenerla y da un respingo al girarse en mi dirección. Nuestro encuentro la pilla por sorpresa: el móvil se estrella en el piso y suelta un grito. El corazón se me comprime cuando la contemplo más de cerca.

—Lo siento.

Me inclino para recoger el móvil y entregárselo. Lo toma sin despegar los ojos de mí, llenos de recelo.

—¿Qué haces aquí, Bryce?

—Solo quería saber si estabas bien.

La agitación le inunda los finos rasgos y no sé si me gritará o se echará a llorar.

—Estoy bien —contesta con lentitud. Mi vista fija en esa boca delicada, pequeña y que solía ser mía—. Me estoy desintoxicando. Llevo veinte días sobria.

—Me alegro.

—¿Y tú? —inquiere cautelosa.

—Estoy bien —miento, y lo sabe tan bien como yo.

—Creo que deberías irte. —Se retira un mechón de cabello del rostro y el anillo de compromiso en su dedo reluce como el recordatorio inequívoco de nuestra separación—. No puedo conducir y Liam vendrá pronto por mí.

—¿Tu prometido?

Asiente.

—Ya veo.

—No le gustará verte aquí, así que es mejor que te vayas. Hasta luego. —Se despide con la misma agitación y me pasa de largo.

El brazo se me mueve sin consentimiento y se cierra como un grillete en torno a su muñeca, deteniéndola en su andar. Me mira confundida.

—No sé... no... no quería... no quiero... —tartamudeo como un imbécil, pero no quiero soltarla.

—¿Qué, Bryce? —insiste, como si de verdad quisiera escucharme decir algo que no sé si podré.

—Lo siento —espeto—. Por todo. No sé si te lo dije antes, pero me alegra que seas feliz, que estés recuperándote y... —Se me forma un nudo en la garganta, pero lucho contra él—: Me alegra tu compromiso.

Le acaricio el dorso de la muñeca una última vez con el pulgar antes de dejarla ir.

—¿De verdad te alegra? —entona con dejo dolido, aunque no sé si es solo mi imaginación.

—Sí.

—¿Por qué lo haces, entonces?

—¿Qué?

—Esto. —Nos señala—. Presentarte en mi vida una y otra y otra vez para derrumbarlo todo cuando creo que lo he construido de vuelta.

—No he venido a arruinarte esta vez, Hela. Lo prometo —me excuso, pero suena patético incluso para mí—. Solo quería darle un cierre, darte mis buenos deseos y...

—¡Eso es mierda! —Se gira por completo, acorta la distancia y me empuja con violencia—. ¡No tienes derecho!

Me golpea el pecho, me empuja, me aruña la cara con su rabieta hasta que me da un golpe particularmente fuerte en el pómulo y la detengo tomándola de los hombros. Tiembla, pero no sé si es por la fuerza de su llanto o por la rabia que exuda.

—¡Te odio! Te odio tanto. Cuando creo que estoy limpia, que podré salir adelante, que podré dejar todo esto atrás... te presentas como un mal sueño y me haces desear regresar, estar contigo, una y otra vez. —Su voz se rompe y mi corazón se compunge a punto de destrozarse.

—Lo siento, lo siento por todo. —La tomo de la cara, intentando limpiar sus lágrimas con el pulgar.

—No es justo, yo te amaba —gimotea—. Quería que me eligieras a mí.

—Yo también te amo, Hela, pero no sé... no sé si podemos volver a empezar. Quiero intentarlo, pero...

—Siempre dices lo mismo. —Me mira con tanto dolor que acentúa el mío.

—Y tú siempre lo aceptas.

El rostro se le desfigura en una mueca.

—Porque no dejas de aparecerte en mi vida. Regresas siempre como un maldito fantasma para atormentarme. —Jadea afligida y me retira las manos de su cara —. Yo quería todo de ti, pero solo me diste migajas.

Un hoyo se me crea en el pecho y amenaza con tragarse todo, incluyendo el corazón.

—Te mereces algo mejor que yo.

—Sí, lo sé. —El filo de sus palabras me retuerce las entrañas—. Mi cerebro lo sabe, pero mi estúpido corazón siempre cae por ti. —El rencor se le cuela en el tono y me cala los huesos—. Al final, somos eso, ¿no? Dos seres que van en la misma dirección, persiguiéndose el uno al otro sin encontrarse jamás.

—Lo siento.

—Siempre dices que lo sientes, pero jamás arreglas nada.

Doy un paso al frente con cautela hasta que las puntas de nuestros zapatos se tocan. Su postura es tensa y me preparo para recibir otro golpe. Con cuidado, levanto las manos hacia su cara. Me sorprende que me permita tocarla otra vez. Su aliento choca con mi rostro; me respira tan cerca que me llena de una vitalidad que jamás podré conseguir a través de la droga. Nos mantenemos ahí, juntos, es como una pausa en el tiempo en la que solo absorbemos la cercanía, ese paralelismo que somos antes de encontrarnos y colisionar.

Respiro.

Respira.

Y entonces la beso con desesperación. Dejo que ese instinto primitivo que nace cuando ella está cerca se apodere de mí y me domine, pues es más fuerte que yo, más fuerte que mis deseos por dejarla tranquila, más fuerte que mi voluntad. Es esa droga de la que no puedo desintoxicarme, que me corre por las venas.

Mi boca domina la suya con facilidad y un ataque de euforia florece en mi interior, arrebatador e intenso, al caer en la cuenta de que otra vez la tengo cerca, otra vez está en mis brazos.

Cuando nos separamos, sus preciosos ojos azules están nublados, emboscados por ese éxtasis que solo yo puedo provocar.

—Vámonos de aquí —le pido. La emoción me corre por el sistema.

La tomo de la mano y jalo de ella para llevarla conmigo, pero se mantiene en su lugar.

—No debería.

Aprieto mi agarre para transmitirle seguridad. La vacilación de sus ojos se encuentra con mi determinación y puedo ver ese destello de deseo y necesidad que la abarca con tanto ahínco como a mí.

—Hay muchas cosas que no deberíamos hacer, Hela, pero eso jamás nos ha detenido.

Cruzamos la calle y abro la puerta del copiloto, ansioso por tenerla solo para mí otra vez, pero la vacilación vuelve a asaltarla.

—Bryce, no sé qué hago aquí —jadea afligida—. No debería. Si Liam y mi hermano se enteran...

—No se enterarán.

—No sé qué hago aquí. —Parpadea, como si recobrara la consciencia—. No puedo hacerlo. No puedo recaer. Les prometí que no lo haría.

—No lo haremos —insisto.

En un arrebato, tomo la bolsita de droga que llevo en el bolsillo de la chamarra y la rompo para regar el polvo blanco por el pavimento.

—¿Ves? No nos drogaremos. Quiero estar contigo. Solo una noche más… Por favor, solo dame una noche más.

La indecisión le resplandece en sus ojos, pero se ahoga en el azul intenso. No dice nada y la perspectiva de que se vaya me aterra, pero hace algo inesperado en su lugar. Me toma del cuello y me planta un beso en la boca que me roba la respiración.

—Bien, solo una noche más.

Sé que es mentira, la que siempre nos decimos cuando recaemos.

«Solo una noche más», nos mentimos, porque sabremos que habrá más, buscaremos siempre más. No me importa mentir.

No mientras pueda tenerla conmigo.

Yo soy su ruina, ella es mi salvación.

Si debo arrastrarla al inframundo para tenerla a mi lado, que así sea.

***

No sé cómo llegué aquí.

Tampoco recuerdo si he llamado a la ambulancia o he venido en el auto.

Creo que ha sido el auto.

No recuerdo cómo logré evitar que Hela dejara de respirar por la sobredosis.

¿Le di Adderall? ¿Vomitó? ¿La puse de lado? ¿Le puse la cabeza hacia atrás para ayudarla a respirar mejor? ¿Le hice un masaje cardíaco? No, imposible, no sé hacer eso. Estábamos bien, estábamos felices. Cantaba para ella en mi casa, en nuestra habitación, después de tener sexo dopados hasta las trancas.

Las luces blancas del hospital me lastiman la vista. Tengo los sentidos embotados. Todo parece muy lejano. Todo va muy rápido.

—¿Dónde está mi hermana, hijo de la gran puta? ¡¿Dónde está mi hermana?!

Me empujan. Creo que caigo. Creo que me sostienen. Tal vez es Clay.

—¡Está muerta!

—¡No lo está!

«¿Quién habló? ¿Clay? ¿Yo? ¿Hela está muerta? ¿Está muerta? ¿La maté?».

No encuentro la respiración. No sé si estoy llorando o hiperventilando. Alguien me golpea en la cara y me estrello contra una de las sillas del hospital. Creo que Clay está discutiendo con Aspen. «¿O es Liam? ¿Está muerta?».

No lo sé, pero mi mundo se viene abajo y yo ni siquiera estoy consciente para notarlo.

32 | Chasé

Niza

Es impresionante lo fácil que se te puede borrar una sonrisa, como si te la hubieran arrancado de una bofetada.

Recorro los pasillos del hospital con el miedo arañándome el pecho. El olor a medicina y limpiador me golpean la nariz y el vértigo abarca mis sentidos. A la primera persona que encuentro es a Mimi, y doy gracias al cielo. Lleva un café en la mano, el corto cabello oscuro en una pequeña coleta y el rostro desfigurado por la angustia.

—¿Qué pasó?

—Bryce, eso pasó —modula con desazón, aumentando la presión sobre mi estómago.

—¿Está bien? Clay solo me dijo que estaban en el hospital.

Todo sucedió muy rápido: llegué a la tienda de tatuajes para iniciar mi turno, como es habitual, cuando Carter me dijo que Clay se había ido por una emergencia con su hermano. Me volví loca hasta que me respondió con un simple: «Estamos en el Hospital St. James».

Escaneo la austera estancia buscándolo, pero el único rostro familiar que encuentro, además del de Mimi, es el de un hombre que vi en casa de Bryce una vez y que ubico como el hermano de Hela. No me mira. Está con la barbilla apoyada en las manos entrelazadas y con los codos sobre las rodillas. Está pálido y el terror me atiza con mayor insistencia las costillas.

—¿Bryce está bien?

Mimi se retira un mechón oscuro del rostro y asiente.

—Él está bien, está en una habitación conectado a suero, desintoxicándose. Hela, por otro lado…

El suspiro de alivio se me queda atorado a mitad de camino.

—¿Qué? ¿Está bien?

Se pasa una mano por el rostro y el cansancio se le asienta de pronto en las facciones.

—Estable —admite con pesar—. Pero sigue en observación. Tuvo una sobredosis. Bryce la trajo aquí a duras penas.

Me cubro la boca con una mano, impresionada.

—Eso explica por qué su hermano se ve tan mal. —Mimi le dedica una mirada rápida al hombre y asiente.

—Bryce no podrá salvarse esta vez. Lo denunciará, estoy segura.

—¿Por qué?

—Es la única manera de que no vuelvan a caer. Su hermano no sabe qué más hacer y, bueno,

su prometido tampoco está muy feliz.

—¿Prometido? ¿Ella está comprometida?

—Sí. —Señala con la barbilla a un chico que está de pie junto al hermano de Hela, de complexión fibrosa, alto y de cabello oscuro—. Están juntos hace poco más de un año.

La culpa me golpea con mayor ímpetu y casi me hace perder el equilibrio. No debí decirle que la buscara durante la fiesta, fue una idea terrible. No sabía que estaba comprometida ni tampoco que el estar juntos significaba activar una bomba de tiempo que terminaría explotándoles a ambos en la cara.

—Tengo que disculparme.

—¿Por qué?

—Fue mi culpa que Bryce la buscara —admito con el nudo en la garganta—. Yo le dije que sería buena idea disculparse después del concierto. Nunca pensé que traería consecuencias tan horribles.

—No es tu culpa; solo de ellos dos —replica, pero no la escucho porque ya estoy marchando hacia donde está su hermano.

Me planto frente a él y carraspeo. Al principio no me escucha, sigue con la vista clavada al frente como si yo no existiera. Solo me gano una mirada curiosa de su prometido. Me aclaro la garganta más alto y esta vez consigo que repare en mí.

—¿Te conozco? —pregunta seco, casi agraviado, y estoy a punto de decirle que sí, cuando el reconocimiento inunda sus facciones—. ¡Ah, ya! La zorra que acompañaba al otro Hawthorne. ¿Qué quieres?

Un pinchazo me azora las costillas cuando usa esa palabra para referirse a mí, pero lo dejo pasar.

—Solo quería decirte que siento mucho lo que le sucedió a tu hermana y que espero que se recupere pronto y…

—¿Lo sientes? ¿Lo sientes de verdad? —Se incorpora de un salto y doy un paso atrás cuando adopta una postura amenazante.

—Aspen… —El prometido de Hela le pone una mano en el hombro, pero él se la sacude con hastío.

—No, Liam. Estoy harto de estos hijos de puta, de todos ellos. Todo lo que está cerca de los Hawthorne está podrido y todo el que se acerca a ellos también está jodido. —Me señala con un dedo recriminador—. Tus disculpas valen una mierda, niña. Si de verdad quieres ayudar, mantén a las putas bestias con las que convives lejos de mi hermana, lejos de nosotros.

Me trago el nudo en la garganta para hablar:

—Lo… lo siento much…

—Y si fueras una zorra más lista, sabrías que Clay no te conviene. Es justo como su hermano. Cuando menos lo esperes, te hará mierda, se llevará todo de ti y te dejará hecha nada, justo como a mi hermana. —La voz se le quiebra por un momento antes de recuperarse—. No quiero verte, lárgate de mi vista.

—De verdad lo siento. Estoy segura de que Bryce no quería hacerle daño a Hela…

—¡No menciones el nombre de ese hijo de puta en mi presencia! —Me toma del brazo, encajándome sus dedos en la carne.

Sus ojos adoptan un color oscuro y su expresión se compunge con una de ira que me llena de terror. Aprieta más su agarre y lanzo un quejido. De pronto, otra mano toma la suya para detenerlo.

Clay está junto a él, cerrando sus dedos en torno al brazo de Aspen que me mantiene presa. Su cara es una máscara de hielo más aterradora que cualquier otra creada por la ira. Aprieta su agarre en torno a la muñeca del hombre hasta que los nudillos se le tornan blancos, temblando por la fuerza. Es una figura imponente y temeraria, pero el tipo no desvía la vista y se enzarzan en una pelea muda de voluntades.

—Tienes un segundo para quitarle la mano de encima —sisea Clay en tono bajo—. No juegues con mi paciencia, Aspen.

Estrecha los ojos, desafiante, y el ambiente se tensa tanto que me ahogo en mi propio oxígeno. Se miran por un segundo que me parece eterno, hasta que, sin mucha delicadeza, Aspen me deja ir.

—No vuelvas a mandar a tu zorra a hacer el papel de representante de la paz —suelta con amargura.

—Y tú no vuelvas a tocarla o te romperé ambos brazos antes de que la alcances.

—Te recuerdo que mi hermana está aquí por Bryce. Esa actitud es lo último que espero de ti.

—Lo que tú esperes de mí me lo paso por el culo. Deja a Niza tranquila. No te conviene sobrepasar mis límites.

—Jódete, Clay. Mis abogados los dejarán a tu hermano y a ti en la ruina.

—Haz lo que quieras, Aspen. No me importa.

Los ojos se le encienden presos de la ira.

—Si fuera tu hermano el que estuviera al borde de la muerte, no creo que actuaras tan tranquilo, pero siempre es Hela la que se lleva lo peor.

Clay se mantiene en silencio, con la máscara de impasibilidad que le adorna la cara.

—Algún día tu hermano no tendrá tanta suerte, Hawthorne. Terminará muerto, estoy seguro.

Por un momento creo que Clay perderá el control y se le irá encima, pero, para mi sorpresa, no lo hace. No dice nada más y me gira junto a él para ir hasta donde Mimi, que observa todo con un dejo afligido.

—¿Estás bien? —me pregunta, con los rasgos más suaves.

Revisa la marca que los dedos de Aspen me dejaron sobre la piel.

—Sí, lo siento. No debí acercarme.

—Mantente alejada de él. Lo último que quiero es que tú te impliques en esto.

—De acuerdo —accedo, solo porque no quiero ser otra carga más en su ya repleta espalda.

—¿Cómo está Bryce? —pregunta Mimi consternada.

—Se está recuperando, sacando la mierda de su sistema. No ha dejado de llorar.

—¿No le has dicho que Hela está viva? —pregunto alterada, y Clay niega con la cabeza.

—Necesito que le duela un poco más. Solo así tocará fondo.

—Eso es cruel.

—Pero no lo hace menos necesario.

Estrecho los ojos en desacuerdo con sus métodos, pero Clay conoce mejor a Bryce, y aunque es una forma visceral de hacerlo reaccionar, tal vez sea la única.

—Pregunta por ti —dice señalando a Mimi, cuyo rostro se ilumina como un farol.

—Iré a verlo. Le diré que Hela está bien.

Tira el vaso de café en un basurero y trota pasillo abajo para encontrarse con él.

Cuando estamos solos, detallo a Clay: las arrugas del cansancio se le asientan en los ojos, los círculos oscuros de las ojeras también tienen su lugar y la angustia amotina su cara.

—¿Has dormido algo?

—No, he estado lidiando con Nadir y el escándalo. La banda pende de un hilo después de esto porque Aspen se encargó de hacérselo saber a los medios… y Bryce está tan afectado que soy yo quien debe dar la cara como su única familia.

Le tomo la mano y le doy un apretón, esperando transmitir un poco de fortaleza. Se está ahogando en esto, lo está rebasando y aun así lucha por mantenerse a flote.

—Deberías ir a dormir un poco. Yo puedo quedarme.

—No, no tiene caso. —Se pasa una mano por el cuello y los huesos le truenan—. No podré dormir.

Me muerdo el labio, suprimiendo el deseo enorme de sacarlo de esta mierda, encerrarme con él en su habitación y abrazarlo hasta que pase todo esto. Quiero hacerlo, pero sé que no me lo permitirá, así que solo me siento junto a él en la pequeña sala de hospital, esperando que Bryce y Hela salgan ilesos de esto.

33 | Partituras

Bryce

Es una locura.

No debería hacerlo.

Debería dar la vuelta y olvidarme de esto.

Debería volver al pasillo principal y encerrarme en mi habitación, no estar frente a la de ella.

Muevo los dedos cerca del pomo, debatiéndome entre girarlo o no, para verla, para asegurarme de que está bien, para grabar sus facciones en mi memoria antes de despedirme definitivamente.

La indecisión me deja pasmado por un momento antes de que la adrenalina tome partida y me recuerde que tengo poco tiempo para hacer esto. Abro la puerta y cruzo el umbral con cautela esperando encontrarla sola, pero la presencia de Liam me toma por sorpresa. Sus ojos verdes me atraviesan como flechas de jade y tensa los hombros como un animal a punto de atacar.

Me lo merezco. Si decide venir hacia mí y romperme la cara, no lo detendré. Si yo fuera él, también lo haría.

«Si yo fuera él», repito y caigo en la cuenta de lo mucho que me gustaría serlo.

—Lo siento, me equivoqué de habitación. Creí que era el baño —me excuso.

Ni siquiera yo creo una palabra de lo que digo; Liam tampoco debe hacerlo. Le dedica una mirada a Hela, tendida sobre la cama, inconsciente, lívida y conectada a un montón de aparatos para mantenerla con vida.

Sé que se recuperará, pero la imagen tiene una fuerza destructiva que deja temblando todo mi ser después del primer impacto.

—¿No pudiste inventar una mejor excusa? —pregunta sin humor.

Me paso la lengua por los labios y suspiro. No tiene caso mentirle.

—Solo quería verla un momento antes de irme —admito con pesar y cierro la puerta a mi espalda cuando entro.

Me siento un extraño. Un invasor. Alguien que no tiene cabida en esa burbuja que es solo de ellos dos.

—¿Irte como lo has hecho las últimas veces en las que siempre vuelves o irte de verdad? —Recalca las últimas palabras con amargura.

Doy un paso al frente, hacia la cama, y el chico se enerva, como un gato que eriza el pelaje listo para atacar.

—Irme de verdad. —Pongo una mano en la camilla, a los pies de ella, y la admiro más cerca,

con el corazón apretado.

—Has dicho eso desde siempre. Lo peor es que ella siempre vuelve a ti. —Noto el rencor en su voz, crudo y profundo—. No importa cuántas veces la destruyas o cuántas veces la abandones, ella siempre vuelve.

—Lo lamento. Debes odiarme por eso.

—No te odio a ti, la odio a ella —declara, y me hace levantar la vista—. La amo como no tienes una idea. La amo más de lo que tú jamás podrás amarla porque toleré que siempre cayera por ti. Fui paciente y esperé. Creí que con amor y paciencia podría curarla y eliminar de su vida la enfermedad que eres. Pero no fue así. Nunca pude entrar en su corazón como lo hiciste tú. Ahora lo veo.

Le dedica una ojeada llena de tristeza y me siento el peor ser humano sobre la Tierra. Egoísta, ruin y malvado. Un hombre que solo buscó su placer sin fijarse en el daño que ejercía sobre los demás al hacerlo.

Se pone en pie y camina hacia mí sosteniéndome la mirada, mortal y predatoria. Me preparo para recibir el golpe o el insulto, no hay mucho que pueda hacer para defenderme vestido con bata de hospital y sufriendo por los efectos de la abstinencia.

—Tienes dos minutos —sentencia cerca de mí. Es de mi estatura, así que puedo ver perfectamente el odio que irradian sus ojos—. Es todo lo que te concederé. Después, no volverás a verla nunca más.

La idea de ser separado definitivamente de ella me aterra más que nada en el mundo… o me aterraba, hasta que descubrí que su muerte es en realidad lo que encabeza la lista, así que asiento solemne y me pasa por un lado para retirarse.

El ambiente se siente más ligero apenas sale por el umbral y nos deja solos, como si se llevara con él los demonios. Me acerco a la cama con lentitud, temeroso de lastimarla con mi mera presencia, pues es todo lo que he sido en su vida: un instrumento para hacerse daño a sí misma.

Detallo su piel pálida, la delgadez de su cuerpo y el rostro opaco, desprovisto de vida.

Me siento en el lugar que antes ocupó su prometido y le tomo la mano con fuerza, como si fuera la cuerda que me atara a la vida o como si yo pudiera regresarle la luz a través de ese insignificante contacto. Las lágrimas se me agolpan en los ojos y me siento patético, devastado y con las murallas hechas añicos.

Nunca creí que ser el amor de alguien también pudiera significar ser su destrucción, pero nosotros somos un claro ejemplo de ello.

La salvación y la ruina.

La oscuridad y la luz.

El dolor que devasta lo que alguna vez construimos.

—Te amo muchísimo, Hela —le digo a través de las lágrimas que me cubren la cara—. Te amo más que a nada. Por favor, recuérdalo. Eres la única que llena ese vacío que hay en mí. Eres mi todo.

Callo para recuperar la voz y dejo que una nueva oleada de llanto me invada.

Duele como la mierda. Duele porque en esta ocasión es definitivo, esta vez abandonaré su vida para que pueda tener una nueva, una mejor, una en la que yo no sea motivo de tristezas o estrés.

—Perdóname por no ser el hombre que esperabas. Perdóname por no elegirte. Perdóname por no llevarte a esa cena en el muelle que tanto querías y por no bailar junto a ti cuando me lo

pediste. Perdóname, perdóname, perdóname. —Le beso la mano una y otra vez. Las lágrimas le mojan los nudillos y me nublan la vista, pero no me importa.

Por una vez, quiero que tengamos un lindo recuerdo juntos, uno en el que no existan reclamos ni peleas ni drogas. Solo nosotros dos, vulnerables, sinceros y unidos. Amarla sin reservas, como ella merece y como yo nunca supe hacer.

El sonido de la puerta rompe el momento y me sobresalta. Me limpio las lágrimas con el dorso de la mano, creyendo que es Liam, pero el corazón me da un vuelco al ver a Aspen en el umbral.

—Puedo explicarlo. Liam me dejó entrar, me…

Llega hasta mí en dos zancadas y no evito su golpe. Su puño impacta de lleno en mi cara y caigo de la silla con violencia. Aturdido, intento incorporarme, pero no lo logro. Se sienta a horcajadas sobre mi estómago y comienza a golpearme la cara una y otra vez. No para, el dolor crece con cada puñetazo y la sangre brota de mi nariz y mi boca, el sabor metálico se impregna en mi lengua.

No lo detengo. No hago nada por defenderme. Sé que me lo merezco.

—¿Cómo te atreves a estar aquí?

Golpe.

—¡Mi hermana casi muere por tu culpa, hijo de puta!

Golpe.

—¡Voy a matarte! ¡Voy a matarte ahora mismo si eso hace falta para que la dejes en paz!

Golpe.

Golpe.

Golpe.

Atiza un último puño que me hace ver motas oscuras antes de que alguien retire su peso de mi cuerpo. Tengo un ojo cerrado y, por el otro, una estela roja me impide ver correctamente. Un par de brazos me ayudan a incorporarme y poco a poco distingo la silueta de Clay junto a otros médicos y enfermeras que entraron a separarnos.

—Caballeros, este no es el lugar —dice con voz átona uno de los doctores.

—¡Casi mata a mi hermana! ¡Claro que es el maldito lugar! —ruge Aspen, a quien tratan de controlar un par de enfermeras.

—¡Si vas a desquitarte, no lo hagas con él! —La voz de Clay llega hasta mí a pesar de no verlo.

—¡Casi la mata! ¡Y tiene el descaro de estar aquí otra vez!

—Lo siento —musito—. Perdóname. Solo quería despedirme.

Siento que algo me chispea en la cara y es solo cuando me toco que me percato de que me ha escupido.

—Métete tus disculpas por el culo, pedazo de mierda. No descansaré hasta que estés donde perteneces: en la cárcel.

—Ya basta. Déjalo en paz —me defiende mi hermano, pero no lo merezco.

—No me tientes. Tú eres igual que esta escoria. —Lo escucho decir iracundo—. Largo, ninguno de ustedes puede estar aquí. ¡Largo!

—Ven conmigo, te ayudaré a llegar a tu habitación y pediré que te limpien las heridas. —Clay me toma del brazo y me guía a través del pasillo.

El séquito de enfermeras y médicos va junto a nosotros, pero lo único que yo quiero es estar solo.

***

—Estoy cansándome de limpiar siempre tus desastres, Bryce —dice, y se siente como una puñalada gélida y filosa en el estómago—. No sé cuánto tiempo más podré soportar esta situación.

«Por favor, tú no. No me abandones tú. Eres todo lo que tengo».

Siempre hemos sido mi hermano y yo. Cuando no puedo contar con nadie, ni siquiera con Mimi, Clay está ahí. No puedo perderlo a él también.

El nuevo panorama desolador que se presenta ante mí me paraliza, me llena de un terror inimaginable. En mi desespero por salvar lo poco que me queda, pienso en el único lugar que es un santuario para mí.

—Vamos a Roma —le suplico alzando el ojo que me sirve hacia él—. Por favor.

Clay y Mimi intercambian una mirada.

—No creo que sea buena idea. Lo mejor es que te recuperes en casa y después…

—Quiero ir —interrumpo a Mimi y le imploro a mi hermano—. Necesito desconectarme de todo esto, por favor. No puedo más, no puedo.

Clay lanza un quejido de incredulidad.

—Bryce, no creo que sea el mejor momento —insiste. El nudo en el pecho crece, me asfixia. Los problemas me rebasan—. Tu carrera se está yendo a la mierda, tu banda se va a la mierda, tú mismo te estás destruyendo. No es el momento.

—Ya no aguanto, tengo que salir de aquí —ruego con la voz quebrada—. Sácame de aquí, Clay, por favor, sácame de aquí.

Bajo la vista. No puedo ver su reacción, pero espero con todas mis fuerzas que acceda porque no aguanto un segundo más.

Estoy a punto de romperme.

34 | Piel

Clay

Me sostengo del asiento cuando el avión da un bajón repentino. Niza se aprieta junto a mí, extiende un brazo por mi abdomen y me estrecha contra sí como si supiera que su cercanía me ayuda más que cualquier otro antídoto. Permanece así hasta que todo en mi interior se tranquiliza, hasta que el miedo le da tregua a mi jodida cabeza.

No me gustan los aviones y a ella no le cuesta nada darse cuenta.

El mando queda olvidado rápidamente, con la luz del televisor como único centinela en la penumbra. Al menos tenemos el jet privado de Bryce y no uno comercial con asientos convencionales.

—¿Cómo conseguiste que Winslet te permitiera viajar si el recital es en menos de dos semanas? —pregunto para mantener la mente ocupada.

Su cuerpo se tensa, pero no deja de abrazarme.

—No me lo permitió.

—Entonces, ¿cómo estás aquí?

Encoge un hombro sin dejar de mirar el televisor.

—Dijo que me expulsaría si me iba, así que supongo que estoy expulsada del recital.

—¿Y no te importa? —La alarma se me filtra en la voz.

—Sé que no me expulsará. Soy la única que conoce su rutina. —Apoya el mentón en mi pecho—. Tranquilo, estaré bien.

No sé si lo estará, o si ella lo está a pesar de lo que dice, pero parece tan segura que me inyecta con un poco de su emoción también.

—¿Alguna vez has estado en Roma? —pregunto para hacer conversación y que las horas de este infierno, quiero decir, vuelo, pasen más rápido.

—Solo una vez, por un recital.

—¿Y qué fue lo que más te gustó?

Espero a que responda, pero se mantiene en silencio por un largo tiempo en el que creo que se ha dormido hasta que vuelve a hablar.

—La verdad, no vi mucho de la ciudad. La mayor parte del tiempo estuve encerrada en el estudio de *ballet* porque, ya sabes, *Winslet* —remarca el nombre con acidez y yo mismo la siento en el estómago.

Esa mujer es un verdadero dolor en el culo.

—No lo puedo creer.

—Créelo. Será como visitar Roma por primera vez. —Me despega el rostro del pecho y los ojos le brillan, arrancándome una sonrisa.

—Eso es genial, sigo coleccionando más de tus primeras veces, muñeca.

—Lo sé.

—¿Y sabes qué es lo primero que te gustaría hacer en la ciudad?

Frunce los labios, pensativa, y después sacude la cabeza.

—La verdad, no. Solo conozco Roma por las películas.

—Pero algo querrás hacer. —Enarco una ceja—. Te propongo algo…

—Cuando dices esas palabras me das miedo.

Sonrío y le tomo la mano.

—Te prometo que no es nada perverso —digo. Me mira suspicaz, pero asiente y sigo—: Haz una lista de las cosas que te gustaría hacer en la ciudad y la cumpliremos.

—¿Cualquier cosa?

—Cualquier cosa.

—¿Y si te pidiera volar en un globo aerostático? —me desafía.

—Lo haríamos.

—¡No te creo!

—En verdad. ¿Crees que tengo límites cuando se trata de ti? —la molesto.

No se ofende; consigo el efecto contrario: sus ojos miel se derriten y algo cambia en su expresión, tornándola más dulce. No dice nada más y vuelve a acurrucarse junto a mí.

Dibuja figuras en mi camiseta arrugada, que deja a la vista los retazos de algunos tatuajes en mi abdomen. Sube un poco más la vieja camiseta que uso como pijama y entonces ve completo el primer tatuaje de mi parte baja.

—¿Qué significa? —inquiere curiosa después de un rato, delineando con los dedos las cabezas del Cerbero.

—Nada, es un perro del infierno.

—¿Te lo hiciste porque te sentiste identificado con él? —bromea.

Estrecho los ojos fingiendo indignación.

—Creo que estás teniendo mucha confianza conmigo, muñeca.

—La tengo —afirma, y la suavidad de sus dedos viaja un poco más arriba, levantando más la tela para descubrir un nuevo diseño—. ¿Y este?

Miro la brújula en el costado derecho de mi abdomen.

—A algunos nos cuesta más que a otros encontrar nuestra dirección. Es una representación de esa disyuntiva.

—¿Y tú encontraste la tuya? —Sus ojos miel refulgen en la oscuridad.

—No lo sé.

De nuevo sonríe y extiende la mano por mi abdomen; el contacto cálido y abrasador me sacude.

—¿Y este? —Delinea el cuerpo de la serpiente que me repta por el estómago hasta el inicio del pecho.

—No tiene un significado.

Suelta el aire decepcionada e intenta subir un poco más, pero mi camiseta, enrollada tras mi espalda, ya no da más.

—¿Puedo...?

«¿Hacer conmigo lo que quieras? Claro que sí, muñeca».

—¿Qué?

—¿Puedo... ver el resto de tus tatuajes?

—Sí, pero tú me quitarás la camiseta.

—¿Yo? —Se señala incorporándose para mirarme de lleno a la cara.

Sonrío con malicia.

—La interesada eres tú, ¿no? Entonces quítamela.

Juguetea nerviosa con un mechón de cabello mientras se pasa la lengua por los labios y se debate entre hacerlo o no. Conozco esa mirada de vacilación. Sin embargo, la duda no dura mucho y pronto se acomoda sobre mis piernas, me siento con la espalda recta y disfruto del contacto de sus manos mientras me recorren en su labor de quitarme la prenda. Cuando por fin la saca por completo, la erección me duele, así como la cabeza, por la cantidad de números que he contado para no ceder a mis deseos. La tarea se vuelve una puta odisea cuando la tengo prácticamente montada sobre mí, los pechos cerca y su aroma embriagándome.

—¿Qué significa este? —Continúa más al centro, donde tengo las líneas que representan el conteo de los días.

Me tenso. La mente se escabulle a ese lugar oscuro del que siempre lucho por huir. Saboreo la idea de quedarme callado, guardármelo, pero algo en ella me empuja a confiarle mis secretos más dolorosos, aquellos de los que ni siquiera Bryce tiene idea.

—Supervivencia.

—¿Cómo?

—Las veces que tuve que soportar el encierro. —Toco las líneas: cuatro rectas, una diagonal, cuatro rectas, una diagonal, cuatro rectas, una diagonal y así hasta formar setenta y siete—. Setenta y siete veces fui encerrado dentro un pequeño armario en el sótano de mi abuelo —explico con amargura—. Lo hacía cada vez que se enfadaba conmigo, lo que sucedía bastante.

La impresión le abarca el rostro y el pesar lo oscurece. Le arrastro la mano hacia el lado izquierdo, un poco más abajo de la cavidad donde me late el corazón, y permito que toque la numeración romana que se asienta con tinta ahí.

—Y este es el número de días que pasé con él, con ese ser al que no puedo considerar una persona: mil cuatrocientos noventa y ocho días.

Contorsiona la cara en una mueca de terror.

—¿Dónde estuvo Bryce en todo ese tiempo?

—Él tenía que lidiar con sus propios problemas, su crecimiento, su carrera, llegar a su destino. No podía estar conmigo.

Me toma de la cara y me obliga a mirarla.

—Si él te dejó tanto tiempo con una persona así, ¿por qué estás tú ahora aquí? ¿Por qué dejas tu vida de lado para intentar arreglar la suya? ¿Por qué no lo abandonas también?

—Porque no quiero que sienta la misma soledad que sentí yo. Es mi familia; no quiero estar lejos de él otra vez.

Esboza una sonrisa pequeña, diminuta.

—A veces pienso que eres demasiado bueno para tu propio bien.

—¿Te suena familiar? —replico, y de nuevo sonríe porque sabe que tengo razón.

Sus labios son cálidos cuando los posa sobre mi frente, su aliento es suave cuando baja un poco más y me roza la sien, la mejilla, la barbilla, la nariz, hasta llegar a los labios. Hago una pausa, la respiro y presiona su boca contra la mía en el momento en que yo enredo los dedos en su cabello para acercarla más.

Me concentro en cómo se siente contra mí, el tacto de sus manos en mi cara y la manera en que sus labios se rinden a los míos, en el pequeño suspiro que suelta entre cada encuentro. Intento enfocarme en el presente, en la calma que me invade al crear una nueva memoria de esto para reemplazar aquella más oscura precedida por la silueta de mi abuelo. Su boca se mueve contra la mía, gentil, delicada y afectuosa, y con cada roce se lleva un poco más del temor y la angustia.

—¿Y ese beso por qué fue?

—Porque sí —dice sin más, sonriendo—. Porque creo que eres increíble.

Enarco las cejas.

—Te cuento una historia trágica y, en lugar de sentir compasión, ¿me dices un cumplido? Algo debe de estar mal contigo, muñeca. Eres la primera persona que lo sabe y no se echa a llorar.

—¿Por qué lo haría? No siento compasión por ti, Clay. Siento admiración, justo como me lo dijiste tú una vez. Tú y yo somos supervivientes de nuestras propias guerras. No hay compasión para nosotros.

La beso de nuevo impulsado por ese sentimiento intenso que me abarca cuando está cerca. Quiero que inicie siempre y que no acabe nunca. Seguimos besándonos, pero no es un encuentro que traiga consigo lujuria o compasión o tristeza, solo afecto en su estado más puro.

Sé lo jodido que estoy porque ya he perdido la cabeza por esta bailarina terca y descarada y no parece un castigo, sino más bien un privilegio.

***

Puedo respirar y sentir los huevos otra vez solo cuando logro salir de esa caja del demonio. Percibo la ligereza en la brisa; el aire de Italia me recibe con un regusto salado que se me queda anclado en la lengua.

Hemos invadido el *penthouse* de Kirk, el bajista de Riot 911. Está en el último piso de uno de los edificios más lujosos de la provincia de Torvaianica, cerca de Roma, a unos cuantos minutos de Capocotta, una playa tranquila llena de turistas y sol.

Niza se acerca cuando bajamos a la bahía y me pone un sombrero playero en la cabeza sin perder la sonrisa.

—¿Qué es esto? —pregunto quitándomelo.

—¡Póntelo de nuevo!

Lleva uno igual y enarco la ceja, aunque no pueda verlo bien por mis gafas oscuras.

—¿Dónde los conseguiste?

—Con el hombre de allá. —Señala con el dedo hacia un chico joven de tez morena que lleva sombreros apilados en la mano.

—¿Cuánto te cobró por los sombreros?

—Lo que es justo por su trabajo a mano.

Me abstengo de resoplar. «Estos son los sombreros que compras al por mayor a menos de un euro y revendes a...».

—Solo doce euros —suelta despreocupada, alisándose el vestido *strapless* de playa que le llega arriba de los tobillos, de un color mostaza que resalta con su cabello como el fuego.

—¡¿Qué?! ¡¿Doce euros?! ¿Pagaste veinticuatro euros por estas cosas? —inquiero indignado,

listo para exigirle al tipo que nos regrese el dinero.

—Sí, ¿por qué?

—Te acaban de estafar.

—Quería un sombrero para el sol.

—Entonces regresaré el mío. ¿Por qué compraste dos?

Hago el ademán de ir hasta donde el hombre para regresarlo, pero me detiene.

—Lo compré para que no te quemaras. Sé que odias el sol y pensé en regalártelo para que te cubriera.

No hablo. La contemplo pasmado, algo extraño me pasa en el estómago. Son estos pequeños actos los que le entregan un poco más de mí para que se lo quede de por vida.

Me lo quita de los dedos aprovechando mi lapso de estupefacción, se alza en la punta de los pies y me lo pone de nuevo. Sonríe satisfecha.

—¿No es mejor así?

Me yergo y veo que Bryce y Mimi se acercan entre el tumulto de turistas que invade la playa a pesar de ser inicios de octubre; los aires fríos nos muerden la piel.

—Encontramos un lugar.

—No es el lado nudista, ¿verdad? —pregunto suspicaz.

—¿Te vas a desnudar tú? —cuestiona Mimi.

Lleva un vestido rosa parecido al de Niza. Es extraño verla con algo que no sea negro, negro noche, negro supernegro, negro espía encubierto.

—No, ¿tú sí?

—Es el plan.

—Que lo hagas tú es tolerable, pero Bryce...

—¿Yo qué, zángano? —Salta enseguida, cruzando los brazos sobre el pecho desnudo. El bañador se le ajusta en las caderas y los tatuajes que le realicé relucen con el sol—. Todas aquí se mueren por verme desnudo.

—Se mueren, sí, pero del asco con la lagartija pálida que te cuelga entre las piernas...

—¡Que no es una lagartija pálida! ¡Deja ya ese insulto, ya no tengo doce!

Niza suelta una risa.

—No es un insulto, es un hecho. —Sigo con la risa que me juega en los labios.

Mi hermano me sonríe y me saca el dedo medio. Mimi lo toma del hombro y lo hace girar sobre sus talones a regañadientes para ir a nuestro lugar: una gran carpa con tumbonas cómodas, mesa de aperitivos, cócteles, personas a nuestro servicio y...

—Pensé que querías pasar un tiempo alejado de todos —apunto, adueñándome de la tumbona que será mi hogar por las próximas horas.

—Eso estoy haciendo.

Bryce agarra una bebida con aspecto rojizo que seguro lleva alcohol y le da un sorbo.

—Con sirvientes.

—Ayudantes —enfatiza—. Alguien tiene que ponerme bloqueador en la espalda —rebate digno, y lo miro mal—. No me mires así, ¡es que no alcanzo! Y Mimi se niega a ponérmelo como buena asistente, sexy y servicial y...

—No quiero que te hagas ideas erróneas.

La aludida se quita el vestido y muestra el bikini negro que lleva debajo. Le dedico una corta mirada, pero Bryce no pierde el tiempo en devorarla, poniendo especial atención en los pechos que le rebosan de la prenda.

—Bryce —lo llamo.

Y reacciona, pero lo pierdo cuando Mimi se quita la parte superior, dejando sus enormes tetas al aire con toda naturalidad.

—Niza, ¿podrías ponerme bloqueador en la espalda, por favor? —pide Mimi.

—Si te incomoda, no hay problema, siempre puedo hacerlo yo —se ofrece el idiota de mi hermano dejando el licor sobre la mesa y frotándose las manos.

—No quiero que tengas una eyaculación precoz en la playa —se burla Mimi—. Niza, ¿puedes hacerlo? Si no, puedo...

—Claro… —Se acerca a paso vacilante.

Lo que prosigue es una escena silenciosa en la que Niza llena de bloqueador la espalda de Mimi, Bryce observa todo muy interesado y yo cuento hasta mil para no arrancarle los ojos a mi hermano y borrar cualquier escena indecente que se hubiera montado con la pelirroja.

—¿Pueden repetirlo? —pide esperanzado.

—¡No! —Nos apresuramos a responder los tres.

Baja los hombros, pero no pierde la oportunidad para quitarse la camiseta y rogarle a su dura asistente que le ponga bloqueador en la espalda también.

—¿No irás a nadar con ellos? —inquiero cuando ambos se han ido, recostado sobre la tumbona y mirando a una Niza indecisa a través de las gafas oscuras.

—¿Tendré que desnudarme también? —La angustia le asalta la mirada.

—No tienes que hacerlo si no quieres.

—¿Puedo quedarme con el bikini?

—Sí, no importa, no tienes que preguntarme por cualquier cosa que hagas. Lo sabes, ¿verdad?

—Pero me estoy aprovechando de su bondad al viajar con ustedes.

—Eres una invitada, no una esclava; puedes hacer lo que te plazca.

Se encoge de hombros.

—Supongo, pero no quiero que la gente me mire raro por ser la única vestida.

—No serás la única. —Señalo con la cabeza mi camiseta y el short de playa.

—Tú sí que eres raro. ¿Por qué no te quitas la camiseta al menos?

Tuerzo la boca en un gesto malévolo.

—Comienzo a pensar que te gusta verme desnudo.

Se ruboriza como una colegiala, pero no lo niega. Se incorpora y se saca el vestido, descubriendo un bikini azulado que me genera una puta erección espiritual. Sí, espiritual, porque me ha calentado hasta el alma. Y tal vez soy demasiado obvio porque me mira extrañada.

—¿Se ve mal? Sé sincero.

«Joder, si es la mejor vista de mi vida».

—¿Quieres la respuesta verbal o la no verbal?

—¿Cuál es la no verbal?

Bajo la vista hacia el bulto dentro de mi bañador.

—¡Clay!

—Tú querías sinceridad.

—Ya, creo que me has dado demasiada. —Se acerca hasta sentarse a mi lado y tenderme el bloqueador—. ¿Me ayudas?

Quiere matarme, lo juro. Quiere que mi polla sufra una muerte prematura o algo.

—Con una condición —espeto sentándome en la tumbona.

—¿Cuál?

Me retiro las gafas y enfoco mi vista en ella con toda la seriedad posible.

—Que camines delante de mí el resto del día mientras usas esto. —Señalo su bikini.

—¿Por qué?

—Porque me gusta.

—Podría prestártelo si quieres —suelta la descarada.

—Solo lo enmarcaría.

—¿Por qué?

—Me encanta cómo se te ve el culo.

Abre la boca sorprendida y me da un golpecito juguetón en el hombro.

—¡Es una condición justa!

—Lo pensaré.

Se retira el cabello para descubrir la espalda nívea. Pongo las manos sobre su piel y debo recordarme constantemente que esto es algo cotidiano y sin importancia, aunque mi mente ya se encuentre divagando entre el montón de diseños que podría dibujar sobre una tez tan blanca y pulcra, casi como papel. Advierto el puñado de pecas diminutas que le salpican los hombros, como invasoras de color.

La piel se le eriza cuando mis dedos viajan por el centro de su espalda y se asientan en la parte inferior. Quiero estudiar sus reacciones y sus puntos sensibles, tanto que me ofrecería a ponerle bloqueador todos los malditos días de mi vida.

Un pinchazo de decepción me invade cuando se aleja del tacto y gira el cuello para mirarme con los ojos repletos de una determinación que pocas veces he contemplado.

—¿Qué?

—¿Podrías besarme, por favor?

—¿Qué?

—Solo hazlo —insiste, y la súplica en sus mieles termina por impulsar mi mano hasta su cabello.

Hago un puño y la beso como me ha pedido. Inicio suave, pero ella toma, toma cuanto quiere, y pronto me encuentro besándola con tanta necesidad que suelta un quejido de dolor, pero no desiste, permite que deslice la lengua dentro de su boca y que le succione el labio inferior, antes de separarnos, con el oxígeno quemando mis pulmones. Sonríe con los labios hinchados por el encuentro.

—¿Y eso por qué fue?

Hace un gesto con la cabeza hacia el frente, donde un par de chicas cuchichean entre sí sin apartar la vista de nosotros.

—Te miran demasiado.

Enarco una ceja, divertido.

—¿Y eso es malo?

—No, pero quería que vieran que no serías una presa fácil de conseguir. —Hace una pausa —. De nada.

—Más bien imposible de conseguir, con ese beso. —Sonrío—. ¿Quién es la posesiva aquí, ah?

Se ruboriza y baja la mirada. Enredo en mi mano los mechones de su cabello y la atraigo para besarla una última vez.

—En caso de que no les haya quedado claro que no seré una presa fácil de conseguir —

susurro cuando nos separamos.

—Ya vengo.

Me pongo las gafas y me recuesto sobre la tumbona para disfrutar de mis preciosos momentos adultos mientras Mimi, Bryce y el gnomo de jardín se divierten como niños en la playa.

En algún punto del día me quito la camiseta mientras leo, las hojas del libro hinchadas por el aire húmedo que circula sin parar.

Miro sobre el filo del libro hacia la playa: mi hermano corre con el cabello húmedo echado hacia atrás para intentar golpear la pelota de *volley* como si fuera bueno en ello. El balón cae en la arena y las chicas chocan las manos en una victoria; el otro pobre diablo que se atrevió a hacer equipo con Bryce sin saber que mi hermano era una mierda en los deportes parece ansioso, pero prefiero divertirme con su desgracia antes que advertirle.

—¿Necesita algo más, señor Hawthorne? —habla una mujer de mediana edad a mi lado con un marcado acento.

—Estoy bien.

Y por primera vez, no miento.

Después de que las chicas humillaran a los chicos en el *volleyball*, los veo desde la comodidad de mi tumbona jugar como niños a atraparse. Mimi ríe como pocas veces la he visto. Bryce es Bryce, realmente es él. Por primera vez, lo veo reír, caerse, moverse como desea sin la presión que la fama impone sobre él. La piedra de las expectativas lo libera de su peso y la cuerda de errores que le constriñe el cuello se afloja para dejarlo decidir, hacer, ser, vivir.

Bryce carga a Niza mientras ríen, ella le da golpecitos en las manos para que la deje ir, pero apenas puede actuar en medio del ataque de risa que la invade. Caen en la arena, la pelirroja le da un empujón sin dejar de reír y mi hermano le lanza una bomba de arena al pecho para reiniciar el juego e ir ambos tras Mimi. Los observo, los admiro y los atesoro, segundo a segundo, risa a risa.

Se alejan del agua cuando se han cansado de correr. Yo regreso a mi lectura, ojeándolos de vez en vez para asegurarme de que el imbécil de mi hermano no se ahogue ni sea arrastrado al mar abierto por alguna orca asesina, con la suerte que tiene. Estoy cerca del final del libro cuando el sol comienza a descender, pero me distrae algo húmedo y pesado sobre mis piernas. Cuando despego la vista de las letras, hay una Niza sonriente y sonrojada que chorrea agua sobre mi regazo.

—¿Qué? —pregunto y me estremezco cuando me pone las manos mojadas sobre el pecho—. Quita, desquiciada, están congeladas.

—No seas cobarde, es solo un poco de agua —se burla y mueve las manos hasta mi abdomen, dejándome el bañador mojado bajo su cuerpo.

—Quita.

Pero ella no desiste. Se yergue sobre mí regalándome una vista incitante que me lleva a cuestionarme cómo se vería si me montara. Poco puedo pensar cuando se toma el cabello en una coleta, se lo exprime con las manos y me moja con el agua, con todo y libro.

—¡Niza!

Mi queja acalla su risa.

—Has mojado el libro.

—No te hagas el intelectual ahora. Anda, vamos a nadar.

—No me gustan la arena ni el mar. Lo sabes.

—Nada te agrada. ¿Hay algo que te guste de verdad?

—Sí, me encanta cuando me dejan en paz.

—No seas amargado. Solo faltas tú.

Casi me convence con ese tono y esa mirada. Casi.

—No.

—¡Clay!

—No.

—¡Que vayas, imbécil! —Bryce aparece a mi lado también, moviendo la cabeza de un lado a otro para secarse cual perro.

Mimi se acerca para quitarme el libro de las manos en un rápido movimiento y el sentimiento de acecho me invade cuando noto que estoy rodeado por este séquito de lunáticos. Se acercan peligrosamente y yo estiro el brazo para tomar una de mis sandalias de playa como mi única arma.

—¡Atrás, dementes!

—Yo le tomo las piernas mientras Liza y tú le toman los brazos —comanda Bryce entusiasmado.

—¡Tengo una sandalia y no dudaré en usarla! —los amenazo empuñándola como una espada, que poco sirve. Mi hermano me toma de los pies y comienza a arrastrarme sobre la tumbona—. ¡Suelta, que no quiero ir! No quie...

Cada una me toma de un brazo para inmovilizarme. Sé que he perdido.

—¡Paren, paren! ¡Que paren, grupo de locos! —grito conteniendo la risa—. Ya voy yo, ¡que voy yo!

Se miran dudosos entre sí, pero al final me dan el beneficio de la duda. Me pongo en pie y comienzo a caminar hacia el océano como un hombre que va rumbo a la horca. Niza me sujeta el hombro y, en un movimiento rápido, toma impulso, me rodea el cuello con sus brazos, y la espalda, con sus piernas.

—¿Qué parece que soy, un caballo de granja? —me quejo, pero me encajo sus rodillas bajo los codos para acomodarla mejor.

Lanza una risa fervorosa.

—Tú no serías un caballo de granja; serías de los caros, de esos que participan en carreras.

Bufo.

—Yo no apostaría por mí si fuera tú.

—Yo sí apostaría por ti, Clay, en esta carrera y en todas las demás. —Me planta un beso en la mejilla.

El agua es gélida cuando entro en ella. Quiero tomarme mi tiempo para aclimatarme de a poco, pero los salvajes que tengo por compañeros me lo impiden. Mi hermano se lanza sobre mí con todo el peso de su cuerpo para hundirme sin aviso mientras escucho las risas en la superficie.

Cuando emerjo, me quito el cabello de los ojos a tiempo para evitar un proyectil de agua que se dirige a mi cara. Le respondo el ataque a Mimi, que suelta una carcajada cuando una ola la arrastra, llevándose a Bryce consigo. Un montón de agua me choca en el costado; la traidora de Niza me mira con la excitación de una niña que disfruta de la travesura que acaba de cometer y me voy a por ella. Rodeo su cintura por detrás y nos enzarzamos en una lucha por llevar al otro al fondo. Ninguno lo consigue porque todo termina en risas.

Por primera vez, mientras los tengo en la playa conmigo, me siento también libre.

35 | Profundidad

Clay

—¿Debería preguntar si sabes el nombre de la chica que tienes en la cama o es un caso perdido?

Mi hermano enfoca la vista en mí con una sonrisa melancólica. El humo del cigarro se le escapa de la nariz.

—Creo que se llama Tara, Cara o...

—Ya. Olvidaba que eres una mierda para recordar nombres. —Apoyo los codos en el parapeto de la habitación; la ciudad italiana viva y vibrante a nuestros pies desde el balcón.

Bryce patea una piedra para hacerla caer al vacío y da una nueva calada. Le vislumbro el abdomen a través de la bata abierta. Luce más delgado que antes, las costillas a poco de marcarse en los costados de la misma manera que sucede con Niza. La visión me comprime el pecho y me deja un regusto amargo en la boca, así que aparto la mirada.

—¿Cigarrillo? —ofrece extendiéndome la cajetilla. La rechazo con un gesto, extrayendo en su lugar una paleta que me llevo a la boca. Mi hermano sonríe pensativo—. Paletas. Creí que no durarías con ellas.

La saboreo antes de responder.

—Y yo pensé que no durarías con tus revolcones.

El cansancio se le hace visible en el semblante y, donde estuvo el niño de esta tarde, se asienta ahora el adulto exhausto y hastiado del mundo.

—Me ayudan a no pensar.

—Igual que las drogas, el alcohol, las fiestas, los excesos...

—No, esto es diferente. Me ayudan a no pensar en Hela.

Hace una mueca y tira el cigarrillo al piso para apagarlo con la suela de la pantufla.

—Pensé que le jurabas amor eterno.

—Lo hago, aunque no pueda tenerla. Supongo que hay personas de las que no puedes olvidarte por mucho que luches.

Me remuevo incómodo, sacándome la golosina de la boca. Juego con la idea de retirarme ahora que hemos entrado a terreno inestable, pero soy su hermano, no tiene nadie más con quién hablar además de Mimi, y... la verdad es que quiero hablarle al Bryce sobrio, ese con el que no he convivido en mucho tiempo.

Todavía noto el temblor en sus manos, la ansiedad en sus ojos y el sudor que le corre por las sienes a causa de la abstinencia. Sé que está luchando: contra la necesidad y contra sí mismo. Eso me hace sentir cierta oleada de orgullo que quiero guardar para siempre.

—Eso es lo que pasa cuando tu corazón ya no puede pertenecerle a la persona a la que quieres.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Me estás usando para inventar letras otra vez?

Suelta una risa llena de desazón.

—Mi corazón es un hotel. Cuando ya no puede ser una casa, cuando ya no puede alojar a la persona que ama, entonces se convierte en un hotel.

Su respuesta me incomoda.

—Muchas chicas pueden ir y venir, habitarlo por unas horas, porque, ¡joder!, son preciosas, son divertidas, son increíbles. —Sus ojos tropiezan con los míos en su discurso—. Pero ninguna es Hela. Por lo tanto, ninguna puede quedarse.

Desvío mi atención hacia el suelo arenoso, que se distingue a través de la noche avanzada. Las chicas están durmiendo. Nosotros dos somos los únicos imbéciles sufriendo de insomnio.

—Suena muy jodido.

—Lo es. Nunca aprendes a vivir con eso —espeta, extrayendo un nuevo cigarrillo que no tarda en encender.

La boca me saliva, así que sofoco el deseo con la golosina.

—Podrías intentarlo con alguien más.

—¿Tú podrías intentarlo con alguien más, Clay? —Sus ojos dan con los míos con un brillo desafiante—. En la misma pregunta tienes la respuesta. No conozco mucho a la chica, pero estoy seguro de que no la dejarías ir, que te aferrarías a ella de la misma manera en que yo me aferro a Hela.

—Ahora no es momento de que te aferres a ella.

—Lo sé, por eso estamos aquí, para convencerme de dejarla ir. —Exhala el humo, cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás—. Es la paradoja de la riqueza, supongo.

—Estás delirando otra vez —digo hastiado.

—El sentimiento de tenerlo todo, pero sentirse vacío. Tengo tanto dinero que podría hacer fogatas con billetes, comprar un país pequeño y declararme rey, pero no sería suficiente.

Lo escucho en silencio. Estoy acostumbrado a estos discursos que parecen estupideces y al final se convierten en canciones de éxito. Si es que puede recordar sus palabras la mañana siguiente.

—Entonces dijo: «Señor, que no me falte ni me sobre, porque si me falta, desespero, y si me sobra, me olvido de ti». Es...

—Proverbios 30:8 —digo con un dejo agrio; la cita me escalda la lengua y me remonta a esa niñez oscura en la que mi abuelo me obligaba a recitarla y me golpeaba cuando lo hacía mal—. ¿Por qué lo mencionas a él? Sabes que...

—Porque cuando me lo dijiste, cuando me lo contabas antes de dormir como una historia de terror, siempre pensé que ese proverbio tenía algo de razón, algo de sentido entre el montón de basura fanática que ese hijo de puta adoraba tanto. —Lo miro, dolido por rememorar esos tiempos, y suspira con pesadez—. Porque cuando me faltaban dinero, recursos, edad para hacerme cargo de ti, sentí la desesperación de no poder sacarte de ese infierno. —Su voz se quiebra y la mano le tiembla, pero continúa hablando, preso de la culpa—. Y cuando tuve demasiado, cuando lo tuve todo, me olvidé de ti, me olvidé de Hela. Yo solo quería tener suficiente.

—Bryce...

—Sé que he sido un hermano de mierda y una pareja aún peor, lo sé. —Apaga el cigarro y el desasosiego le tiñe las facciones—. Te debo años enteros en los que debí estar contigo, acompañarte, hacerme cargo de ti, ser el hermano que necesitabas.

—No digas eso ahora. No tiene caso que te martirices conmigo también.

—Pero es verdad. Yo era tu familia, yo debí hacerme cargo de ti.

—No podías —declaro con determinación, aunque la cuerda del rencor se tensa—. No habrías podido criarme, eras demasiado joven.

—Eso también es cierto —concede sonriendo con tristeza—. Me alegro por ello.

Resoplo.

—¿Ahora te alegras?

—Al menos así no te jodí como hice conmigo. Supongo que, de haberte criado yo, estarías incluso más hundido en los vicios.

—Yo también tengo vicios. No estoy exento de ellos.

—No, no lo estás, pero eres mejor que yo. —Extiende la mano y me da una palmada afectuosa en la mejilla. El afecto le desborda la mirada de una forma que pocas veces vi—. Estoy orgulloso de ti, Clay. Mamá y papá lo estarían también. De los dos, eres quien mejor lo ha hecho.

—¿Hacer qué? ¿Ser tu sombra?¿Conseguir que mi mayor logro consista en ser tu hermano? Yo no lo veo como una razón de orgullo —digo molesto.

—No quiero que seas mi sombra ni mucho menos mi réplica. Tienes talento. Podrás formar tu propio imperio.

—Es lo que todos esperan de mí, que siga tus pasos y me convierta en una versión mediocre de ti —espeto desdeñoso.

Retiro su tacto de la cara con hastío. Parece dolido. Inhala y se pasa la lengua por los labios.

—Mañana es tu cumpleaños. Podría regalarte una guitarra nueva, tu propio estudio de música para que produjeras, un club de fans si lo quisieras, pero no lo haré. No te arrastraré a una vida que no es tuya ni a seguir una meta que no te pertenece. Mi regalo será mi consejo, uno coherente por primera vez desde que te convencí para que hicieras un trío en tu cumpleaños número dieciocho.

Una risa baja se me escapa al recordarlo.

—No sigas mis pasos. No te llevarán a ningún lado. Sigue tu propio rumbo; solo tú sabes a dónde quieren llegar tus pies. Seguro llegarás mucho más lejos que yo… y estaré ahí para celebrarlo.

Se acerca y me abraza con todas sus fuerzas. El contacto es extraño después de tanto tiempo, pero lo agradezco.

—Te amo, Clay. Que seamos hermanos no es tu mayor logro, es el mío.

Permanece abrazado a mí, lo hace por lo que me parece una eternidad, hasta que las murallas de mi reticencia se desmoronan y me atrevo a corresponderle, con una fuerza y un afecto que no sentía desde que se quedaba conmigo durante mis ataques de pánico o mis terrores nocturnos.

—Creo que deberías conservarla.

—¿A quién?

—A Niza. —Sonríe—. Tú y yo podremos poseer muchas cosas, pero muy pocas son tan buenas como esa chica. Consérvala, te hará bien, lo sé.

Enarco una ceja y me separo de él.

—¿Qué eres ahora, Cupido?

Ríe y se pone las manos en la cintura.

—Soy más guapo que Cupido.

—Ya.

—Y hablando de amor, yo te dije que te amo y tú no me dijiste ni una mierda.

—Ajá.

—Dime que me amas, malagradecido.

Lo miro mal.

—Se comienza fácil. Mira, repite —eleva un dedo—: Bryce, yo...

—Bryce, yo...

—Te...

—Te...

—Teeeeeee...

Pongo los ojos en blanco.

—Te...

—Amoooo...

—Te... voy a tirar del balcón si no dejas de decir estupideces —termino.

—¡Oye!

Me da un empujón, engancha su brazo alrededor de mi cuello y me arrastra con él hacia la habitación, ahogándonos en risas.

***

Nos dirigimos a Roma al día siguiente. Para mantener el perfil bajo, nos hospedamos en la finca que perteneció a la familia de mi madre. Niza no deja de felicitarme por mi cumpleaños el resto del día; está tan emocionada como una niña y, mientras caminamos por las calles adoquinadas de la Ciudad Eterna, busca cualquier baratija para darme a modo de regalo. Quiere dármelo todo, pero yo solo la quiero a ella.

Visitamos los lugares turísticos típicos. Morimos de deshidratación esperando nuestro turno para entrar al Coliseo. En el mercadillo que se forma en la callejuela de la Plaza Navona, Niza compra un kilo de naranjas para comer durante el día y me da la más grande y jugosa, alegando que es una muestra de buenos deseos en su pueblo.

Después de quemarnos bajo el sol de Roma y de comprar un sinfín de baratijas, nos dirigimos a la Fuente de Trevi. Está atestada, pero logramos abrirnos camino hasta llegar al borde. El agua reluce como el cristal y el monumento se presenta imponente frente a nosotros, representando la Roma antigua.

Niza apoya la cabeza en mi hombro y desliza los dedos furtivos entre los míos, tímidos pero constantes, hasta entrelazarlos; el tacto cálido, familiar, seguro.

—Me gusta aquí —susurra.

—Está atestado de turistas como nosotros.

—No lo arruines.

No pierde la sonrisa que se le asienta en el rostro mientras extrae algo de su bolsillo. Me tiende una moneda al tiempo que ella juega con otra entre los dedos.

—Dicen que si lanzas una moneda, la fuente te concederá un deseo.

—O solo es otra forma de estafar a turistas pelirrojas ingenuas.

—Calla. Haré algo importante.

Cierra los ojos con mucha concentración, murmura algo y, cuando abre los párpados, lanza la moneda. Tiene el temple rebosante de ilusión.

—Ahora tú.

Miro la moneda en mi mano, reticente.

—Estoy bien.

—Pide un deseo de cumpleaños, anda.

—¿Para qué?

—Solo hazlo. Es una tradición —me incita—. Por una vez en tu vida no seas un Grinch, Grinch.

—Pero no tiene caso.

—¿Por qué?

La analizo serio, todavía jugando con la moneda entre los dedos.

—Porque mi deseo ya está aquí, conmigo.

***

—¿Estás lista? —Le tiendo el casco cuando llegamos a la finca.

Bryce y Mimi suben a refrescarse del sol abrasador mientras Niza me mira confundida. Lleva el cabello recogido en un moño despreocupado, con algunos mechones rojizos que le enmarcan el rostro, y un vestido blanco de tela suelta y ligera.

—¿A dónde vamos?

—Primero póntelo —le ordeno mientras yo me pongo mi casco—. ¿No se supone que tenías una lista de deseos por cumplir aquí en Roma?

—Sí, pero...

—¿Y los has cumplido todos en este día?

—Bueno, he conocido el Coliseo, lancé una moneda en la Fuente de Trevi, entré al Vaticano, comí pizza y pasta como en la película de Lizzie McGuire y...

—¿No te falta algo por hacer? —Esbozo una media sonrisa, pero no lo capta.

—¿Tu regalo de cumpleaños? —inquiere inclinando la cabeza—. Estaba pensando en cocinarte algo. Es una tradición en mi pueblo y yo...

—Tengo mi propia idea de un regalo.

—¿Y cuál es?

—Solo acompáñame.

Me lanza una ojeada suspicaz, pero al final accede. Se pone el casco y, con cuidado, se monta detrás de mí en la Vespa. Se pega a mi espalda mientras conducimos por las viejas callejuelas. Cierra los brazos en torno a mi cintura hasta que llegamos a la provincia de la Via Tiberina, a media hora de la capital italiana.

Cuando bajamos del vehículo y se retira el casco, observa el campo abierto al atardecer, el sol a punto de descender.

—¿Qué hacemos aquí?

—Cumpliendo tu deseo, muñeca. —Señalo al frente con la barbilla.

—¿Cuál des...?

Se corta cuando gira por fin y le presta atención al globo aerostático que nos espera en tierra para subir. Abre la boca impactada.

—¿Un globo aerostático?

—Querías un paseo en esto.

—¡Estaba bromeando!

—Pues yo no bromeo. —Me retiro las gafas oscuras y hago una seña con la cabeza—. ¿Vamos?

Me toma la mano y caminamos hasta llegar con el hombre que será nuestro guía y conductor. Habla en un acento marcado y apresurado, así que luego de una rápida charla de indicaciones en italiano que apenas comprendo, porque llevo años sin practicarlo, subimos a la canasta.

Nos elevamos con lentitud. A medida que el globo sube, el campo se vuelve una mancha verde, y la ciudad, un espectro luminoso a nuestros pies. El sol desciende en el crepúsculo y le roba al cabello de Niza destellos rojizos; ella fija la vista en lo que tiene debajo, a su alcance, y es justo lo que quiero: poner todo ante ella para que pueda tomarlo.

Los viejos edificios y las estatuas se vuelven representaciones diminutas desde la altura a la que nos lleva el globo, haciendo el aire mucho más feroz y pesado, pero el espectáculo de luz natural y artificial se las arregla para hacerle justicia a esta actividad suicida.

—Me encanta —menciona tomada del borde de la canasta—. Es increíble.

—Lo sé, pero mejor nos alejamos un poco del borde...

—¿Por qué? —Me toma del brazo para acercarme—. ¿Tienes miedo de caer?

—Tengo miedo de que me empujes, lunática.

—Yo no haría tal cosa. ¿Luego quién se reiría de mis chistes malos y frases raras?

Bufo.

—Tienes a tus amigas, que son igual de raras, a tus compañeras de clase, a...

—Es distinto. Además, no quiero pensar en eso.

—¿Por qué no?

Se remueve incómoda y toda ilusión se le desvanece del rostro.

—No sé con qué me encontraré cuando regrese a la academia.

—¿Por qué?

Suelta el aire en una bocanada trémula.

—Porque Winslet seguro me crucificará, me dará el sermón de mi vida o, peor, en verdad me sacará del recital.

—No puede sacarte del recital.

—Eso es lo que me repito todos los días —manifiesta con una sonrisa pesarosa.

—Ya. ¿Y qué si lo hace?

Se encoge de hombros.

—No tendré futuro.

—Tu futuro solo está en tus manos, no en las de ella.

—Ya, pero...

—Que se joda —suelto hastiado de escuchar los maltratos y desplantes de aquella tipa—. Dile que se joda.

—¡No puedo decirle eso!

—Claro que puedes. Solo tienes que sentirlo. Puedes mandar a la mierda todas las cosas que te hacen mal. No tengas miedo de hacerlo.

—No es tan fácil —rebate quitándose un mechón de cabello del rostro.

Entonces una nueva ráfaga de viento nos asalta.

—Sí lo es.

—¿Y cómo?

—Fácil: le dices que se joda.

—¿Que se joda?

—¡Que se joda! —Alzo la voz en un grito que engulle el aire. Niza suelta una risa—. ¿Qué le decimos a esa mujer frustrada consigo misma?

—Que se joda.

—¿Y qué le decimos a esos instructores que dan miedo?

—Que se jodan.

—¿Y a los malos tratos?

—¡Que se jodan! —Eleva la voz una octava.

—¿Y a nuestros miedos?

—¡Que se jodan!

—¿Y a los pensamientos de insuficiencia?

—¡Que se jodan! ¡Que se jodan! ¡Que se jodan! —grita con la voz en cuello, agarrada del borde de la canasta, tan alto que incluso el hombre que conduce el globo se gira para mirarnos extrañado, pero que se joda; este es nuestro momento.

Niza sonríe de manera brillante, como nunca, y mientras el sol termina de ocultarse en el ocaso, pone su mano sobre la mía y recita unas palabras que me marcan más que cualquier tinta indeleble.

—Te quiero —dice segura.

Creo que el corazón se me detiene por un segundo. El temor se me debe reflejar en el rostro, porque su buen humor se esfuma y, en su lugar, llega la consternación.

—¿Qué?

—Te quiero, Clay.

Retiro mi mano de la suya como si el tacto quemara.

—No deberías.

—¿Por qué no?

Me paso una mano por el cuello, repentinamente nervioso.

—Porque no sé si puedo corresponderte de la manera en que mereces.

—Clay, no tienes que...

—No sé cómo hacer tal cosa, Niza, y no quiero joderlo, no contigo. El amor es... un concepto extraño que todavía no alcanzo a comprender.

Una sonrisa conciliadora se le desliza por el rostro.

—Sí que lo comprendes, pero en facetas diferentes. Creo que el amor no tiene solo una cara, sino muchísimas, y tú solo has explorado algunas: el amor que sientes por tu hermano, por RJ, por tatuar... Todas ellas son caras de una misma moneda: tú.

De nuevo su mano entra en contacto con la mía, ahora con cierto recelo.

—Yo tampoco sé nada de este tipo de amor. No sé mucho de ninguno, de hecho, pero te quiero, y me atrevo a afrontar la incertidumbre de ese sentimiento por ti.

El pecho se me expande al notar la sinceridad en sus palabras y pronto me encuentro rendido ante todo lo que es ella. No sabe nada del mundo ni del amor, pero se lanza al mar abierto y lucha contracorriente por mí.

—No sé si puedo quererte de la manera correcta —expreso vacilante.

Niza se encoge de hombros.

—Entonces quiéreme de las maneras incorrectas, pero hazlo hasta que encuentres la que es

correcta para ti.

No lo pienso mucho, solo la tomo del cuello y la atraigo hacia mí para besarla, para expresar con ese contacto arrebatado y lleno de necesidad las cosas que no puedo con palabras.

—Eres consciente de que somos una ecuación imposible, ¿no? —susurro; sus labios acarician los míos y nos quedamos sin oxígeno—. Somos un *impasse*, Niza.

—¿Un qué?

—Un callejón sin salida.

Se pone de puntillas y me besa, fervorosa.

—Tal vez no quiero salir o tal vez sea mejor que eso: tal vez nosotros seamos la salida de ese callejón.

***

Permanecemos en la cama después de una cena rápida con Bryce y Mimi en un lujoso restaurante que disfruté poco. Lo único que deseaba era regresar para estar a solas con la pelirroja.

Ahora, con ella al alcance de mis brazos para rodearla a mi antojo y estrecharla contra mí, descubro que Niza es la manifestación de algo que creí haber perdido hace años: deseo. La capacidad de desear tanto algo que el sentimiento de no tenerlo se vuelve apabullante.

Está dibujando sus propias estelas con los dedos sobre mis tatuajes otra vez, con un pijama estampado de flores, mientras yo disfruto de su cercanía. Es el primero de mis cumpleaños en el que no hay excesos ni culpas ni resaca moral el día siguiente, solo nosotros, y eso lo convierte en uno de los mejores.

Me remuevo cuando baja los dedos un poco más, curiosos y aventureros.

—Yo no bajaría más si fuera tú. —La detengo en el elástico de mis pantalones de pijama.

—Orena y Diane hablaban de ti —suelta de pronto con un dejo distraído.

—¿Y qué decían? —inquiero algo adormilado por el ajetreo del día.

—Que debías tenerla muy grande, porque el resto de ti lo era, pero que les daría miedo intentarlo contigo.

—¿Por qué?

—Porque las romperías.

Logra arrancarme una risa baja.

—Y ahora que lo has visto, ¿qué opinas al respecto?

Se mueve en la cama hasta posar su rostro sobre el mío. Se pasa la lengua por los labios en un gesto que resulta seductor.

—Que quiero comprobar la teoría —suelta sin más, y el comentario me revive enseguida.

—Niza...

—Quiero hacerlo. —Su aliento, cálido y dulzón como el resto de ella, me acaricia el rostro por lo cerca que está—. Creo que estoy lista.

Mi miembro la apoya con una erección inmediata. «Hija de puta». El deseo y la racionalidad se enganchan en una pelea muda.

—No tienes que hacer esto si no quieres. No tenemos que hacerlo.

—Pero sí quiero —repite con determinación—. Quiero hacerlo.

Me muerdo el interior de la mejilla, vacilante.

—Si quieres tener un orgasmo, conozco mil maneras en las que...

—No quiero mil maneras, te quiero a ti dentro de mí.

De acuerdo, mi erección acaba de endurecerse un 60% más con esa declaración.

—¿Lo estás haciendo como una forma de agradecimiento por lo del globo? ¿O como un regalo por mi cumpleaños?

—No, lo estoy diciendo porque así lo quiero —zanja, con los dedos acariciándome el abdomen sobre la tela de la camiseta—. No te estoy regalando mi virginidad; te estoy regalando mi primera vez, como lo he hecho desde que nos conocimos. Tú tienes todas mis primeras veces. Ahora quiero que compartamos esta también.

La miro pasmado un momento, hasta que su determinación me vence y lento, muy lento, se acerca para besarme. No es solo su primera vez, también es la mía: es la primera vez que siento más amor que deseo por alguien.

36 | Entrechat

Niza

Es 3 de octubre cuando decido hacerlo por primera vez con Clay Hawthorne.

No sé qué pensar. Deslizo las manos sobre la tela de su camiseta, oscura y lisa, y siento el constante latir de su corazón.

Soy como una chica descubriendo la vida desde cero otra vez, todo me parece nuevo: los sonidos, las sensaciones, los olores... Todo es mucho más potente y nítido que nunca. Jamás pensé que perdería la virginidad de noche, en una finca al otro lado del mundo, pero, vamos, jamás creí que la perdería con este hombre tampoco. No creí que la perdería en absoluto.

Los nervios alteran mis sentidos, pero está bien. Es algo que quiero, que deseo compartir con él.

Trato de no analizarlo más. Clay me enseña a hacer las cosas que quiero porque me nace, porque así lo deseo, y es algo que busco aprenderle bien, así que me concentro en su mano sobre mi abdomen, amplia y cálida, mientras él se acerca para besarme con unas ganas que me atizan las entrañas, mucho más contundente y apabullante que en otras ocasiones. Se presiona contra mí, con los brazos enmarcándome el rostro, devorándome la boca como alguien que disfruta de un regaliz: lento, concentrado y tomándolo todo hasta saciarse.

Me concentro en la solidez de su cuerpo en contraste con la suavidad del mío, en lo plano que es su pecho en comparación con la redondez de mis senos, y en la erección que presiona insistente contra mi vientre.

Por primera vez en mucho, mucho tiempo, me siento una mujer, una persona, no un autómata.

Se separa jadeando, su aliento choca con mi cara y se combina con el mío. No dice nada por un tiempo que me parece eterno, solo me observa, me estudia, y es como si él también intentara memorizarme.

Mueve una mano por la cama y toma mi mentón entre sus dedos, con la mirada platinada atravesándome.

—¿Quieres esto?

Trago grueso; el corazón me martilla las costillas. La duda me roba la seguridad como un ladrón furtivo que se escabulle por las calles de mi sentimiento de insuficiencia hacia el centro, donde un castillo construido con mis miedos se yergue alto e imponente, encerrándome, impidiéndome disfrutar de algo que es normal, pero que me enseñaron a repudiar.

Por primera vez, doy un paso firme para tomar aquello que deseo. Entonces la respuesta se

vuelve clara y luminosa. Lo quiero, lo quiero. Es la primera cosa que decido como Niza Hess, con libertad y total certeza.

—Sí.

—¿Segura?

Le regalo una sonrisa tímida.

—Estoy segura si eres tú.

Sonríe y deja caer la cabeza. Me alarmo.

—¿Qué? ¿Dije algo malo?

—Malo solo para ti.

—¿Por qué?

—No puedes decir esas cosas y esperar que me contenga. He querido esto por mucho, mucho tiempo.

El latir de mi corazón se dispara, me paso la lengua por los labios y me armo de valentía.

—No quiero que te contengas.

La sorpresa le turba el semblante y los dedos alrededor de mi mentón me aprietan con un poco más de fuerza.

—Siempre tan descarada.

Me mueve la cara hacia un lado y entierra su rostro en mi cuello, arrancándome un suspiro al percibir su lengua contra mi garganta; sus labios dejan besos voraces y sus caderas se baten contra las mías con una fuerza que me roba un gemido.

Me besa el hombro antes de mirarme otra vez, con el cabello despeinado.

—Si vamos a hacer esto, lo haremos en mis tiempos y a mi modo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Cierro los ojos, pero, contrario a lo que pienso, no me besa. Se incorpora en un rápido movimiento, me toma de la mano y me pone de pie también. Sucede tan rápido que me mareo y las piernas me fallan un poco, pero logro controlarlo. Todavía con mi mano en la suya, me guía por la habitación. Hace una rápida parada en el balcón para cerrar las largas cortinas, dejando el lugar a media luz; la única fuente de luminosidad proviene de la lámpara al otro lado de la cama.

—No entiendo.

—¿Qué?

—Yo... ¿Ya no quieres hacerlo?

Tuerce la boca, perverso.

—Claro que quiero.

—Entonces, ¿por qué nos hemos ido de la cama?

—Porque no jugaremos en la cama —responde seguro—. Eso lo dejaremos para el final. Iremos por tiempos, ¿recuerdas?

—¿Tiempos? ¿Y cómo mides los tiempos?

—Por orgasmos.

Arrastra una silla acolchada azul, con reposabrazos. Clay se sienta con toda naturalidad.

—¿Orgasmos? —repito, y él asiente sin dejar de contemplarme como un halcón a su presa—. ¿Nuestros?

—Tuyos.

«Santas cabras». Todo se derrite en mi interior de una manera deliciosa, como si se fundiera bajo el calor de la necesidad.

—Niza —me llama desde su lugar en la silla, con las manos sobre el reposabrazos, seguro,

imponente e invitándome a hacer un sinfín de cosas incitantes.

—¿Qué?

—¿Qué tan lejos quieres llegar hoy?

—¿Qué tan lejos quieres llegar tú? —pregunto con la voz estrangulada.

Echa su cuerpo un poco hacia adelante, sin despegar los ojos de mí.

—Tan profundo como me permitas llegar.

«Oh… por… todos… los… cerdos». Todo en mi interior se retuerce y se tensa.

—Podemos hacerlo, pero no sé... No creo... No entien...

—Solo respira —dice considerado, y lo obedezco.

No me presiona. Está dándome mi tiempo.

—Decía que... No esperes que sepa cómo moverme cerca de ti. Tenme un poco de paciencia, ¿sí? Soy nueva en todo esto —pido, sintiendo que el calor me azora las mejillas, y él sonríe, no con perversidad ni burla, solo gentileza.

—Yo tampoco sé cómo moverme cerca de ti. Todos somos inexpertos en nuestras primeras veces.

Abro los párpados desmesurados.

—Pero tú...

—Es mi primera vez contigo; todos somos inexpertos cuando se trata de alguien nuevo. Aprenderás tanto de mí como yo de ti. No te preocupes —explica con calma, transmitiéndome seguridad—. Aprenderemos juntos nuestra propia dinámica.

«Nuestra propia dinámica». Me gusta cómo suena eso.

—Entonces...

—Entonces tendrás que mostrarme cómo te gusta.

—¿Ahora? —inquiero.

Él asiente. Señala con el índice mi pijama.

—Quiero eso fuera. Conserva solo las bragas.

El corazón me masacra el pecho con cada golpe intenso, pero esto es tan nuevo, tan emocionante que no encuentro voluntad para negarme. Me retiro primero la blusa, con sus ojos que siguen cada movimiento, clavados a mi cuerpo, devorándolo con avidez. El frío de la habitación me acaricia los pechos, me eriza los pezones; la exposición se acentúa cuando me quito el short.

Estoy frente a él, en bragas, retorciéndome internamente de necesidad y con la piel que arde por su tacto, los pezones erguidos rogando por su boca, y otros lugares que ni siquiera sabía que podían desearlo claman por su atención.

Mis inseguridades me muerden la mente como bestias, la acechan y la acorralan. «¿Y si no le gusta lo que ve? ¿Y si se arrepiente de estar conmigo por no ser lo suficientemente bonita, o experimentada, o voluptuosa o...?».

—Sé lo que estás haciendo —dice, y resisto el impulso de cubrir mi desnudez de su escrutinio—. Para. No te cubras. Quiero admirarte.

—¿Admirarme?

Me observa con la devoción que le rebosa de los ojos, del rostro y de cada parte de él.

—Sí, porque eres jodidamente hermosa, Niza.

Nunca he sido buena para aceptar cumplidos, ni siquiera los de Clay.

—No tienes que mentir o ser condescendiente para...

—No miento. Eres preciosa. —Sus palabras están cargadas de una sinceridad que me

remueve—. Créeme. No sé cuántas maravillas hay en el mundo, pero contemplarte desnuda debería ser una de ellas.

—¿Para todos? —lo molesto cuando no sé qué más decir.

—No, eres una maravilla que solo yo quiero contemplar.

Hace un gesto con la mano para que me acerque y lo hago: camino hacia él con el sexo palpitante y la piel demasiado sensible. Me toma de la muñeca, jala mi cuerpo y me sienta sobre su regazo; me entierra los dedos en la piel para maniobrar mis piernas y acomodar una a cada lado de su cuerpo. Un gemido rasga el aire cuando percibo su miembro duro y turgente presionado contra mi centro. Se siente tan potente que me abruma un poco.

—¿Cómo te gusta que te toque, Niza?

La boca se me seca al oír la aspereza en su voz y ver la necesidad en sus ojos.

—Podría decirte.

Niega con la cabeza. Cierra la mano en torno a mi muñeca y la dirige a mi sexo.

—Mejor muéstrame.

El corazón se me para con esa declaración.

—¿Quieres... quieres que...?

—Quiero que te masturbes sobre mí y te corras sobre mis piernas. —Eleva las caderas para embestirme y puedo sentir su miembro con nitidez a pesar de la ropa—. Quiero que estés tan húmeda que tus bragas se desborden y me mojes los pantalones, eso quiero.

«Santa madre del cordero».

—No necesito tocarme mucho, entonces.

Noto la curiosidad mórbida en su mirada, que no se esfuerza en ocultar.

—¿Por qué?

—Porque estoy empapada desde que entré en la cama contigo.

Respira profundo sin liberarme del yugo de su escrutinio, calculador y deseoso, y de nuevo lleva mi mano hasta mi centro. Acaricia solo un poco con dos dedos, ganándose un jadeo de mi parte por lo sensible que estoy. Cierra los ojos un momento, como si lo saboreara, y después deja de tocar.

—Muéstramelo.

Hago lo que me pide. Remuevo la braga para dejar a la vista mi sexo, hinchado y deseoso. Reprimo las ganas de cubrirme la cara por la vergüenza de hacer esto, porque está apreciando mi vagina con ojos hambrientos. Mueve un poco la mano sobre mis glúteos, acariciándolos, y gimo porque deseo que toque mi parte más sensible, pero se mantiene estático.

—Tócate —demanda férreo—. Quiero mirarte mientras lo haces.

—Pero yo...

Las palabras se cortan cuando me toca un pezón, lo estira y juega con él para hacerme jadear. Arqueo la espalda, esperando que se prenda del pezón y apague ese quemar que me consume, pero no lo hace.

—¿Quieres que me lo lleve a la boca, muñeca? —dice en tono bajo, cruel, mientras lo acaricia. La sensación es tan exquisita que me hace girar la cabeza—. Yo también quiero hacerlo, pero primero debes complacerme, y para eso debes complacerte tú. Mastúrbate sobre mí, anda.

Suelto un suspiro trémulo. Mi clítoris está hinchado como pocas veces y vibro cuando lo toco mientras con la otra mano me sostengo las bragas. Estoy tan excitada por la situación, por hacer esto frente a él, que mi interior se sacude con la primera caricia como un terremoto a punto de derrumbarme. Me siento sucia por hacerlo, pero también atrevida y libre.

Acaricio la perla hinchada donde se concentra todo mi placer. Lo hago de la manera en que he aprendido que me gusta, usando el dedo medio para dar largas caricias, internando los dedos en los pliegues y esparciendo la humedad para generar más. Clay me mira anonadado, con los labios levemente partidos y el asombro diluido en deseo.

Ondulo las caderas al compás de los dedos. Lanza un sonido grave y profundo, con las manos hechas un puño, como si luchara por contenerse mientras me toco sobre su regazo y los sonidos de disfrute me florecen en la boca.

Me siento como una chica que ofrece un espectáculo prohibido que solo Clay puede contemplar, y la idea me atiza el pecho con más excitación. Gimo, jadeo y respiro con el aire pesado en los pulmones. No puedo creer que de verdad me esté mirando mientras me masturbo.

Gimo más alto, más agitada a medida que la cresta se acerca, y mantengo la vista en él, que no despega su atención del sexo que acaricio, tomo y restriego. Es tan, tan, indecente y a la vez tan excitante que el orgasmo ya está acariciándome el bajo vientre.

Sigo trabajándome con la mano de la manera en que me gusta y estoy por correrme cuando Clay retira mi mano para reemplazarla con la suya. Mueve los dedos contra mi clítoris de la forma en que ha aprendido y se prende de mi pecho a la par, ganándose un sonido de placer que no sé si podré repetir en otro momento. Suelto un grito por la sobreestimulación que recibo y enredo la mano en los mechones de su cabello oscuro para presionarlo contra mi seno mientras sus labios lo envuelven y tiran de él con hambre insistente. Desliza la lengua con pericia, la espalda se me arquea y gimo extasiada porque desliza la mano por mi vagina, sus dedos llenándose de mi lubricación. Balanceo las caderas al ritmo de su mano; los pechos sensibles reciben de buena gana la atención de su boca.

El orgasmo es una onda destructiva que me golpea sin aviso, tan dura que la siento subir desde los pies hasta el último de mis cabellos. Le encajo las uñas en la cabeza mientras vivo mi liberación. No se queja; al contrario, sigue prendido de mi seno y acariciándome la vagina de modo lánguido, como si la mimara.

Bajo de la nube lo suficiente para separarlo, levantar su rostro y besarlo, besarlo con muchas ganas. Me toma del cabello, haciéndolo un puño, para mantenerme donde quiere, mientras se encarga de comerme la boca con apetito. Mi lengua se encuentra con la suya, se atizan una a la otra y dejo que me domine porque quiero que tome tanto como desea.

Todavía estoy vibrando cuando lleva la mano a uno de mis glúteos, lo toca deseoso y comienza a moverme sobre él al mismo tiempo que ondula debajo de mí.

—¿Qué estás...?

Gimo al sentir su dureza en mi centro, sensible por el orgasmo anterior. Me toma del culo y me maniobra a su antojo mientras me frota contra su pene, duro y grande, a través de la delgada tela del pijama.

—Te dije que primero te correrías tú —sentencia con la voz afectada, sin dejar de moverme adelante y atrás sobre su erección, palpitando con cada ir y venir—. Quiero mirarte la cara mientras vives un orgasmo otra vez.

—Creí que...

Lanza un embate levantando sus caderas y me arranca otro jadeo.

—¿Pensabas en esto? —cuestiona agitado, con los ojos atravesándome, el pantalón manchado con el charco de necesidad que dejo sobre él—. Después del vestidor, ¿pensabas en que hiciéramos esto otra vez? Porque yo sí. He pensado en eso todo el tiempo. En ti, aquí, así, mientras te follaba de esta manera.

Sus palabras tensan todo en mi interior. ¿Cómo es que tiene ese poder?

—Sí, sí lo pensé. Lo pensé muchas veces, lo quise repetir muchas más. —Me muevo contra su erección, que se vuelve cada vez más dura, casi como el hierro.

Los ojos le relucen codiciosos y llenos de lujuria, una que me engulle mientras me guía con las manos en la cintura, me estrecha contra él, hacia abajo, arriba. Lanza embates que son solo un vistazo a su potencia, y mi corazón está a punto de explotar junto con mi sexo por todas las sensaciones que experimento a la vez.

—¿Esta se convirtió en una de tus fantasías?

Asiento, perdida en el placer que me envuelve, en lo bien que se siente su pene contra mí.

—Entonces debo estar a la altura. —Me empuja hacia abajo y lanzo un grito; mis paredes sensibles se preparan para contraerse de nuevo—. Y hacértelo mejor que en tus fantasías, muñeca.

Habla y sus palabras me sumergen en un espiral de excitación que termina por arrastrarme a lo más hondo de mis instintos, los más primitivos. Mis tabúes sobre el sexo se derrumban con ese nuevo orgasmo.

Clay se detiene y mantiene las manos en mi cintura mientras se esfuerza por recuperar el aire. Jadea al mismo ritmo que yo. Tengo el corazón acelerado y el sudor me corre por la sien. La liberación es tan dura que los oídos me zumban y las piernas me tiemblan. Debe notarlo porque se incorpora, llevándome consigo.

Cuando estamos de pie, noto sus mejillas sonrojadas por el esfuerzo, los labios hinchados por nuestros besos y la fina capa de sudor que también lleva sobre la piel. Me besa con hambre y sin premura, disfrutando del encuentro, y deja que mis manos, trémulas por los orgasmos anteriores, le retiren la camiseta. No me da tiempo de admirarlo mucho tiempo porque da una nueva orden con ese tono que me pone a mil.

—Siéntate.

—¿Sobre la cama o la silla?

Enarca una ceja.

—En mi cara.

—¡Clay!

Me ruborizo, él sonríe y me besa una última vez para calmar mi agitación por su indecente propuesta.

—Siéntate en la silla.

Lo obedezco vacilante, sin saber qué hará conmigo a continuación. Algunas escenas que he visto en internet me atraviesan la mente: chicas que se sientan para poder tomar al chico con la boca. Mi latir se dispara tanto como mi imaginación y comienzo a salivar.

—Separa las piernas.

Parpadeo sorprendida.

—¿Me cogerás aquí?

—¿Quieres que te coja aquí?

—Yo...

—Yo no quiero, no aún. Separa las piernas, Niza.

Me acomodo en la silla y me expongo para él. Mis bragas están maltratadas y una enorme mancha oscura se extiende sobre ellas, como la marca indudable de lo que acabamos de hacer.

—Eso es.

Baja hasta quedar de rodillas frente a mí. Lo miro alarmada, intentando incorporarme.

—Clay, ¿qué hac…?

—Estás mojada otra vez. —Me toca el sexo con dos dedos, caricias largas desde el clítoris hasta la entrada. Arqueo la espalda—. ¿Me quieres dentro de ti?

Gimo retorciéndome cuando golpea dos veces ahí y asiento.

—¿Sientes la necesidad de que te llene? —cuestiona con tono duro, encendiéndome otra vez —. ¿Quieres que te llene?

—Sí —jadeo, perdiendo la respiración, que se me vuelve densa en los pulmones.

—¿Sí qué? —exige saber.

Me rodea una pierna con su brazo, apoya la mano en mi monte de Venus, retira la tela de mis bragas y tiene una vista completa de mi vagina. Dios, me está mirando tan cerca que puede detallarlo todo. Estoy tan perdida en el momento que no sé qué quiere escuchar de mí; el cerebro me dejó de funcionar correctamente después del segundo orgasmo.

—¿Estás mojada por mí?

Sus ojos me atrapan y me apresan, me mantienen cautiva en su fuego y su necesidad.

—Sí, sí... —respondo con lo que parece una súplica.

—¿Quieres sentirme? —Me toca el clítoris, acaricia mi entrada antes de darle dos golpecitos —. ¿Quieres sentirme aquí?

Me retuerzo otra vez.

—Dímelo —exige con dureza, retirando la mano.

—Sí, sí quie...

—Dímelo con todas sus letras, quiero escucharlo.

Abro la boca ligeramente. Me trago mi vergüenza y le digo lo que me pide.

—Quiero que me cojas —murmuro, abatida por el clamor de mi piel, que exige la suya.

Su semblante se transforma, se vuelve más duro y codicioso, avivando esa llamarada que no se sofoca nunca cuando él está cerca.

—Buena chica. —Me introduce un dedo con una facilidad que me desorbita. Lo mueve con lentitud, yendo tan profundo como su falange se lo permite, explorándome—. Me encanta lo húmeda y lista que estás para mí. Estás escurriendo en la silla.

Jadeo al sentirlo en mi interior, mi cuerpo apretándolo, pero esto no es suficiente.

—Dime que quieres esto.

—Sí, por favor.

—Di las palabras. Quiero escucharlas.

Abro la boca, ansiosa por sentir más. Inserta otro dedo y se siente mucho mejor, pero sigo sin sentirme satisfecha. Quiero más, mucho más.

—Dímelo o me detendré.

Tomo una bocanada de aire, sintiéndome caliente y desesperada por mi liberación. ¿Cómo puedo desearlo tanto otra vez? ¿Qué hizo conmigo?

—Yo... tú... no te has... no has...

—No me he corrido, cierto —afirma sin dejar de penetrarme con los dedos—. Pero puedo hacerlo con o sin tu coño. Puedo masturbarme mientras te tocas o te toco yo mismo. —Da un embate duro y suelto un grito—. O puedo meter la polla en esa preciosa boquita tuya para que me la chupes hasta correrme dentro.

Resuello entre dientes, ansiosa por abrazar ese orgasmo tan deseado. Remuevo las caderas contra sus dedos inmóviles para encontrar yo sola mi liberación; falta poco. Sus palabras son tan sucias e incitantes que no estoy lejos de mi cima.

—Ahí, justo ahí, por favor...

—No, no te correrás todavía. —Retira la mano.

Arrugo el ceño, molesta, con el corazón a mil.

—¿Por qué eres tan malvado conmigo?

Clay se ríe mientras cierra la mano en torno a uno de mis tobillos y lo separa para tener mayor espacio. Todavía tiene los dedos anclados en mis bragas para exponerme a su antojo y por completo. Entonces vuelve a molestarme con sus malditos dedos, firmes y fuertes, acariciando los alrededores, pero jamás dentro ni sobre el clítoris, nunca donde más lo necesito. Estoy enloqueciendo.

—¿Soy malvado contigo? —Su tono es duro, pero distingo el humor que se le escapa cuando me toca el sexo con los labios.

«Santos asnos». Voy a morir a este paso. Lame con la punta de la lengua. Las piernas me tiemblan.

—Sí —contesto con voz estrangulada.

—Pero si te acabo de regalar dos orgasmos.

Me toma del culo para acercarme hasta que estoy prácticamente colgando del borde de la silla.

—Así está mejor.

Me besa el muslo antes de acomodarse mis piernas sobre los hombros. Gimo alto al percibir que acerca la boca sigilosa, los labios me acarician el clítoris y se me arquea la espalda como reacción. Su lengua se desliza en todo su esplendor por mi sexo, húmeda, caliente. Me recorre deseosa, tocando lugares que hacen que los pies se me curven sobre sus hombros. Echo la cabeza hacia atrás mientras se encarga de comerme, perdida en sus atenciones, en el trabajar de su mandíbula y en la manera en que su boca me escribe un testamento sobre la vagina, uno indecente, sucio y placentero.

Me tomo con fuerza de los reposabrazos de la silla, con el cuerpo tenso, extasiado con cada caricia de su boca, que, ávida, hambrienta, atrevida, se come cada parte de mi vagina. Mueve las manos hasta tomarme del culo, me eleva un poco y me devora a su antojo y a su ritmo, como si fuera un festín a su disposición.

—Dios… Clay... voy... voy...

Muevo las manos hasta su cabeza, le entierro los dedos en la mata de cabello oscuro para guiarlo, para llevarlo a donde más lo necesito. Las piernas me tiemblan con cada lamida certera, cada beso apasionado o cada letra indecorosa impresa en mi sexo por su lengua. Muevo las caderas contra su cara, encontrándome con cada lametón, disfrutándolo como nunca.

Sus ojos se enganchan con los míos mientras me toma con la lengua. Con un dedo mantengo la tela de las bragas arrugadas a un lado para no interrumpir su labor. Tiene la cara enterrada en mi vagina; su mirada me come de la misma manera en que la boca lo hace.

—Cl… jod... me...

Me incorporo solo un poco, presiono su cara contra mi sexo y me corro. Vivo el orgasmo con él prendido de mi vagina todavía, acariciándome, comiéndome y provocando en mí sensaciones que nadie jamás podría. Es intenso y arrebatador, tanto que mi mente se desconecta por unos instantes para registrar solo sensaciones. «Santo... santo todo», eso fue demasiado. Es demasiado. Siento demasiado. Ondulo las caderas contra su cara, chocan con ella mientras mis pies se enroscan por la intensidad del orgasmo y me monto en la cresta para vivirlo en todas sus letras.

Cuando aminora un poco, dejo ir sus mechones y creo que se mueve entre mis piernas, pero no puedo registrarlo. No soy consciente de cuándo se pone en pie y me lleva consigo, arrastrándome hasta la cama. Se hace sobre mí, entre mis piernas. Se apoya en los codos para mirarme y, cuando abro los ojos, veo el gris muy claro. Me acaricia la nariz con la suya.

—¿Estás agotada o puedes seguir?

Arrugo la nariz, cayendo en la cuenta de algo.

—Hiciste esto a propósito, ¿verdad? Para drenarme.

Sonríe apenas.

—No, lo hice para que disfrutaras. Te dije que iríamos por tiempos.

—Todavía no entiendo eso de tus tiempos.

Me acaricia el borde de la cara con los nudillos.

—Los primeros dos orgasmos fueron las entradas, y el que acabas de tener, pues... Creo que nos saltamos al postre.

—¿El postre?

—Mi postre.

Río.

—Solo tú asocias el sexo con comida. No lo puedo creer. —Le retiro un mechón de la frente, perlada por una fina capa de sudor, mientras lo acaricio—. En ese caso, creo que todavía puedo tener el plato fuerte. —Se remueve contra mí, golpeándome con la erección dura y dispuesta en mi centro. Sonrío—. Y creo que tú también.

Me besa profundo dejándome el regusto de mi sabor en la boca. Se aleja para ir a la mesita de noche, abrir un cajón y extraer de él un sobre pequeño y platinado.

El colchón cede bajo el peso cuando se acomoda entre mis piernas, rasga el pequeño envoltorio y lo deja sobre la cama. Se acaricia el miembro con ganas: es grueso, largo y está listo para romperme.

—Escucha: entiendo si te asusta, si no quieres. Está bien. Puedes familiarizarte más con él o...

Lo veo hablar, registro sus palabras, pero hay un fuego en mi interior que no se extingue, que desea hacer esto con él y solo con él.

—Sí quiero. Sí quiero hacerlo contigo.

—¿Segura?

Asiento con la cabeza apoyada en el colchón y los nervios rasgándome las entrañas. Cuando se acomoda entre mis piernas, me toma del mentón con aspereza y me besa con una necesidad que me transmite en cada jalar, empujar y tomar.

—He esperado mucho tiempo por esto. ¿Sabías eso, muñeca?

Me acaricia el labio inferior. Mi sexo y mi cuerpo entero se preparan, ya no con tanto temor, sino más bien con una anticipación que lo ha rebasado todo. Entonces me doy cuenta de algo más.

—¡Ajá! ¡Entonces ya habías planeado esto, cabra del mal!

—No lo planeé —se defiende el mentiroso.

Estrecho los ojos, suspicaz.

—Entonces, ¿por qué tienes condones?

Se queda pasmado en el lugar, como si lo tomara con la guardia baja, y luego balbucea:

—Porque...

—Porque nada. Ya lo planeaba tu mente maquiavélica.

Pone los ojos en blanco.

—Bien, de acuerdo, obviamente no los traje para abrigarme la polla si sentía frío.

Logra sacarme una sonrisa después de esa tonta confesión, pero el buen humor pronto es reemplazado por un nudo de lujuria que se me vuelve más tenso en el estómago cuando siento su erección chocar con mi sexo. Por primera vez desde el vestidor, lo siento en todo su esplendor y me enciende tanto que ya estoy lista para él otra vez.

—Lo haré lentamente —dice mientras se toma el pene y lo posiciona en mi entrada, mojándose en el proceso—. Dolerá al inicio, mientras entro. Si te duele y quieres que pare, solo dímelo. Lo haré de inmediato, ¿de acuerdo?

—¿No me quitarás las bragas?

—No —responde haciéndolas a un lado para descubrirme.

—¿Por qué no?

—Suelo romperlas, no quitarlas, no soy tan considerado —sentencia—. Pero estas no. Estas quiero que las conserves para que recuerdes este momento cada vez que las mires.

Doy mi confirmación con la cabeza y comienza a deslizarse dentro de mí. Inhalo, exhalo, inhalo... Todas mis terminaciones y conexiones cerebrales registran lo que ocurre allá abajo, detallando cada centímetro de él que entra.

Es extraño sentir que tienes a alguien más dentro de tu cuerpo, pero no lo percibo como una invasión, sino como una forma de llenarme. Me quejo un poco porque su miembro es grande, su cabeza me expande, me abre para sí y guía la excursión hacia mi interior. Se detiene un momento, con la duda tiñéndole los ojos grises. Tomo aire, asiento y continúa.

Gimo un poco cuando mueve las caderas; la sensación es nueva y extraña, como cuando hice mi primer *split*. Sentía que me rasgaban la entrepierna; ahora es algo parecido, solo que la sensación de apertura viene desde dentro, mucho más profundo. Clay gruñe, se aferra a la sábana al lado de mi cabeza y yo me aferro a sus brazos, anchos y fuertes. Noto lo pequeña que soy en comparación con él, pero no me aterra; al contrario, me gusta.

Está satisfecho con mi reacción, así que sale casi por completo antes de volver a llenarme con lentitud, percibiéndome repleta de él. Su cara está contraída en un gesto de concentración, como si no quisiera lastimarme, y cuando vuelve a lanzar otra estocada, siento que el dolor le cede el lugar al placer.

No sé cómo explicarlo ni describirlo, pero esta sensación de tenerlo dentro, embalado por mí, es una de las mejores que he tenido en la vida. Ahora comprendo a Diane y su inclinación por el sexo. No es solo recostarte en una cama y tener a alguien encima. Es algo mucho más profundo, más intenso, mejor.

—Puedes ir un poco más rápido —pido cuando ya me he acostumbrado, sosteniéndome de sus hombros y su espalda formada, salpicados de figuras.

Suelta una risita. Sus párpados caídos por la lujuria y llenos de diversión son una de las imágenes que quiero grabar en la memoria también.

—¿Así que serás de las mandonas en la cama? Me gusta.

No sé qué decir de vuelta. Lo único que me sale de la boca es un gemido cuando acomoda mejor mis piernas alrededor de su cintura para moverse con más soltura, conquistando cada centímetro de mi interior a su manera. Se hunde más profundo en esta posición y ambos gemimos. Le encajo las uñas en los brazos a medida que aumenta el ritmo, pero, lejos de detenerse, va más rápido, más profundo, como si leyera mis pensamientos a través de mis gestos. Gimo, jadeo y la combinación de sonidos suaves y graves estimula mis sentidos en un nivel

completamente diferente. Se mueve un poco más, estirándose, de modo que me encuentro con su cuello y algo me choca contra la cara por error en su vaivén. Se detiene y engancho el dedo en el collar con el dije de bailarina que todavía porta. Sonrío maliciosa.

—¿Lo llevas aún? Creí que te daban alergia estas baratijas.

—Lo llevo siempre —responde con simpleza, sin imaginarse que esa tonta confirmación me remueve hasta la fibra más profunda.

Jadeo cuando hace un círculo lento, llevo los brazos a su cuello y baja para besarme. Me toma del cuello para mantenerme quieta mientras se abre paso por mi interior, una y otra vez, reclamándome de la manera en que solo él podrá hacerlo.

Le acaricio los brazos con los dedos. Le recorro el pecho a medida que el *crescendo* nace entre nosotros y nos arrastra a una nueva liberación. Me encanta el cuerpo de Clay. Siempre me ha encantado.

Yo simplemente soy una chica plana. El epítome de la pureza y la elegancia, como un campo nevado, escueto, desértico, un lienzo en blanco. Clay es algo totalmente distinto que contrasta conmigo. Su cuerpo es una obra de arte, heterogénea, desigual, conformada por curvas, músculos y líneas fuertes. Es como los murales en las catedrales de Roma, y yo me enamoré de las historias que contaban sus tatuajes, desde los trágicos hasta los graciosos. Clay no es un desierto como yo; él es una selva de entramados complejos. Y ahora ambos nos mezclamos para crear nuestra propia obra, nuestra propia maravilla.

Acelera el compás, me sujeto a sus brazos como si la vida se me fuera en ello, intentando seguir el ímpetu de sus caderas, sin conseguirlo, y disfruto del nudo que explota sin más en mi interior. Le encajo las uñas en la piel, cierro las piernas en torno a su cintura y mi cabeza se hunde en la almohada con la contundencia de la liberación.

Estoy tan feliz por vivir esto que no tardo en correrme otra vez, ahora seguida por él, que me llena. No de semen, porque se ha corrido en el preservativo, sino de él: de su olor, de su voz, de su piel. Todo lo que es Clay Hawthorne ahora lo llevo impreso en mí, pero no solo eso: me siento llena, repleta de mí, de una parte mía que no conocía y que disfruto, que me hace sentir libre y plena. Me siento llena de mí misma y la sensación es maravillosa.

Clay se recuesta a un lado y tira el preservativo sin prestarle mucha atención. No sé qué es lo que viene después del sexo, de tantos orgasmos, pero espero que no sea correr un maratón o algo así porque me siento drenada, agotada y muy feliz. Me acerco a él con cautela, dudosa. Abre los ojos y me atrapa mirándolo. Me acerca a su cuerpo poniendo un brazo bajo mi espalda y me envuelve con su calor. Estoy tan contenta que solo atino a besarlo como una idiota, pero no me importa.

—No fue tan malo como pensé.

—¿Tan malo como pensaste? —repite entre la indignación y la broma.

—Supongo que tendremos que repetirlo mucho para saber si me gusta o no. Soy muy complicada en eso de decidir.

Resuella exhausto.

—Lo repetiremos las veces que quieras.

—¿Las que yo quiera?

—Sí, las que quieras.

—¿Ahora?

Sus ojos se abren alarmados mientras me envuelve en sus brazos y me acomoda cerca de su pecho.

—He creado un monstruo.
Río y apoyo la cabeza sobre su piel, escuchando el firme latir de su corazón.
Un monstruo no, una chica enamorada de él, eso sí.

37 | Échappé

Niza

Bryce me mira extraño por décima vez en el día.

«¿Acaso puede notarlo? ¿Acaso sabe que su hermano y yo tuvimos sexo?».

Es nuestra última noche en Italia y Bryce tuvo la increíble idea de hacer nuestro propio festín para beber y despedirnos de la ciudad con calma.

Mientras Clay se encarga de cocinar la carne en el asador del balcón y Mimi prepara una salsa, yo corto los vegetales. Decido ser valiente, como lo he sido desde hace algún tiempo, y me llevo algunos pedazos de zanahoria a la boca, sin tanto miedo de cuántas calorías puedan contener. Es siempre una lucha interminable entre el mecanismo de supervivencia y las convicciones; entre la mente y el estómago. Desvío la vista y encuentro que Bryce me mira de esa forma rara otra vez. Se acerca a la mesa en la que están dispuestas las verduras y deja su botella de cerveza a un lado.

—¿Necesitas ayuda?

Me quita el cuchillo y sostiene el tomate en su lugar para picarlo. Lo hace con seguridad, pero la mano no deja de temblarle un poco.

—¿Estás bien? —pregunta de pronto.

—Sí, ¿por qué lo dices?

—Porque luces diferente, Liza.

—¿En qué sentido?

—Uno mejor. —Sonríe y le correspondo—. Gracias por pasar estos días con nosotros.

—No tienes que agradecerme.

—No lo hago por mí, lo hago por Clay. Le hace bien tenerte cerca; creo que nos hace bien a todos, de alguna manera.

—¿Yo? Pero si solo soy una chica cualquiera que está muy lejos casa.

—Pues por eso, precisamente. En este medio, la autenticidad es como una bocanada de aire fresco que siempre se agradece.

Sonrío. Una ola de felicidad me inunda.

—No fui solo yo. A Clay también lo hace feliz compartir tiempo contigo.

—Claro que lo hace feliz compartir tiempo conmigo, mírame: soy irresistible. —Se yergue con una mano en la cintura y el cuchillo apoyado en el hombro, como si fuera un modelo, y suelto una carcajada.

La risa se disipa de a poco y me concentro en pasarle un nabo.

—¿Cómo te sientes tú? —pregunto luego de un rato en silencio.

—¿Sobre qué?

—Sobre... Ya sabes, sobre el asunto H.

—¿Cuál as...? ¡Ah! —dice de pronto—. Está ahí, junto al resto de cosas que no quiero afrontar, supongo.

No hablo. No quiero incitarlo a cometer otra locura como cuando le dije que sería bueno buscarla. No deseo sentirme culpable otra vez, pero él sigue hablando.

—Creo que será bueno para ella cortar cualquier relación conmigo. —Se encoge de hombros —. Nadir me dijo que la internarían en rehabilitación otra vez y que, al salir, si estaba limpia y se sentía bien, se casaría con Liam.

Percibo cierto pesar en su tono, pero no opino más al respecto.

—¿Y tú...? Quiero decir, no sé qué tan complicado sea, con eso de la banda y la imagen pública y tal, pero... ¿has pensado en internarte tú?

Me analiza en silencio, como si de verdad lo considerara. No parece ofendido, solo pensativo.

—Claro, lo he pensado por mucho tiempo, pero Nadir no cree que sea bueno para la imagen de la banda, como bien lo mencionas. —Mueve los labios, dubitativo. Entonces sonríe—. Aunque, ¿quieres saber un secreto?

Asiento, curiosa.

—¿Me prometes que no le dirás a Clay?

—Sí, sí, te lo prometo, ya dime —lo insto, pegándomele al brazo para que nadie nos escuche.

—Voy a hacerlo —murmura—. Me internaré después de tu recital. No me importa lo que diga Nadir. Estoy pasando por demasiada mierda ahora, pero prefiero estar consciente para afrontarla que dopado hasta el culo mientras la vida se me escapa de las manos.

Abro la boca impresionada.

—¿De verdad? ¿Lo harás?

—Sí, lo haré. No quiero... no quiero perderme más años de la vida de Clay, quiero estar ahí para él. Realmente estar.

El orgullo me hincha el pecho.

—Estoy orgullosa de ti, Bryce. Lo harás genial. Sé que te recuperarás.

Me da un golpecito con la cadera mientras parte una cebolla. Y podrá parecer extraño, pero me gusta ser parte de esto, de ellos. Me gusta lo que compartimos.

Después de cenar, Bryce monta su propio concierto encima de la mesa, con once cervezas y un vaso de *whiskey* encima.

Canta sin entonar, desafina mucho y nos arranca muchas carcajadas. El estómago me duele de tanto reír. Mimi, que también bebió algunos tragos, se une a él: montada en una silla recita la letra de una canción que adoro por papá y no dudo en unirme para entonar «It’s my life», de Bon Jovi. La canto a todo pulmón recordando los viajes de carretera en su vieja camioneta. Somos un grupo de locos entonando mal una canción, sin pista ni música, pero me siento genial, como si respirara por primera vez, como si, de la misma manera que marca la letra, viviera mientras aún estoy viva.

***

La semana transcurre más rápido de lo que creí y, antes de ser consciente, ya estoy de vuelta en el tumulto de cosas sin resolver que es mi vida. El sueño de Roma fue bueno mientras duró, pero ahora debo enfrentar lo de mayor dureza: a mi tía.

Las chicas ya están calentando cuando entro al estudio. Algunas continúan con sus ejercicios, pero la mayoría se gira para contemplarme. No tardo en ubicar a Nerea. Le sonrío y se pone en pie de un salto para saludarme.

—Hueles a pan de ajo y pasta —se burla—. ¿Qué tal el viaje?

—Bien, fue... agotador. —Sonrío, pero mi gesto flaquea al notar la sombra en su cara—. ¿Qué pasa?

—Nada, es solo que…

—¿Qué?

Se remueve nerviosa y una idea perturbadora se me planta en la cabeza.

—¿Winslet les hizo algo por haberme ido?

—No, nada de eso. —Pone las manos al frente para desvanecer la suposición, pero, lejos de tranquilizarme, me agita más.

—Entonces, ¿qué pasa? Si estás preocupada por mí, sé que me reñirá como nunca por haberme ido, pero tenía tantas ganas de hacerlo... Así que no me importa si me regaña los próximos cien años, yo...

—No es por eso.

—¿Entonces?

Un par de aplausos hacen eco en el estudio y los bailarines nos preparamos para recibir las instrucciones de Winslet, que aparece con su ropa sobria y su moño apretado en la cabeza. A su lado, el señor Rothbart me escruta con algo que le abate la mirada azulina.

—Comenzamos con el ensayo del recital en un minuto. Tenemos solo una semana para pulir esto.

Le doy a Nerea un apretón amistoso en el brazo y me encamino a dejar mi maleta en el *locker*, calentar y comenzar. Sin embargo, no llego muy lejos cuando la voz de mi tía me detiene.

—¿Qué haces aquí?

—Practicando. Ya regresé. Ahora debo ensayar mi parte del recital.

Winslet levanta la barbilla con altivez mientras mantiene los brazos detrás.

—No tienes nada que hacer aquí, Hess.

La sangre termina en mis pies y mi alma en el suelo.

—¿De qué hablas? Necesito ensayar para mi parte en el recital.

Suelta una risa seca que no le llega a los ojos.

—Te advertí sobre las consecuencias de faltar a los ensayos y aun así preferiste darles prioridad a otras estupideces. Tomaste una decisión, ahora afronta las consecuencias.

—Victoria, te pido que reconsideres... —dice el señor Rothbart.

Ella levanta una mano, cortándolo, y me atraviesa como una flecha con esos ojos que compartimos.

—Estás fuera del recital. —Parece más una sentencia de muerte que una declaración.

—¿Qué? —balbuceo—. Pero no puede...

—Sí puedo y lo hice.

El pecho se me comprime y respiro para evitar derrumbarme. «Está mintiendo, está mintiendo, está...».

—Pero no puede. Soy la única que se sabe mi coreografía —la desafío con la poca valentía

que poseo.

Resuella.

—Eras. Te he reemplazado.

—¿Por quién?

Gira el cuerpo un poco y hace un gesto con la cabeza para darle la bienvenida a quien tomará mi lugar. Marcha hacia adelante con esa elegancia que la caracteriza y la hace etérea.

—Eridan será una bailarina mucho más adecuada. Ella tiene tu papel ahora —sentencia Victoria.

No puedo creer lo que escucho. «¿Cómo...? ¿Cómo...?».

—Lo siento, pero estas cosas suceden todo el tiempo. Te fuiste y perdiste tu lugar. —Eridan sonríe triunfal.

Estoy tan impactada por la noticia que las cuerdas vocales no me responden y las extremidades me pesan.

—Ensayarás con los grupos secundarios en su horario; este es de los solistas —informa mi tía con voz de hierro—. Y tú ya no perteneces a ellos.

El corazón se me compunge y lo que yo creí que sería una situación fácil de manejar, una en la que solo llegaría y recuperaría mi lugar, se convierte en una pesadilla.

38 | Armonía

Bryce

Nadir entra al estudio de grabación. Se ha recortado el bigote, aunque sigue poblado. Nos echa un vistazo a todos y resuella.

—¿Ahora qué? ¿A quién lo atraparon cometiendo alguna estupidez?

Mitch y Kirk sueltan una risita por el comentario, porque es una situación más común de lo que parece.

—A nadie. Nos hemos portado bien esta semana. —Aaron se incorpora con las manos en los bolsillos de sus pantalones camuflados.

—Como debe ser. ¿Qué esperan? ¿Que les dé una galleta?

—No suena mal —apoya Dave.

Compartimos una victoria silenciosa cuando hace una mueca de exasperación. Mentiría si dijera que sacarlo de quicio no es una de nuestras actividades favoritas.

—¿Y bien? —insiste, y golpea el piso rítmicamente con su zapato caro—. Tengo una reunión con los organizadores del concierto en Florida en media hora.

Mitch hace un gesto con la cabeza señalándome.

—Bryce nos llamó.

Se sienta junto a los chicos en el sofá, los cinco pares de ojos me miran atentos y lucho contra la ansiedad que eso me provoca. Es curioso cómo puedo exponerme ante un millar de ojos desconocidos sobre el escenario, pero solo cinco tienen la capacidad de ponerme nervioso.

—¿Ahora qué hiciste? —Nadir inhala, cansado.

—Nada.

—¿Qué tal tus vacaciones? Espero que hayas reconsiderado lo último que me dijiste y podamos continuar con el *tour*; es importante para ustedes —explica severo—. Están en el punto álgido de sus carreras. Debemos explotarlo ahora más que nunca, sobre todo después de tu estupidez con Hela.

—Es sobre eso que quiero hablarles —comienzo.

—¿Nos abandonarás? —pregunta Dave.

Nadir enarca una ceja en una interrogante muda.

—¿Y bien?

—Debemos interrumpir el *tour*.

La impresión se riega por la habitación como pólvora. Mitch palidece por la sorpresa, Nadir lo hace por la ira y el resto de los chicos parecen perdidos.

—¿A qué te refieres con interrumpir el *tour*? —cuestiona Kirk—. ¿Hablas de posponer unos cuantos días las fechas en los nuevos países?

—Hablo de interrumpirlo por el resto del año… o al menos hasta que pueda rehabilitarme.

Mitch se rasca la barba recortada, pensativo.

—¿Quién te crees que eres para tomar estas decisiones? ¿Crees que eres el único integrante de esta banda? —espeta Nadir, enojado. — ¿Sabes las repercusiones que traería interrumpir el *tour*? ¿O el impacto en nuestro público? ¡Se disgustarán!

—Puedo organizar una reunión con la prensa para explicar las razones de la interrupción. Las personas que nos quieren lo entenderán.

El rostro se le torna violáceo por la cólera.

—¡¿Y todo lo que han invertido nuestros patrocinadores, todo lo que hemos gastado en esta gira en mercancía, publicidad?! ¡¿Quieres mandar todo a la mierda por tu maldita adicción?! ¡Ya no eres un niño, Bryce, es hora de que crezcas y asumas tus responsabilidades!

—¡Eso hago! ¡Estoy tomando responsabilidad por mi adicción! ¡Quiero arreglarlo!

—¡Ahora no es el momento!

—¡Para ti jamás es el momento! —contraataco. La ira me corre por las venas—. Para ti nunca existe un momento para nosotros, para lo que necesitamos como personas, solo como empresa, ¿no?

—No es tan simple. Comprende: lo que hagas o dejes de hacer recae en todos nosotros. Siempre se lo he dicho —explica con la voz más contenida que puede.

—Siempre he pensado en los demás, siempre, toda mi puta vida los he puesto primero: primero la banda, primero la grabación, primero ese concierto. Ya no puedo más, Nadir. Lo siento, pero ya no puedo —insisto, y el cansancio se me cuela en el tono.

Los ojos oscuros de mi *manager* relucen con exasperación y enojo, pero no me importa. Por primera vez, quiero ponerme a mí primero, quiero ser mi prioridad.

—Bryce, Nadir, tranquilos —interviene Mitch con calma—. Estoy seguro de que podremos arreglar esto, llegar a un acuerdo o...

—¡Mitchell, no digas estupideces! ¡Hazlo entrar en razón! —Me señala Nadir exasperado—. ¿Es que acaso no sabes lo mucho que nos afectará el que te internes? Todos comenzarán a cuestionarte, no podremos manejar otro revuelo en redes y no solo tu imagen se irá al carajo, para ser tachado como otro drogadicto más, sino que nos arrastrarás contigo. Ya tuvimos suficiente con el desastre de Hela y apenas pudimos salir de esa.

—Puedo manejar a la prensa y las redes. Ya te lo dije: lo entenderán. No soy el primero ni el último artista que se interna por problemas de adicción. Es más, luego de lo que pasó con Hela y de que todos se enteraran, seguro comprenderán que internarme es la mejor decisión para que nada de eso vuelva a repetirse.

—Lo dudo. Lo mejor que puedes hacer es centrarte en tu banda, no abandonarla.

Hago un gesto con la mano para descartarlo.

—No estoy en condiciones.

—¡Debemos limpiar tu imagen!

—¡Mi imagen la limpiaré yo mismo! —Doy un paso al frente, amenazador.

—Pero no puedes. Eso lo hago yo —escupe enervado—. Limpio toda tu mierda y mantengo a la horda tranquila cuando haces alguna tontería. ¿No crees que al menos nos debes eso? ¿El no jodernos la vida con tu repentina epifanía para la recuperación? —Abro la boca impresionado, pero no se detiene—. Has pasado años presentándote drogado hasta los huevos en los escenarios;

¿por qué ahora quieres mejorar con tanta insistencia? Termina la gira, inyéctate cloro si es lo que te pide el cuerpo, pero no nos decepciones más.

—Eso fue un golpe muy bajo, viejo. —La voz de Aaron se tiñe de indignación.

—Nadir, ya fue suficiente —lo riñe Mitch.

Se ubica en medio de ambos con esa aura pacifista que lo caracteriza, aunque no sé si funcionará en esta ocasión. Hay demasiadas emociones erosivas que corrompen el aire.

—Podemos encontrarle una solución a esto. Está bien si posponemos por un tiempo la gira. Eso atraerá la curiosidad de las personas y nos permitirá abrir más fechas si conseguimos un mejor escenario —sugiere Mitch sin perder la calma—. Debemos darle prioridad a su bienestar. No podremos presentarnos si no está en condiciones, ¿cierto?

—Eso disgustará a los patrocinadores y...

—Que se disgusten. Somos la mejor banda del momento; podremos conseguir nuevos.

Nadir clava sus ojos en Mitch, enfadado.

—¿Crees que es fácil conseguir patrocinadores? ¿Un público? —resopla—. Han volado demasiado alto para mantener los pies en la tierra. —Enfoca la vista en mí, férreo—. No irás. Es mi última palabra.

—No estoy pidiendo tu permiso. He convocado esta reunión para informarles que me voy. Me internaré en California con o sin tu consentimiento.

Inspira con pesadez, agitado, y un hilillo de sudor le corre por la sien. Niega con reprobación una última vez para luego salir del estudio como una exhalación. Dejo escapar el aire que ni siquiera notaba contenido en los pulmones, la fuerza de las piernas me abandona y debo sentarme en el reposabrazos del sofá un momento para no desplomarme.

—Bryce, ¿estás bien? —Dave me toca el brazo—. Llevo en el termo una infusión de lavanda que tal vez te haga sentir mejor si...

—Solo le provocarás diarrea —lo interrumpe Kirk poniéndose de pie.

Permanecemos en silencio por lo que parece una eternidad. En el mutismo que nos rodea esperan mi respuesta. «¿Estoy bien?». No sé si puedo responder.

Una carcajada me nace en la garganta, crece determinada y fuerte, pero me sabe amarga, con tintes de histeria por el estrés de esta confrontación.

—¿Estás bien? —repite Mitch, esta vez con más firmeza, tomándome del brazo.

—No fue tan malo como pensé. —Alzo la cabeza y encuentro que todos me miran confundidos—. Sabía que reaccionaría de esa manera. Nadir está diseñado para pensar solo en los beneficios y perjuicios de nuestras acciones. Él no me preocupa, ustedes sí. Creo que tiene razón en que no puedo seguir jodiendo su imagen así.

Kirk me palmea la espalda.

—Haz lo que tengas que hacer para estar bien, viejo.

Aaron asiente también, sonriendo con los ojos vivaces.

—No quiero ser cursi, pero... eres más importante para nosotros que cualquier *tour*.

—¿Se supone que no querías ser cursi? He cagado unicornios con eso último.

—Ay, cállate.

—Tienen razón, Bryce. —Mitch se acerca para darme un apretón en el hombro—. Eres nuestro líder, te apoyamos, haz lo que creas que es mejor para ti.

Asiento, convencido, y los observo reunidos a mi alrededor, como si lucharan por protegerme del mundo exterior, de mis propias decisiones, pero ya no puedo delegar la tarea de vivir. Por muchos años, estos chicos fueron mi punto de referencia en el mundo, mi balsa de salvación en

un mar agitado, lleno de contradicciones e incertidumbres, pero ahora debo crear mi propio punto de partida.

Perderlos me aterra. Sin embargo, temo más perderme a mí mismo si no actúo ahora.

—¿Podremos visitarte? —inquiere Dave.

—Estaré esperándolos.

***

Sé que es una mala idea desde el momento en que pongo un pie dentro, pero creo que es necesario. Necesito este cierre para comenzar de nuevo. Aprieto la caja de madera que llevo en las manos y camino a paso firme hasta la recepción, donde una mujer delgada, con coleta oscura y de ojeras prominentes me mira aburrida.

No es la primera vez que estoy en una clínica de rehabilitación, pero el aire con hedor a limpiador rancio me genera un leve dolor en la parte trasera de la cabeza.

—Quiero ver a alguien —pido con determinación.

—Hoy no es día de visitas. Son los jueves —dice con monotonía.

—Lo sé, pero... —Me rasco la nuca, nervioso. Temo que, si no me comporto como una persona normal, notará los síntomas de mi adicción y me internará aquí, junto a Hela. Me controlo lo mejor que puedo y le regalo una sonrisa amplia—. Me iré de viaje y quiero visitar a una amiga antes. Es muy importante, por favor. —Leo el nombre en su etiqueta y le suplico con mi tono más encantador—: Judith.

Me mira impertérrita y la desesperación me hace cosquillas a un costado. Estira el brazo y me pone el calendario pequeño delante.

—Hoy es martes. Las visitas son los jueves. Sin excepción. Además, te informo que los pacientes únicamente pueden recibir visitas después de tres meses de tratamiento, por un período que no exceda los diez minutos.

Inspiro para impedir que la exasperación me domine y me acerco para sonreírle.

—Judith…

—Eso ya lo dijiste.

«Respira, respira, respira».

—Claro. —Río nervioso—. Te queda genial ese tono de labial. ¿Dónde lo compraste?

Me mira sin inmutarse.

—Escucha, guapo, lidio con tipos como tú todos los días —informa con aire de superioridad —. Cualquier plan que tengas para sacar de aquí a tu amiga interna no va a funcionar, tampoco podrás ingresar estupefacientes, te revisamos hasta el recto, así que no pierdas el tiempo.

—No estoy intentando ingresar nada —replico, y la desesperación me tiñe la voz—. Yo solo… quiero verla, por favor. —La súplica se me escapa de los labios como una plegaria y tal vez lo nota porque me mira atenta por primera vez—. Es importante para mí, mucho. Solo cinco minutos, te lo suplico, puedes revisarme tú misma el recto si es necesario.

Su semblante cede un poco y de la indiferencia nace un poco de compasión, solo un ápice. Carraspea, sondea el espacio para cerciorarse de que no haya más colegas suyos cerca y centra la vista en el ordenador.

—¿A quién deseas visitar?

—Hela Voison. —Saboreo las letras de su nombre mientras lo musito.

La mujer teclea diligente, pero el ceño fruncido no es buena señal.

—¿Cómo te llamas? Ella tiene una lista restringida de visitas. Si estás en los admisibles, necesitarás mostrarme una identificación.

«Hijo de puta. Aspen, hijo de la gran puta». Lucho por mantener la calma y sonrío de nuevo.

—Sé que tiene una lista restringida de visitas. Su hermano lo estipuló de esa manera; es muy estricto.

El interés le refulge en los ojos. Ah, otra aficionada al chisme.

—Él... no nos permite verla… a sus amigos.

—Bueno, por algo será.

—Sí... sí, pero ¿no crees que ver a alguien más la motivará a continuar? No está bien que pase tanto tiempo sola esperando a que su hermano o su... prometido la visiten. Creo que verme le hará bien.

La mujer vuelve a su rostro de hierro.

—Señor, no puedo permitirlo. Lo siento, son las reglas.

Hace el ademán de levantarse y retirarse del lugar. La desesperación por verla me gana: atrapo la muñeca de la mujer en un impulso, impidiéndole el paso, y gira el rostro lleno de sorpresa.

—Lo sé, lo siento por ser tan insistente, pero... por favor. Me iré en pocos días y necesito verla. Por favor, haré lo que sea necesario. ¿Quieres dinero? Puedo dártelo o... ¿me conoces? ¿Sabes quién soy?

—No.

—Sí, supongo que no escuchamos la misma música, pero... puedo conseguir un autógrafo para tus nietos o un disco o entradas para un concierto o...

—No tengo hijos.

—Mierda —espeto frustrado, soltándola—. No le haré daño. Puedes acompañarme hasta la puerta si quieres. Solo quiero entregarle esto. —Señalo la caja que llevo conmigo mientras la exasperación se me desborda del tono.

Arruga un poco los labios, pensativa, y tras sus ojos veo cómo su determinación flaquea. Tal vez solo sea lástima o el sentir el desespero de alguien por ver a la persona que ama una última vez, no sé, pero algo la impulsa a hacer lo siguiente y lo agradezco.

—Solo diez minutos, señor. Sígame.

Sonrío y la obedezco. Dejo la caja en la mesa que hay en la entrada, junto a mi chamarra de cuero, mis llaves, la cartera y el cinturón. Me quito los anillos, tintinean en el contenedor, y traspaso el filtro de seguridad como si estuviera en un aeropuerto.

La mujer abre la caja, mi corazón se compunge mientras la revisa, pero vuelve a cerrarla al comprobar que no hay nada peligroso dentro. Asiente y echamos a andar hacia el fondo del establecimiento. Llegamos a un área que parece recreativa, donde algunos pacientes charlan entre sí, miran la televisión o se entretienen con otras cosas. Judith intercambia unas cuantas palabras con uno de los empleados. El hombre asiente y señala hacia otra sala más al fondo. La mujer me hace una señal con la cabeza para que la siga a través del área recreativa.

—Está practicando yoga ahora —me informa, pero se detiene al pie de la puerta en cuestión —. Ve hacia la derecha. Ahí verás el letrero que dice sala de visitas. Yo la llevaré hasta ti.

Me desconcierta un poco, pero obedezco sin chistar. Sigo los letreros en las paredes y no me cuesta encontrar el lugar indicado. Me siento en una de las mesitas de metal pintadas de azul claro. Parece más una prisión que un centro de rehabilitación, y la perspectiva me asusta, me

hace dudar de mi última decisión. «¿Estoy preparado para perder mi libertad de esta manera? ¿Para enfrentar de cara la abstinencia y sus consecuencias?». He mantenido un poco de control al tener los estupefacientes cerca de mí, a mi alcance. Está mal, lo sé, pero me genera cierta seguridad el saber que puedo tomarlos si ya no soporto su ausencia. Será lo más difícil que haga en mi vida. Inspiro cuando moqueo un poco y me limpio con el dorso de la mano. Tengo que intentarlo aunque la vida se me vaya en ello, porque esta dependencia me sofoca y me roba lo que me queda de vitalidad. Tengo que intentarlo, un día a la vez, como lo he hecho la última semana, porque si me pierdo, si dejo que esto me consuma, ¿a quién acudirá Clay? No tiene a nadie más.

La puerta de la sala rechina y levanto la cabeza para encontrarme con Hela, mi Hela. Me pongo en pie, esperando que se acerque, pero permanece pegada a la puerta: se debate entre irse o quedarse.

—Hola —digo con una voz endeble.

No me responde, solo me analiza. Tiene los ojos apagados, hundidos, igual que los pómulos, el cabello cenizo recogido en un moño despreocupado; la blusa suelta le deja al descubierto la clavícula marcada y sus pantalones de ejercicio apenas se sostienen de las caderas. Luce mal, pero sé que yo no luzco mucho mejor. Somos el reflejo del otro, la manifestación de la erosión que dejan las adicciones.

—¿Qué quieres? ¿Vienes a terminar de matarme esta vez? —dice con acidez, y el corazón se me constriñe.

—No quiero hacerte daño.

Resopla, cruzándose de brazos.

—En todos estos años es lo que siempre has dicho, pero lo que jamás has cumplido.

Un peso en el pecho me dificulta la respiración.

—Aspen te matará si sabe que estuviste aquí.

—Lo sé, pero tenía que tomar el riesgo. Quería verte.

—Y yo dejar de hacerlo —contesta con amargura.

Asiento, absorbiendo el dolor que me provocan sus palabras.

—Te prometo que así será, pero antes tengo que entregarte algo. —Tomo la caja de la mesa y la tiendo entre nosotros.

Me escruta dudosa. Después de unos segundos, se acerca a paso lento. Cuando la tengo enfrente, a tan solo unos pasos de distancia, debo luchar contra la urgencia de abrazarla.

—¿Qué es esto?

—Mi regalo de despedida. Era de mi madre: es la constelación Lyra. —Sonrío—. ¿Recuerdas cuando te hablé de ella?

Asiente.

—Era la constelación favorita de tu madre —musita.

—Es tuya ahora. Quiero que la conserves. Solía... solía profanarla usándola como un contenedor para mis vicios, pero creo... creo que ahora podrás darle un uso mejor.

Abre la caja y arruga el entrecejo.

—¿Qué tiene dentro?

Río por lo bajo, presa de los nervios, vulnerable.

—Cartas —respondo. Los ojos le relucen, recuperando un poco de la vivacidad que los embargaba antes—. Te escribí cartas después de que terminamos. Había muchas cosas que quería decirte, que necesitabas saber, pero todo entre nosotros acabó tan mal que no podía

acercarme y explicártelo. Después, cuando nos reencontramos, siempre recaíamos… en los vicios o en la cama. Al otro día todo era culpa y discusiones.

El labio le tiembla y los ojos se le anegan en lágrimas. El dolor de contemplarla así es crudo; me siento desnudo, perdido y encerrado en mis propios errores.

—Sé que no te dije muchas cosas, Hela, y lo siento. Tal vez si hubiera sido más valiente habríamos tenido un mejor futuro, no lo sé, pero todo está ahí. —Señalo la caja que custodia todo mi sentir—. Ahora podrás leerlo las veces que quieras en las cartas que escribí durante la giras, en el autobús mientras iba a un nuevo lugar o en la soledad de una habitación de hotel. Podrás saberlo todo.

Hela se retira una lágrima que cae sin permiso.

—¿Por qué me entregas esto ahora?

—Porque pensé que sería lo correcto. Porque quiero empezar una nueva etapa. —Sonrío con pesar—. Me inscribí en una institución de rehabilitación en California. Estaré ahí el tiempo que sea necesario para sanar, pero quiero llegar con la mochila vacía, sin remordimientos.

Hela suelta un sollozo seguido de una risa muy amarga.

—Siempre fuiste bueno para soltar.

—Y tú para aferrarte.

—Sí, lo sé.

Me mira en silencio hasta que vuelve a hablar:

—¿Recuerdas cuando nos conocimos?

Asiento con lentitud, sin saber a dónde quiere llegar.

—Yo lo recuerdo bien —dice con añoranza.

Sus ojos atrapan los míos y el corazón se me aplasta, no por su aflicción, sino por el amor que aún me demuestra a pesar de todo.

—Fui feliz todos esos días y todos esos meses. —El semblante se le suaviza y da lugar no solo a la tristeza, sino también al agradecimiento—. Fui feliz cuando lo hicimos por primera vez en ese viejo auto tuyo y cuando me presentaste a Clay. «Es mi única familia», dijiste y me lo presentaste, me incluiste, me hiciste sentir parte de tu vida, como si me quisieras en ella. —Su sonrisa se desvanece—. Recuerdo la primera vez que me dijiste que me amabas. Lo dijiste en medio del escenario en un concierto en Washington. Y yo estuve ahí y te lo dije también, porque lo sentía, tan fuerte que pensé que jamás podría sentir algo más con tal viveza en la vida. Creí que éramos fuertes, inquebrantables y que lucharías por nosotros tanto como lo hice yo cuando te acompañé a todos esos conciertos, cuando viajé contigo, pero entonces, cuando quise perseguir mis sueños, tú tomaste tu decisión y no fuimos nosotros. —Otra lágrima se escapa rebelde, pero esta vez no la retira—. Te fuiste a seguir tus propias convicciones y está bien, pero regresaste. Cuando creí que podía superarte, regresaste a mí, jodido por la fama y engullido por la presión. Y yo te seguí como hice siempre, incluso a tu punto más bajo, yo estuve ahí. —Abro la boca para hablar, pero me corta—. El problema fue que ya no pude salir. Quise salvarte, pero en cambio me condené a mí. —Las lágrimas se le precipitan feroces por la cara, una tras otra, amenazando con desintegrarla en agua—. Traté de dártelo todo para que no necesitaras nada más, pero no funcionó. No pude conservarte.

—Creo que esa fue nuestra primera señal, pero la ignoramos. —Bajo la vista, apenado—. Porque ignorar es más fácil que afrontar aquello que nos hace mal. Yo te hacía mal, Hela. Eras como un globo que se desinflaba poco a poco, porque yo tomaba todo tu aire. Eso fue lo que yo hice y lo siento. Lo siento tanto por joderte de esta manera.

Llora con más ganas.

—Lo hice porque te amaba, porque quedarme para ti era lo correcto.

—Y a mí me enseñaron que lo correcto era soltar si amamos. —Doy un paso al frente para limpiarle las lágrimas y no se retira, deja que la acaricie y el corazón se me rompe más—. Estamos los dos jodidos porque al final la mayoría de cosas que sabemos sobre el amor las aprendemos de personas que ni siquiera nos han amado.

Tiembla bajo mi tacto como si luchara por contenerse, pero cuando me acerco y la rodeo, se quiebra, se viene abajo en mil pedazos entre mis brazos. Me abraza fuerte, como si no quisiera soltarme jamás, y yo lo hago también con el doble de fuerza.

—Te amo, Hela. —Le beso la cabeza, con el nudo que se me forma en la garganta—. Estoy feliz de haberte encontrado. Eres lo único bueno que la fama me ha traído y lo único que habría querido conservar.

Me abraza con más fuerza mientras se deshace en lágrimas y sollozos, aferrándose a mí con desesperación.

—No soy lo que necesitas ahora, no sé si lo seré después, pero necesitamos encontrarnos primero a nosotros mismos para después buscarnos. —Me deshago del abrazo, la tomo del rostro y la miro—. Yo no puedo completarte; eso solo podrás hacerlo tú. Sé que lo harás increíble, que brillarás más que yo. Mi corazón es tuyo, Hela, lo ha sido siempre.

No responde más, solo llora y vive su catarsis mientras yo me embarco en la mía. Siento su dolor y lo comparto. Por primera vez, compartimos la carga de aquello que rompimos.

No decimos nada más porque nos entendemos en el silencio. Cuando me voy, después de que el llanto haya cesado un poco, no se siente como los otros abandonos, sino como una pausa de nosotros.

***

—¡Carter! —Abrazo al dueño de la tienda con fuerza y le doy una palmada en la espalda que no tarda en regresarme.

—Tenía años sin verte, Bryce. Creí que te habías olvidado de nosotros.

—No, qué va. Estaba ocupado.

—Más te vale visitarnos más seguido o la próxima vez que vengas a tatuarte te haré una grosería en la frente.

—¿Es un premio? Siempre he querido algo así —me burlo, y el hombre suelta una carcajada que resuena en todo el lugar.

Son cerca de las once de la noche. La tienda ya está desierta, pero saludo a los últimos empleados que se despiden con una sonrisa al salir.

—¿Dónde está Clay? —pregunto, sentándome en el sofá de espera y poniendo los pies sobre la mesa—. Tengo hambre.

—No vino hoy. —Niza aparece cargando la aspiradora.

—¿Por qué? Siempre está aquí. Pensé que podríamos comer pizza, partirle el culo en el Overwatch y…

—No lo sé. —Carter toma su chamarra del perchero, se la pone y abre la puerta para salir—. Dijo que tenía cosas que hacer en la academia.

—¿Y no me avisó? —digo indignado—. ¿Para qué tiene un móvil, entonces? Mejor que se lo

guarde en el culo.

Carter suelta una risita.

—Cuídate, Bryce. Te veré después. Niza, cuídate, linda.

La pelirroja deja de aspirar para despedirse de él con la mano y regresa a su labor. El silencio no tarda en hacerse presente, tanto que me asfixia un poco, así que decido mejorar un poquito el pesado ambiente.

—Fui a ver a Hela hoy.

—¿De verdad? ¿Y qué pasó? —pregunta sin mirarme.

—¿No me vas a regañar por haber ido?

—¿Le hiciste algo malo?

—Sí... Bueno, no. Creo que cerramos ese círculo por nuestro bien, al menos por ahora.

—Me alegro, entonces —susurra en un tono de voz monótono que nada se asemeja al de la Niza de Roma.

Frunzo los labios, pensativo, aunque un cosquilleo de preocupación me asalta el pecho cuando la miro trabajar con más atención. No puedo decirlo a ciencia cierta por la tenue luz del local, pero parece más pálida que la última vez. «¿Es mi imaginación o bajó más de peso estos días?».

—¿Qué crees? —inicio emocionado. Bajo los pies de la mesa y sonrío.

—¿Qué? —Sus ojos, normalmente vivaces, están apagados.

—Compré los boletos para tu recital —digo feliz, esperando verla sonreír, pero no funciona —. Los chicos también quieren verte y estarán ahí. ¡Será la bomba! Te apoyaremos tanto, aplaudiremos hasta quedarnos sin palmas, y Clay, sé que será el primero en llegar porque eres tan importante para él que...

Me callo cuando veo que las manos que sostienen la aspiradora tiemblan. Su respirar se vuelve errático y palidece tanto como un papel.

—¿Niza? ¿Estás bien?

Asiente.

—Sí, solo necesito sentarme un momento. —Se pone una mano en la frente—. Me mareé por un segundo. Se me pasará enseguida.

Comienza a andar hacia el sofá donde estoy.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste?

—Fue...

Está a punto de llegar cuando se desploma, literalmente. Se desvanece a mitad del camino y se golpea la cabeza contra la madera de la mesa en el recibidor.

—¡Niza! —Me pongo en pie de un salto y me arrodillo junto a ella. No reacciona—. ¡Niza, despierta! ¡Mierda!

Rebusco el móvil en los bolsillos. Mi mente se divide entre llamar a urgencias o intentar que recupere el conocimiento… al final hago lo primero como puedo. Cuando corto la llamada, la sacudo suavemente para que reaccione, pero el miedo se expande en mi interior a medida que los segundos transcurren y nada sucede.

39 | Entramado

Clay

—¿Dónde está? —pregunto hosco cuando encuentro a mi hermano en la sala de espera del ala de urgencias.

Bryce se pone en pie enseguida e intenta tocarme el hombro, pero lo retiro.

—¡Bryce, responde! ¡¿Dónde está?! —No pretendo sonar tan alterado, pero la angustia me gana y me oprime el pecho.

—Tranquilízate. —Me pide, cerrando la mano en torno a mi brazo—. Lo único que conseguirás en ese estado es que te internen a ti también para sedarte.

Intento recuperar la respiración que he perdido en mi carrera desde el estacionamiento hasta el hospital.

—¿Cómo está? —repito con la voz apretada cuando ya me he calmado lo suficiente.

Levanto la vista hacia Bryce, que juega con el anillo en su pulgar, un signo inequívoco de nerviosismo.

—Está...

—¡Habla, joder!

Da un respingo y me gano la mirada desdeñosa de unas cuantas personas que ocupan la sala, pero no me importa.

—Está bien, Clay. Niza está bien —suelta con la misma lentitud con la que yo dejo escapar el aire.

—¿En qué habitación está? Quiero verla.

—No es buen momento.

Acribillo a mi hermano con la mirada por atreverse a impedírmelo.

—Quiero verla, Bryce. Si no me dices en qué habitación está, entonces hazte a un lado.

Hago el ademán de ir hasta recepción y de nuevo se interpone en mi camino. Tenso la mandíbula, irritado.

—Los médicos dijeron que era mejor dejarla reposar por ahora. El golpe en la cabeza fue fuerte.

Me crispo tan pronto me dice la noticia.

—¿Se golpeó la cabeza? ¿Cómo? Dijiste que se desmayó.

—Intentó sentarse, pero se desvaneció y cayó hacia atrás. La mesa del estudio estaba cerca y...

—¡¿Y no pudiste atraparla?!

—¡No sabía que iba a desmayarse! ¿Cómo iba a preverlo?

El pecho se me comprime y hago el ademán de sentarme, pero una voz me lo impide.

—¿Familiares de Niza Hess? —cuestiona una enfermara con voz átona.

Llego hasta ella en dos zancadas.

—Sí, nosotros.

—¿Alguno de ustedes es familiar directo de la paciente?

Mi hermano me alcanza y compartimos una mirada vacilante hasta que tomo la palabra.

—Soy su novio.

Las letras se me quedan ancladas en la lengua y resultan extrañas, aunque no molestas. Al contrario, es como si siempre le hubieran pertenecido a mi boca.

—De acuerdo. Por el momento solo uno puede verla.

—Ve tú, anda —me insta Bryce, dándome una palmada en la espalda.

Sigo a la enfermera por el largo pasillo.

—¿Está bien? —inquiero con el miedo evidente en el tono.

—Sí, está bien. La hemos trasladado a una habitación para mantenerla en observación el resto de la noche.

No respondo. La garganta me aprieta tanto que duele. Me doy cuenta de lo nervioso que estoy cuando llegamos a la puerta de su habitación.

—Procura no alterarla —me sugiere la enfermera—. En breve asistirá el médico para hacerle unas cuantas preguntas.

—¿Tendré que salir para el cuestionario? —indago reticente.

—Eso será decisión del médico.

Se va sin emitir otra palabra. Giro el pomo y entro sin vacilar. Está sobre la camilla con los brazos conectados a esos aparatos que tanto detesto. Las agujas le mancillan la piel, tan pálida como el blanco de las sábanas; el fiero rojizo de su cabello contrasta con el armonioso esquema de color del hospital.

Gira el cuello para enlazar su mirada con la mía y el pecho se me cierra.

—Clay —me llama con un hilo de voz y esboza una sonrisa diminuta que no le llega a los ojos.

—¿Cómo te sientes? —Cierro la puerta a mi espalda.

Me acerco hasta quedar al borde de la cama y tomo sus dedos entre los míos para darles un apretón, que ella me corresponde sin pensarlo dos veces, como si fuera una reacción natural.

—Como esa vez en la que Betsy me lanzó por los aires después de enojarse conmigo. —Resuella, y el comentario es tan tonto que me hace sonreír.

—¿Por qué tu yegua se enojó contigo?

—Por atizarla demasiado. Estaba cerca de cruzar la meta y ganar la carrera.

—Lamento que no cruzaras la meta. —Estiro el brazo para retirarle un rizo del rostro.

—Sí la crucé, solo que no con mi yegua, sino con la cara. —Lanzo el suspiro de una risa—. Me raspé todo el cuerpo, pero la peor parte se la llevaron la mejilla derecha y la nariz.

Es una charla banal, pero me regresa la capacidad de respirar. Sin embargo, el buen humor muere y en su lugar queda una pesada atmósfera de silencio que ninguno de los dos quiere romper porque se siente demasiado bien, pero hablar es necesario.

—Niza, ¿qué pasó en la tienda?

—Me desmayé.

—Lo sé, eso me lo dijo Bryce, pero ¿qué pasó realmente?

—No lo sé, solo... me sentí débil, todo dio vueltas y vi puntos negros. Cuando quise sentarme, las piernas no me respondieron y, bueno... me golpeé la cabeza contra la mesa.

—Dije realmente —enfatizo severo—. Te has saltado comidas otra vez. —No es una pregunta, sino una afirmación porque lo sé, lo noto en la delgadez de su cuerpo y en el color enfermizo que ha adquirido su piel.

El rostro se le arruga en una mueca y su silencio me da la razón.

—Sí he comido —responde en tono bajo—. Solo que no tengo tiempo de hacerlo mucho porque debo aprender la nueva coreografía y...

Ahogo una maldición. La ira me nace en las entrañas cuando toca ese tema.

—Todo esto es por el recital, ¿verdad? Porque la hija de puta te quitó tu lugar.

Vuelve a arrugar el rostro, los músculos de la garganta se le mueven mientras traga grueso y lucha por contener las lágrimas que le anegan los ojos.

—Bryce dijo que compró boletos para el recital, para él y el resto de su banda, y yo... y no pude... no pude decirle que yo no estaría, que ya no tenía un lugar.

Se limpia la mejilla con el dorso de la mano en un rápido movimiento, esperando que no la atrape mientras llora, pero lo noto. Le duele no tener aquello por lo que trabajó tanto. Contemplar cómo vive su frustración y su dolor me destroza.

—Niza, ya hablamos de esto un millón de veces. Solo...

No puedo terminar la frase porque los golpes en la puerta me cortan. Miro irritado en esa dirección para encontrar a la médica encargada del caso, que sonríe en el umbral.

—¿Interrumpo algo? —cuestiona sin perder esa sonrisa fría que parece una pegatina.

—Sí.

—No —contradigo a Niza, que me mira mal—. Adelante.

La mujer entra en la habitación, extrae de la coleta en que lleva sus rizos un bolígrafo y se concentra en la carpeta que sostiene entre las manos.

—Soy la doctora Rivers. Tu nombre es Niza Daisy Hess Winslet, ¿cierto?

Me congelo y la miro con el cuello rígido, esperando que niegue el último apellido, porque debe de ser una equivocación. No puede compartir el nombre con...

—Sí —afirma.

La quijada se me afloja. Winslet. Niza es familiar de esa hija de puta. La impresión me golpea de lleno, pero se combina con otras emociones más turbulentas y debo parpadear un par de veces para amortiguar el impacto.

—¿Qué edad tienes?

—Veintiún años.

—¿Fecha de nacimiento?

—29 de abril de...

—Lo sé —la corta y vuelve a poner esa sonrisa practicada sobre el rostro—. ¿Te importaría contestar unas cuantas preguntas?

Niza se pasa la lengua por los labios, nerviosa, y le doy un apretón para confortarla.

—Supongo que sí.

—Bien, primero...

—¿Necesita que salga? —inquiero para no incomodar.

La mujer hace un gesto con la mano para restarle importancia y de nuevo muestra esa sonrisa. «Qué irritante».

—No, está bien —replica. Me siento en el sillón que hay junto a la camilla—. ¿A qué te

dedicas?

—Soy estudiante de danza. —La voz le sale rasposa—. Bailarina en la Academia Central de Artes de Nueva York.

—¿Tus padres también residen aquí?

—No, viven en Texas.

Hace algunas anotaciones.

—En tu familia, ¿existe alguna enfermedad crónica? ¿Hipertensión, diabetes, problemas cardiovasculares?

—No, que yo sepa.

—Bien. ¿Cuándo fue tu último período?

Alzo los ojos hacia ella, curioso.

—No recuerdo. Creo... creo que el último lo tuve hace tres meses o algo así.

La miro alarmado. No sé una mierda sobre ginecología, pero esto no puede ser normal. ¿Tres meses sin período? No es una buena señal.

—¿Tienes vida sexual activa?

Atrapo su mirada por una fracción de segundo.

—Sí.

—¿Usas métodos anticonceptivos?

Niza enrojece enseguida y sé que hablar de este tema le cuesta, así que respondo en su lugar.

—Preservativos —contesto sin más.

La mujer me dedica una rápida mirada antes de continuar anotando.

—Bien. —Se aclara la garganta—. Regresando a tu profesión: ¿cuántas horas sueles practicar?

Niza se muerde el labio y sé que está nerviosa.

—Yo... solo unas... Quiero decir, en la semana yo...

—Por día, ¿cuántas horas practicas? —repite con un tono más severo.

—Entre la rutina de cardio, los ejercicios y las coreografías creo que... aproximadamente... catorce —admite por lo bajo, como si confesara un secreto que nadie debería saber.

Me asombraría, pero ya pasé esa etapa cuando la conocí, a diferencia de la mujer, que tiene problemas en disimular su sorpresa.

—¿Sueles desayunar?

—No.

Más anotaciones.

—¿Tienes un esquema definido de comidas?

—Algo así. Sigo una... dieta especial.

La mujer eleva los ojos del papeleo.

—¿Cuántas comidas haces al día?

Traga.

—Una o dos.

—Dile la verdad, Niza —intervengo por segunda vez.

Ella esconde un rizo tras su oreja, afligida.

—En muchas ocasiones no tengo tiempo para comer, el horario es muy demandante, pero suelo comer... una vez al día o...

«O ninguna».

—Ya veo. —Escribe sin perder el gesto de concentración—. En los últimos, digamos, tres

meses, que es la fecha en la que tuviste tu último período, ¿has experimentado dolores de cabeza, mareos o fatiga?

Se remueve incómoda otra vez.

—Escuche: ya sé a dónde va todo esto y le aseguro que estoy bien —suelta de pronto—. No tengo ningún problema con...

—Este cuestionario es para generar tu historial clínico —la corta la médica con un tono condescendiente—. Así que, por favor, coopera conmigo y responde las preguntas.

—Pero yo... —rebate, aunque al final accede—. Sí lo he experimentado, pero lo atribuyo a los ejercicios y las rutinas. Algunas son extenuantes; suelen agotarme.

—Tal cosa no debería suceder. —Suspira y se vuelve a poner el bolígrafo entre los rizos—. El examen que realizamos tras tu ingreso arrojó una deficiencia de hierro considerable en tu sangre, me atrevería a decir que incluso alarmante.

Abro muchísimo los ojos. No lo esperaba. Sabía que algo en ella debía andar mal, pero no creí que a ese nivel.

—Aún estamos a tiempo de tratarlo. Pero es necesario remitirte con un especialista antes de que se vuelva un problema más grave —informa la doctora Rivers con tono crítico—. Por lo que respecta al golpe, solo estarás en observación el resto de la noche. No presentas ninguna contusión.

—De acuerdo —accede con facilidad, y me sorprende, porque suele ser *más terca que un burro*.

Detengo mis pensamientos cuando me percato de lo que acabo de pensar. Dios, me está invadiendo igual que un virus.

—Por lo pronto, te prescribiré algunas vitaminas. El nutricionista te dará una dieta que deberás seguir al pie de la letra —declara con voz decidida pero suave—. También te reduciré las horas de práctica; no te hace bien desgastarte tanto. Y debes dejar el ejercicio de cardio por unos meses. Si pudieras reposar por al menos dos semanas sin asistir a tus ensayos...

—¡No, no! —se niega rotunda—. Ausentarme no es una opción ni tampoco dejar de practicar. Es… de vida o muerte.

—La situación en la que te encuentras es de vida o muerte —enfatiza, y el comentario me cala profundo, aterrándome—. Si no tienes cuidado ahora, después será demasiado tarde. No podrás bailar más si continúas de este modo —le advierte sutil—. Estaré por aquí en un par de horas.

Permanecemos en silencio cuando se retira. Asimilo todo lo que acabo de escuchar, aunque la sensación de angustia no me deja el pecho.

—¿Estás molesto conmigo? —pregunta después de unos minutos.

—¿Serviría de algo estarlo?

—Estos días han sido muy duros, desde que Winslet me sacó del recital...

—Tu tía Winslet, querrás decir. ¿O es tu madre?

Se crispa como si hubiera dicho una maldición, y sí, hablar de esa mujer es como maldecir.

—Sí, es mi tía.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Nadie lo sabe.

—¿Por qué?

Suelta el aire, cansada.

—Porque a ella le molesta la idea, no lo sé. Siempre dijo que las relaciones familiares y el

trabajo debían mantenerse separados. —Se mira los brazos conectados al suero y a un monitor—. Supongo que se avergüenza de mí o algo así.

—La única que debería sentir vergüenza de que la relacionen con ese vejestorio eres tú.

Lanza una risita que muere cuando Bryce entra a la habitación sin tocar, cargando flores, globos y...

—¿Eso es un castor de peluche?

Bryce estrecha más la horrible rata contra su cuerpo.

—¡No es un castor, es una nutria! —replica a la defensiva—. Mientras esperaba fui a la tienda de regalos, vi estas cosas y creí que te harían sentir mejor.

Niza le regala una de sus mejores sonrisas.

—Gracias, pero no tendrías que haberte molestado.

—Oh, claro que sí, quiero que estés bien. De lo contrario, ¿quién controlaría al Grinch de mi hermano?

Pongo los ojos en blanco.

—Se está haciendo una fea costumbre que me llamen de esa manera.

—Te queda muy bien, ¿a que sí, Liza?

Le lanzo a la aludida una mirada de advertencia, que me sostiene por un segundo antes de asentir. «Traidora», le gesticulo con los labios. Se ríe más fuerte. Bryce pone las flores y los globos en el buró enseguida de la camilla y le extiende la nutria con ilusión.

—Creo que un oso habría sido más lindo, pero estaban agotados.

—No te agobies. Me gustan las nutrias, son bonitas —responde tomando el peluche para acomodárselo en el regazo.

Arrugo la nariz en un gesto de desagrado.

—Son horribles.

—¡No lo son! —rebate la pelirroja, dejando vislumbrar un poco del fuego que suele caracterizarla, y eso me alegra.

—No lo son, idiota. —Bryce cruza los brazos—. ¿Sabías que se toman de la mano para dormir y no perderse?

—¿Por qué se perderían mientras duermen?

—Tal vez son sonámbulas —dice sin más y se gana una carcajada de Niza que inunda toda la habitación.

Hablan un par de minutos más hasta que la misma enfermera que me guio hasta la habitación entra para cambiar el suero, nos reprende por estar ambos adentro cuando solo se permite un visitante y nos pide que salgamos para hacer el chequeo reglamentario.

Bryce se despide de Niza con una sonrisa y con la promesa de verla en el recital. Ella hace un esfuerzo descomunal por no perder la máscara de impasibilidad mientras se despide de él, y lo que antes se cocinaba a fuego lento como molestia en mi interior termina por hervir en furia. Tomo a mi hermano del brazo y lo lanzo sin mucha delicadeza contra la pared más cercana.

—¿Qué te pas...? —intenta decir.

—¿Qué te pasa a ti? —escupo iracundo.

Bryce me mira confundido.

—¿Qué hice? —me pregunta y abre los ojos desmesurados—. ¿Esto es por la nutria? ¿Te molestaste por el peluche?

Inhalo y las aletas de la nariz se hinchan.

—Hombre, si querías darle tú la nutria, tendrías que habérmelo dicho antes, yo...

—¡No, Bryce, no es por la maldita nutria! —respondo elevando la voz—. ¿Por qué le hablaste del recital?

Abre y cierra la boca, con la confusión permeándole el semblante, más perdido que antes.

—¿A qué te refieres? Lo dije porque su recital es esta semana, ¿no? Hasta compré entradas en primera fila para apoyarla y...

Muevo la mandíbula; cada palabra es como un pedazo de carbón que aviva más mi cólera.

—Ella no estará en el recital, te lo dije. Te dije que no mencionaras el tema.

—No es cierto. ¿Cuándo me lo dijiste? No lo recuerdo. Si me lo hubieras dicho, yo...

—Te lo dije justo ayer. Te llamé y te pedí que no mencionaras el tema del recital porque la habían expulsado y podría afectarla.

Mi hermano abre los ojos, impactado, y noto la culpa en su cara.

—No lo sabía.

—¡Te lo dije precisamente para que lo supieras!

—¡Lo sé, pero tal vez no estaba prestándote atención!

—Lo único que te pido que hagas y no eres capaz. ¿Sabes cuánto le afecta que le hables del recital en el que no estará?

—¡Lo siento!

—¡Por favor! —respondo con sorna, invadido por la ira—. Casi haces que muera con el golpe.

—Estás exagerando y ¡no fue mi culpa!

—Sí lo fue. Tú lo mencionaste.

—¡¿Y cómo se suponía que no lo mencionara si no sabía que el tema estaba vetado?!

—¡Tal vez, si prestaras atención a algo más que no fueras tú, lo sabrías!

—Escucha: no fue mi intención lastimarla de esa manera. Sabes que jamás lo haría, ella es una persona a la que aprecio.

—¿En serio? Pues tal vez sería mejor que no la apreciaras porque a todos los que quieres terminas lastimándolos. Solo échale un vistazo a Hela.

Apenas termino de recitar las palabras deseo tomarlas de vuelta, volver el tiempo atrás y jamás decirlas, porque el dolor le oscurece el rostro a Bryce y me remueve, pero estoy tan molesto y estresado con la situación que no me deja espacio para retractarme.

—No la metas en esto —me pide dolido.

—Solo digo la verdad sobre ti. Tienes que crecer y dejar de jodernos la vida a todos.

—¡Te dije que mencionar lo del recital no fue mi intención!

—¡Pero igual la lastimaste! Pudo haber pasado algo peor, pero no lo ves. —Le apuñalo el pecho con el dedo—. No lo ves porque todo en el mundo son tú y esa enfermiza obsesión con tu ex.

Me retira el dedo sin mucha delicadeza.

—¿Crees que eres mejor? ¿Que tú eres perfecto y no tienes nada en qué trabajar? ¡Estás tan jodido como todos nosotros!

—¡Al menos yo no voy detrás de mi ex sin dejarla avanzar!

Me da un empujón violento.

—¿Tú qué sabes? Fui a verla ayer. Tal vez por eso no recuerdo lo que me dijiste del recital, porque iba conduciendo hacia su clínica.

—Vaya, ¿y se supone que con esto demuestras que no estás obsesionado?

—¿Por qué no me das una oportunidad para explicarte las cosas?

—¡Porque te las he dado por años! ¡Por años has tenido la oportunidad de demostrarme que eres una persona mejor, que has cambiado, que te importan los demás, pero no lo haces! ¡He estado para ti mientras la cagas, para limpiar tus desastres! ¡Una y otra vez, dejando mi vida de lado por ti!

—¡No lo hagas más! Clay, no quiero ser una carga o un obstáculo para ti, solo quiero estar contigo, no quiero dejarte solo. —Me pone las manos en los hombros en un gesto conciliador, pero las retiro con desdén.

El enfado me gana, me carcome desde dentro y se combina con el estrés y la consternación por Niza, así que solo hablo.

—Me dejaste solo mucho tiempo, Bryce, y jamás te necesité. Puedo arreglármelas, ¿pero tú? Quiero ver eso.

Los ojos se le llenan de pesar y me duele, pero también siento una satisfacción sádica por echárselo en cara al fin: todos esos años de resentimiento reprimidos en mi interior tras su abandono.

—También puedo cuidarme solo.

Suelto una risa sin humor.

—¿Y cómo? Si ni siquiera eres capaz de dejar esa mierda.

—¡Para eso me voy!

—¡No es la primera vez que dices que te internarás y después recaes! He visto la misma historia un millón de veces, pero esta vez, créeme, no estaré ahí para limpiar tu desastre.

—¡Pues no lo estés! ¡Yo no te lo pedí! Lamento no ser el hermano que esperabas.

Permanezco tenso, enojado con él y su inmadurez, enojado por su actuar todos estos años, por sus ausencias, su inclinación por autodestruirse y sus adicciones. La lengua me pesa cuando recito las últimas palabras:

—Yo también.

El dolor le marchita el semblante. Inspira, se yergue y asiente.

—Bien. Espero que Niza se recupere. Le pediré a Mimi que me mantenga informado. Cualquier cosa que necesiten... —vacila— no duden en pedírmela. Cuídate, Clay. Te veré después.

Mete las manos en la chamarra y camina a paso rápido entre los pasillos del hospital sin mirar atrás.

Apoyo el cuerpo en la pared, echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos en un intento por tranquilizarme y pensar con racionalidad. Trato de convencerme de que he dicho las cosas por una razón y de que esa extraña sensación de ligereza debo agradecerla más que reprocharla. Sin embargo, la culpa se niega a irse y la hago mi mejor huésped.

40 | Wabi-sabi

Clay

No sé cuánto tiempo ha pasado ni en qué momento me quedé dormido, pero despierto apoyado sobre el antebrazo en la camilla de Niza. Es ella quien me remueve con suavidad. Me incorporo hasta quedar sentado en la incómoda silla del hospital. Me froto los ojos para adaptarlos a la oscuridad.

—¿Qué hora es? —le pregunto.

—Cuatro de la mañana.

—¿Tú no duermes?

Me paso la mano por el cuello para aminorar la tensión en esa parte después de pasar no sé cuántas horas con la cabeza colgada.

—No puedo dormir. —Se retira la cobija y se acomoda en un extremo de la camilla—. Ven.

—¿Quieres que duerma contigo?

—Sí.

—No cabemos los dos ahí

—Claro que sí. —Se estrecha contra el costado—. ¿Ves? Ahora ven.

Palmea la cama y la sigo. Me quito las botas y me meto bajo la delgada cobija de hospital. No hay espacio, mi cuerpo lo abarca casi todo y la deja a ella prácticamente colgada del borde, pero se las arregla. Con cuidado de no lastimarse con las agujas que tiene en los brazos, se acomoda mejor con medio cuerpo sobre mi pecho. Hace puños mi camisa, entierra el rostro en ella e inspira profundamente. Con cuidado, deslizo un brazo bajo su cuerpo y lo enredo en torno a su cintura para hacer círculos sobre ella. Me acaricia el abdomen sobre la ropa, como suele hacer. Sus dedos me rozan la parte interior de la muñeca para delinear el tatuaje que se asienta ahí.

—¿Cuántos tatuajes tienes, Clay? Siempre que creo que los he visto todos, encuentro uno nuevo.

Río por lo bajo; el sonido me resuena en el pecho.

—Tendrás que aprendértelos.

Alza la vista hacia mí con un brillo pícaro.

—Tendrás que enseñármelos varias veces, entonces.

Le aplasto la nariz.

—Tramposa.

—Tramposa no, astuta —aclara, con tal seguridad que solo atino a besarla en la cabeza—.

¿Qué significa?

—Es un tatuaje budista. Hace alusión a un tipo de arte japonés: wabi-sabi.

Me miro el círculo a medio hacer en el antebrazo.

—Y este en específico es el «enso».

—¿Eso qué quiere decir?

—Círculo.

—Pero ni siquiera es un círculo completo.

—Representa la asimetría de las cosas y la apertura mental.

—¿Hacia qué?

—Todo. Nada en la vida es una cosa o la otra, es una cosa *y* la otra. No centrarnos solo en las cosas malas, sino también en las buenas. No enfocarnos solo en la perfección, porque en la imperfección también hay cosas buenas.

Acaricia un poco el tatuaje.

—Si yo me tatuara, ¿qué estilo usarías?

Retiro un poco la cabeza para mirarla.

—¿Te tatuarías?

—Si me lo haces tú, sí. Ya te lo había dicho. Me gustaría que me tatuaras por primera vez.

—Me concedes muchas primeras veces.

Inspira arrebujando más su rostro contra mi pecho.

—Te las has ganado.

—Qué privilegio.

—Sí, así que no lo arruines.

Nos sumergimos en un silencio denso, pero no quiero romperlo porque es cómodo. Con ella, todo es cómodo.

—Este, justamente. El wabi-sabi, pero con color —respondo luego de pensarlo unos minutos.

—¿Qué cosa?

—Es el estilo que usaría para tatuarte.

—¿Por qué ese? —Levanta los ojos hacia mí y titilan en la oscuridad igual que su cabello.

—Porque te representa. Creo que eres perfecta en tus defectos, Niza Hess.

Me obsequia una sonrisa brillante que me infla el pecho, estrecha más su cuerpo contra mí y se acomoda para dormir como si lo hubiéramos hecho por años.

—Algún día dejaré que lo hagas. Te lo prometo.

—No tienes que tatuarte si no quieres.

—Sí quiero. —Arruga mi camiseta entre los dedos—. Sería una forma de llevarte siempre conmigo.

Y justo ahí caigo en la cuenta de lo cómodo que me siento, como si encajara por primera vez en mi propia piel y mi mente no fuera un tormento constante de suposiciones, angustias o responsabilidades.

—Cuéntame: ¿cómo descubriste que te encantaba diseñar?

Suspiro.

—¿En verdad quieres tener esta conversación a las cuatro y media de la mañana?

—Sí, no puedo dormir.

Inspiro y me armo de valor para contar esa parte de mi vida que no me gusta.

—Por mi abuelo.

—¿Tu abuelo?

—Sí —continúo reticente, luchando por mantener un escudo invisible entre las memorias y mis emociones—. Él... solía encerrarme en una especie de armario cuando era un niño, como bien sabes.

Niza se incorpora sobre el codo, alarmada, pero se sienta cuando la aguja en el brazo le genera molestia.

—Mi abuelo es un fanático religioso, la devoción llevada al límite. Me obligaba a aprenderme de memoria los versículos de la Biblia, a vivir una vida en la abnegación de la religión. Y cuando no lo conseguía... Bueno, entonces venía el castigo. Me encerraba por horas, incluso días enteros en los que no probaba bocado. «Ruega por tu alma», me decía mientras yo me volvía loco en ese lugar. Un día encontré un pedazo de tiza y dibujé sobre el suelo, esperando que las horas transcurrieran más rápido. Funcionó. —Esbozo una sonrisa amarga—. Al día siguiente, mientras él no estaba en casa, tomé un cuaderno y un lápiz y los puse dentro del armario. La luz de la bombilla era terrible, pero al menos podía distinguir lo que dibujaba. —Le regalo otra sonrisa pesarosa—. Muchas personas usan su pasión para matar el tiempo; yo la usé para sobrevivir y no volverme loco.

Abre y cierra la boca. Su semblante está quebrado.

—No tienes que decir nada. Ya pasó —le digo.

—No creo que haya pasado. Creo que...

—No quiero hablar más del tema —la corto por el malestar que me provoca ese episodio—. ¿Cómo descubriste tú que amabas el *ballet*?

Me contempla, todavía dolida, pero es lista y decide no rumiar más en ese aspecto de mi vida, como le pedí.

—¿La verdad? No lo vas a creer.

—Ponme a prueba. La mayoría de las cosas que creo imposibles siempre las logras.

—Admiraba mucho a mi tía —admite, y no oculto mi sorpresa—. Siempre lo hice. Parecía una muñeca cuando era más joven.

—¿Una muñeca? ¡De las que asustan!

Suelta una risotada y me da un golpecito en el brazo.

—Qué tonto eres. Hablo de una de verdad, con sus zapatillas y su porte... Era preciosa y parecía que flotaba cada vez que se movía. Yo quería ser así y se lo pedí a mis padres. Ellos no podían costear una escuela de *ballet*, entonces asistía a una escuela de danza mixta. Mi tía se enteró de que yo practicaba en la pequeña escuela del pueblo. Ese verano, cuando regresó de Nueva York, comenzó a pedirme que le demostrara lo que había aprendido y... nada la complacía.

Hace una pausa con la mirada perdida, como si evocar todo aquello le doliera más de lo que se atreve a admitir.

—Lo hizo todo el verano. Me enseñó técnicas nuevas y también me exigió más. Yo solo tenía ocho años, pero le insistí a mi madre y me dijo que, si en verdad deseaba vivir de la danza, entonces debía comenzar a hacer las cosas bien.

—¿Qué significa eso?

—Mi tía le dio una dieta especial para mí, también una lista de ejercicios para mejorar la precisión y la técnica. Claro que lo más duro fue la dieta. ¿Qué niña de ocho años no puede comer dulces? —Hace aspavientos con las manos, exasperada—. Yo amaba las donas, de verdad las amaba, pero estaban prohibidas en casa como si fueran la peste.

—Suena una mierda.

—Lo era. —Suspira—. Pero mi padre siempre encontraba la manera de darme al menos una dona a la semana, a escondidas de mi madre.

Sonrío.

—¿Y cómo lo conseguía?

—Me recogía los sábados de los ensayos y corríamos al puesto de donas que estaba una calle arriba. Me compraba una y yo me la comía mientras él pagaba cosas para el establo en una ferretería. Mamá no se enteró por mucho tiempo. Teníamos cuidado de sacudir hasta la última migaja.

—¿Por mucho tiempo? ¿Quieres decir que llegó a saberlo?

—Una vez manché el uniforme con chocolate. Fue el apocalipsis. Mis padres discutieron por horas y al final papá solo me dijo «Lo siento» y se fue. Regresó horas después, pero jamás volvimos a comer donas.

—No sé si quiera conocerlos alguna vez. Parecen... difíciles.

—Papá no lo es, te agradaría. —Me aprieta la mano—. Y tú le agradarías a él. Pero mi madre...

—Si es hermana de la bruja de Winslet, ya puedo imaginarlo.

—Sí, justamente. Mi madre es complicada, pero creo que deberías conocerlos.

Regreso el apretón.

—Algún día.

—Algún día —repite ella, y se recuesta contra mi pecho para intentar dormir—. Dime algo que no le dirías a nadie más —me pide en voz baja, amortiguada—. Un secreto.

La petición me pilla por sorpresa y pienso en un montón de cosas para decirle y que nadie más sabe, hasta que una se alza encima de las otras.

—Presenté mi baja en ACA —confieso con lentitud. Mueve la cabeza para encontrarme; tiene el semblante sorprendido y perplejo—. Por eso no estaba en la tienda. Estaba en Control Escolar haciendo el papeleo.

—¿Hablas en serio? ¿Por qué?

—Porque la música no es lo que quiero hacer el resto de mi vida, ya lo sabes.

—Sí, pero…

—Era ahora o nunca. No iba a perder más años haciendo algo que no disfruto. —Sonrío y acaricio la forma de su cara en la penumbra—. Carter será mi maestro de diseño.

Me regresa la sonrisa, pero no le llega a los ojos.

—Eso es increíble —susurra, sin estar del todo convencida.

—Ya no estaré en ACA la próxima semana, pero rentaré un departamento cerca de la tienda. Puedes visitarme cuando quieras… o quedarte conmigo.

Sabe lo que eso implica, la bifurcación que presento ante ella. Quiero que la vea, que se dé cuenta de que renunciar no es tan difícil, no cuando ya no hay amor por lo que haces y existe afuera un mundo de posibilidades para volver a empezar.

—Suena tentador. —Vuelve a enterrar su cabeza en mi pecho.

No insisto en el tema, sé que debo darle tiempo para que lo asimile. Se siente bien decírselo a alguien, a ella. Exteriorizarlo lo vuelve más real. Aunque la música es algo que conozco desde siempre, el diseño me atrae más, mucho más. Miro el techo en la penumbra y siento la adrenalina correr por mi sistema, así que, envalentonado, exteriorizo algo más.

—Te quiero.

Levanta un poco la cabeza para mirarme.

—¿Qué dijiste?

—Que te quiero —lo repito más lento esta vez, saboreando las palabras.

—No lo digas por presión. Está bien si no lo sientes.

—No lo digo por presión. Me pediste que te dijera algo que no le diría a nadie más y ahí lo tienes.

Los ojos se le iluminan como antorchas en la oscuridad, refulgentes.

—¿Lo sientes?

Acaricio la forma de su cara con el índice, la estudio, la memorizo, la absorbo a través de los ojos como el arte precioso que es cada facción que la conforma.

—Más de lo que te imaginas.

—¿Y eso es un secreto?

—Ya no lo es.

No pierde el gesto y se mueve en la cama para darme un beso rápido en los labios.

—También te quiero, Clay.

Se recuesta sobre mí y es un peso hermoso sobre mi cuerpo. No me ralentiza, me complementa. Todo lo que esta chica consigue y representa en mi vida me aterra, pero también me cautiva. Tal vez esta sea la especie de vínculo que Bryce comparte con Hela, ese amor que es más instintivo que racional.

Por años evité conexiones profundas con otras chicas simplemente porque no quería exponerme. No tenía la voluntad ni el tiempo. En ese entonces, mi vida se reducía a mi hermano y mi mayor deseo era superarlo. Ahora creo que he encontrado otras pasiones.

Sé que lo que tengo con Niza es distinto. Lo sé porque mientras permanecemos en silencio en la camilla de un hospital, yo acariciándole la cintura y ella dibujándome constelaciones en el abdomen, muchas cosas toman sentido… y otras ya no lo tienen.

41 | Allegro

Niza

Clay no estará feliz cuando lea la nota que le dejé en su dormitorio como único aviso de a dónde iba.

«Te veré después. Tengo ensayo. Por favor, no te enojes conmigo. No me extralimitaré, te lo prometo. Te quiero».

Cuando llego al estudio, me paso la primera hora mirando la puerta: esperando que Clay aparezca, me cargue sobre su hombro como el troglodita que es y me saque del aula a pesar de mis alegatos, pero no se presenta y se lo agradezco.

Mientras ejecuto mi nueva coreografía, como una chica más en el baile de transición en el que están los novatos, me repito un mantra para no perder la concentración: «Yo no odio a Victoria Winslet». No la odio, a pesar de que todo el mundo lo hace.

Solía admirarla. Mi tía era el punto de referencia de lo que estaba bien o mal en este medio. Si ella lo aprobaba, entonces yo debía hacerlo. Si no era de su agrado, entonces yo debía repudiarlo. Ella era mi guía y mi brújula; era lo que yo aspiraba a ser. Era. Porque el pedestal en el que la tenía montada empezó a resquebrajarse hace algunos meses, al comenzar este último período en la academia.

Ejecuto mi coreografía a la perfección, me sincronizo con el resto de las chicas del grupo, mientras lucho por mantenerme en posición de punta, aunque las piernas me ardan tras el esfuerzo, caigo en la cuenta de quién es realmente mi tía. No es una instructora, es solo una mujer frustrada con la vida y consigo misma. Es mezquina, hostigadora y grosera. Lo sé porque soy su familia y he experimentado su crueldad en primera fila.

Me negaba a verlo y lo justificaba repitiéndome que su actitud no era nada personal, que solo nos preparaba para el mundo después de que termináramos nuestra carrera en ACA. De verdad lo creí, creí en su profesionalismo por encima de sus métodos crueles. Pero entonces me quitó la beca que tanto me costó conseguir y me mandó aquí, a un grupo secundario. No existe mayor humillación para una bailarina que algo así. Perder su rango y su estatus para ser una más del montón.

Me trago mis emociones mientras muevo los brazos al compás de la música. El teatro donde se llevará a cabo el recital no está a su máxima capacidad, pero todos los bailarines estamos aquí para el ensayo general. Winslet y Eridan están aquí y sé que ambas se regodean por verme estancada en un grupo secundario de transición. Mientras bailo en el escenario, noto la mirada de Victoria sobre mí, cruda y reprobatoria, juzgando cada paso que doy. Me esfuerzo por hacerlo

mejor y mejor, pero sé que nada la llenará jamás porque no es ella quien lo hace.

Hago un *battement dégagé* para reemplazar el *battement tendu* indicado por el coreógrafo y rompo el cuadro perfecto, lo que no tarda en notar Horace, el encargado de los grupos de transición. Le hace una seña al pianista para que se detenga y la música termina abruptamente. Tiene una mano levantada en señal de pausa, camina con parsimonia y se detiene frente a mí.

—Señorita Hess, ¿qué ha sido eso?

El cuchicheo de mis compañeras no se hace esperar y me engulle antes de responder; incluso las personas en los asientos del teatro hablan entre sí. Muchos de ellos son reclutadores, representantes de las mejores casas de danza que acuden a nuestro ensayo para evaluarnos como productos en una estantería de supermercado, dudosos de si somos lo suficientemente buenos para llevarnos a casa. Somos una compra, su compra.

—Fue un... *battement dégagé* —digo segura.

—Ya sé lo que es. Lo que quiero saber es por qué tuvo la audacia de cambiar mi coreografía —me espeta con dureza.

—Pensé que luciría mejor con la transición de la música.

Me escruta con detenimiento y el tiempo pesa bajo su mirada avasalladora. Tengo miedo de su reacción, pero Horace solo sonríe y da dos aplausos en el aire.

—Me gusta —informa—. Señoritas, cambiaremos el *battement tendu* por el *battement dégagé* en esta transición. Comencemos de cero luego del receso. —Sus ojos claros me sonríen cuando se acerca—. Bien hecho, señorita Hess. Es bueno tenerla con nosotros.

Intento sonreír, pero no lo consigo, porque no estoy en el lugar donde me gustaría.

—Claro.

Me despido con una inclinación educada y me dirijo a los camerinos, donde los chicos del acto principal, en el que yo debería estar, se preparan para salir a escena.

Tras bambalinas, vislumbro a Eridan, que se ajusta el moño en la cabeza, y el corazón se me estruja. El estómago se me hace un nudo cuando la contemplo con mi vestuario, el que se suponía que yo usaría como el diamante en el *ballet Jewels*, de George Balanchine. Me atrapa mientras la veo y me sonríe mezquina. De pronto una nueva llamarada de molestia me atiza el pecho y voy hacia ella para decirle todas las cosas que no he podido, cuando Winslet se interpone en mi camino.

Me detengo en seco y no tengo tiempo de nada más.

—¿Qué suce...?

No puedo terminar la frase porque su mano se estrella contra mi mejilla: me da una bofetada, corta y dura, frente a todo el elenco. Estoy aturdida. Nunca me había agredido en público. El corazón me bombea como loco para reaccionar y soy apenas consciente de lo que acaba de suceder. Un sonido colectivo de sorpresa lo inunda todo.

—Pero ¿qué mierda? —La voz de Nerea es lo primero que escucho cuando me recupero de la conmoción. Está detrás de Winslet con el rostro rojo de ira.

Soy lenta en mirar a mi tía. Me perfora con esos ojos miel como los míos y el desagrado le desborda la cara.

—Niña insolente. Esa es una inmensa falta de respeto. ¿Quién te crees que eres para cambiar la coreografía de tu instructor? —Abro la boca para hablar, enojada, y me señala con un dedo acusador—. Muevo mis influencias para que tengas un papel en este recital, para no dejarte fuera a pesar de tu actitud y tu falta de compromiso, y como la maldita niña ingrata que eres saboteas todo el acto para tener tu minuto de atención.

Permanezco de pie sin salir del *shock*, sin creer que realmente me golpeó frente a los demás, pero el enojo es más fuerte que la impresión y debo luchar para no regresarle el golpe que acaba de darme. Una cosa es que lo hiciera en la privacidad de su oficina, cuando estúpidamente creía merecerlo, y otra que lo haga con el único fin de demostrar su poderío y humillarme frente a los demás.

—¿Quién crees que eres para cambiar la coreografía de alguien tan reconocido como Horace? No eres nadie. No eres nada, Hess. El lugar que tienes en este medio te lo di yo, no lo conseguiste tú. —Se acerca y me clavo las uñas en las manos. No es miedo lo que siento: es ira —. Recuerda esto: sin mí, tú no eres nada. Yo te doy tu valor como bailarina y, si me place, también puedo quitártelo en un segundo. —Chasquea los dedos y resuenan en el silencio sepulcral que envuelve la estancia. Levanta el rostro con suficiencia, mirándome por debajo de su nariz—. Si vuelves a hacer algo así en mi estudio, en mi academia, estás fuera, y no solo eso, haré que te tachen de las listas en todas las casas artísticas. No habrá un solo lugar para ti en esta industria. Y esto va para todos: no toleraré estas faltas de respeto. ¿Te quedó claro, Hess?

Le sostengo la mirada, harta de años y años de maltrato. Ninguna de las dos quiere ceder y noto la sorpresa en sus ojos cuando no me doblego enseguida.

—¿Te quedó claro? —repite con frialdad.

Cedo por el bien de mi corazón, que está a punto de explotar.

—Sí, señorita Winslet.

Con una última ojeada gélida, abandona la estancia a toda prisa. Mi mirada se enlaza por accidente con la del señor Rothbart, que tiene la cara conmocionada pero no dice nada más y se retira. Nerea es la primera en romper el silencio que pesa sobre la estancia. Se acerca a mí y me toma del rostro.

—¿Estás bien? ¿Te duele? —Su tono es consternado y su tacto gentil, así que lo agradezco.

—Estoy bien —miento, pintando mi mejor sonrisa.

—No está bien —dice severa.

Me alejo de su toque. El miedo y el enojo me constriñen y no sé qué hacer ni a dónde ir.

«Yo te doy tu valor como bailarina». Las palabras de Winslet me resuenan en la cabeza y hacen que todo me dé vueltas. Pueden decir lo que quieran sobre ella, pero en eso tiene razón. Ella es quien otorga y quien quita; es la que decide quién triunfa en esta academia.

Mi futuro está en manos de mi tía y lo último que debería hacer es desagradarla; no debería desafiarla, pero estoy harta de ella. Parpadeo porque me mareo un poco. Me siento exhausta, mental y físicamente.

—Deberías reportarla. —Esta vez es Enik quien interviene.

—¿Qué? —pregunto porque no me creo lo que ha dicho.

—Te golpeó —repite Nerea—. Esa perra te golpeó. Enik tiene razón, todos lo vimos, podemos...

—No harán nada al respecto. Nunca lo hacen.

—Podemos intentarlo —habla Enik.

—Tiene razón, Niza. Es una mujer que no tiene una pizca de instructora. Podemos presentar una queja en el consejo estudiantil para su destitución —me insta Nerea, tocándome el brazo a modo conciliador—. Podemos ir ahora. Iremos contigo. Te apoyaremos.

Niego con la cabeza, agobiada con la charla.

—Chicas...

—Podremos alcanzar al director si vamos ahora...

—Creo que aún no sale a almorzar...

—¡Chicas!

Ambas se callan de inmediato y centran su mirada en mí. Sé que luzco afligida porque es la misma emoción que ellas reflejan.

—No quiero implicarlas. Tampoco creo que deseen arriesgarse por esto. —Niego con energía —. El consejo jamás la destituiría; confían demasiado en sus resultados. Sería como cavar sus propias tumbas. No quiero arrastrarlas en esto.

—Es violencia y hostigamiento. Si lo que hace con nosotros no está bien, lo que hace contigo es un crimen —enfatiza Nerea—. Además, odio a esa perra. La he odiado desde que provocó el suicidio de mi mejor amiga. No merece enseñar. Quiero que la corran. Si pudiera, también la denunciaría.

—Las chicas también te apoyaremos —musita Enik con algo parecido a la compasión, y frunzo el ceño, incrédula.

—Las chicas deben de estar disfrutando del espectáculo. Me odian.

—No somos tan malas como tú crees, no todas estamos tras el mismo objetivo que tú, no todas somos tus enemigas —explica tranquila.

Mi sorpresa no disminuye.

—¿No crees que soy una altanera, presuntuosa, besaculos?

—¿De dónde sacas eso? ¡No! Al menos yo no. Yo creo que eres una buena chica y una bailarina increíble, pero también creo que estás muy sola, así que no tengas miedo de abrirte con nosotras. Somos compañeras también. No puedes contar con Eridan y su séquito, es cierto, pero existimos otras.

Me quedo pasmada con lo que acaba de decirme. Siempre pensé que las chicas me repudiaban por ser quien era y que disfrutaban de cada tortura a la que Winslet me sometía. Les dedico una sonrisa débil. Ellas comparten una mirada extraña, pero no dicen nada más. Después de un minuto, se retiran a su ensayo. Las últimas palabras de Enik no dejan de asediarme.

***

Me llamó solitaria.

Sé que no es sano, que seguro Clay me mataría de enterarse que me estoy extralimitando cuando lo prohibieron puntualmente, pero la frustración en mi interior me come viva, así que continúo ensayando por enésima vez mi coreografía frente a los duros espejos del estudio después de finalizar el ensayo general.

Sola, porque es así como prefiero trabajar. No hay más bailarinas que me distraigan ni ojos escrutadores que me analicen buscando el más mínimo error. Nadie excepto yo. Es tarde, casi mi hora de entrada a Ink the Mind, pero siento que necesito esto. No para pulir mi técnica, sino como un medio de escape para liberar la ira y la frustración que me corroe.

No puedo negar lo que Enik dijo sobre mí. Estoy sola, es cierto, pero ¿no es esa una ventaja en esta industria? Es un medio cruel que te retuerce la mente, te quiebra la autoestima y te quita tu valor personal para que los busques en la opinión de alguien más. Y cuando es negativa, internalizas cada defecto que encuentran en ti, cada crítica, hasta que se te asientan en la cabeza.

Los pies me duelen, pero es un dolor familiar y sencillo de sobrellevar mientras ejecuto los pasos, uno a uno, ahogándome en lo que mi compañera dijo sobre mí y en cómo me siento al

respecto.

Solitaria.

Yo no estoy sola. Tengo a Diane, que ha sido mi amiga por años, y a Orena, que es increíble. Tengo a Clay, que es gentil y asombroso. Tengo a Bryce e incluso un poco a Mimi, que es difícil, pero una vez la conoces, ves lo espectacular que es. Tengo a mis padres, a mi perro Brownie, a mi yegua Betsy y estoy constantemente rodeada de personas que me acompañan en clase, que intentan hablarme, salir conmigo, estar cerca de mí, de la *prima ballerina* de ACA… Aunque ya no lo sea.

Pero ¿puedes estar aislada en un mundo lleno de personas? Como si estuvieras atrapada dentro de una botella de vidrio, viendo a todos desde dentro sin poder conectarte con ellos y sin ser capaz de desaparecer esa barrera. ¿Realmente quiero una vida así? ¿Llena de logros pero vacía de vivencias? Terminaría igual que Victoria. Para mi horror, apenas concibo ese pensamiento, los ojos se me anegan en lágrimas y me siento más frustrada. Bailo más duro para evitar el llanto, desprendiéndome de la técnica para dejarme llevar un poco más mientras pondero las preguntas: «¿Realmente quiero una vida como la de mi tía? ¿Qué es lo que persigo? ¿Esto es lo que quiero sentir toda la vida?». Ser la mejor en la industria, saber que soy más talentosa que las otras, que mi técnica es más pulcra, mi flexibilidad como ninguna y mi gracia única. ¿Realmente quiero ser la mejor mientras me siento miserable cada vez que me miro al espejo?

Me aterra. Me aterra desgastarme en algo que ya no amo hasta convertirme en un cuerpo vacío de emoción. Por primera vez, no pienso, solo bailo. No hay técnica ni porte ni ejecución, solo mi cuerpo que se deja llevar, tomando vida propia para expresar sin concordancia lo que siente, para vomitar la frustración, el estrés, el miedo y el dolor en cada paso mal hecho.

El corazón me late como una bestia enjaulada luchando por liberarse, el sudor me corre por las sienes y los pies me duelen. Jadeo por el esfuerzo y la sangre me corre por los oídos como un río, pero no me detengo. Giro, salto, cambio, muevo y bailo como nunca, sin las ataduras de la perfección.

Mi coreografía se desintegra para volverse una catarsis corporal. Mis ojos no lloran, mi voz calla, pero mi cuerpo grita y lo dejo, permito que brame, que vocifere y los maldiga a todos y todo. Aquello que me conforma y me rige se rompe con el errático mover de los brazos y las piernas, que se deslizan libres sin el constreñir de la precisión.

Todo lo que soy se rompe y soy solo movimiento, algo animal que nace desde dentro, que gruñe, ruge y quiere salir de mi cuerpo. Muevo los pies sobre el piso a una velocidad impresionante; casi vuelan junto a mis inseguridades. Finalmente sí lloro. Solo lo noto cuando la visión se me nubla y el sabor salado de las lágrimas me inunda la boca, pero ni siquiera eso me detiene.

«Esto no es lo que quiero». La voz se hace más insistente a medida que me muevo, danzando a través de los espejos. «Esto no es lo que quiero, no es lo que quiero».

—Que se joda —maldigo bajo en un gruñido que es más animal que humano.

Pienso en Winslet y su maltrato constante.

En la madre que me quitó todo rastro de seguridad.

En Eridan y sus burlas.

En todas esas personas que no me consideran suficiente, empezando por mí.

—¡Que se jodan! —El grito me desgarra la garganta; mi voz reverbera en las paredes y regresa a mí con el doble de fuerza—. ¡Que se jodan, que se jodan, que se jodan!

Resulta tan amargo que incluso me cuesta pronunciarlo, pero una vez lo consigo, todo pesa menos. Me dejo llevar completamente, a merced de mis inconexos pensamientos. Tan pronto como pienso en un paso, lo ejecuto. Salto adelante, atrás, a un lado, hago piruetas hasta no sentir los talones y perder el borde de las cosas. Muevo los brazos sin ritmo, no hay compás en mis pies ni música que me guíe, solo aquella que nace de mis emociones y se reproduce en mi cabeza en un tono salvaje, retumbante. Giro tanto que la liga que me sujeta el cabello resbala y deja libres mis rizos. Me golpean el rostro, pero no me importa. No hay pulcritud ni coordinación ni precisión, pero me encanta, me encanta. Es como tocar la libertad, como si mi cuerpo se moviera a su antojo, y es increíble. Giro, giro, giro. Estoy llorando, estoy exhausta, me duelen los pies, las pantorrillas me arden, los brazos me queman, pero es... es...

Un grito reverbera en el estudio y no sé de dónde proviene hasta que caigo, desecha, en el piso de madera. Soy yo, proviene de mí. Lanzo un quejido, me ahogo en llanto y noto que los brazos me tiemblan por el sobreesfuerzo. Permanezco sentada sin mirar nada en concreto. El único sonido es mi respiración elaborada y pesada, como si acabara de correr un maratón. No me importa, no cuando estoy cayendo en la cuenta de todo lo que me han robado, de la identidad que me han quitado.

Miro mi reflejo en el inmenso espejo. ¿Quién mierda es esa chica? ¿La autómata dónde está? Porque esta chica, la que baila con el corazón y sin precisión, no puede ser Niza Hess. Esta loca no puede ser la pulcra, elegante y cuidadosa Niza Hess. Es alguien más.

Soy alguien más. Soy esta chica que llora sin parar, exhausta, como si cargara el peso del mundo en los hombros, hecha un desastre sobre este costoso piso de madera. Soy esto. Lloro más fuerte.

—¿Sabes? Eres muy buena. —Escucho una voz suave que viene de la puerta del estudio y tardo un par de segundos en asimilar que hay alguien más conmigo.

Sorbo por la nariz sin despegar la vista del piso. El enojo se enciende como una bombilla en mi mente.

—Esta es una práctica privada —siseo con ese tono oscuro que he aprendido de Clay. No sé quién está frente a mí y tampoco me importa, solo quiero estar sola hasta componerme lo suficiente—. Así que hazme el favor de irte a la mier...

—Eres Niza Hess, ¿no es así? —continúa la mujer, como si yo no hubiera dicho ninguna palabra.

Sus tacones repiquetean en el lustroso suelo; son el tipo de zapatos perfectos para arruinar una madera tan fina como esta.

Se acerca cada vez más, pero solo reacciono cuando su mano entra en mi campo de visión: me la ofrece. Me alejo por inercia, asqueada de todos, y me pongo en pie de un salto. Soy un desastre, con el cabello desecho, el maquillaje corrido y la cara hinchada, pero no me importa que me contemple así, porque este es mi momento conmigo misma y ninguna idiota va a arrebatármelo. Abro la boca, lista para decirle que se joda cuando...

Se me cae la quijada.

—Tú... tú eres...

Me trago todas mis palabras y mis maldiciones; la sorpresa lo abarca todo.

Es Lena Vásquez. No lo puedo creer. Es Lena, con su piel canela, sus ojos vibrantes y esa postura que la hace ver casi etérea. Es la directora de la compañía Rennart International. Todo bailarín conoce esa compañía, porque es el lugar al que todos aspiramos pertenecer.

No puedo creer que esté frente a mí justo cuando yo soy un desastre. «Dios, ¿por qué en mi

peor momento? ¿Por qué cuando me siento tan desmerecedora de todo?».

—Tú... tú eres...

—Bueno, ¿quieres un golpe en la espalda para arreglar ese tartamudeo? —Me dedica una sonrisa—. Antes de saber quién era, ibas a insultarme, ¿no?

Me arden las mejillas. Estuve a punto de mandar a Lena Vázquez a comer mierda de vaca.

—Lo siento —me disculpo, ahogándome con las palabras mientras me limpio las lágrimas con el dorso de la mano—. No... no quise... Sí, soy Niza Hess —digo al final, rindiéndome.

—Tranquilízate —dice con un acento que no ubico—. Solo vine a verte bailar. He escuchado mucho de ti.

—¿Sí? —inquiero con un jadeo—. ¿Por parte de... Victoria?

Sé que Winslet tiene contactos en Rennart, pero jamás pensé que me impulsaría para llegar a esa casa artística.

—¿Hablas de tu instructora? —Asiento—. No, ni siquiera la conozco. —Hace un gesto restándole importancia—. Además, no acepto solicitudes de ningún estudiante o coreógrafo salvo de aquellos a los que mi *staff* me presenta.

Sonríe y un hoyuelo se le forma en la mejilla izquierda.

—Así que nadie me habló de ti; te has hecho un nombre por ti misma. Admito que antes te habían mencionado, ya sabes, coreógrafos que hablaban acerca de una bailarina con potencial en ACA, pero nada que me llamara la atención… hasta ahora. Eso debe significar algo, ¿no?

Permanezco de pie, pasmada por la información.

—Rothbart fue quien me hizo venir. Sí, me habló de ti y de tu talento, pero creí que lo mejor sería verte personalmente.

«¿Me he hecho un nombre por mí misma? ¿Cómo?». Por la manera en que Victoria habla de nosotras, como si le perteneciéramos, cada logro nuestro se siente, en realidad, como suyo. La idea de hacer algo bien por mi cuenta jamás se me había ocurrido.

—Gracias… por eso. —Las palabras salen atropelladas y quiero darme un golpe. ¿Por qué estoy tan nerviosa?

Lena suelta una risita.

—Guapa, no estoy lamiéndote el culo para quedar bien contigo. Te estoy diciendo la verdad —dice segura, aunque su sinceridad me aturde—. Ya te lo dije: había escuchado de ti antes y llegó un punto en el que no lo soporté más. Tenía que verte.

—Muchas grac...

—No es un cumplido, cariño. —Se acomoda el *blazer*, jovial—. Por lo que vi en el ensayo general, eres demasiado rígida, fría. No hay vida en tus movimientos, al menos no en lo que vi en el ensayo. Eras un jodido robot.

«Auch. Eso duele». Es como si me encajara su perfecta uña con *manicure* en uno de mis peores miedos y escarbara en él: la falta de pasión por lo que hago.

—Creo que me sentí bondadosa, o tal vez ese café con *whiskey* me hizo mal, ¿sabes? Porque acepté la invitación de Rothbart para este ensayo. —Suelta una risotada—. Sí, creo que fue el *whiskey*. Da igual. El punto es que vine para comprobar si eras tan buena como decían, pero lo que me encuentro es esto. —Me señala de la cabeza a los pies, recorriéndome sin vergüenza—. Una chica frágil y emocional sin nada de técnica, que demuestra lo mucho que...

Me desconecto antes de que termine. No quiero escucharlo. Que Lena lo diga solo me encaja más el cuchillo de la decepción entre las costillas. Rennart nunca se sintió tan lejos como ahora.

—Mírame. No he terminado —me exige, y lo hago, pero me desconcierta, porque está

sonriendo—. Bailas como si amaras hacerlo, Niza.

Parpadeo. ¿Escuché bien? ¿El cansancio me mató el cerebro?

—No sé qué clase de danza de apareamiento animal fue esa. Tal vez empezó como *ballet*, pero se convirtió en algo más, y me alegro, porque estaba a punto de irme. ¿Desperdiciar mi tiempo en otra muñequita perfecta? No, ya tenemos mucho de eso en esta industria. Pero entonces te dejaste ir, te soltaste. Bailaste con pasión y fue increíble. Pude leer cada emoción en tu rostro y fue cautivador. Desde la construcción hasta el derrumbe, todo lo sentí. Así que dime, jovencita, ¿cuál de las dos?

La miro confundida.

—¿Qué?

—Dime: ¿cuál de las dos chicas eres? ¿La *prima ballerina* de la que todos hablan o esta bailarina mucho más interesante que no ha tenido libertad suficiente para brillar?

Su interrogante me desconcierta y la garganta se me seca.

—No... no lo sé.

Y apenas las palabras salen al mundo exterior, caigo en la cuenta de cuánto estuve conteniéndolas. No sé si el *ballet* es lo que quiero. No es ni la décima parte de divertido de lo que solía ser, y mi pasión por esto fue menguando poco a poco para dejar en su lugar un repudio latente, pero estaba tan aferrada a mis sueños que permití que la realidad me cubriera con toneladas de ansiedad y autoexigencia.

—Te gradúas este diciembre, ¿cierto? —Lena deja su faceta de seguridad para mostrar una mucho más comprensiva, como si leyera en mi cara el conflicto interno en el que he estado hundida por años.

—Sí, señorita.

Hace una mueca de displicencia.

—No me llames señorita. Tengo mis años, aunque parezca de tu edad —bromea—. Llámame Lena.

Me parece una falta de respeto, más porque Lena es una mujer de casi sesenta años con mucha trayectoria.

—Te daré mi tarjeta —dice, tendiéndome el papel membretado—. Es mi número personal.

La tomo dudosa y me atrevo a levantar la vista.

—Veo mucho en ti, Niza, pero necesito que veas lo mismo. No tengo espacio en mi compañía para personas sin pasión por lo que hacen.

Eso provoca un eco en mi mente.

—Entonces... Si piensas que no tengo pasión por el *ballet*, ¿por qué me das tu tarjeta?

—Porque no creo que te haga falta pasión por la danza. Creo que no tienes pasión por el *ballet*. Recuerda que hay una diferencia.

Abro los ojos desmesurados.

—¿Por qué estás aquí, en primer lugar? —Descarga su peso en un pie, en un gesto casual, como si fuéramos mejores amigas—. Sé que vienes de una familia con pocos recursos, que tu padre no es un imbécil rico que te presiona para que seas la flor artística del cuadro y así presumirte con otros idiotas adinerados, como sucede con muchos estudiantes. Estás aquí porque te esforzaste para conseguirlo, lo que significa que lo amaste en algún punto. ¿Correcto?

—Lo hice —admito—. Lo amaba, pero en algún punto dejó de ser divertido. Dejó de ser estimulante. Había mucha presión, provenía de todos, de todos lados y, sobre todo, provenía de mí.

Siento las piernas más débiles a medida que hablo. No solo es real, también es liberador y aterrador.

—Es horrible, pero estoy ahora tan inmersa que no creo poder salir. —Miro a Lena con la consternación escrita en la cara—. Porque ¿qué soy si no tengo el *ballet*?

—Una bailarina —responde con simpleza—. El *ballet* no hace a la bailarina; la bailarina hace al *ballet*. La bailarina hace la danza. La bailarina es todo por sí misma, la piedra angular para cualquier arte que requiera movimiento. —Me sonríe ampliamente—. Y eres una bailarina asombrosa, Niza Hess. Han transcurrido décadas desde la última vez que vi a alguien con la mitad de talento que tienes tú. —Estira el brazo, me toma la mano y me da un apretón—. Perseguir otros tipos de baile no hará que dejes de ser una bailarina. No tienes que renunciar a tus sueños, solo redefinirlos. Es sacrificar lo que te hace mal para perseguir lo que realmente te apasiona. —Me suelta, da un paso atrás y enarca una ceja, sagaz—. Somos bailarinas, nacimos para danzar, pero ¿quién mierda dijo que debía ser en un maldito tutú?

No puedo pensar en nada para decir. Estoy en blanco. Toda la adrenalina que corría por mi sistema mientras bailaba y lloraba se ha evaporado. Me ha purgado el cuerpo y siento que podría dormir por días.

—Comenzaré a trabajar en mi siguiente recital a principios de noviembre —continúa—. Si quieres la oportunidad, el lugar es tuyo. Solo tienes que tomarlo.

La miro aturdida.

—¿Noviembre? Pero mi curso termina hasta...

—Ya lo sé, pero ¿de qué sirve perder el tiempo en una academia que no pule tu talento? —Se encoge de hombros—. Sé que es mucho por asimilar, así que tómate tu tiempo, pero recuerda que el límite es noviembre.

Una oportunidad. Una puerta se me cierra en la cara para permitir la apertura de una ventana. Renunciar al *ballet*. Aceptar la danza.

—Lo pensaré —le prometo—. Gra...

—No me agradezcas aún —me advierte—. Llámame cuando sepas lo que quieres. Y no se lo menciones a tu instructora. —Hace una mueca—. Victoria jamás reconocería el talento de otros porque está muy ocupada pavoneándose con el suyo. Uno que, por cierto, es inexistente en mi opinión.

Miro asombrada a la mujer.

—Dijiste que no la conocías.

—No lo hago. No tiene el talento suficiente para que la reconozca. Se creía la siguiente maravilla del *ballet*, pero rechacé su culo sin talento en mi compañía hace veinte años. Solo acepté su solicitud porque estaba harta de recibirlas a diario por meses. Qué pérdida de tiempo.

Me ahogo con mi propia conmoción y río. No puedo creerlo. Rechazó a Victoria.

—Fue... fue bueno conocerte —digo en lugar del agradecimiento que sé que no aceptará.

Me sonríe.

—Ya lo sé. Te veré después. Estoy segura.

Se gira sobre sus tacones costosos con la intención de irse, pero me mira levantando el índice como si acabara de recordar algo.

—Ah, y dile a Rothbart que le enviaré la invitación para pasear en mi yate por Ibiza esta semana.

Arrugo la frente, perdida.

—De acuerdo —digo sin comprender.

—Apostó conmigo. Dijo que terminaría aceptándote en mi compañía después de verte bailar. No te lo tomes personal: soy escéptica. Pero en esta ocasión no se equivocó. —Me guiña un ojo, sonríe una última vez y se retira de la estancia.

Apenas abandona el estudio, suelto la respiración que contengo y sonrío, embriagada de emoción. No lo pienso dos veces: tomo mi móvil y llamo a la única persona con la que quiero compartir esto. Está trabajando en la tienda de tatuajes, así que ni siquiera sé si responderá, pero no puedo con la felicidad que llevo dentro. Responde al tercer tono.

—¿Qué?

—Por todos corrales, Clay, ¿te mataría ser un poco más dulce?

—Estoy ocupado. ¿Qué quieres?

—¿Estás enojado conmigo?

No responde, pero, por su tono inicial, puedo deducir que lo está por la nota que le dejé.

—Mira, si es por el ensayo…

—Tú sabes que es por el ensayo. Lo primero que te piden que no hagas es lo primero que haces —dice entre dientes, y sí, está muy enojado.

Pero yo estoy eufórica. Acaba de ocurrirme algo que no creí que sucedería ni en mis mejores sueños y quiero compartirlo con él.

—Lo siento, perdóname. Tenía que venir. —Sostengo el auricular con el hombro mientras preparo mi maleta—. Por favor, no te enojes conmigo.

Hay un silencio prolongado y reviso el móvil cuando creo que me ha colgado, pero la llamada sigue.

—¿Clay?

Suspira con pesadez.

—¿Qué? —habla, esta vez con un tono más contenido.

—Cuando termines, ¿quieres... quieres salir conmigo?

Una pausa.

—¿Me estás invitando a salir?

—Sí, para que me perdones por irme sin avisar.

Otra pausa.

—¿Y a hacer qué? Estoy enojado contigo, recuerda. Que te perdone no será sencillo. No soy un hombre fácil —dice en un tono que es más ligero, y eso me libera un poco el pecho.

—Ajá, claro, señor de hierro —digo sin contener mi buen humor. Una idea se me planta en la mente y no la abandona—. ¿Podemos comer pizza y donas?

Escucho el resuello que suelta.

—¿Quieres pizza y donas? ¿Tú?

Estoy demasiado feliz por la charla que acabo de tener con mi ídolo como para no insistir.

—Sí.

El ruido de la tienda se amortigua y creo que se ha movido de lugar para escuchar mejor o para irse. De nuevo hay una pausa, hasta que vuelve a hablar.

—¿Dónde estás? Iré por ti.

—Donde siempre estoy.

—Me refiero a cuál estudio de todos.

—Oh, en el estudio E.

Escucho cómo se despide de Carter, le informa de mi falta y Jeff se queja por tener que quedarse a limpiar. Después capto el susurro de ropa y la campana del local cuando sale.

—Entonces no te muevas de ahí. Llego en cinco.

—Bien.

Cuelgo sin perder la sonrisa. Tomo la liga para hacerme el moño de siempre, pero al contemplarme en el espejo, por primera vez contemplarme, me doy cuenta de que lo prefiero suelto, con mis rizos libres. No hay presión ni dolor en mi cráneo. Noto un sentimiento que no había tenido desde que fui a pedir trabajo en Ink the Mind, hace tantas semanas: anticipación y felicidad por el futuro.

Aún no tomo una decisión, tengo mucho que pensar, pero saber que esto no es un callejón sin salida me abre la perspectiva. A esto se refería Clay cuando hablaba de renunciar. No es abandonar los sueños, es abandonar lo que te hace infeliz para perseguir nuevas ilusiones.

Respiro y, por primera vez desde que regresé de Roma, es sencillo hacerlo.

42 | Cobertura

Clay

Niza se chupa la grasa de los dedos como una niña que disfruta de una golosina y sonríe cuando me atrapa mirándola. Se ha comido ya dos rebanadas y termina pidiéndole otra más al hombrecillo tras el puesto. Muerde con entusiasmo el nuevo pedazo, estirando un hilillo de queso que intenta comerse entero, pero no puede. Lo enredo con un dedo y dejo que se lo lleve a la boca.

—Gracias —comenta, atiborrándose con el nuevo pedazo—. Está deliciosa.

Mi pedazo está a medio comer, porque verla comer a ella es un espectáculo que no deseo perderme. Me llena de una especie de orgullo y alivio que por poco me desborda.

—¿Terminaste? —pregunto cuando su cartón está vacío.

Ella afirma con la cabeza, chupándose los dedos una última vez, extasiada.

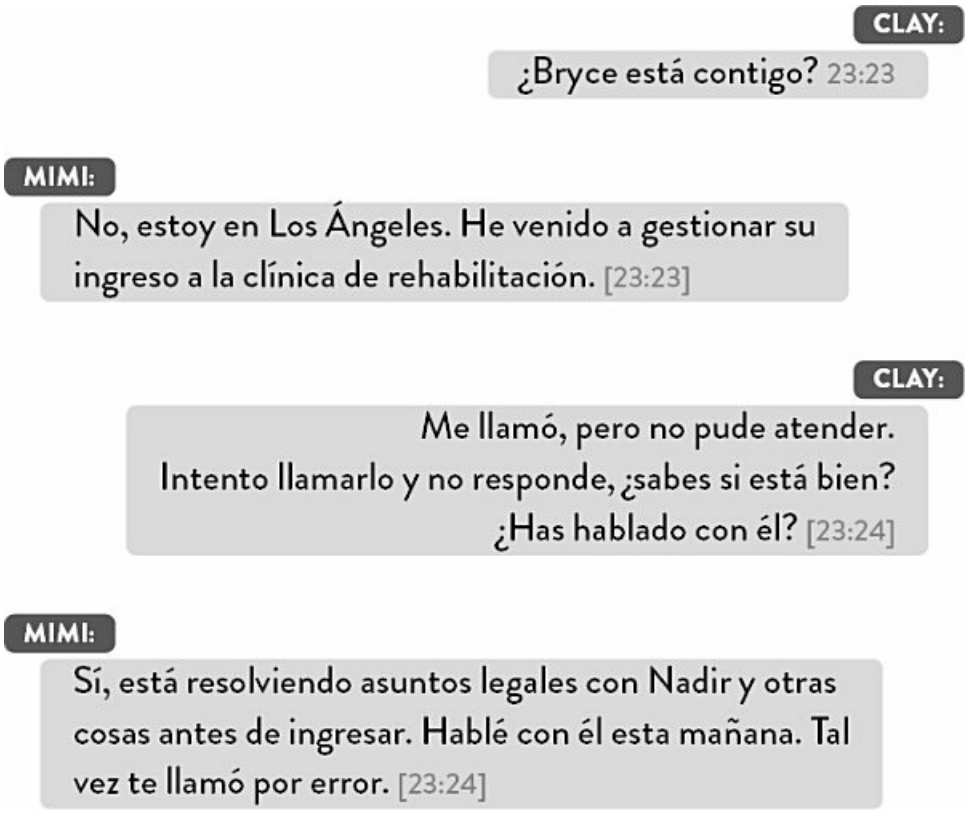
Caminamos entre los puestos de comida de Coney Island. Luna Park, el lugar de las atracciones, no está tan atestado como habría previsto para ser jueves. Usualmente las familias vienen aquí este día para evitar las grandes multitudes de los fines de semana. El móvil me vibra en el bolsillo y estoy a punto de tomarlo cuando Niza emite un sonido de impresión.

—Ahora vuelvo —avisa mientras marcha hacia un puesto.

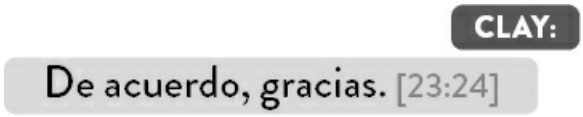
—¿A dónde vas?

—No tardaré. Espera aquí —ordena elevando la voz al alejarse.

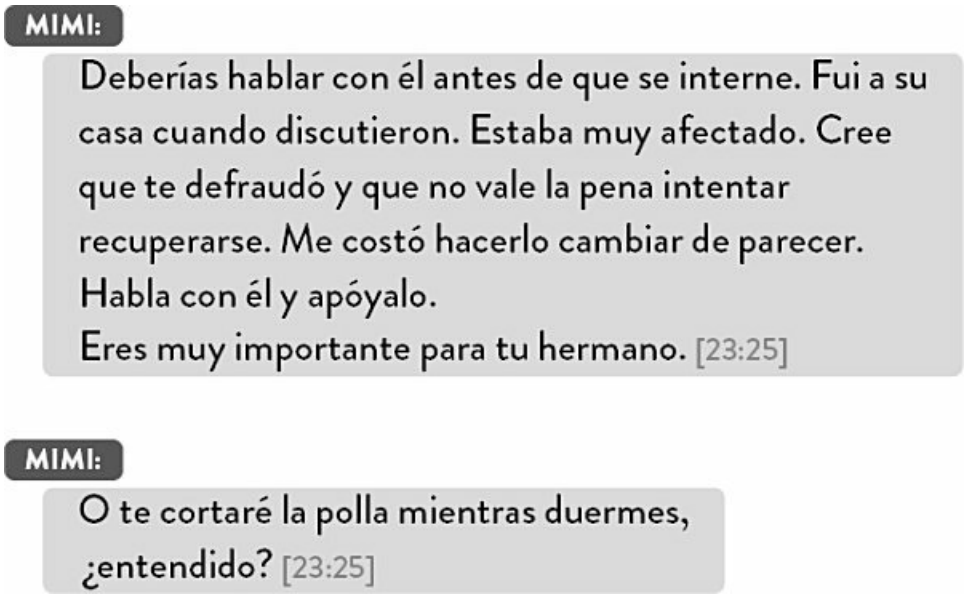
En tanto espero, extraigo el móvil. Es una llamada perdida de Bryce. Miro la pantalla extrañado, pues no hemos vuelto a hablar desde la discusión en el hospital. Regreso la llamada: el tono suena, no responde. Me rindo la tercera vez que no obtengo respuesta. Luego de pensarlo, opto por escribirle a Mimi, quien tiene el móvil más pegado a la mano que la cabeza al cuello.



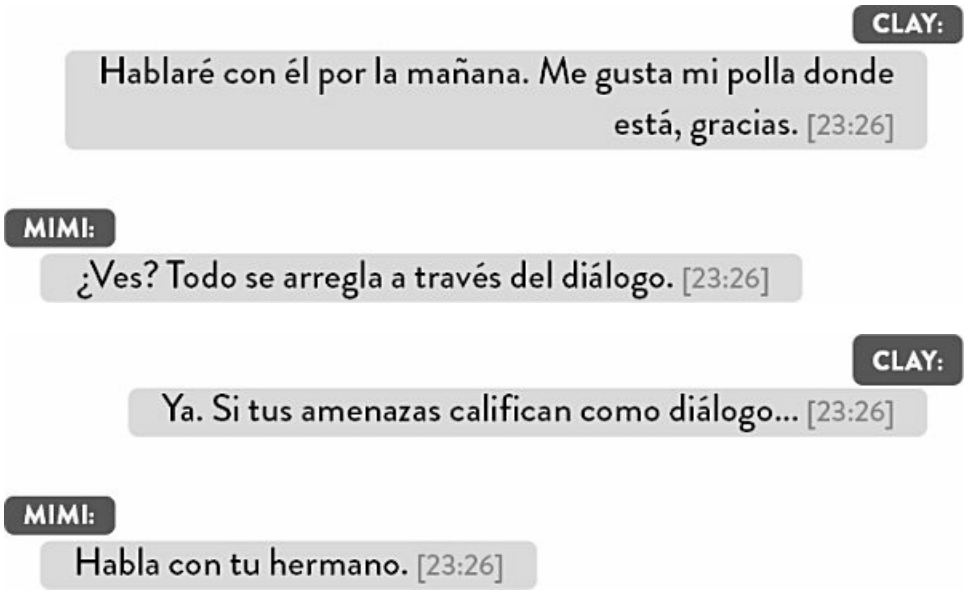
El remordimiento me enreda como maleza. Me siento fatal por las cosas que le dije. No creí que en verdad se internaría esta vez.



Estoy por guardar el móvil cuando recibo un nuevo mensaje suyo.

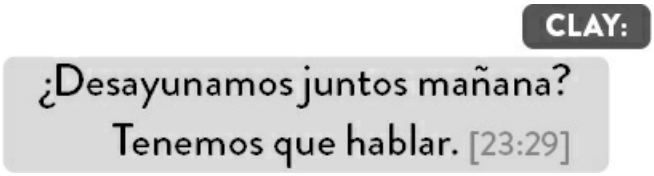


Suelto una risita cuando leo la última línea del mensaje, aunque una punzada de pesar se asienta cuando desaparece lo risible de la situación. Mimi tiene razón: por mucho que me molesten algunas de las acciones de Bryce, como hablar del recital con Niza, por ejemplo, no puedo darle la espalda ahora que me necesita. Sé que lastimarla no fue su intención. Aprieto los labios, considerándolo, y al final decido que hablaré con él mañana por la mañana para limar las asperezas antes de su partida. Es un imbécil, pero es mi hermano después de todo.



No dice nada más y no espero sacarle nada nuevo porque cuando no quiere decir las cosas es tan hermética como una caja fuerte. Cierro su chat y abro el de mi hermano.

No mantengo esperanzas de que me responda, así que guardo el móvil y voy hasta el puesto adonde fue Niza. La encuentro a medio camino. Levanta la vista hacia mí; los ojos le brillan con la misma intensidad de las luces alegóricas del parque de atracciones.



—¿Qué hacías?

Sonríe mientras me muestra una bolsa de plástico transparente de la que extrae una mandarina.

La perplejidad no tarda en asaltarme. No me jodas. Niza fue a comprar mandarinas.

—Perdón —dice tendiéndome la fruta—. He comprado un kilo. No es suficiente, pero la mujer del puesto dijo...

—¿Cómo mierda conseguiste mandarinas aquí? —la corto, perplejo—. ¿Y por qué me pides perdón?

—Por irme y solo dejar la nota —confiesa—. No volveré a hacerlo. Sé que tú solo te preocupas por mí y te lo agradezco. Nadie lo había hecho tanto como tú antes y es… —las palabras penden en el aire como una moneda de dos caras: un agradecimiento o una queja— es abrumador.

—¿En un mal sentido?

Se encoge de hombros.

—Aún no lo sé. Es extraño que alguien se preocupe tanto por mi bienestar.

—No debería ser extraño, Niza. Cuando la gente te quiere, se preocupa por ti.

Me mira con un dejo de timidez.

—¿Como tú me quieres a mí?

La anticipación nada en sus ojos y el corazón se me acelera. No soy el tipo de persona que dice a diestra y siniestra cuánto quiere a alguien, pero es Niza, y si ella quiere escucharlo, si a ella le hace bien, ¿quién soy yo para no decírselo?

—Sí, como yo te quiero a ti.

Sonríe aliviada.

—Fui una idiota insensible. Debo atesorarte, no alejarte.

Estira el cuerpo y permito que me bese. Hace un puño mi camiseta, pero no pierde el tiempo en seguirme el ritmo: la suavidad del beso se pierde en algo más agresivo y enredo los dedos en sus rizos. Tengo que ahogar un sonido de satisfacción cuando mi polla se despierta tras ese contacto con su cabello. Me separo cuando el encuentro se torna más insistente y mi lengua ruega por entrar en su boca con la misma vehemencia con la que mi polla clama por la entrada a su coño. Sus ojos brillan con una inocencia salpicada por la picardía y debo contar hasta un trillón para no sufrir una erección dolorosa en medio de Luna Park.

Tomo la bolsa que guarda las mandarinas y enredo mis dedos en los suyos para continuar caminando.

—¿Quieres ir por tu dona?

—Sí —responde emocionada, andando a mi paso.

Cuando llegamos al puesto, Niza no pierde el tiempo en pedir su dona. El hombre la guarda en una caja y ella la lleva hasta una de las bancas de metal ornamentado a la orilla de la playa de Brighton, en Coney Island. Cuando nos sentamos ahí, un poco más alejados de la multitud, Niza abre la caja como si se tratara del mayor tesoro del mundo. Toma la dona entre los dedos como si

fuera la cosa más delicada, aunque es solo un montón de pan y glaseado, pero para ella es una nueva atadura de la que se libera y un nuevo escalón conquistado en esta larga escalera hacia la recuperación. La parte a la mitad con rapidez y la miro curioso, aunque no puedo decir mucho porque me tiende uno de los pedazos.

—Tómalo —me pide con un dejo de anhelo—. Por favor, quiero compartirla contigo.

Y lo hago. Caigo en la cuenta de que su felicidad impera más allá de cualquier otra cosa en mi larga lista de deseos.

Sonríe y se lleva la dona a la boca. Algo se remueve en mi interior mientras la engulle y mastica. El pecho se me infla de sosiego cuando cierra los ojos y disfruta del primer bocado de algo que adora y que le prohibieron por tanto tiempo.

Niza come y no es solo una acción, es toda una experiencia que transmite plenitud, a mí, sobre todo, porque esto es su tesoro, y lo está compartiendo conmigo sin siquiera dudarlo un segundo. La admiro y lo atesoro a mi vez, no esta dona, sino este momento, este preciso segundo en el que solo estamos esta chica y yo. Es maravilloso y en él veo retratado la definición de mi felicidad: Niza comiendo, Niza riendo, Niza viviendo, compartiendo estos momentos conmigo en su simpleza más pura.

—Esto es increíble —exclama feliz—. Son mejores de lo que recuerdo.

Gira el rostro y descubre que la contemplo.

—No te has comido tu mitad —recrimina.

Me enfoco en el pedazo que todavía tengo en los dedos. Le doy una mordida y ella me imita, comiendo más y más.

Quiero quedarme aquí, admirando cómo es feliz.

—¿Sabes? Hoy sucedió algo extraño.

—¿Qué cosa? —inquiero terminándome el pedazo de una mordida.

Mira hacia la playa un segundo, como si dudara de contarme o no, pero al final lo hace.

—Tú, mejor que nadie, sabes... sabes que últimamente el *ballet* ha sido una tortura, ¿cierto?

Asiento, con un nudo que se me forma en el estómago. No me gusta a dónde va esto, no cuando se menciona la palabra del demonio.

—Bien, hoy tuve un ensayo general y Wins... —Se muerde el labio y me mira crispada, como si tuviera miedo de decirme algo que no debería—. Estaba en una práctica privada en el estudio E después que todos se fueron, después del ensayo general para el recital, y... estaba tan concentrada en lo que hacía que no noté cuando Lena Vázquez entró y comenzó a hablarme.

—¿Quién? —pregunto confundido.

Toda la emoción se va. Niza resuella.

—¿Cómo es que no conoces a la mejor bailarina en el universo? ¡Es la mejor de todos los tiempos! —exclama como si yo hubiera cometido el peor de los crímenes al no saber el nombre de una estúpida bailarina. Me mantengo impasible, esperando a que continúe—. Malditos músicos y su falta de cultura general.

Emito un sonido burlón.

—¿Sabes quién es Axl Rose? —le digo.

—No, pero...

—¿O Doctor Woo?

—No, per...

—Pfff, malditas bailarinas y su falta de cultura general —me burlo, imitándola.

—¡No es lo mismo! —se queja, dándome un empujón, arrancándome una risa.

—Bien, dime: ¿quién es esta Lena? ¿Una nueva Winslet?

—¡No! —dice alarmada—. No es nada como Victoria. Es la directora de una de las mejores compañías de danza en el mundo, la Rennart International —explica orgullosa—. Me vio bailar durante la práctica y no sé… No sé qué fue lo que la impresionó si ni siquiera seguía una rutina mientras bailaba; la verdad es que solo me solté y me dejé ir. Era todo tan crudo, sin nada de coordinación y bueno…

Hago una seña con la mano para instarla a seguir cuando se queda un momento mirando a la nada.

—Dice que no solo tengo técnica, sino pasión por el baile, no por el *ballet*, más bien por la danza en general. —Me mira y se muerde el labio, vacilante.—. Quiere que la llame si estoy interesada en ocupar un lugar en su compañía.

—Eso es genial. ¿Por eso estabas tan feliz?

—¡Sí! —Sonríe.

—¿Y por qué no lo tomas? ¿Cuál es el problema?

—Estoy pensándolo. ¿Qué tal si después se da cuenta de que no tengo el talento o la pasión suficientes para la danza?

Estiro el brazo y le tomo la mano.

—Niza, te he visto bailar, y puedo no saber una mierda de *ballet* o de danza en general, pero incluso un ciego notaría que tienes talento.

Se acerca y apoya la cabeza en mi hombro, entrelazando más sus dedos con los míos.

—Dices eso porque me quieres.

—Lo digo porque es verdad.

Me da un apretón en respuesta y yo acomodo la mejilla sobre su cabeza.

—¿Y si Winslet se molesta?

Pongo los ojos en blanco.

—¿Olvidaste ya lo que le decimos a Winslet?

—Que se joda.

—Exacto.

Suspira, con los dedos acariciando la manga de mi chamarra.

—¿Y si luego descubro que tal vez esa compañía no es lo que quiero? ¿O no me llena lo suficiente?

—Lo dejas —digo sin más—. No tengas miedo de renunciar a algo que no te llena porque te costó llegar ahí. Siempre hay otros caminos para llegar a donde te sientas bien.

—Creo que tienes razón.

—Obviamente, siempre tengo razón —digo orgulloso—. Entonces, ¿estás feliz por la propuesta de Lena?

—En parte, pero también hay algo más.

—¿Qué cosa?

Se aleja de mi hombro y me sonríe; ella entera resplandece bajo la luz incandescente.

—Creo que estoy comenzando a ver las estrellas en lugar de concentrarme solo en la luna, Clay —confiesa, y sus palabras calan tan profundo que me remueven.

La felicidad que me embosca después de su declaración es tal que no atino a hacer otra cosa que besarla. La tomo del pómulo y la beso con una lentitud impropia, pero llena del afecto que me rebasa.

Sonríe contra mi boca cuando el beso termina y siento tanta alegría dentro que no tengo idea

de cómo reprimirla; solo tomo su boca, sin premura.

***

Espero en el Bluebell por dos horas manteniendo la esperanza de que aparezca, pero todo rastro de optimismo muere cuando la mesera me informa que la hora del desayuno ha pasado y Mimi me confirma dónde puedo encontrarlo: la casa cerca de Coney Island.

Cierro la puerta del auto con un estruendo y marcho por el camino de gravilla con la mandíbula apretada y la molestia que me pica en las costillas. Abro sin mucho esfuerzo y la escena que me recibe no es nada nueva: botellas de licor esparcidas por el suelo combinadas con prendas de ropa femenina, un florero roto y un cuadro rasgado.

Doy unos cuantos pasos más y encuentro a un Bryce desnudo con una chica rubia encima, despatarrados sobre el sofá, con unas cuantas líneas mal hechas de polvillo sobre el cristal de la mesa de centro. Contemplo la escena en silencio por lo que parece una eternidad. La ira no permite que yo mueva los músculos y me nubla el cerebro para reaccionar. No sé por qué sigo creyendo en él, por qué sigo cayendo como un niño en sus falsas promesas de recuperación. El cuadro frente a mí me enferma, me escuece la garganta con la bilis que me sube por el esófago y hace un nudo en mi interior. ¿Por qué sigo creyendo que cambiará? ¿Por qué conservo esperanzas de que algún día mejorará si lo único en lo que se empeña es en su decadencia? Quizá soy solo ese niño ingenuo, hablando a través de mi subconsciente, pidiéndome a gritos que no abandone a la única familia que me queda, y me aferro a ese falso sueño de un hermano responsable que pueda salvarme de mi abuelo. Quizá soy ese niño que se niega a aceptar la realidad y prefiero ignorar lo que es evidente: mi hermano es un drogadicto, se está destruyendo y está destruyéndome a mí en el proceso. Aferrarme a él puede ser solo el camino hacia mi propia decadencia.

Gruño y en dos zancadas llego hasta la chica para tocarle el hombro con brusquedad. Recojo unas cuantas prendas de ropa mientras se despierta, desorientada. Cuando enfoca su atención en mí con el ceño fruncido, le tiendo su ropa.

—Vete —le ordeno sin consideración.

Se frota los ojos con pereza y mira a su alrededor como si quisiera ubicarse. Hace un mohín cuando repara en el cuerpo de Bryce, que todavía duerme plácidamente.

—Vístete y vete —repito con más dureza en esta ocasión.

—¿Puedes esperar un segundo? La cabeza me mata —reprocha.

—No tengo ni medio segundo para ti.

Llego hasta ella y la paso de largo, me inclino para cerciorarme de que Bryce sigue respirando y lo sacudo para que despierte.

—Dios, qué humor. —Se pone la falda y la blusa a toda velocidad, toma su bolso y su móvil y sale de la casa con los zapatos en la mano.

Es entonces cuando descubro que mi relación con él no ha cambiado ni un poco desde que era niño, porque, a pesar del tiempo, yo sí me aferro a la idea de un Bryce sobrio y consciente, completamente limpio. Lo quiero tanto que no puedo dejarlo. No puedo abandonarlo. Sé que no importa cuán enojado esté o cuán en el fondo se encuentren su alma y su cuerpo, yo siempre iré tras él para hacerlo regresar.

—Has engordado —siseo mientras lo arrastro escaleras arriba, subiendo escalón a escalón—.

Mierda, Bryce.

Jadeo con mi hermano a cuestas, pero no me rindo, no hasta que llegamos al rellano de la segunda planta. Una vez ahí, abro la puerta de su habitación, lo arrastro conmigo al baño y, con cuidado de no romperle la cabeza, lo siento dentro de la tina.

Horas atrás estaba disfrutando del manjar que era Niza, comiéndome una jodida dona como si fuera el mayor tesoro gastronómico de la vida y pensando que tal vez la vida no era una mierda como siempre creí. Ahora, mientras abro la regadera para duchar a mi hermano y quitar los restos de vómito, alcohol y sexo de su cuerpo, la realidad me recuerda otra vez que el sueño fue aquel.

—Clay —balbucea, con los ojos inyectados en sangre, el cuerpo pálido y la cara verde—. Estuve con ella otra vez.

—Esa no era Hela —rebato, lavándole el cabello con una mano mientras sostengo la regadera con otra.

—S... era. —Hipa.

—No lo era —le digo, con el corazón convertido en un nudo.

¿Cuántas veces más tendré que contemplarlo así antes de que toque el fondo?

«¿Hay un fondo para las personas como él?», cuestiona dura mi conciencia y desvanezco el pensamiento.

—No lo haré otra vez —me promete, como lo ha hecho un millón de veces antes.

Y como el millón de veces anterior, mi niño ingenuo, ese que permanece incrustado en mí y que no ha muerto en su esperanza por una vida mejor, le cree. Él le cree, pero yo no.

43 | Melodía

Bryce

La resaca tiene formas muy interesantes de actuar.

La resaca física es una mierda, pero la resaca moral… Esa mierda es mil veces peor.

—Clay —llamo a mi hermano. La voz me sale como un graznido por la resequedad en la garganta.

Él detiene lo que hace en la cocina y se gira para poner una taza sobre la barra. Es café negro, muy cargado, sin azúcar. Sus facciones están endurecidas, como si estuvieran talladas en piedra. No hay emoción en sus ojos, excepto cansancio.

—Gracias por el café —digo, y le doy un sorbo—. Mierda —maldigo sacando la lengua. Me ha quemado el malnacido.

Aunque la sensación funciona bien para despertarme. Mi hermano ni siquiera se inmuta por mi perorata, no se ríe por mis tontas desgracias, y es entonces cuando sé que esto es grave.

—Lo siento —murmuro fijando la vista en la barra.

Guarda silencio y me observa con ojos acusadores. Tengo la boca seca, la cabeza me punza y siento frío en las piernas, donde la bata de baño que me puso Clay no alcanza a cubrirme. El aire late con una tensión aplastante, como si ambos esperáramos la explosión de una bomba que acabará con nuestra relación, con él, conmigo, con todo.

—Clay, dime algo —le pido cuando ya no resisto más.

Deja de cruzar los brazos sobre el pecho, pero su expresión de hierro y piedra no mengua ni un poco.

—¿Qué quieres que diga? —espeta hosco—. ¿Quieres que te felicite por meterte esa mierda de nuevo? Porque, vaya, parece que últimamente es tu único talento.

—No es tan sencillo dejarlo. Trato, trato en serio, pero es tan difícil como desprenderse de cualquier vicio. Tú deberías saberlo mejor que nadie. ¿Recuerdas cuánto te costó dejar de fumar?

Un músculo se le mueve a un costado de la mandíbula.

—Yo lo dejé cuando dije que lo haría. Nunca te mentí.

—Lo sé, lo sé, carajo. —Me paso una mano por el cabello húmedo—. No quiero hacer esto tampoco, lo repudio.

—Entonces, ¿por qué mierda lo sigues haciendo? Eres peor que un político. Estoy harto de tus promesas vacías y de tus cagadas.

Intento hablar, pero me asedia sin tregua. Ha llegado a su límite.

—Estoy harto de tener esta conversación una y otra vez, esperando que esta sea la ocasión en

que decidas poner tu vida en orden, cuando está claro que nunca lo harás. No sé quién es más idiota: tú por mentirme o yo por creerte.

La tristeza y la culpa se mezclan en mi interior formando un bloque en el estómago que pesa demasiado. Tiene razón: nos he engañado a ambos toda la vida con la falsa promesa de una recuperación que no llega.

—Esta ocasión fue la última —musito—. No volveré a hacerlo. Entraré a rehabilitación esta semana.

Bufa sin humor.

—Si me dieran un dólar por cada vez que dices esa mentira, sería rico.

—Pero ya lo eres —intento bromear, pero no funciona. Mi sonrisa se desvanece y me paso una mano por el cabello otra vez—. No sé por qué lo hice.

—Porque no tienes fuerza de voluntad.

—Algunas veces la necesidad es tan fuerte que gana. A veces el deseo de desconectarte es más grande que todo.

—No me vengas con esas excusas ahora.

—No es una excusa, es la verdad. Es como un vacío que no desaparece y nada más puede llenarlo.

—Eso es lo que dicen todos los adictos.

—Bueno, no es mentira. Pero esta fue la última vez, te lo juro —enfatizo solemne.

—¿No sucederá como las otras cincuenta veces?

—¿Podrías concederme el beneficio de la duda, por favor? Solo por esta ocasión —suplico con un toque de desespero—. Me iré en dos días, me internaré y no me verás hasta que pueda ofrecerte una mejor versión de mí.

La dureza le abarca las facciones, pero veo atisbos de ese niño pequeño que me creía cuando yo regresaba drogado hasta perder la razón y le prometía que sería la última vez, y sé que desea creerme con todas sus fuerzas, aunque se resiste.

—Confía —le pido—. Lo hago por ti.

—Por mí. Por ti, por Hela. ¿Hace eso alguna diferencia?

—Sí.

—No, porque no lo cumples.

No tengo nada inteligente que decir para desacreditar su postura, ni nada bueno para comprobar mi punto, nada excepto, quizá, esa voluntad que es endeble, pero que pretendo fortalecer. Por él, por Hela y por mí.

—Solo por esta vez, Clay, confía en mí. —Le regalo el esbozo de una sonrisa—. Cuando regrese, será diferente. Estaré limpio, consciente, y te mostraré algo que he guardado para ti y que he querido enseñarte por semanas.

La curiosidad le enciende los ojos grisáceos y derrite un poco su expresión de hierro.

—¿Qué es?

Niego con la cabeza y chasqueo la lengua.

—No he querido mostrártelo porque me hice la promesa de que iríamos juntos cuando yo estuviera limpio y sobrio.

Enarca ambas cejas.

—A este paso, no lo veré nunca.

Suelto una risita que hace que las sienes me puncen.

—Confía en mí, te lo mostraré cuando regrese y todo sea mejor. Tendremos un nuevo

inicio… Haré que te sientas orgulloso de mí.

Estrecha la mirada suspicaz y arruga los labios con duda. El tiempo pasa en silencio y siento un latir nervioso en el pecho, temeroso de su rechazo, de uno definitivo. Sin embargo, poco a poco, cede.

—Te concederé el beneficio de la duda una vez más, Bryce, solo una. —Eleva un dedo en el aire, severo—. Si me defraudas de nuevo, me olvidaré de ti. No volverás a verme.

La perspectiva de no verlo más me aterra sobremanera. Es algo que, después de años de separación durante su infancia, no puedo concebir.

Él es mi familia.

Así que, bajo esa condición, acepto todos sus términos porque no quiero perderlo ni quiero perder más años. Quiero celebrar con él cada triunfo y llorar cada derrota, quiero verlo enamorado hasta los huesos de esa vivaz pelirroja y ver cómo construye su vida con base en sus convicciones y aspiraciones. Quiero tener un lugar en su vida, y ese es incentivo suficiente para intentar salir de este mundo de sombras.

—Bien —concede reticente al final—. El recital de otoño de *ballet* es hoy. Niza me dijo que tenías ya las entradas y que quiere verte ahí.

Levanto la cabeza, con una sonrisa que se me extiende por el rostro.

—¿Liza dijo eso?

—Sí. No faltes. Yo también quiero verte ahí.

—No me lo perdería por nada del mundo.

—Bien, entonces. Puedes llevar a quien quieras.

—A los chicos les encantará. Les he hablado mucho de Liza y del *ballet*. Mimi también regresa hoy. Iremos todos juntos.

Por primera vez, consigo arrancarle el asomo de una sonrisa.

—No llegues tarde, entonces. Te esperaré.

—Ahí estaré.

***

—Mierda —maldigo cuando piso un charco y me mojo el pantalón.

Mimi se adelanta con el paraguas, dejándome descubierto bajo la lluvia torrencial. Camina por el sendero de piedra que lleva al interior del kiosco y me mira desde su lugar mientras yo me empapo hasta los huesos.

—Cuando dijiste que condujera a tu santuario, no sabía que te referías a este lugar aterrador —me quejo, pasándome las manos por el cabello para retirármelo de la frente.

—No es aterrador.

Deja la bolsa de comida en el suelo antes de sentarse. Eleva los ojos hacia mí y palmea el suelo en una señal para que la acompañe. Me quito la chamarra húmeda y la dejo caer.

—Parece que nos asaltarán aquí. —Les doy una ojeada a los alrededores.

El kiosco al que Mimi me obligó a conducir en medio de esta lluvia está en un jardín que debe de lucir increíble cuando hay sol. Está situado sobre una enorme colina desde la que se puede apreciar la ciudad, con sus enormes rascacielos.

—Por eso mismo te traje —comenta abriendo la bolsa para sacar las hamburguesas que compramos—. Si alguien quiere asaltarnos, tú le pateas el culo.

Enarco una ceja.

—¿No es ese tu trabajo?

—No.

Tomo la hamburguesa que me tiende mientras ella abre la suya.

—Pero eres mi asistente.

—Exacto. Asistente no es lo mismo que guardaespaldas… Y no tengo que ser ninguna de las dos si no estoy en mi horario de trabajo. —Le da un mordisco y habla con la boca repleta—: Es más, ni siquiera debería *estag* aquí *ahoga*.

—Cuenta como tiempo extra.

Los ojos verdes le relucen en la oscuridad.

—Haré que me lo pagues con creces.

Suelto una risita por lo ridícula que se escucha al hablar así. Abro lentamente mi hamburguesa, sin apetito.

—¿Me dirás qué pasó? —pregunta sorbiendo de su soda extragrande—. Sonabas muy mal.

De nuevo aparece ese molesto tirón en el estómago y las palabras salen como si estuvieran hechas de plomo.

—Tuve una discusión con Clay.

Se detiene a mitad de su bocado.

—¿Por qué?

—Lo de siempre —digo con tono amargo mientras la lluvia cae furiosa, chocando con las tejas del kiosco y resonando en el vacío espacio—. Volví a hacerlo. —La luz es tenue por el clima, pero logro distinguir la preocupación sobre su cara—. Y me siento terrible, creo que nunca podré salir de este infierno, que es un ciclo que jamás tendrá fin y que... que... —Me ahogo con las palabras, que se me enredan como una cuerda en la garganta—. Es como intentar escalar una colina sin arnés, sin cuerdas de seguridad. Cualquier paso en falso, cualquier distracción y vuelvo al fondo.

Mimi se limpia con el dorso de la mano una mancha de la salsa, para después dejarla plasmada en la tela de sus vaqueros.

—Pudiste subir esta colina —dice sin más, y no sé si lo hace con sarcasmo o no.

—En auto.

—También podrías haberla subido caminando… o en bicicleta.

La miro confundido.

—¿De qué hablas, mujer?

—Quiero decir que no tienes que tomar el camino difícil. —Se encoge de hombros—. Sí, puedes intentar subir la colina sin arnés… O puedes hacerlo con ayuda de algo, en otras palabras, apoyándote en alguien. No tienes que hacerlo solo, Bryce, ya no.

Aparto el rostro para fijarlo al frente, hacia la ciudad que se difumina bajo la fuerte lluvia.

Me cuesta seguir lo que dice, pero me esfuerzo por hacerlo.

—Clay ya no lo cree como para apoyarme en él.

—Bueno, eso es porque la bicicleta no te hará subir la colina mágicamente. Necesitas echarla a andar. Lo mismo con el auto o el caballo o los pies.

—¿Estás diciendo que tengo que decirle a Clay que me lleve a cuestas sobre la espalda?

—¡No, idiota! —Me da un golpe en el hombro y hago una mueca—. Quiero decir que puedes apoyarte en alguien, pero tendrás que poner de tu parte para que funcione.

—No es tan sencillo.

—Nada en la vida lo es —dice segura, y de pronto me acaricia la espalda, sosegándome—. Sonará muy trillado, pero si quieres hacer esto, tienes que estar consciente de que no será un camino sencillo. La recuperación de algo nunca lo es, pero valdrá la pena.

Trago en seco. Sus palabras se me quedan clavadas en los huesos.

Mimi cree en mí. Ella cree en mí. Pero no sé si yo crea en mi voluntad con el mismo fervor.

—¿Y si no lo logro? ¿Y si no puedo?

—Podrás. —Baja los dedos a mi mano y le da un apretón mientras me regala una de las sonrisas más hermosas—. Porque me tienes a mí y a Clay.

Una punzada de culpa me presiona el pecho.

—Dudo que él confíe en mí lo suficiente.

—Lo hace. Solo... deja que regrese a ti.

Suspiro, temeroso de lo que estoy a punto de enfrentar, como si fuera el peor de los caminos.

—Paciencia... Podrás salir. —Sus ojos verdes y cálidos me observan llenos de una emoción que nunca había contemplado en ellos.

—No sabía que pudieras ser tan filosófica, Mimi.

—Idiota. —Me suelta la mano y resiento su ausencia.

Me mira con ojos vivaces, envuelta en esa ferocidad que la caracteriza, y creo, por primera vez en años, que estoy en paz, que he encontrado una pausa en mi vida y estoy cómodo, aquí, en este kiosco que nos protege de la lluvia como si fuera un escudo contra el mundo, junto a una persona a la que adoro.

Es su santuario, y es el mío también. Es nuestro.

—¿Quieres saber algo curioso? —Doblo una pierna y pongo el brazo sobre la rodilla.

—Sorpréndeme.

—Yo no quería contratarte como mi asistente —suelto, y abre la boca, indignada—. Prefería quedarme con el antiguo.

—¿Con Josh? —dice descolocada—. ¡Ni siquiera tenía una agenda para ti! ¡Era lo peor!

—Lo sé, pero no quería contratarte.

—¿Por qué?

—Porque sabía que tú lograrías mantenerme bajo control. Sabía que, si te lo permitía, podías cambiarme y mantenerme a raya.

—Pero no lo hice. Sigues siendo un desastre.

—Antes lo era aún más.

Resuella.

—Y que lo digas. ¿Recuerdas la primera semana que trabajamos juntos, cuando orinaste una estatua sagrada en un templo de Singapur?

—¡Estaba ebrio!

Suelta una carcajada y el sonido rebota en el espacio. Mimi no suele reír mucho, pero sé que soy quien le ha arrancado más sonrisas. La miro con cariño infinito; una burbuja cálida me llena el pecho.

—¿Por qué nunca me lo dijiste?

—¿Qué? —pregunta sin comprender.

—Que estabas enamorada de mí —acoto con lentitud, calibrando sus reacciones—. ¿Por qué nunca aceptaste una cita?

Su buen humor se desvanece. Desvía su atención hacia el frente y se pone un mechón tras la oreja.

—Porque sabía que nunca me querrías como a ella —musita y se encoge de hombros.

—Mimi, yo...

—No tienes que explicar. No me interesa, ya no. Te prefiero como mi amigo, así al menos puedo insultarte sin remordimiento.

Recorro su rostro atento, memorizándola.

—Estaría perdido sin ti. Lo sabes, ¿verdad? —Estiro la mano para alcanzar la suya, entrelazar nuestros dedos y besarle el dorso—. Eres mi brújula.

Hace una mueca.

—¿Una brújula? ¿Qué eres, un anciano? —se burla sin soltarme—. ¿Por qué no puedo ser algo más actual, como un GPS?

Suelto una carcajada.

—¿Quieres ser un GPS?

—Eso es más *cool*, como yo.

De nuevo río y el pesar se desvanece un poco. Sin pensarlo, la atraigo hacia mí y la abrazo por mucho tiempo.

—No quiero irme de este kiosco —le susurro contra la cabeza sin dejar de abrazarla—. No quiero irme. ¿Podemos quedarnos?

No quiero dejar esa tranquilidad que ella me provee ni abandonar este lugar que representa mi redención. No estoy listo para enfrentar el mundo todavía. Pero, como si el universo se burlara de mí, mi móvil vibra dentro del bolsillo. Mimi se aleja aunque yo quiero protestar. Lo extraigo y la pantalla muestra el nombre de Niza.

—¿Hola?

—¡Bryce! —me grita del otro lado—. ¿Dónde estás? Clay está llamándote.

—Lo siento. Estaba ocupado. —Le lanzo una ojeada a mi compañera—. ¿Qué sucede?

—¿Irás al recital?

—Sabes que no me lo perdería por nada, Liza.

—¡Genial! —dice con buen humor, aunque parece ocupada con algo.

—¿Dónde estás tú? —inquiero preocupado.

—Regresando a la academia —menciona distante—. Vine a invitar a los chicos de la tienda.

—¿En medio de esta lluvia?

—Estaré bien, la academia no está lejos. Te veré en el recital, ¿de acuerdo?

—Ten cuidado. No quiero que te rompas una pierna.

Suelta una risa.

—Eso es de buena suerte.

—Bien, pero no lo hagas tú. Nos veremos en el recital.

Cuando cuelga, Mimi está sonriéndome mientras sostiene su soda. Yo tomo la mía.

—Por nuevos inicios.

—Por nuevos inicios.

Chocamos nuestros vasos de cartón y doy un sorbo sintiendo una plenitud en el pecho que creí haber pedido hace años.

44 | Écarté

Niza

—¡Estamos listos! —chilla Diane emocionada, tomándome de los hombros y con los ojos verdes chispeando del entusiasmo—. ¡Estamos listas para verte tomar ese escenario y hacerlo tuyo!

Orena me sonríe desde el umbral.

—¿Por qué están aquí? Creí que las vería en el recital —digo sosteniendo la puerta de mi dormitorio.

—¿Disculpa? Estamos celebrando. —La morena alza una botella de champán.

—¿Qué cosa?

—Primero, déjanos pasar, que por poco tomamos una canoa para llegar. —Diane se arregla la coleta que le sostiene el lacio cabello castaño y entra, seguida por Orena.

—Eso no habría pasado si me hubieran esperado en el auditorio.

—Pero entonces nos habríamos perdido el espectáculo —rebate Diane, arreglándose la falda a cuadros que lleva a juego con una blusa negra.

—¿Cuál espectáculo?

Intercambian una mirada cómplice que no se esfuerzan por disimular.

—Tú solo relájate y disfruta —me aconseja Orena, dejando la botella en la mesa de centro.

Sigo sin comprender, pero lo dejo pasar. Apoyo el cuerpo en el respaldo del sillón.

—¿Tú por qué vas tan formal? —inquiero cuando noto que mi amiga se ha recogido el cabello en un elaborado moño y que lleva un bonito vestido de tirantes naranja que le queda precioso, rematado con discretas zapatillas.

—¿Te gusta? —Da una vuelta, entusiasmada, y Diane la recompensa con un vitoreo escandaloso que me saca una risa—. No solo iré a verte a ti, sino también a Enik.

—Enik, ¿eh? —Nuestra amiga le da un golpecito en el brazo con picardía—. ¿Lo han hecho oficial?

—Sí... Hoy iremos a cenar con sus padres después de su presentación.

—¿Como su amiga? —pregunto.

—Como su novia.

—¿De verdad? —chilla Diane, repleta de felicidad—. Estoy tan contenta por ti. Ustedes son tan lindas.

—Es solo el primer paso. Quiero estar ahí. Quiero apoyarla mientras se lo dice a sus padres.

La consternación la embosca, pero le pongo una mano en el hombro para sosegarla.

—Irá genial. Ya verás.

Me regala una sonrisa y estoy por abrazarla cuando tocan la puerta de nuevo.

—¿Se supone que esto es una fiesta y no me he enterado? —me quejo.

—Solo abre —dice Orena.

Cuando lo hago, todo el aire se me escapa de los pulmones. Clay está aquí, pero luce como una versión distinta de sí mismo, una que debería ser ilegal contemplar, a menos que fuera dentro de una vitrina, en un museo, como la estatua de la belleza masculina. Donde antes había camisetas de bandas y vaqueros oscuros, ahora hay un traje formal perfectamente planchado y entallado. ¡Incluso una corbata! Ha domado esa mata de cabello oscuro y la ha peinado hacia atrás. Los hombros anchos, los brazos definidos y una sonrisita insolente que no alcanza a esbozar del todo son lo que mantiene mis ojos cautivos, fijos en una imagen que no podría olvidar aunque me esforzara por hacerlo.

—¿Por qué no entramos? —La voz de RJ me saca de mi estupor. Tengo que parpadear varias veces para volver a la Tierra.

Me hago a un lado para dejarlos pasar y el chico me sonríe pícaro.

—Se ve muy bien cuando se baña, ¿verdad? —lo alienta su amigo, y Clay responde al halago poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué hacen aquí? —pregunto, tan descolocada como conmovida.

—Ya te lo dijimos: vinimos a festejar. ¡Ah! Y a desearte suerte en tu recital —informa Orena.

Los contemplo a todos reunidos en mi pequeño dormitorio a pesar de la lluvia. ACA pudo arrebatarme muchas cosas, pero también me dio amigos increíbles. Por ello, siempre estaré agradecida.

—¿Tienes copas? —inquiere RJ, tomando la botella de la mesa e inspeccionándola.

—¿Mi dormitorio tiene cara de bar? —lo reto poniéndome las manos en las caderas.

—No, pero considerando que tu dormitorio es tres veces más grande que el promedio en ACA, pensé que tendrías algunas escondidas.

Suelto una risita y Clay se acerca mientras los demás se enzarzan en una nueva conversación.

—¿Podemos hablar? —susurra; su aroma a perfume somete mi buen juicio.

—Claro, espero que no te importe compartirlo con todo el grupo —bromeo.

Parece inquieto, nervioso, aunque bien podría ser mi imaginación.

—Pensaba que podría ser en un lugar más... privado.

—No puedes pedirme privacidad en un dormitorio de seis metros cuadrados.

La boca se le convierte en una fina línea.

—No se preocupen por nosotros. Pretendan que no estamos aquí —dice Diane.

Clay la contempla estoico sin encontrar la gracia en su comentario y lo interpreto como una señal para tomarlo de la mano y llevarlo al pequeño balcón que hay en mi dormitorio. La lluvia sigue cayendo con fuerza, pero al menos ya no hay viento y estamos seguros en el diminuto portal. Cuando cierro la puerta, el murmullo de las voces de los chicos desaparece y entonces somos solo Clay, la lluvia y yo.

—¿Y bien? ¿De qué querías hablarme?

Sus ojos grises me observan pensativos. Él suele tener una expresión dura e imperturbable, pero he notado con el tiempo cómo sus facciones adquieren un matiz más suave cuando centra su atención en mí.

—No era lo que tenía planeado, a decir verdad.

—¿Planeado para qué?

Toma una bocanada de aire, con el semblante serio, aunque veo la vacilación que le permea la firmeza.

—Sé que hay una alta posibilidad de que digas no. Hay mujeres que lo hacen, y está bien.

—¿De qué hab...?

—Aunque también existen las chicas que aceptan solo porque el tipo está ahí, de pie como un imbécil y sienten pena por él.

La lluvia arrecia y una ráfaga de viento me eriza la piel.

—Clay, no te estoy siguiendo. Estás hablando muy rápido.

—Pero es mejor un *no* sincero que un *sí* falso —me corta otra vez, un poco agitado.

—¿De qué hablas? Clay, si vas a preguntar algo sol...

—Me invitaste a tu recital como a un amigo. —Vuelve a imponer la voz—. Pero quiero ir como tu pareja... si me dejas.

Por un momento, todo se apaga. Mis oídos se aturden y dejan de captar el sonido de la lluvia que repica sobre las tejas del pórtico, el olor a tierra húmeda se desvanece y mis sentidos solo se concentran en el hombre que tengo enfrente y que se ha ganado a pulso un lugar en mi corazón. Parece que mi cerebro abandona la misión y que es mi estómago el que reacciona, porque tengo una revolución dentro, tanto que, si pudiera, me pondría a saltar como una niña que vive su cuento de hadas.

—Mi pareja —repito vacilante—. ¿Quieres que seamos una pareja?

Asiente, seguro de sí mismo, de lo nuestro.

—¿Una bailarina frustrada y un músico que quiere ser tatuador? —Sonrío—. Tú y yo no encajamos. No tengo mucho sentido con tu vida.

—Eso es lo gracioso. Tú le das un nuevo sentido. —Me quedo sin respiración—. Te lo dije una vez y te lo repito porque es la verdad: eres extraordinaria, Niza Hess.

El corazón se me desboca y me golpea el pecho.

—Nunca creí tener lugar para alguien como tú en mi vida, pero rompiste todos mis patrones y creaste los tuyos propios para colarte muy profundo en mí, hasta que no pude removerte.

—¿Y te molesta? —pregunto temerosa.

—Claro que me molesta —espeta, y el pecho se me cierra—. O al menos lo hacía al principio, porque sentía que no tenía espacio para nadie más en mi vida que no fuera mi hermano. Pero tú me demostraste lo contrario, y cuanto más te conocía, más grande era el espacio que conquistabas dentro de mí.

La barbilla le tiembla por un momento y noto la vulnerabilidad con la que se muestra.

—Me pediste que te quisiera de todas las maneras incorrectas, pero que te quisiera, y tú no mereces eso. Alguien tan extraordinaria como tú merece que la quieran de todas las maneras correctas. —Toma una pausa, como si se armara de valor, y el pulso se me acelera—. Tal vez no sepa cómo hacerlo, pero lo aprendería por ti.

Lo miro en silencio. Me he quedado sin palabras. Siempre creí que era alguien común, sin belleza y que nadie me vería como a alguien especial o merecedor de su atención a menos que me lo ganara, como siempre me repetía Winslet. Sin embargo, aquí está Clay, frente a mí, este chico igual de golpeado y magullado que yo por el mundo, demostrándome que mis miedos fueron creados por personas mezquinas, que sí valgo y que sí merezco el afecto de alguien más.

—¿Y bien? —pregunta en voz baja, titubeante.

La felicidad que siento es tanta que no sé qué hacer con ella, pero decido jugar con él un poco.

—No puedes ser mi pareja —suelto, y palidece tanto que creo va a desmayarse.

—¿Por qué?

Doy un paso al frente y, con una sonrisa traviesa, le saco la camisa blanca de su pantalón, le aflojo el nudo de la corbata hasta dejarla casi deshecha, abro los primeros tres botones de su camisa, dejo expuesta la cadena metálica con el dije de bailarina que siempre lleva y, bajo su mirada de confusión, me pongo en puntillas para alborotarle el cabello.

—Me tardé en conseguir ese peinado —se queja indignado, pero estoy tan contenta que solo atino a reír. Me estiro y le echo los brazos al cuello.

—Este es mi novio, no esa versión elegante que entró por la puerta —le susurro cerca de la boca.

Él ríe también, aliviado, y me estrecha contra sí. Inclina el rostro, cierro los ojos y permito que me bese la comisura de la boca. Me toca la mejilla y convence a mis labios de seguir los suyos. Mi boca tiembla bajo la suya, de placer, de alivio y de cariño, uno que no me cabe en el cuerpo.

Clay es bueno y es todo lo que quiero. Este viaje me ha traído hasta aquí, hasta él, y no puedo estar más contenta. Quiero tomarlo entre las manos y no dejarlo ir jamás, quiero quedarme en este instante en el que toda mi felicidad está encapsulada en ese beso. Nada nunca me hizo más feliz.

***

Nerea está con Enik cuando llego a la parte trasera del escenario. Todo el equipo de producción parece alterado y corren de un lado a otro mientras mueven vestuarios, utilería y personas.

Me uno a ellos después de ponerme las zapatillas.

—El auditorio está repleto. Escuché que aún hay gente afuera esperando entrar —dice Nerea con entusiasmo.

—Es el recital de otoño. Los representantes de otras compañías vienen a reclutar; saben que nos luciremos —añade Enik, que se ve preciosa en su vestuario de una de las joyas principales.

—Tiene razón —acoto—. Seguro que irán a una gran compañía.

—Iremos —me corrige Nerea, que también está ataviada con uno de los vestuarios que usará en el baile de las joyas—. Estoy segura de que también te notarán. Eres la mejor de la academia.

Me encojo de hombros.

—Tal vez.

Estoy por decir algo más cuando dos cortos aplausos resuenan en el espacio. Las charlas se apagan de inmediato y giro el cuerpo para encontrar a Winslet, con sus labios fruncidos, y a Horace, que la acompaña.

—El espectáculo está por comenzar —avisa—. No quiero ningún error. Deben ejecutar todo a la perfección o serán expulsadas de esta academia. Nosotros no entrenamos a mediocres. —Sus ojos me encuentran cuando lo dice, pero no bajo la mirada.

—Comenzamos con las danzas grupales en cinco minutos —avisa Horace.

—Los solistas, prepárense —añade Winslet.

Y sin decir otra palabra, gira sobre sus talones para atormentar a otra pobre alma.

—¡Dos minutos! —avisa el coordinador del evento.

Me uno a las chicas de la danza grupal para interpretar el número de apertura. Miro a Enik y

a Eridan calentar al fondo.

Las chicas toman sus posiciones. El telón se abre para recibirnos. Ejecuto los pasos lo mejor que puedo, pero una parte de mí, la que está extasiada con esta nueva Niza, la que se valora y se aprecia, se deja llevar un poco más, no es tan dura consigo misma y permite que los pasos sean flojos o rápidos porque disfruta del baile. No me saben tan mal los errores o los pasos sueltos. Me resulta liberador. Por primera vez, mientras realizo una pirueta, no siento que el mundo entero me da vueltas ni me siento fuera de mi eje. Abrazo la música y ejecuto la coreografía de manera que me siento cómoda con ella, sin parecer una autómata, y es increíble.

Así era como solía sentirse el *ballet* antes de convertirse en mi verdugo y mi tortura.

Me aferro a este sentimiento tan precioso mientras la música me recorre el cuerpo, lo moviliza y lo hace suyo en su esplendor.

Cuando la pieza termina, mi corazón está acelerado, los músculos me arden y el cuerpo está vigorizado por la adrenalina de hacer algo que disfruto. Busco a Clay en el público. Está de pie, aplaudiéndome más que nadie.

No me importa que las otras personas no me noten, porque yo me noto, yo me aplaudo y la persona que tanto quiero lo hace también. Diane está ahí, celebrándome, mientras que Orena tiene los dedos en los labios y silba con júbilo. No me siento juzgada, más bien adorada. Es un sentimiento divino.

Clay me sonríe, el corazón se me hincha de amor y le sonrío de vuelta.

El telón se cierra, nos dispersamos y los chicos del número de esmeraldas se preparan para hacer su primera aparición. Yo me hago a un lado mientras espero mi turno. Estoy por tomar mi botella de agua cuando siento un agarre violento en el brazo. La presión se me va a los pies al notar que es mi tía quien me taladra con sus ojos de acero.

—¿Por qué te empeñas siempre en sabotearte? —espeta desdeñosa—. ¿Tanto quieres arruinar tu carrera, niña idiota?

—Yo no...

—¿Qué clase de ejecución fue esa? Es la peor que he visto en años. Prodigio de la danza, decían —se burla—. Tú no eres ningún prodigio y no lo serás nunca. Lo acabas de demostrar.

Tenso la mandíbula mientras me trago sus insultos, uno a uno, hasta que la garganta se me cierra y la bola de molestia que crece en mi interior se hincha como un globo.

—En el siguiente número, quiero que hagas las cosas como te lo enseñé —exige—. O nunca tendrás un futuro en esta industria.

—No quiero —musito en tono bajo, impulsada por una valentía que no sé de dónde proviene.

Winslet infla la nariz, furiosa.

—¿Qué dijiste?

Abro la boca, impresionada, y es solo en ese momento que me percato de lo que he dicho. Antes, me hubiera arrepentido y disculpado por mi insolencia, pero esa bola latente de frustración e ira en mi interior explota por fin y se lleva todos mis miedos.

—Dije que no quiero hacerlo y no lo haré —digo más alto, ganándome la atención de algunas chicas, incluso de aquellas que están a punto de salir a bailar en el escenario.

Mi tía estrecha los ojos, colérica.

—¿Cómo te atreves a desobedecerme? Yo soy quien dice cómo se hacen aquí las cosas. Yo sé qué es lo mejor para ti. Yo soy tu instructora.

—Una persona que tiene que llamarse a sí misma instructora para reafirmar su autoridad no es nada —escupo, impulsada por el enojo que llevaba tiempo hirviendo a fuego lento en mi

interior. El rostro se le desfigura, pero sigo—: Alguien que intimida y humilla a sus alumnos para obtener su respeto no es un instructor, no es nada.

—¡Eres una insolente! —Levanta la mano para golpearme, para doblegarme como lo ha hecho por años, pero lo impido.

Cierro la mano en torno a su muñeca, deteniéndola e imprimiendo tanta fuerza en mi agarre que incluso lanza un quejido.

—Ya no volverás a golpearme otra vez, tampoco a humillarme. Me has abusado y rebajado, me has dejado hecha nada, he entregado mi vida a algo que detesto porque tú me hiciste odiarlo e hiciste que me odiara a mí, pero ya no más —digo con firmeza, llena de determinación—. Tus abusos terminan hoy. Si vuelves a tocarme, te denunciaré por hostigamiento.

Se suelta con brusquedad y recompone su postura, aunque el odio no deja de supurar de su rostro.

—Yo te creé. Yo te enseñé todo lo que sabes. Si estás aquí ahora es gracias a mí. Todo lo que tú eres, lo poco que seas, es gracias a mí —sisea—. Acabas de destruir tu carrera Hess, porque sin mi recomendación no llegarás a ningún lado. Nunca serás ni la cuarta parte de lo que yo soy.

—No quiero ser como tú. Me aterra ser como tú, sola y amargada.

Apenas lo digo, se eleva una ola de murmullos y risitas que Winslet no pasa por alto. Su rostro se vuelve lívido y esto aumenta mi valentía. ¿Cómo es que no lo vi antes? Lo pequeña y patética que es mi tía en realidad.

—Largo. Nunca volverás a pisar un escenario —escupe—. Tendrás que regresar a ese pueblo de mierda donde están tus sucios padres. Sin mí, no eres nada.

—Soy todo sin ti —la corto—. No te necesito más, tía Victoria. Nunca lo hice.

Hay un jadeo generalizado. El telón se ha abierto, pero todos están demasiado concentrados en lo que sucede tras bambalinas como para comenzar a bailar, todo parece congelado en el tiempo mientras la música suena en el auditorio.

—¡Nunca serás una bailarina! —me grita a la cara.

—Tal vez no quiero ser una maldita bailarina. —La encaro y doy un paso al frente.

Ella retrocede. El rostro se le torna rojo y las venas del cuello se le marcan.

—¡Largo! ¡Lárgate de mi academia! ¡No quiero verte jamás!

Sonrío, sintiendo un peso menos en el pecho.

—Con gusto. —Me quito la peineta encajada en mi moño y se la tiro a los pies—. Yo tampoco quiero verte jamás.

—¡Fuera de aquí! ¡Eres una malagradecida! ¡No llegarás a ningún lado sin mí!

Camino con la cabeza en alto mientras escucho sus gritos rabiosos a mi espalda y el resto de bailarines me abre paso aunque estemos a mitad del recital. La música se ha detenido y hay murmullos por parte del público, que se pregunta qué demonios está pasando, pero no me importa. Me detengo en seco y le sonrío por última vez a aquella mujer que fue mi verdugo por años.

—Oh, y por cierto —hago un gesto con ambos dedos medios que deja en claro lo que siento por ella—: jódete, tía Victoria.

Abre la boca, impactada, y yo me deleito con esa expresión. Los chicos del elenco también se sorprenden y no tardan en hablar. Camino hasta el centro del escenario, donde todo el público ha contemplado mi número soez y, como si fuera la estrella de esta sátira, hago una reverencia.

Hay aplausos por parte de mis compañeros, como si hubiera ganado una especie de guerra. Y es justo como me siento mientras bajo los escalones del escenario y me encuentro con Clay, que

ya me espera al pie del cañón. Le sonrío y salimos juntos del auditorio.

Afuera llueve a mares. Nunca me he sentido tan ligera como ahora, tanto que podría ser parte de la lluvia. Por años, me mantuve tan quieta que nunca me di cuenta de las cadenas que me sometían, pero ya no más. Por primera vez, mi mente está en silencio. Está en paz. He visto la luz al final del túnel y logré salir de él. Este es un nuevo inicio.

Detengo a Clay al girar la esquina y sonrío a pesar de estar empapada y aturdida por lo que acabo de hacer, pero quiero saborearlo un poco más.

—Lo hiciste —me felicita tomándome fuerte de la mano—. Finalmente le dijiste que se jodiera. Estoy orgulloso de ti, muñeca.

Me acerco y capturo sus labios entre los míos, en medio de ese estacionamiento enorme y solitario arrasado por la lluvia. El viento ruge, las gotas nos empapan y yo lo beso como nunca. Le transmito todo el amor que siento por él y la euforia del momento. Me corresponde con el mismo apetito, me domina la boca y me entrego a su compás.

Ser libre nunca se sintió tan bien.

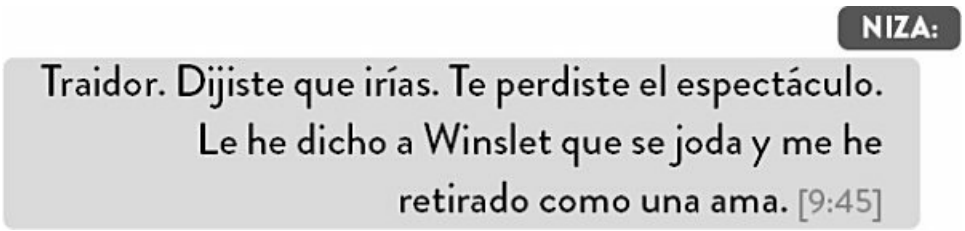
45 | Tournament

Niza

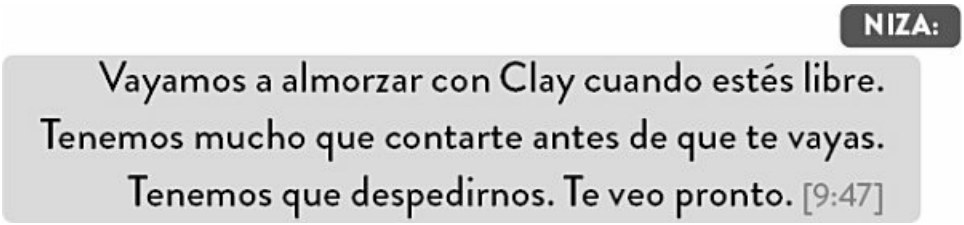
Estoy muerta.

Abro los ojos con pesadez y tardo en ubicarme. Sé que estoy en mi habitación porque me reciben las paredes blancas con pósters de bailarinas profesionales. Me froto los ojos y comienzo a recordar la noche anterior: el bar con los chicos, el dueño de la tienda felicitándome, Clay besándome, Clay desvistiéndome en mi habitación. Compruebo que estoy desnuda bajo la sábana. Me siento bien. Sonrío como boba y me giro para encontrar... nada. Clay no está.

Tomo mi móvil del buró para verificar los mensajes, pero tampoco hay nada de su parte, así que asumo que ha tenido que irse temprano por algún tema de la tienda o de Bryce. Cuando ese nombre llega a mi mente, recuerdo que no asistió al recital de ayer. «Rata traidora». Abro su contacto para escribir en su chat.



Me muerdo el labio, sopesando qué más escribirle.



No recibo respuesta, así que decido empezar mi día. Hago mi rutina de aseo y, cuando termino, bajo las escaleras para ir al comedor principal de la academia y desayunar algo. Apenas entro a la estancia, sé que algo no está bien. Lo sé porque hay una estela rara en la atmósfera y todos me miran. ¿Es por lo que le dije a Winslet ayer?

—¡Niza! —Diane se acerca agitada, tiene el rostro pálido y está acompañada de RJ, que

también luce muy mal.

—¿Qué sucede? —pregunto confundida—. ¿Por qué actúan todos tan... raro?

—¿Dónde está Clay? —inquiere a su vez RJ, angustiado.

—No lo sé. Dormimos juntos, pero no estaba cuando desperté. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—¿No te has enterado? —Los ojos de Diane están llenos de preocupación.

—¿De qué? —Elevo la voz una octava, cada vez más nerviosa.

Toma su móvil, abre una página de internet, teclea algo y reproduce el primer video que le aparece en el buscador. En él, hay un hombre que luce como reportero, con un auto hecho mierda al fondo.

—Transmitiendo en vivo desde el centro de Nueva York —dice el tipo con voz átona—. Las autoridades reportan que esta mañana, alrededor de las 6:50 p. m., después de la lluvia, se encontró un auto estrellado en Lexington Avenue.

«¿Auto estrellado? ¿Qué?».

El estómago se me aprieta en un nudo y el corazón parece a punto de salirse de mi pecho.

—Se confirma el deceso del conductor, quien fuera Bryce Hawthorne, de veintisiete años. Su copiloto, una chica de veintiséis años, se encuentra en el Hospital Central, herida de gravedad. Aparentemente el auto iba a exceso de velocidad y perdió el control con las condiciones del clima, estrellándose contra un árbol aledaño a la carretera. Se cree, por testigos, que el accidente ocurrió cerca de las seis de la tarde. Las autoridades reportan...

Siento que el mundo se desmorona a mi alrededor. Hay un pitido en los oídos que no cesa.

«¿Bryce está muerto?».

El mundo entero me da vueltas. No puedo enfocar nada. No puedo procesar nada. Hay un dolor agudo en mi pecho que no me deja respirar. No puedo sostenerme. Pensar en algo coherente me resulta tan difícil como creerme lo que acabo de escuchar. Bryce no puede estar muerto; si Bryce está muerto, si él...

Tengo que encontrarlo.

El terror me llena, un espasmo me recorre el cuerpo y camino a tropiezos hasta la puerta de la cafetería, enfocada en un solo objetivo.

—¡Niza!

La voz de RJ me llega desde lejos, pero no me detengo. «Tengo que encontrarlo, tengo que encontrarlo», me repito una y otra vez.

Mi amiga me toma del brazo para detenerme en seco y tardo en enfocarla a través de los ojos llorosos.

—¿A dónde vas?

—Tengo que encontrarlo —repito sin procesar nada aún—. Tengo que encontrar a Clay.

—No responde su móvil. Ya lo llamé —dice RJ.

La barbilla me tiembla y hago acopio de todas mis fuerzas para que me salga la voz.

—Yo sé dónde está. Llévame.

***

La casa cerca de Coney Island de Bryce está desierta.

Me apresuré tanto en llegar hasta Clay que no tuve ningún momento para procesar lo que le diría, o cómo reaccionaría al verme. No sé qué esperar cuando subo las escaleras de la casa,

vacía de vida. No sé qué esperar cuando camino por el corredor y llego a la habitación de Bryce. No sé qué esperar cuando abro la puerta y encuentro a Clay sentado al pie de la cama, con la mirada clavada en el suelo y un retrato de su familia en las manos.

No reacciona cuando camino al interior. No despega sus ojos de la fotografía.

—Clay —susurro, con una voz tan débil que dudo me haya escuchado. Siento un dolor muy fuerte en el pecho, un nudo en la garganta—. Clay. —Me arrodillo frente a él y lo miro, porque no sé qué más decir, no sé qué más hacer.

¿Qué le dices a alguien que lo ha perdido todo? ¿Qué le dices a la persona más fuerte y templada que conoces en un momento como este? ¿Qué le dices a tu héroe cuando él ha perdido el suyo?

Nunca podría entenderlo, nunca podría experimentar su dolor, pero me duele igual, porque Clay ha sostenido mi mundo cuando yo no me sentía capaz de hacerlo. Me ha alentado y dado su mano, pero yo no sé cómo hacerlo.

Murmuro su nombre una vez más y entonces me mira. Nunca le vi los ojos así, tan desprovistos de vida y brillo. La mirada que me recibe me destroza. Hay siempre tanta intensidad en sus ojos que puedes leer todas las emociones aunque no las refleje en la cara: ira, pasión, diversión, lujuria, contemplación, estrés. Todo está escrito en el gris de sus ojos, pero ahora... ahora no hay nada.

Puedo sentir su dolor como si fuera mío; me retuerce las entrañas y me lacera el corazón.

—Me enteré esta mañana —digo con voz temblorosa.

Él levanta más la cara. Es entonces cuando sé que estoy llorando. Me observa sin mirarme, como si yo no fuera nada.

—Lo siento mucho —susurro—. Siento mucho lo que pasó.

Apenas digo esas palabras, deseo tomarlas de vuelta, porque no hay nada más vacío de significado que eso. Se mantiene impasible y después habla.

—Lárgate. Fuera de aquí.

No hay calidez en su voz, en él. Es como si el Clay que conocía se hubiera esfumado. Y me rompe el corazón, porque este es el nivel de destrucción que la muerte de Bryce ha dejado en él. El hermano que tanto amaba se ha ido, lo ha dejado solo en el mundo. Clay no pudo salvarlo.

Pienso en irme, pero no lo hago. Me necesita más que nunca. Él sostuvo mi mundo cuando se caía a pedazos; ahora es mi turno de hacerlo. Eso es lo que haces por las personas que amas.

Me acerco despacio y le pongo una mano sobre el hombro. Se agita, pero no retira mi tacto.

—Si pudiera cambiar esto, lo haría. —Las lágrimas corren rápidas por mi rostro y no puedo ver bien, pero no me detengo—. Sé que no es suficiente, sé que no puedo entender lo que estás pasando, pero te juro que tomaría cada gramo de tu dolor y lo haría mío para no verte sufrir. Lo tomaría todo.

—¿Qué sabes tú de esto? —escupe las palabras, filosas—. ¿Qué sabes sobre nada? Vienes aquí pretendiendo que puedes hacer algo por mí, como si pudieras arreglar esto. ¿Cómo podrías, si ni siquiera puedes arreglarte a ti misma? —espeta con acidez, con un odio que me cala.

Me toma la mano y la aleja con desdén, como si lo quemara.

—Tú eres el peor desastre de nosotros tres —sigue con el mismo tono displicente—. Estás comprometida con una vida que te va a destruir, igual que mi hermano. Y también te irás, también te perderé y también...

Lo corto.

Le echo los brazos al cuello y lo abrazo con todas mis fuerzas, como si a través de ese gesto

yo pudiera absorber su dolor. Se tensa, intenta deshacerse de mi agarre, lucha contra mí, pero me aferro a él, no lo dejo ir, no permito que libre ese duelo solo.

—Suéltame —exige, pero lo ignoro.

En su lugar, aprieto mi agarre, lo acero más a mí, lo sostengo mientras sobrevive la parte más oscura del duelo. Después de unos minutos, sus murallas de estoicismo se caen y me rodea con los brazos.

No puedo aceptar el dolor de Clay como si fuera mío; yo nunca sabré lo que se siente perder a mi hermano mayor, a mi héroe, a esa persona por la que daría mi vida con tal de encontrar su bienestar. Clay solo anhelaba eso para Bryce, una vida mejor, feliz y tranquila, sin drogas. Quería la vida que nunca tuvo junto a su hermano cuando eran niños. Ahora ya no podrá tenerlo y sé que lo mata por dentro.

Así que me mantengo ahí, lo abrazo mientras él se aferra a mí como si fuera lo único real en esta Tierra. Las costillas me duelen por la fuerza que imprime, pero no me importa, no me importa. Y lloro, lloro mucho porque Clay no lo hace, solo tiembla e intenta que este dolor no acabe con él.

46 | Negro y gris

Clay

La luz fluorescente del vestíbulo me lastima, las sienes me punzan y giro el cuello rígido en dirección a la ventana empañada por el clima. Afuera todavía llueve sin tregua, como si el mundo hubiera decidido acabarse en otro diluvio.

No sé qué hora es ni cuánto tiempo ha pasado desde que nos enteramos de la noticia. Es como si el tiempo se hubiera mezclado y no existieran ni las horas ni los minutos ni los segundos.

Desvío la vista de la ventana y me concentro en contar los puntos negros en el lienzo blanco del azulejo en el suelo. «Diecinueve, veinte, veintiuno...». Mantengo los números en mi mente para no pensar en nada más y no ceder al dolor. Pienso en la mancha de café que hay junto a mi pie e intento imaginar cómo llegó ahí, hago figuras con las marcas en la pared del frente y vuelvo a empezar, todo para evitar que la poca templanza que aún poseo se desvanezca y me conduzca al abismo.

Cuando Nadir entró en la habitación de Bryce con el rostro pálido y la respiración agitada, pensé que diría que esto era una broma de mal gusto o una confusión, que Bryce estaba en realidad dormido en algún bar, pero no. Entró con el afán de destruir mi tranquilidad y traerme aquí, a la morgue, para confirmar que se trata del cuerpo de mi hermano. «Debe ser un familiar quien valide que es el cuerpo. Debes identificar el cadáver de tu hermano».

El pecho se me aprieta como si tuviera piedras encima. Seguramente este no es el cuerpo de Bryce, sino de algún otro pobre diablo que se parecía un poco, y, claro, los medios no perderían la oportunidad de ganar audiencia. «No puede ser mi hermano. No puede ser él». Sé que hay una enorme posibilidad de que lo sea, pero confirmarlo me aterra más que nada en el mundo, porque entonces estaría solo por completo. La soledad ya no sería un miedo dentro de mi cabeza, sino una realidad.

Me concentro otra vez en las motas negras sobre el azulejo. Necesito conservar la calma en esta espera que, cuanto más avanza, más me asfixia.

—Clay. —La voz de Nadir hace que levante rápido la cabeza y me mareo un segundo.

Me pongo en pie de un salto cuando veo al hombre que lo acompaña, de bata blanca y guantes.

—¿Es usted familiar del señor Bryce Hawthorne? —indaga en tono neutro el tipo.

El estómago se me oprime solo de escuchar su nombre salir de esa boca, porque lo hace un poco más real. Él no puede estar muerto. No puede dejarme como los demás. No puede irse

como mis padres, porque somos lo único que tenemos, el uno al otro.

Asiento en silencio.

—¿Cuál es su parentesco?

—Soy su hermano. —La voz me sale ronca. No sé cuándo fue la última vez que hablé.

—De acuerdo, sígame —ordena, y camina a paso apresurado por el pasillo.

Ni siquiera miro a Nadir cuando paso a su lado. Solo marcho detrás del hombre, con el cuerpo adolorido por permanecer tantas horas en la misma posición. Cuanto más camino, más lejos siento la vida y más cercana la muerte. La atmósfera se vuelve más gélida, el mundo más blanco y vacío.

No puede estar muerto. Esto es un mal sueño. Bryce en realidad está en su cama durmiendo, tomando una ducha, riendo con Hela o componiendo su siguiente canción, tocando su vieja guitarra. Bryce no puede morir, no puede dejarme. Mi hermano no puede dejarme porque él me prometió que nunca se iría. Prometió que estaría ahí para mí, que aunque no hubiera nadie más, él se quedaría. No puede romper esa promesa.

—Señor Hawthorne. —Noto que el hombre me llama y el mundo cobra enfoque otra vez—. Solo necesito que me confirme si es su hermano. Le permitiré ver el cuerpo y usted solo me dirá si se trata de él.

—De acuerdo.

La conmoción me asalta cuando abre la puerta por fin. El ambiente está muy frío y la habitación iluminada, muy iluminada. No hay nada en ella, solo una plancha de metal sobre la que reposa un cuerpo cubierto por una manta. Un cuerpo que no pertenece a mi hermano, porque no puede ser él de ninguna manera.

El hombre se acerca y me mira, pero yo tengo los ojos clavados en el bulto sin rostro que hay frente a mí. El estómago se me hace un nudo, la mano me tiembla un poco y toda la resolución que reuní mientras esperaba en el vestíbulo se ve abatida por el terror de que sí sea el cadáver de mi hermano, de la única persona a la que tengo en el mundo.

No puedo hacer esto.

No puedo.

Sin embargo, el hombre toma mi silencio como concesión, porque retira la tela que cubre el cuerpo y entonces lo veo.

Veo el corte rojizo de la mejilla: viaja desde la barbilla hasta la sien. Veo el hematoma en el hombro izquierdo. Veo el tatuaje del yin-yang que yo le hice. Veo el cadáver.

Ahí, en esa plancha metálica y fría, en esa habitación vacía, contemplo lo que quedó de mi hermano. Sus sueños, sus frustraciones, sus tristezas, sus alegrías, sus objetivos... Todo se quedó en esta habitación inmóvil e inerte, igual que él.

—¿Puede confirmar que es su hermano?

No sé si asiento o si digo algo, porque no puedo procesar nada más.

El dolor golpea como una maza mi interior y lo destroza. Quiero tomarlo de los hombros y gritarle que despierte, quiero decirle que no puede irse, que no puede dejarme, que me prometió regresar como lo hicieron nuestros padres cuando tomaron ese viaje. Quiero golpearlo y decirle que no puede romper la promesa que me hizo cuando éramos niños, cuando me rescató de ese monstruo que se hacía llamar nuestro abuelo. Quiero repetirle que no puede dejarme porque todavía tiene una vida por delante, tenemos una vida por delante.

Quiero... quiero...

Quiero salir de aquí.

Me asfixio.

Noto un peso en el pecho que me dificulta la respiración. No es solo esta solitaria habitación, es este aire viciado, este olor a muerte y pérdida que no tolero.

—Clay, tenemos que hablar. —Escucho la amortiguada voz de Nadir como si estuviera bajo el agua.

Su tacto me quema como un hierro encendido, así que lo quito con un movimiento brusco, giro sobre los pies y salgo de la estancia a toda velocidad. Las pantorrillas me duelen por el esfuerzo, pero parece que no camino lo suficientemente rápido para deshacerme de esta sensación de asfixia, de este dolor que me pica las costillas y me aplasta el pecho, la garganta, el cuerpo. Comienzo a trotar para huir, porque no puedo contra él. Me está ganando. Me está venciendo.

—¡Clay! —RJ me llama y se pone de pie junto a Niza apenas me ven.

Están esperando en el vestíbulo principal por mí. Los ignoro. Sigo trotando y los paso de largo. No puedo tolerar la presencia de nadie más ahora. Necesito aire, necesito respirar. Me duele.

—¡Clay, espera! —Escucho la voz de Niza y por poco me detengo.

Sin embargo, la ansiedad es más grande y no paro. Salgo hacia la lluvia torrencial. Tomo una bocanada de aire que me sabe a tierra y desespero, porque, a pesar de que inhalo y exhalo, no encuentro oxígeno que baste para desaparecer esta presión. El agua me empapa, me enfría hasta los huesos, pero ni siquiera eso es suficiente. No puedo huir de este feo sentimiento, de la cruda realidad en la que reina la ausencia de mi hermano y en la que vuelvo a ser ese niño al que han abandonado.

Mi determinación cede y me dejo enterrar por el dolor.

***

La casa que alguna vez fue mi santuario es ahora un mausoleo desprovisto de calidez.

Bajo del taxi y el hombre arranca apenas cierro de un portazo.

Pruebo la sangre en mi boca. Estoy tan ebrio que casi no puedo caminar. Hago una mueca de dolor al dar el primer paso. El hijo de puta del bar sabía cómo pegar.

No quiero entrar. No quiero enfrentar la soledad que me espera ahí dentro. «¿Así es como se sentía mi hermano? ¿Completamente solo y desolado?».

Me quito la sangre de la boca con el dorso de la mano y entro en las fauces del maldito monstruo que es esa casa. Para mi sorpresa, no es la soledad lo que me recibe cuando pongo un pie en el vestíbulo. Niza está aquí, tiene los brazos cruzados y el rostro quebrado en una expresión de angustia que me mata.

Ella no debería estar aquí. No debería verme así. No debería meterse en esto. Yo no debería mancharla con mi oscuridad. A ella no.

—¿Qué pasó? —pregunta afligida y llega hasta mí para tomar con las pequeñas manos la masacre que es mi rostro—. ¿A dónde fuiste? Estábamos preocupados por ti.

Retiro la cara de su tacto con hastío.

—Déjame en paz. Estoy bien —digo con lentitud.

—Estás sangrando. Déjame limpiarte. —Intenta tocarme.

Me aparto. La perforo con la mirada y ella solo se queda ahí, contemplándome con los ojos

enrojecidos y el rostro hinchado. Ha estado llorando. El corazón se me compunge solo de ver esa imagen. Me siento enfermo, nauseabundo.

Ella no debería llorar por mierdas como Bryce y yo. No nos merecemos sus lágrimas ni su compasión. No nos merecemos nada.

—Clay —insiste, y la aparto.

Niza no puede soportar esto. Sé que lo intenta y también sé que no podrá mantener unidos los pedazos del desastre que soy, no podrá mantener mi mundo erguido porque pesa demasiado al albergar mis demonios.

No puede y no quiero someterla a la tortura que será intentarlo durante mi duelo.

—Piérdete, muñeca. Vas a romperte si te quedas demasiado cerca. —Mi voz esconde el filo de la decepción, pero no se mueve.

—No soy tan débil como tú crees. Sé que no estás bien. Déjame ayudarte.

—No puedes ayudarme. —Abro los brazos y sonrío—. Además, estoy perfectamente. Podría bailar ahora mismo.

Intento dar un paso y trastabillo. Casi caigo de no ser porque ella me sostiene. «Vaya resistencia de mierda que tengo para el alcohol».

—Ya veo. —Resuella por el esfuerzo de cargar mi cuerpo en sus pequeños hombros.

Pero no se rinde y se echa uno de mis brazos alrededor del cuello. Camina conmigo a través de la sala y subimos juntos las escaleras.

El pecho se me aprieta como si estuviera atado por una cuerda. Me recuerda a Bryce y a mí, cuando yo lo llevaba cuesta arriba por estas mismas escaleras. ¿Ahora soy yo quien tomará su lugar? ¿Ahora será Niza quien cargará con mi dolor?

«¿Así es como te sentías por no tener a Hela? ¿Así era el dolor que tú sentías?», me pregunto mientras subimos y un filo se me encaja en el estómago.

Me dejo caer sobre la cama al llegar a la habitación. Niza dice algo que no comprendo y cierro los ojos tratando de apagar la mente para dormir, sin conseguirlo.

Todo es peor cuando eres consciente de ello. Más nítido, más real. Al menos aquí, escondido como un cobarde entre estas cuatro paredes y lleno de alcohol, puedo empañar la verdad un poco, lo suficiente para que cada respiro no sea una tortura.

Escucho pasos alejarse, sonidos en el baño y, después, nuevos pasos que se acercan. Sus manos me incorporan con esfuerzo. Enfoco la vista para encontrar los ojos de Niza, atentos, cálidos y consternados. No es justo. No es justo que ella sufra por mí.

Siseo cuando me limpia la nariz y presiona la gasa contra mis labios para limpiarlos. Lo hace con tanto cariño, tanto cuidado que parece irreal. Ella está tan rota como yo, está tan jodida como yo, y aun así me entrega sus pedazos, sin pensarlo, para cubrir mis huecos, para curarme las heridas, para hacerme sentir menos solo.

No la merezco. Ninguna parte de mí merece a este ser tan extraordinario.

Un nudo se me forma en la garganta, tan apretado que no me deja articular palabra y los ojos me arden. Me recuerda a Bryce. Su consternación y su cariño me recuerdan a ese hermano que tuve por un tiempo y que jamás pude recuperar. Me recuerdan que él hacía lo mismo cuando éramos niños, cuando nuestros padres murieron y no regresaron, cuando se las ingeniaba para distraerme de su ausencia. Me recuerdan a Bryce cuando crecimos, cuando me llevó a casa con él luego del infierno que pasé con el abuelo. Me recuerdan a Bryce cuando me dedicaba sus pocos ratos libres para enseñarme a tocar la guitarra, a cantar, a cocinar y me contaba historias de sus viajes.

Nunca lo notó, pero yo no solo lo amaba, lo admiraba más que a nadie en el mundo. Quería ser como él. Bryce se había convertido en nada, pero también luchaba por darme los pocos fragmentos de la persona que había sido y que quería ser otra vez.

Yo quise salvarlo de la misma forma que él me salvó de Otto, pero nunca pude pagarle el favor.

La mandíbula me tiembla. Tal vez Niza me lee mejor de lo que creo, porque me toma de la cara y me besa la frente con devoción. Me besa la sien, la mejilla, la comisura de la boca en un gesto que me reconforta, pero que también acentúa mi dolor.

—Lo que le pasó a Bryce no es tu culpa —dice de pronto—. Su adicción no es tu culpa. Las decisiones que tomó en su vida no son tu culpa. No puedes llevarte cargas que no son tuyas o terminarán por enterrarte vivo.

La oleada de dolor es tan potente que aparto su tacto y me sostengo la cabeza con las manos. Mi templanza pende de un hilo mediocre.

—Solo déjalo ir, Clay —murmura. Sus manos sobre mis muñecas son cálidas—. Estaré aquí mientras lloras. Siempre estaré aquí.

—No quiero llorar —hablo a pesar del nudo en la garganta, que se vuelve más insoportable a cada segundo.

—Está bien. Tú me has visto llorar miles de veces y te has quedado junto a mí. Ahora yo haré lo mismo. No me iré a ningún lado. Te lo prometo. —El sonido de su voz se mezcla con el repiqueteo de la lluvia en la ventana.

Mi cuerpo entero se tensa como si se preparara para la catástrofe que se avecina y siento como si implosionara.

Todo se junta, se comprime y se viene abajo simultáneamente. Sucede tan rápido que ni siquiera puedo articular la siguiente palabra cuando la primera lágrima cae, seguida de otra y otra hasta que no puedo más.

Ya no puedo. No puedo soportarlo. Duele demasiado.

Niza me acaricia la espalda y, a pesar de mis esfuerzos, un gemido lastimoso se me escapa de los labios. Me llevo las manos a la cara para detener el llanto, pero no funciona. Nada funciona. Respiro como si me asfixiara, pues es así como me siento: hundido y perdido en un mar de incertidumbre ahora que él se ha ido.

He perdido a mi confidente.

Mi mejor amigo.

Mi hermano.

La Navidad en que abrimos juntos su guitarra, la vez que se cortó media cabellera para demostrarme que no había nada que temer con el peluquero, nuestra primera vez en Coney Island, su compañía tras la muerte de nuestros padres, la forma en que luchó por mí para alejarme de Otto… Los recuerdos se acumulan y son como un misil que destruye todo.

Lloro con ahínco y es devastador, estremecedor y doloroso, lo más doloroso que experimenté jamás. Me vengo abajo a pedazos hasta que Niza me abraza. No habla, no usa ese discurso estúpido y vacío de «todo estará bien» y se lo agradezco, solo se queda ahí, rodeándome con los brazos.

Bajo mis murallas y la estrecho contra mí mientras me deshago en lágrimas. La abrazo con tanta fuerza que su ropa se arruga en mi agarre y me dejo envolver por su calidez, su aroma familiar y su tacto reconfortante. Huele a ella. Quiero intoxicarme de su aroma para olvidar el olor a formol de la morgue, de la habitación donde estaba el cuerpo de Bryce. Enreda los brazos

en mi cuello. Me une a ella sin dejar espacio entre nosotros. Mis quejidos de dolor llenan la estancia y apagan el repiquetear de la lluvia contra las ventanas. La maldita lluvia que no para, pero Niza la amortigua y se lo agradezco.

La tomo y me aferro a ella porque así es como la necesito, porque está viva y porque, por desgracia, yo también lo estoy.

La tomo porque la necesito, porque solo con Niza alrededor el mundo tiene un poco de sentido, porque no puedo soltarla. Porque la amo.

La amo, pero no sé si tengo derecho a su corazón. No sé si alguien tan jodido como yo es digno de ese amor puro.

Porque no lo merezco.

Porque lo haré añicos.

Porque lo mancharé con la culpa, con la ira y el arrepentimiento.

Y ella no lo merece, como yo tampoco la merezco.

Me aferro a ella mientras la fea catarsis llega. Tiemblo bajo la contundencia del llanto. Ella me acaricia el cabello, respira a mi compás y me recuerda que seguimos vivos.

La amo, y eso, que debió haber sido una revelación llena de júbilo y gloria, me sabe amargo e insano.

—Está bien. —Su voz es suave y cálida, igual que ella—. Está bien.

Escondo el rostro en su pecho e inspiro su aroma porque quiero olvidar el olor a muerte que me persigue.

No la dejo ir. Ella me tranquiliza, me hace olvidar, amortigua ese dolor que no se va. Soy un bastardo egoísta que no renuncia a eso que le hace un poco de bien, aunque a ambos nos haga mal.

Dicen que lo que no te mata te hace más fuerte. Mienten. Lo que no te mata hace que desees morirte.

47 | Contrapunto

Clay

Ya no llueve, pero aún hay lodo en el cementerio y persiste una estela de humedad que se me pega a la piel. El lugar parece tan muerto como todos los que terminan aquí.

Hago una mueca mientras camino junto a Niza y RJ por el sendero de tierra mojada, que se me pega como mierda a los zapatos, hacia la tumba que será el descanso final de Bryce.

Mientras camino, noto lo feo que es este lugar. El cementerio está sobre una colina alta y desde ella puedo ver los edificios en la ciudad como piezas de dominó, tan frágiles que se derrumbarían con el mínimo roce. Nueva York es una ciudad fea. Es horrible, es como si la lluvia hubiera lavado la ilusión de belleza para dejar a la vista su verdadera cara. Ahora veo este lugar por lo que realmente es: un campo de monstruos disfrazados de éxitos. Un lugar que toma lo mejor y lo más importante de ti para hacerte brillar, y brillas tanto que terminas consumiéndote como las estrellas. Como sucedió con mi hermano.

Bryce, que solo era un chico con amor por la música. Bryce, que entregó todo lo que era para perseguir un sueño, solo para encontrarlo extinto y hecho cenizas una vez lo alcanzó. Bryce, que le dio la espalda al amor y a la familia para perseguir la fama y la fortuna. Bryce, que murió en una carretera solitaria durante un día lluvioso.

El estómago me duele solo de pensarlo, pero me obligo a seguir caminando hasta llegar al lugar que será su tumba. El espacio está repleto de personas: decenas, cientos de caras que lloran, que se quejan, que sienten dolor por la partida de mi hermano, como si lo conocieran, como si fuera parte importante de sus vidas más allá de su música.

No lloran al hermano que conocí, sino a la estrella que este lugar de mierda creó. Me siento enfermo solo de contemplarlos. Quiero que se vayan. Ninguno merece estar aquí.

Hago mi mejor esfuerzo por ignorarlos mientras camino por el sendero libre que crean las vallas metálicas puestas a los lados para retener a las personas. Los policías se esfuerzan por contener a la multitud, pero es tanta la asistencia que casi parece un concierto y no un jodido sepelio.

Algunos reporteros se acercan como moscas para obtener una declaración, pero ni siquiera los miro. No soy una deidad, no soy una estrella, solo soy un miserable que ha perdido a su hermano y no puede vivir su duelo como desea.

Llegamos al lugar donde está un sacerdote. El ataúd reposa sobre una estructura de metal que lo expone como si fuera una puta obra de arte mórbida. Bajo la vista al hoyo que se ha cavado para poner el cuerpo de mi hermano.

Me siento mareado, rebasado por la situación. Todo empeora cuando veo los equipos de múltiples televisoras e *influencers* hacerse su lugar en el entierro, ubicando sus cámaras y micrófonos como si esto fuera algo digno de documentar. Me parece retorcida la manera en que buscan lucrarse con mi hermano, incluso en su muerte. Quiero mandarlos a todos a la mierda. Quiero que este momento sea solo para las personas que realmente amamos a Bryce.

—Clay. —Mitch, el guitarrista de la banda se acerca y me da un apretón en el hombro. Luce pálido y abatido, y me pregunto si yo luzco igual—. Es una mierda, ¿no?

—Lo es.

—Tuvimos una reunión con él. Dijo que se internaría en Los Ángeles. —Extrae una cajetilla del bolsillo de su traje, toma un cigarrillo y me lo ofrece.

Lo rechazo con un gesto, aunque el deseo por aminorar las emociones casi me hace tomarlo. Lo enciende y le da una calada.

—A todos en la banda nos conmocionó la noticia.

—Lo sé.

Expulsa el humo por la nariz sin que le permee el rostro solemne. Mitch era el mejor amigo de mi hermano cuando ambos estudiaban en ACA. Juntos fundaron Riot 911. Compartieron el éxito y las desgracias de su carrera; siempre estuvieron para el otro, incluso en sus momentos más oscuros. Mitch se detuvo a tiempo, pero no hizo nada por detener a Bryce.

Una punzada de rencor me abrasa, así que me retiro para no gritarle a la cara.

Niza tiene razón, estoy enojado con el mundo. Con Nadir, por presionar tanto a Bryce; con los chicos de la banda, por conducirlo a su destrucción; con Hela, por provocarle tanto dolor; conmigo, por no haber hecho más para ayudarlo.

Me paro junto a Niza, porque es mi oasis. Incluso en esta guerra de emociones que es mi duelo, ella sigue siendo mi lugar de descanso. Lleva un modesto vestido negro con las mangas hasta los codos y el cabello atado en una coleta.

Los camarógrafos pululan a una distancia prudente, pero aun así siento que me roban la intimidad y que degeneran el momento con la exposición. No quiero que nadie más mire esto. No quiero que ojos ajenos contemplen la muerte de mi hermano. No quiero que nos quiten esto para su estúpido consumismo.

El sacerdote comienza con la ceremonia y yo me desconecto. El tiempo se detiene a mi alrededor. Mientras continúan oficiando el funeral, fijo la vista en el ataúd cerrado de Bryce. Un sentimiento extraño me estrangula mientras me abstraigo, manteniéndolo todo —interno y externo— lejos. Este sentimiento siempre se las ha ingeniado para encontrarme.

Mi vida está cambiando con la partida de mi hermano, incluso antes de poder preverlo, entenderlo o resistirlo. Mis pensamientos me abaten, sobre todo el pensar en el futuro. «¿Qué me espera ahora que Bryce no está aquí?».

Cierro los ojos cuando otra punzada de dolor me embosca el pecho. Se vuelven cada vez peores. Las punzadas de pérdida. De culpa. De ira. De resignación. Duelen. Todo duele. El cambio duele.

El sacerdote dice otras palabras y Nadir hace una señal para que bajen el ataúd de la estructura que lo expone hacia la tumba, para enterrar con él todos sus sueños. Lo bajan con un mecanismo de poleas, con lentitud. Escucho un lastimoso quejido a mi izquierda. Es Mimi; está llorando como nunca la he visto hacerlo, con los ojos hinchados y las mejillas rojas. Parece otra persona, vulnerable y pequeña. Sé cuánto le duele. Era más que su asistente. Era su mejor amiga.

Están enterrando a mi hermano, me percato entonces. Este puede ser el final del cambio, uno

irreversible.

«¿Y qué hago después? ¿A dónde voy? ¿Y con quién?». No tengo la respuesta, pero doy un respingo cuando siento el roce de unos dedos delgados, vacilantes y pequeños contra los míos. Termino de tomarle la mano, de abrazarla con la mía, porque necesito esos dedos, esas manos, esos brazos, esa calidez. Necesito algo que sea real, así que aprieto la mano de Niza con fuerza, como si fuera la boya en medio de un mar asediado por la tormenta.

Giro el rostro hacia ella y la conmoción me invade, porque, aunque el resto del mundo está sumido en sombras y en líneas de blanco y negro, Niza resalta a todo color entre la multitud grisácea. Desde su cabello rojizo hasta sus ojos avellana, ella es una figura definida y colorida.

Por seis días, todo se ha sumido en una oscuridad absoluta en la que solo puedo distinguir sombras dispares y poco definidas. Por seis días, todo se ha apagado: sonidos, sabores, sensaciones, colores.

Ahora ella está aquí, conmigo, siendo el contrapunto que me recuerda que no todo está sumido en sombras de negro y gris.

—Clay. —Escucho a lo lejos, y siento cómo me jala de la mano.

Cuando la enfoco, está mirándome atenta.

—Está hecho. La ceremonia terminó —me informa.

Noto que donde estaba el sacerdote, ahora está Nadir. Se aclara la garganta y llama la atención de los medios.

—Gracias a todos por acompañarnos en un momento tan doloroso, no solo para la banda, sino para todos los que encontramos un refugio, una alegría o alivio en las letras de Bryce Hawthorne —comienza con su discurso sacado de internet—. Sé que todos tenemos algo que decir sobre alguien tan excepcional y talentoso, pero dejemos que sean las personas más cercanas a nuestra estrella quienes hablen de la gran persona que fue.

Nadir me mira y la ansiedad por pasar al frente me asalta. No se me ocurre nada que decir, no...

—Otto Hawthorne, por favor, sé que tienes mucho que decirnos sobre tu nieto.

Por un momento, creo que no he escuchado bien. Me congelo y algo en el estómago se me revuelve solo de pensar en ese nombre, ese puto nombre.

Observo, con el cuerpo apretado y la mandíbula tensa de ira, cómo el hijo de puta que se hace llamar nuestro abuelo aparece, salido no sé de qué hoyo de mierda, arrastrándose para tener sus cinco minutos de fama. Lleva un traje oscuro, el cabello ralo, blanco y delgado. La piel del cuello y el rostro le cuelga por los años. Si fuera más idiota, creería que, después de tanto tiempo, algo ha cambiado en él. Cuando se retira los lentes oscuros, sus ojos, los que me atormentaron por años, me apuñalan con la misma severidad de antes.

Alguien le da un micrófono y desvía su atención hacia las cámaras.

—Mi nieto —comienza con la voz cascada por la edad— era una persona muy talentosa. Un verdadero prodigio. Su talento era tal que consiguió unir a millones de personas con su música, sin importar el idioma que hablaran o la edad que tuvieran. En las letras de Bryce, todos encontramos algo para conectar.

Niza suelta un quejido, y es entonces cuando noto que tengo su mano apresada en la mía, blanca por la ira de contemplar a ese monstruo que profana la sepultura de mi hermano con su amor falso. La suelto enseguida y continúo escuchando, contando hasta mil para no interrumpirlo de un golpe en la boca.

—Quienes lo conocimos sabemos que era una persona especial. Su carisma era envolvente;

hacía que desearas seguirlo, escucharlo, amarlo. —Me mira fugazmente antes de cambiar su expresión a una de pesar—. Yo amé a mis nietos con todo mi corazón. Cuando mi hijo Ray murió, sentí que no tenía razones para continuar, pero entonces recordé a mis nietos. Ellos me necesitaban y yo estuve para ellos. Los vi crecer, acompañé a mi nieto Bryce mientras se convertía en una estrella, ahora lloro su partida con amargura y ruego a Dios que le permita entrar en su reino.

Abro la boca, incapaz de contener la conmoción. Quiero arrancarle los nombres de mi padre y mi hermano de su sucia boca y quedarme con su lengua mentirosa para que no vuelva a mancharlos así. Nunca habló con Ray. Servicios sociales nos puso a cargo de mi abuelo porque era el único pariente vivo, pero apenas nos tuvo en su poder, envió a mi hermano lejos para «convertirlo en una fuente redituable de ingresos». Estoy tan ahogado en la ira que olvido respirar.

—Perdimos una estrella, pero Dios ha ganado una en su reino. Amén —termina y los presentes repiten su amén como ovejas.

Otto se retira del centro, camina hacia mí y sé que Niza intenta detenerme porque siento sus manos alrededor del brazo, pero es demasiado tarde. Llego hasta él en dos zancadas y lo tomo del cuello de la camisa sin que me importe una mierda quién está mirando o grabando el espectáculo.

—¿Qué mierda haces aquí, hijo de puta? —le siseo cerca de la cara, conteniéndome.

—¡Clay! —Escucho gritar a Niza, seguido de un jadeo generalizado de sorpresa.

—Yo no usaría ese insulto si fuera tú, pequeño Clay. —Una sonrisa mezquina juega en el borde de sus labios—. Estás llamando puta a tu bisabuela y eso no es muy inteligente de tu par...

—Cállate de una vez —bramo, corroído por el enojo—. No tienes razón para estar aquí. No permitiré que te aproveches de otra muerte para ganar fama.

—No lo hago por fama, lo hago por amor —contesta, y quiero arrancarle la lengua—. Tú, por el contrario, querido nieto, deberías controlar tu ira. Estás arruinando la sepultura de tu hermano con esta actitud.

—Maldito hijo de la gran...

Un par de manos me toman de cada brazo para alejarme de él. Los miro un segundo para comprobar que se trata de RJ y Mitch.

—Para ya, Clay. No es el momento —me dice RJ.

—Lárgate de una vez —le espeto al hombre que personifica mis momentos más oscuros—. Te lo dije: no tienes razón para estar aquí.

—Ah, pero tengo más razón que tú para estarlo. ¿Tu hermano nunca te lo dijo? —Se arregla el cuello del traje con parsimonia—. Bryce mantuvo siempre contacto conmigo.

—¡Cállate! ¡Maldito mentiroso! ¡Él te odiaba! —bramo iracundo, intentando zafarme del agarre que imprimen mis amigos, sin lograrlo.

—Para con este espectáculo, Clay. Das pena. —Niega con la cabeza, y logro liberarme, pero retrocedo cuando intenta tocarme—. Siempre le he rogado a Dios que le dé descanso y orientación a esa alma tan problemática tuya.

—Tu Dios me puede chupar la polla —maldigo y le escupo a sus putos pies—. Vete o te sacaré yo.

—No has cambiado nada desde la última vez que te vi. Me recuerdas tanto a tu padre. —Sonríe nostálgico el jodido loco—. Nos veremos pronto, querido nieto.

Se retira con lentitud. Lo sigo con la mirada hasta que se pierde en el tumulto de reporteros y

fisgones que no se han perdido detalle de la disputa.

—Amigo, necesitas controlarte —me reprende Mitch.

—No tengo que hacer una mierda.

—Clay... —RJ intenta tocarme en un gesto tranquilizador, pero lo esquivo.

Los paso de largo y llego hasta Nadir, que me acribilla con los ojos.

—¿Qué mierda fue eso?

—Es lo que yo quiero saber —contraataco—. ¿Qué mierda fue eso? ¿Por qué lo has traído aquí?

—Es familia —argumenta con los dientes apretados—. Este debía ser un momento conmovedor para la prensa, no uno de disputas familiares; ya hay suficiente polémica con la muerte de tu hermano.

—¿No era lo que querías, audiencia? Para eso usaste tanto tiempo a mi hermano, ¿no? Ahora puedes exprimir los últimos centavos de su cadáver.

Arruga la boca en un gesto de enojo mudo y, aunque enrojece, logra templarse luego de unos segundos.

—No voy a caer en tus provocaciones. Vamos, dejemos que lo entierren. Hay una rueda de prensa en la que quiero que hables.

—No voy a hablar.

—Clay, necesito...

—Lo que tú necesites me lo paso por el culo, Nadir. No pienso hablar. Ya tienes a Otto para tu teatro.

De nuevo parece que cuenta hasta mil para no explotar. Sufre un tic en la mejilla.

—De acuerdo. Quédate. Mira cómo lo entierran si es lo que deseas, pero, por favor, después de la rueda de prensa, acude al bar Black Manor; necesitamos hablar de algo importante. —Me mira severo—. Por favor. Es relacionado con tu hermano.

Considero no asistir, no hay nada que gane con hacerlo, cuanto menos conviva con esa gente de mierda, mejor. Sin embargo, una voz en mi cabeza, impulsada por el morbo o la curiosidad, me dice que vaya y, por loco que parezca, la escucho.

—De acuerdo.

Se despide con recelo y se avoca a hacer lo que mejor sabe: explotar la imagen de Bryce.

48 | Cicatriz

Clay

El cementerio no tarda en vaciarse después de la ceremonia. Ya no hay nada que documentar ni vender. El espectáculo de Bryce Hawthorne ha llegado a su fin.

La tumba yace abierta todavía, con la tierra alrededor. Los únicos que seguimos aquí somos Niza y yo. Niza, que nunca se retira, nunca me abandona.

Se acerca al borde del lugar, mira al interior, sus ojos fijos en el ataúd. Se inclina de pronto y veo cómo toma un puñado de tierra y me lo muestra. Deposita el montón de tierra sobre el ataúd y frunzo el ceño, confundido.

—¿Qué haces?

—Es una tradición en mi pueblo —murmura sacudiéndose la tierra de las manos—. Es un símbolo que representa cierre. Es doloroso, pero también ayuda a sanar. Entierra tus penas y tus resentimientos junto al cadáver, para quedarte solo con el amor que sientes por esa persona.

El movimiento de tierra y gravilla hace que gire la cabeza. Cuatro hombres de vestimenta rudimentaria aparecen con palas en mano para terminar de enterrar a mi hermano. Se detienen a unos cuantos pasos, mirándome confundidos.

—Señor, tiene que irse.

—No.

—¿Qué? —dicen los tipos.

La voz me sale fuerte y firme cuando digo lo siguiente:

—Lárguense todos.

—Clay, ellos están aquí para hacer su trabajo.

—Señor, debemos enterrar al...

—He dicho que no. —Los miro a todos y me acerco en dos pasos al más menudo para arrebatarle la pala—. Fuera.

—Tal vez si nos dieran más tiempo... —dice Niza.

—He dicho que se vayan —repito severo, interrumpiéndola, y les doy la espalda.

Tienen una neurona funcional aún porque los escucho retirarse.

Niza me mira perpleja tras mi muestra de emoción, pero no dice nada. Me retiro el saco, lo dejo sobre la tierra y me doblo las mangas de la camisa hasta los codos.

«Entierra tus penas y tus resentimientos junto al cadáver». Tomo la pala y miro la tumba por llenar. Es una locura, lo sé, nadie normal lo haría, pero siento que es la única forma de cierre que tengo, la única manera de dejar ir todo lo que me ha pesado por años. Fijo la vista en la montaña

de tierra. Tengo que hacer esto.

Niza no se ofrece a ayudar, solo se va a un lado y me permite hacer lo que necesito para soltar en silencio, pero se queda aquí, conmigo, mientras lo vivo, mientras trato de sobrevivirlo. Se sienta en el césped a unos cuantos metros con las piernas cruzadas, contemplándome trabajar.

Por una hora entera, pongo toda mi fuerza en enterrar mi resentimiento, mi culpa y mi dolor. Pongo toda mi fuerza en llenar la tumba de mi hermano. Una nube de polvo me rodea por la premura con la que deposito la tierra en el hoyo, pero sigo, sigo sin detenerme, porque tengo que dejar ir este dolor que me consume.

«Entierra tus penas y tus resentimientos junto al cadáver».

Quiero odiar a Bryce por todos los problemas de los que me hizo dueño aunque no me correspondían, también quiero odiarlo por todo lo que me quitó mientras me desgastaba preocupándome por él. Quiero odiarlo por irse, pero no puedo, porque una parte de mí cree que al fin está descansando de sus demonios.

Clavo la pala en el cúmulo de tierra, que ahora es más pequeño, y después la echo en la tumba casi llena. A mi familia, mi única familia. Tomo un momento para quitarme el sudor de la frente con el dorso de la mano. La transpiración me corre por el rostro y me pega la ropa al cuerpo, pero ni siquiera eso me detiene. Quiero odiarlo, pero el amor que siento por él siempre será más grande que nada más en el mundo.

Dejo caer la pala cuando la tumba está repleta. Los oídos me zumban por el esfuerzo, los brazos me arden y la espalda me duele, pero al menos lo he conseguido. Niza se acerca, no dice ninguna palabra y me rodea con los brazos sin importarle que esté empapado de sudor.

—Déjalo ir, Clay.

Me estrecha contra sí y no hay ningún lugar en el que pueda esconderme o huir. Intento resistirme, pero estoy agotado, así que la abrazo de vuelta. Me regodeo en su calidez, en ese cuerpo suyo que conozco tan bien y que se siente tan familiar. Está viva, está aquí y la amo. Presiono mi rostro en la curvatura de su cuello y me aferro a la tela de su vestido, como si temiera que ella también llegara a desaparecer si la suelto.

Pero Niza permanece, irradiando luz como una farola en mi densa oscuridad.

***

Localizo al representante de la banda en una de las mesas del pequeño bar. No está solo. Otto me saluda con un gesto de la mano y considero darme la vuelta y salir de ahí, pero la voz de Nadir me detiene.

—Sé lo que vas a hacer. No te vayas. Esto es importante.

—No es algo que me interese escuchar si él está aquí.

Otto se mantiene impasible.

—No actúes como un niño, Clay. Ya eres mayor —me reprende el tipo.

Me siento a regañadientes.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que quieres? —lo presiono, ansioso por salir de la presencia de ese hombre.

—Sé que debió de ser un golpe duro para ti —comienza Nadir con profesionalismo—. Quiero que sepas que también lo fue para la banda.

No emito palabra. No tengo nada que decirle. Él intercambia una mirada con Otto y suspira.

—Sé que crees que la fama lo mató, que nosotros lo matamos.

—No lo creo: lo hicieron. Si no lo hubieras presionado tanto para componer, para presentarse, para poner su trabajo por encima de su salud, tal vez seguiría aquí.

—La muerte de mi nieto fue un accidente. Nadie podía preverlo —interviene el hijo de puta.

—Cállate. No estoy hablando contigo. Deberías volver a ese hoyo de mierda del que saliste.

—Estoy aquí por mi nieto.

Resoplo.

—Estás aquí para llevarte tu parte del dinero, nada más.

—Sé que puedes comprender cómo la muerte de tu hermano ha puesto a la banda en una posición difícil —nos interrumpe Nadir—. Bryce era nuestro líder y vocalista. Su habilidad para la música no tiene comparación, por lo que será muy difícil de reemplazar.

—¿Por eso me has llamado aquí? —digo asqueado— ¿No crees que es muy pronto para buscarle un reemplazo cuando lo acabamos de enterrar hoy?

Cierro el puño sobre la mesa. Estoy a dos segundos de romperle la boca a alguien.

«¿De verdad me han convocado aquí para analizar al reemplazo de Bryce? Hijos de puta».

—Al contrario, Clay, no tenemos que buscarlo, ya lo hemos encontrado —informa con lentitud—. Lo designó él mismo.

Arrugo la frente, incrédulo.

—Bryce sabía lo que se avecinaba —acota Otto—. Habló conmigo hace un mes, yo también sabía que se internaría, incluso ayudé a su asistente con su registro en una buena clínica en Los Ángeles y lo asistí con un buen abogado para que su testamento estuviera en regla. Tal vez tú no lo creas, pequeño Clay, pero sentimos cuando la muerte nos está cazando. Por eso tu padre arregló todo antes de partir: quería protegerlos.

Estrecho los ojos, resentido.

—¿Protegernos? Si mi padre hubiera querido protegernos, no nos habría enviado contigo.

—Nunca fui malo contigo —se defiende.

La mandíbula me duele de lo tensa que está. Los recuerdos del armario se agolpan en mi memoria, el hedor del moho y la profunda oscuridad lo llenan todo, me asaltan los sentidos y me marean.

—Fuiste un desgraciado.

—Clay.

Intenta tocarme y me alejo de su tacto como si quemara.

—Bryce sabía que no viviría mucho, estaba consciente de que su modo de vida terminaría matándolo, por eso lo arregló todo con tanta premura, pero nadie vio esto venir. —Nadir desliza el periódico en que la noticia de la muerte de mi hermano encabeza la página: en letras grandes y negras, como un sórdido recordatorio.

Me remuevo incómodo, con ese familiar dolor en el pecho.

—Tu hermano sabía que su carrera estaba llegando a su fin.

Levanto la cabeza ante esa declaración.

—¿Qué quieres decir? ¿Él quería renunciar?

—De alguna manera. —El representante le da un sorbo a su bebida—. Y, como te imaginarás, tu hermano creía que tú serías un reemplazo adecuado para no dejar morir la banda. —Hay un pulso de silencio que me aplasta los oídos—. Sé que esto es muy repentino, considerando todo lo que acabas de pasar, pero piénsalo. Tu hermano me mostraba videos de tus presentaciones. Hablaba muy bien de ti. Te he visto en el escenario: tienes el mismo carisma que

él para atraer a los demás. Bryce creía en tu talento y tu potencial para reemplazarlo cuando él se retirara.

No puedo darle crédito a lo que escucho. No tenía idea de que mi hermano sintiera interés por lo que yo hacía con la música; lo único que le preocupaba era que yo embarazara a una chica, cosa que jamás sucedió. Pero ¿escuchar que creía en mi potencial como músico? Eso es nuevo. Bryce sabía de mi pasión por el diseño, por los tatuajes; entonces, ¿por qué impulsarme hacia una carrera que a él lo destruyó? ¿Por qué desear el mismo destino para mí? No tiene sentido.

—Tienes el talento de tu padre y de tu hermano —habla Otto y, por primera vez, preso de la conmoción, lo miro sin sentir esa ira que me corroe—. Sé que Bryce creía en ti y que te consideraba la mejor opción para seguir con el legado de los Hawthorne.

Suena tan sincero que me cala. «¿Lo sabía, entonces? ¿Mi hermano sabía que su tiempo se estaba acabando?». Pronto, las conversaciones que tuvimos sobre el futuro, sobre una vida juntos, me saben amargas y poco realistas.

Pero no puede ser. Bryce no puede desear eso para mí. Nunca me haría esto.

—Me están jodiendo, ¿verdad? —Suelto una risa sin humor—. ¿Creen que soy así de idiota? Bryce odiaba su vida, odiaba todo en lo que la fama lo había convertido, ¿por qué querría lo mismo para mí?

Perforo a Nadir con la mirada. Él permanece en silencio. Casi escucho los engranajes de su cerebro trabajar para darme un buen argumento.

—Porque sabía que tú lo harías mejor —dice Otto contemplativo, tocándose la barbilla—. Sabía que, tomando su lugar, llevarías la banda a un mejor destino. Bryce estaba cansado y creía que tú serías más adecuado.

—Tu abuelo tiene razón.

—Él no es mi abuelo —espeto con desprecio.

—Riot 911 y tú eran lo único que Bryce tenía, las dos cosas que más amaba en el mundo. —La voz de Nadir sale suave como terciopelo—. Le habría gustado estar ahí, verte en el escenario, las dos cosas que más quería juntas, tomando el mundo con sus manos.

Abro la boca ligeramente, impactado. En eso tienen un punto: Bryce podía odiar su vida, pero amaba la banda, por eso nunca se detuvo, aunque el seguir lo destrozara.

—Piénsalo, Clay. Piénsalo bien. Esta puede ser tu oportunidad para salir al mundo y honrar la memoria de tu hermano. Nadie podrá ocupar su lugar mejor que tú. Eres su familia —sentencia Nadir al final, dejándome una sensación extraña anclada al pecho.

«¿De verdad es esta la voluntad de Bryce?».

49 | Coupé

Niza

La enfermera nos conduce por el largo pasillo hacia la pequeña sala de visitas en la que nos espera Hela. Nunca he hablado con ella, al menos no mientras está consciente, y estas no son las mejores circunstancias para esperar una relación amistosa.

No se ha enterado, o al menos eso dice Clay. La televisión y el resto de medios son algo muy controlado en la clínica, y Aspen no se lo ha dicho porque ha estado indispuesta los últimos días.

Clay camina a mi lado con seguridad, aunque tiene los hombros tensos bajo la chamarra. Está aterrado por la reacción de la chica. Sé que una parte de ella morirá con Bryce cuando se entere de la noticia.

—Está esperando en esta habitación —nos informa la mujer—. Es recomendable que no la sometan a situaciones de estrés o emociones fuertes, por el bien de su salud.

Mi compañero asiente en silencio, la mujer abre la puerta y entonces la vemos sentada en la mesa. Hay una sombra de sorpresa en su rostro que no disimula. Se pone en pie de un salto.

—¡Clay!

Camina hacia él y aprovecho para familiarizarme con ella. Lleva el cabello rubio en una coleta y las ojeras le rodean los ojos. Le echa los brazos al cuello, abrazándolo con fuerza.

—No eras el Hawthorne que esperaba, pero me alegra verte —dice cuando se aleja con una sonrisa.

Mi corazón se compunge al contemplar lo ilusionada que está. Parece otra persona, completamente diferente de la chica vulnerable y temblorosa que conocí.

—Hela, ella es mi novia, Niza.

Sonrío y me acerco a saludarla. Ella me corresponde con los ojos azules chispeantes.

—Lo sé. Bryce habla mucho de ti en sus cartas. Eres preciosa. Me alegra que estés con este chico. —Le da una palmada en el hombro—. Por favor, derrite su duro corazón. Lo necesita.

—Lo intentaré.

—¿Qué cartas? —interrumpe Clay.

—¿No te lo dijo?

—No, al parecer no me dijo muchas cosas.

—Vino hace un tiempo y me entregó la caja de su madre repleta de las cartas que escribió para mí. —Sonríe entusiasmada—. Yo... lo llamé hace unos días. Quería que viniera, debía decirle algo importante, por eso creí que se trataba de él cuando te vi cruzar la puerta.

—¿La caja de mi madre? ¿La que tiene la constelación...?

—Lyra, sí. —Hela parece resplandecer y un nudo se me forma en la garganta.

No estoy lista para contemplarla apagarse. No puedo.

—¿Hablaste con él? —repite Clay, serio.

Hela asiente y parece ansiosa por algo.

—Quería que fuera el primero en escuchar las noticias. Tenía la esperanza de alcanzarlo antes de que se fuera a Los Ángeles. No se ha ido aún, ¿verdad? —pregunta, y la ilusión le abarca los ojos.

—Yo... —Clay carraspea y se remueve, incómodo—. Hela, hay algo que debo decirte. ¿Por qué no te sientas?

—No, primero tengo que decírtelo yo —lo interrumpe sin perder el entusiasmo—. Quería que Bryce fuera el primero en enterarse, pero da igual; me guardarás el secreto hasta que se lo diga, ¿cierto?

No sé cómo Clay puede mantener esa cara de impasibilidad cuando a mí la garganta ya se me está cerrando por el nudo que la aprieta.

—Sí. —Suspira—. ¿Qué sucede?

Hela junta las manos en un aplauso efusivo.

—La primera noticia es que no habrá matrimonio. He hablado con Liam y creo que no es justo para él esperar que lo corresponda cuando yo sé a quién le pertenece mi corazón. —Conforme habla, baja la voz y su efusividad disminuye, como si cayera en la cuenta de lo que dice, pero su determinación no se va—. Dijo que continuaría apoyándome en todo lo que necesitara y se lo agradezco. Es un hombre excepcional.

Mi compañero se pasa la lengua por los labios y asiente.

—Me alegro por ti.

—Gracias, pero es la segunda noticia la que me muero por compartir. —Sonríe—. He encontrado un motivo para esforzarme en esta rehabilitación. Quiero estar bien para todo lo que se viene.

—¿Qué quieres decir?

Se toca el vientre con cariño.

—Estoy embarazada.

Me congelo y algo dentro de mí se rompe. Sé que estoy llorando solo cuando el sonido de mi propio quejido me llega a los oídos.

—¿Qué? —musita Clay, como si lo hubieran bañado con un balde de agua fría.

—¿No es genial? —Ríe, haciéndose círculos en el vientre—. Estoy esperando un hijo de tu hermano. No llores por mí, Niza; este es un momento feliz.

Asiento ahogada en llanto, porque sé que Bryce sería el hombre más feliz sobre la Tierra de haberse enterado, de haber seguido aquí.

—¿Cómo sabes que es de mi hermano? —Es lo único que pregunta Clay—. Por todo lo que sabemos, podría ser de tu prometido.

—No puede ser de Liam —dice convencida—. La única persona con la que estuve en los últimos meses fue tu hermano, y bueno, la mayor parte del tiempo estábamos demasiado drogados como para protegernos —dice apenada, antes de recomponerse—. Pero ahora tengo un motivo para mejorar. ¿Sabes lo feliz que estoy por esto? Ansío decírselo a tu hermano.

No sé qué reacción espero por parte de Clay, pero que abrace a Hela no es una de ellas.

—Gracias, Hela. —Lo escucho decir—. Gracias.

Veo la confusión en el rostro de la chica.

—Sé que es motivo de felicidad, pero creo que estás exagerando. —Suelta una risita—. Ahora dime: ¿cuándo podré decirle a tu hermano?

Se separa de ella, la mira y es entonces cuando yo rompo a llorar con ganas.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Pero no puedo hablar. Me duele demasiado saber que Bryce no conocerá al hijo que tendrá con el amor de su vida.

—Hela —comienza Clay, tomándola de los hombros, pero estoy segura de que puede leerlo porque palidece—. Bryce no vendrá.

—¿Qué quieres decir con que no vendrá?

—Sé que le habría encantado conocer a su hijo, pero no podrá hacerlo. Está muerto. Bryce murió.

—¿Qué dices? ¿Qué estás diciendo? —Comienza a respirar agitada, con los ojos llorosos y los movimientos desesperados mientras lo toma de la camiseta, arrugándola en puños—. ¿Estás bromeando?

—Está muerto, Hela. Murió hace nueve días.

—¡¿Y no pensabas decírmelo antes?! —lanza un grito desgarrador que reverbera en toda la habitación y retumba en mi interior.

—Lo siento, no sabía cómo. —Escucho cómo Clay lucha por que su voz no se quiebre.

—Estás mintiendo —dice, y las lágrimas le corren feroces por las mejillas—. No puede estar muerto, él no puede morir. No puede dejarme, no así, no pued...

Su respirar se vuelve errático y Clay la rodea con los brazos para sostenerla. Hela se viene abajo mientras emite sollozos amargos y gritos desgarradores que me hacen llorar también sin control.

Bryce amaba a Hela más que a nada en el mundo; era su salvación y su condena. Ambos se aferraron el uno al otro hasta el final, sin importar a dónde condujera esa relación. Se amaban, pero uno de ellos estaba condenado a partir primero y dejar un camino de devastación en la vida del otro.

Mientras Clay intenta consolarla y mantenerla en una pieza, contemplo lo mucho que duele perder a la persona que amas.

***

Los días pasan sin clemencia y con premura después de la noticia que le dimos a Hela.

Quedó destrozada, pero Clay ha ido a verla todos los días de las últimas dos semanas para hablar sobre Bryce y el bebé que espera. No lo dice, pero creo que es terapéutico para él.

Noviembre está a punto de terminar, y lo que parecía como un mes sin fin comienza a desaparecer.

Las cosas no vuelven a ser lo que eran antes, pero adquieren una nueva normalidad. Ya no soy parte de ACA, así que he desocupado mi dormitorio en la academia, no sin antes recibir una mirada de desprecio de mi tía cuando fue a firmar la autorización de mi baja.

Le doy espacio a Clay para que se meta conmigo en la cama como es costumbre. Son pasadas las dos de la mañana; es la hora en la que normalmente viene a dormir. Espero que esta vez sí logre conciliar el sueño. Porque, sí, las noches son las peores. Algunas veces, Clay permanece sentado en el sillón de la sala, mirando hacia la ventana, abstraído, hasta que lo siento

acurrucarse a mi lado muy entrada la noche para dormir. Otras veces, permanecemos despiertos hablando de todo y nada a la vez. Otras noches, cuando todo es más oscuro y el dolor lo embosca sin tregua, simplemente permanece abrazado a mí, con la cabeza entre mis brazos, la oreja pegada a mi pecho escuchando el constante latir de mi corazón, mis dedos en su cabello, acariciándolo hasta que termina rindiéndose al sueño. Son cosas simples, pero lo ayudan a lidiar con el dolor.

—¿Cómo estaba Hela hoy? —le digo contra el pecho cuando me estrecha más contra sí.

—Sobreviviendo —dice sin más, y me acaricia la espalda mientras yo delineo la suya bajo la camiseta.

—¿De qué hablaron hoy?

—Su próxima ecografía. Me pidió acompañarla. ¿Quieres venir?

—¿No le incomodará que esté ahí?

—No, y yo quiero que estés ahí. —Me estrecha más, como si no quisiera soltarme, y me besa en la cabeza una, dos, tres veces.

—¿Qué mosca te picó? ¿Por qué tan amoroso de pronto? —bromeo, pero me arrepiento al segundo, temerosa de que no esté listo para algo así.

Me aleja, pero después se cierne sobre mí y me contempla; el gris de sus ojos reluce en las sombras.

—Lo siento. No quise…

—Está bien —murmura y me acaricia la forma del rostro con sus dedos, como si quisiera memorizarlo a través del tacto.

Eleva la vista hacia mí y no sé qué pretende, pero el corazón me retumba en el pecho.

Abre la boca, pero después lo piensa mejor y la cierra.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Clay…

—Nada —repite, y me acaricia la mejilla, la barbilla, los labios. La intensidad en sus ojos cuando encuentra los míos es lo que me mata—. Quédate quieta.

—¿Por qué?

—Te estoy memorizando.

Sonrío y los ojos se le encienden.

—¿Por qué?

—Tal vez haga un diseño con tu cara.

La sonrisa se me ensancha y el pecho se me hincha.

—¿Me llevarás tatuada en tu corazón? —lo molesto.

Apenas me acaricia con los nudillos como si yo fuera su tesoro más preciado. Cuando vuelve a mirarme, algo cambia en su rostro: está lleno de devoción.

—Ya estás ahí, Niza Hess —confiesa, y el corazón se me acelera—. Ahora, quédate quieta.

Lo hago. Dejo de respirar. Con cuidado, une sus labios a los míos y se me escapa un suspiro de alivio. No tenía idea de cuánto extrañaba sentirlo hasta que finalmente lo tuve otra vez. Lo beso sin premura, sin tiempo ni límite y me aprendo cada curva y recoveco de su boca, como si esta fuera la primera vez que lo besara.

Cuando se cierne sobre mí y se acomoda entre mis piernas, una nueva sensación me corre por las venas, pero no es solo lujuria. Es la emoción de tenerlo de vuelta, como si hubiera regresado a la vida después de semanas en la oscuridad.

Clay me besa, pero no es sucio, más bien pasional. Su toque no es lascivo; al contrario, está lleno de adoración, como si quisiera atesorarme más que devorarme.

Lo tomo del rostro y, mientras entra en mí, creo que hay un montón de cosas que no me dice con los labios: no me dice que me ama, pero su cuerpo se encarga de recordármelo con cada caricia y cada lento vaivén. Se lo agradezco.

50 | Pas de deux

Niza

Cierro la puerta del auto de Diane y, después de despedirme de ella, me encamino a casa con una caja en las manos.

Al abrir, sé que será un buen día porque encuentro a Clay, que está tocando la vieja guitarra de Bryce. Levanta la cabeza cuando me escucha entrar y sonrío desde el rellano. No me sonríe de vuelta, pero la expresión en sus ojos está regresando y es acogedora.

—Vuelves temprano.

Dejo la caja en el recibidor.

—Recogí lo último que tenía en el dormitorio. —Me siento junto a él en el sofá.

—Un gnomo menos en ACA.

—Ah, pero es uno que te encanta, ¿a que sí? —Me atrevo a molestarlo.

Me escanea el rostro, se fija en mis labios codiciosos y, cuando creo que me besará, solo niega con la cabeza.

—No sé de qué hablas —dice concentrado en tocar los acordes sin seguir ninguna melodía en particular.

—¿Cómo te fue hoy? ¿Cuándo tendrá Hela una nueva ecografía?

Sigo emocionada por la que vi cuando los acompañé hace unos días. No puedo creer que serán gemelos. Aún es pronto para saber su género, pero estoy tan emocionada que ya quiero tenerlos en mis brazos. Si yo estoy ansiosa por conocerlos, no imagino cómo está Clay. Sé que le traerán mucha felicidad a su vida.

—Hela y los gemelos están bien. Ella va bien en su desintoxicación. Hoy compartió conmigo una de las cartas de Bryce.

Le tomo la mano y le doy un apretón.

—Eso es increíble.

—Ajá. También vi a los chicos: Max, E.T., Helios y RJ tienen un nuevo integrante en su banda.

—Vaya, alguien se unirá a los magníficos Einstein’s Suckers —me burlo, y Clay resopla.

—Espero que sobreviva —dice sin despegar la vista de la guitarra de Bryce—. También hablé con Carter.

—Oh, ¿para empezar tu nuevo curso de diseño? ¿Cuándo lo inicias?

Los hombros se le tensan, como si yo hubiera dicho algo que no debía, pero los relaja enseguida y entonces me mira.

—¿Qué tal tú? ¿Qué hiciste?

Algo en mi interior me alerta sobre su cambio de actitud, pero no logro verlo del todo. Quizá es solo mi paranoia, así que lo dejo ser.

—Fui por mis últimas pertenencias a ACA y… estaba pensando en hablar con Lena. —Me rasco la cabeza.

—¿La mujer que te ofreció un lugar en su academia?

—Sí. —Me muerdo el labio, dudosa—. Dijo que la fecha límite para llamarla era a inicios de noviembre, pero con todo lo que pasó yo… lo olvidé. No sé si aún tenga espacio para mí.

Abre y cierra la boca, como si, de nuevo, tuviera palabras atoradas en la garganta, pero carraspea y el semblante se le suaviza.

—Creo que deberías llamarla.

—¿Y si no me acepta? Es decir, estamos en diciembre. Hace un mes que pasó la fecha límite.

—No perderás nada. Es mejor que quedarte con la duda.

Considero sus palabras y le doy la razón. Un silencio se instala entre nosotros y Clay se concentra otra vez en la guitarra que tiene en las manos, pensativo.

No sé qué le pasa por la cabeza, pero estoy segura de que algo lo atormenta y no es solo la muerte de su hermano. Desde la última vez que tuvimos sexo, lo percibí, y podré estar actuando como una loca, pero lo conozco. Quiero preguntarle qué es, pero no deseo presionarlo, así que decido mantener esos pensamientos intrusivos a raya y me dispongo a disfrutar de este momento con él.

—Toca algo para mí —le pido, acomodando las piernas sobre el sofá y cubriéndomelas con el vestido de verano que no debería usar en pleno otoño.

—¿Por qué?

—Solo porque sí.

—¿Solo porque sí? —repite incrédulo.

—¿Debes tener alguna razón para tocar algo? Además, se supone que soy la que se queda con todos tus conciertos privados.

—En eso tienes un punto. No necesito una razón, pero un incentivo sí —dice con un dejo juguetón que no paso por alto.

—¿Como qué? —continúo con su juego.

—Usa tu imaginación, muñeca.

—Bueno, sucede que has contribuido mucho a retorcer mi imaginación.

Esboza el primer destello de sonrisa malévola que he visto en semanas.

—Por favor, muéstrame el buen trabajo que he hecho.

Suelto una risita y me acerco con lentitud. Sus ojos se entrelazan con los míos, pero no tardan en caer a mis labios. La coherencia de mis pensamientos se disuelve. Su respiración me acaricia la cara y su aliento se combina con el mío. Cierro los ojos y, cuando lo beso por fin, el alivio que me recorre el cuerpo me hace vibrar.

Nuestros labios se tocan, al principio taciturnos, vacilantes, como si este fuera un terreno inexplorado. Después comenzamos a tomar el control sobre el beso. Mueve la boca contra la mía con lentitud, sin perder la seguridad cada vez me toma y me jala los labios. No hay premura ni hambre en este encuentro, solo la necesidad de sentirnos cerca del otro. Me acuna la mejilla con la mano y me atrae más hacia él; su tacto es cálido y abrasador. Besarlo siempre me deja fuera de combate y me hace sentir llena y plena de una manera que no puedo explicar.

Cuando se separa, me deposita un último beso rápido en los labios que me hace sonreír. Este

es mi Clay, el que es acogedor, considerado y familiar.

—Bien, ¿qué quieres que toque para ti?

—Lo que quieras.

Acomoda la guitarra y comienza a tocar y cantar una canción que no conozco, pero la música me gusta, la letra me conmueve. La he escuchado antes en algún lugar, en muchos, en realidad, y por fin la identifico: «Daylight», de Taylor Swift.

Clay canta para mí sin despegar sus ojos de los míos, y en su voz puedo notar el cariño que se desprende de cada letra, la emoción de cada acorde. Es talentoso, lo sé, lo sabe, pero me gusta que este talento suyo sea solo compartido conmigo.

Cuando termina, tengo una sonrisa que no puedo quitarme del rostro. Estuvo actuando tan extraño los últimos días, distante y pensativo, que pensé que nunca volvería a ser el mismo, pero ahora comienza a regresar a mí de a poco.

—¿No conoces a Taylor Swift?

—Para una bailarina es difícil conocer artistas vivos —bromeo—. Pero ella no suena tan mal, tal vez tenga una nueva fan, si tú me conviertes en una.

—Bien, nada de artistas vivos... ¿Qué tal Frank Sinatra?

Niego con la cabeza, porque no lo conozco, y él se sorprende. Teclea algo en su móvil y sube el volumen. Sonrío cuando una música suave comienza a sonar. Es bueno tener música en casa otra vez, después de semanas tan vacías y desoladas.

—Este es un *cover*, un híbrido entre Frank Sinatra y Colbie Caillat.

—Me gusta. —Muevo la cabeza al son de las notas tranquilas—. Es el tipo de música que bailas en pareja.

—Soy lo siguiente al peor para bailar —se queja.

—No es tan difícil. Déjame enseñarte.

Me incorporo frente a él y me mira indeciso. Por un momento, temo que se apague y este lapso de felicidad que hemos creado se acabe, pero solo se rasca la cabeza.

—No sé bailar.

—No puedes ser tan malo. —Le extiendo la mano para incentivarlo.

—Te reirás mientras me humillas.

—Prometo no reírme.

Le tomo las manos para ponerlas alrededor de mi cintura y ubico mis palmas contra su pecho mientras intento guiarlo al compás de la música. Las notas suaves envuelven la estancia, el silbido del cantante lo vuelve todo ameno, lo miro extasiada. Quiero guardar este momento en lo más profundo de mi memoria, porque es íntimo, es personal y es precioso porque Clay no baila, pero sé que lo intenta por mí.

Aunque sus pies son un poco torpes, aprende rápido los pasos sencillos, y es que en realidad no hay mucho que aprender en un vals. Se mira los pies constantemente, me pisa un par de veces y me saca una risa por lo ridículo que se ve alguien tan grande como él guiado por alguien tan pequeño como yo.

Cuando se siente un poco más seguro, me hace dar una pirueta y casi tropiezo con la mesa de estar, pero consigue atraparme. Suelta una risa, una pequeña y frágil, pero el corazón se me infla de emoción; por primera vez, después del silencio creado tras la muerte de Bryce, hay sonido en casa.

La música sigue envolviéndonos, es suave, y pego la oreja al pecho de Clay; el corazón le late firme y seguro, bombeándole vida a todo su ser. Inspiro e inflo los pulmones con su aroma.

—No eres un mal bailarín —digo feliz.

—Admítelo, soy terrible.

Río por lo bajo.

—No eres tan malo.

—Odio bailar.

—Todo es cuestión de encontrar a la pareja correcta.

Me estrecha más contra sí.

—Tal vez la encontré —confiesa, y el corazón me late como loco—. Porque sí me arriesgaría a sufrir una nueva humillación bailando contigo.

—Ya lo creo.

—Haces todo más fácil —susurra de pronto, en un tono pesaroso.

—¿Bailar?

Suspira.

—Claro, bailar.

Me besa en la coronilla, apoya la mejilla en mi cabeza y me siento abrazada por él, como si estuviéramos dentro de nuestra propia burbuja, en paz con el mundo y con nuestros demonios.

Aún no sé cómo nos arreglaremos el uno al otro ni en qué lugar terminará nuestra relación o si sobreviviremos al día siguiente, pero sé que sostengo a Clay de la misma manera que él me sostiene a mí.

51 | Révérence

Niza

Por regla general, no soy alguien optimista. Soy más negatividad que persona, pero cuando bajo las escaleras de casa por la mañana y encuentro a Clay de pie en el recibidor con un par de maletas a sus pies, es como si toda la esperanza que sentí ayer me escupiera en la cara y me diera la espalda.

Doy un par de pasos, vacilante.

—¿A dónde vas?

Clay se acerca también, con una mezcla de emociones en el rostro que no logro descifrar.

—No tenía el valor para decírtelo antes, porque no estaba seguro de la decisión, pero parece que no hay nada por decidir —dice con tono modulado—. Me voy.

—¿A qué te refieres con que te vas? ¿A dónde?

Estábamos bailando y riendo en la sala ayer, ¿y ahora dice que se va? ¿Esto es un mal sueño?

—He aceptado la oferta de Nadir. Seré el reemplazo de Bryce en la banda. Formaré parte de Riot 911 —declara con firmeza.

No le doy crédito a lo que escucho.

—¿Qué? ¿Qué dices? ¿Por qué? No entiendo, no...

Intento mantenerme tranquila, pero la perspectiva de perderlo me duele más de lo que puedo tolerar.

—Es lo que mi hermano quería para mí. Es la única manera que tengo para honrarlo, la única manera en que puedo perdonarme por no salvarlo. Su representante me dijo que esa era su voluntad.

—¿De qué hablas? ¿Cuándo hablaste con él? ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—No podía hacerlo. No podía decirte. —La voz le tiembla y veo la indecisión en sus ojos, pura y cruda.

Esto era lo que se había guardado por semanas, aquello que lo mantenía tan pensativo. ¿Cómo no lo vi antes? ¿Por qué no lo habló conmigo?

—Clay, no tienes que hacer esto —digo alterada, acercándome a él hasta quedar a un palmo de distancia—. Bryce no habría querido esto para ti. Cualquier cosa que Nadir te haya dicho, no puedes creerla. Bryce te amaba, nunca te habría condenado a la misma vida miserable que él.

—Sí, me amaba, pero ese amor también me condenó desde que me designó como su reemplazo.

—¿Dónde está estipulado eso? Bryce nunca te haría algo así. Nunca.

Se mantiene impasible, como si la decisión ya estuviera tomada hace tiempo. Me duele. Duele tanto que las piernas me tiemblan y siento que perderé el equilibrio.

—Puedes negarte, puedes rechazarlo. No es tu obligación. —Elevo la voz, cada vez más alterada—. No tienes que comprometerte a hacer algo que odias por complacer a los demás. Clay, no lo hagas, no te vayas —insisto, sintiendo el nudo en la garganta—. No cometas los mismos errores que tu hermano.

La mandíbula se le tensa y el terror me gana cuando noto el destello de determinación en sus ojos, uno que sé que no se desvanecerá, pero también sé que Clay no puede irse, que seguir el mismo camino de Bryce sería catastrófico.

—No cambiarás mi postura esta vez. Solo esperé por ti para despedirme, porque te lo mereces, y no soy tan hijo de puta para no darte la cara. Lo siento mucho, muñeca. Siento que las cosas sucedieran de esta manera y que todo se fuera a la mierda con tanta rapidez.

—Pero no tiene que ser así —le digo. Mi mente trabaja a toda velocidad para encontrar una solución y salvar lo nuestro—. Si ya tomaste la decisión, está bien. Puedo ir contigo, puedo acompañarte a las giras o…

—¿Qué harías tú en un autobús con cinco imbéciles y Nadir? —Sacude la cabeza—. Jamás te expondría a un ambiente tan tóxico y degenerado, de ninguna manera.

—Entonces puedo esperarte —insisto, tratando de encontrar una manera de hacerlo funcionar —. Después de las giras, después de los conciertos, puedo esperar por ti y cuando vuelvas…

Su rostro es un mosaico de emociones que no comprendo, resulta doloroso, es un reflejo de lo que, estoy segura, es el mío también.

—¿Cuánto tiempo esperarás por mí antes de hartarte? ¿Cuánto tiempo soportarías mi ausencia, muñeca?

Quiero acercarme y tocarlo, sentirlo contra la piel para asegurarme de que es él, pero se ve tan lejano y prohibido que no encuentro la fuerza para hacerlo.

—No puedo someterte a que abandones tus sueños para seguirme a mí en los míos. Ir de ciudad en ciudad mientras yo toco con la banda… Tampoco puedo dejarte aquí esperando por mí. Eso es cruel y desconsiderado. Jamás te haría algo así.

—Entonces, ¿es mejor dejarme? —Alzo la voz una octava.

Su cara es solo tristeza, una que me rompe el corazón en mil pedazos. Lo estoy perdiendo y no hay nada que pueda hacer para salvarnos.

—Sí, es lo mejor.

—Cla…

—Te daría las gracias si pensara que eso es suficiente. Sé que no lo es, pero gracias. Gracias por llegar hasta mí, por aparecer esa noche con una actitud mandona en la tienda y una aspiradora. —Sonríe con nostalgia—. Dijiste que parecía un baño público con piernas, pero al final terminaste enredándote conmigo de igual forma.

El corazón se me contrae y duele. Es un tipo de dolor que nunca experimenté antes.

—Eres extraordinaria, Niza Hess. Gracias a ti sentí que por fin comenzaba a ganar algo en una vida llena de pérdidas. Te dije que yo te enseñaría a ver la vida a través de mis ojos, pero al final fuiste tú quien me la mostró a través de los tuyos.

—Clay, no hagas esto. No nos hagas esto —suplico al borde de la desesperación; el dolor me gana—. Por favor, no te vayas. No te vayas.

—No puedo quedarme aquí. Bryce está muerto. Ya no me queda nada más.

—Estoy yo. —Siento las lágrimas calientes rodar por las mejillas—. ¿No soy suficiente para

que te quedes?

—Eres suficiente, más que suficiente. Por eso no te lo dije antes, porque sabía que me harías cambiar de opinión.

—Entonces quédate. Podemos quedarnos aquí, empezar desde cero, como lo hemos hecho las últimas semanas. Solo quédate conmigo. Podrás diseñar con Carter y luego tener tu propia tienda de tatuajes y después… —El nudo del llanto me corta, pero me sobrepongo a él—. Podemos quedarnos aquí, en esta sala. ¿Qué quieres que haga?

Lucha por mantener la máscara de impasibilidad, pero veo que se rompe un poco.

—No hay nada que puedas hacer. Ya tomé la decisión.

Da un paso hacia mí y tenerlo tan cerca, ahora que su lejanía es inminente, me mata.

—Nunca creí que conocería a alguien como tú, que ilumina todo solo con entrar en la estancia, pero aquí estás. —Estira el brazo, me acaricia la mejilla con devoción y ese gesto tan nimio termina por romperme—. Me quisiste incluso cuando yo no sabía cómo quererme y te lo agradezco.

—No te vayas, por favor —suplico, con el dolor que me aplasta. Tiemblo y odio hacerlo de esta manera, odio no ser lo suficientemente fuerte para retenerlo—. Haré lo que sea, lo que quieras. Me iré contigo si es lo que necesitas.

—No puedes sacrificar tu vida por intentar salvar la mía, y no permitiré que lo hagas tampoco. —Me toma las manos y me besa los nudillos con delicadeza—. Tenemos diferentes caminos. Eso es todo. Me tomó tiempo aceptarlo, porque no quería dejarte ir, no quería separarme de mi oasis, pero es necesario. Espero que, cuando te vea de nuevo, estés conquistando los escenarios que tanto te mereces, muñeca.

Me doy cuenta de que me he reducido a rogar y suplicar, pero no me importa. No cuando la columna que me sostiene está a punto de desaparecer para dejarme caer.

—Sé que no puedo reemplazar a Bryce. —Sollozo—. Sé... sé que no puedo ocupar su lugar. Me adueñaría de tu dolor si pudiera, lo tomaría por completo. Por favor, nos tienes a nosotros aquí. A mí, a RJ, a Carter, a los chicos de la tienda... No renuncies a tus sueños por perseguir los de alguien más, ¿no fue eso lo que me dijiste?

—Sí, eso fue lo que dije.

—Entonces, ¿por qué mierda lo haces ahora? —grito y lloro con mayor ahínco—. Tú eres mi refugio, Clay. ¿Qué haré sin ti?

Veo cómo sonríe con pesar a través de las lágrimas y me toma de la cara para besarme la frente, sus labios fríos pero su aliento cálido.

—Yo no soy tu refugio, Niza. Tú eras el mío. —Me besa de nuevo la frente y siento la inminencia de la despedida—. Hay personas en este mundo que son tormentas y solo traen problemas, y hay quienes, como tú, son refugio para personas devastadas como yo. Tú siempre fuiste mi refugio, Niza. Gracias. Estás aquí, estarás aquí incluso aunque no sepa quién mierda soy. —Se aleja. Señala sobre la tela de la camiseta el sitio donde late su corazón y lloro con mayor ahínco—. Estás indeleble en este lugar. Nada podrá removerte jamás.

—No me dejes. —Suelto un amargo quejido, desesperada—. Te quiero tanto que duele. No puedo hacer esto sin ti. No puedo.

Por un momento, creo que lo haré cambiar de opinión y se quedará. Por un momento, creo que me dirá que esto es una broma y volverá a bailar conmigo en medio de esta sala, cantará canciones para mí y superaremos esto juntos. Por un momento creo mi engaño, antes de ver los escudos grises que ha erguido en sus ojos, fuertes e impenetrables. Entonces sé que lo he perdido

por completo.

Probablemente nos perdimos hace semanas, pero ninguno lo había notado hasta ahora.

—Cuídate, Niza. —Es lo último que me dice antes de dejar caer las manos a los costados, girarse y tomar sus maletas para salir por la puerta, llevándose con él todo lo que soy.

No sé cómo funcionar sin él, sin ese corazón magullado que comenzaba a recuperarse. Se lleva mi corazón y todas mis primeras veces, todas las ocasiones en las que probé la libertad y todo lo que me conforma. Se lo lleva todo y no le importa.

No le importa que lo ame más que a mí misma, más que a la danza, más que a todo.

Es solo cuando cierra la puerta que noto el desastre que soy.

Duele tanto que no puedo sostener el mundo sobre mis hombros y todo se viene abajo.

52 | Avant

Niza

Diciembre me recibe con una brisa fría que se cuela más allá de mi chamarra y mi bufanda.

Conservo las manos dentro de los bolsillos para mantener el calor y parpadeo un par de veces cuando los ojos se me resecan por la ventisca.

Ha pasado una semana desde que Clay tomó la decisión de irse. Una semana en la que he dejado mis lágrimas sobre la almohada y mis sueños sobre una cama vacía, mientras Diane y Orena intentan consolarme.

El problema de tenerlo todo es que en cualquier momento puedes perderlo todo.

La partida de Clay es algo que aún me cuesta asimilar, no puedo adaptarme a la idea de su abandono, pero al menos he conseguido el valor suficiente para no venirme abajo sin su presencia.

Camino por la acera mojada, respiro el aire frío e intento tranquilizarme hasta llegar a donde quiero. El complejo de la compañía Rennart International se yergue frente a mí, señorial e imponente. Me muerdo la mejilla y marcho hacia adentro a paso decidido para ahogar la vacilación. Le pregunto a una chica castaña por la oficina de la directora y, aunque me mira curiosa, me señala el camino a seguir. Subo las escaleras modernas, observo las aulas de vanguardia y las decenas de cuadros que retratan a los bailarines en sus artes diversos y decoran el pasillo. El corazón me late con rapidez a causa el nerviosismo después de sentir que lo había perdido para siempre hace días, recordándome que sigo viva, que todavía siento.

La placa dorada que lleva grabado el nombre de Lena Vásquez hace que me quede sin respiración por un segundo. Un montón de posibilidades se me agolpan en la mente: el rechazo, la reprimenda, la burla... Cada escenario peor que el anterior. Sin embargo, me enfundo en mi armadura de valentía, porque estoy cansada de ser cobarde y débil, y toco la puerta de madera con los nudillos.

—Adelante. —Escucho la voz firme que viene de la oficina.

Cuando entro, veo a Lena sentada sobre su escritorio. Viste esos colores vivos que contrastan con la mayoría de las cosas en el mundo de matices apagados que es el *ballet*. Sus enormes ojos me miran curiosos.

—Pensé que no volvería a verte, niña. ¿A qué has venido?

Trago saliva, respiro profundo y decido por fin dar un paso al frente para luchar por lo que quiero en mi vida, para convertirme en mi prioridad.

—He venido a inscribirme en la compañía —declaro segura—. Si es que aún tienes un lugar

disponible.

El rostro de Lena se torna serio de pronto y el miedo me punza en el pecho. ¿Y si es demasiado tarde? ¿Y si alguien más ganó mi lugar? ¿Y si alguien le contó sobre mi actitud en el último recital?

La boca se me seca cuando se pone en pie y camina con lentitud y un gesto solemne.

—Te tardaste bastante en venir. Estaba cansándome de cuidar tu lugar —suelta de pronto con una sonrisa que le arruga las comisuras de la boca—. Bienvenida a la compañía, querida.

Sonrío y el nudo que siento, al menos por ahora, se afloja un poco.

—Creí que no me aceptarías.

—¿Por qué no habría de hacerlo?

—Porque me tardé demasiado en tomar la decisión y dijiste que noviembre era el límite.

Se encoge de hombros, restándole importancia.

—Solo lo dije para que no tardaras demasiado, pero ¡vaya que tardaste!

Me hace sonreír por primera vez en días y se lo agradezco.

—¿Tienes tiempo? ¿O tienes algo más que hacer?

Me muerdo el labio, pensativa. Me veré con Diane y Orena por la tarde, pero a cualquier cosa que tenga que ver con Lena le haré todo el espacio posible.

—Estoy libre.

—Bien, me encantaría mostrarte la academia. Hay muchos tipos de danza que creo que pueden interesarte y en los que estoy segura de que encajarás de maravilla.

Engancha su brazo al mío y, mientras caminamos por el pasillo, dejo que sus palabras me envuelvan y que este nuevo lugar borre de mi mente a aquella persona que la ha torturado.

Porque esto es algo nuevo.

Una nueva yo.

Una nueva posibilidad.

Este es un nuevo inicio.

EPÍLOGO

Cuando desperté esta mañana y me puse las zapatillas para salir a correr, no esperaba recibir la llamada de Mimi, tampoco esperaba la invitación que me hizo y definitivamente no esperaba estar aquí, sentada en el despacho del abogado de Bryce Hawthorne para que su testamento fuera leído en mi presencia porque había dejado algo para mí.

Mimi luce mejor que la última vez que la vi en el funeral: lleva el cabello muy corto de un lado y una capa hasta la barbilla del otro. Le queda muy bien, aunque todavía puedo verle la melancolía en los bonitos ojos verdes.

El abogado toma asiento frente a su escritorio y se acomoda las gafas. Es un hombre delgado, con mucha cera que le mantiene el cabello en su lugar y con un montón de anillos en los dedos, además de algunos tatuajes. Parece el abogado perfecto para alguien como Bryce.

—¿Están listas, señoritas?

Asentimos al mismo tiempo.

—De acuerdo, procederé a leerles el testamento.

El hombre comienza leyendo las formalidades iniciales, que no tarda en saltarse para ir a los puntos importantes.

—A la señorita Hela Voison le cedo la mitad de mi fortuna, entendiéndose esta conformada por los activos muebles, inmuebles y a manera de dinero. La totalidad de las regalías obtenidas por la venta de elementos musicales será entregada a la heredera, de acuerdo con el porcentaje que me corresponde como miembro de Riot 911.

Sonrío, porque es obvio que le dejaría la mitad a Hela.

—A la señorita Mimi Benjen —continúa el hombre— le cedo toda mi colección de discos, guitarras e instrumentos musicales, para que se sirva de hacer con ellos lo que mejor le convenga.

El hombre deja de leer y le entrega a la aludida un disco cuya superficie tiene una leyenda en plumón, con la letra de quien asumo es Bryce. «Para Mimi. Todas las noches que no tuvimos».

Ella se lleva una mano a la boca y ahoga un quejido de conmoción. Le pongo una mano en la espalda para intentar confortarla. El abogado nos da un minuto para que Mimi recupere la compostura. Cuando se tranquiliza, sigue leyendo.

—A la señorita Niza Daisy Hess le heredo los activos y ganancias obtenidos en el fideicomiso de dos millones de dólares, creado a su nombre y en su causa, para que lo utilice de la manera en que mejor le parezca.

Abro los ojos desmesurados. ¿He escuchado bien?

—¿Qué... qué acaba de decir?

—Bryce ha dejado para usted una amplia suma de dinero para que la utilice como mejor crea.

Puede destinarlos al pago de sus estudios, materiales y modo de vida, invertirlo, donarlo, lo que desee. El dinero es suyo —explica con paciencia y extrae del sobre una servilleta arrugada—. También dejó esto para usted.

Tomo la servilleta, que está membretada con el logo del despacho, y reconozco la letra apresurada de Bryce:

Niza, por favor no te rindas con mi hermano. Lo haces feliz. Bryce.

Me retiro la lágrima que me empaña la vista y es ahora Mimi quien me consuela.

«¿Cómo me pide que no me rinda con Clay cuando él se rindió con nosotros?».

Esto es lo que mejor saben hacer los hermanos Hawthorne: dejarte hecha un desastre, porque te hacen sentir todo tan intensamente que no puedes contenerlo.

El hombre se aclara la garganta.

—¿Puedo continuar?

—Sí, sí, perdón.

—A mi hermano, Clayton Hawthorne, le cedo la otra mitad de mi fortuna, entendiéndose esta conformada por los muebles, inmuebles y activos a manera de dinero, que serán divididos de manera proporcional con la coheredera, Hela Voison. Los inmuebles ubicados en Nueva York y Roma serán parte de su patrimonio.

—Sabía que le dejaría a Clay la otra mitad —dice Mimi—. No podía dejarlo desamparado.

—No, claro que no —repito, con una llaga en el corazón.

—El señor Hawthorne no ha aparecido a reclamar su herencia.

—Ni lo hará —contesto con tono amargo—. No creo que vuelva.

—Bien, yo no puedo quedarme con esto. Quizá ustedes puedan entregárselo.

Nos tiende un papel rectangular y pequeño, como si fuera una tarjeta de presentación, pero en ella solo hay una dirección: 9733 Providence Street, West Avenue.

—Es en un distrito aquí en Nueva York —informa Mimi despegando los ojos del papel.

—¿Por qué una dirección? ¿Qué hay en ese lugar?

Se encoge de hombros, pero compartimos una mirada cómplice que no tardamos en comprender.

***

Bajo del auto de Mimi en un distrito que conozco poco, pero que es muy concurrido. Las tiendas sobre las aceras son bohemias, coloridas y dan el aspecto de que estamos en la zona más pintoresca y artística de la ciudad.

La calle bulle con la actividad de personas que van y vienen entre galerías y comercios, pero aquí estamos Mimi y yo, frente al edificio 9733, completamente vacío y cerrado.

Es un complejo modesto, pintado en negro y sin cartel, así que no tengo idea de qué sea. Mi compañera limpia con la mano el vidrio polvoso para intentar ver algo, pero no hay nada. Pensé que para este punto ya tendría una respuesta. No sé qué hago aquí, en medio de este distrito.

Creí que la dirección llevaría a una residencia, una casa que albergara recuerdos de la familia Hawthorne, no a este edificio vacío.

—Bueno, tal vez Bryce...

Mimi no me deja terminar la frase porque rompe la ventana con el codo y cuela la mano dentro para quitarle el seguro a la puerta.

—¡Mimi! —la riño, alarmada, mirando a todos lados y esperando que no haya un policía que nos lleve presas por allanamiento.

—Ya estamos aquí. No me iré sin respuestas —sentencia y sonríe cuando logra quitar el pestillo y abrir la puerta.

Hay una capa de polvo en el suelo, pero unas sábanas cubren los muebles que conforman lo que creo que es un recibidor. Camino un poco más y detallo las paredes blancas y pulcras, como si hubieran sido pintadas no hace mucho. Marcho más al fondo y recorro el largo pasillo que lleva a varias habitaciones sin puertas. No parece un edificio ideal para ser una vivienda.

Llego al final y una de las habitaciones no está vacía. Tiene un escritorio y, sobre él, hay una caja negra puesta en medio, delgada y alargada. Me acerco vacilante y la tomo.

Sobre ella hay también un papel escrito con la letra de Bryce.

Clay, para que inicies. Sé lo feliz que esto te hace, así que te ayudo a empezar. Confío en tu arte. Yo quiero ser tu primera cita. Siempre estaré orgulloso de ti. Bryce H.

Un nudo se me forma en la garganta al leer el mensaje. Se siente como una bofetada de realidad que escuece, pero cuando abro la caja y encuentro una máquina de tatuar dentro, nueva y reluciente, me rompo. Dejo todo sobre el escritorio y me echo a llorar.

Es entonces cuando todo cobra sentido: el verdadero plan y propósito de Bryce para su hermano era ayudarlo a perseguir su pasión y acompañarlo mientras cumplía sus sueños.

Esto no es una casa, es un estudio de tatuajes.

Nunca fue Riot 911, es aquí donde su pasión reside. Este es el lugar al que Clay pertenece. Y tal vez, tal vez, Bryce me vio aquí también, no como a la mujer que limpia las ventanas y aspira el suelo, sino como a la chica tras la caja registradora, como a una cliente o, quizá, simplemente imaginaba un lugar para mí aquí porque creía que compartiría una vida con Clay.

Mi cuerpo se sacude con fuerza por las olas de llanto. Los brazos de Mimi me rodean, intentando calmarme, pero no lo consigue.

Clay se fue creyendo que su hermano deseaba el mismo destino para él. Clay se fue sin haber visto la verdadera voluntad de Bryce y su amor infinito.

«Por favor, no te rindas con mi hermano. Lo haces feliz».

El recordatorio del mensaje en la servilleta hace que una nueva ola de llanto me asalte. Si lo hacía tan feliz, ¿por qué no me eligió a mí?

Ahora es demasiado tarde para cambiarlo.

Sin embargo, necesita saber la verdad. Necesita conocer esto.

Necesito encontrarlo, pero no estoy segura de poder llegar a él. Peor aún, ¿quiero llegar a él?

El dilema me sabe amargo mientras lloro y dejo toda mi tristeza en las lágrimas. ¿Qué es más importante ahora? ¿Mi amor por él o el amor por mí misma?

Fue un idiota por irse y abandonar todo lo que amaba persiguiendo algo que ni siquiera era real. Quiero odiarlo por ello, en verdad quiero, pero no lo consigo. Clay ya no está aquí y, aun así, permanece impregnado en mí como si lo llevara tatuado en mi cuerpo y en mi estúpido corazón.

Quiero ser egoísta y darle la espalda a todo, a este triángulo enfermizo entre Niza, Clay y Bryce, para empezar de cero, pero también quiero que él sepa lo que en verdad quería su hermano.

Tardo en recuperarme. Las sienes me punzan mientras me recupero del llanto y de la

impresión. El dilema me parece imposible de resolver, pero es solo mi parte cobarde tratando de ignorar la respuesta que brilla intensa como el sol.

Y yo ya no quiero ser cobarde ni débil. Esa Niza murió el día del recital de otoño y no le daré la oportunidad de revivir. Ya no.

Mientras me seco las últimas lágrimas, decido qué debo hacer.

Fin del primer libro

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mi madre y mi abuela: por apoyarme, aun sin saber lo que escribo. Ojalá nunca se enteren o se infartarían.

A Rosario: por ser mi mayor fan.

A Paúl: por escucharme repetir las mismas dudas sobre mis historias, por ser mi soporte cuando creo no ser suficiente y por alentarme a perseguir mis sueños.

A mi editor, Cristiam Muñoz: por su sinceridad y ayuda para convertir esta historia en algo único y especial.

A la comunidad que hemos creado: por hacer de este viaje algo extraordinario.

Y, sobre todo, gracias a ti, lector: por darle la oportunidad a una historia digital. Alimentaste tanto este sueño que ahora lo tienes materializado en tus manos.

MELISSA IBARRA
(México, 1998)

Cuando leyó *Viaje al centro de la Tierra*, se enamoró perdidamente de la lectura y desde entonces no ha parado de leer. Como es una romántica empedernida, quiso escribir sus propias historias: primero en una vieja libreta de los Jonas Brothers, pero en 2016 decidió compartir sus escritos en la plataforma Wattpad, dónde es más conocida como @kayurka.rhea y ha creado una comunidad que cada día la lee más.

PRIMERA ENTREGA
DE LA BILOGÍA *ARTES*.

Niza ama la danza. Desde que tiene memoria ha querido ser *prima ballerina*, pero el abuso por parte de su instructora, el brutal régimen alimenticio y la competencia con sus compañeras amenaza ese amor e, incluso, su salud física y mental.

Clay es el heredero de un legado que no desea: la música. Todos esperan que siga ese camino, pero el peso de las comparaciones lo abruma tanto que disfraza de arrogancia e indiferencia sus propias inseguridades.

Niza y Clay, ante el mundo, no tienen nada en común, pero poco a poco descubren que ambos se sienten rotos e insuficientes, e intentan unir sus fragmentos gracias al amor que descubren en el otro… mientras la vida se los permita.

www.planetadelibros.com.co

eBook
DISPONIBLE